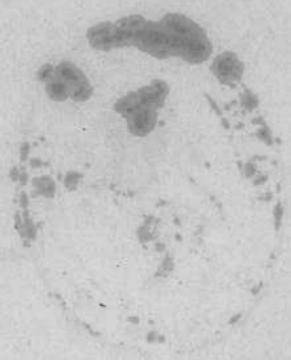




1160





NOVISIMA
BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

COLECCION DE DISCURSOS

DOGMÁTICOS, APOLOGÉTICOS, MORALES, DOCTRINALES, PANEGÍRICOS, ETC.,

CLASIFICADOS POR SERIES,

ACOMODADOS A TODAS LAS DOMINICAS, MISTERIOS Y FESTIVIDADES

QUE ANUALMENTE CELEBRA LA IGLESIA CATÓLICA,

A LAS PARTICULARES DE LA IGLESIA DE ESPAÑA,

Y A OTROS ASUNTOS DE ACTUALIDAD RELIGIOSO-SOCIAL.

OBRA ORIGINAL DEL PRESBITERO

D. JEAN TRONCOSO,

Lector que fué de Filosofía, y destinado á leer sagrada Teología en su Colegio de San Carlos de las Cuatro Fuentes de la ciudad de Roma, predicador de varias diócesis, y autor de la **Biblioteca completa de Oratoria Sagrada** y de las **Glorias y triunfos de la Iglesia de España**, publicadas hace algunos años con general aceptación del clero español.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

TOMO IX.



MADRID:

IMPRENTA DE H. RENESES, calle de Valverde, n. 24.

4856.

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE SAN PEDRO APOSTOL.

CUARTA SÉRIE.

Panegiricos de Santos y festividades principales que se celebran en la Iglesia universal.

TOMO II.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SAN PEDRO APOSTOL.

Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam.

Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia.

MATTH. XVI. 18.

JERUSALEN santa, Esposa del Cordero, Arca misteriosa de la nueva alianza, Iglesia pura é inmaculada de Jesucristo, regocíjate, salta de júbilo, y haz resonar hoy por todo el orbe cánticos de alegría y del mas justo entusiasmo. En tí se han cumplido los grandes vaticinios de cuarenta siglos; tú has realizado las promesas del Altísimo vinculadas á la bella Sion, de donde debía salir la luz que someteria á todo el orbe; tú eres la verdadera montaña del Dios de Jacob, cuya cima domina las mas altas colinas, y desde donde se descubre la deliciosa tierra de Gessen, pátria de los predestinados; tú la fuente purísima de la cual brotan los raudales de la doctrina celestial, que dividiéndose en varios rios llevan á todas las naciones del globo la fertilidad y la abundancia; tú el copudo cedro bajo cuya benéfica sombra encuentran soláz y se cobijan en los ardientes dias del estio los pueblos abrasados por el calor de las pasiones y de los errores; tú el reino visible del Supremo Monarca que estiende sus dominios de mar á mar, y abarca dentro de sus limites la creacion entera; tú la ciudad santa del Dios vivo de la que tantas y tan gloriosas magnificencias se han referido por los Videntes; tú la casa donde mora constantemente el que tiene su asiento sobre las nubes; tú el Thabor venturoso sobre cuyas cumbres se manifiesta en todo su esplendor la grandeza incomprensible del Hijo del Escelso; tú el deli-

cioso Hermon, do cae sin cesar el fresco rocío de las divinas vendiciones, cual se deslizaba blandamente el sagrado perfume por la blanca cabellera del Pontífice Aaron, hasta humedecer su venerable barba y la orla de sus vestiduras sacerdotales; tú en suma, el colosal edificio predicho por Isaías, cuya gigantesca cúpula apercibese desde todos los puntos del globo, é indica el centro de reunion de todas las razas, tribus y familias dispersas por la sobre haz de la tierra.

¿Y quién construyó esa ciudad? ¿quién levantó esa montaña? ¿quién edificó esa casa? ¿quién alzó ese edificio que, á través de generaciones y generaciones, por entre las ruinas de los siglos, á vuelta de espantosas revoluciones, y sobre millares de escombros hacinados, donde se ven cetros despedazados, coronas mutiladas, tronos hechos menudo polvo, códigos deshojados, tristes recuerdos de la humana fragilidad, se muestra invulnerable y sobreexistiendo á la acción corrosiva y devastadora del tiempo? ¡Ah! todo ello es obra de la Omnipotente diestra. Dios concibió la idea de ese inmortal monumento de su eternal grandeza; el Unigénito del Padre viniendo al mundo, asentó sus imperecederos cimientos sobre una mística piedra estraida de las canteras de Judá, piedra escogida, angular, preciosa, y de una solidez inquebrantable, segun el lenguaje de los libros proféticos (1), que nadie será capaz de mover y que aplastaría indudablemente bajo su enorme peso á quien osará desquiciarla (2).

Y ved ya, M. A. O., desenvuelto el gran misterio de la Iglesia Católica encerrado en las brillantes alegorías bíblicas. Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fé, es quien la fundó en la tierra bajo la idea típica de la triunfante Jerusalén, si bien destinada á luchar y combatir mientras durasen los siglos: y Pedro, cabeza y gefe del Apostolado, es esa piedra mística sobre la cual se halla edificada, para resistir al empuje impetuoso de todos los huracanes suscitados por el infierno y triunfar de los amaños de la impiedad, de las arterias

(1) Isaías. XXVIII. 16.

(2) Luc. XX. 18.

del error, de las oposiciones de la heregía, de las arbitrariedades del poder humano, y de los mil elementos de ruina agrupados en derredor suyo. *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam.* En Pedro, pues, hállase personificado cuanto de mas grandioso y sorprendente envuelven los arcanos del porvenir de la humanidad. Pedro es el llamado á figurar siempre y donde quiera, como el representante de la unidad, de la santidad, de la universalidad, de la infalibilidad y demas divinos caracteres de la bella Esposa del rey de las eternidades. En Pedro estan epilogadas las innumerables magnificencias predichas acerca de ella desde el génesis del mundo, viniendo á reconcentrarse en él, como en vasto centro, los tipos, las alegorías, las promesas, las bendiciones y las esperanzas con que por tanto tiempo se alimentára la raza escogida en su larga peregrinacion. Pedro, en fin, ha convertido en una venturosa realidad la vision simbólica de Daniel. La piedra desprendida de la montaña que hiriendo en su basamento de arcilla la colosal estátua del error, la quebranta y desmenuza, tornándose poco despues en una roca de inmensas proporciones que cubre las islas del mar (1), no es sino la figura de Pedro, piedra pequeña y tosca en un principio, grande y firmísima roca despues, sobre la cual descansa el edificio eterno de la verdad, el templo de la sabiduría increada, la metrópoli de todo el orbe cristiano, la Iglesia, en fin, del divino Salvador, contra la que se han estrellado y se estrellarán siempre los colosos de la idolatría, los gigantes de la incredulidad, y cuantos en su loco delirio intentaren hacerla frente con sus erróneas doctrinas, ó con la fuerza de las armas: *Tu es Petrus etc.* ¿Y por qué así? Procuraré demostrároslo cuan brevemente me sea dable. «Porque en Pedro se halla representado el gran principio regenerador del mundo, el único elemento de unidad, de accion, de vida y de civilizacion, tanto en el órden religioso, como en sus relaciones con la sociedad.» Permitidme que prescindiendo hoy hasta cierto punto del elogio personal del Santo Apóstol, consagre especialmente mi dis-

(1) Dan. II. 34.

curso á desenvolver las glorias del Supremo Pontificado de quien es la mas sublime personificación. Harta necesidad hay de afianzar y corroborar cada vez mas ese sentimiento en medio de un siglo alucinado por las teorías de muerte que en él sembráran los émulos de esa institucion sublime! etc.

AVE MARIA.

PRIMERA REFLEXION.

Cuando digo que en el glorioso Apóstol San Pedro se halla representado el gran principio regenerador del mundo, el único elemento de unidad, de accion y de vida en el órden religioso, no hago sino repetir lo que á través de mas de diez y ocho siglos viene proclamando con voz unánime una tradicion constante, basada en las palabras del mismo Jesucristo, fundador augusto de la Iglesia. Propusiérase levantar el edificio imperecedero de la verdad sobre cimientos indestructibles; queria establecer una gerarquía espiritual con todos los elementos necesarios de unidad, de firmeza, de estabilidad, de universalidad que convenian á una obra esencialmente divina. Para verificarlo elige entre los apóstoles una cabeza, un gefe, un soberano que representando su persona y reasumiendo todos sus poderes, conserve en estrecha é indisoluble union todas las iglesias particulares con entera dependencia de la principal, de la cual como de un centro comun debian partir los luminosos rayos de la doctrina siempre idéntica, siempre invariable, siempre la misma en Oriente como en Occidente y hasta en las mas remotas estremidades del globo. «¡Pensamiento atrevido, orijinal! esclama un sábio orador contemporáneo. ¡Establecer un solo gefe para todo el universo! ¡Reunir sobre la cabeza de un solo hombre una autoridad contra la que tal vez podrian luchar algun dia todos los poderes de la tierra! ¡Constituir la unidad sobre una cabeza que podia caer al golpe de una espada! Esto pareceria imposible en las ideas del hombre, pero no lo era en las ideas del Hijo de Dios.»

Paseándose un día por las comarcas de Galilea con sus discípulos, párase de repente y les interpela en estos términos: «¿Qué dicen los hombres acerca del hijo del hombre? A lo cual responden ellos: dicen unos que sois Juan Bautista, otros que sois Elias, otros que Jeremías ó alguno de los profetas. Y vosotros, repone, ¿qué es lo que decís? Entonces Pedro se anticipa á todos y contesta: yo digo, Señor, que vos sois el Cristo, Hijo de Dios vivo. ¡Oh! bienaventurado tú, Simon, hijo de Juan, esclama Jesus, pues no es la carne ni la sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Por lo tanto, yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos. Cuanto en la tierra ligares, ligado quedará en los cielos, y cuanto desatares en la tierra en los cielos quedará desatado (1). Tal es el orígen divino de esa supremacia espiritual que Pedro y sus sucesores vienen ejerciendo á través de las edades, no solamente en los limites del mayor imperio que jamás existiera en lo humano, sino aquende y allende de los mares; el principio fecundo de esa unidad maravillosa de accion y de vida, que ha atravesado mas de diez y ocho siglos por entre mil elementos de disolucion y de ruina, luchando con innumerables errores, cismas y herejias, á despecho de tantos poderes, reyes y repúblicas como contra ella se han alzado arrogantes, y que hoy como en el primer día de su institucion subsiste firme, incontrastable, inmóvil como una roca sobre el sepulcro de donde se deriva, apoyada únicamente en aquella sublime palabra que garantiza su perpetuidad: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella.» *Tu es Petrus*, etc.

Pero á fin de que esta unidad, esta accion y esta vida de la Iglesia Católica tuviesen todas las condiciones necesarias para constituir la economía mas perfecta que jamás poseyera ningun gobierno humano, instituye Jesucristo el Presbiterado, llamado á propagar la palabra evangélica, á ofrecer el sacrificio, y distribuir parte de los sa-

(1) Matth. XVI. 13. et seq.

cramentos, bajo la autoridad y dependencia de los obispos sus inmediatos gefes, quienes á su vez debian recibir la jurisdiccion en sus respectivas iglesias de aquel que sobre todas ellas fuera colocado como pastor universal del rebaño de Cristo, reuniendo de este modo el pontificado la unidad que coordina, la accion que dilata, la moderacion que impide á aquella ser absoluta y despótica, y á esta ser independiente, y evitando el choque y la repulsion de los diversos elementos del poder, siempre propensos á destruirse á impulso de las humanas pasiones. En este concepto, Pedro es declarado por Jesucristo defensor nato de la verdad, propugnador de su doctrina, depositario de sus promesas, custodio fiel de sus dogmas, centinela vigilante de la casa del nuevo Israel, destinado á pronunciar su fallo irrevocable en los puntos de fé y confirmar en ella á sus hermanos (1). Por último, Pedro es el Supremo pastor de los pastores y de las ovejas, como terminantemente se desprende del siguiente pasaje del Evangelio de San Juan. Resucitado el Salvador, y próximo á partir al seno de su Padre celestial, dirijese á Pedro, en presencia de los demas apóstoles y le dice: «Simon, hijo de Juan, ¿me amas mas que todos estos? Pedro le contesta: Señor, tú sabes que te amo. Pues apacienta mis corderos, le responde Jesus. Segunda vez le pregunta: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Sí, señor, contesta aquel, tú sabes que te amo: y Jesus repone apacienta mis corderos. Simon, hijo de Juan, insiste por tercera vez, ¿me amas? Entonces Pedro entristecido, esclama: Señor tú sabes todas las cosas; no ignoras que te amo. Pues apacienta, le dice, mis ovejas (2).»

Hed ahí, M. A. O., representado en Pedro el elemento regenerador del mundo bajo su triple carácter de unidad, de accion y de vida. En virtud de esa alta prerogativa él es el primero que en el cenáculo se levanta para proponer la promocion de un nuevo apóstol en lugar del traidor Judas; él el primero que marcha al frente del apostolado á anunciar la palabra divina á los judios; él el primero que en la persona del centurion Cornelio llama á las naciones gentiles á la fé;

(1) Luc. XXII. 31, 32.

(2) Joan. XXI. 15 et seq.

él el que obra el primer milagro dejando muertos á sus pies á Ananias y Safira por haber mentido al Espíritu Santo; él el primero que toma la iniciativa en el Concilio de Jerusalem, para resolver la gran cuestion de las observancias de la antigua ley. Donde quiera manifiéstase la primacía de Pedro en el orden religioso. En vano intenta el furor y la tiranía extinguir esa luz brillantísima, encadenar ese poder colosal, contener los brios de ese gigante. La Galacia, el Ponto, la Bithinia, Capadocia, Asia, y otras muchas regiones de Oriente ven brillar ese astro de primera magnitud, escuchan su palabra autorizada, reciben el Evangelio y experimentan la mágica influencia de ese gran principio, destinado á reunir en torno del pescador de Galilea á todos los pueblos y naciones del globo. Por todas partes se le ve recorriendo cual general en jefe sus filas, y ordenando aquellas huestes de héroes que con las solas armas de la persuasión, y sin otro apoyo que el de las promesas del Hombre-Dios, lanzáranse á la conquista de la inteligencia y del corazón humanos, para ir á plantar sobre las ruinas del paganismo la cruz salvadora, símbolo de ventura, de fraternidad y de amor. El mundo atónito le admira disipando en todas direcciones las tinieblas del error, avasallando los poderes enemigos, confundiendo á la Sinagoga, llevando el terror al seno de la idolatría, fundando iglesias, distribuyendo los operarios evangélicos, dictando leyes y obrando en todo como jefe supremo de la sociedad cristiana. En él, pues, hállase reasumida la autoridad de Jesucristo, que por su conducto derivase á los demas miembros del cuerpo místico, puesto que como escribe el Padre San Leon, « á Pedro concedió el Señor el consorcio de su poder; y si algo quiso que fuese comun á él y los demas apóstoles, nunca dió sino por intermedio suyo lo que no negó á los otros (1). »

¿Vióse jamás un prodigio semejante? ¡Un pescador humilde y rústico constituido en el mundo sobre todo lo que no es Jesucristo, y solo inferior á él en soberanía y potestad! ¡Un hombre idiota y cobarde, enaltecido á la cumbre de la sabiduría y de la gloria, para ser en el orden gerárgico de la Iglesia el oráculo infalible de todos

(1) S. Leo. ap. Mamachi. Antig. crist. T. 5. p. 141.

los siglos, y el manantial perenne de donde han de brotar los caudalosos rios de la doctrina celestial que han de fertilizar la tierra á través de las generaciones venideras! Si esclama entusiasmado el Crisóstomo (1): «Pedro es la piedra inquebrantable contra la que vendrán á estrellarse los perpétuos embates del mar tempestuoso » del error; el alcázar de Sion que nunca lograrán conmover los furiosos huracanes de las pasiones; el astro brillantísimo de la religión que en ningun tiempo padecerá eclipse; el apóstol grande sobre cuyos hombros gravita todo el peso de la autoridad divina, y á quien están vinculados los destinos del porvenir de la humanidad.» «Corifeo del apostolado, único escogido, beatísimo, celeberrimo, boca, lengua y voz de los predicadores, pescador del orbe, piedra angular del edificio religioso, firmamento, columna, candelero de la fé, padre, doctor, custodio del dogma, clavero celestial, maestro infalible, á quien ni engañan ni vencen las potestades del infierno » y en quien se robustece la firmeza de los pastores...» Estos y otros muchos son los epítetos con que la tradicion unánime viene honrando la memoria del Príncipe de los apóstoles (2).

Pero en ninguna otra circunstancia resaltan tanto las magnificencias de Pedro y las grandezas de ese gran principio regenerador del mundo en él representado, como en el establecimiento de su silla pontifical en la capital del orbe. Setecientos años hacia que un puñado de bandoleros construyendo sus cabañas entre el mar Tirreno y las emnegrecidas cumbres del Apenino, echaron los primeros cimientos de un imperio que debia tener por limites el Occéano, el Rhin, el Eufrates y el Atlas. Ya aquella nacion prepotente despues de haber destruido con su mano de hierro la nacionalidad de todos sus vecinos, harta de sangre, de despojos, de orgullo y de gloria, depositára su arrogante república en manos de un solo soberano. Este soberano era Nerón, aquel príncipe inhumano y cruel por instinto, ante cuya mirada temblaba y estremeciáse la tierra. Pues bien, ¡estraño atrevimiento! A los ojos de ese mismo tirano, dentro de su

(1) Ib. p. 94.

(2) Ib. p. 331 et seq. 3. T. 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.

ciudad, y cabe las gradas de su trono resuelve San Pedro establecer su cátedra príncipe, el punto de partida de sus conquistas, y el sólio de su reinado espiritual. A Roma vuela el pescador de Galilea á buscar la independéncia del martirio, única á que podía aspirar el sucesor de Jesucristo en aquella época de horror y de carnicería. Allá va á zanzar los fundamentos de un nuevo poder mas augusto, mas estenso y estable que el de los emperadores paganos. Allá se encamina con el báculo en la mano á disputar á los señores del mundo el dominio universal, no de la fuerza, sino de la razon, no de la espada sino de la palabra. Allá se dirige á colocar sobre las siete colinas que rodean el Capitolio el trono de la religion de Jesucristo, el baluarte de la fé, el centro de la unidad católica, elemento de accion y de vida para todos los pueblos que aceptasen la nueva luz evangélica, destinada á desterrar unos tras otros todos los errores hacinados por la supersticion y el fanatismo. ¡Oh! Marcha en buen hora conquistador heróico: tú entrarás en esa gran ciudad de las abominaciones, en esa nueva Babilonia que se abrevará con tu sangre: pero tus destinos están asegurados. Encerrado en las tumbas que guarnecen las vias romanas, reinarás no obstante sobre el mundo y recibirás el homenaje debido al Obispo de los Obispos, al Príncipe de los pastores. Y cuando la cortante cuchilla haya segado esa cabeza en la que está depositado el porvenir de la humanidad; cuando desastrosas revoluciones hayan dividido el Oriente de el Occidente bajo el imperio de Teodosio; cuando los Hérulos, Ostrogodos y Longobardos hayan probado su impotencia para establecer en Roma la capital del nuevo reino de Italia; tú solo dominarás en ella por medio de tus sucesores, sin que sean bastantes á despojarte de tu patrimonio ni lanzarte de tu sólio todos los poderes reunidos para tu esterminio. En pos de ti treinta y siete ilustres Pontífices, sellarán con un glorioso martirio el testimonio de su constancia y mantendrán viva la antorcha de la fé Católica; cuarenta y uno obtendrán los honores del culto por su virtud y altos merecimientos; mas de doscientos cincuenta siguiendo tus huellas defenderán con heróico valor los intereses de la religion sin doblegarse ante las exigencias de la usurpacion en el trascurso de diez y ocho siglos. La Arca de la

nueva alianza, asentada sobre su indestructible pedestal, insultará inmóvil las negras tempestades condensadas en su derredor, y los impotentes balances de una política ambiciosa. El ungido del Señor, el intérprete de la ley, el representante de la unidad religiosa verá bogar su nave sobre la superficie del gran Océano de las persecuciones, sin que basten á hacerle encallar los impetuosos vientos de mil pasionas conjuradas en su daño. En torno de tu Cátedra, agruparánse millares de pueblos que vendrán á colgar en las murallas del Alcázar de Sion los trofeos de la religion siempre combatida, nunca vencida. A tus pies correrán á postrarse los Constantinos, Teodosios, Honorios, Pipinos, Carlo-Magnos, Luises, Othones, Estéfanos, Enricos, Fernandos, Cárlos y otros cien y cien monarcas tan ilustres como piadosos, derramando en tu seno los tesoros de su libertad, y ofreciéndote su espada para vengar tus derechos. El Madianita impío que atentare contra ellos, perecerá sin remedio; el incircunciso y el inmundo no mancharán con su huella tu recinto; en el seno mismo de la corrupcion, la Esposa del Cordero se mantendrá limpia é incorruptible. Vendrán dias malos en que el error hará el último esfuerzo para reinar sobre los escombros de la verdad: pero la verdad sobrenadará en el gran diluvio de las pasiones; y esa institucion divina del Pontificado vivirá siempre personificada en el grande Apóstol Pedro, para ser donde quiera no solamente el único elemento de unidad, de accion y de vida en el orden religioso, si que tambien el principio civilizador de las sociedades: asunto de mi

SEGUNDA REFLEXION.

Nadie puede dudar racionalmente que el Catolicismo ejerce una doble influencia religiosa y social, divina y humana, temporal y eterna; y por consiguiente, que una gran parte de esta influencia pertenece al poder espiritual del supremo Pontificado, por cuanto él es el alma que vivifica ese gran todo, y sin él ninguna accion ni general ni especial podria concebirse en esa religion salvadora. Bajo es-

te concepto, he dicho y repito, que en el papado se halla representado el principio de unidad, de accion y de vida, considerado como elemento civilizador de las sociedades. ¿Qué es, pues, la civilizacion? Cualquiera que sea el sentido en que plazca á los modernos economistas tomar esta palabra, no podemos concebirla sino como la realizacion social y progresiva de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello segun el Evangelio; y por consecuencia allí habrá civilizacion, en donde la religion revelando y consagrando el dogma civilizador, y la moral resplandeciendo en las artes, derramarán su espíritu é irán infiltrándole cada vez mas en todos los miembros de la sociedad. Esto supuesto, cúmpenos examinar lo que vienen siendo los sucesores de Pedro, respecto de estos tres elementos civilizadores.

Apenas el cristianismo despues de tres siglos de lucha empieza á descansar de sus heróicos combates, dueño del trono de Constantino, cuando la accion del pontificado hasta entonces ineficaz y casi imposible, desplégase súbitamente por medio de la predicacion evangélica y de la verdad social. Entonces comenzó en el mundo bajo el impulso de los romanos Pontífices, aquella gran mision del Sacerdocio que no debe terminar sino cuando no haya mas que un solo aprisco dirigido por un solo pastor. Al modo que en otro tiempo arrancáran del Capitolio aquellas invencibles legiones que llevaron á Roma los despojos del Universo, asi en cada siglo hánse visto salir de los muros de la ciudad eterna otros conquistadores de nueva especie, enviados á sembrar en toda la tierra la palabra de verdad, á someter las naciones á Jesucristo libertador, y á llevar á las familias nómadas y errantes del linage humano, la idea sublime de Dios y de la eternidad. Una voz que sale de la cátedra de Pedro, les dice: «Marchad presurosos á conquistar las almas;» y á este eco en diferentes épocas, la Inglaterra, la Dinamarca, la Suecia, la Rusia, caen de hinojos delante de la Cruz; y mas tarde las apartadas regiones del Nuevo Mundo y los bosques de la Oceania, se ven fecundados con el sudor y la sangre de innumerables misioneros católicos que van gozosos á morir en el puesto que les designára el príncipe de la monarquía espiritual, el padre de la cristiandad, el sucesor del pescador de Galilea.

Poco era, empero, hacer brillar las doctrinas evangélicas, y con ellas la vida social, fuera de la cual no existe la civilización. Los Papas han hecho los mas laudables esfuerzos por realizar la moral cristiana, y consiguientemente el bien en sus puntos mas importantes, fomentando ese principio de caridad que consagra y abraza todos nuestros deberes sociales. Padres de la gran familia humana, concibieron el pensamiento de estrechar los hombres todos con los vínculos de una vasta fraternidad. ¿Quién sino ellos hicieron que fuesen una verdad esos dos nombres igualdad y libertad, tan frecuentemente profanados por nuestros modernos reformistas, y que solo pueden tener un sentido sublime y una justa aplicación dentro de los límites del cristianismo que vino á revelarlos al mundo? ¿Quién sino los sucesores de Pedro han hecho resonar en los oídos del poderoso aquellas palabras regeneradoras de San Pablo: «no hay en Jesucristo esclavos ni libres, pues todos son unos en Jesucristo?» ¿Hay quien ignore con cuánta energía levantaron siempre su autorizada voz para condenar ese tráfico inmoral, con que una insaciable codicia viene comerciando con el sudor y el alma de unos seres desgraciados, á quienes compra por unas cuantas monedas de plata para destinarlos á los mas duros é insoportables trabajos? Y cuando en la edad media vinieron los bárbaros á establecerse sobre los escombros que hacían en la culta Europa, cuando un poder salido de las indisciplinadas hordas del Norte hollaba los sagrados derechos de las naciones: ¿quién defendió entonces la causa de los pueblos? ¿quién levantó el grito para protestar contra la tiranía de unos conquistadores que llevaban en la punta de la espada la única razón de su soberanía? ¿Quién proclamó muy alto las inflexibles reglas de la justicia, frente á frente de la mas tiránica usurpación? ¡Ah! Esta gloria pertenece toda entera á los sucesores del Pescador, á ellos que no satisfechos con ser los protectores natos de la libertad, han sido sus ilustres mártires.

Hé aquí el triunfo mas sublime de la inteligencia sobre la fuerza. Sabemos hasta dónde ha llevado la malignidad su negro encono, especialmente en estos tres últimos siglos, contra el poder del pontificado. No ignoramos las miras de esos modernos escritores, que ha-

ciéndose el eco de las antipatías y de las vetustas preocupaciones de la impiedad, se complacen en pintar al jefe del catolicismo con los mas negros coloridos, empeñado en envolver en su red todos los reinos, y en hacinar sobre su frente todas las coronas. Pero ¿han pensado esos hombres lo que hubiera sido de la Europa en medio del terrible conflicto de los soberanos entre sí, de los tronos contra el feudalismo, del feudalismo contra el pueblo, si la única autoridad reconocida entonces no hubiese empuñado con mano fuerte las riendas de la civilizacion, si los sucesores de Pedro en cuyos brazos lanzárase la sociedad en masa, no se hubiesen hecho cargo del timon de esa nave fluctuante, para reconstituir la desmembrada unidad y salvar el orden social? ¿Se les acusa de usurpadores ambiciosos! ¿Y por qué? Porque soberanos de hecho se sirvieron de su inmenso prestigio y de su influencia universal para contener el torrente devastador de las pasiones que arrastraban el mundo á su ruina. Porque á manera del marinero, que en medio de la confusion causada por una gran tormenta, se ampara de la direccion del vajer y le conduce al puerto, ó como el soldado que en el momento del peligro y en ausencia de sus jefes, toma el mando de la division y salva la república, ellos tambien, los sucesores de Pedro, volaron en auxilio de la Europa amenazada, para impedir fuese presa de la anarquia y del despotismo. Si: fueron ambiciosos como lo es el Sol que estiende á todo el globo su accion beneficosa, para iluminarle y fecundarle con sus rayos; fueron usurpadores, como la Providencia que todo lo invade, para llevar el consuelo y la esperanza donde quiera que la humanidad yace agobiada bajo el peso del infortunio. Por lo demas, díganos si una sola voz han hecho uso del poder que les fué conferido, como no haya sido para consagrar con él los derechos y los deberes legítimos de los pueblos. Mas para justificarse el pontificado ante el tribunal de la ignorancia, de la mala fé, y de las pasiones en el gran proceso abierto contra el supuesto abuso de su autoridad espiritual, bastaríale presentarse en la arena, y esclamar como aquel ilustre acusado que nos recuerda la historia. «Subamos al Capitolio y demos gracias al Dios supremo, pues hace seis siglos que en época semejante yo salvé la Europa.» Y cuando no, ahí está la historia que ha

recogido las glorias de Lepanto, donde se decidió el triunfo definitivo de la unidad, de la libertad, de la independencia y la civilización contra el Coloso de Oriente, que con sus formidables huestes viniera á imponernos su ominoso yugo. ¡Quizás hoy seríamos tributarios ó esclavos de los fieros descendientes de Islam, si el génio previsor del sucesor de Pedro que velaba cual centinela vigilante sobre los muros de Sion, no hubiese dado el grito de alarma, reunido en torno suyo todos los tronos, invocado el auxilio del Dios de los ejércitos, y hecho descender del cielo la victoria!

Por último, ¿os hablaré del celo de los sucesores de San Pedro en reanimar y fomentar las artes, tercer elemento civilizador? Por demás sería detenernos en probar este hecho histórico. Aun en los siglos de la mayor barbarie, ellos se mostraron siempre superiores por sus luces á la época en que vivían. El mismo Voltaire atribuye al viage de Carlo-Magno á la capital del mundo católico, aquel tinte de civilización que distinguió á su siglo. ¿Y quién ignora que cuando el tristemente célebre reformador, Lutero, pretendía romper los lazos que segun él tenían encadenada la inteligencia, un sucesor de Pedro era quien immortalizaba su época con obras maestras del arte y del ingenio, levantaba el templo del Vaticano, y creaba esos prodigios que inspiraban el pincel de Miguel-Angelo y Rafael, reproduciendo los bellos siglos de Roma y Atenas? ¡Ah! Por mas que el odio y las pasiones humanas trabajen por disputar al catolicismo sus más preciosas conquistas, jamás lo conseguirán; y aun debemos esperar ver verificadas en un porvenir no lejano las predicciones de un eminente escritor, cuando esclamaba: «¡Oh Iglesia Santa de Roma! Día vendrá en que los sucesores del Pescador sean proclamados fundadores de la libertad Europea, protectores y conservadores de la libertad civil, y bienhechores infatigables de la humanidad.»

Entre tanto, dejemos que los ciegos émulos del Pontificado repitan todavía las palabras de muerte que pronunció al espirar el último siglo; dejémosles que lleven al extremo sus preocupaciones y antipatías, y preparen el epitafio de la Iglesia católica, cual si su existencia pendiese del débil soplo que respira el venerable anciano que se sienta sobre la silla de Pedro; dejémosles hablar de ruinas y de des-

truccion del sagrado Alcázar, justamente cuando nunca han mostrado mayor solidez sus cimientos, ni se dejó ver mas visible el dedo de la Divina Providencia tras el velo humano de su representante en la tierra. Fijos é inmóviles nuestros ojos en esa cátedra príncipe, cuando sentimos vacilar nuestra fé ó debilitarse nuestra esperanza, leamos ese lema consolador: «TÚ ERES PEDRO, Y SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARÉ YO MI IGLESIA, Y LAS PUERTAS DEL INFIERNO NO PREVALECERÁN CONTRA ELLA.» Al leerle renacerá nuestra confianza, nuestra alma recibirá un nuevo brio, y robusteceránse nuestras creencias, convencidos de que en Pedro se halla representado el gran principio regenerador del mundo, el único elemento de unidad, de accion, de vida y de civilizacion religioso-social. Los cielos y la tierra podrán desaparecer, pero jamás esa promesa quedará desmentida. ¡Triste de aquel que tropezare sobre esa piedra! ¡Desgraciado aquel sobre quien ella cayere!

Y tú, apóstol santo, jefe glorioso del Pontificado católico, roca in-contrastable sobre la cual alzó Jesucristo el gigantesco edificio de la religion, destinado á sobrevivir á todos los siglos, á todas las persecuciones, y á todas las ruinas de la humana inteligencia; candelero siempre luciente de la casa del Señor, columna siempre firme del templo augusto de la fé, antorcha clarísima del mundo, Sol radiante de la Jerusalem terrestre, ilumínanos, enséñanos, defiéndenos contra las arterias del error. Vela constante sobre tu grey, Pastor solícito; llama á tus ovejas al aprisco de la unidad; conduce á ella las que todavia andan errantes y dispersas; abrevia el día en que la humanidad entera no constituya mas que un solo rebaño, que agrupado bajo el cayado de tus sucesores los romanos pontífices, camine via recta hácia sus sublimes destinos, y llegue seguro á los celestes pastos de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN PABLO APOSTOL.

Gratia Dei sum id quod sum, et gratia ejus in me vacua non fuit, sed abundantius omnibus laboravi.

Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido en mí infundada, pues he trabajado mas copiosamente que todos.

I. CORINT. XV. 10.

RARA cosa es hallar un hombre, por grande que sea su virtud, por eminentes que sean sus cualidades, siquiera su talento raye en lo mas elevado, aun cuando su vida sea la mas intachable y pura, en quien no encuentre motivo de cebar su venenoso diente la crítica mordaz, la vil envidia, la ensangrentada rivalidad, el negro encono, y todas esas malas pasiones por desgracia tan comunes en el mundo. Al nombrar á San Pablo, sér verdaderamente fenomenal por sus virtudes, por su ciencia, por sus altos servicios, por los inmensos bienes que ha legado á la humanidad, cuyas producciones vienen siendo un objeto constante de admiracion para todos los genios dignos de este nombre, cuya celestial filosofia encierra los mas ricos tesoros de sabiduría nada comun, cuyos triunfos se celebran en todos los idiomas conocidos, cuyas glorias ha recogido la historia en páginas de oro, cuya memoria, en fin, es tan grata y simpática bajo todos conceptos, creyérase imposible que ni un solo émulo tuviera quien tanto y de tan diversas maneras mostró ser el amigo universal de todos los hombres, el doctor por escelencia de todas las naciones, el maestro incomparable de todas las clases y condiciones sociales, el genio protector de todos los derechos legítimos, y de los verdaderos

intereses de la humanidad, el discípulo de la Cruz que no aspiró jamás á otra gloria que á identificarse con ella, el apóstol celoso que en sus peregrinaciones, fatigas, trabajos, persecuciones, reveses, infortunios, no tuvo otro móvil que la honra de Dios y el bien de sus prójimos, llegando en su inagotable caridad á desear ser maldición y anatema á trueque de conquistarlos á todos para Jesucristo.

Tal se presenta á los ojos de la religion y de la historia el grandioso objeto de nuestros cultos; y sin embargo, hombres ha habido tan desatentados, que han llevado su sistemático delirio hasta el punto de mojar en la venenosa hiel de la sátira y del sarcasmo sus funestas plumas, esforzándose, aunque en vano, en hacinar asquerosos sofismas, para amancillar la justa y bien merecida reputacion de nuestro héroe. Felizmente esta se encuentra á una altura á la que les es imposible llegar á esos pigmeos: y todos sus tiros tornando de rechazo sobre los que los dispararon con ojo tan poco certero, solo han logrado herirles de muerte, ensangrentar sus manos, é imprimir en sus frentes el estigma de la impiedad, probando hasta la evidencia que lo que en San Pablo odiaban era su doctrina pura, sus enseñanzas divinas, padron eterno de ignominia de las enseñanzas y doctrinas del seudo-filosofismo de todas las edades y épocas.

¡Y qué gloria tan positiva no resulta de esto mismo al apóstol de las gentes! ¿Qué mayor lauro para él que verse combatido únicamente por la incredulidad y el libertinaje de la escuela racionalista, cuando el verdadero genio, la ciencia positiva, el saber propiamente tal, sin escepcion de humanas opiniones ni aun de creencias, viene tributándole los mas sinceros homenajes? ¿Qué corona mas brillante pudiera ceñir sus sienes, que el ser tenido y admirado como el enemigo irreconciliable de toda doctrina errónea, como el defensor nato de toda verdad, como el firme baluarte de todo dogma, como el escudo impenetrable de todo principio revelado, como el representante de toda idea ortodoxa, como la personificacion exacta de cuanto en el gran código civilizador del Evangelio se encuentra de mas importante y sublime, puesto que á él se consulta en las dudas, en sus páginas se busca la solucion de los puntos difíciles, á sus escritos como á purísima fuente corren á abrevarse los talentos mas privi-

legiados de las cristalinas aguas de una ciencia que abarca todos los ramos del saber, y de sus libros estrae la Iglesia los tesoros inapreciables con que enriquece las inteligencias deseosas de instruirse en los misterios de la religion? Y todo este cúmulo de grandezas epilogadas en San Pablo, fue en él el resultado práctico de la gracia del Señor que con tanta prodigalidad se dignó comunicarle el cielo, como terminantemente lo dejó consignado en su primera carta á los de Corinto, y merced á la cual tan fecundos fueron los frutos de su apostolado, pudiendo gloriarse de haber trabajado mas que todos sus cólegas y con éxito mas feliz: *Gratia Dei sum id quod sum, et gratia ejus in me vacua non fuit, sed abundantius omnibus laboravi.*

No sin temor atreveríame yo á abordar ese abismo y á penetrar en el intrincado laberinto de las magnificencias del apóstol. Para no naufragar pues en tan inmenso océano, serviráme de brújula su misma doctrina, tomaré por Norte sus mismas páginas, y reuniendo en un solo haz lo mas importante de ellas y demas escritos canónicos, os mostraré en San Pablo «el tipo característico del apostolado en su mas elevada idea, bajo el doble carácter de la predicacion y del magisterio.» Hé aqui el asunto de mi discurso, etc.

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

Todavía se hallaba fresca y humeante la sangre de la víctima del Calvario. El judaismo repuesto de su primera sorpresa, preparábase á una nueva lucha, y en connivencia con la idolatria propusiérase esterminar de la tierra hasta el mas leve recuerdo de aquel Hombre Dios, que en un leño infame diera el golpe de muerte al imperio del error. Era ya tarde. El cristianismo brotara robusto y potente de aquel árbol, que en sustitucion al del primitivo Eden, plantára la mano del Altísimo para hacer surgir de él la vida del mundo. En torno suyo habiase formado una falange de héroes destinados á propagar y estender por todo el orbe las conquistas del rey mártir. Una de sus primeras victorias fuera la conversion de aquel Saulo que en

su juventud custodiaba los vestidos de los verdugos que apedreaban á Esteban; de aquel Benjamin rapaz de Tarso tan señalado despues por su ódio á la religion del Nazareno, por su fogoso celo en sostener las tradiciones judáicas; del discípulo de Gamalel, el oráculo de la secta farisáica, del enemigo mas implacable del cristianismo. Este era el elegido en los designios de Dios, para ser en su dia el tipo del apostolado, el mas intrépido predicador de la Cruz, el doctor universal de las naciones, el maestro insigne de la verdad revelada, el gran genio cuya doctrina debia popularizarse en todos los siglos, la antorcha brillantísima de la fé, la columna indestructible de la Iglesia católica. Un prodigio del cielo opera súbitamente esta transformación tan sorprendente. En los momentos críticos en que, henchido de furor y rebosando venganza contra los discípulos del crucificado, vuela á llevar á Damasco decretos de proscripcion y de exterminio (1), cae de repente en tierra herido por una mano invisible. Oye una voz celestial que le dice: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues (2)?» Esta voz penetra hasta las médulas de su alma. A su eco aquel robusto cedro del libano inclina su copuda cima, y lleno de estupor esclama: «¿Quién sois vos, Señor?» Yo soy Jesus, dicele la voz desconocida, yo soy Jesus á quien tú persigues (3).» ¡Oh portento de la gracia! Ello es hecho, Saulo ha quedado prisionero en los lazos de la divinidad. La Iglesia naciente puede contar con un nuevo campeon; la verdad tiene ya un defensor aguerrido que sostendrá con ardor sus derechos. «Héme aquí Señor, esclama: ¿qué es lo que quereis que haga (4)?» Esta respuesta envuelve el hilo misterioso de los destinos de ese genio extraordinario. La omnipotente diestra del Altísimo le ha privado temporalmente de la vista del cuerpo, para derramar en su alma la abundancia de unas luces con las cuales ha de esclarecer al mundo. Ananias es el instrumento de quien el cielo se vale para iniciar al nuevo neófito en los secretos designios de la Providencia, descubriéndole las maravillas de su por-

(1) Act. IX. 4 et seq.

(2) Ib. 4.

(3) Act. IX. 5.

(4) Ib. 6.

venir (1). Con la imposición de las manos recibe el Espíritu Santo: y desde aquel momento ya no es Saulo sino Pablo, el vaso de elección que va á llevar el nombre adorable de Jesús á los reyes, á los príncipes y á las naciones todas del mundo (2), el mas ardiente apolo-gista de la Cruz, el vengador incansable de los dogmas del Evan-gelio, el martillo contundente del judaismo incrédulo, el perseguidor in-trépido de las extravagancias farisáicas, el terror en fin de la idola-tría pagana.

Vedle en su primer ensayo triunfando ya de aquella Sinagoga obstinada que azota y aprisiona á los heraldos del Evangelio. Al oírle predicar ante el Sinedrio con extraordinaria energía que Jesús es el verdadero Hijo de Dios (3), los judíos petrificados y llenos de asombro no aciertan á esplicarse tan inesperada mudanza. ¡Qué es esto! se dicen «¿No es ese el mismo que poco há perseguía en Jeru-salen á los que invocaban este nombre, y vino de propósito á con-ducirlos presos ante el tribunal de los ancianos (4)?» Natural era que en su despecho convirtiesen hácia el desertor de sus banderas todo el ódio que les inspiraba una doctrina tan antipática como opuesta á sus carnales miras. Juran de hecho el esterminio de Pablo, búscanle solícitos, acéchanle por do quiera, apostan centinelas para prenderle; pero todo en vano. Descolgado en una espuerta por sus hermanos, salvará los muros de aquella ciudad enemiga, y volará á reunirse con los demas apóstoles en Jerusalem donde le esperan nue-vos combates, triunfos brillantes y admirables conquistas (5). Allí es donde el nuevo predicador desenvuelve las grandes dotes con que le ha enriquecido el cielo: allí es donde anuncia las magnificencias de la cruz con una sabiduría superior á cuanto puede imaginarse (6); allí es donde su elocuencia sobrehumana triunfa poderosamente de las preocupaciones de la secta mas tenaz y decidida, obligando á los

(1) Act. IX. 7.

(2) Ib. 45.

(3) Ib. 20.

(4) Ib. 21.

(5) Ib. 23. et seq.

(6) Ib. 28.

enemigos del Nazareno á que confiesen y reconozcan su divinidad; allí disputa con el helenista y le confunde, combate los sofismas del filósofo y le persuade, entra en polémica con el fariseo y le hace mudecer. Pérsigale nuevamente el Sinedrio, urda contra su vida nuevos planes, apele á la traicion, al cohecho, y á todo linage de medios para deshacerse de un rival tan temible (1). ¡Ah! El cielo vela por él y le protege. Bien presto sabedor de aquella conjuracion abandonará la ciudad deicida, pasará á Cesaréa, de allí á Tarso, despues á Antioquía, donde reunido á Bernabé forma una iglesia brillantísima, rica en virtudes y fecunda en obras de la mas heróica caridad, que estrecha á los discipulos del Crucificado con el nombre comun de cristianos (2).

¡Oh! ¿Quién no admirará las singularísimas dotes de ese insigne predicador evangélico? Nadie le igualó en rectitud de intencion ni en sinceridad de miras. Si bien su sabiduría raya en el mas alto punto, no por eso hace gala de un fastuoso aparato de erudicion, ni busca frases estudiadas, ni prepara limados discursos: su lenguaje dista mucho de toda afectacion mundanal, porque solo aspira á hacer triunfar la verdad del error (3), conforme al espíritu de Dios, sin ambicionar otra gloria mas que la de la cruz por premio de sus fatigas (4). Viósele, como él mismo escribe, menospreciar con heróico desinterés las honras y los aplausos de los hombres, cual si no fuesen mas que un poco de estiercol inmundo (5); anhelar esclusivamente la salvacion de las almas, único objeto de sus constantes desvelos (6); abarcar en su caridad sin limites á todas las clases y condiciones sociales; amar entrañablemente en Jesucristo al sábio y al ignorante, al rico y al pobre (7); vivir como judío por ganar á los judíos, sujetarse á la ley para conquistar á los que estaban bajo su dominio;

(1) Act. IX. 29.

(2) Ib. XI. 25, 26.

(3) L. Corinth. II. 4.

(4) Ad Galat. VI. 14.

(5) Ad. Philip. III. 8.

(6) II. Corinth XII. 14.

(7) Ad. Philip. I. 8.

contemporizar con el débil, soportar al rudo, tolerar al nécio, y hacerse todo para todos con el único fin de salvarlos indistintamente, dándoles participacion en las riquezas de la gracia (1). Ninguno estuvo mas lejos que San Pablo de incurrir en las debilidades de la vanagloria ni de dejarse dominar por la soberbia. Bien al contrario de envanecerse por los felices sucesos de su apostolado, cuida constantemente de reprimir los menores movimientos del orgullo, reduciendo su carne á la mas estrecha servidumbre por temor de ser reprobado cuando á los demas predicaba las doctrinas de la salud (2); complácese en recordar sus antecedentes nada favorables, confesando que fué en otro tiempo blasfemo y perseguidor de Cristo (3); desea ser de todo el mundo menospreciado como vil escoria (4), y como el menor y mas indigno de sus hermanos.

Con tales cualidades, ¿cómo no habia de obtener ese predicador insigne los mas extraordinarios triunfos? ¡Mas ay! ¿Cómo abordar el abismo sin fondo de las fatigas apostólicas, y de las continuas escursiones de ese intrépido evangelizador de Cristo? Con razon y sin temor de ser desmentido, pudo decir que habia trabajado mas copiosamente que todos los demás apóstoles, si bien reconociendo que todo ello se debia, no á él, sino á la gracia del Señor que en él obraba (5). Este es quien en la congregacion de los profetas y doctores de la Iglesia de Antioquia, le designa la vasta mision que le tiene preparada (6). De allí parte á Seleucia despues de disponerse con oraciones y ayunos, hácese á la vela para Chipre, y arriba á Salamina, cuya isla recorre predicando el reino de Dios y anunciando las magnificencias de la cruz, tema constante de sus discursos (7). Seguidle á Papho; vedle hecho un objeto de ódio para los falsos profetas que á su vista se estremecen y urden los mas negros planes,

(1) I. Corinth. IX. 20, 21.

(2) Ib. 27.

(3) I. Tim. I. 13.

(4) I. Corinth. IV. 13.

(5) Ib. XV. 10.

(6) Act. XIII. 1, 2.

(7) Ib. 11, 12.

contempladle en presencia de Sergio haciéndole temblar en su silla cuando le habla acerca de la divinidad de Jesucristo; escuchad sus palabras de fuego cuando dirigiéndose al pérfido Elimas que intentára alucinar con sus sofismas al proconsul, le llama hombre fraudulento y malicioso; hijo del diablo, enemigo de toda justicia, amenazándole con la venganza celestial, y dejándole ciego en punición de su delito, con lo que Sergio se convierte á la fé y da un ilustre testimonio á la religion del crucificado. Esto, no obstante, no es mas que un ligero prelude de la gran carrera que va á emprender ese ángel evangelizador. No le intimidan los hierros, las cárceles, los azotes, las angustias, los sinsabores y las persecuciones de todo género que presiente en el desempeño de su mision. A manera de conquistador intrépido contempla con su mirada penetrante todo el universo, y le encuentra pequeño comparado con su celo inquieto. Nada es para su alma abrasada en el amor divino todo cuanto ha hecho, si no consigue ver postrados á los pies del rey del Calvario los reinos todos de la tierra. Ya está en Perges predicando las eternas verdades de aquel código llamado á establecer una nueva legislacion fundada en la mas dulce fraternidad. Ya penetra en la Sinagoga de Antioquia de Pisidia, é imponiendo silencio á los circunstantes, desentraña admirablemente la historia del pueblo escogido; desenvuelve la genealogia de Jesucristo y la mision del Precursor; confuta los errores del judaismo, demostrando el cumplimiento de las profecias en la persona del Mesias crucificado en Jerusalem; pondera la perfidia de los que han evocado sobre si la sangre del justo, y amenázales con una espiacion terrible si no se apresuran á reparar los ultrages hechos á su augusta persona. ¿Qué importa que estalle contra Pablo una persecucion horrorosa y violenta? El sabrá burlar los proyectos vengativos de sus émulos, sacudirá el polvo de sus sandalias contra aquella raza incrédula, y satisfecho con las innumerables conquistas que ha hecho en muchos judios prosélitos y gentiles, saldrá de allí henchido de júbilo celestial, para continuar sus tareas en otros paises y llevar donde quiera los beneficios de la civilizacion cristiana (1). Con la rapidez del relámpago vuela de Antio-

(1) Act. XIII. 44.

quía á Iconio, de Iconio á Systria, de aquí á Derbe, luego á Licaonia. A la elocuencia de sus palabras únense los prodigios de su virtud. Con el simple contacto de sus manos, sana á un tullido de nacimiento, y el pueblo entusiasmado quiere proclamarle Dios, y los sacerdotes de Júpiter trayendo toros adornados de flores, dispónense á ofrecerle un sacrificio (1). «No hagais tal, esclama Pablo: ¿Ignorais acaso que yo no soy mas que un simple mortal como vosotros, que vengo á exhortaros á abandonar esas necias supersticiones, y á adorar al único Dios Criador de cielos y tierra (2)?» Entonces la escena cambia, y aquel Pablo que hubiera podido ser objeto de honores divinos, mirase hecho el blanco de la mas violenta venganza, arrojado fuera de la poblacion, todo destrozado, cubierto de heridas, y casi exánime en fuerza de la sangre que arrojara (3); pero curado milagrosamente, al siguiente dia torna á emprender su marcha hácia Jerusalem, donde es llamado á decidir la gran cuestion de la ley Moisaica acerca de la circuncision.

¡Cuán veloces son los piés de ese Apóstol! Dijérase que se multiplicaba y bilocaba á su placer para atender á tantas y tan diversas regiones á que estendió su celo y solicitud. ¿Quién podrá decir lo que trabajó en Antioquia, Siria y Cilicia? ¿Quién narrar sus fatigas y desvelos en Lystría, Frigia y Galacia? ¿Quién enumerar los prodigios de su predicacion en la Misia, en Troade y en Macedonia? Aquí tambien es de nuevo perseguido, azotado, encarcelado, y denunciada su doctrina ante los tribunales, porque ha lanzado al inmundo Phiton del cuerpo de una jóven esclava; pero tambien triunfa de la calumnia, confunde el error, hace brillar la verdad, convierte al carcelero que le custodiaba, y recibiendo una amplia satisfaccion de los magistrados, es puesto en libertad como ciudadano romano (4). Vuela, oh génio de la paz, y ve á llevar los beneficios del Evangelio al pais de las musas, á la cuna de los grandes ingenios, al emporio de las ciencias, de las artes y de la

(1) Act. XIV. 9 et seq.

(2) Ib. 14.

(3) Ib. 18.

(4) Ib. XVI. per tot.

civilizacion. Fecundiza en buen hora á Tesalónica con el suave rocío de tu predicacion; derrama en Berea los preciosos raudales de tu sabiduría celestial (1); pero no te olvides de esa famosa Atenas madre de tantos errores, baluarte de tantas supersticiones, centro de tantos y tan absurdos sistemas, en donde el paganismo ha concentrado todas sus fuerzas y hacinado sus principales elementos de accion contra la religion cristiana (2). Allí, en efecto, es donde Pablo dirige sus pasos. Entra en la ciudad, examina cuanto á su alrededor se presenta, observa atentamente el refinamiento del lujo y la molicie de la sensualidad entronizados á la sombra del politeismo; ve bullir donde quiera los templos de los ídolos adornados con toda la magnificencia del arte y con todas las riquezas del ingenio. Solo el Dios verdadero no encuentra allí cabida, porque es completamente ignorado de aquellos griegos presuntuosos, que en su afectada gravedad no admiten otra moral que la de Epicuro. Dificil tarea era la de convencer aquellas inteligencias, tanto menos dispuestas á aceptar la moral del Evangelio, cuanto mas pagadas de su fastuoso saber. Si evoca conferencias con los principales caudillos de la secta, su sabiduría es tachada de despreciable charlatanismo; si entabla disputas con los jefes del filosofismo, acúsane de innovador insensato, que pretende introducir en aquel pais de la literatura dogmas desacreditados y doctrinas sin apoyo. Condúcenle al Areopago á que dé una esplicacion clara y terminante de ellas, y levantando su voz en medio de aquella respetable asamblea, esclama con voz penetrante y sonora: «Supersticiosos por demas os encuentro, oh ciudadanos de Atenas, en lo perteneciente á la religion. Al fijar mi vista en las estatuas de vuestros dioses, he leído con sorpresa esta inscripcion esculpida sobre el ara de un altar: «AL DIOS DESCONOCIDO.» ¡Ah! Ese Dios á quien vosotros adorais sin conocerle, es el que vengo yo á anunciaros; el Dios que crió el mundo y cuanto en él se contiene; el que ocupa la vasta estension de la tierra, y no se encierra en templos fabricados por la mano del

(1) Act. XVII. 2, 10.

(2) Ib. 16.

psa 38 55 .1172.30A (1)

EE. 31 (2)

»hombre; el que dá á todos el aliento y la vida, y de uno solo hizo
»nacer todo el humano linage; el que fijó el órden de los tiempos y
»de las estaciones, y marcó sus límites á los pueblos..... No lejos
»de nosotros está ese Dios. Dentro de él vivimos, nos movemos y
»existimos, y de su misma raza somos, como escribieron vuestros
»poetas. ¿Quién, pues, osará imaginarse, que el Ser divino sea
»semejante al oro, á la plata ó al mármol de cuya materia ha hecho
»las figuras del arte y de la humana industria? ¡Ah! Ciertamente Dios
»ha disimulado esta grosera ignorancia; empero, tiempo es ya de
»arrepentirse, pues no está distante el día en que ha determinado
»juzgar al mundo con rectitud por medio de aquel á quien resucitó
»de entre los muertos (1).» Esta última espresion de Pablo hace
surgir en el auditorio un vago rumor que bien presto se cambia en
tumultuosa vocería. Escarnécenle unos, apostrofanle otros; los
menos prevenidos contra él levántanse no obstante de su asiento,
diciendo: «en otra ocasion te escucharemos;» pero no pocos quedan
plenamente convencidos, y abjurando sus errores abrazan la religion
cristiana (2), entre los cuales se cuenta aquel Dionisio Areopagita,
prelado insigne de la Iglesia católica, honra y prez del mundo cien-
tífico, doctor ilustre, é invicto mártir de Jesucristo.

¿Y creéis por ventura que Pablo se durmiese dulcemente sobre
los laureles que acababa de recoger en la célebre y culta Atenas?
¡Oh! No. Las miradas de ese conquistador evangélico dirígenle há-
cia otro terreno mas vasto aun y peligroso, en donde le esperan mas
rudos combates y victorias mucho mas gloriosas. La caridad de
Cristo le urge, le apremia, le impulsa hácia la gran ciudad de las
siete colinas, hácia la capital del orbe, centro de la molicie y de
la sensualidad, donde tienen su asiento todos los errores, todos los
vicios, todas las supersticiones idólatras. Allá desea volar á plantar
el estandarte del Crucificado sobre la cumbre del Capitolio. ¿Y quién
será capaz de detener los pasos de ese gigante? ¡Ah! Dejadle pri-
mero que recorra nuevamente las ciudades de Corinto, Epheso,

(1) Act. XVII. 22 et seq.

(2) Ib. 33.

(1) Act. XVII. 22 et seq.

(2) Ib. 33.

Macedonia y otras muchas del Asia, convirtiendo allí al jefe de la Sinagoga y bautizando un sin número de neófitos (1), obrando aquí inauditos portentos y sembrando el terror en los adoradores de Diana (2), quemando mas allá los libros perniciosos é impíos (3), y legando en todas partes ilustres monumentos de su celo apostólico. Dejadle que en Troade resucite al jóven Eutico (4), que en Mileto convoque á los ancianos de la Iglesia y les instruya en los deberes de su ministerio (5), que en Jerusalem vuelva á ser objeto de la venganza de los Judíos, los cuales promueven contra él una asonada, en la que se ve próximo á perecer victima de unas masas desenfrenadas (6). Dejadle, en fin, que sufra los horrores de una dura prision; que defienda su causa y justifique públicamente su conducta; que haga frente á los gritos de un pueblo sublevado que pide su muerte; que haga valer sus derechos de ciudadano romano para evadirse del ignominioso castigo de los azotes á que le condenáran los tribunos (7), y apele por último al César, por quien desea ser residenciado (8).

Si, génio intrépido, conquistador insigne; al César irás como lo has pedido; pero antes de llegar á su presencia espérante, todavía nuevos combates y triunfos de gran valía que deben completar la aureola de tu apostolado. ¿Qué importa que se opongan á ello los Judíos, tendiendo á la vida del ilustre prisionero lazos y asechanzas? Escortado por las tropas de Claudio Lysias entrará en Cesaréa, se presentará en el tribunal de Félix, y allí esperará impávido á sus viles calumniadores (9). ¿Tendrán mejor resultado las envenenadas acusaciones de Ananías y Tertullo? No. Pablo las rechazará indignado,

(1) Act. XVIII. 8.

(2) Ib. XIX. 42, 27.

(3) Ib. 49.

(4) Ib. XX. 40 et seq.

(5) Ib. 47.

(6) Ib. XXI. per tot.

(7) Ib. XXII. 24 et seq.

(8) Ib. XXV. 44.

(9) Ib. XXIII. 26.

desmenuzando con valentía los sofisticos argumentos de sus delatores, haciendo recaer sobre ellos toda la odiosidad de los crímenes que le imputan, sincerándose completamente ante la opinion pública, y convenciendo al mismo gobernador, si bien detenido este por especiosos pretextos no acaba de resolverse á abrazar la doctrina de Cristo (1). ¿Conseguirán triunfar de su constancia la animadversión de Fausto, el odio del rey Agripa y las antipatías de Berenice? Tampoco. A todos ellos resistirá Pablo con denodado valor, desmentirá las imposturas de sus émulos, descubrirá sus dañadas intenciones, arrancará la máscara hipócrita con que ocultan sus aviesos proyectos, obligará al monarca á reconocerse vencido por la fuerza de la verdad, y todos se convencerán de la inocencia del acusado (2). ¿Qué, pues, le resta á ese invicto conquistador sino partir desde luego al punto de sus futuros destinos? Hedle ya en marcha hácia la ciudad de Rómulo. Embárcase en el puerto de Andrumeto, costea el Asia, arriba á Sydon, deja detrás la isla de Chipre, atraviesa los mares de Cylicia y Pamphilia, aporta á Lystria, pasa á Alejandría, da vista á Guido y Creta, dobla con dificultad el cabo Salmon, los vientos Nordeste empujan la nave en direccion opuesta, encalla entre los escollos, naufraga la tripulacion, Pablo se salva milagrosamente, y entrando en el puerto de Malta prosigue de allí su rumbo al cabo de tres meses, llega á Siracusa, á Reghio, á Puzol donde le esperaban los hermanos, con los cuales, por último, hace su entrada en la capital del imperio romano (3).

Aquí, señores, se presenta á nuestra vista San Pablo brillando por la sublimidad de su magisterio, bien así como hasta entonces resplandeciera por los prodigios de su predicacion; segundo carácter de su apostolado, bajo el cual me propuse presentarle. Reclamo de nuevo vuestra atencion é indulgencia, pues me propongo ser cuan breve me sea dable en el desenvolvimiento de este último punto de mi discurso.

(1) Act. XXIV. per tot.

(2) Ib. XXVI. per tot.

(3) Ib. XXVIII. per tot.

(4) Ib. XXIV. per tot.
(5) Ib. XXVI. per tot.
(6) Ib. XXVIII. per tot.
(7) Ib. XXIV. per tot.
(8) Ib. XXVI. per tot.
(9) Ib. XXVIII. per tot.

SEGUNDA REFLEXION.

No en vano es denominado San Pablo maestro y doctor universal de todas las naciones. De boca del mismo Jesucristo recibiera esta mision honrosa, como lo escribe en una de sus cartas (1); y por cierto que la llenó de una manera digna, y con asombro de todo el universo. Preso estaba en la ciudad de los Césares: y en medio de sus cadenas ni un momento cesa de enseñar las verdades del evangelio, ya á los judios residentes en aquella capital, ya á los gentiles que vienen á escuchar su doctrina (2). Desde allí entabla una estensa correspondencia con las iglesias de Oriente y Occidente, escribe á los preladados, da sus instrucciones al pueblo, atiende á las necesidades del culto, fomenta el celo de los sacerdotes, de todo cuida, nada omite por hacer florecer donde quiera la fé, y promover las conquistas de la Cruz. Con razon le llamó el P. San Juan Crisóstomo fundador insigne de todas las iglesias del cristianismo (3), y no con menor motivo aseguraba el sabio Bossuet, que si fuese dable desaparecieran todas las pruebas en que se apoya la divinidad de la religion, bastarian por sí solos para evidenciarla los escritos de San Pablo (4). Y de hecho ¿dónde se hallaria un cuerpo de doctrina tan compacto, tan uniforme, tan universal y completo en todas sus partes? Todo el sistema del cristianismo abrázale maravillosamente las Epístolas de ese gran génio. ¿Qué misterio hay que no enseñen? ¿Qué dogma que no establezcan? ¿Qué punto de controversia ó de moral que no se halle allí dilucidado? ¿Qué artículo de fé que no se encuentre demostrado? Ninguno, responde oportunamente el Crisóstomo. Sus escritos constituyen el gran libro del cristianismo, puesto que encierran la economia de la religion, y cuanto conduce al conocimiento de las ver-

(1) I. ad Timot. 11, 7.

(2) Act. XXVIII. 17 et seq.

(3) In II Corinth. c. 11.

(4) Ap. Feller Dict. biograf. art. S. Paul.

dades necesarias para salvarse. La Encarnacion del Verbo, sus causas, sus fines, sus consecuencias, la vida, predicacion, sacerdocio, muerte, resurreccion, ascension de Jesucristo; la fundacion de la Iglesia, su origen, unidad, santidad, indefectibilidad, infalibilidad, universalidad, y demas notas que la distinguen de las obras del hombre; la predestinacion, el libre albedrio, la gracia, la gloria, la necesidad de las buenas obras, y cuanto hay de mas sublime en la revelacion hecha por Dios al mundo; la unidad esencial del Ser Supremo en la trinidad de las personas, la humanidad y divinidad del Salvador; la institucion del Bautismo, Confirmacion, Penitencia, Eucaristia, y demas Sacramentos que nos sanan y purifican; todo lo que es preciso saber acerca de los vicios y las virtudes, de las pasiones que corrompen el corazon, y de los errores que pervierten la inteligencia, ¿no está admirablemente consignado en ese libro divino? Búsquese una sola clase en la esfera social, á la cual no se estienda su magisterio. No se hallará. San Pablo enseña á los reyes á conocer el origen de su autoridad y á usar de ella en bien de sus súbditos; á estos les hace un deber de acatar, obedecer y amar á sus príncipes, en cuyas sienes brilla el poder de Dios; á los pontífices les traza maravillosamente los graves deberes de su mision; á los sacerdotes les marca la senda por donde deben caminar para trabajar con fruto, á los casados, á las vírgenes, á las viudas, da reglas preciosas de conducta en sus respectivos estados; no omite las obligaciones recíprocas entre los superiores y sus inferiores, entre los amos y los criados, entre los poderosos y los indigentes; todo lo prevé, todo lo abarca con su vista perspicaz. Digno por cierto de que San Agustín digese en elogio de nuestro Apóstol, que había sido el doctor de los mismos ángeles. Y el gran Crisóstomo, ¿no decia que deseaba vivamente visitar la ciudad de Roma, solo por tener la dicha de postarse sobre las sagradas cenizas de tan eminente maestro (1)?

Nada de esto me asombra, M. A. O., siquiera parezca á primera vista una exageracion piadosa. Cuando contemplo que no hay ingenio por sublime y privilegiado, que no venere y admire la doctrina

(1) Exhort. Moral. Serm. 32.

de San Pablo como lo mas divino que jamás pudo escribirse; cuando considero que todos los Padres de la Iglesia han acudido á esa fuente misteriosa á beber los raudales de la ciencia de la salvacion, para verterla despues en sus producciones; cuando observo, que ni uno solo hay que no le cite á cada paso y estracte páginas enteras de sus cartas; cuando veo los mismos corifeos de la impiedad mas sistemática y absurda, rendir á veces culto á la ciencia incomparable de San Pablo, hacer justicia á sus dotes, aplaudir su vasta erudicion, celebrar su genio incomparable, su elocuencia, su concision, su lógica irresistible, hasta el punto de convenir en que la inteligencia humana por sí sola es incapaz de llegar ni siquiera á imitar tantas bellezas; cuando todo esto traigo á mi memoria, me convengo de mi propia impotencia para trazar el elogio de mi héroe, y reconozco con cuánta verdad añadió el citado San Juan Crisóstomo (1), que las páginas de San Pablo son otras tantas armas de fino temple que vienen haciendo frente á todas las vicisitudes y cambios de los tiempos; un arsenal divino en el que la Iglesia primitiva encontró poderosos elementos para resistir á la idolatría y al filosofismo, robusteciendo la grande obra iniciada por los demas Apóstoles; y el escudo invencible, en el cual, parapetada la verdad católica, debe llevar sus conquistas hasta el fin de los siglos, á través de las falanges del error y de las pasiones.

¿Qué te resta pues, conquistador ilustre, sino volar á recibir los laureles de tantas victorias, á ceñir la eterna diadema por cuya consecucion tanto has trabajado y tan denodadamente has combatido? ¿No has consumado ya tu obra que te encomendó el cielo? ¿No has conservado intacto el depósito de la fé, cuya propagacion te fué confiada? ¿No estás satisfecho con haber recorrido el universo á través de los mayores peligros en los caminos, en las ciudades, en los despoblados, en los mares, en los rios, sorprendido por los ladrones, acechado por enemigos encarnizados, calumniado por émulos envidiosos, perseguido por falsos hermanos? ¿No es bastante haber tolerado el hambre, la sed, el frio, la desnudez, el cansancio,

(1) De Laudibus Pauli.

(1) II. Corinth. IZ. 24. et seq.
(2) I. Corinth. IZ. 22.

las prisiones y todo linage de adversidades, haber sido apedreado una vez y azotado cruelmente en cinco ocasiones, haber sufrido tres naufragios y permanecido toda una noche en el fondo del mar (1), todo ello por amor de Jesucristo, y sin ambicionar otra recompensa que la salvacion de sus prójimos (2)? Tanto habia trabajado nuestro insigne Apóstol, y justo era ya que el cielo premiase sus fatigas. Bajo la cuchilla de Neron concluye su preciosa vida el año 66 de la era cristiana. En la ciudad de los Césares recibe la palma del martirio: pero su sangre cayendo sobre aquel suelo estéril, deja un germen fecundante que hace brotar á millares los discipulos de la cruz. Desde la cumbre del Empíreo puede contemplar entusiasmado la abundante mies que ha aportado á los graneros del Padre celestial. Desde allí ve florecer las iglesias de Epheso y Creta, bajo la direccion de sus discipulos Tito y Timoteo; desde allí dirige su vista á Corinto, Galacia, Filippos, Asia, Macedonia, Antioquía, y cien otras ciudades de Oriente, y ve brotar en ellas grandiosa y bella la religion del Crucificado; desde allí observa la rapidez con que el Evangelio se propaga en Occidente y salva los mares, é invade las regiones mas distantes, y sojuzga todo el universo al imperio del rey del Calvario. Desde allí preside á las conquistas de la verdad, vela por la Iglesia, defiende á los que combaten en el estadio, alienta á los mártires, instruye á los doctores, fortalece á los débiles en la fé, consuela á los atribulados; porque sus epístolas, en las que al decir de un sabio ha estampado tantos prodigios como letras, y por las que, en frase del Crisóstomo, ha pronunciado Jesucristo mas oráculos que por su misma boca, le hacen sobrevivir á sus propias cenizas, reproducenle en todos los siglos, le hacen hablar en todos los idiomas, y donde quiera le muestran como el bello ideal del Apóstolado, bajo el doble carácter de la predicacion y del magisterio, que es lo que me propuse demostrar.

— ¡Plegue al cielo, oh Predicador ilustre, oh doctor magno, oh maestro universal del mundo católico, que tu doctrina sea el norte fijo

(1) II. Corinth. XI, 24. et. seq.

(2) I. Corinth. IX, 22.

que nos dirija en el tempestuoso océano de tantos erróneos sistemas, como en nuestro derredor se disputan el triunfo de la inteligencia! ¡Ojalá no nos separemos un punto de tus enseñanzas, únicas que contienen todos los elementos de positiva felicidad en lo presente y para el porvenir! Nuestros destinos estarán asegurados siguiendo constantes la senda que nos trazaste en tus luminosos escritos. En ellos hallaremos cuanto necesitamos para cumplir dignamente nuestra respectiva misión en la tierra. Haz, pues, que no sea infecunda esa preciosa semilla en nuestros corazones. Consíguenos la gracia de vivir firmemente adheridos á esa Iglesia de que fuiste la mas robusta columna, creyendo lo que nos manda creer, practicando lo que nos manda obrar, á fin de que un dia merezcamos ser asociados á ti en la triunfante Jerusalem de la gloria.

que nos dura en el tiempo como de los otros grandes años
mas, como en nuestro deber, se desliza el tiempo de la vida

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN VICENTE DE PAUL.

Auris audiens beatificabat me, et oculus videns testimonium reddebat mihi, eo quod liberassem pauperem vociferantem, et pupillum cui non esset adjutor.

Bienaventurado me llamaba todo el que oia mis palabras, y hablaban bien de mí todos cuantos me miraban: porque fui el protector del desvalido que clamaba por socorro, y el padre del huérfano desamparado.

JOB XXIX. 11, 12.

LA única gloria positiva, la verdadera grandeza que nunca sufre menoscabo, la inmortalidad sólida é impercedera que perpetúa en el mundo la memoria del hombre justo, no puede proceder de otro principio que de la religion católica. Esta es el origen fecundo de todo lo bueno, bello y heroico; de ella cual de un manantial perenne brotan sin cesar esos sentimientos generosos, esas ideas sublimes, esas acciones nobles y dignas del mayor elogio, que revelan á primera vista la accion de la divinidad, desarrollando en bien de los mortales todas las magnificencias de su bondad infinita y de su paternal amor. Bajo sus aspicios encuéntrase donde quiera el elemento civilizador de la caridad mas tierna y simpática, hablando á todos un lenguaje idéntico, armonizando los intereses mas opuestos, abrazando con igual expansion á todas las condiciones, nivelando todas las clases sociales, vertiendo indistintamente el dulce bálsamo de la compasion sobre todas las almas ulceradas, defendiendo todos los derechos legítimos, fraternizando con todas las razas, y aspirando á formar de todos los pueblos un solo imperio universal, el imperio de la dulzura, de la concordia y de la paz. Los grandes problemas que á través de siglos y siglos dejara sin solucion la ciencia orgullosa del filosofismo pagano; las importantes teorías de regeneracion social

que no alcanzó á resolver el génio de los antiguos legisladores; los bellos ideales de fraternidad universal que con tan desgraciado éxito ensayaron los ilustrados economistas de los tiempos modernos; cuanto de útil y beneficioso concibiera la inteligencia en provecho de la desgraciada humanidad, sin que á vuelta de mil experimentos hábilmente calculados la fuese dado realizar una sola de sus infinitas combinaciones, impotentes para resistir á la accion mortífera del egoismo entrañado en sus mismas doctrinas; todo ello supo llevarlo á cabo el catolicismo sin el ruidoso aparato que comunmente precede á las obras humanas. Una sola palabra, una sola idea, un solo nombre, una sola virtud le bastó para obrar en el mundo la revolucion mas feliz, y de mas importantes consecuencias. ¡LA CARIDAD! Hed ahí el gran principio, el gérmen fecundísimo, y el elemento único de que se sirvió para dar cima al plan mas gigantesco que jamás pudo soñar el hombre. Desde que ese nombre resonó en la tierra, pronunciado por los lábios de aquel Salvador augusto que vino á sancionar con su sangre la alianza nueva con la humanidad, ésta reconquistó toda su grandeza, recobró su dignidad perdida, volvió á recoger todos sus antiguos derechos á que locamente renunciára; y se estableció una igualdad perfecta ante Dios entre los que antes vivian separados por inmensas distancias creadas por el orgullo ó la preocupacion; y el pobre fué asimilado al poderoso, y el desvalido pudo alternar con el monarca, y el esclavo quedó nivelado con su Señor en el órden moral, habiendo cesado todas estas denominaciones para ser reemplazadas por el dulce título de hermanos en Jesu-
cristo. Desde entonces la grandeza no se midió por los blasones del nacimiento ni por los recursos de la fortuna; la gloria no estuvo vinculada al que poseia mas ciencia, mayor ingénio, ó dotes mas sublimes de naturaleza, sino al que era mas rico en caridad, mas humano y benéfico con sus semejantes, y al que mas importantes servicios sabia prestar al desgraciado.

El mundo ilustrado por el Evangelio no conoce otros títulos que mas justamente engrandezcan al hombre, ni derechos mas legítimos á la inmortalidad de la historia. Y bajo este concepto, ¿quién como Vicente de Paul es acreedor á que su nombre se pronuncie con en-

tusiasmo, y su memoria se eternice en los anales del catolicismo? ¿No representa él solo el génio característico de la caridad cristiana en su mas bello ideal? ¿No es á él á quien la humanidad debe las instituciones mas útiles, los monumentos mas preciosos de una beneficencia universal, los rasgos mas eminentes de un heroismo sin ejemplo? ¿No se vé personificada en él la misericordia, la piedad, la dulzura, la compasion, el celo mas generoso y desinteresado en favor de las clases mas menesterosas y desgraciadas de la sociedad? ¿Hubo otro que supiese reunir en grado tan sublime las bellezas de esa virtud que todo la suaviza, todo lo consuela, todo lo engrandece y hasta en el infortunio mas desesperante hace hallar encantos indefinibles? ¿Existió jamás quien como Vicente de Paul imprimiese en las ideas y aspiraciones de un mundo egoista y frio espectador de las humanas miserias, ese sello de generosa expansion que las abraza todas para dulcificarlas con el delicioso bálsamo del amor y de reciprocos servicios? ¡Ah! Yo no encuentro en ninguna parte un tipo mas acabado de las magnificencias del catolicismo. Solo él me representa compendiada toda la historia de esa religion divina que se inauguró en la tierra proclamando el reinado de la caridad, y en su nombre viene reportando los mas ilustres triunfos y las conquistas de mayor valia. Ninguno como Vicente puede decir de sí, como en otro tiempo el príncipe de Idumea: «Bienaventurado me llamaba todo el que oia mis palabras, y hablaban bien de mí todos cuantos me miraban: porque fui el protector del desvalido que clamaba por socorro, y padre del huérfano desamparado:» *Auris audiens beatificabat me, et oculus videns testimonium reddebat mihi, eo quod liberassem pauperem vociferantem et pupillum cui non esset adiutor.* Bajo este punto de vista voy á presentaros á ese hombre, á quien la impiedad misma no ha podido menos de tributar tan justos como merecidos elogios. «Las magnificencias de la caridad cristiana personificadas en el tutor universal de la horfandad desgraciada, contrastando prodigiosamente con el egoismo glacial del racionalismo filosófico,» formarán todo el asunto de mi discurso, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

¡Cuán admirable se muestra la divina Providencia en la eleccion de los medios conducentes á llevar á cabo sus altísimos designios! ¡Cómo burla los humanos proyectos y desconcierta los cálculos mas hábilmente combinados de la mundanal sabiduría! Del caos mismo de la nada llama al ser y éste responde á su llamamiento; del fondo de las tinieblas hace brotar la luz brillante con que ilumina al universo; y allí donde al parecer no hay mas que ignorancia, estupidez, impotencia suma, encuentra cuánto há menester para confundir la sabiduría, el génio y el poder de sus enemigos. ¿Quién hubiera imaginado que para operar la mas importante revolucion en las ideas del siglo XVI, cuando este declinaba ya hácia su ocaso, marcado con el estigma de la herejía, de la impiedad, del cisma y de todo género de errores, habia de llamar Dios á un ser ignorado, desconocido, de oscuro linage, pobre, rústico y desprovisto de todas las cualidades que forman el carácter de los héroes destinados á grandes empresas? Y sin embargo, así se verifica. Propusierase el cielo oponer al glacial egoismo de aquella época las magnificencias de la caridad cristiana; y al efecto su voz semejante al aura suave que sopla en los desiertos de Oriente, va á buscar al pié de los Pirineos y bajo la cabaña del pobre labrador, al pequenuelo Vicente de Paul, para personificar en él el génio de la beneficencia mas sublime, el tutor universal de la horfandad desgraciada, el simbolo de la compasion y de la misericordia, el remedio de todas las desgracias que aquejan á la triste humanidad. No importa que á la edad de quince años apenas sepa los primeros rudimentos de las letras, ocupado como está en seguir las huellas de un corto rebaño que apacienta entre las escabrosidades de las montañas; sabe empero en medio de su rusticidad, lo que ignoran generalmente los génios mas renombrados: ser compasivo con el menesteroso, humano con el desvalido, caritativo con el indigente; sabe desprenderse de sus insignificantes ahori-

ros por solazar las ajenas miserias, derramar en las manos del infeliz pordiosero el modesto salario que gana con el sudor de su frente, llorar con el que llora, sufrir con el que sufre, y hacer suyos los infortunios de cuantos no le es dado socorrer según los deseos de su alma expansiva y generosa. Y Dios que le ha dotado de estas cualidades tan bellas, y contempla con placer los sentimientos de su corazón, destínale un vasto campo en el que un día debe desarrollar todo el heroísmo de su caridad. Esperad, que trocando el cayado por los libros y corriendo á la capital del Languedoc, se inicie allí en los secretos de la ciencia sagrada, consumando en breve tiempo una carrera que para otros es asunto de muchos años. Dejad que perfeccionándose en toda clase de conocimientos útiles, conducentes á la alta misión que la Providencia le tiene reservada, ascienda por sus grados á la cumbre del sacerdocio católico. ¡Ah! Entonces vereis al antiguo pastor de los Pirineos trocado como David en el vencedor intrépido de los gigantes del vicio; entonces le admirareis como Moisés convertido en legislador y caudillo de un pueblo que conduce por los ásperos desiertos de la virtud á la tierra prometida; entonces le hallareis á manera de Pablo, hecho el apóstol de aquel país, trabajando con infatigable perseverancia en desarraigar los funestos gérmenes del error, en sembrar la preciosa semilla de la verdad, en crear elementos de moralidad, en oponerse al torrente devastador del libertinage, en reformar las viciadas costumbres, en dar lustre y esplendor al Santuario....

Mas no es este el terreno en que hoy quiero mostraros á Vicente de Paul. Cuenten otros los prodigios de su celo como propugnador acérrimo de las cristianas tradiciones, como defensor nato de los dogmas combatidos á la sazón por la herejía reinante, como pastor solícito de la grey católica que se dedica á apacentar con el pasto de la divina palabra, como creador de una nueva generación de virtuosos Levitas, á quienes forma en la ciencia de los santos para estender y propagar por su ministerio las sublimes doctrinas del Evangelio, do quiera que el génio innovador del siglo pretende establecer sus conquistas. Yo solo quiero mostraros en él el bello ideal de la caridad bajo su aspecto mas interesante; de esa caridad que en la es-

cuela del dolor aprende á compadecer á las victimas del infortunio; de esa caridad que se inmola ante las aras de la humanidad porque otros no giman bajo el peso de la desgracia; de esa caridad que en el crisól de la tribulacion muestra sus quilates para verter despues tesoros de paz y de consuelo en los corazones ulcerados. En ese crisól, en ese altar, en esa escuela es donde Vicente de Paul hace los primeros ensayos de su heroismo. Vedle, herido por una flecha dirigida por certera mano en las aguas de Narbona, nadando en su sangre, apresado por piratas berberiscos, conducido á las playas del Africa, amarrado con pesadas cadenas, y vendido en Túnez á un renegado que ejerce sobre él la mas cruel y despótica tiranía. Allí experimentaste por largo tiempo, oh alma generosa, los horrores de la esclavitud; allí ausente del bello cielo de la pátria toleraste las amarguras del mas duro ostracismo; allí como los hijos de los hebreos, sentado en las riberas de los rios, dirigiste muchas veces tus miradas hácia la amada Sion, cuyo templo, cuyos sacrificios, cuyas augustas solemnidades inspirábante recuerdos punzadores; desde allí saludaste triste y pensativo el hogar paterno testigo de tu pasada felicidad; desde allí enviaste ardientes suspiros á aquella Francia que tantos encantos encerraba para tu corazon. Pero tambien triunfó allí tu caridad expansiva y conseguiste por premio de tu heroica resignacion la mas ilustre victoria. Tú unciste al carro vencedor de la religion católica á tu mismo tirano; tú quebrantaste las ignominiosas cadenas de la servidumbre moral en que yacia victima del infierno, aquel sér desgraciado que te tenia aprisionado con los hierros de una esclavitud material; tú llevaste cautiva en los lazos de la verdad la cautividad misma, y rico con los despojos de tan preciosa conquista, volaste á ofrecer á los pies del padre comun de los fieles aquel hijo extraviado, incorporándole en el gremio de la Iglesia, y vistiéndole con la ropa nupcial de los adoradores del Cordero.

Con tales precedentes, ¿qué no podia prometerse de Vicente de Paul el catolicismo? ¡Ah! ¡Qué vasto campo se abre á su caridad sin limites, tan luego como regresa del cautiverio! No bien ha satisfecho las primeras emociones de su alma al verse restituido al

suelo natal, apenas ha pisado aquella tierra tan fecunda en dulces recuerdos, cuando se agolpan á su vista una multitud de miserias cuyo espectáculo no puede menos de despedazar sus entrañas. Aquí viudas desconsoladas que carecen de todo recurso para alimentar los tiernos frutos de su casto amor: allí huérfanos sin número destituidos de toda proteccion y amparo: mas allá multitud de ancianos cadavéricos que yacen en las calles esperando los socorros de la compasion pública: en otra parte doncellas sin apoyo, espuestas á todas las contingencias de la miseria: jóvenes sin porvenir dispuestos á ser ciegos instrumentos de las mas innobles pasiones: parvulitos abandonados por unos padres criminales, que al darlos el sér, los legaron por único patrimonio la infamia y la muerte... ¡Qué cuadro tan horroroso para un alma tan sensible como la de Vicente, en quien Dios parecia haber personificado el génio de la mas sublime beneficencia y el instinto de una caridad sin límites! En vano es que la piedad ilustrada de la reina-regente, depositando en él su confianza le llame á ser el consejero de su conciencia, el confidente de sus secretos, el alma de los negocios mas árduos del reino, fiando á su integridad y sabiduria la designacion de las personas llamadas á ocupar los primeros empleos y dignidades eclesiásticas. En vano es que las apremiantes necesidades de la religion, y las hondas heridas que recibiera la disciplina canónica, merced á las guerras intestinas que trabajaron á la Francia, y á las espesas tinieblas esparcidas por la heregía, ocupen su atencion, consagrado como está á la reforma del santuario, creando seminarios, estableciendo conferencias, formando planteles donde se egercitan los jóvenes levitas aspirantes á las sagradas órdenes, y haciendo otros mil servicios que no es posible enumerar, y que la historia ha recogido cuidadosa para inmortalizar la memoria de nuestro héroe. ¡Oh! En medio de tan sérías atenciones, sin descuidar un punto aquella gloriosa quanto difícil mision que pesaba sobre sus hombros, sin interrumpir un solo dia sus tareas apostólicas, al propio tiempo que ya por sí, ya por medio de sus coóperadores fomentaba el espíritu de la moral evangélica en la corte, en las ciudades, en las aldeas, en los campamentos, al lado del guerrero en la vispera del combate, cabe el lecho del moribundo en las horas supre-

mas de la agonía, en los presidios y galeras en medio de los criminales, porque á todas partes se extendía su celo infatigable y sus aspiraciones de reorganización moral, nunca empero podía desechar su imaginación aquella idea que tanto le impresionara desde su regreso al país natal: donde quiera seguía como una sombra la imagen de tantas miserias sin remedio, de tantos infortunios sin alivio, de tantas desgracias sin protector. Curar todas las llagas, remediar todos los males, calmar todos los pesares, desterrar todas las necesidades, enjugar todas las lágrimas, no dejar en Francia, y si posible fuese en todo el mundo, un solo ser abandonado, afligido, desamparado, y sin recursos; tal era el pensamiento predominante, la idea acariciada, la aspiración constante, el sueño dorado, el bello ideal de Vicente de Paul.

¿Pero cómo era posible dar cima á una obra tan colosal, sobre todo en una época en que todo se resentía aun de los desastres que cayeran sobre aquel país malaventurado, cuando el egoísmo encarnado en todas las clases y condiciones secara las fuentes de la conmiseración, cuando cada cual atendiendo esclusivamente á su propia individualidad, solo se ocupaba de subsanar las graves quiebras sufridas en sus intereses, cuando la nación, en fin, generalmente empobrecida se encontraba incapacitada para hacer toda clase de sacrificios? Ciertamente ante semejante empresa hubiera retrocedido espantada la filosofía racionalista, que nunca supo mas que formar planes estadísticos, hacer combinaciones ingeniosas, escribir sobre el papel cálculos matemáticos, consignar bellas teorías, y declamar en los festines por la abolición de la miseria y del pauperismo. Empero la religión sabe mucho mas que esto; la caridad cristiana es incomparablemente mas fecunda en recursos, y sin el vano aparato de una ciencia hueca y altisonante, sin necesidad de estudiados discursos y de campanudas frases, sin poner en movimiento á los gobiernos con sus ruidosos meetings, logra llegar á feliz término proyectos al parecer irrealizables, y resolver problemas que nunca llegó á plantear siquiera esa escuela que se dice llamada á regenerar los pueblos y á hacer la ventura de la humanidad. Remontaos á los tiempos de Vicente de Paul, vosotros los que diariamente no cesais de repetir que el sacer-

docio es inútil á la sociedad, y solo sirve para gravar al Estado sin prestarle ningun servicio. Muchos é importantísimos eran los que ese modesto ministro del santuario hiciera á la Francia; pero los que de nuevo iba á dispensarla debian immortalizar su nombre en la historia de los héroes.

Aquí señores, quisiera yo ser, no el panegirista sino el historiador de ese gran génio, para poder estenderme en narrar cien y cien rasgos de su caridad universal y sin limites, que debo omitir en gracia de la brevedad característica de un simple discurso. ¡Ah! ¿Es posible que haya de saltar como sobre ascuas por cima de tantos hechos gloriosos, de tantos prodigios de beneficencia, de tantos monumentos insignes de heroismo, de los cuales bastaria uno solo para dar prez, renombre y celebridad á su autor? ¿Habré de pasar en silencio las asociaciones útiles que formó siendo pastor en dos distintas parroquias, destinadas á aliviar la suerte de los enfermos, á proveer de alimento á los necesitados, á socorrer la indigencia vergonzante, á proporcionar recursos á la ancianidad desvalida, á acoger á la horfandad desamparada, y á solazar toda clase de infortunios? ¿No me será dable referir el impulso que donde quiera dió á esas preciosas creaciones de su génio emprendedor, estendiéndolas á toda la Francia, cuyas ciudades y pueblos velanse rivalizar en celo en favor de los desgraciados, disputándose la gloria de sobresalir en caridad, bajo la direccion del santo sacerdote, que á todo prestaba vida y apoyo con su inquiescente solicitud? ¿No podré decir los triunfos que consiguió sobre el dolor y la miseria, ahuyentando con su presencia todas las calamidades y desgracias, al modo que ante los rayos del sol desaparecen las tinieblas de la noche, puesto que donde quiera que pasaba era el agente visible de la Providencia de Dios entre los hombres? ¿Tendré que dejar sepultados en el olvido los portentos de industriosa y dulce beneficencia, que asociado á la célebre Luisa de Marillac, multiplicó en aquel suelo venturoso que vió surgir esos dos ángeles de paz, para dicha y consuelo de la humanidad afligida? No, católicos, esta es la gran página de la vida de Vicente de Paul, y no es posible ojearla de corrido cuando la historia la ha grabado con letras de oro en los anales del mundo católico. Aquella mujer

que el cielo suscitara en los tiempos del mas repugnante egoismo para mostrar al mundo lo que puede el elemento cristiano unido al génio, y cuán fecunda es la religion en recursos de toda especie para cerrar el hondo abismo de las humanas miserias, cuando encuentra almas grandes, generosas, expansivas á quienes confiar sus secretos; aquella noble viuda, una de las primeras notabilidades de Francia por su ilustre cuna, por su esmerada educacion, por su talento brillante y cultivado, por su espíritu impresionable, y mas rica todavía en virtudes que en bienes de fortuna, siquiera ésta fuese de las mas considerables, iba á ser la primera piedra del gran edificio que Vicente de Paul proyectaba tiempo hacia levantar en bien de la humanidad desventurada; la base del templo místico de la beneficencia cristiana, llamado á perpetuar á través de las edades los prodigios del amor mas desinteresado y puro; la fundadora de las HIJAS DE LA CARIDAD, pensamiento colosal, institucion gigantesca, creacion sublime que hoy dia causa la admiracion, el embeleso, el éstasis del mundo civilizado, y á la que la impiedad misma, el filosofismo incrédulo ha consagrado los mas sinceros elogios.

No os pareis á observar los preludios de esa grande obra, débiles y lentos en sus principios como todo lo que está destinado á una larga duracion. Dejad que bajo los auspicios y vigilancia de Vicente se consagre Luisa de Marillac á formar un corto número de afiliadas que han comprendido y aceptado su pensamiento, instruyéndolas en el arte de adivinar las agenas necesidades para socorrerlas, enseñándolas á insinuarse dulcemente en las almas destrozadas por la desgracia para consolarlas, acostumbrándolas á vencer la repugnancia que inspira el dolor, avezándolas á tolerar con dulce mansedumbre los desvíos del sufrimiento, aleccionándolas en el modo de tartamudear con la infancia, para inspirarla el amor á la virtud juntamente con los rudimentos de las letras. Esperad que en esa nueva escuela de la caridad se familiaricen con el pobre para hacerse escuchar de él al tiempo que de sus manos recibe el pan de la limosna; con el enfermo para insinuarse en su alma llagada por el vicio, á la vez que con sus propias manos cicatrizan sus heridas corporales; con el anciano para inocularle las ideas de una religion que miró con desden, á la

par que le prodigan los cuidados de la mas esquisita solicitud; con el huérfano para enseñarle á amar y bendecir á Dios, en tanto que con el mayor esmero le hacen objeto de sus maternales desvelos. Bien presto vereis crecer esa pequeña semilla sembrada por Vicente, y brotar de ella una mies abundantísima que llena los graneros del gran padre de familias. No tardareis en ver robustecerse y multiplicarse esa grey del Señor, corriendo de todas partes vírgenes virtuosas á engruesar las filas de la caridad. En breve habrá necesidad de buscar un local mas espacioso capaz de contener esos nuevos ángeles de paz, que agrupándose en torno del Santo sacerdote van á ser el consuelo de toda la tierra, el recurso universal de los desgraciados, y el contrapeso de todos los males que afligen á la humanidad.

Entre tanto nuestro héroe ni un momento descansa por dar á su pensamiento el mayor desarrollo posible. La Francia entera es pequeño teatro para dar expansion á su caridad ardentísima. Do quiera que sabe hay una necesidad, un dolor, una desgracia que reclama sus ausilios, allá está Vicente remediándolo todo con los inagotables recursos de su génio creador. Ve el hospital de Paris lleno de enfermos hacinados unos sobre otros en el estado mas lastimoso, y sucumbiendo á los desastrosos efectos de una epidemia ocasionada por la falta de comodidad y demas condiciones higiénicas que reclama un establecimiento de esta especie; y á su voz, levántanse como por encanto mas de doscientas señoras de la primera nobleza, las cancilleras de Francia, las duquesas de Mántua, y todas á porfia constituyéndose en aquel albergue de la miseria, de la infeccion y del horror, hácese las servidoras del infortunio, las consoladoras de la desgracia, y no satisfechas con prodigar á aquellas tristes víctimas los mas repugnantes y penosos servicios, que hacen mas interesantes con el encanto de su amabilidad y de sus gracias, adquieren la propiedad de una casa contigua en donde ellas mismas preparan el alimento para mil enfermos, lo distribuyen con sus propias manos, barren y asean las salas, mullen los lechos, y... ¡Dios mio! Mi corazón es impotente para tolerar las dulces emociones que le inspira tanta caridad, tanto heroismo. ¡Qué bella me parece la religion católica en esos asilos, donde los atractivos de un sexo seductor se unen al po-

deroso ascendiente de la caridad para curar las hondas heridas que aquejan al corazón humano! ¡Qué divina me parece una doctrina que así sabe triunfar de la repulsión del orgullo, de las repugnancias de la sensualidad, y de todas esas pasiones que tan fuertemente luchan en torno nuestro para alejarnos de las miserias de nuestros semejantes! Ya no me estraña que las piadosas exhortaciones de aquellas mujeres heroicas, en quienes estaban representados tan á lo vivo los amorosos cuidados de la Divina Providencia, obtuviesen tan brillantes triunfos como nos ha trasmitido una constante tradición. Cuando leo en la historia de Vicente de Paul que en solo el espacio de un año abjuraron en el hospital de Paris sus errores setecientos sesenta musulmanes, se convirtieron muchos hereges, é innumerables pecadores dieron pruebas inequívocas de arrepentimiento, á impulso del celo de nuestro apóstol y de sus dignas cooperadoras, lejos de causarme asombro ni de inspirarme la menor duda, mi entusiasmo llega á su mas alto punto, y quisiera tener una voz que penetrase hasta las estremidades de la tierra para decir á cuantos aun abrigan prevenciones hostiles contra el catolicismo: ¡Ved lo que puede la caridad! ¡Ved de lo que es capaz el sacerdocio secundado por una piedad sincera y cordial! ¡Ved los milagros que sabe obrar esa clase desdeñada, que solo ha merecido de vosotros calumnias, persecuciones, ódios y sangrientos sarcasmos.

Y sin embargo, todo esto no es sino una parte de los eminentes servicios prestados á la humanidad por Vicente de Paul. ¿A quién sino á él se debe la realización del gran pensamiento de recoger, lactar, educar y establecer convenientemente á esos seres infortunados, hijos del crimen de padres desnaturalizados, que no contentos con llevar la deshonra y el baldon al seno de las familias, siembran en el seno de las sociedades el funesto gérmen de la desmoralización y del vicio? ¿Quién sino él concibió y llevó á cabo por entre dificultades inmensas el plan humanitario de dotar de madres cariñosas á tantos niños á quienes la crueldad de las que les dieron el sér deja espuestos en las calles á todos los horrores de la indigencia y de la muerte? No seré yo quien pretenda trazar el cuadro desconsolador que bajo este aspecto ofrecia la Francia en los dias de Vicente de

Paul. A millares se contaban esas tristes victimas del libertinage; donde quiera tropezábase con esas pobres criaturas marcadas con el sello de la infamia. Nadie se interesaba por su suerte; y si algunas de ellas eran recogidas por órden de la autoridad, y entregadas á unas mujeres mercenarias para que cuidasen de ellas, lo único que podían hacer era prolongar por algunos dias una existencia que no tardaba en sucumbir bajo el peso de la necesidad. A presencia de un espectáculo tan desgarrador, el alma de Vicente se despedaza. Corre, vuela al albergue donde se hallaban aquellos seres famélicos, pálidos, moribundos y en el mayor abandono. Reune en torno de ellos sus celosas cooperadoras; aréngalas en su favor; un torrente de lágrimas es la respuesta al lenguaje patético de aquel génio caritativo; todas ellas se apresuran á adoptar por hijos aquellos niños sin apoyo; ya han improvisado un vasto local donde reunidos todos, son objeto de los mas cariñosos cuidados; ya tienen otros varios establecimientos dedicados á ese mismo fin..... ¡Ah! La infancia desamparada se ha salvado. ¡Loor á la religion católica! ¡Gloria al gran sacerdote del siglo que en un dia ha labrado el porvenir de tantas generaciones! No importa que la continua aglomeracion de expósitos, cuyo sostenimiento cuesta ya ciento sesenta mil reales anuales, suma enorme para aquella época, la escasez de recursos y demas contratiempos sobrevenidos á consecuencia de las revueltas políticas, amenacen la obra de Vicente. El sabrá sobreponerse á todo con su inagotable caridad; él obrará milagros con su palabra casi omnipotente. Cuando sus piadosas cooperadoras vengan á manifestarle la imposibilidad de continuar en aquella mision humanitaria, el santo fundador las hará sentar en derredor de aquellos seres desgraciados, y con sentido acento las dirá: «Señoras: hasta aqui fuísteis las madres de estos » niños; hoy venís á ser sus jueces. De vuestros labios esperan el fa- » llo que ha de decidir su suerte; en vuestras manos está su porve- » nir; de vosotras pende que vivan, si continuais prestándoles vues- » tros servicios, ó que mueran si dejais de hacerlo. ¡Elegid....!» No temais, católicos; no morirán tantas victimas del abandono, porque Vicente vela por su vida; no morirán, porque tienen en la tierra un ángel que las protege bajo sus alas, como la gallina á sus polluelos;

el ángel del amor, el ángel de la caridad, el ángel de la providencia, la Providencia misma revestida de forma humana. A sus acentos responden los gemidos y sollozos que la compasion arranca de los pechos de aquellas nobles damas. Todas ellas se apresuran á des- prenderse de sus mas preciosos objetos, para ofrecerlos en aras de la caridad. Los anillos, las joyas, los brillantes, los adornos caen en las manos de Vicente como un don sublime de aquellos corazones generosos. En apoyo de esta obra viene la augusta reina madre de Luis el Grande; ambos contribuyén con sus régios donativos al acrecentamiento de aquel asilo de la mas sublime beneficencia, cuyos gastos ascienden á mas de ciento cincuenta mil escudos anuales; ambos se declaran protectores natos del huérfano desvalido; nuevos y vastos edificios se construyen donde quiera bajo sus auspicios, para albergar aquellos infortunados seres, cuyo porvenir queda garantido por las leyes como hijos del Estado, y en todas partes florecen y se multiplican esos monumentos imperecederos que han perpetuado en todo el globo las glorias de la religion, y la celebridad del hombre que tan bien supo comprender su espíritu y desenvolver su pensamiento civilizador.

Consumada ya esta grande obra, bien hubiera podido Vicente dormir tranquilo sobre tantos laureles conseguidos á precio de innumera- bles fatigas. Mas no lo hace así ese conquistador ilustre. Sucaridad se estiende á toda clase de necesidades; y á manera de un torrente que cuanto mas se acerca al término de su rápido curso, mas se engruesa y con mayor ímpetu se precipita, así ese génio de paz y de consuelo en proporcion que se aproxima al fin de su vida mas expansion dá á los sentimientos de su alma, desbordándose, por decirlo así, é inundado toda la tierra con sus beneficios. Traed á la memoria aquellos dias tristes en que los ejércitos de cinco naciones diferentes disputándose la posesion de la Lorena y del ducado de Bar, entran á sangre y fuego por aquel pais, todo lo talan, todo lo saquean, sembrando por donde pasan el luto y la muerte. Unense á los desastres de la guerra los horrores del hambre, y como corolario de tantas desgracias desarróllase una epidemia espantosa que convierte las poblaciones y los campos en vastos cementerios, do hacinadas unas

sobre otras las víctimas, yacen insepultas llenando el aire de miasmas pestilentes que dan nuevo pábulo al contagio. En estas circunstancias, cuando el egoismo de los poderosos se reconcentra en sí mismo y huye despavorido del teatro de tantas miserias; cuando abrumada la nación bajo el peso de los impuestos públicos y reducidas todas las clases á la mas extrema penuria, apenas hallan recursos para cubrir las mas apremiantes atenciones, un solo hombre destinado por el cielo para ser en la tierra la personificación de su amorosa providencia, basta á subvenir á tantas necesidades, á enjugar tantas lágrimas y á consolar tantos infortunios. Este es Vicente de Paul. ¿Mas qué podrá hacer, diria tal vez la ciencia superficial de nuestros modernos economistas, qué podrá hacer un simple sacerdote en circunstancias tan desesperadas? Hará lo que los gobiernos mas hábiles y previsores no hubieran jamás conseguido despues de agotar todos los recursos de su sabiduría, lo que los estadistas de mas nombradía hubieran juzgado una quimera irrealizable, lo que vosotros juzgariais imposible en lo humano, lo que yo mismo el primero me resistiria á creer á no constar por datos tan fidedignos como incontestables. ¿Qué hará, decís, Vicente de Paul? Sin mas apoyo que su caridad sin límites, ni otros títulos que los de su celo infatigable, hará un llamamiento general á los sentimientos benéficos de su pátria, y esta responderá á su voz escediendo con mucho sus esperanzas. Abrirá nuevos manantiales de riqueza con las liberalidades del rico, á quien sabrá inspirar los mas sublimes sentimientos; obligará á los ministros de la corona á cotizarse con una especie de tributo que pagarán gustosos al hombre de Dios; la misma reina desalojará su palacio y hará donacion de sus mas preciosos diamantes; y el monarca no menos generoso se complacerá en mostrar como nunca su régia munificencia. ¿Qué hará preguntais? Enviará innumerables ejércitos de sacerdotes y virtuosas vírgenes, prontos todos á sacrificar sus vidas en obsequio de las infortunadas víctimas del contagio, á quienes en los momentos de la angustia y del peligro servirán de médicos, de enfermeros, de servidores, de ángeles custodios que no las abandonarán hasta las lindes de la eternidad. Se reducirá á sí y á los suyos al régimen mas severo y econó-

mico alimentándose con pan negro y con las mas groseras viandas, consagrando todo cuanto no sea estrictamente indispensable para el sostenimiento de la vida á cubrir las necesidades públicas, y á proporcionar alimento á los necesitados. Cual otro Joseph en Egipto convertirá las casas en abundantes graneros, en pósitos espaciosos, en estensos almacenes de víveres que allegará de todas partes, con los cuales durante veinte años hará frente al hambre, luchará contra la miseria, triunfará de la escasez, proveerá á las necesidades de veinte y cinco ciudades y de un número diez veces mayor de villas y aldeas, distribuirá á ochenta leguas de su residencia víveres, medicinas y vestidos á toda una poblacion desnuda, enferma y hambrienta. ¿Es posible? Sí y aun hará mas. Cuando las provincias de la Picardía y de Champagne esperimenten mas tarde idénticas calamidades, la caridad de Vicente, sin cercenar nada de los socorros que envia á la Lorena y al Barrois, hallará el medio de obrar en ellas los mismos prodigios. Cuarenta ciudades y doscientos pueblos recibirán de su mano abundantes recursos; millares de familias emigradas de distintos paises y en especial de Inglaterra durante la persecucion de Cromwell, serán acogidas y alimentadas á sus espensas, y tratadas con todas las consideraciones debidas á su clase y posicion. En el sitio de Paris quince mil pobres recibirán diariamente el alimento; y á diez leguas en contorno circularán por cuenta del caritativo sacerdote cargamentos de granos y víveres que llevarán la abundancia á las poblaciones necesitadas. ¿Basta esto? No. Todavía vereis á Vicente desarrollar un heroismo extraordinario en las inundaciones ocurridas en el pueblo de Genevillers por el desbordamiento del Sena. Allí lanzándose con sus misioneros en un ligero esquife con grave riesgo de su vida, volará al socorro de los desgraciados, proveerá de sustento á unos, salvará de la muerte á otros, y á todos estenderá los beneficios de su caridad (1). ¡Qué digo! No es sola la Francia la que ha esperimentado la accion poderosa de su benefi-

(1) Todo lo dicho consta en las actas auténticas de los consejos de Nancy, Metz, Pont-a-Mousen y otras ciudades, en las que se decretan solemnes acciones de gracias á Vicente de Paul, por haber salvado millares de hombres.

encia. También alcanzó á Irlanda y Escocia la mano bienhechora de ese gran génio, cuando los naturales perseguidos por la heregía gemian en el mas amargo desconsuelo. También en el monte Libano los Maronitas oprimidos por los turcos vieron llegar socorros abundantes enviados por el modesto sacerdote de Paris. También Génova, Polonia, Túnez, Argel, vieron penetrar en su suelo los hijos de Vicente de Paul, para ser los ángeles tutelares del infortunio en medio de los horrores de la mas espantosa epidemia. También... pero basta ya, católicos, pues harto he abusado de vuestra indulgencia aunque con el sentimiento de no haber hecho mas que deshojar algunas de las flores que forman la preciosa aureola de nuestro héroe. Concluyamos, pues, reasumiendo en breves palabras todo el fondo de mi discurso.

Un hombre de humilde estraccion que lleno de celo por la casa de su Dios, se propone reformar el clero, y lo consigue, no solo en Francia sino en diversos paises de Europa, curando las hondas heridas que en la disciplina eclesiástica abriera el génio del error á la sombra de la disolucion y de la ignorancia; un hombre que supo crear una generacion de fervorosos sacerdotes que diseminándose por toda la tierra fomentan á la par de las conquistas del Evangelio los glorias del Santuario con su predicacion y sublimes ejemplos; un hombre que llena al mundo de beneficios instituyendo innumerables asilos de caridad para el pobre, para el enfermo, para el huérfano, para la juventud distraida, para la ancianidad abandonada, para el crimen arrepentido, al tiempo mismo que con denodado celo realiza el gran pensamiento de abolir la mendicidad, problema indisoluble para todos los gobiernos; un hombre que lleva á Italia, á España, á Saboya el espíritu regenerador de su instituto, y con sus misiones da en Africa el primer impulso hácia la civilizacion fecundando con la sangre de sus hijos el gérmen que mas tarde debia producir allí los mas felices resultados; un hombre á quien una reina habia confiado todos los intereses de la religion en sus vastos dominios, y un gran monarca llamára al lado de su lecho de muerte para santificar sus momentos supremos; que de todas partes recibia los mas ilustres testimonios de su entusiasmo, y era venerado en

todo el mundo como un prodigio de santidad, y celebrado por los primeros ingenios de la iglesia de Francia como un fenómeno de celestial sabiduría, puesto que él solo pudo llevar el peso de tantos y tan árdulos negocios, dirigir tantas sociedades á la vez, impulsar y fomentar tantas obras de caridad, ser la providencia universal de tantos pueblos, subvenir á las necesidades de tantos millares de personas, y multiplicar tan prodigiosamente toda clase de elementos de dicha y de consuelo en favor de la humanidad desgraciada; un hombre en fin, que á pesar de estos antecedentes nada solicita, nada ambiciona, nada acepta de cuanto se le ofrece, y renuncia las primeras dignidades eclesiásticas, y se resiste á cuantas honras se empeña en prodigarle la régia munificencia del gran rey, y solo se contenta con el nombramiento de limosnero mayor de los presidios de Francia donde vivió al lado de aquellas infelices víctimas del extravío, siendo su padre, su bienhechor, su consuelo, su ángel, llegando el caso de trocar con uno de ellos el traje y cargar con sus cadenas por calmar su angustia y desesperacion; ¿no merece bien ser considerado como la personificación mas esacta de las magnificencias de la religion cristiana, como el bello ideal de la caridad católica, contrastando prodigiosamente con el egoismo glacial del racionalismo filosófico? Lo es sin duda y nadie con mas derecho que Vicente de Paul puede decir de sí lo que en otro tiempo el príncipe de Idumea: «Bienaventurado me llamaba todo el que oia mis palabras, y hablaban bien de mí todos cuantos me miraban: porque fui el protector del desvalido que clamaba por socorro, y padre del huérfano desamparado:» *Auris audiens beatificabat me, et oculus videns testimonium reddebat mihi, eo quod liberassem pauperem vociferantem et pupillum cui non esset adjutor.*

Si ¡oh génio bienhechor del mundo! De todas partes se levanta un armonioso concierto de alabanzas, que celebra tus glorias é inmortaliza los brillantes triunfos de tu caridad. Tú subiste al cielo bendiciendo como otro Isaac á esa posteridad numerosa que donde quiera vá perpetuando el precioso legado que al espirar la confíaste. Las naciones, las islas mas remotas aplauden tu nombre, honran tu memoria, bendicen tus beneficios, y acojen entusiasmadas en su seno

esa raza privilegiada, esa estirpe santa heredera de tu celo y de tus benéficos sentimientos, que en alas del amor mas puro invade los asilos del dolor, penetra en los albergues de la indigencia, corre al lugar del combate, se sepulta en los bosques de la América, atraviesa los golfos de la Oceania y da la vuelta al globo, llevando los consuelos de la religion y de la caridad mas heróica do quiera hay seres infortunados que reclaman sus servicios. La humanidad no podrá olvidar jamás los prodigios que tus hijos é hijas acaban de hacer en Oriente entre la conflagracion y el polvo de los campos de batalla, llevando su abnegacion hasta el martirio al lado del soldado moribundo, sin escluir de su tierna solicitud al feroz musulman enemigo declarado de la cruz. Contempla gozoso desde la cumbre del empireo la portentosa fecundidad concedida á tu grande obra. Tú la viste pequeña grey, y hoy forma un pueblo numeroso que se derrama por la vasta estension del globo. Si en época no lejana la impiedad triunfante envolvió tu instituto en la proscripcion general que alcanzó á todas las sociedades formadas por el catolicismo, no tardó en reconocer su error, y reprendiéndose á sí misma aquel momento de delirante vértigo, volvió á llamar tus hijas en auxilio del infortunio, se hizo su apologista, celebró sus grandezas, cantó su heroismo, y confesó que sola la caridad que las inspira puede hacer tan sublimes sacrificios en bien de la humanidad desvalida. Infúndenos pues, oh benéfico y sin par Vicente, tu mismo espíritu, derrama en nuestras almas el fervór de tu celo, llena nuestros corazones de ese amor que abrasó el tuyo, para que fieles imitadores de tus virtudes, merezcamos tu misma recompensa en el seno de la eternidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SANTA MARIA MAGDALENA, PENITENTE.

Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.

Se le han perdonado muchos pecados porque amó mucho.

LUC. VII. 47.

¡Qué fenómenos tan sorprendentes presenta la gracia del Señor! ¡Cuántos prodigios, qué de maravillas, qué transformaciones tan asombrosas sabe operar en las almas dispuestas á recibir sus impresiones! A su impulso los mas empinados cedros del humano orgullo se desgajan y caen por tierra como heridos por el subitáneo rayo del cielo. Al contacto de su soplo divino las añosas encinas de la sensualidad inclinan su copa hasta el suelo, no menos que los robles del Basan cuando en torno de ellos sopla el viento impetuoso del desierto. Los ídolos de las pasiones véense reducidos á menudo polvo bajo la accion irresistible de ese principio omnipotente, bien así como un dia rodaran con estrépito los simulacros del antiguo Egipto, incapaces de sostenerse sobre sus pedestales de granito.

No vayais á buscar en parte alguna monumentos de esta verdad harto visible. Fijad vuestra vista en ese milagro de conversion que hoy teneis delante. Ved esa muger heróica que el catolicismo presenta á vuestra admiracion como uno de sus mas bellos triunfos, como la mayor quizá de sus conquistas. ¡Maria Magdalena! Su nombre reasume todas las magnificencias de esa religion de misericordia y de amor destinada á curar las profundas heridas del corazon humano. En ella se encuentra epilogada toda la historia de la mision del Hombre-Dios con relacion á la humanidad culpable. Oveja descar-

riada del aprisco del eterno Pastor, oyó sus silbidos amorosos, y tornó á buscar el aprisco de donde locamente huyera impelida por los seductores ecos del vicio. Idólatra de sí misma y ciegamente enamorada de su funesta beldad, despues de haber hecho caer en sus lazos á mil desacordados adoradores que inmoló ante las aras del placer mundanal, embriagádoles con el sabroso cuanto mortífero vino de la prostituida Babilonia, hondamente arrepentida corrió á buscar á los pies del Salvador las positivas delicias del cielo, que brotan á raudales de las amargas fuentes de la penitencia. Escándalo un dia de su nacion y de su siglo por sus torpes amores, llegó á ser el asombro de las edades venideras por sus austeridades y singular virtud. Célebre en otro tiempo por un refinamiento de disolucion nunca hasta entonces conocido, adquirió una celebridad mucho mayor por los raros y no vistos ejemplos de piedad que legó á la historia. Objeto antes de abominacion y desprecio para Dios y los hombres por el envilecimiento en que cayera, vino á ser un modelo de perfecciones grato al cielo y no menos placentero á la tierra.

¿Quién no contemplará con entusiasmo tan bella antítesis? ¡La cortesana de Jerusalem trocada de repente en la amante enamorada de Jesucristo! ¡La Magdalena procaz que con sus gracias seductoras era el tropiezo universal de una juventud corrompida, transformada en la Magdalena modesta y penitente que hace servir sus mismos encantos al mayor triunfo de la religion! ¡La cínica maestra de los mas abominables excesos, trocada en discipula fiel, constante é intrépida del que viniera á enseñar todas las virtudes! ¡Gran Dios! ¿Cómo tan pródigo os mostrais de vuestras piedades con esa alma, destinada al parecer á ser la víctima de vuestras iras? ¿Por qué tan profusamente derramais los tesoros de vuestra bondad en un corazon henchido de corrupcion, morada del crimen y albergue de las mas repugnantes pasiones? ¿Habeis querido ostentar en Magdalena hasta dónde raya el poder de vuestra diestra? Mas ¡qué digo! Buscad en otra parte el verdadero principio de esa transformacion tan fenomenal. Ciertó que en la gracia radica el gérmen fecundísimo de cuanto en Magdalena operó la omnipotencia del muy Alto; sin duda que de ella ha partido el primer impulso que derrocó en

su corazón el altar profano levantado al ídolo informe de la pasión más detestable. Empero el desarrollo verdaderamente admirable de cuanto en esa mujer singularísima nos presenta la fé, tiene por origen el amor ardentísimo con que desde luego supo corresponder al que la escogió para ser en el mundo un eterno monumento de sus grandezas. El mismo Salvador fué quien dió este honroso al par que brillante testimonio á su fiel discípula, oponiéndola á la orgullosa arrogancia del fariseísmo insensato, como un modelo de los más nobles y sublimes sentimientos. Malamente intentára uno de los principales adeptos de aquella secta, condenar la conducta de esa mujer arrepentida, cuando arrojándose á los pies de Jesús los regó con su llanto, los enjugó con sus cabellos y los ungió con preciosos aromas. «¿Vés, le dice, esa muger? Yo entré en tu casa y no me has dado agua con que lavar mis piés; mas ella los ha lavado con sus lágrimas y enjugádoslos con sus cabellos. Tú no me diste el ósculo de paz: pues ella desde que llegó no ha cesado de besar mis plantas. Tú no ungió con óleo mi cabeza; y ella ha vertido sobre mis pies olorosos perfumes. Por lo cual te digo que le son perdonados muchos de sus pecados, porque ha amado mucho:» *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.*

Dicho esto, ningún otro objeto más interesante y digno de nuestra atención pudiéramos proponernos en el presente discurso, habiéndonos designado Jesucristo el amor de Magdalena como el origen legítimo y el motivo ostensible de sus magnificencias. Os propondré, pues, á nuestra Santa como el tipo del amor más puro y constante hácia el Señor, que la hizo acreedora á recibir de él las pruebas del afecto más tierno y cordial. Le amó tanto que consiguió borrar hasta la más leve huella de sus antiguos extravíos: le amó con tal intensidad que logró obtener de él las más íntimas comunicaciones. En una palabra: nadie amó á Jesucristo como Magdalena, y por eso nadie hubo tan favorecido como ella, con el amor de su divino Maestro. A esta sencilla reflexión voy á reducir mi discurso, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

El amor, sentimiento sublime del alma, mediante el cual se identifica esta completamente con el objeto amado, es entre todas las pasiones la mas fuerte, la mas vehemente, la mas activa, la mas insaciable. A manera de un fuego abrasador causa en el corazon incendios voraces que no son bastantes á apagar las aguas todas de los mares segun el lenguaje biblico (1). Es un volcán que abriéndose paso por cien bocas, todo lo consume, todo lo devora, todo lo reduce á cenizas. Y si ese amor tiene por término una belleza infinita, una perfeccion suma, una bondad increada, un Dios, en fin, tipo acabado, ideal perfectísimo de todas las grandezas, virtudes y magnificencias que brillan en la creacion, entonces el alma se pierde, se anonada, se confunde y desaparece en ese abismo sin término ni fondo: y ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente ni lo porvenir, ni todas las criaturas juntas son capaces de separarle de aquel á quien se ha unido con lazos indisolubles (2).

Ved ahí delineado al vivo el carácter del amor de Magdalena hácia Jesucristo. Verle, conocerle, quedar enamorada de él, correr á precipitarse á sus piés en casa del fariseo, y manifestarle prácticamente su vehementísima pasion, obra fué todo de un momento. Momento feliz, instante solemne desde el cual los afectos todos de aquel corazon frio, glacial, indiferente, frívolo, inconstante y agostado hasta entonces por el huracan de las pasiones mas innobles, tórnanse hácia el bello Nazareno que veces tantas pasára á su lado desapercibido, y en él se refunden para no tener en adelante mas objeto, ni otra aspiracion, ni mira alguna sino servirle, agradecerle y merecer su fina correspondencia. ¡Oh amor ardiente y eficaz sobre todo encarecimiento! esclama á este propósito el P. San Grego-

(1) Cant. VIII. 7.

(2) Ad Rom. VIII.

rio. Ni la presencia de unos hombres dispuestos á lanzar sobre ella el ridículo y á juzgarla con el mas amargo despecho, ni el aparato de un festin donde se sientan los que han sido testigos oculares de sus recientes disoluciones, ni el rubor natural que debia inspirarla la funesta celebridad que adquiriera con sus escándalos, nada basta á contener los ímpetus de un corazon trasformado por la gracia, herido con la aguda saeta de la aljaba del Señor, sediento de justicia como el ciervo veloz de las cristalinas aguas de la fuente. Sin premeditacion, ni consulta, ni exámen, sin atender mas que á las irresistibles aspiraciones de su alma perdidamente enamorada de Jesus, vuela en pos de él, entra en el lugar del convite, se abre paso por entre los circunstantes, llega al sitio donde se halla sentado el Salvador, arrojase á sus plantas; y.... ¡oh escena sublime! aquellos lábios de púrpura que antes destilaban el veneno mortifero de la seducción, ya no saben mas que imprimir dulces y ardientes ósculos en los piés del que evangeliza al mundo la paz; aquellos ojos que con su penetrante mirada herian de muerte al incauto que en ellos fijaba la suya, derramando en las entrañas el virus ponzoñoso de la sensualidad, ya no aciertan mas que á verter copiosas lágrimas de arrepentimiento, perlas preciosísimas que esmaltan la nueva diadema de la antigua Señora de Magdalo; aquellas doradas trenzas, redes funestas con que á tantos hiciera caer en el crimen, ya no se emplean mas que en limpiar las horrruras de sus pasados escesos; aquel corazon agitado como las aguas del Egéo, centro de mil pasiones impuras de que hiciera alarde sin respeto á la opinion pública, ya no es mas que una victima humilde que va á implorar del médico celestial la curacion de sus dolencias espirituales, un altar sobre el que inmola voluntariamente cuanto hasta entonces sirviera á fomentar el pecado, un trono que levanta á la gloria del Dios reparador de la humanidad sobre las ruinas del ídolo del mundanal placer.

Todo en efecto lo habia renovado el casto amor de Jesus, dice un sabio escritor, absorbiendo los amores insensatos y las aficiones mundanas de aquella funesta beldad. Con sumision y amarga pena vino á humillar su altiva cerviz á los pies del Nazareno, la jóven, rica, bella y noble judia que pocos dias hacia era el escándalo de Je-

rúsalen. Allí donde constituyera el principal teatro de sus repugnantes extravíos es donde hace brillar públicamente su expiación, y en proporción á los medios que empleára para ofender á Jesucristo, manifiesta su fervor en complacerle y amarle. Ya no vive para sí Magdalena, ni menos para el mundo, al que desgraciadamente consagrara la flor de su juventud y las primicias de su notable hermosura. Desde que el Salvador clemente y compasivo ha aceptado el sacrificio de sus lágrimas, su vida entera se halla concentrada en él; la union mas apretada reina entre ambos corazones; Jesus ama á Magdalena, la defiende de los importunos apóstrofes de sus discípulos, forma el mas brillante elogio de su heroísmo, y establece con ella las relaciones mas íntimas: y Magdalena por su parte, correspondiendo dignamente á tanta bondad, ama á Jesus, dice el Justiniiano, con toda la fuerza, energia é intensidad de que es capaz un corazon sumamente impresionable, dotado de las mas vehementes pasiones (1); ámale con exclusion omnimoda de todo lo que no es él, aspirando á una identificacion lo mas perfecta posible con tan soberano objeto, en frase de Santa Brígida (2); hasta tal punto, que, como escribe San Bernardino de Sena, derritiérase su pecho á manera de blanda cera al contacto de aquella llama divina; embriagárase su espíritu con el exquisito vino de las bodegas del celestial esposo, llegando casi á deificarse en fuerza de tan puro y casto amor (3).

¿Os admirareis en vista de esto de aquel inquiescente anhelo con que Magdalena ansiaba estar siempre al lado de su dulce dueño, pendiente de las palabras de vida que brotaban de sus divinos labios, como lo están los metales del iman que los atrae (4)? ¿Os asombrareis de verla correr en busca de Jesus donde quiera que se hallase, incapaz de tolerar su ausencia por breve que fuese, sin poder disimular los incendios de su enamorado pecho? ¿Os chocará que tan luego como sabe que el Salvador se acerca al castillo donde mora, lo abandone todo por volar á su encuentro, le dé amorosas quejas por su tar-

(1) Serm. S. Mariæ Magd.

(2) Revel. L. 4. c. 108.

(3) Tom. II. Serm. 46.

(4) Luc. X. 39.

danza, le manifieste su irresistible pena, y estática con su vista ni siquiera cuide de su propia existencia, ocupándose en ungir con los mas preciosos aromas de Oriente las divinas plantas de su huesped mientras los demas toman el necesario sustento (1)? ¡Ah! Nada de esto debe sorprendernos en una mujer que, segun el dicho del doctísimo abad de Claraval, llegára en breve á la cumbre de la union mas íntima con el divino esposo en virtud de su amor afectivo. Por eso se la vé, como la mística esposa de los cánticos, correr en pos de él en todas direcciones suspirando por su presencia, seguirle en sus viages, acompañarle en sus apostólicas peregrinaciones, servirle en sus necesidades, y ser la inseparable compañera de su trabajosa vida. Pero en ninguna ocasion subió tanto de punto el amor de Magdalena como en los dias de la trágica escena del Calvario. Breves momentos antes, al ver á su Señor entrar en la ciudad deicida en medio del entusiasmado pueblo que henchía el aire con el *hosanna* victorioso, ocultára bajo su espeso velo las lágrimas de complacencia que de sus ojos se desprendian. Poco despues aquellos mismos ojos dirigiéndose al Noroeste donde se levantaba el funesto monte de las Calaveras, derramaban torrentes de llanto amarguísimo, que no trataba de ocultar á la vista de un pueblo inconsecuente y feroz. A través de él penetra en las calles de Jerusalem, salva intrépida las formidables falanges que custodian al Nazareno al conducirlo al suplicio de los malhechores, y no teme manifestar de un modo ostensible ante aquellas turbas amotinadas, que es discipula del inocente á quien van á crucificar (2). Por entre las escarpadas rocas del Gólgatha trepa hasta su cima, presencia valerosa la sangrienta ejecucion, y asida fuertemente del leño maldecido do pende la vida de su vida, anegada en un océano de amargura, desgreñada su blonda cabellera, pálido el semblante, agitado y convulso su corazon, no hay fuerza humana bastante á arrancarla de allí un instante (3). Allí recoge las gotas de aquella sangre preciosa que lavó las manchas de cuarenta siglos;

(1) Joan. XI. 29 et seq. XII. 5.

(2) Luc. XXIII. 27.

(3) Joan. XIX. 25.

allí escucha los últimos suspiros de un pecho que abraza en sus senos á toda la humanidad pecadora; allí oye los postreros acentos de aquellos labios cuya última palabra es una promesa de paz y de clemencia que se dirige á todas las generaciones pasadas, presentes y venideras; allí recibe el supremo legado de un padre agonizante que sustituye herederos de su reino y de su amor á todos los pueblos de la tierra que quieran aceptar su Evangelio. ¡Oh heroísmo sin igual! Una mujer débil y tímida por su sexo, confunde en el Calvario á los hombres mas valerosos, y muéstrase superior á ellos en constancia é intrepidez, porque á todos les escede en amor. ¿Qué se ha hecho de los discípulos del Hombre-Dios? ¿Dónde están Andrés, Santiago, Bartolomé y los demás Apóstoles que antes parecían tan decididos á defender á su maestro? ¿Qué es sobre todo de aquel Pedro tan arrogante en el Huerto de las Olivas, tan presuntuoso en el cenáculo, que con tanto entusiasmo juró no desamparar jamás á Jesus en los momentos del peligro? Ninguno de ellos se presenta en la escena; todos andan errantes y fugitivos; el que no le ha negado alevemente, no se atreve á manifestarse afiliado á su escuela. Solo está Jesus en la cruz; soló agoniza entre las maldiciones de sus verdugos; solo espira bajo el peso del mas cruel abandono..... Mas ¡qué digo! No, no está solo el Salvador. Con él y cabe su Santísima Madre está Magdalena, como una firme roca que no pueden balancear las embravecidas olas del mar de la persecucion. Ni un solo instante se separa de aquel á quien ama mas que á sí misma, mas que á todas las cosas. Ni el aparato imponente del Calvario, ni el relumbrante brillo de las lanzas y alabardas, ni el siniestro aspecto de los verdugos, ni la sangre, ni las heridas, ni los clavos, ni el choque estremecedor de las rocas, ni las horrendas tinieblas que enlutan el horizonte, ni el estremecedor silbido del huracan que hiende las encinas, ni el estrépito de los sepulcros que arrojan sus víctimas, nada en suma logra llamar la atencion de Magdalena ni apartarla de aquel sitio donde está todo su bien, su riqueza, su éstasis, su amor. En vano desprendiendo el sagrado cadáver de la cruz lo depositarán en un sepulcro. Pegado su semblante contra la fria losa que le cubre, permanecerá la fiel dis-

cípula custodiando aquel precioso tesoro (1). Podrán tal vez obligarla á retirarse los inhumanos soldados enviados por el gobernador romano; pero ella se anticipará á la salida de la aurora para correr al monumento; y el primer rayo del sol que ilumine el horizonte sorprenderá á Magdalena llorando la ausencia del amado de su corazón cabe la losa del sepulcro vacío (2).

Tal es en efecto el espectáculo que se presenta á la vista de la amante discípula. Por demas es que con ojo escudriñador busque allí el sagrado cadáver de Jesus... No existe... Un sudario que cubriera su divina cabeza, unos blancos lienzos en que estuviera envuelto son los únicos restos que descubre (3). ¡Qué angustia! ¡qué tormento! «¿Dónde está mi amado? esclama Magdalena, ¿qué se ha hecho de mi Jesus? ¿Quién me robó mi tesoro? Montes, rocas, collados, árboles, aves del campo, responded á mis tristes gemidos, devolvedme mi vida, restituidme mi felicidad... ¡Cruelles! Ni siquiera me escuchais, ni os conmueve mi llanto, ni os afecta mi pesar. Decidme al menos quién me podrá insinuar su paradero...» En aquellos momentos dos ángeles vestidos de cándido ropage acércanse á ella y la dicen: «¿Por qué lloras mujer?...» «Porque me han arrebatado mi Señor, é ignoro dónde le han puesto (4). Poco despues el mismo Salvador en traje de hortelano, la interpela de nuevo: «¿Qué es lo que motiva tu llanto? ¿A quién buscas en este sitio?» A estas palabras que renuevan en el pecho de Magdalena sus recientes heridas, haciendo revivir los incendios de su amor, considerándolas como un amargo apóstrofe, y sin poder contener los ímpetus de su alma enamorada, repone resueltamente: «¡Oh! si tú eres quien me lo has quitado, dime presto dónde le pusiste y yo me le llevaré.» *Si tu sustulisti eum, dicito mihi, et ego eum tollam* (5). «¡Oh corazón magnánimo!» esclama el sábio Origenes comentando este bello pasage; ¡oh alma fuerte y esforzada! Temió Joseph de Arimathea, y no se atrevió á

(1) Joan. XX. 11.

(2) Ib. 4 et seq.

(3) Ib. 5, 6.

(4) Joan. XX. 12, 13.

(5) Ib. 13, 14, 15.

»bajar el cuerpo de Jesus sino de noche y con prévia licencia de Pi-
 »latos: ¡y tú con valor intrépido dices: yo me le llevaré! *Et ego*
 »*eum tollam*. ¿Qué otra cosa hubieras dicho si el cadáver sacrosanto
 »hubiese estado en el atrio del Pontífice Caifás, donde cobarde y
 »medroso le negó el jefe del apostolado? *Et ego eum tollam*. Y si la
 »portera del palacio ó los soldados que formaban su guardia te hu-
 »biesen interrogado como á Pedro: ¿qué otra hubiera sido tu respues-
 »ta sino «yo me le llevaré?» *Et ego eum tollam*: ¡Oh audacia ma-
 »ravillosa de mujer! ¡Oh amor inefable de Magdalena! No distingue
 »de sitios, á ninguno otro le pospone; sin temor alguno responde á
 »todos; y en todo lugar, en cualquier tiempo y circunstancias, sus
 »palabras son idénticas: «Yo me le llevaré (1).» *Et ego eum tollam*.

Nada encuentro, M. A. O. en las sagradas páginas comparable á este rasgo de amor sublime y heróico. Llore en buenhora David, y junte el día con la noche en un perpétuo insomnio al escuchar en el fondo de su alma una voz que le dice: «¿Dónde está tu Dios (2)?» Lamente el jóven de Ephraim la pérdida del ídolo que le arrebataran los hijos de Dan, cual si con él le hubieran despojado de todos sus bienes (3). Cruce las calles y plazas de Jerusalem la esposa de los cánticos deshecha en lágrimas, preguntando á cuantos transitan, dónde se halla el amado de su corazon (4). Todo ello no es mas que un ligerísimo bosquejo de la amargura de Magdalena ausente de su dulce Jesus. El tiempo es impotente para calmarla, porque no es posible apagar el incendio amoroso que la consume. Do quiera lleva atravesada esa espina punzadora, puesto que siempre y á todas partes la acompaña la imágen de aquel con quien hallábase identificado todo su ser. Por él arrojára un día al suelo sus collares de perlas, sus cadenas de oro y sus piedras preciosas; por él vendiera su palacio situado entre las adelfas que guarnecen la bella mar de Galilea; por él, renunciando á las vanidades del siglo, sin mas adornos que una túnica de sayal y sus preciosos cabellos de ébano, opulenta con

(1) Orig. cit. á Sanct. Porta, Serm. 3 de S. M. Magd.

(2) Ps. X. L. 4, 4.

(3) Judic. XVIII. 24.

(4) Cant. III. 3.

sus limosnas y ataviada con sus virtudes, habiale seguido hasta el sepulcro; y por él, porque ninguna otra cosa le es posible amar en la tierra, irá á sepultarse en las soledades para llorar, padecer, y morir víctima de su amor. Unirse á él en el cielo es su única aspiracion, su única bienandanza, su única é inefable recompensa.

Sin embargo, tambien en la tierra correspondió Jesucristo al amor de su discípula con los mas señalados favores. ¿Quién recibió de él demostraciones mas positivas, pruebas mas inequívocas de predileccion y cariño? ¿A quién manifestó primero la gloria de su resurreccion (1)? ¿A quién confió la mision de anunciar á los apóstoles este gran misterio y el de su ascension triunfante á los cielos (2)? Así es que el P. San Bernardino de Sena, en vista de estas prerogativas, no dudó apellidarla Apóstol de los Apóstoles (3) por cuanto á la manera que á Pedro se le dió la primacia sobre los demás concólegas, en virtud de su amor superior al de todos ellos, de la misma suerte, por haber amado Magdalena á Jesucristo mucho mas intensamente que aquellos, sin esceptuar al mismo Pedro como afirma San Agustin, mereció ser el nuncio de las mas grandes maravillas, el heraldo de su mayor triunfo, el principal testigo de su victoria, y la enviada á pregonar el cumplimiento de los vaticinios de los profetas. Añadid á estos favores especialísimos que recibió durante su vida, las glorias de su sepulcro, los prodigios con que ilustró su memoria, la celebridad que ha vinculado á su nombre, el culto universal que recibe en todo el mundo católico; y no podreis menos de admirar el amor con que Jesus distinguió á su heroica discípula, perdonándola muchos pecados, borrando hasta la mas leve huella de sus primeros estraviós, colmándola de merecimientos, enriqueciéndola de virtudes, honrándola con su mas íntima familiaridad, asociándola á sus mas inefables misterios, y haciendo de ella un fonómeno de santidad que ha llenado de asombro á todo el universo: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.*

(1) Joan. XX. 16.

(2) Ib. 17.

(3) Tom. II. Serm. 46. c. 3.

¡Plegue á tí, oh ilustre heroina, interceder por nosotros ante el acatamiento del Señor, para que por tus méritos nos conceda poder imitarte en tu amor ardiente, activo, eficaz y constante, ya que por desgracia te imitamos en tus primitivos errores y extravíos! ¡Ojalá que tan luego como llegemos á comprender nuestra desdicha en vivir separados de nuestro divino Salvador por la culpa, sepamos á ejemplo tuyo buscarle con avidez, correr tras de él con anhelo, lanzarnos arrepentidos á sus piés, regarlos con nuestro llanto, lavarlos con nuestra sangre, enjugarlos con los despojos de nuestra soberbia, ungirlos con el bálsamo de la compuncion, despedazando los infames ídolos del vicio, y levantando un trono á la virtud allí donde antes reinaran las pasiones! Haciéndolo así, y no separándonos jamás de aquel que es la fortaleza del débil, el apoyo del vacilante, el médico celestial de todas las dolencias que afligen al corazon humano, la esperanza del desgraciado, el padre benigno y clemente de todos los pródigos que despues de malversar los tesoros de su gracia tornan á su seno arrepentidos, sirviéndole como tú le serviste, amándole como tú le amaste, y siendo tan fieles y constantes como lo fuiste hasta el fin de tus días, lograremos aquí el perdon, la misericordia, la compasion, la indulgencia, y allá en la eternidad el reposo, la dicha, la paz, la gloria y la bienaventuranza.

- (1) Tom. XX. lib.
- (2) Ib. 17.
- (3) Tom. II. Sección 16. cap.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SANTIAGO APOSTOL.

Parum est ut sis mihi servus, ad suscitandas tribus Jacob et fœces Israel convertendas. Ecce dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terræ.

Poco es que tú me sirvas para restaurar las tribus de Jacob, y convertir los despreciados restos de Israel. Yo te he destinado para iluminar á las naciones, y llevar la palabra de salvacion hasta los últimos confines de la tierra.

ISALE. XLIX. 6.

Todos los pueblos tienen su historia; todas las naciones conservan cuidadosamente el depósito de sus glorias pátrias; no hay pais, por poco que figure en la gran carta geográfica del antiguo y nuevo mundo, que no se envanezca con sus tradiciones y deje de rendir culto á los célebres personajes que zanjaron los cimientos de su nacionalidad. Hay en el mudo lenguaje de la antigüedad venerable, una elocuencia tan arrebatadora, un encanto tan indefinible, un perfume tan grato, que trasciende á largas distancias, y lejos de perder nada de su primitiva fuerza con el trascurso de los siglos, adquiere mayor interés cuanto mas se va alejando de su orijen. Dígalo sino el entusiasmo siempre nuevo, el júbilo siempre creciente con que la noble y heroica España celebra anualmente las glorias del hijo del trueno, del apóstol Santiago, del varon justo que, lleno de celo intrépido, vino á ser la luz esplendorosa que iluminó nuestras inteligencias cuando ciegos caminábamos en la oscura noche de la idolatría, el fundador de nuestra religion, nuestro padre en la fé, el origen de nuestra dicha y de nuestras glorias nacionales, el principio de nuestra civilizacion, en quien y por quien recibimos aquel

código divino sobre el que se calcaron nuestras leyes, se cimentó nuestra monarquía, se robustecieron nuestras instituciones, adquiriendo preza, honra y renombre eterno en los siglos venideros.

¡Salud, oh Apóstol Santo! Tú fuiste el Moisés llamado á herir con tu báculo prodigioso la dura roca de nuestros corazones indomables, y á hacer brotar en ellos torrentes de dulzura y bendicion, puesto que á tu predicacion y constante solicitud debieron nuestros padres ver modificados sus hábitos belicosos, suavizadas sus costumbres guerreras, y cambiados sus instintos de salvaje independenciam, hasta el punto de ser el pueblo mas generoso, dócil y adherido á á sus creencias. Tú fuiste el Abraham fecundo que engendraste en Jesucristo una numerosa posteridad heredera de tu heroismo, que á través de las edades viene dando culto al Señor, levantando grandiosos monumentos á la religion del Calvario, estendiendo las conquistas del Evangelio en mundos desconocidos, llevando á través de los mares el lábaro vencedor de la Cruz, y con él la felicidad y bienandanza positivas á los que habitan las sombrías regiones de la muerte.

Hed ahí la grandiosa idea que nos representa el ilustre hijo del Zebedeo en sus relaciones con nuestra pátria. De él parece haberse escrito aquellas palabras dichas en otro tiempo del futuro Salvador de la humanidad. «Poco es que tú me sirvas para restaurar las tribus de Jacob, y convertir los despreciados restos de Israel. Yo te he destinado para iluminar á las naciones, y llevar la palabra de salvacion hasta los últimos confines de la tierra:» *Parum est ut sis mihi servus ad suscitandas tribus Jacob et facies Israel convertendas. Ecce dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terræ.* ¿Y no es el Apóstol Santiago quien despues de haber trabajado en restaurar las ruinas hacinadas por el politeismo en el pais de Jacob y de Israel, y predicado allí la pura doctrina del naciente Evangelio, aceptó gustoso la mision difícil y altamente comprometida de venir á las estremidades del mundo entonces conocido, á sembrar los preciosos gérmenes de la civilizacion cristiana, que frutos tan sazonados y abundantes debian dar con el tiempo en el estéril é ingrato suelo de la Iberia? ¿No es él quien con hartos peligros, y no

escasas fatigas, por entre privaciones sin cuento y á vuelta de los mas generosos sacrificios, salvando distancias inmensas, atravesando mares desconocidos, peregrinando por naciones enemigas, llegó desde el Oriente á las columnas de Hércules para traernos la divina antorcha de la fé y á la par de ella los inapreciables beneficios sociales que han sido sus legítimas é inmediatas consecuencias? Si España logró ser un pueblo grande y magnánimo, una nacion profundamente religiosa, un pais católico por excelencia, una raza de bendicion que, multiplicándose prodigiosamente como la del antiguo patriarca en medio de los azares y de las amarguras de una larga esclavitud, pudo sostener una lucha tenaz de ocho siglos con sus opresores, romper su ignominioso yugo, é inmortalizarse por sus proezas y conquistas en todo el globo; ¿qué otro fué el origen de tanta gloria sino el haber tenido por nuncio de la buena nueva y heraldo del Evangelio á ese apóstol celoso, objeto de nuestro justo entusiasmo?

Bajo este punto de vista vamos á considerarle en este momento. Siempre serán gratos á nuestros oidos unos recuerdos que tan íntimamente se ligan con nuestro pasado, nuestro presente, y nuestro porvenir: porque identificados están con el nombre de Santiago los destinos de nuestra cara patria. «A él debemos los primeros destellos de aquella luz celestial que ahuyentó de nuestras inteligencias el error que nos envilecia y las primeras semillas de nuestra civilizacion; por consiguiente un doble lazo de gratitud y de amor nos une á él imponiéndonos la estrecha obligacion de honrar su memoria y de ser fieles á sus enseñanzas.» Solo así podremos pagarle la deuda que hemos contraido como hijos de tan digno padre.

Solicitemos fervorosamente los dones de la gracia, poniendo por intermediaria á la Virgen de Virgenes y Reina de los apóstoles, y para mas comprometerla, dirijámosla la salutacion angélica:

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

« Un pueblo que se hallaba sentado en las tinieblas, vió surgir en su horizonte una brillante luz, y los que habitaban en las sombrías regiones de la muerte fueron heridos con los súbitos resplandores de un claro día (1). » Estas palabras proféticas pronunciadas muchos siglos antes de la venida de Jesucristo al mundo, parecen haberse dicho exclusivamente de la nacion española. ¡Tantos son los puntos de afinidad que entre ellas y los sucesos verificados en nuestro pátrio suelo nos ofrecen las primeras pájinas de la historia! Ningun otro pueblo quizás mostrárase nunca tan entusiasta por los dioses tutelares que venia adorando desde su fundacion. Pocas abrazáran con una exaltacion tan febril el culto supersticioso de los ídolos que naciones guerreras ó tribus comerciantes le habian importado á la vez que sus costumbres, sus hábitos, sus fábulas y sus errores. Espesas eran las tinieblas que cubrian las inteligencias de los primitivos habitantes de la Hesperia, profunda su ignorancia, grande en tenacidad en sostener las preocupaciones heredadas de sus padres, y sobre todo encajecimiento su obstinada persistencia en fomentar á despecho de contrariedades y guerras sangrientas los ritos y ceremonias de su falsa religion.

Sin embargo, este pueblo generoso por instinto, magnánimo por naturaleza, heróico siempre en medio de sus desdichas, atesoraba grandes destinos; y en los amorosos é incomprensibles designios de la divina providencia le estaba reservado un brillante porvenir. Sí, amada patria mia; escrito estaba en el gran libro de la vida que tú habias de ser la primera nacion del globo que arrojasés á los piés del lábaro vencedor de la Cruz los dioses de oro y plata que fabricaste en dias de lastimosa aberracion; la que antes que ninguna otra

(1) *Isaiæ IX. 2.*

debias levantar templos magnificos al Dios del Calvario sobre los escombros de aquellos en que venias quemando profanos inciensos al vicio y á las pasiones; la que á la cabeza de todas ellas figurarias por tu celo como un gigante, llevando los pendones del Crucificado mas allá de los mares, ya que cual ninguna te señalaste por tu indomable carácter en estender por do quiera tus sangrientas conquistas; tú, en suma, la primera que cargada de laureles, harta de despojos, saciada de gloria, vencedora en cien combates, independiente despues de mil reveses é infortunios, abririas tus ojos á la Luz del Evangelio, único elemento de vida, de prosperidad y bienandanza capaz de robustecer y afianzar tu nacionalidad.

¿Y de dónde debia venir esa luz brillantísima? ¿Quién era el hombre destinado á hacer lucir la aurora del gran día de la regeneración en este país sepultado en las tinieblas de la idolatria? ¡Ah! El cielo en su misericordia ha señalado ya con el dedo al héroe incomparable que ha de traer á España tanta dicha. Santiago el Mayor, el génio mas ardiente y emprendedor de cuantos se han afiliado á las banderas del divino Conquistador, es quien ha recibido la sublime misión de ilustrar nuestra ignorancia, de ahuyentar nuestras preocupaciones, de rectificar nuestras erradas ideas, de legarnos en herencia las verdades cristianas, y de sembrar en nuestro suelo los primeros gérmenes de nuestra civilizacion. Al borde de los lagos de Genesareth ha escuchado el hijo del Zebedeo la voz de aquel Mesias, que saliendo de los desiertos anda en busca de los que han de ser sus heraldos para difundir por toda la tierra la buena nueva. Allí sus ojos ven al Salvador, y su corazon palpita de gozo indefinible, le reconoce, le adora, le ama, está pronto á sacrificarse á una mera insinuacion suya; y no bien este le ha dicho, «sígueme,» cuando ya ha abandonado sus redes, su barca, sus padres, sus esperanzas, sus ilusiones (1), por correr tras la incierta huella de quien en cambio de tan heroica abnegacion, solo le brinda con un cáliz amargo y repugnante, el mismo que él debe apurar hasta las heces, ni le ofrece otra recompensa que una Cruz ensangrentada y los tormentos de

(1) Matth. IV. 22.

XX. 21 (2)

un doloroso martirio (1). Mas ¿qué importa? Santiago con generosa resolucion aceptará ese cáliz, tenderá su mano á esa copa de hiel y ajenjos, consentirá en sufrir ese martirio (2), y nada habrá capaz de intimidar su valor heróico á trueque de merecer las finezas de un Dios-Hombre con quien se hallan identificadas todas sus ideas y esperanzas. Pero esperad un poco. Cuando al lado de Jesucristo haya bebido esa moral pura y sublime que enfrena los ímpetus del génio, y reprime las locas aspiraciones de la ambicion humana; cuando en vista de su doctrina y ejemplos se haya familiarizado con el espíritu de una religion que pugna de frente con todos los sentimientos del orgullo y de la soberbia, y va á operar la mas completa transformacion en los instintos de la humanidad; cuando en sus peregrinaciones con el divino Maestro haya aprendido las lecciones de la mas elevada sabiduría, se haya iniciado en los secretos de aquella ciencia emanada del cielo, haya grabado profundamente en su corazon las palabras de vida que brotan de los labios del Verbo increado, y comprendido bien las miras de la Providencia acerca de su persona, entonces le serán reveladas las magnificencias de sus destinos. Entre tanto, preciso es se ensaye en esa nueva escuela á modificar sus hábitos, á corregir sus imperfecciones, á contener su fogosa imprevision, á vencer su génio agreste é irreflexivo, poco á propósito aún para acometer las grandes empresas del servicio de Dios. Cierto, que este conoce á fondo las buenas disposiciones del discípulo, penetra sus puras intenciones, vé la ingenuidad de su alma, y se complace en contemplar las riquezas que atesora aquel corazon, nacido naturalmente para lo sublime y heróico: pero por lo mismo quiere formarle segun sus ideas, é ilustrarle con sus luces antes de confiarle la alta mision que le tiene reservada. Por eso le distingue entre los demás apóstoles con su afecto y especial privanza, le asocia á sus mas íntimas comunicaciones, le anticipa sus favores y finezas, y donde quiera le llama á tomar parte en sus trabajos, bien así como en sus glorias, en sus abatimientos lo mismo que en sus grandezas, en sus

(1) Matth. XX. 21.

(2) Ib. XX.

amarguras no menos que en sus fruiciones. Cuando se propone ostentar su divinidad en una pesca milagrosa, no verifica el prodigio hasta tanto que no se halla presente Santiago (1). Si quiere hacer visible su poder supremo sobre la muerte, evocando á la vida la hija de Jairo, Santiago es uno de los discípulos á quien se franquea la entrada de la casa, cuando á muchos otros les es negado este favor (2). En la portentosa curacion de la suegra de San Pedro, media ante todo una súplica especial de Santiago para resolver á Jesus á que realice aquel milagro (3). Sobre las cumbres del Thabor, Santiago figura con otros dos Apóstoles, como testigo especial de la transfiguracion gloriosa del Hombre Dios, y escucha la voz del cielo que le proclama hijo querido del Eterno (4). Y cuando en los supremos momentos de la pasion se retira el Salvador al huerto de Gethsemani á orar á su Padre celestial, y á disponerse á morir por la salud del mundo, ¿no es Santiago uno de los confidentes de su última agonía (5)?

Poco despues de esta escena habianse cumplido ya los oráculos de cuarenta siglos. Jesucristo, insigne conquistador, triunfara en la Cruz del pecado, de la muerte y del infierno. Una nueva era de paz y de ventura iniciárase sobre la cresta del Gólgota para toda la humanidad. Los pueblos de Oriente y de Occidente, del Septentrion y del Austro, eran llamados á recojer las primicias de una sangre regeneradora y los copiosos frutos de una redencion universal, puesto que no excluia al Judío ni al Gentil, al Bárbaro ni al Escita, al Griego ni al Romano. Los heraldos del Rey mártir, no bien éste resucitado y glorioso torna al seno del que le enviara, despues de haberles legado su espíritu en herencia y confiado á su celo la conquista de todo el globo, distribúyense entre sí las diversas regiones que se proponen evangelizar. Quién se encarga de la India, quién de la Moscovia; á este toca en suerte la Armenia, la Persia y la Albania, á aquel la

(1) Luc. V. 40.

(2) Marc. V. 37.

(3) Ib. I. 29.

(4) Matth. XVII. 1.

(5) Matth. XXVI. 37.

Mauritania, la Libia y la Judea; el uno corre presuroso hácia la Syria, el otro hácia el Africa. Solo á Santiago le está reservada la mas bella porcion de la Europa, la fértil y hermosa Iberia, la aguer-rida España, el suelo de los héroes, la cuna de los gigantes, pero el pais en donde los errores eran mas en número, las preocupaciones mas fuertes y arraigadas, y por consiguiente donde mas resistencia y mayor repulsion debia encontrar la doctrina evangélica en unos caractéres duros é indomables, tan tenaces en defender sus creencias, sus dioses y su religion, como lo fueran en disputar su independencia y libertad á tantas y tan poderosas naciones coligadas en su daño. ¿Y quién mas á propósito para acometer tamaña mision que aquel hijo del trueno, cuyo espiritu elevado alimentábase únicamente de grandes proezas, y cuyo génio naturalmente emprendedor necesitaba un terreno proporcionado para desplegar los admirables rasgos de su heroismo? ¡Oh! No es ya Santiago aquel discípulo imperfecto que consultando solamente á sus instintos de venganza arde en indignacion ante los muros de Samaria, y con centelleantes ojos pide á Jesus derrame el fuego abrasador del cielo sobre aquella ciudad inhospitalaria y arrase hasta sus últimos cimientos (1). Entonces no se habia consumado aun el misterio de la Cruz, ni difundidose en los Apóstoles la gracia del Espíritu divino, dice el Crisóstomo: y nada de estraño es que nuestro héroe se dejase dominar por los impetuosos arranques de su imprudente celo (2). Es sí un Apóstol intrépido, cuya alma ilustrada con las luces de la divinidad, y santificada con los dones del Paráclito, arde en vivos deseos de comunicar á todos los mortales el fuego del amor cuya llama devora su pecho, siquiera sea á costa de su vida. Vedle como saliendo del cenáculo cual rayo desprendido de la nube hace oír su fulminante voz en las calles y plazas de la ciudad deicida humeante aun con la sangre del Justo. Oidle cual chispea, aturde y anonada á la infiel Sinagoga, lanzándola en rostro su ingratitude y alevosia. Reparad con qué energia se presenta ante el fariseo hipócrita, vá á buscar á los

(1) Luc. XX. 54.

(2) S. Joan. Chrys. hom. 66.

sábios y doctores de la ley, penetra en el concilio de los ancianos, discurre por los tribunales, y donde quiera predica la divinidad del Crucificado, deshace los sofismas del error, arranca la asquerosa máscara con que se oculta la calumnia, hace enmudecer la maledicencia, convierte, instruye y bautiza á innumerables prosélitos. Observad la intrepidez con que en un momento recorre diferentes pueblos de la Judea y Samaria esparciendo las luces del Evangelio, esplicando los oráculos proféticos, demostrando las maravillas de Jesucristo y las grandezas de su religion, obligando á reconocerle por hijo único de Dios á los que hasta entonces solo le miraran como hombre vil y despreciable, echando los cimientos de la nueva Iglesia, y distinguiéndose entre sus concólegas por su celo ardiente, característico del sobrenombre que el Salvador le impusiera. Si, en todas partes es Santiago el verdadero hijo del trueno (1), cuyo eco poderoso hace caer por tierra los altos cedros y las copudas encinas del error y del vicio; do quiera manifiéstase el rayo vibrador del Omnipotente, la saeta escojida de su aljaba que atraviesa los empedernidos corazones enemigos de la verdad.

Todo esto, empero, no era mas que como el ensayo de lo que debia hacer en breve en aquel pais que Dios destinára á nuestro Apóstol como teatro principal de sus proezas. España era la verdadera tierra de promision en donde iba á derramar aquella divina semilla, de la cual naceria una raza ilustre, una estirpe escojida, una noble descendencia llamada á multiplicarse como las estrellas del firmamento, y á figurar entre todas las naciones de la tierra por su religiosidad y serviente fé. Hacia allí se encamina Santiago, vuela en alas de su celo á través de las montañas, salva el Mediterráneo, aporta á una de nuestras playas, y saludando aquel suelo en cuyo seno se propone desplegar el heroismo de su grande alma, da principio á la obra de regeneracion que la Providencia ha confiado á sus cuidados. Mas ¡ay! ¿Qué vas á hacer, oh Santo Apóstol? ¿Has calculado bien las dificultades de una empresa tan colosal? ¿Has estudiado el génio de un pais donde cada hombre es un héroe,

(1) Marc. III, 17.

cuya independencia no han logrado quebrantar las formidables huestes de Roma? ;Y tú pobre y desvalido discípulo de un Dios-Hombre crucificado en Jerusalem, te lisonjeas de conseguir con solo el poder de la persuasion, con la influencia de la palabra evangélica, y con la única arma de una cruz, lo que ni los Césares, ni los Escipiones, ni los Pompeyos al frente de numerosos ejércitos fueron bastantes á realizar, no obstante la superioridad de sus armas y á despecho de la traicion y de la alevosia! ;Qué obstinada resistencia no debes encontrar en esos altivos Iberos acostumbrados á no sufrir jamás extraño yugo, sobre todo tratándose de cambiar su culto, de arrancarles sus antiguas creencias, de desimpresionarles de sus arraigadas preocupaciones, de sustituir á su moral muelle y voluptuosa la moral severa del Evangelio, y reemplazar los venerados altares de sus ídolos con las aras del hijo de Maria? Retrocede, oh Apóstol peregrino, ante una empresa tan comprometida é imposible, y ve á evangelizar la nueva doctrina de la salvacion á otros pueblos mas dóciles. Quizás en otros países será mejor recibida esa semilla civilizadora; tal vez hallarás otros hombres mejor dispuestos á aceptar ese código divino.....

No, católicos, no: España es el país de las conquistas de Santiago: á España le ha enviado el cielo, y en España será donde adorne sus sienes con los laureles del mas bello triunfo. Cordilleras, ríos, montes, precipicios, nada es bastante á enervar el celo de ese Apóstol; peligros, trabajos, privaciones, hambre, sed, fatigas, todo es poco á intimidar su corazón heróico. Él no busca nuestras riquezas como el Celta codicioso, ni viene á esplotar los tesoros que el suelo Ibero abriga en sus entrañas á manera del traidor Fenicio, ni como los Octavios y Anibales se propone forjarnos innobles cadenas. Santiago solo se propone salvarnos de las funestas consecuencias de la ignorancia y del error, solo aspira á hacernos libres y dichosos haciéndonos cristianos; su única mira es traernos los beneficios de la civilizacion evangélica, gérmen fecundo de ventura y prosperidad social; nuestras almas quiere conquistar, no nuestro suelo; nuestros destinos se propone asegurar, no la posesion de nuestros bienes; á fijar para siempre nuestro porvenir, no á pedir-

nos nuestro oro viene desde el Oriente ese ángel de paz y de consuelo. Con esta generosa idea se le ve girar á manera de un relámpago por toda la Península, anunciando el reino de Dios, predicando á Jesucristo crucificado, descubriendo las extravagancias del culto pagano, manifestando los errores de la ciencia de los filósofos, demostrando las bellezas de una religion que hace á todos los hombres hermanos y herederos de un mismo patrimonio celestial, desplegando las riquezas de una doctrina que consagra todos los derechos legítimos, sanciona la caridad, inspira la union, proclama la fraternidad, y nivela ante Dios todas las clases y gerarquías sociales. Donde quiera la voz poderosa del hijo del trueno es escuchada con respeto; y aquí comienzan á vacilar las aras de los ídolos, allí retiemblan bajo sus pedestales de bronce y mármol las veneradas deidades del Olimpo, mas allá la cruz reemplaza á los símbolos profanos de Marte y Júpiter, en otra parté la imágen simpática de María ocupa el lugar de la hollada Venus. ¡Qué de prodigios! ¡Cuántas maravillas! ¡Qué súbita revolucion no se opera en las ideas, costumbres y creencias de un pueblo tan tenaz y adherido á sus seculares preocupaciones, merced á la predicacion del Santo Apóstol! Dijérase que en él habia reunido el Señor el celo de los Finees, la intrepidez de los Ellas, la integridad de Josafat, la sabiduría de Salomon, el fuego de Isafas, para acometer y dar cima á unas empresas ante las cuales hubiéranse estrellado los esfuerzos de los mas insignes conquistadores. Él funda iglesias, edifica templos, establece el culto divino, instituye obispos, promueve y fomenta las buenas costumbres, y en todas partes provee á las necesidades espirituales de la cristiana grey que ha formado con su doctrina. ¡Lástima por cierto que las actas de Santiago en España hayan desaparecido entre la conflagracion de las guerras y persecuciones que sobrevinieron en este pais, destinado á luchar perpétuamente contra cien pueblos envidiosos ó rivales de su gloria y poderio! ¡Que no nos fuese dado rasgar el velo misterioso con que plugo á la Providencia ocultar los apostólicos trabajos de nuestro héroe! Mas porque esto sea imposible, ¿habremos de ceder el terreno á esos génios suspicaces y descontentadizos, que fundados en la pronta vuelta de

Santiago á Jerusalem, se atreven á poner en tela de juicio su venida á la Península, y por consiguiente su predicacion con todas sus consecuencias? Porque ellos sean incapaces de comprender el poder de la gracia, y no alcancen á imaginar de lo que es susceptible el celo y la actividad de un apóstol, ¿será preciso decretarles el triunfo y relegar entre las fabulosas creaciones del génio, la unánime y constante tradicion que por espacio de quince siglos poseyó pacíficamente nuestra patria, sin que á ninguno le ocurriese disputárnosla? ¡Oh! Harto comprendemos lo que pueden ciertas pasiones aun en escritores por otra parte recomendables; no se nos oculta hasta dónde llegan las preocupaciones de nacionalidad y el espíritu de partido, cuando se trata de arrancar á una nacion uno de los mas preciosos florones de su corona. Por demas seria detenernos aqui á vindicar nuestras religiosas creencias, nuestra honra nacional, nuestras glorias patrias, refutando los escritos de los que en contradiccion con los mas respetables monumentos, y luchando contra el torrente de la mas irrefutable lógica, han intentado manchar, ó mas bien rasgar, esa hermosa página de nuestra historia. Ya en otra ocasion hemos llenado tan enojosa tarea (1), y no es este el caso de reproducir una cuestion harto ventilada y resuelta ante el tribunal de la razon y de la crítica. Ella ha demostrado que Santiago nos honró con su presencia, nos trajo la luz brillantísima de la fé, nos predicó la verdad evangélica, y sembró en nuestro suelo las primeras semillas de la civilizacion, mal que pese á los que por calculada envidia, ó por una oposicion sistemática persisten todavia en arrojar puñados de polvo sobre una creencia en que se apoya el fundamento de nuestros gloriosos destinos. No conseguirán arrebatárnosla: ella comenzó entre nosotros con la religion, y con ella solamente acabaria, si dable fuese que el catolicismo pudiera faltar en la nacion de los Fernandos y Recaredos.

Cierto es que nuestro Santo Apóstol despues de haber zanjado en España los cimientos del edificio religioso, tornó á Palestina á con-

(1) Véase el discurso sobre la venida y predicacion de Santiago, en nuestra obra titulada: *Glorias y Triunfos de la Iglesia de España*, tomo I.

sumar con un glorioso martirio una vida colmada de virtudes, merecimientos y servicios. A Jerusalem marchó ese héroe intrépido á regar con una sangre generosa el árbol fecundo del cristianismo, porque no quería que sobre la hermosa Iberia recayese una mancha reservada únicamente á aquella ciudad anatematizada homicida de los profetas. Allí fué donde el primero entre los demas Apóstoles bebió el cáliz repugnante que con tanto brio aceptára un día. Allí víctima de la vengativa Sinagoga triunfante á la sazón de la primitiva Iglesia, cuyos miembros andaban errantes y dispersos por temor de las persecuciones suscitadas por el impio Herodes Agripa, rompió la valla de la inmortalidad bajo la cuchilla del tirano. Allí se estrella el rayo del Señor contra un pueblo amotinado que ébrio de furor pide á grandes gritos su cabeza. Allí pone fin á sus días nuestro padre, nuestro apóstol, nuestro caudillo, con una muerte heroica, abrazando antes que ninguno de sus concólegas la palma de la victoria. Empero en España dejara ya el gérmen fecundísimo de una Iglesia robusta, grande, vigorosa, llamada á figurar entre todas como el mas ameno vergel de la religion católica. En España levantára como otro Esdras las murallas del templo augusto de la cruz, monumento imperecedero de su apostolado, baluarte inespugnable de su celo, trofeo de sus conquistas, gloria, corona y ornamento de su heroismo. En España ofreciera al Señor como el rey de Salem las primicias de su triunfo, legando á los siglos venideros ese célebre santuario, al que están vinculadas las promesas de la Mujer celestial que viviendo se dignó visitar y bendecir nuestro suelo, en favor de su amada descendencia. En España quedáran aquellos siete discípulos, herederos del espíritu de Santiago, encargados de continuar la regeneracion religiosa de nuestra patria y de llevar á cabo la obra de nuestra civilizacion social.

¿Cuánta, pues, no debe ser nuestra gratitud, cuán ardiente y sincero nuestro amor hácia el generoso huésped que la Providencia se dignó enviarnos para echar los cimientos de nuestra fé, de nuestra religion, de nuestras creencias, de nuestra nacionalidad y de nuestro dichoso porvenir? Poco seria que honrásemos su memoria con el mayor entusiasmo, que le proclamásemos patron de nuestro suelo,

que le tributásemos un culto brillante, que le invocásemos en todas nuestras empresas, que su nombre fuese el grito marcial de nuestros guerreros en los campos de batalla, que sus enseñas ondeasen al frente de nuestras mas gloriosas conquistas, cual siempre lo hizo España, reconocida á los insignes favores que en todos tiempos esperimentó por su mediacion. Sepamos tambien mostrarnos fieles á las enseñanzas de tan digno maestro; seamos donde quiera ilustres testimonios de su apostolado, ya que de él recibimos los primeros destellos de aquella luz divina que ahuyentó de nuestras inteligencias el error, y los primeros gérmenes de una civilizacion fuente de nuestra prosperidad y de nuestra dicha. Llenémonos de un santo orgullo en tener por padre á ese apóstol privilegiado; levantemos nuestras manos hácia el cielo, y bendigamos los designios de la amorosa providencia en depararnos tal caudillo y protector. Y si acaso algunos génios aviesos ó incrédulos nos preguntasen dónde están los títulos en que fundamos nuestra gloria, dónde las señales y las pruebas de esa mision que atribuimos á Santiago, no vacilemos en contestarles: «Nosotros somos los signos de su apostolado, nosotros las conquistas de su celo, nosotros los frutos de sus fatigas y la corona de sus trabajos. El Betis y sus risueñas laderas, el Tajo y las cordilleras de montes en cuyo lecho se desliza magestuoso, el Ebro y sus fértiles campiñas, y Cantabria con sus nevadas sierras, y Lusitania con sus gigantescas crestas, y la Iberia toda oyó resonar la voz del hijo del trueno. Nuestros mayores nos narraron sus peregrinaciones, sus viajes, sus tareas, y donde quiera muéstranse todavía las huellas de ese ángel evangelizador en mil recuerdos preciosos que una piadosa y constante tradicion venera con entusiasmo. Galicia señala justamente envanecida el puerto en que abordó y saltó en tierra, bien así como el sepulcro depositario de los preciosos restos de ese nuevo Abraham que vino á enjendrarnos en Jesucristo. ¡Ved su posteridad numerosa! ¡Observad su descendencia ilustre! ¡Contemplad su raza multiplicada como las arenas del mar! ¡Admirad, en fin, los hijos de Santiago llevando á su vez la palabra civilizadora que los predicó, la fé que los legó en herencia, la religion que los trajo á vuelta de tan heroicos sacrificios, á la India, á la Persia, á la China, al Mo-

gol y á los mas remotos paises! ¡Seguidlos al Nuevo Mundo, á las islas del Occéano, á Méjico, al Brasil, á las Antillas, á los golfos de Guinea, y Annobon, y en toda la redondez del globo los hallareis continuando la grande obra de regeneracion que nuestro santo apóstol inició hace mas de diez y ocho siglos, plantando el lábaro de la cruz sobre los escombros de la idolatría, sustituyendo el incruento sacrificio de nuestros altares á los impuros misterios del paganismo, haciendo resonar en la cabaña del salvaje la palabra de paz y de amor, y operando la mas feliz revolucion moral donde quiera que hay almas que convertir, seres desgraciados á quienes hacer participantes de los beneficios del Evangelio!

Todo es obra tuya, oh Santiago insigne, honra de nuestra pátria, paladin de nuestra fé, alcázar de nuestras creencias, héroe magnánimo á quien somos deudores de poseer esa religion salvadora que en todas épocas ha hecho de España una nacion grande, poderosa y respetada. ¡Ojalá reviviesen los fervorosos sentimientos de nuestros mayores! Pluguiese al cielo que volviése á reproducirse en nuestros corazones el fuego sagrado que tú encendiste en los pechos de aquellos héroes que en días mas felices, arrollando en tu nombre las huestes sarracenas, hacian triunfar el catolicismo de la media luna, destruian los altos minaretes de Granada, reconquistaban su independencia al cabo de ocho siglos de opresion y de lucha tenaz, y ensanchando prodigiosamente los limites de sus dominios, llevaban á nuevos hemisferios los triunfos de la Cruz! Por haberse entiviado en las modernas generaciones el espiritu que nos legaste, hállase abatida, trabajada y sin ventura nuestra pátria, digna de mejor suerte. Haz, pues, que vuelva á recobrar su perdida gloria, tornando á su primitiva religiosidad. A el fiel cumplimiento de la mision que la está encomendada, se hallan vinculados sus felices destinos, su porvenir, y su engrandecimiento. Veamos todos realizada esta esperanza consoladora, y merezcamos despues en premio de nuestro acendrado catolicismo las eternas recompensas de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN CRISTOBAL MARTIR.

Placet mihi in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustiis pro Christo. Cum enim infirmor, tunc potens sum.

Me complacez en sufrir ultrages, necesidades, persecuciones y angustias por amor de Jesucristo. Pues cuanto mayor es mi propia debilidad tanto mayor es la fortaleza que me comunica la gracia.

II. CORINTH. XII. 10.

UNA religion que eleva al hombre sobre todas las debilidades y miserias de la naturaleza muelle y corrompida, una doctrina que inspira las ideas mas generosas, los sentimientos mas nobles, las acciones mas heroicas hasta el punto de hacer hallar satisfaccion y gozo indefinible en lo mismo que debiera causar una repulsion constante y la mas invencible repugnancia; unos dogmas que operando la mas incomprendible revolucion en los afectos y aspiraciones del alma, obliganla á renunciar espontáneamente á todo cuanto de suyo halaga y seduce el sensualismo, aceptando el dolor con preferencia á los placeres mundanales, buscando la verdadera gloria en la inmolation de los mas caros intereses, ambicionando por única recompensa de sus sacrificios la abnegacion y el martirio; héd ahí, M. A. O., lo mas sublime y bello que puede imaginarse en el órden moral, y lo que á cada paso nos muestra el catolicismo en la persona de sus héroes. Desde que el grande Apóstol de las naciones enseñó con su palabra y sancionó con su ejemplo la doctrina de la Cruz considerada por los sábios de la antigüedad como un escándalo y una locura, muchos fueron los que siguiendo en pos de sus huellas la practicaron con constancia, dando así un testimonio irrefragable de la divi-

nidad de su origen y de la poderosa influencia que estaba destinada á ejercer en el porvenir del mundo. Poco tiempo trascurriera despues que aquel génio extraordinario consignó en sus inmortales pájinas este rasgo de heroismo: «Me complazco en sufrir ultrajes, necesidades, persecuciones y angustias por amor de Jesucristo; pues cuanto es mayor mi propia debilidad, tanto mas poderosa se manifiesta en mí la gracia: *Placeo mihi, in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustiis pro Christo. Cum enim infirmior, tunc potenssum*; y ved que de todas partes se ven surgir almas generosas, que emulando ese mismo fervor y llenas de idéntico espíritu, se lanzan al combate y corren á buscar en el árido y escabroso campo del Calvario los laureles de una victoria tanto mas gloriosa cuanto mas comprometida y difícil.

Entre esos seres magnánimos, cuenta el catolicismo al ilustre descendiente de la raza de Canaan, San Cristóbal, cuyos cultos celebramos en este dia. Grato sobre manera nos es recordar las glorias de un hombre que, salido del seno de una nacion infiel conocida en otro tiempo por su oposicion decidida á las enseñanzas del Hombre-Dios, supo elevarse sobre las arraigadas preocupaciones pátrias, y triunfar heroicamente de los errores entrañados en su familia, para ocupar un puesto honroso entre los discípulos del Crucificado, y conquistar un renombre eterno al lado de los primeros héroes del Evangelio. ¡Oh! ¡Cuánta es nuestra admiracion, y cuán indefinible nuestro entusiasmo, al preconizar hoy las escelencias de ese valeroso atleta del naciente cristianismo, que con un celo tan ardiente, con una firmeza tan incontrastable, con una abnegacion tan extraordinaria se consagró á predicar la divinidad de la victima del Gólgota, á promover su doctrina, á fomentar su culto, á estender su Evangelio, á costa de privaciones, de peligros, de persecuciones y de todo linage de sufrimientos, hasta sellar con su sangre la última pájina de su historia! Por mas que estemos acostumbrados á recordar diariamente estos rasgos de cristiano heroismo en que tan fecunda se manifiesta nuestra religion sacrosanta, siempre encuentra el alma un nuevo placer en reproducirlos, porque hay objetos que nada pierden con su frecuente repeticion, antes bien, cada dia parecen ofrecer mayor interés

atendidas las especiales circunstancias que en ellos concurren. La diadema augusta que ciñe las sienes de esa reina del universo presenta una variedad de piedras tan sorprendente, que cuando se ha creído encontrar en una de ellas todo cuanto el alma puede desear de rico y preciado, el relumbrante brillo de otras muchas despierta de nuevo la avidez y el entusiasmo, sin que jamás se canse de admirar el bello conjunto de tan magnífica obra.

Procuremos examinar en este instante los quilates de esa perla que hoy resalta á nuestra vista; contemplemos de cerca los altos merecimientos del insigne mártir San Cristóbal; y aunque por desgracia sean muy escasos los documentos históricos que acerca de su vida han llegado hasta nosotros, serán lo bastante para evidenciar que fué «un espíritu agigantado, un héroe lleno de magnanimidad, que desafiando y tolerando con placer todo género de tribulaciones, peligros y tormentos por amor de Jesucristo, logró á costa de los mayores sacrificios multiplicar las conquistas del Evangelio, y prepararle nuevos triunfos para el porvenir:» *Placeo mihi in contumeliis*, etc. El desenvolvimiento de esta idea nos mostrará cuán justa es la celebridad que ha adquirido su nombre, y cuán fundada la confianza que en su valimiento viene mostrando el cristianismo. Invoquemos ante todo los auxilios divinos por la intercesion de la Santísima Virgen.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Las promesas del Hombre-Dios relativas al desarrollo del plan divino que meditára en bien del mundo, venian cumpliéndose con toda exactitud. Mas de doscientos años hacia que la iglesia armada únicamente de la paciencia, de la dulzura y de la persuasion sostenia una lucha encarnizada contra todo el poder del imperio mas vasto del universo. Ella no se cansaba de sufrir cuanto de mas cruel y horrible inventaba la tiranía de los Césares romanos, empeñados en es-

tinguir si posible fuese el nombre del Crucificado: pero los tiranos á su vez tampoco se cansaban en imaginar nuevos y cada vez mas atroces suplicios, entregando en manos de verdugos sin compasion á todos cuantos á pesar de los edictos imperiales osaban adorar y rendir culto al Dios verdadero. A torrentes corriera la sangre de los fieles en todas las provincias y naciones sujetas á aquel coloso. Donde quiera las cárceles, los pretorios, los circos, los teatros, los caminos, las plazas públicas, y hasta los palacios y jardines de los emperadores, los templos y los altares de los ídolos, hallábanse atestados de victimas. En medio de tan horrenda carniceria la grey de Jesucristo multiplicábase prodigiosamente, la religion proscrita se estendia por todas partes, y el culto verdadero, tachado de impiedad por la impiedad misma, ganaba un terreno inmeaso, invadiendo reinos, provincias y pueblos distantes con la rapidez del incendio que se ceba en un espeso bosque.

En estas circunstancias harto azarosas y comprometidas, preséntase cual vigoroso atleta al combate el ilustre Cananeo Cristóbal, que á pesar de su estraccion de un pais y de una raza de la cual el mismo Salvador dijera un dia: «No es conveniente quitar el pan á los hijos y arrojarlo á los perros» (1), lograra no obstante conocer y abrazar aquella religion de caridad y amor que hace de todos los hombres otros tantos hermanos en Jesucristo. ¿Y á dónde se dirige ese varon fervoroso que cual otro Abraham ha abandonado el suelo que le vió nacer, ha renunciado á los dulces y gratos recuerdos de la pátria, y marcha peregrinando á través de paises desconocidos é idólatras? ¿Qué busca en unas poblaciones en donde todo le es contrario, usos, costumbres, tradiciones, creencias, preocupaciones de raza, intereses de nacionalidad, donde por do quiera hormiguean los altares levantados á Satanás, humean los inciensos ofrecidos á los ídolos, óyese el ruido de las lúbricas fiestas dedicadas al crimen personificado, corre la sangre de las victimas inmoladas á Astaroth, Júpiter, Venus y demás quiméricas deidades del Olimpo? Ah! Cristóbal solo lleva un pensamiento, una idea, un fin: predicar á Jesucristo, demostrar

(1) Marc. VII. 27.

su divinidad, hacerle reconocer y adorar de todo el mundo, estender su imperio sobre las ruinas de la mentira y del paganismo, y morir lidiando á ley de buen soldado, si fuere necesario para testificar que el Crucificado en Jerusalem es el único Dios en cuya presencia debe hincar la rodilla el cielo, la tierra y los abismos.

Con esta generosa resolucion penetra en la provincia de Licia, una de las mas obstinadas en sus antiguos hábitos y de las menos dispuestas á renunciar á los ensueños de la filosofía pagana por la nueva doctrina del Evangelio. Allí se presenta con ardor intrépido, no sin haberse preparado antes para la lucha con prolongadas vigili-
as, oracion fervorosa, austeridades, ayunos y todo linaje de armas espirituales; pues no ignoraba, como Pablo, cuántas dificultades le esperaban, cuán inminentes riesgos debia correr, cuán amargos padecimientos tendria que tolerar, y que á su presencia, las cárceles, los suplicios, la muerte, saldríanle al encuentro con aspecto airado para detenerle en su majestuosa marcha. Nada de esto empero basta á hacerle titubear un momento, ni menos á que desista de tan heroica empresa. ¿Acaso ambiciono yo, diríase á sí mismo, otra gloria que la de la cruz de mi divino maestro? ¿Por ventura tengo otro interés que el de conquistar la punzadora diadema que antes ciñeran sus augustas sienes? ¿Quizás me lleva otro deseo que el de merecer una muerte honrosa, defendiendo y sosteniendo la religion por cuyo afianzamiento subió él á un afrentoso patibulo? Y siendo así, ¿ha de ser de mejor condicion el siervo que el señor, el esclavo que el monarca, el discípulo que el maestro? No: suyo soy, él me compró con su sangre, á él pertenezco por via de conquista; y por lo tanto mi mayor placer será sufrir ultrajes, necesidades, persecuciones y angustias por su amor, pues cuanto mayor es mi propia debilidad, tanto es mayor la fortaleza que me inspira su gracia: *Placeo mihi in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustiis pro Christo. Cum enim infirmior tunc potens sum.*

Hed ya á Cristóbal en el gran terreno que la Providencia le deparára para ejercer su mision apostólica. Su gigantesca talla, su airoso continente, su gentil disposicion, su enorme báculo, excitan vivamente la curiosidad pública: pero esto mismo es en los designios

providenciales un feliz precedente que le dispone á ser escuchado de aquellos idólatras. Tal vez hincando en el suelo su vara, como Moisés en la dura peña del desierto, reverdece y florece instantáneamente, en vista de lo cual se opera una sorprendente modificación en las ideas de la muchedumbre, que comienza á abrir su corazón á la santa semilla que con su palabra esparció aquel varón celoso. Mas ¿es acaso negocio tan fácil cambiar por completo las creencias de un pueblo, siquiera sean las más absurdas, tanto más encarnadas y difíciles de desarraigar cuanto más halagan las pasiones y los instintos sensuales? ¿Tan factible es obligar al hombre á abandonar el culto de sus abuelos, la religión del hogar doméstico, las tradiciones de familia, los dioses que adoró desde que en el regazo de la que le dió el ser fué á prosternarse en el templo venerado por sus antepasados? ¿No hay más que decir á una nación entusiasta por sus ídolos de oro y de plata: despedázalos, y cae de hinojos ante el humilde hijo de María? ¿Tan poco cuesta hacer que renuncie á las brillantes ficciones de su mitología por los graves misterios de la religión católica, que cambie la risueña pompa y el ruidoso aparato de sus lúbricas festividades por el severo silencio de las solemnidades cristianas, que prefiera á la ciencia de sus doctores y filósofos los dogmas incomprensibles de nuestra fé, y abrace en lugar de una moral que lisonjea y fomenta el sensualismo, la austera moral del Evangelio que predica la crucifixión de la carne, é impone el martirio de los sentidos? Y á tanto como esto aspira Cristóbal, extraño á la sabiduría de los grandes maestros de la humanidad, sin estar iniciado en los misterios de la filosofía de Aristóteles y Platon, sin conocer siquiera los primeros elementos de la elocuencia Demosténica, sin tesoros que ofrecer, sin poder que desarrollar, sin crédito que autorice sus palabras, sin influencia, ni armas, ni soldados, ni ninguno de esos elementos de terror que abren el paso á los conquistadores terrenos, provisto únicamente de una tosca Cruz, y rico tan solo en caridad, en fervor, en celo heroico, en deseo de padecer y morir por amor de Jesus. ¿Podía esperar otra cosa Cristóbal? ¿Podía prometerse otro resultado de su espinosa misión? ¿Podía lisonjearle otra esperanza que persecuciones, ultrajes, tormentos, al emprender tamaña em-

presa? Tampoco prometiera mas á sus heraldos el augusto fundador del cristianismo; tampoco tuvieran otro patrimonio los que en aquel terreno le habian precedido. Y sin embargo, no por eso se acobarda, antes bien acomete de frente al enemigo, y embrazando el adorable signo de nuestra redencion, objeto aun de burla y escándalo para una gran parte del mundo, recorre aquel pais en todas direcciones predicando la unidad de Dios, Criador único y conservador de todas las cosas, la divinidad de su unigénito Jesucristo que por amor del linage humano se ofreció víctima espiatoria de todos los delitos, la veracidad de una doctrina que entre todas las demás es la única que conduce al hombre por el camino del bien al término de sus dichosos destinos, lo absurdo de las enseñanzas paganas que todo lo divinizan menos á aquel que es esclusivamente digno de ser adorado y de recibir un culto universal; la sublimidad de una moral que enseña todos los deberes, consagra todos los derechos legitimos, inspira las verdaderas virtudes, recomienda la castidad, el desprendimiento, la caridad fraternal, la mútua tolerancia, la beneficencia reciproca, la abnegacion y el sacrificio de los mas caros intereses ante las aras del amor. A la voz del nuevo Apóstol verificase una revolucion feliz en aquellas inteligencias obstinadas; comiézase á gustar un lenguaje tan sublime y divino; los gérmenes preciosos de la palabra evangélica fermentan lentamente en los corazones hasta adquirir su completo desarrollo; y entonces, como heridos de un repentino rayo los infieles abren los ojos á la luz del cielo, los templos de los idolos se destruyen, caen por tierra los altares profanos, multiplicanse las conversiones en prodigioso número, llegando á cuarenta y ocho mil las personas que abrazaron el Evangelio por la predicacion de nuestro Santo, segun el cálculo autorizado de San Ambrosio (1); estiende la Iglesia cada dia mas sus dominios, y llega á formarse un nuevo pueblo de discipulos de Jesus, allí donde antes solo se conocía su nombre para escarnecerle, merced á la constancia de ese héroe en quien brillaban á la par las mas bellas virtudes y los mas estupendos milagros.

(1) Así se lee en la liturgia del Santo Arzobispo de Milan, en el prefacio de la Misa de San Cristóbal.

Entre tanto, la hora del mas horroroso combate se acercaba. Acababa de estallar la persecucion de Decio. ¡Qué de suplicios no se inventáran de nuevo para atormentar á los cristianos! ¡Qué refinamiento de crueldad no se empleaba contra los inermes discípulos del divino mártir del Gólgota! ¡Qué vasto sistema de encarnizamiento y de esterminio no se proyectó para extinguir la raza denominada nazarena! Aquí el fuego, allí el agua, ora los garfios acerados, ora las candentes láminas, unas veces las fieras, otras la cuchilla del verdugo, cuándo el escúleo, cuándo la saeta envenenada, ya la polea que descoyuntaba los huesos, ya la parrilla que tostaba lentamente las carnes. De donde quiera llegaban los alaridos de las inocentes víctimas; por todas partes corría la sangre de los invencibles soldados de Cristo; cual torrente desencadenado invadía la tiranía los pueblos y las ciudades, arrastrando á su paso todo cuanto llevaba el signo de la redencion, hacinando en una misma hecatombé al jóven y al anciano, á la doncella tímida y al balbuciente niño. Cristóbal escucha el sordo rumor del trueno que se acerca anunciando la próxima tormenta; vé impávido llegar á Samos, donde se encontraba, los ministros de la crueldad cesárea; espera á pié firme el momento de la lucha sin temer cosa alguna de los que solo ejercen su poder en el cuerpo material y corruptible, pero que ningun dominio tienen en el espíritu siempre libre porque es inmortal. Y cuando frente á frente de los satélites de Decio, se le pide cuenta de sus creencias, no vacila en protestar que no reconoce mas Dios que el que hizo el cielo y la tierra, cuyo unigénito Jesucristo murió en un leño infame víctima de la calumnia, del odio, y de la envidia. Trabaje en buen hora cuanto pueda el presidente romano por ablandar el diamantino pecho de Cristóbal, emplee al efecto todos los recursos de la seduccion, prométale brillantes y deslumbradoras ventajas, amenácele con esquisitos tormentos. Todo es inútil. ¡Qué! ¿Esperas, insensato juez, que quien tanto ha trabajado y sufrido ya por estender el reinado de Jesucristo, vaya á quemar sacrílego inciensos ante unas mudas estátuas de mármol, ó á prosternarse á los pies de unos ídolos de oro, impotentes para moverse por sí solos sin el auxilio del hombre? ¿Crees que tus fieros ó promesas le hagan degradarse hasta el extremo de rendir culto á las

obras de un artista que solo representan la disolucion y el vicio, con mengua y ultrage del que habita en lo mas alto del Empireo? ¡Antes perecerás tú y tus dioses contigo, que ver á Cristóbal incurrir en tamaña profanacion! Prueba tus fuerzas con ese ilustre Cananeo, y tendremos el placer de admirar sus triunfos y de aplaudir tu vergonzosa derrota.

Ello es hecho: Cristóbal ha entrado en la lid. Vedle asediado en la prision por dos encantadoras sirenas, por dos mujeres lascivas enviadas con el objeto de hacerle perder su pureza para mejor y mas fácilmente triunfar de su fé. ¡Impio y detestable proyecto! Mas ¿qué es lo que consigue el paganismo por ese medio infernal? Todo menos lo que en mal hora concibiera. Consigue si, ver aquellos dos séres degradados é infames trocados instantáneamente en conquististas de la religion cristiana; consigue contemplar á las que eligiera por instrumentos de su impiedad, postradas humildemente á los piés del ilustre confesor de la fé, implorando las divinas misericordias, instruyéndose en los misterios del Evangelio, y robusteciéndose con la doctrina pura y santa de la cruz, para confesar á su vez al Dios de Cristóbal y precederle con otras cuarenta compañeras que se les asocian en la gloriosa carrera del martirio; consigue que otros muchos personajes testigos de su heroismo renuncien á sus antiguas preocupaciones, detesten sus falsas creencias, y añadan con su muerte gloriosa nuevos laureles á la diadema del rey del Calvario (1). Jamás con tanta razon pudo decirse que la iniquidad se suicidó á sí misma y cayó en la hoya en que sus manos intentaran hundir para siempre la verdad cristiana.

No ensayará ¡vive Dios! nuevos planes la idolatria contra ese invencible atleta. Harto desconcertada ha quedado con este primer triunfo de Cristóbal, para no temer la funesta influencia que puede ejercer en el porvenir de la religion del imperio romano. La venganza se apresurará á poner término á una vida que amenaza comprometer los mas caros intereses del pueblo rey que tiene en sus

(1) Este suceso y los demás que mencionamos relativos al martirio de San Cristóbal, están tomados de San Ambrosio en el lugar citado.

manos los destinos del mundo, y desacreditar sus ritos supersticiosos, y su culto infame, y sus dioses de bronce y mármol. Pero ¿qué medios empleará para atormentar y hacer morir al invicto mártir? ¿Le azotará con nudosas varas? Mas los azotes son para Cristóbal como la suave impresión de la hoja de un árbol que acaricia blandamente el rostro del viajero que se acoge á su sombra. ¿Mandarán que le pongan y sobre la cabeza un yelmo hecho ascua, sentándole sobre un escaño de hierro despues de rociarle con aceite hirviendo, para tostar á fuego lento sus carnes hasta consumirlas completamente? Mas desde allí como desde una cátedra predica á los circunstantes la fé cristiana, apostrofa á sus verdugos, les reta á obrar por la virtud de sus dioses las maravillas del Dios del cielo, y sale incólume del tormento nuevamente enriquecido con los despojos de innumerables idólatras que abrazan la religion del santo mártir. ¿Dispondrán que atadon á un palo descarguen sobre él una copiosa lluvia de envenenadas saetas? Mas estas, lejos de herir su cuerpo, rechazan fuertemente contra los mismos que las arrojan, obligándolos á desistir de tan inútil como peligroso empeño. De este modo plugo al cielo evidenciar la divinidad de Jesucristo por quien tanto trabajara y sufriera Cristóbal, multiplicando en él los prodigios de la Omnipotencia. Pero ya era tiempo de coronar las sienes del insigne campeón de la fé. La robusta mano de un verdugo va á descargar sobre su cabeza el golpe que ha de libertar su alma grande y generosa de la cárcel penosa del cuerpo para volar á la mansion de los justos á recibir la recompensa de su heroísmo. Dejadle que antes puesto de hinojos en aquel suelo que va á recoger su preciosa sangre, dirija al cielo sus fervientes plegarias, rogándole que nunca el granizo, la piedra, el fuego, el hambre, la epidemia y demas azotes que asolan la tierra, se acerquen á donde pose su sepulcro. Dejadle que vierta una lágrima de compasion por sus mismos tiranos, é interese sus súplicas en favor de la Iglesia, destinada todavía á atravesar un largo período de persecucion y tirania. Dejadle..... Mas ya se consumó la oblation. La sagrada cabeza del mártir rueda por el suelo; su sangre corre como un manantial precioso que hace germinar la semilla depositada en los corazones, brotando de ella centenares de

fervorosos creyentes que vuelan á conquistar la palma de los héroes; su nombre adquiere una celebridad universal y de todas partes se levanta un eco de alabanza que se repite hasta en las estremidades del mundo católico; sus restos mortales son el objeto de un culto tan tierno como entusiasta, y donde quiera se invoca su proteccion y valimiento, especialmente en las públicas calamidades. Tributo justísimo debido á la memoria del héroe que lleno de magnanimidad, desafío y toleró con placer todo género de tribulaciones, peligros y tormentos por amor de Jesucristo, logrando á costa de dolorosos sacrificios estender las conquistas del Evangelio, y prepararle nuevos triunfos para el porvenir: *Placeo mihi incontumeliis*, etc.

¡Salud, oh insigne campeón de los ejércitos del rey del Calvario! Recibe hoy nuestros plácemes y parabienes, ya que tan felizmente influiste en la propagacion de esa doctrina que, si bien probada despues de tu muerte en otras cuatro persecuciones generales, ha llegado á nosotros á través del inmenso océano de la tribulacion, tan pura y radiante, tan celestial y divina, inmortal como su autor, incólume como el antiguo Israel por entre las aguas de! mar bermejo, dejando en pos de ella al paganismo engullido en sus insudables senos. Corresponde á la confianza con que te invocan los verdaderos católicos; muéstranos que no te son indiferentes nuestros ruegos; acude solícito á nuestras voces cuando en los lances peligrosos ó en los combates con la impiedad solicitamos tu valimiento. Infúndenos por último tu propio espíritu, tu fortaleza, tu magnanimidad y heroísmo, para que cifrando nuestra única gloria en los padecimientos y en la cruz de nuestro Salvador, y peleando á tu imitacion en buena lid las batallas del Señor, podamos optar á una recompensa idéntica y á la misma perdurable bienandanza.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SANTA ANA, MADRE DE NUESTRA SEÑORA.

Lauda sterilis quæ non paris: decanta laudem, et hinni quæ non parturiebās.... Dilata locum tentorii tui, et pelles tabernaculorum tuorum extendē.... Semen tuum gentes hereditabit.... Non enim te pudebit, quia confusiois adolescentiæ tuæ oblivisceris, et opprobrii viduitatis tuæ non recordaberis amplius.

Regocijate, estéril, tú que no pares; canta himnos de alabanza y de júbilo tú que no eras fecunda. Toma un sitio mas espacioso para tus tiendas y estiende cuanto puedas tus pabellones; pues tu prole señoreará las naciones. No quedarás confundida, ni tendrás que ruborizarte de tu pasada infecundidad, ni siquiera memoria te quedará del oprobio de tu viudez.

ISAÍE LIV. 4 AD 4.

ENTRE los innumerables rasgos de elocuencia con que los profetas pintaron anticipadamente las futuras glorias de la Iglesia y su prodigiosa estension por todo el orbe, ninguno hay que me ofrezca tan bellas armonías y una analogía tan admirable con el objeto de la presente festividad, como el pasage de Isaías con que acabo de encabezar mi discurso. Prescindo desde luego de su sentido literal, convencido como estoy de que solo puede convenir á aquella mística esposa del Cordero dominador, cuya maravillosa fecundidad debia llenar el mundo de una nueva estirpe, escogida para ser en los siglos venideros un eterno monumento de las magnificencias del Hombre-Dios. Pero cuando todas las circunstancias de esa prediccion se amoldan tan perfectamente á la dichosa y sin par madre de la augusta Virgen Nazarena, llamada á serlo á su vez de aquel Mesías cuyo imperio debia abarcar los limites todos de la tierra, no he podido resistir al impulso de apropiarla esas bellisimas páginas, que con

inimitable maestría pintan los destinos de Ana y su glorioso porvenir. Reproduzcamos íntegro el texto profético para después admirar la sublime consonancia que presenta con el personaje á quien me he permitido acomodarle.

«Regocíjate, esclamaba el hijo de Amós, tú, oh estéril que no
»pares; entona himnos de alabanza y de júbilo, tú que no eras fe-
»cunda. Ocupa un sitio mas espacioso para tus tiendas y extiende
»cuanto puedas las pieles de tus pabellones, porque tu prole se di-
»latará inconmensurablemente á la derecha y á la izquierda, seño-
»reará las naciones, y poblará las ciudades ahora desiertas. No que-
»darás confundida ni sonrojada, porque ni memoria conservarás de
»tu pasada esterilidad ni del oprobio de tu viudez. Si por algun
»tiempo te desamparé dejándote entregada á la angustia como una
»mujer repudiada desde su juventud, ahora he querido hacer brillar
»en tí mi bondad y misericordia, y de hoy mas eterna será la alianza
»que hago contigo.»

¿Quién al leer estas sublimes espresiones no concibe desde luego la idea de aquella ilustre hebrea, esposa del virtuoso Joaquin, que después de tantos años de una triste esterilidad sobrellevada con resignacion heroica, vió por último colmadas sus esperanzas, realizados sus deseos, satisfechas sus ansias con una fecundidad prodigiosa, fruto de sus oraciones, lágrimas y suspiros? Otras matronas israelitas experimentáran antes que ella los efectos de la divina misericordia, viendo ahuyentarse el oprobio que pesaba sobre su nombre y renacer la esperanza de poder ver surgir de su raza al prometido Reparador del mundo. Ninguna empero como Ana mereció el alto honor de ser elegida en edad propecta para concebir en su seno aquella Virgen privilegiada de la cual, como de la profética raiz de Jessé, debia brotar un dia el mas hermoso pimpollo, Jesus, Dios, Hombre, Profeta, Rey, Pontifice, Salvador de la humanidad. Y esta cualidad de madre venturosa de la augusta Maria, ¿no es la recompensa mas magnífica del heroismo con que aquella mujer virtuosísima supo tolerar las amarguras y humillaciones de un estado que llevaba consigo el anatema y la maldicion del cielo? ¡Ah! No seré yo quien pretenda desentrañar el misterio de grandeza y de elevacion

que envuelve una dignidad tan extraordinaria. Sus relaciones íntimas con el Hombre-Dios, colocándola bajo este punto de vista á una altura incomprendible. Sola aquella hija sin par dichosa de cuyo seno nacería en tiempo el Unigénito del Padre, engendrado antes de los siglos, puede considerarse mas grande, mas favorecida, mas gloriosa que Ana; por lo demás, todas las mujeres nacidas y por nacer, siquiera fuesen reinas, aunque dominasen vastos y ricos imperios, eran inferiores á ella.

Pero no nos limitemos á considerar las excelencias de la portentosa fecundidad con que plugo al cielo favorecer á nuestra ilustre heroína; elevémonos á investigar el origen de tanta dicha; y aun cuando para nosotros sea esto un misterio incomprendible que solo nos cumple adorar en silencio, no dudemos asegurar que, aparte de los designios providenciales que pudieron influir en la eleccion de Ana para madre de la Santísima Virgen, hay una razon ostensible en la fidelidad con que en medio de sus abatimientos supo perseverar en el servicio de Dios, y en la resignacion sublime con que aceptó y toleró cuanto de mas sensible y amargo tuvo á bien permitir el Señor para probar su virtud. Así que las grandezas de Ana están en consonancia con sus pasadas humillaciones, y su gloriosa fecundidad forma la recompensa mas sublime de sus altos merecimientos. Hed ahí el plan de mi oracion, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

«Cantaré alabanzas á Dios mi Señor, porque se ha dignado visitarme, y desviar de mí el oprobio de mis enemigos, dándome el fruto de la justicia que se ha de manifestar en su presencia. ¿Quién anunciará á los hijos de Ruben que Ana está lactando? Oigan, oigan este acontecimiento las doce tribus de Israel.» Este cántico sublime, espresion viva de la alegría maternal que una tradicion antiquísima nos ha trasmitido, y con el cual créese que la virtuosa

madre de la Virgen predestinada tributó gracias al Omnipotente por el don inestimable que recibiera de su bondad, nos demuestra el estado de afliccion y de pena en que su alma se hallaba antes de ser favorecida por el cielo con aquella fecundidad á todas luces prodigiosa que tan largamente compensó sus pasadas humillaciones.

Muchas y profundas fueran las que hubo de devorar en silencio durante veinte años aquella ilustre matrona, y no menos admirables la abnegacion y el heroismo con que supo hacerse superior á un estado mirado en aquellos tiempos como la calamidad mas sensible, puesto que envolvia un carácter de reprobacion y de anatema que inspiraba la aversion y el horror. Todo conspiraba á hacer esta situacion mas dura é insoportable. Los grandes designios de Dios tocaban ya á su complemento. Circunstancias harto notables para que pudiesen pasar desapercibidas, indicaban que se acercaba la época de revelarse los importantísimos misterios que los profetas venian vaticinando á través de los siglos. La célebre prediccion de Jacob se estaba verificando en aquella nacion ingrata cuanto favorecida por Jehová. Su religion y su política hallábanse en pronunciada decadencia; el cetro real empuñado por la mano de un extranjero; la descendencia de David reducida al mas profundo abatimiento; sus ilustres miembros humillados, perseguidos, despreciados, y los mas comiendo el amargo pan de la emigracion, victimas de la mas despótica tirania.

Entonces se vió á la célebre nieta de Natham, la bella Hannat de los Arabes, la esposa de Joaquin, vástago de la nobilísima tribu de Leví y de la familia de los Aaronidas, vivir retirada y oscura en la pequeña ciudad de Nazareth, no distante del monte Carmelo, pasar sus tristes dias en la oracion y el ayuno, lamentando las desgracias de su patria y recordando con amargo dolor los pasados dias de gloria que no debian volver á brillar para Israel. No era empero su propia humillacion ni la estremada pobreza á que se veia reducida por el curso de las circunstancias lo que mas afectaba aquella alma grande y generosa. Rica en virtudes y de una justicia consumada, lo que no podia mirar indiferente, era ver hechos menudos pedazos el sólio, dispersa la heredad santa, escarnecido el sacerdocio, perseguido el linaje

de los profetas, el culto divino olvidado, empañado el esplendor del Santuario, y degradado y envilecido, y abrumado de infortunios quel antiguo pueblo en cuyo favor tantas maravillas obrára el Altísimo, cuya independencia sostuvo en cien combates contra los enemigos de su dicha, y á quien tantas esperanzas y tan magníficas promesas había vinculado. ¡Oh! ¿Sería posible que el Dios de Abraham y Jacob hubiese repudiado para siempre á su nacion predilecta? ¿Habria de pesar sobre ella una maldicion eterna, en vez de las multiplicadas bendiciones que en mejores días pronunciaron los lábios de Jehová? ¿Se habria hecho indigna de ver surgir de su seno al Mesías deseado por tantos siglos?

Pensamientos eran estos bastantes á abatir el corazon mas constante y á entibiar la fé de las almas mas justificadas, puesto que todo parecia desmentir las promesas hechas á Israel y burlar sus mas ellas ilusiones. No era así empero como discurria la virtuosa esposa de Joaquin. Ni un solo instante vió flaquear su imperturbable firmeza, ni el menor vislumbre de desconfianza llegó á posesionarse de aquel corazon magnánimo, tanto mas fuertemente adherido á sus creencias, cuanto mas arreciaba el huracan de las adversidades. Pierda ella en buen hora todo el brillo de su ilustre cuna; pase sus dias en el abatimiento y en el desprecio bajo el tiránico yugo de un déspota cruel que ostenta insultante sobre sus sienes la corona que arrebató á la familia proscrita de su abuelo David; permanezca ignorado su nombre, y ni el mas leve recuerdo quede de su pasada grandeza. Gustosa y resignada hace el sacrificio de sus mas caros intereses, toda vez que por entre estas humillaciones y reveses trasluce con fé viva los designios de una Providencia sabia que adora con la mas humilde sumision, y ve acercarse el momento de ver realizadas sus únicas aspiraciones. El profeta de los salmos pudo vacilar en su tiempo si habria en el cielo un Dios pródigo y omnipotente, al ver el triunfo de la iniquidad y de la justicia sobre la virtud y la inocencia; pudo ser para él un misterio inconcebible la prosperidad creciente de los impíos y pecadores al lado de las adversidades y continuos reveses de los fieles adoradores del Señor. Empero para Ana este mismo contraste no es mas que una demostracion

ostensible de la infinita sabiduría de aquel que se reserva para ocasion mas oportuna hacer mas patente su gloria y magnificencia, enalteciendo al humilde y derribando de su sólio al soberbio, enriqueciendo al pobre y reduciendo á la indigencia al poderoso. Por eso ni los contratiempos debilitan su fé, ni las privaciones amenguan su esperanza, ni las terribles pruebas por que viene pasando enfrian su caridad; antes por el contrario, cuanto mayores son los motivos de desconsuelo que la rodean tanto mas se acrecienta y avigora su imperturbable resignacion á la voluntad suprema.

Y sin embargo, no era poco tormento para una mujer israelita, tan justa, tan virtuosa, tan santa, cuyo corazon jamás se separó de la ley del Señor, el ver que éste habia desviado de ella la luz de su semblante, negándola la única prenda que podia calmar su angustia y fomentar sus esperanzas. Faltaba á su vida una bendicion considerable, porque era estéril y no podia abrigar la idea consoladora de ver nacer de su sangre al salvador de Israel. Despojada su cabeza de aquella corona brillante que embellecía los dias nublados de las matronas de Judá, bien podia llorar como la antigua Phenena su oprobio y su desgracia; bien podia lanzar gritos lastimeros como la agraciada Raquel y preferir una muerte honrosa á una existencia llena de baldon; bien podia sollozar y cubrirse de luto como la hija de Jephto sobre los montes de Galaad. Aquí empero es donde mas resplandece la virtud de Ana, su constante fidelidad, su resignacion sublime, y todas esas prendas que la elevan á la altura de un heroismo consumado. Sobre las preocupaciones de su nacion y de su siglo, hállase en ella la fé en las divinas promesas; mas alto que los desprecios y los apóstrofes de sus contemporáneas está su espiritu dotado de una magnanimidad incontrastable. Realícense los vaticinios de los videntes; tengan cumplido efecto las promesas del cielo; llegue el dia para ella tan deseado de ver en la tierra al principe de los siglos venideros; contemplen sus ojos al vástago de la raiz de Jessé, y sea quien quiera la mortal dichosa á quien quepa la incomparable honra de dar á luz al divino Sol de justicia. Por lo demas en su pecho no anida la envidia, lejos de su alma está la emulacion, y bien distante de mirar con pena la fecundidad de las demas hijas

de Israel solo piensa en contribuir con sus plegarias al desenvolvimiento del plan divino. Así que mientras Joaquin su esposo ofrece en el monte oraciones y sacrificios, ella, escribe San Epifanio, presenta al Señor el precioso holocausto de una humildad profunda, de una resignacion constante, de una caridad ardentísima, de una perfecta sumision, de una fé, en fin, que la hace digna de una eleccion que distaba mucho de sospechar siquiera.

Ved, en efecto á Ana fecundada repentinamente despues de veinte años de esterilidad. Vedla, llegado el tiempo de su alumbramiento, dar á luz en un éxtasis de indefinible júbilo, y entre el humo de los holocaustos que se ofrecen por los pecados del pueblo, un ser fenomenal, una criatura que atesora todas las bendiciones del cielo, una niña llamada á colmar las esperanzas de la tierra, la Virgen predestinada que debia lavar la culpa del primer hombre en la sangre de Cristo, la misteriosa flor de Isaias que abria su capullo al sopro abrasador de la adversidad en un tronco pobre y despojado, segun el comentario de San Gerónimo, María, en fin, la futura madre del Reparador divino que venia á restaurar las ruinas de Sion, y á consolar los afligidos restos de Israel.

Aquí, señores, debo renunciar gustoso al mérito de la originalidad para trazar el cuadro de tanta grandeza. Dejemos al elocuentísimo Damasceno celebrar las glorias de Ana con las palabras que en la presente festividad pone en los lábios de esa dichosa madre. «Regocijaos » conmigo, esclama, oh heroínas ilustres del antiguo testamento, pues » siendo infecunda he dado á luz aquel gérmen precioso, objeto de las » magníficas promesas de todos los siglos, y con el néctar de mis propios » pechos lacté ese fruto de bendicion, libre ya de la tristeza que me » acongojaba. Alégrese la antigua adversaria de Phenena, y celebre » conmigo el nuevo é inopinado prodigio que obró en mí la omni- » potente diestra. Llénese de júbilo Sara, que concibiendo en su se- » nectud no fué sino la figura de mi concepcion milagrosa. Ensalcen » las estériles é infecundas las misericordias que conmigo ha des- » plegado el Señor visitándome clemente; y las madres que gozan del » privilegio de la fecundidad no se desdeñen de esclamar: bendito » para siempre aquel que escuchando las plegarias de su sierva la

»concedió por fruto felicísimo aquella Virgen que ha de ser madre
»de Dios según la carne, y cuyo seno será un cielo donde habitará
»un día aquel que abarca con su mano todos los límites del univer-
»so (1)...» Dichosos y mil veces felices esposos Joaquín y Ana,
»esclama en otra parte el santo doctor, cuya vida la más pura, ino-
»cente y ejemplar mereció la incomparable honra de engendrar á la
»que es el honor de la virginidad, el tesoro de la gracia y de la vir-
»tud, el abismo de las perfecciones de la sabiduría increada, el com-
»pendio de los prodigios del Omnipotente, el portentoso nuevo y nun-
»ca visto en la tierra (2). Bienaventurada eres, y tres veces biena-
»venturada, oh ilustre heroína, en haber concebido y dado á luz
»esa divina niña cuyo solo nombre es digno de la veneración de to-
»do el universo, María, de la cual nació Cristo, flor de la vida, Ma-
»ría, en cuyo nacimiento renació el mundo á la gracia y á la immor-
»talidad. Contigo nos congratulamos dulcemente, pues nos diste un
»fruto de promisión á quien estaba vinculada la esperanza de todos
»los mortales. Bienaventurada eres, y no lo es menos el fruto de tu
»vientre. Toda lengua piadosa engrandece hoy ese germen precio-
»sísimo. Las criaturas todas llenas de indefinible entusiasmo ensal-
»zan y celebran los bienes que nos ha producido tu singular y por-
»tentosa fecundidad. Digna eres sobre todo encarecimiento de recibir
»nuestras alabanzas, habiéndose cumplido en tí los divinos oráculos
»que encierran el misterio de nuestro porvenir y de nuestros desti-
»nos (3).» Hasta aquí el elocuente Damasceno.

Ahora bien, ¿habrá por ventura entre nosotros quien juzgue exa-
gerados estos elogios? ¡Ab! Solo pudieran pensar así los que fundan-
do el origen de la grandeza y de la gloria en esas quiméricas este-
rioridades que deslumbran los ojos del vulgo, no alcanzan á penetrar
el fondo de magnificencia que envuelve la dignidad á que fué ele-
vada Santa Ana, y sus íntimas relaciones con el Hombre-Dios, Hijos
del polvo, necios mortales, apartad vuestra vista de unos objetos que

(1) S. Juan. Dam. Orat. 2 de Nat. B. Mariæ V.

(2) Id. Orat. S. de Nat. B. Mariæ V.

(3) Id. loc. cit.

os fascinan, elevad vuestras ideas á lo que nunca fenece, y comprendereis con cuánta razon nos entusiasmanos los verdaderos creyentes en presencia de una elevacion que sobrepuja considerablemente á la de los mas opulentos y potentes monarcas de la tierra. Si solamente os presentásemos en esa insigne matrona sus títulos de nobleza, pudiérais hallar otras mas nobles que ella; si solo fundásemos nuestra admiracion en sus ilustres ascendientes, ó quisiésemos hacer valer sus derechos al trono de David, ó bien os recordásemos los nombres de los reyes, patriarcas, profetas, guerreros y demás célebres personajes con quienes entroncaba, fácil os seria oscurecer su esplendor, oponiéndola otras mujeres cuyos timbres y blasones ha perpetuado la historia. Empero no es eso lo que en la virtuosa Ana nos extasia, no es eso lo que forma su gloria sin segunda. Su maternidad, hed ahí lo que la engrandece y eleva sobre todas las demás de su sexo. Compulsad si os place los anales antiguos y modernos, desentrañad los monumentos tradicionales, buscad un solo nombre que oponer al de la madre de la sin par María. ¡Vano proyecto! Hallareis muchos sin duda fecundos en bellos recuerdos, tales como el de aquella esposa de Lamech, madre dichosa del gran Noé, único varon justo á quien el Señor consideró digno de ser preservado del diluvio para perpetuar en su raza las promesas del cielo; como el de la madre de David, hombre cortado á medida del corazon de Dios, propugnador acérrimo de la verdad, vengador intrépido del pueblo santo, y salvador del arca de la Alianza; como el de la madre de Salomon á quien estuvo reservada la honra de edificar al Señor el templo mas augusto del universo; como el de la madre de los macabeos, defensores heroicos de las leyes y tradiciones pátrias, y primeros mártires de la religion hebrea. Mas en medio de todas esas grandes figuras biblicas, y por entre cuantas vuestra imaginacion pudiera recordar en todos los siglos, descollará siempre la esposa de Joaquin, la madre venturosa de la siempre Virgen María, de la que por virtud del Altísimo concibió en su seno al Dios de Noé, de Abraham, de David, de Salomon, al Dios del tiempo y de la eternidad; de la que realizó todos los vaticinios, verificó todas las promesas, dió fin á todos los tipos, colmó todas las esperanzas, engendran-

do de su sangre virginal al Mesías prometido en el Paraíso, y dando á luz sin menoscabo de su prodigiosa integridad al Redentor de todo el linaje de Adán pecador; de la que escede en claridad á la luna, en esplendor al sol, en gallardía á la esbelta palma de Cades y al erguido ciprés de Sion, en lozanía á la rosa de Jericó; de la que es huerto cerrado, fuente sellada, manantial perenne de aguas vivas, paraíso animado, cielo estrellado, fuente de la gracia, acueducto de las divinas misericordias, madre del bello amor, de la santa esperanza. En una palabra, Ana es madre de la madre de Dios, y bajo este punto de vista hállase asociada á Jesucristo con vínculos estrechísimos, con relaciones íntimas, con una alianza que la eleva en cierto modo á un orden hipostático: puesto que si María pudo decir al Salvador, tú eres mi hijo á quien engendré de mi propia sustancia, Ana puede gloriarse de ser su abuela, como que fué la concha donde se encerró esa preciosa perla que le dió al mundo, el santuario donde estuvo encerrada esa arca misteriosa del nuevo testamento, el ameno vergel donde brotó esa flor fragantísima, la tierra venturosa en que se crió esa planta que enriqueció al mundo con tan sazonados frutos de vida eterna.

Nada mas necesitamos para evidenciar las glorias y grandezas incomparables de Santa Ana. Ante ella los nombres de las Judithes, Estheres, Saras, Raqueles, Abigailes, Dévoras, y demás insignes heroínas de la primitiva alianza, son débiles bosquejos de la que tuvo la honra única de engendrar y parir al mayor portento de la omnipotencia y de la gracia. Desconozcan en buen hora esta prerogativa singularísima los que, acostumbrados á arrastrarse cual reptiles por el despreciable polvo que huellan sus plantas, son incapaces de elevarse á lo que real y positivamente es digno de ser admirado. Su orgullo los ciega, su arrogancia los empequeñece, el sensualismo seca en ellos las fuentes del verdadero saber, é impotentes para apreciar lo grande, heroico y sublime, solo aciertan á manchar con sus blasfemos labios lo que no alcanza á concebir su menguada inteligencia. No lo hicieron así por cierto los géneos dignos de este nombre. Unisona es la voz de todos los padres y doctores de la Iglesia, idénticos sus sentimientos de admiración y los ecos de alabanza que vie-

nen resonando á través de mas de diez y ocho siglos en loor de la ilustre madre de María. Las plumas mas elocuentes del cristianismo, han asociado constantemente las glorias de ambas: y á la par de las páginas consagradas á perpetuar en el mundo la virginidad milagrosamente fecunda de la una, se leen las que han inmortalizado la portentosa fecundidad de la otra; porque inseparables son los elogios de tal madre y de tal hija, y cuando el alma se eleva á contemplar las excelencias de esta, insensiblemente se ve arrastrada á rendir homenaje á las magnificencias de aquella. «La carne de Jesus, es la carne de María,» esclamaba San Agustin para epilogar en una sola espresion los altisimos privilegios de la Virgen Madre. Pues bien, tampoco yo me serviré de otra frase para cerrar el panegírico de nuestra santa, y me contentaré con decir: «La carne de María es la carne de Ana, y por consiguiente de ella participa la carne divinizada de Cristo. Dignidad altísima, prerogativa sublime que segun me propuse probar, envuelve la justa recompensa de sus pasadas humillaciones, y la corona de sus elevados merecimientos.

Sí, bienaventurada matrona, de este modo convenia fuese premiada tu humildad profunda, tu sublime resignacion, tu fidelidad constante, tu imperturbable esperanza, tu fé asombrosa, y tu nunca desmentida sumision á los decretos del cielo. Creiste como Abraham, esperaste como Noé, sufriste como Jacob, amaste mas que todos los justos que te precedieran, reasumiendo en tu persona cuantos dones, excelencias y perfecciones brillaron en las mas recomendables heroínas del pueblo santo. Tu matrimonio con el venturoso Joaquin, fué el tipo de la union mas casta, de la piedad mas sincera, del decoro, de la fidelidad, del amor, y demás virtudes conyugales. Adherida á él como el renuevo de la oliva á su robusto tronco, recogiste su fecunda sávia, con él creciste á una altura gigantesca, y ambos á manera de los dos candelabros de oro del profeta Zacarias, brillásteis en la presencia del Señor sirviéndole constantes y haciéndoos dignos de sus recompensas. Haga el cielo que sepamos imitarte, oh escelsa Ana, para que viviendo puros é intachables ante Dios y los hombres, seamos dignos de alcanzar un dia tu misma dicha, y tu eterna bienaventuranza.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SAN CAYETANO, FUNDADOR.

Incola ego sum in terra... Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore.

Peregrino soy sobre la tierra. Mi alma no aspiró jamás á otra cosa sino á observar en todo tiempo tu ley adorable.

PSALM. CXVIII. 19, 20.

AL observar el afanoso empeño con que los hombres aspiran en la generalidad á hacinar en torno suyo la mayor suma posible de placeres, riquezas y demas elementos de dicha material, cual si hubiesen de perpetuar su estancia en un mundo que se les dió como mansion prestada segun el lenguaje de los santos libros, no parece sino que han olvidado el objeto y fin de su creacion, y que solo están llamados á gozar mientras viven de las delicias y encantos de una existencia efimera, para perderse despues en la eterna noche del sepulcro. ¡Desgraciados! Ellos no ven la eternidad que se abre á sus ojos al terminar unos días cortos y frecuentemente amargos, no piensan en aquella otra vida sin fin que les espera mas allá de la tumba, é indiferentes hácia el gran porvenir que debe coronar sus destinos, reconcentran todas sus aspiraciones en lo presente y á él limitan sus únicas esperanzas.

No obraron así, por cierto, esos héroes cristianos que la Iglesia nos propone cada dia por modelos de nuestra conducta, al propio tiempo que se complace en celebrar sus glorias. Persuadidos de que en la tierra nada hay que no sea fugaz y transitorio, y altamente convencidos de que no está en ella el lugar de su verdadero reposo, considerábanse como peregrinos y extranjeros, caminando sin cesar

hacia aquella ciudad permanente y eterna donde al lado de Dios aspiraban á disfrutar la positiva bienandaza. Pero entre esos justos que como tipos de admirable heroismo ofrécenos la religion católica, el que hoy arrebatara nuestras atenciones y nuestros cultos merece un lugar muy preferente por el asombroso carácter de abnegacion, desprendimiento y noble generosidad que en su vida resplandece. El gran Cayetano de Thiene, digno sucesor de los Apóstoles, émulo de las prodigiosas virtudes de aquellos primeros discípulos del Hombre-Dios, representa al vivo el Evangelio puesto en accion, y el cuadro mas acabado de la doctrina de Jesucristo observada hasta en sus mas minuciosas circunstancias. Cual otro David, pudo decir de sí que al entrar en este mundo se consideró en él como un adivenidizo ó peregrino; y por consiguiente, que incapaz de dejarse deslumbrar por ninguno de los objetos que fascinan la imaginacion de las almas vulgares, todos los menospreció con noble heroismo, aspirando únicamente á cumplir en todo tiempo la ley adorable del Señor, en que veia epilogada la verdadera grandeza y reasumidos los tesoros impercederos que enriquecen para siempre el corazon humano: *Incola ego sum in terra... Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore.* ¡Oh ambicion digna de un espíritu elevado y de un alma superior á cuanto en la tierra hay de mas codiciado por los desacordados hijos de Adan! Nada es para Cayetano todo lo que á su vista presenta el universo mas que la obra del Criador, y por lo tanto sobreponiéndose á ello, solo busca á aquel en quien y por quien la creacion entera subsiste. Sin necesitar, como el antiguo padre de los creyentes, de un espreso mandato del Eterno, y únicamente movido por una inspiracion interior, le vereis renunciar á los caros recuerdos de la patria, abandonar el pais que le vió nacer, desprenderse de los lazos de la carne y de la sangre, sacrificar ante las aras de la religion su fortuna, sus comodidades, su porvenir y sus mas bellas ilusiones, por consagrarse libre de toda traba al servicio de su Dios, apoyado solamente en su paternal Providencia, esperándolo todo de su inagotable bondad, aun el sustento con que brinda á la simple avecilla del aire, aun el vestido con que cubre el lirio del campo. Buscar

donde quiera el reino de Dios y su justicia, hed abí el pensamiento culminante de Cayetano; por lo demas, rico con su amor, satisfeció con su gracia, ni siquiera le merecen la menor atencion todas las cosas que por necesidad tiene que proporcionarse el hombre en esta region de destierro. Así que la vida de nuestro héroe puede epilogarse en una sola espresion, diciendo que fué un trasunto fiel de la celestial Providencia, ó la Providencia visible del mundo, «ya bajo el concepto de la ilimitada confianza con que se lanzó en los brazos de Dios depositando en él sus destinos, ya por el celo con que se consagró á fomentar juntamente con la gloria de aquel el bienestar positivo de la humanidad.»

A desenvolver esta doble idea limitaré hoy el elogio de mi héroe. ¡Dichoso yo si lograrse desempeñar satisfactoriamente mi mision, como se lo suplico encarecidamente al cielo por la intercesion de la Santísima Virgen! etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Imposible es penetrar los altos designios que la Providencia de un Dios infinitamente sabio se propone sobre sus criaturas. A cada una de ellas dirige por distintas vias al término de sus destinos: y si dóciles á las inspiraciones de la gracia se lanzan en los amorosos brazos del que las criára para su gloria, indudablemente llegan á conquistar aquella corona de inmortalidad que les está deparada en el cielo. Pocos monumentos ofrece la historia tan brillantes en este género como el que hoy propone á nuestra admiracion el catolicismo. Pronunciar el nombre de Cayetano, es reasumir en una sola palabra las bellezas todas de una religion que lleva por divisa aquella sentencia de su augusto fundador. «Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y todo lo demas se os dará como por añadidura.»

Nacido de la ilustre casa de Tiene, de la cual tantos y tan emin-

tes génios habian salido, contándose entre ellos prelados insignes, sabios doctores, militares afamados, y sobre todo hombres dotados de la mas acendrada piedad que venia siendo hereditaria en aquella familia, Cayetano brotó de aquel robusto tronco cuando el siglo XV tocaba ya á su término, destinado á legar á las generaciones venidera altísimos ejemplos de virtud y perfeccion y hechos mucho mas célebres que los que hasta entonces inmortalizaran la memoria de sus ascendientes. Su virtuosa madre que no conocia otra ambicion en el mundo que la de tener un hijo santo, vió colmados sus deseos en ese fruto de bendicion. Desde que sale á luz manifiéstanse ya en él señales inequívocas del gran porvenir que le está reservado. Nada empero hará que no sea inspirado por el cielo. La mano invisible que dirige la constante marcha de ese astro deslumbrador presidente del dia, será la que imprima el movimiento al nuevo sol de Italia; y desde su oriente hasta su ocaso la voluntad suprema de Dios será el principio y el fin de todas sus acciones.

Impulsada por ella le vereis dedicarse al estudio de las humanas letras y conseguir en este terreno abundantes y bien merecidos laureles, pero sin que en lo mas leve se resientan su innata modestia y su humildad mayor aun que su despejado talento. Ella le conducirá á la insigne universidad de Pádua, en donde buscando á Dios exclusivamente á través de las ciencias que cultiva en todos sus ramos, encuentra no obstante una gloria que está muy distante de ambicionar, y á la que sabe sobreponerse con el mas laudable heroismo. Cuando á consecuencia de sus triunfos literarios vé levantarse en torno suyo una espesa nube de incienso, bastantes á desvanecer á cualquiera que no estuviese tan firmemente arraigado en su propio conocimiento; cuando honrado con la láurea doctoral en ambos derechos, recibe los plácemes y felicitaciones de las primeras notabilidades científicas que se disputan su amistad; cuando su reputacion llega á hacerse proverbial entre sus contemporáneos hasta el punto de ser respetado y considerado como el mas hábil filósofo, el mas profundo teólogo, el mas docto canonista y consumado juriseconsulto, Cayetano, justo despreciador de unos elogios que solo sirven para fomentar el orgullo y enloquecer el corazon, solo piensa en merecer

el dictado de virtuoso y justo: y en su consecuencia, esmérase cada día mas en la práctica de una religion que forma sus positivas delicias, y con su conducta intachable, y con sus edificantes costumbres es el fiscal severo de la disipacion que desgraciadamente reina en aquel pais, donde la disolucion, el escándalo, la impiedad y todo linage de excesos han llegado á hacerse comunes á la sombra de la mas espantosa impunidad.

Por eso la Providencia que vela por el porvenir de aquella alma tan pura y virtuosa, encamina á Cayetano hácia la ciudad eterna donde le tiene preparado un vasto campo para desenvolver en él sus eminentes cualidades. Ved á ese nuevo Abraham emprendiendo su viaje al pais que el cielo le ha designado, ignorante de sus futuros destinos. Ya como el antiguo patriarca, no satisfecho con abandonar la tierra en que deja los mas gratos recuerdos de su infancia, se ha desprendido heróicamente de sus mas cuantiosos bienes, invirtiéndolos en construir y dotar un templo al Señor; y libre de todo compromiso y contento con no poseer otro patrimonio mas que sus confianza ilimitada en la bondad divina, entra en Roma ávido de humillaciones, sediento de desprecios, y deseoso de vivir oscuro é ignorado de todo el mundo para mejor consagrarse al servicio de su Dios. Mas ¡ay! ¡Cuán amargamente ve burlados sus designios; y desconcertadas sus esperanzas! En vez de la oscuridad que apetece, encuentra Cayetano la gloria que huye; en lugar del abatimiento á que aspira, le sale al encuentro la elevacion que rechaza; lejos de hallar el retiro que busca, se ve rodeado de una celebridad que causa su tormento. Aquí el Vaticano le honra con el titulo de protonotario apostólico; allí Julio II le dispensa toda su confianza llamándole á tomar parte en los negocios de mayor gravedad; mas allá los purpurados le eligen por consultor; en todas partes persiguenle los honores y se le prodigan las mayores consideraciones. ¿Y pensais por ventura que ni la lisonja le deslumbre, ni la vanidad le ensoberbeza, ni los titulos le infatuen, como generalmente acontece á los que inesperadamente se ven colocados en la cumbre de la gloria mundanal? No, M. A. O.: lo que en otros hubiera sido un motivo de engrandecimiento, no es para Cayetano sino una ocasion de hacer brillar mas

su eminente virtud. En medio de tantos elementos de disipacion, y entre el ruido de una corte bulliciosa, sus ejemplos edifican, su fervor destierra la indolencia, su conducta irreprochable promueve las buenas costumbres, y la saludable influencia que ejerce en una ciudad cuyas simpatias posee, logra extirpar muchos abusos, contener muchas pasiones, y hacer renacer en el Santuario la gravedad del culto católico.

Todo esto empero, no era mas que débil y oscuro prelude de lo que estaba llamado á hacer Cayetano, siguiendo la direccion de la divina Providencia, pues en aquella época todavia no habia ascendido al Sacerdocio, objeto constante de sus suspiros. Llega entre tanto el dia en que el nuevo Sacerdote recibe la unción sagrada; y entonces comienza una nueva era de virtudes y hechos heróicos, que le hacen resplandecer como un astro de primera magnitud en el cielo estrellado de la Iglesia. Si torna á Vincencia su patria, no es sino para desposeerse hasta del último óbolo que aun le quedara de la herencia paterna, distribuyéndola toda entre los pobres, á quienes se asocia para socorrer sus necesidades, para servirlos en los albergues del dolor, para sacrificarse en su obsequio en los asilos de la mendicidad. Si impulsado por una mano invisible corre á Venecia á donde le llama el Señor, sin que basten á detenerle las súplicas, los ruegos, las lágrimas de sus compatriotas que intentan oponerse á su marcha, allí le vereis transformado en un apóstol celoso, cuya palabra logra reformar visiblemente el aspecto de aquella ciudad corrompida por la inmoralidad y el vicio. Si por segunda vez torna á Roma, llevado en alas de la divina Providencia, como la tierna avecilla colgada del pico de su amorosa madre, es porque el cielo le depara una mision tan difícil y comprometida como abundante en beneficiosos resultados.

Desesperado parecia el estado que á la sazón ofrecia la sociedad. Hasta el Santuario mismo participaba de la corrupcion universal que se introdujera en las costumbres públicas y privadas. Carecia el pueblo del pan de la divina palabra, porque los encargados de distribuírselo, hallábanse sumergidos en la mas lamentable indolencia. Aprovechábanse del injustificado mutismo de los pastores de Israel,

muchos falsos profetas, sembrando errores perniciosos, con los cuales fomentaban la incredulidad harto entrañada en aquel siglo. Menester era un hombre de gran corazón, un espíritu agigantado, un nuevo Elías capaz de acometer la heroica empresa de devolver su primitivo esplendor á la Sion cristiana, arrojando de su seno los incircuncisos, y esterminando los funestos ministros de Baal. Pues bien, á esta empresa fué llamado Cayetano. Poco era haber reunido en torno suyo los principales miembros de la congregacion del *Amor divino*, para trabajar con ellos de consuno en promover las puras virtudes del Evangelio sobre las ruinas del libertinage y del vicio. El nuevo Macabeo busca en todas direcciones hombres capaces de compartir con él los trabajos y peligros de una lucha honrosa; diríjese á cuantos conservan en su pecho alguna chispa del sagrado fuego de la fé y del celo por las glorias de la Iglesia de Jesucristo; habla á Pedro de Carrafa, obispo de Teati, poco despues pontífice bajo el nombre de Paulo IV, á Pablo Consigliere de la ilustre casa de Ghisleri, á Bonifacio de Cola, gentil-hombre Milanés; descúbreles el grandioso pensamiento que medita, propóneles el plan de fundar una congregacion de sacerdotes cuya vida tenga por norma la de los primeros apóstoles, despojándose de todo lo terreno, hasta de la facultad de proporcionarse el necesario sustento, entregándose totalmente al cuidado de la divina Providencia, reduciéndose á una pobreza mas extrema que la mendicidad misma, para de este modo libres de todo lazo consagrarse á fomentar donde quiera la gloria de Dios y la salvacion de los hombres; y hecho esto, les dice: «Si hay alguno entre vosotros que se sienta con valor suficiente para acometer este proyecto, sígame, yo marcharé delante, y antes que retroceder inojaré gustoso mi existencia.»

No es menester mas: las palabras de Cayetano encuentran eco en aquellos tres corazones tan identificados en sentimientos. No les arredra tan sublime sacrificio; no les desalientan las dificultades que ofrece la ejecucion de un designio tan sobre humano. Gozosos se asocian al ilustre caudillo y se preparan á combatir con un siglo, en el cual la sed de goces materiales y la ambicion del oro y de los honores, son los únicos ídolos á quien inciensan las clases todas de la sociedad.

Hedlos en presencia de Clemente VII, solicitando la licencia de la silla apostólica para poner en ejecucion tan sublime idea. ¿Qué importa que en un principio todo conspire á contrariar los generosos deseos de Cayetano, surgiendo dificultades al parecer insuperables, ódios inmotivados, amargas sospechas y violentas persecuciones? ¿Acaso todas las grandes empresas no han tenido émulos poderosos, rivales decididos, enemigos apasionados que han pretendido hacerlas abortar á todo trance? ¿Podia dejar de suceder lo mismo, tratándose de un proyecto que envolvia la condenacion espresa y el mas visible anatema de un siglo dominado por tantos elementos de corrupcion é infamia? ¿Veria este impasible levantarse contra él unos hombres tanto mas á propósito para desconcertar y destruir las ideas dominantes, cuanto que lejos de aspirar á sacar el menor partido temporal de su celo, renunciaban voluntariamente hasta la menor afeccion á los bienes perecederos de la tierra? Por eso triunfa á despecho de todo la obra de Cayetano: y si bien por algun tiempo el sucesor de Pedro vacila, duda, y no se atreve á autorizar una resolucion que por lo extraordinaria y nunca vista parece irrealizable, al fin movido por un superior impulso la sanciona expidiendo el decreto de aprobacion del nuevo instituto, en 24 de Junio de 1524. ¡Oh dia feliz! Tú colmaste las esperanzas de ese gran génio, tú le colocaste en el lleno de su dicha, tú le abriste una nueva carrera en la que iba á entrar con indefinible entusiasmo, para demostrar al mundo que si hasta entonces arrojándose en los brazos de Dios, y depositando en él sus destinos habia seguido en un todo las inspiraciones de la celestial Providencia, en lo sucesivo iba á ser la Providencia visible de su siglo, consagrándose con celo heróico á fomentar en él juntamente con el esplendor de la iglesia el positivo bienestar de la sociedad: *Incola ego sum in terra... Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore.*

Para levantar y consolidar el grandioso edificio que meditaba nuestro héroe, debia naturalmente comenzar por el cimiento, y como este en todo plan de importancia lo constituye la religion, el primer pensamiento del nuevo Esdras se dirige á restaurar las ruinas del santuario, para despues sobre sólidos fundamentos construir el au-

gusto templo de las virtudes cristianas y sociales que debian coronar aquel grandioso monumento. ¡Cuán amargo es para él contemplar el pálido y desfigurado semblante de la mística esposa del cordero! Todo en torno suyo presentaba el espectáculo mas desgarrador. Desiertos los templos, olvidadas las santas solemnidades, profanado el culto, solitaria la cátedra de la verdad, sumergidos en ociosa indolencia los descendientes de Leví, mudos los pastores de Israel, dispersas y errantes las ovejas á merced de lobos hambrientos, entregados á las infames orgias de Babilonia los custodios del Arca Santa, mezclados con el vulgo venal y codicioso los intérpretes de la ley: tal era el estado de la Iglesia en aquellos dias de tristes recuerdos.

No podia Cayetano permanecer impassible ante un desquiciamiento tan universal, y en su consecuencia ardiendo en santo celo, propónese dar principio á su obra, haciendo renacer la santidad del sacerdocio, estirpando los malos hábitos introducidos en él á merced de una relajacion profunda, desenterrando la magnificencia exterior de un culto que tan eficazmente influye en la interior renovacion del hombre degradado por las pasiones, planteando cada dia nuevos proyectos de reforma, y trabajando con infatigable perseverancia en crear multiplicados gérmenes de virtud, allí donde tan espantosamente cundiera la mala semilla del vicio. Al efecto, ni de dia ni de noche descansa aquel intrépido Neemias, acudiendo á todo con la cooperacion de sus hijos; y ya en el púlpito, ya en el confesonario, ahora catequizando al rudo, despues exhortando al sabio, unas veces ganándose el afecto del rico, otras asociándose al pobre, á todos se propone conquistar para Jesucristo, única gloria á que anhela, única recompensa á que aspira en premio de tantos desvelos y sacrificios. Cierto que el Señor remuneró en parte sus trabajos, haciéndole recoger abundantes y sazonados frutos. Los ministros del santuario abandonando su apatia, únense á Cayetano para verter con él sus sudores en el campo del gran padre de familias; las solemnidades cristianas recobran su antiguo brillo; los divinos oficios celébranse con una pompa nunca vista; los templos se encuentran á todas horas concurridos; la piedad se acrecienta de dia en dia en todas las

clases sociales; el indiferente concluye por seguir el general movimiento y se hace religioso; el incrédulo no puede resistir á la influencia de la verdad, que tan bella y respetable se muestra en unos hombres que, sin cuidar siquiera de su propia subsistencia, solo se ocupan de proporcionar á un pueblo hambriento el alimento espiritual de la palabra divina; y nobles y plebeyos, potentados y pordioseros, sabios é iliteratos, escuchan con respeto, obedecen con docilidad, y veneran con entusiasmo al génio regenerador de la Italia.

¿Qué importa haya hombres obstinados que viendo acrecentarse considerablemente el instituto fundado por Cayetano, se propongan desacreditarle y arruinarle por todos los medios posibles? ¿Acaso serán suficientes á conseguirlo las preocupaciones envejecidas, las rivalidades sangrientas, las envenenadas delaciones, las encarnizadas antipatías, y los furibundos gritos que por doquiera se levantan contra el virtuoso fundador y su naciente obra? No: que Dios vela por esa grey humilde, y se propone sacarla á salvo de los peligros que amenazan su existencia. Podrá en buen hora fluctuar la fragil navecilla azotada por los furiosos embates del embravecido mar de las pasiones; podrá titubear al empuje violento de tantas oleadas que sobre ella caen á manera de enormes montañas; podrá verse á peligro de zozobrar entre los mil escollos que la presentan los que en su sistemático ódio acusan de novedad perniciosa un tenor de vida que tan directamente se opone á las aspiraciones de un siglo egoísta, codicioso, sensual y libertino; pero no por eso padecerá naufragio, porque la Providencia dirige su rumbo, y á despecho de todo el infierno llegará al puerto apetecido. Quizás creereis su ruina inevitable al contemplar invadida Roma por las huestes de un nuevo Lisias, allanada la casa de Cayetano, maltratados con inhumanidad sus hijos, colocado él entre dos enormes tablones donde le estrujan á manera de las uvas en el lagar, hasta dejarle descoyuntado y casi exánime; pero tampoco esta nueva persecucion tendrá mejor éxito que la primera. Reservado milagrosamente por Dios para mayores empresas de su servicio, sobrevivirá Cayetano á tan crueles y desapiadados tormentos, sufrirá heroicamente los dolores

de una dura prision; devorará los insultos y vejaciones de una soldadesca insolente; y si en Roma se le cierran las puertas para que no pueda ejercer allí su mision regeneradora, saldrá de aquella ciudad con sus compañeros, se dirigirá al puerto de Ostia, y allí se embarcará para ir á llevar á otras partes cual ángel del nuevo testamento los beneficios de su sagrado instituto.

No seré yo quien intente seguir los pasos de ese evangelizador de la paz. Cuente los triunfos de su caridad Venecia, que le vió sacrificarse con heroica magnanimidad por servir á los apestados en una epidemia horrorosa, constituyéndose en el asilo del dolor, viviendo al lado del lecho del enfermo, corriendo de un lado á otro á prodigar consuelos y esperanzas á las tristes víctimas de tan terrible azote, implorando en favor de los menesterosos la compasion del rico, haciéndose el eco de todas las necesidades, multiplicando sus servicios en proporcion que se aumentaba el desaliento y el egoismo universal, y bastando él solo á cubrir tantas y tan perentorias atenciones en momentos de la mas cruel agitacion y de la mas extrema miseria, sin poseer nada ni contar con otros recursos que su gran confianza en la Providencia divina de quien era el fiel representante. Refiera las victorias de su celo Verona, donde logró extinguir tantos ódios, calmar tantas discordias, crear la mas bella paz, unir con estrechos vínculos el sacerdocio y el pueblo lastimosamente divididos, evocar sentimientos de piedad, restablecer el culto divino completamente olvidado, hacer triunfar la religion objeto de la mas funesta indiferencia, y erigir un templo á la virtud sobre los escombros que venia hacinando la desmoralizacion y el vicio. Cante Nápoles los prodigios de su apostólico celo, á cuyo impulso vió caer el coloso del error, sostenido por los hereges Valdés, Martir y Ochín, que de las orillas del Támesis importáran allí los sofismas de su secta, predicando el luteranismo, atacando los dogmas inconcusos de la Iglesia católica y abriendo hondas heridas en el corazon de aquellos crédulos habitantes. Do quiera será para Cayetano una corona de inmarcesible verdor, un monumento de gloria imperecedera haber descubierto los amaños de aquellos insensatos predicantes, arrancado el antifáz hipócrita con que pretendieran ocultar sus envenenados errores, conser-

vado intacto el sagrado depósito de la fé ortodoxa, y hecho huir avergonzados á los miserables emisarios del proselitismo británico. ¿Y quién pudiera referir tampoco todas las virtudes que ejerció en su vida, los prodigios que obró, los favores que le dispensó el cielo, los dones con que fué enriquecido, los maravillosos éxtasis que experimentó, las visiones celestiales que tuvo, las curaciones portentosas que hizo, las gracias, en fin, con que plugo á la Providencia recompensarle en premio de sus fatigas, trabajos, caridad universal, celo incansable, desprendimiento heróico, y total abandono á la voluntad suprema de su Dios? ¡Ah! Cuando todo en torno de Cayetano haya enmudecido, cuando ni una sola voz se levante para celebrar sus grandezas, cuando el egoismo ó la impiedad intenten arrebatarle la preciosa diadema que le conquistó su cristiano heroismo, aun quedará un monumento bastante á formar su mas cumplido panegírico. Los que recuerden que él fué el fundador de ese instituto denominado de clérigos reglares Teatinos, llevado á cabo con tanta constancia en medio de la mas cruda oposicion y de las contradicciones mas terribles, y propagado considerablemente en Italia, Nápoles, Francia, España y casi todos los paises de Europa, no podrán menos de bendecir su memoria y ensalzar su nombre; no solamente porque bajo el punto de vista de su sublime abnegacion representó al vivo el tipo mas perfecto del héroe que funda en la Providencia el éxito de sus destinos, sino tambien por cuanto con su ardiente celo é importantes servicios representó la idea de esa misma Providencia en sus relaciones con la iglesia y con la humanidad; que es lo que me propuse probar.

¡Dichoso yo si lograrse inspiraros, M. A. O., los sentimientos de Cayetano, y veros á todos sumisos á los decretos providenciales de ese Dios que desde la cumbre del cielo vela solícito por nuestro porvenir! Arrojámonos todos en sus brazos paternos; esperemos de él únicamente cuanto hemos menester para atravesar este desierto y llegar al término de nuestra peregrinacion. Jamás desconfiemos del que no olvida á la simple avecilla del aire, y viste á la liviana flor del campo, y prepara á la hormiga el sustento. Busquemos ante todo el reino de Dios, aspiremos á servirle y agradarle á imitacion

de nuestro santo, menospreciemos noblemente todo cuanto pueda impedirnos elevar nuestro vuelo hácia lo eterno é infinito; y no dudemos que de esta suerte, nuestro presente será en cuanto cabe feliz y dichoso, y nuestro porvenir la bienandanza perdurable que Dios reserva á los justos en el seno de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SANTA FILOMENA, VIRGEN Y MARTIR.

Eo quod castitatem amaveris... ideo et manus Domini confortavit te, erisque benedicta in æternum.

Porque amaste la castidad, la mano del Señor te ha confortado, y serás bendecida eternamente.

JUDITH. XV. 11.

LA iniquidad se mintió á sí misma. El siglo racionalista por escelerencia ha visto confundidos sus planes impios. El catolicismo ha triunfado sobre la tumba de una vírgen. Las huestes del error han huido en desórden á ocultar su vergonzosa derrota en sus antros tenebrosos. La iglesia verdadera de Jesucristo respondiendo al eco de los celestiales coros, entona himnos de prez y de victoria á la nueva Judit de los tiempos modernos. Todo es júbilo, alegría y entusiasmo en la militante Jerusalem; y por todas partes óyense resonar las voces del niño y del anciano, de la doncella y de la viuda, del sacerdote y del Levita, que repiten sin cesar el cántico de la antigua Bethulia: «Por » que amaste la castidad, la mano del Señor te ha confortado, y se- » rás bendecida eternamente.» *Eo quod castitatem amaveris, ideo et manus Domini confortavit te, erisque benedicta in æternum.*

¿No son estos los acentos de vuestros lábios en este dia aniversario de las glorias de la simpática y amable vírgen Filomena? ¿No es á ella á quien consagrais estos homenajes de un culto el mas tierno y entusiasta? ¿No es su altar el que á competencia adornais con el gusto mas esquisito, agotando en su embellecimiento todos los recursos del arte inspirado por la mas sincera piedad? ¿No es...? ¿Mas á qué preguntar lo que tan visiblemente estais demostrando? ¡Ah! Tam-

bien yo participo de vuestros mismos sentimientos; tambien yo siento latir mi corazon de gozo indefinible ante ese grandioso objeto de vuestra religiosa ternura; tambien me cabe una parte no escasa en ese éxtasis de amor que os arrebató, al pronunciar un nombre al que están ligados tan bellos recuerdos y acontecimientos tan beneficiosos.

Y cierto, no necesitáis justificar ante el mundo esos arranques de fervoroso entusiasmo que casi raya en delirio al celebrar las magnificencias de Filomena. Harto justificado está ya con los hechos que ha presenciado nuestro siglo, hechos que nunca logrará oscurecer, por mas que en su nécio orgullo pretenda mover los gastados resortes de una ciencia caduca y desacreditada aun por sus mismos autores, para traducir por fanatismo despreciable lo que consagra la fé y la razon misma sanciona. ¿Ha olvidado por ventura los sucesos providenciales verificados sobre el sepulcro de esa ilustre heroína? ¿Ha borrado de su memoria la maravillosa invencion de sus preciosos restos mortales? ¿Ha podido rasgar de la historia la brillante página en que están escritos los triunfos morales, las grandiosas conquistas que la fé reportó por la influencia mágica de esa moderna taumaturga, desde el momento en que plugo al cielo descubrir ese tesoro que yacia oculto en las entrañas de la tierra? ¿Se ha desentendido tan presto de la feliz revolucion operada en las creencias de muchos pueblos á vista de los huesos descarnados de esa mártir ilustre, reservada en los eternos designios de la divina sabiduría para dar un nuevo impulso á las ideas del siglo mas cínico y audaz, para desterrar no pocas preocupaciones hondamente encarnadas en la generacion presente, y para ejercer una accion altamente civilizadora en el porvenir y en los destinos del mundo católico? ¿Qué significa, sino, ese entusiasmo universal con que ha sido aceptado su culto en todos los paises, fomentándose con una celeridad eléctrica hasta en los mas remotos confines del globo? ¿Cómo explicar esa tierna piedad con que en las insalubres islas de la Oceania y en los eternos bosques de América, lo mismo que en el corazon de la Europa, se la levantan altares á porfia, se la consagran templos, se la honra y venera con demostraciones de singular devocion, y su nombre poco há desco-

nocido se generaliza en términos que llega á hacerse como de moda, permítaseme esta espresion, en el candoroso y bello sexo? Algo hay de grande y sobrehumano en las sagradas cenizas de una virgen que así pone en movimiento á tantos pueblos y naciones. Algo de misterioso y fenomenal debe encerrar la aparicion de unos restos que al salir del fondo de las catacumbas despues de quince siglos del mas profundo olvido, hablan un lenguaje tan elocuente que ponen en alarma á la incredulidad, despiertan los celos de la hidra de cien cabezas, llaman vivamente la atencion del mundo religioso, reaniman el sagrado fuego de la fé, dan un nuevo temple á las creencias, promueven las buenas costumbres, y obran una modificacion sorprendente en todas las clases de la sociedad. ¿Y qué será esto? ¡Ah! Es que el cielo para recompensar el heroismo de su virginidad y de su varonil fortaleza en morir por el sostenimiento de la verdad católica, ha querido darla al mundo en espectáculo de una doble gloria, «haciéndola á la vez el instrumento de sus designios providenciales para anonadar la impiedad de los tiempos modernos, y un monumento eterno de las magnificencias de la religion cuya divinidad ha evidenciado multiplicando sobre su tumba los mas estupendos prodigios.» Ambas cosas forman la inmarcesible diadema que adorna las sienes de Filomena, y motivan ese eco universal de alabanza y bendicion perpétua que viene inmortalizando el nombre de la insigne taumaturga del siglo XIX: *Eo quod castitatem amaveris, ideo et manus Domini confortavit te, erisque benedicta in aeternum.* Teneis ya manifestada mi idea; ayudadme á implorar los celestiales auxilios para su digno desarrollo, etc.

AVE MARIA.

PRIMERA REFLEXION.

Como la corriente de un rio que desbordando furioso á consecuencia de las abundantes lluvias del invierno, se estiende por la llanura y arrastra tras si mieses, edificios, ganados, hombres, y todo cuan-

to encuentra á su paso, no de otro modo la impiedad creciente, é hinchada con los mil y mil errores que en el siglo XVIII reuniéranse en el seno de la Europa para combatir la verdad católica, se presentaba á principios del siglo actual orgullosa, triunfante y en actitud amenazadora, llevando en pos de sí un numeroso séquito de sofistas, filósofos y falsos sabios, que con sus disolventes doctrinas iban minando el edificio religioso, próximo ya á una ruina inevitable, si sobre las robustas murallas del alcázar santo no hubiese velado el custodio del nuevo Israel. Jamás el mundo presenciara un espectáculo tan repugnante y estremecedor. Nunca el catolicismo recibiera tantas y tan hondas heridas. Nada había, por sagrado y respetable que fuera, que el envenenado aliento del áspid de la incredulidad no amancillase. Dios no era mas que una palabra sin sentido importada por el fanatismo de las edades precedentes; la Providencia no simbolizaba otra cosa mas que la idea de una fatalidad cruel; Jesucristo, merecía cuando mas los honores de un gran sabio, en cuanto su divinidad solo podían aceptarla los espíritus preocupados é ignorantes; llamábanse ensueños sus dogmas, fábulas sus milagros, invenciones humanas sus sacramentos... ¿A dónde voy? Resístese mi lengua á reproducir tanta aberracion, tanta blasfemia, tantos y tan asquerosos bostezos del infierno, que con mengua y vergüenza de la civilizacion europea, apadrinó y repitió por cien bocas el siglo de las luces, el siglo de la inteligencia, el siglo de los grandes ingenios. Marcha, oh siglo audaz, vomitando por do quiera veneno de áspides y hiel de escorpiones; adelanta en tu carrera armado de la hacha de la devastacion arruinando templos, demoliendo altares, arrojando por el suelo los venerandos objetos del culto católico, y hacinando escombros para levantar sobre ellos el ídolo de la razon, nueva y única deidad á quien ofreces tus incienso. Nada te detenga en tus planes destructores; no perdones al virtuoso sacerdote, ensangrienta tu espada en el inofensivo cenobita, lleva hasta el asilo de la virginidad la tea incendiaria, invade el trono del sucesor de Pedro, haz rodar por el polvo su vetusta silla, huella la tiara que sobre sus sienes colocó Jesucristo, crujan ante tus huestes los cimientos del Vaticano, profana con tu inmunda planta los sepulcros de los mártires.... Mas ¿qué es lo que

sucede? ¿Cómo no osas pasar adelante? ¿por qué tus piés vacilan, y tiembla tu mano, y palidece tu semblante, en presencia de los despojos de la muerte? ¿Tanta impresion te causa una tumba que ante ella experimentas horribles convulsiones? ¡Estraño fenómeno! El siglo que poco há insultaba arrogante al cielo, y se reía desdeñoso de lo pasado, y lanzaba sangrientas burlas á lo presente, y creía suyo el porvenir, súbitamente se encuentra abatido, desconcertado, vencido por un poco de polvo que surge del fondo de las catacumbas! Descubridnos, Señor, los ocultos designios de vuestra sabiduría y de vuestro poder. Sepa el cristianismo á quién debe decretar los laureles de tan ilustre victoria.

¿A quién? A una niña, á una vírgen tierna y pudorosa, á una ilustre heroína del siglo III, cuyo nombre era ignorado, cuya memoria por espacio de mil quinientos años yaciera sepultada en el olvido. A ella plugo al Señor elegir por instrumento de sus amorosos decretos para anonadar y confundir la impiedad moderna, al modo que en tiempos antiguos escogiera á la esforzada Judith para avasallar la prepotencia orgullosa de los Olofernes enemigos del pueblo de Dios. Reproduzcamos brevemente los recuerdos que acerca de ella nos ha trasmitido una tradicion respetable, para despues deducir las consecuencias que cumplen á nuestro propósito. En la bella y poética Grecia viera la luz á fines del siglo II, esa peregrina flor destinada por el cielo para vivir breves dias sobre la tierra, si bien dejando tras sí el suave aroma de una virtud y de una fortaleza sobre humanas. Bien así como la rosa de los jardines de Jericó, al abrir su delicado cáliz, vióse rodeada de las espinas punzadoras del error; pero estas no tocaron sus hojas de carmin. Llamada á ceñir una aureola de eterno verdor que en las cumbres del Empireo tejianla los ángeles, la augusta niña descendiente de reyes y heredera de tronos, emuló en pureza á aquellas sublimes inteligencias. Escogida para triunfar un dia de la impiedad pagana, inaugura sus victorias con la conversion de los autores de su ser á la religion del Crucificado. Entre tanto el altar estaba dispuesto para inmolar tempranamente esa inocente victima. El Dios de las vírgenes prendárase de su candor, hallábase enamorado de su beldad, queria verificar con ella las eter-

nas odas del Cordero, y la llama en su tierna edad al celeste tálamo. Roma era el lugar destinado al sacrificio: allá vuela esa cándida paloma á la edad de trece años, bien ignorante del porvenir que la esperaba. Un monarca terreno atrévese á disputar al rey inmortal de los siglos la posesion de aquella hermosura. El emperador Diocleciano solicita la mano de la agraciada doncella, poniendo á sus pies un trono brillante, un poder que abarca el Oriente y el Occidente, gloria, amor, felicidad... En vano. La noble griega rehusa unas promesas que no puede aceptar sin ser infiel al esposo que ha elegido ya hace dos años; ese esposo es Jesus, salvador de la humanidad. A él pertenece en virtud de una promesa irrevocable; suya es su alma, suyo su cuerpo, suyos sus pensamientos, suyas sus aspiraciones, suya su virginidad. Bien podrá Diocleciano poner en juego todos los resortes de la seduccion para vencer aquel corazon tierno; contra él se estrellarán sus impotentes dardos. Bien podrán los padres de la casta doncella, gemir, llorar, suplicar, arrojarle á sus pies y conjurarla por cuanto hay de mas caro que no colme de amargura los dias de su existencia, esponiéndose á las iras de un hombre poderoso y temible. ¡Ah! Quizás la ternura paternal y las lágrimas de una madre afligida tendrán un tanto indecisa el alma de la heroica vírgen; tal vez la voz del cariño, uniéndose á las emociones de un corazon impresionable, la harán titubear en su resolucion. ¡Qué digo! No: ella pagará tributo á la débil naturaleza mezclando su llanto con el de los autores de su ser; como el jazmin balanceado por el huracan doblega su tallo é inclina hasta el suelo sus hojas, para despues pasada la tormenta mostrarsé de nuevo erguido y lleno de lozanía, tambien nuestra heroina desfallecerá, se desmayará, perderá el sentido á impulso de una lucha tan cruel; empero tan luego como se reponga de su primer estupor, la vereis levantarse intrépida, dirigirse á sus padres, y decirles: «¡Cómo! ¿Quereis que trueque por la mano de un hombre la mano de un Dios? ¿Quereis que renuncie á un tálamo eterno por un tálamo temporal? ¿Os atreveis á exigir de mí que sea infiel á Jesucristo por no perder la gracia del emperador? Nunca: Dios y mi virginidad que le he consagrado, son antes que todo, antes que vos, antes que mi patria; mi patria es el cielo.»

Ello es hecho: la resolución de la virgen cristiana es inquebrantable. Desde luego puede Diocleciano preparar su plan de ataque, y aprestarse para una lucha en la que ha dispuesto hacer brillar las magnificencias de la fé católica en un sexo delicado, en una edad tierna, aquel Dios que de los labios de la infancia hace brotar sus alabanzas para destruir los proyectos de la impiedad enemiga de la Cruz, y vengar su gloria ultrajada por los insultantes sarcasmos del libertinage. Pero, ¿qué podrá hacer el tirano para triunfar de esa magnánima niña? ¿La prometerá el dominio del mundo? ¿Se propondrá deslumbrarla con la brillante perspectiva de un sôlio del que son tributarias casi todas las naciones de la tierra? ¿Mostrará á sus ojos magníficos palacios, doradas coronas, carrozas esmaltadas de perlas, mantos de púrpura, y cuantos tesoros puede allegar la régia magnificencia de la córte Romana? Inútilmente: todo lo desprecia quien no aspira mas que á reinar con Dios y ha fijado en el cielo su trono. ¿Tratará de intimidarla con el estremeedor aparato de horribles cárceles, de pesadas cadenas, de repugnantes verdugos, de hambre, de la sed, de la agonía, de la muerte, y de todo linage de tormentos? En vano; para quien únicamente desea ceñir en el cielo la diadema de la virginidad, el martirio no es mas que un placer, los sufrimientos delicias indefinibles, la muerte un tránsito á la eternidad.

¡Oh espectáculo digno de las miradas de los ángeles! Un monarca á quien obedecen millares de pueblos, ante quien se arrastran aherrojados cien reyes, á cuya voz tiemblan ejércitos de esclavos, cuyo sôtuple mandato basta á convertir en ruinas una gran parte del globo, pide la mano de una tierna virgen, se humilla en su presencia, insta, urge, reclama, solicita, ruega; y ella, tierna flor que apenas empieza á vivir, paloma tímida apenas salida del nido paterno, mas grande que el imperio con que la brinda, mas alta que el trono á que quiere elevarla, mas fuerte que los tormentos con que la amenaza, superior á su orgullosa arrogancia, inquebrantable ante su despótica tiranía, niégase á aceptarle por esposo, y antes que recibir de sus manos el cetro del orbe manchado con sangre cristiana, ofrece generosa la suya propia en holocausto, lánzase impertérrita á la muerte, y corre

á buscar en el martirio la palma de las vírgenes y el cetro de los héroes que combaten por la fé. ¡Religion divina! ¡Qué bella te ostentas en esa lucha entre la inocencia y la impiedad, entre la debilidad y el poder! ¡Cuán grande me pareces destrozando á los gigantes del error, por medio de los pequeñuelos á quienes te dignas revelar tus secretos, y comunicar tu invencible fortaleza! Ven, siglo cínico é insultante, siglo incrédulo y réprobo, ven á presenciar la victoria de la verdad católica sobre las supersticiones gentílicas. Contempla cuál triunfa esa virgen denodada de todos los ardides de la seducción y de los horrores de la tiranía romana. Mirala superior á las cadenas que aprisionan sus delicados miembros, inmóvil ante las flechas que atraviesan su pecho, alegre y risueña en medio de los azotes que desgarran sus carnes virginales, magnánima en presencia de las ondas del Tiber prontas á sepultarla en sus senos, impertérrita á vista de la reluciente espada del verdugo. ¿Creías por ventura que su valor, producto de un momento de delirio, cedería en la hora suprema del combate? Te engañaste. Aun cuando en aquellos instantes tan críticos se vea acometida de nuevo por la ternura paternal, y hieran sus oídos los gritos de una madre desconsolada, y presencie las mortales angustias de la que la llevó en su seno, la fé se sobrepondrá en ella á la naturaleza; la voz de la religion acallará el grito de la sangre; la ilustre virgen consumará su carrera; el acero separará de su tronco aquella cabeza adornada con la doble aureola de la virginidad y del martirio; el error quedará vencido; y la verdad rica con los despojos de tan glorioso combate irá á depositarlos ante el trono del rey de las vírgenes.

No es empero este el único triunfo de la heroína cuyos cultos celebramos en este día. Otro mayor aun teniale reservada la Providencia en sus inescrutables designios. Quince siglos debian pasar por cima de ella antes de dar á conocer al mundo su nombre, al que estaban vinculados los mas brillantes destinos. En el fondo de un subterráneo yacian olvidados sus mortales restos, cuando al comenzar el siglo presente, la impiedad filosófica á manera de espantosa inundacion invadia el ameno campo de la iglesia, llevando por do quiera el estrago, la devastacion y las ruinas. Vomitando blasfemias, lan-

zando sangrientos sarcasmos, burlándose de cuanto venian respetando las generaciones, embriagada con la sangre de los santos, henchida de soberbia y respirando furor, discurría por la Europa dejando impresa á su paso la funesta huella de su dominacion, cuando fué á tropezar contra una tumba. Allí pluguiera al cielo se quebrantasen las hinchadas olas del océano del error; allí habia fijado la omnipotente diestra los limites de la incredulidad triunfante; allí debian quedar humilladas las huestes del nuevo Asirio que marchaba contra la ciudad santa; allí en fin, estaba la nueva Judith destinada á cubrir de gloria á la Jerusalem militante, y á ser el gozo, la honra, el orgullo, y la vengadora del pueblo escogido. En una de las escavaciones practicadas en el cementerio de Priscila, preséntase á la vista un antiguo sepulcro; ciertos signos misteriosos grabados sobre la losa cineraria llama vivamente la atencion de los circunstantes. Examínanse detenidamente, y se vé una áncora..... una flecha..... una palma... un látigo... dos flechas mas... una azucena..... La curiosidad crece, auméntase la impaciencia por saber á quién aluden aquellos símbolos de la virginidad y del martirio. Unos caracteres todavia legibles á pesar de la huella impresa por el tiempo, descubren el misterio..... FILOMENA, LA PAZ SEA CONTIGO. Abrese el sepulcro, y aparecen los restos de una virgen y cabe ellos un vaso que contiene sangre desecada. Un olor suavísimo como el que se aspira en los bellos jardines de Engaddi, esparce por doquiera el mas grato perfume; las partículas de sangre reunidas en una urna de cristal, se trasforman en otros tantos globulillos de un matiz variado; aseméjense los unos al oro mas bruñido, los otros á la plata; estos brillan como el diamante, aquellos como el rubí; cuáles parecen esmeraldas, cuáles piedras de inestimable valor, y todos á la vez presentan la bella perspectiva del iris, destacándose sobre un fondo azul celeste. Entonces la tumba de Filomena se convierte en un trono donde recibe los homenajes de la piedad mas sincera y entusiasta. La que con valor heróico despreciára un dia el sólio de los Césares por permanecer firme en la fé prometida á su divino esposo, se mira colmada de gloria en aquella misma ciudad, testigo de su heroismo, y ve levantarse altares erigidos para eternizar sus victo-

rias allí donde solo quedan las ruinas mutiladas del imperio vencedor del orbe. El siglo que en su loco furor quiso renovar contra el catolicismo el ódio antiguo de los tiranos que sacrificaron á la ilustre doncella ante las aras de la supersticion, vé brotar de su tumba una fuente de vida que convirtiéndose en caudaloso rio fertiliza la Sion santa, haciendo surgir por doquiera frutos copiosísimos de fé y de buenas obras. Una súbita y feliz revolucion opérase ante la tumba de aquella vírgen mártir, cuyo nombre ha pasado desapercibido á través de tantas generaciones. Un movimiento espontáneo, un impulso prodigioso hácia aquellas creencias que venian siendo objetos de befa y de escarnio, se nota visiblemente en todas las clases sociales. Todas á porfia se apresuran á pagar un justo tributo de admiracion y respeto á aquella religion cuyo epitafio preparaba la impiedad, en vista de los portentos que el cielo multiplica sobre el sepulcro de LA GRAN SANTA, como la apellidó el sumo pontífice Leon XII de gloriosa memoria, haciéndola á la vez que el instrumento de sus designios providenciales para anonadar y confundir la incredulidad de los tiempos modernos, un monumento eterno de las magnificencias del catolicismo y de su incontestable divinidad. Voy á concluir de demostrarlo en mi

SEGUNDA REFLEXION.

El siglo impío por escelerancia no se contentó con reproducir en el seno en la culta Europa el horrible bostezo del ateismo, gritando sobre un monton de escombros que vió caer bajo su hacha devastadora: «No hay Dios. La razon es la única divinidad del mundo y su templo es el universo,» sino que llevando hasta el mas inconcebible exceso su repugnante osadía, negó la inmortalidad del alma, hizo del hombre un autómatas, proclamó el reinado de la materia, y dijo: «la tumba es el limite de la humanidad; el polvo es su porvenir, mas allá nada existe.» Mentiste, siglo arrogante y temerario, mentiste; mas allá del sepulcro está la eternidad, y en la eternidad ese Dios á quien insultas, cuyo poder se complace en glorificar al hijo del polvo que le

servió y amó constante, y en anonadar al que blasfemo le negó disputándole su soberanía. Ven, acércate á la urna cineraria que encierra los mortales restos de Filomena, y verás si es indigno de la Providencia ocuparse de sus criaturas en la tierra; verás si puede obrar prodigios en favor de los que ya no existen; verás si puede publicar en el sepulcro los triunfos de la verdad y su justicia en las regiones del olvido.

En efecto, católicos, no bien acaba de verificarse la portentosa y providencial aparición de la ilustre Virgen-Mártir, cuando por doquiera sus sagrados restos publican por cien bocas la divinidad de la religion católica. A su presencia los ciegos ven, los mudos hablan, andan los tullidos, resucitan los muertos, las dolencias de todo género desaparecen. En su traslacion á la villa de Magnano en el reino de Nápoles, la urna depositaria de aquel sagrado tesoro va derramando el consuelo, la salud y la vida por todos los lugares de su tránsito, bien diferente de aquella otra arca que en tiempos de David sembraba la muerte y la desolacion en el campo de los Betsamitas. ¡Qué triunfo tan universal! ¡Qué ovacion tan completa reciben las sagradas reliquias de Filomena! En pos de ellas corren presurosos los pueblos circunvecinos y todos celebran con voz unánime las grandezas de aquel Dios que tanto se complace en mostrar en ella su gloria y su poder. ¿Quién es esa, se dicen, tan amada del cielo puesto que en su obsequio parece haber agotado todas las riquezas de su liberalidad? Aquí se ve sanar repentinamente una señora que á través de doce años viene padeciendo una enfermedad crónica é incurable; allí otra que con el simple contacto de una reliquia de la Santa Virgen queda instantáneamente libre de una llaga cancerosa; mas allá una madre que corre entusiasmada á ofrecerla el fruto de su casto amor, arrebatado de las garras de la sañuda parca con sola la invocacion de su nombre; en otra parte una noble matrona que salta del lecho do yacia postrada largo tiempo sin mas que haber solicitado su intercesion ante una imágen. ¿Pero qué intento? ¿Puede un breve discurso abrazar la enumeracion circunstanciada de los prodigios obrados por la insigne taumaturga del siglo XIX? No, católicos, vosotros los sabeis y vuestra piedad no necesita que yo los reproduzca. Si es

que una generacion bastardeada con las doctrinas del rancio filosofismo no se satisface, y quiere todavia mas testimonios de la prodigiosa influencia de Filomena en los destinos de la humanidad desgraciada, ojee su historia, desentrañe las pájinas que atesoran las magnificencias de su nombre, búsquela por todas partes donde se ha extendido su culto: y donde quiera la hallará enjugando las lágrimas del infortunio, consolando la amargura de la adversidad, aliviando la suerte del indigente, calmádo los dolores del enfermo, persiguiendo á la muerte, ahuyentando la necesidad, triunfando de todos los males, y siendo el génio protector de todos los desvalidos. En la cabaña del pobre pastor, en el albergue de la viuda desconsolada, en el asilo de la horfandad sin recursos, cabe el lecho de la angustiada parturienta, al lado del leñador desorientado, en la cuna del infante que espira, en el patíbulo del criminal próximo á espíar sus extravíos, junto al rústico que riega con su sudor un terreno ingrato, en el estudio del eclesiástico que no puede continuar sus tareas, encontrará á la ilustre Virgen Filomena, multiplicando los brillantes rasgos de una proteccion visible que la conquista las bendiciones de toda la tierra.

— ¿Y es esto solo? ¡Ah! Poco es que á presencia de sus venerables cenizas el cielo abra sus tesoros, y fecundice con una copiosa lluvia los surcos sedientos; poco que con su invocacion renazca la esperanza en todos los corazones, sucediendo dias de holgura y prez á los nebulosos dias de amargura y desconsuelo; poco que una nueva era de felicidad y ventura reemplace á largos años de calamidades y desgracias; poco en fin, que cien pueblos saluden en ella la aurora bonancible présaga de una dicha que venia formando el objeto de sus ardientes votos, y que entusiasmados al ver las maravillas obradas por su mediacion, esclamen con voz unisona: «¡Viva Dios! ¡Viva la Santa!» Esto no era mas que el preludio de una victoria mucho mas brillante y benefícosa en sus consecuencias. ¿Qué veo? Una especie de resurreccion moral de las tinieblas del error á la luz de la verdad verificase en todas partes donde se establece el culto de Filomena. La incredulidad que hasta entonces burlárase con asqueroso cinismo de lo que llamaba supersticiones fanáticas, no se avergüenza de ir á postrarse

ante el polvo de una tumba, y allí abjura sus antiguas preocupaciones. El materialismo que veces tantas vomitara la blasfemia contra las prácticas cristianas que denominó pueriles ensueños, no tiene á menos solicitar las imágenes de la Santa Virgen y conservarlas como un precioso depósito. La heregía que con tan tenaz empeño combatió la posibilidad de los milagros, mirando su creencia como producto de una estúpida ignorancia, llega hasta el punto de enternecerse y verter dulce llanto ante el espectáculo imponente de las grandezas que el cielo obra para glorificar á esa hija de la luz. En una palabra, la devoción de Filomena es un gérmen fecundísimo que hace brotar en toda Europa los mas sazonados frutos de fé. Con ella adquiere la verdad católica un nuevo incremento, ensancha sus dominios, estiende sus límites, reconquista el terreno que la arrebatara la impiedad, imprime un nuevo movimiento al siglo, da impulso cada vez mas fuerte á las sanas doctrinas, acrecienta la piedad, promueve el fervor, fomenta las buenas costumbres, modifica los hábitos viciosos, y crea las mas bellas virtudes. ¡Ved ese entusiasmo con que las clases todas de la sociedad aceptan el culto de la Virgen-Martir, y hacen de él sus mas puras delicias! ¡Contemplad la avidez con que á la voz del Pastor universal, los obispos, los prelados, el sacerdocio, el pueblo, jóvenes, matronas, niños, ancianos, todas las edades, condiciones y sexos ambicionan sus imágenes, piden con instancia sus reliquias, y se creen felices con poseer el menor objeto que á ella pertenece! ¡Observad la profusión con que circulan las historias de su vida y martirio, allí donde antes lo invadieran todo las producciones del error escritas con la pluma del infierno! ¡Admirad cómo se multiplican los altares consagrados á honrar su memoria, y las asociaciones de castas doncellas que, bajo sus auspicios y adoptando el cándido traje que la embellece, consagran á Dios la flor de su virginidad en el seno de sus insignes familias y viven como ángeles en medio de un siglo acostumbrado á perseguir la piedad con sangrientos sarcasmos! Dignas ciertamente de que el Santo Pontífice antes citado, al saber tan extraño suceso, exclamase lleno de enagenamiento: »Hed ahí sin contradicción el mayor milagro de la GRAN SANTA. ¡Qué!
»En un siglo en que es universal la corrupción, en un reino en

» que tanto acaba de sufrir la religion católica, se encuentran aun
» almas puras y generosas que se atrevan á despreciar públicamente
» al mundo y á la carne? Yo las bendigo á todas... Y levantando sus
» manos para atraer los tesoros de la gracia, bendijolas diciendo:
» ¡Sean todas benditas!»

¿Qué extraño es, pues, que ese culto tan tierno y simpático, á la vez que beneficioso y regenerador haya penetrado en todas las regiones del globo, causando donde quiera el mas dulce embeleso? Hablen por mí Roma, Nápoles, Mugnano, Castelvetero, Monteforte, Lucera, y demas poblaciones de Italia. Cuente España, Francia, Portugal, Alemania y aun la ciega y recalcitrante Albion el portentoso vuelo que en ellas ha adquirido la fé católica. Digan el Africa, la América, la Oceanía, y las islas mas remotas del mar, el progresivo movimiento que allí se ha notado hácia la civilizacion cristiana, á impulso de esa devocion llevada por nuestros celosos y heróicos misioneros. Pero ¡qué! ¡No te basta, oh siglo arrogante y soberbio, no te basta lo dicho para renunciar ya de una vez á tus planes ímpios y reconocer tu impotencia? Tú que á la vista de un cadáver te llenas de espanto, temblaste ante la nada, y viste desbaratados tus proyectos de conquista por un poco de polvo salido de un sepulcro, tú á quien unos huesos áridos desenterrados de un cementerio bastaron á detener en tu impetuosa carrera, cuando insultando la fé de los cristianos meditabas realizar en el seno de la Iglesia teorías de apostasia universal, y envanecido con tus victorias te saboreabas ya con la idea de ver desplomarse *el alto alcázar que el error fundára*, como impiamente cantaste, ¿abrigarás todavía la loca esperanza de dictar tus leyes al mundo? ¿Te crearás aun llamado á ejercer con tus doctrinas una funesta influencia en los destinos de la humanidad? ¿Te considerarás dueño y árbitro del porvenir de unas sociedades que arras-traste hasta el borde de su ruina? ¿Te lisonjearás de colocar tu trono sobre los escombros de la verdad católica? Alimenta en buen hora esos pensamientos, productos de un delirante vértigo que te trastorna; marcha adelante en tus descabellados planes; vé á llevar donde quiera tus principios disolventes. Pero cuenta con que el Dios que llama á lo que no és, para confundir y anonadar á lo que se cree

ser alguna cosa, tiene quizás destinado al polvo de un sepulcro para atajar donde quiera tus pasos y desconcertar tus proyectos de muerte. No en vano ha volado por todo el continente europeo la fama de la ilustre Virgen que fecundó con su sangre las orillas del Tiber. No sin un providencial designio ha atravesado el culto de Filomena desde allí hasta las estremidades del Indo. Teme que al querer levantar en el centro de la militante Jerusalem el asqueroso ídolo que adoras, se desprenda de lo alto de la montaña Santa esa piedra misteriosa que haga pedazos la estatua y sepulte bajo sus ruinas á los que la elevaron. Tiembla que cuando mas fiero y amenazador te ostentes ante los pabellones del Santuario, se alce contra tí la robusta mano de esa nueva Jael y taladre con el clavo de la indignacion divina la frente del impío Sisara, que osé temerario insultar la raza escogida. Quizás en los momentos en que descansando muellemente sobre los ensangrentados laureles arrebatados á la esposa del Corde-ro, y en las horas supremas en que tu imaginacion embriagada acaricie el sueño de una próxima victoria, te sorprenda esa esforzada Judith y corte de un golpe tu cerviz altiva. Entonces al ver huir despavoridas tus huestes, y correr en desórden á ocultar su derrota, levantaráse en el seno del catolicismo un grito semejante al que resonó dentro de los muros de la antigua Bethulia: ¡Victoria! ¡Victoria! El pueblo santo ha despedazado sus cadenas. Una mujer ha cubierto de afrenta la casa del rey Nabucodonosor: una virgen ha sido el instrumento de los designios providenciales para postrar la impiedad triunfante, y fomentar donde quiera las magnificencias de la religion católica. Porque amaste la castidad la mano del Señor te ha confor-tado, y tu nombre será bendito en todas las generaciones.»

Realiza, oh insigne taumaturga, esta dulce esperanza del mundo cristiano. Sé para nosotros, oh Filomena hija de la luz, la protectora de nuestra fé y la defensora de nuestras creencias. Fomenta de día en día el impulso que con el descubrimiento de tus mortales restos diste al movimiento religioso, y da cima á la obra que con tanta gloria iniciaste sobre tu sepulcro. ¡Feliz mil veces el día que te vió aparecer en nuestro horizonte como el astro mensajero de una nueva era de prez y de ventura, como una prenda de esperanza en ór-

den á nuestros futuros destinos! Tu nombre es para los corazones fieles, lo que el bálsamo vivificador derramado sobre la herida encaucrada, un licor precioso que adormece el dolor, calma el pesar, hace olvidar el infortunio, destierra la muerte y evoca al hombre á una nueva vida, promoviendo las buenas costumbres, inspirando los pensamientos castos, despertando las aspiraciones nobles y fomentando todo género de virtudes. Plegue al cielo que dóciles á tus ejemplos, y constantes imitadores de tu heroísmo, sepamos triunfar de nosotros mismos, vencer las pasiones, acallar el grito de la sensualidad, sobreponernos al pernicioso influjo del mal ejemplo, avasallar nuestros viciados hábitos, vivir en suma cual cumple á nuestra vocacion, para merecer un dia gozar de tus recompensas, participar de tu gloria, y ceñir la diadema de tu inmortalidad!

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SANTA CLARA, VIRGEN DE ASIS.

Quæ et didicistis, et accepistis, et audistis, et vidistis in me, hæc agite... Scio et humiliari, scio et abundare.

Lo que habeis aprendido, y recibido, y oido, y visto en mi, practicadlo... Yo sé humillarme, y sé abundar.

AD PHILIP. IV. 9, 12.

SOLO á las almas grandes y heróicas que han pasado por el crisol de las tribulaciones, que han devorado todo linage de amarguras, que han hecho frente á las mayores contrariedades y sobrepuéstose á cuanto de mas duro é insoportable puede haber en la tierra, cumple ese lenguaje enérgico, y casi dijéramos atrevido, que usaba el Apóstol de las gentes en sus cartas á los fieles de la primitiva Iglesia. Seguro debia estar de no ser contradecido por nadie, cuando al despedirse de los cristianos de Filippos, no vacilaba en decirles con la entereza del mas profundo convencimiento: «Cuanto de mí habeis aprendido y recibido y oido, cuanto en mi conducta habeis tenido ocasion de observar hasta ahora, practicadlo con perseverancia. Nada me acobarda, pues acostumbrado como me hallo á todo, sé humillarme y sé abundar:» *Quæ et didicistis, et accepistis, et audistis, et vidistis in me, hæc agite... Scio et humiliari, scio et abundare.*

Si alguna vez semejante idioma pudo justificarse en un sexo naturalmente débil, en una condicion de suyo tímida, en una mujer, en fin, tipo característico de la flaqueza humana, nunca como en la ilustre Virgen de Asís cuya solemnidad hoy nos reúne en torno de sus altares. Los caractéres mas opuestos, las propiedades menos

conciliables en ese frágil vaso propenso á quebrantarse al menor empuje de la adversidad, véanse maravillosamente reunidas en Clara, la hija predilecta del serafín llagado. Sensibilidad exquisita, fortaleza varonil, candor estremado, energía inquebrantable, inocencia de ángel, intrepidez de apóstol, timidez columbina, arrojo de leon: hed abí dibujado con una tosca pincelada el retrato de la heroína, que con no menos razon que San Pablo, puesto que como él probára el amargo cáliz de un prolongado martirio, y adiestrada en cien combates supo triunfar de mil diferentes enemigos, pudo darse por norma y modelo de un heroismo singular, diciendo de sí que supo humillarse, y supo abundar; que experimentó los mayores abatimientos sin acobardarse, y se vió favorecida con dones altísimos sin envanecerse; que así como nunca la adversidad logró privarla de su constancia en sufrir, tampoco la prosperidad entibió su fervor en amar á Jesucristo; que si en los tenebrosos dias de la desolacion, del desamparo y del desvío, permaneció inalterable, en los momentos de los celestiales consuelos y de los divinos éxtasis se sostuvo sin deslumbrarse; que así como en los caminos del Calvario pisó sin quejarse los punzadores abrojos de que estaba sembrado, tambien en las cumbres del Thabor pudo sin desvanecerse aspirar el aura suave de las eternas delicias con que la regaló su amado: *Scio humiliari, scio et abundare.*

¿Y acaso faltaron á Clara para completar los rasgos de su semejanza con el ilustre apóstol, empresas arriesgadas, proyectos colosales, grandes conquistas y victorias de gran valía? No: tambien ella hubo de pelear con enemigos temibles, hacer frente á circunstancias azarosas, desarrollar un espíritu enérgico en lances comprometidos, legando á la posteridad hechos que atestiguan su magnanimidad, y monumentos de fortaleza, bastantes á achicar á los hombres mas alentados y á los héroes de mas nombradía. Como aquel ejerció asimismo el gran magisterio de la doctrina de la salvacion, con la que amamantó un sinnúmero de hijas, frutos preciosos de su fecunda virginidad, formando una estirpe santa, una raza de prediccion, una descendencia escogida que á través de largas generaciones viene multiplicándose mejor que la de la antigua Sara, y

perpetuando en el mundo católico las glorias de su digna madre. Así que, por lo que hizo, por lo que enseñó, por lo que padeció, por los brillantes triunfos que reportó, y por los laureles con que adornó su bella diadema, pudo presentarse como el mas cumplido ejemplar de las almas puras que siguen el estrecho sendero de la perfeccion evangélica: *Quæ et didicistis, et accepistis, et audistis, et vidistis in me, hæc agite.*

Fácil os habrá sido comprender ya el doble carácter bajo el cual voy á proponeros á la insigne Virgen de la Umbria. Carácter de magnanimidad en sus luchas y sufrimientos personales: *scio et humiliari*; carácter de heroismo en los trabajos que hubo de emprender en pró de la religion y de la Iglesia: *scio et abundare*. Lo primero reveló en Clara una virtud sobrehumana; lo segundo realzó extraordinariamente sus glorias. Tengo propuesto, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

La adversidad fué siempre la piedra de toque en que Dios se complace en probar la virtud de las almas justas. Misterio es este incomprendible á la menguada inteligencia del hombre carnal, incapaz de penetrar las bellezas, los encantos, los éxtasis de amor, y las invisibles dulzuras que un corazon firmemente adherido á la práctica de los consejos evangélicos, encuentra en esa asociacion ó identificacion perfecta con los sufrimientos de su divino Salvador. A ella aspiró desde sus tiernos años la ilustre Virgen de Asis, y en su consecuencia, toda su vida fué una crucifixion completa, un sacrificio incesante, una inmolacion total de sí misma, un martirio prolongado que labró la preciosa aureola de su eminente santidad. En su misma cuna rodéanla mónstruos horrendos contra quienes há nienester luchar cual otro David con los enormes gigantes, como Sanson con los osos y los leones de los bosques. Heregias, cismas, errores, inmoralidad profunda, corrupcion universal, vicios llevados hasta el refi-

namiento, excesos y extravíos de todo género: hed ahí lo que al nacer Clara se presenta á sus ojos, con todo el aparato del mas repugnante cinismo. ¿Y podrá esa frágil navecilla sobrenadar incólume á través de las furiosas oleadas de ese inmenso océano de pasiones? ¡Ah! sí, no temais, sus padres que como los de Isaac la han recibido como un dón del cielo, fruto de oraciones y lágrimas, conservan la gran promesa que les asegura el porvenir de una criatura destinada á brillar en el mundo por su rara virtud, no menos que el sol cuando con sus rayos ahuyenta y disipa las sombras de la noche. Así lo han escuchado en vision misteriosa Favorino y Hortolana cuando visitando los santos lugares sellados con los recuerdos de nuestra redencion, pedian á Dios postrados sobre aquella tierra llena de prodigios, pudiese término á su prolongada esterilidad. ¡Oh esposos mil veces felices! El cielo ha oido vuestros ruegos. Como el rocío que cae sobre un suelo agostado é infecundo al despuntar la aurora, así se ha derramado sobre vosotros la bendicion vinculada al antiguo Abraham. Pero no será para vosotros, sino para el Señor que os la concediera, esa hija cuyo nacimiento colma todas vuestras esperanzas y lleva la felicidad mas pura á vuestro hogar. Ni será el mundo, indigno de tan precioso tesoro, quien se glorie de poseerle. Justamente él debe ser su mas implacable enemigo, que en su fiero despecho solo la preparará lazos terribles, peligros sin cuento, seduccion y elementos de ruina; pero de todo sabrá triunfar la que Dios ha elegido para hollar con su planta victoriosa esa hidra de cien cabezas que por do quiera respira abominacion y escándalo.

Pasemos en silencio los primeros rasgos de su heroismo; nada digamos de aquel fervor con que supo anticiparse á la edad, eligiendo á Jesucristo por único objeto de sus aspiraciones, aun antes que pudiese conocerle á fondo, consagrándole las primicias de su tierno corazón, cuando todavia era incapaz de entrar en los secretos misterios de su amor, divorciándose completamente del siglo, y huyendo de sus placeres y vanidades en una época en que ni era posible que tuviese la conciencia de los riesgos que ocasiona su trato, ni menos que presintiese la funesta influencia de su envenenado aliento. Dejad á Clara que se extasie en pronunciar el simpático nombre de

María, y en repetir la salutación angélica á todas horas, contando con piedrecitas sus oraciones ya que no sabe hacerlo de otro modo. Dejádla que forme sus delicias en asistir á los divinos oficios, y en formar coro allí donde oye hablar de Dios ó de sus divinos atributos. No turbeis su placer en repartir á los pobres y menesterosos los manjares de que ella se priva gustosa por socorrer las ajenas necesidades. Hasta aquí todo ha sido calma, tranquilidad, reposo, dicha imperturbable. Mas ¡ay! la escena va á cambiar en breve; poco tardará en comenzar la fuerte lucha que la prepara el mundo, lucha que no concluirá sino con la vida de esa heroína reservada por el cielo para mostrar en las adversidades, humillaciones y combates la mas prodigiosa grandeza de alma, la mas inquebrantable constancia. *Scio et humiliari.*

Dentro de sí misma lleva Clara el gérmen funesto de sus futuras contradicciones. En su belleza encantadora, en sus seductoras gracias, en la nobleza de su alcurnia, y en su rico y pingüe patrimonio encuentra el enemigo mas formidable de su virtud. Hedla frente á frente de un siglo descarado, lúbrico, esencialmente vicioso, en una ciudad que por sus costumbres relajadas é inmorales, descollaba como la antigua Babilonia, entre las demás poblaciones de Italia. Por demás es que evite cautelosamente la presencia de los impúdicos Síchimitas que la asedian, y ciña además sus virginales miembros con un áspero cilicio para traer á raya una carne inocente é incontaminada. Inútilmente trata de desfigurar su angelical semblante para que no sea objeto de las torpes miradas de los jóvenes licenciosos que por do quiera la importunan con atrevidos galanteos. En vano busca el retiro y la soledad para evitar las sollicitaciones de los que aspiran á merecer su mano. ¡Ah! ¡Cuál sufre el corazon candoroso de Clara al escuchar el lenguaje inesperado de unos padres que deseosos de establecerla ventajosamente la proponen un partido que llena sus esperanzas! ¡Cuán horroroso martirio experimenta su alma cuando pretenden obligarla á adoptar en su trage y tocado los frívolos atavios de la moda! ¿Para eso ha combatido tan heroicamente con los elementos de seducción que el mundo la presentara? ¿Para eso ha trabajado por marchitar la fresca flor de su belleza con

las austeridades y penitencias? ¿Para eso ha vivido martirizada en la época de las ilusiones y de los placeres? No, jamás consentirá en ello la Virgen de Asís: nunca el mundo la tendrá por suya, siquiera como Job haya de verse espuesta á sufrir toda su vida en un repugnante muladar, aun cuando como Daniel haya de ser objeto de la mas terrible venganza, teniendo por morada la mansion de las fieras, aunque como Joseph haya de descender á la oscuridad de una dura prision, ni aun en el caso de que cual otro Pablo se alcen contra ella la calumnia, la persecucion, el ódio, la rivalidad, el despotismo, la difamacion, y todo linage de contradicciones: porque en todas ellas sabrá hacerse superior á sí misma, y triunfar del poder del mundo y del infierno. *Scio et humiliari.*

Mas ¿qué hará Clara en tan grave conflicto? Obedecer á sus padres es un deber imperioso; pero lo es mayor todavia obedecer á Dios á quien ha jurado eterna fidelidad. Permanecer en el siglo envuelve peligros á que no es fácil resistir; pero huir de él es caso imposible, puesto que para verificarlo tendria que abandonar el techo paterno; y entonces ¡ay! de su reputacion! ¡ay de su fama! ¡ay de su nombre puro é intachable! Horrible sobre manera fué la lucha trabada en aquellos momentos en el corazon de la pudorosa doncella. Allí fué donde, como el Apóstol, experimentó todas las amarguras de la angustia mas indefinible, en medio de tan potentes y decididos enemigos; pero no menos que él firme é imperturbable en tan deshecha borrasca, y llevando el tesoro de su gran virtud en un vaso frágil y quebradizo, pudo decir á su vez que si bien apurada de toda clase de aflicciones, nunca empero se vió abatida; era perseguida, mas no desamparada; hallábase rodeada de peligros mas no se rendia; encontrábase agobiada bajo el enorme peso del dolor, mas nunca acobardada; por cuanto, auxiliada con la gracia de Jesucristo, complaciase en representar al vivo en su cuerpo virginal la imágen del divino Redentor, con quien se desposára para siempre.

Una ocasion favorable se la presenta para realizar sus ánsias, uniéndose con lazos indisolubles al bello objeto de su casto amor, y no será Clara quien la deje pasar en vano. Un hombre extraordinario, mas bien un ángel humanado, es enviado á la angustiada hija

de Favorino y Hortolana para dirigirla en el escabroso sendero de aquella soledad espantosa. Francisco, el patriarca de los menores, es el Rafael destinado á acompañar á Clara en su difícil y peligrosa peregrinacion. A él corre presurosa, consúltale sus dudas, manifiéstale sus deseos, escucha sus consejos, y sin titubear un punto vuela á la humilde Iglesia de la Porciúncula, póstrase ante las aras de la virgen de vírgenes, y haciendo al Señor el sacrificio mas sublime de su existencia, ve caer bajo la mano del Seráfico Francisco la dorada madeja de sus cabellos, con cuya generosa resolucion acaba de divorciarse completamente con el siglo para ir á formar coro con las castas esposas del Cordero. Vé en buen hora, alma intrépida, mujer magnánima, vé á encerrarte para siempre en el recinto de los claústros. Allí te prepararás cual otra Sara á ser madre fecunda de una ilustre descendencia de hijas, que te rodearán como los renuevos de la oliva para estender despues sus ramas en todo el orbe católico. Allí conseguirás un cúmulo de merecimientos incomparables, y tejerás la diadema de tu triunfo á costa de oposiciones sin cuento, que te harán vivir mártir de tu abnegacion heroica. Allí verás levantarse contra tí persecuciones mucho mas sangrientas que las que hasta ahora has experimentado, pero de todas ellas saldrás vencedora: porque el Señor te ha colocado en ese albergue de la inocencia, á fin de que desde él confundas la sabiduria, el poder, la fortaleza y la malignidad de un mundo que jamás te perdonará el haber burlado sus designios y esperanzas.

Nada en efecto hay tan admirable como el carácter de imperturbable constancia con que Clara supo hacer frente á las furiosas embestidas de sus padres y demas personas interesadas en hacerla desistir de su propósito. Poco es que su madre, á manera de leona á quien arrebatáran su cachorro, lance dolorosos alaridos, y mesándose el cabello, y ensangrentándose el semblante, y con los ojos bañados en llanto, la suplique torne al paterno hogar á formar las delicias de una familia desolada. Por demas es que su padre mas irritable y bilioso, mirando la fuga de Clara como un crimen, como un baldon, como un sello de ignominia para su ilustre nombre, conyoque á sus parientes, los invite á tomar una parte activa en el

asunto, invada el sagrado asilo de las vírgenes do mora su hija, y ya con halagos, ya con amenazas, ora usando de un lenguaje cariñoso y seductor, ora con severo é imperioso continente, unas veces fingiendo escusar su resolucion como resultado de una pueril extravagancia, otras afectando lastimarse de su porvenir, y cuando esto no basta, con apóstrofes, dicitorios é injurias pretenda espugnar aquel corazon amurallado con el amor de Jesucristo. Todos los recursos son impotentes, todos los medios fracasan; no hay poder humano bastante á hacerla vacilar un momento; y cuando ve que á despecho de sus protestas persisten todavia en su imprudente obstinacion, póstrase humildemente en tierra, y asida fuertemente al frontal de un altar á que estaba arrimada, descubre su cabeza despojada de su blonda cabellera y fijando una mirada llena de espresion en una imágen de Jesus crucificado, vuélvese á sus padres y les dice: «Ved ahí al que elegí por esposo entregándole todo mi corazon. Si no os place este partido, probad á arrancarme de sus brazos, y vereis si es bastante poderoso para librarme de vuestras injustas violencias.» Así habla Clara, y sus palabras llenas de fuego, y su actitud enérgica, y su resolucion inquebrantable, consiguen un triunfo inesperado, quedando por entonces libre de aquella horrorosa tormenta.

Pero ni aun en los dias de calma que á ella sucedieron, cesa nuestra heroína de combatir consigo misma, humillándose hasta el exceso, mortificándose cuanto la era dable, ejercitando todo género de penitencias, muriendo en una palabra á todas horas víctima de sus austeridades, y crucificándose con Cristo émula digna de sus tormentos y dolores. ¡Oh! ¡Cuán grato os era, Salvador amante, ver á vuestra esposa hecha una imágen perfectísima, un trasunto fiel de aquella alma magnánima que de sí misma decia: «Mi gloria es la Cruz, mis delicias morir por amor de mi Redentor!» ¡Cuán grato os era contemplar tanta severidad asociada á tan singular inocencia! Veáisla, sedienta de vuestro amor, ansiar las fuentes cristalinas que brotan de vuestro seno, y lamentarse de verse forzada á tomar el escaso alimento que demandaba la débil naturaleza, siendo para ello preciso la ley de la obediencia, para triunfar de tan

terrible repugnancia. Véaisla casi cadáver en fuerza de sus abstinencias y ayunos, desarrollar no obstante una energía sobrehumana en vuestro servicio y una agilidad incomprendible para correr por los caminos de la perfección. Véaisla rodeada de un cerdoso cilicio cuyas puntas penetraban hasta sus huesos, ceñidas de nudosas cuerdas que horadando sus carnes virginales abrían en ellas profundas y encanceradas heridas, despedazada á impulso de la dura disciplina, posando sobre un lecho de espinas punzadoras, pero su corazón siempre dispuesto á volar hácia vos, su alma constantemente preparada para emprender los mas árduos proyectos de vuestra gloria, su vida intelectual siempre robusta y capaz de sostener los mayores combates.

¿Quién no admiró el valor intrépido con que por segunda vez se opuso á las violencias de sus padres, cuando despechados estos de ver á su hija Inés despreciar el lujo y las vanidades del siglo por encerrarse en el mismo monasterio en que moraba Clara, corrieron á él resueltos á arrancarla con la fuerza de las armas de aquel sagrado asilo? Espectáculo fué sin duda digno de asombro, contemplar aquellas dos vírgenes asidas la una á la otra presentando el grupo mas bello que hubiera inmortalizado el pincel del mas hábil artista. Ya Inés falta de fuerzas para resistir á las de doce hombres, mejor diría leopardos, que luchaban por arrancarla de los brazos de su hermana se veía próxima á sucumbir y casi exánime esclama repentinamente: «¡Ayúdame, hermana mia, que me arrebatan de la casa del Señor!» A este grito responde Clara levantando al cielo sus ojos bañados en llanto; y tan poderosa y eficaz es su ardiente mirada, que en el instante la tierna doncella parece petrificarse como una roca, de tal suerte que, siendo imposible moverla de aquel sitio, véense obligados á desistir y huir avergonzados de su derrota. Tal vez un tío suyo inspirado de un furor diabólico intente descargar el acero sobre la cabeza de la heróica Virgen; mas al tiempo de ir á consumar tamaño atentado, Clara torna á mirar al cielo, y el brazo homicida queda inmóvil, permaneciendo así durante algun tiempo en castigo de su temerario arrojo.

Y si tanto resplandeció en la Virgen de Asís ese carácter de mag-

nanimidad que desarrolló en sus luchas y sufrimientos personales, ¿brilló acaso menos su heroísmo en los trabajos que hubo de emprender en bien de la religion y de la Iglesia? No; antes en ambos casos supo mostrar virtudes escelentes, rasgos admirables de perfeccion, dotes singulares y abundantes recursos para sacar ileso de en medio de la corrupcion y del escándalo el principio vital de la fé, gérmen fecundo de las buenas costumbres. *Scio et humiliari, scio et abundare.*

Asunto es este que daria materia á un largo discurso, por lo que no siéndome posible desentrañarle convenientemente, solo me limitaré á hacer algunas ligeras indicaciones. Dos elementos á cual mas funestos predominaban en aquella época. La molicie de la sensualidad corrompia los instintos de una generacion demasiado dispuesta ya á recibir las impresiones del mal. La relajacion en la disciplina iba relegando al olvido aquellos dias de fervor primitivo, tan bellos y de tanta gloria para la Esposa mistica del Cordero. La religion, pues, necesitaba poderosos alicientes que reanimasen el fuego casi apagado de la virtud: la Iglesia demandaba firmes apoyos que contuviesen el torrente desencadenado de los errores y de las pasiones reinantes. Clara fué uno de los mas firmes baluartes de una y otra, habiéndola suscitado Dios en aquel siglo para que opusiese su inocencia á la desmoralizacion casi general que cundia en Europa, su penitencia á la molicie, que gangrenára todo el cuerpo social, su desprendimiento á la insaciable codicia, á la ardiente sed de intereses materiales que llegára á invadir el mismo Santuario, y la mas alta perfeccion evangélica al desenfreno y á la licencia que se deslizára por do quiera á la sombra de la heregía albigense. Así es que cuando mas hierbe y fermenta en el seno de la Italia el gérmen del sensualismo mas repugnante, se ve á Clara trabajar incansable por inocular en sus hijas los mas severos principios de austeridad, llevados por ella á tal punto, que el mismo Seráfico Padre tuvo que moderar el excesivo fervor de la tierna vírgen, temiendo sucumbiese á sus rigores. En tanto que en el siglo todo se halla subordinado al oro, y no se conoce otro Dios ni otra felicidad que la de atesorar riquezas y la mayor suma posible de goces materiales, Clara, no contenta con ope-

nerse á toda posesion efectiva de caudales y rentas, y cual si fuese poco haber renunciado generosamente el cuantioso patrimonio que heredára por fallecimiento de sus padres, ni siquiera el menor afecto quiso conservar á los percederos bienes de la tierra. Siempre será altamente honroso para nuestra Santa aquel rasgo de sublime desprendimiento con que se resistió á aceptar del sumo pontífice Gregorio IX el menor emolumento con que asegurar su subsistencia y las de sus hijas. Cuando con más empeño insistia Su Santidad en ello, Clara, lanzándose en los brazos de la Providencia, y queriendo depender de ella únicamente, contesta al Papa con heroica resolucion: « Beatísimo Padre, la única cosa que deseo y necesito es que me absolvais de mis pecados. » Lenguaje sublime que, concordando perfectamente con sus obras, realzó las glorias de la ilustre virgen á un grado inconcebible, llegando á influir poderosamente en el porvenir de una sociedad, en cuyas entrañas el error y el libertinage se interesaban de consuno para hacer reinar la corrupcion. Harto se deja entrever esta influencia en las palabras memorables del tristemente célebre Pedro de las Viñas. « Los hermanos menores y predicadores, decia, levántanse contra nosotros con ódio, reprobaban públicamente nuestra vida y nuestra conversacion, destrozan nuestros derechos y nos reducen á la nada. No es esto solo; para debilitarnos aun mas y robarnos el afecto de los pueblos, han creado dos hermandades nuevas que comprenden á los hombres y á las mujeres, y apenas se encuentra una que no esté agregada á esta ó á aquella (1). »

No fué menor el celo de nuestra Santa y el prodigioso ascendiente que ejerció en los lances mas comprometidos para la Iglesia. Mientras con una mano trabajaba por fomentar en el cláustro el fervor de la observancia y promover con su ejemplo todas las virtudes evangélicas, acudia con la otra á sostener el edificio de la verdad católica, profundamente minado por los mil elementos de ruina que hacinaba sin cesar la herégia. Si aquí se mostraba solícita por multiplicar los asilos de la virginidad, asociándose á los trabajos apostólicos

(1) Ep. 37, lib. 4.

del seráfico Francisco, allí, tomando parte activa en su mision regeneradora, no se manifestaba menos incansable en sembrar gérmenes fecundos que en su dia debian producir admirables frutos. Aquel era el Josué que peleaba en el campo contra las huestes del error: esta era el Moisés que oraba sobre la montaña para conseguir la victoria del pueblo fiel. Y cuando Federico II, amenazando las libertades italianas, introducía en el pais los Sarracenos para conseguir su objeto, ¿no se alzó la voz de la virgen Clara para protestar contra tamaña impiedad? Y cuando los paganos de Nocera, introduciéndose en el valle de Espoleto, y llegando hasta los muros de Asís, se disponian á allanar el convento de San Damian, ¿no es Clara quien arrojándose del lecho do yacia enferma, agrupa en torno suyo sus hijas, toma en la mano el sagrado viril, colócale en la puerta, y arrodillada delante de los musulmanes, ruega al Señor que proteja la ciudad y el monasterio, logrando poner en precipitada fuga á aquellas falanges infieles? Tambien fué ella quien desconcertó los malignos planes de Vital de Aversa, capitan de las tropas imperiales enviadas al ataque de Asís, cuyos alrededores habia destrozado. Afectada por los males que amenazan á su patria, reúne sus hermanas y las dice: «Recibimos de esta ciudad nuestro alimento diario: justo es que la socorramos segun nuestro poder;» y cubriéndose todas de ceniza dirigen sus súplicas á Dios, que las oye y liberta al pais de los enemigos (1).

Queda, pues, demostrado el doble carácter de Clara, bajo el cual me propuse manifestárosla en mi discurso: carácter de magnanimidad en sus luchas y sufrimientos personales; carácter de heroismo en los trabajos que hubo de emprender en bien de la religion y de la Iglesia; pudiendo decir con el Apóstol: «Cuanto habeis aprendido, y recibido, y oido y visto en mí practicadlo. Yo sé humillarme y sé abundar.» *Quæ didicistis, et accepistis*, etc. Y cierto que sus humillaciones fueron recompensadas con honras brillantísimas. Corred á presenciar los últimos destellos de esa luz, próxima á estinguirse en el sepulcro para ir á despedir mayor claridad en las man-

(1) S. Anton. Vit. Stæ. Claræ, c. 14.

siones eternas. ¿Quién mereció demostraciones mas visibles de respeto, veneracion y entusiasmo que esa modesta hija del seráfico Francisco? Al verla visitada por el cardenal de Ostia, poco despues sumo pontífice con el nombre de Alejandro IV, que vuela desde Perugia á Asís solo con este objeto; al contemplarla honrada con la presencia de Inocencio IV, que delante de lo mas ilustre del Colegio Cardenalicio la da su bendicion apostólica, concediéndola una plenísima indulgencia; al ver á este retroceder de su viaje por asistir á los funerales que debian celebrarse por su eterno descanso, y á aquel tejer sobre su tumba la mas bella aureola de sus virtudes y merecimientos; al ver, en suma, la avidez con que los pueblos se apresuran á rodear su sepulcro, y á pedir al Vaticano la declaracion solemne de la santidad de Clara; ¿quién no reconoce desde luego la accion de la Providencia, que así quiso manifestar en la tierra la alta gloria que su alma disfrutaba en el cielo?

¡Oh! No te olvides desde ahí, insigne heroina, de los que en este destierro peregrinamos hácia la eternal patria. Hijas sin número que hoy dia pueblan casi todo el globo, te dirigen sus manos suplicantes, y con los ojos bañados en llanto virginal te ruegan mires por ellas y veles por sus destinos. Incierto y vacilante es el porvenir que en el mundo les está reservado en medio de los récios vaivenes y de las horribles oscilaciones de una sociedad que, agitada y convulsa, lleva su mano destructora hasta los sagrados albergues del candor y de la inocencia. Protégelas con tu influencia, consíguelas fortaleza y constancia para resistir á los violentos choques de las pasiones que amagan su existencia. Y ya que ellas te son tan fieles en conservar las tradiciones que de tí recibieran, y en fomentar el espíritu de fervorosa observancia que las legaste, tengan al menos el consuelo único á que anhelan, de vivir y morir pacíficas en sus pobres asilos, para reunirse un dia contigo en la mansion de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN ROQUE, CONFESOR.

Quæ mihi fuerunt lucra hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu-Christi Domini mei... ad cognoscendum illum et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius.

Lo que en otro tiempo consideré como una ganancia, lo he mirado después como una pérdida con relación á Jesucristo, y lo he menospreciado por adquirir la sublime ciencia de mi Salvador, que consiste en conocerle, á él y la eficacia de su resurreccion, asociándome á sus padecimientos.

AD PHILIP. III. 7, 8, 10.

¡Qué antitesis tan sorprendente presentan entre sí la ciencia del mundo y la ciencia de la religion, la sabiduría del racionalismo y la sabiduría del Evangelio! Aquella hincha de orgullo el entendimiento y corrompe el corazon: esta, humillando la inteligencia, eleva el alma sobre la esfera de las cosas humanas. La primera aspira á divinizar la razon sacudiendo el yugo de la fé: la segunda levanta un trono á la fé sometiendo á su dominio la razon: la una tiene por objeto la quimérica felicidad de un dia, á cuyo logro sacrifica un porvenir eterno: la otra, fijando el término de su noble ambicion en una dicha perdurable, renuncia á trueque de conseguirla á todas las ilusiones del tiempo presente. Para el sábio segun el siglo, la única bienandanza consiste en gozar cuanto es dable, para lo cual se desvela en reunir todos los elementos posibles de bienestar material: para el sábio segun la religion, no hay goce verdadero, ni placer estimable, ni ventura positiva fuera de Jesucristo, cuyo amor es un tesoro de riquezas inamisibles y un manantial perenne de eternos consuelos. San Pablo, el hombre mas ilustrado, el génio mas profundo, el mas eminente filósofo que ha conocido el mundo, hallábase

bien persuadido de esta verdad, cuando escribia á los fieles de Philippos: «Lo que en otro tiempo consideré como una gran ventaja » mírolo ahora como una pérdida enorme, y solo me inspira el mas » alto menosprecio comparándolo con la sublime ciencia de mi Señor » Jesucristo, que consiste en conocerle á él, en penetrar la eficacia » de su resurreccion, y en participar de sus padecimientos.» *Quæ mihi fuerunt lucra hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu-Christi Domini mei... ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius.*

Pocos, despues de este ilustre Apóstol, comprendieron los ocultos misterios de esa ciencia divina y la practicaron en tan alto grado como el digno objeto de nuestros cultos. ¿Quién mas favorecido por la naturaleza con esos dones que tan ávidamente persiguen los mortales? Nobleza de sangre, ilustres blasones, vastos dominios, riquezas, placeres, honras, distinciones, gloria, felicidad, cuanto de mas halagüeño alcanza á concebir el entendimiento humano, reuníase en Roque, señor de Mompeller y príncipe de Narbona. Y sin embargo, ¿qué uso hiciera de todos esos elementos de temporal bienandanza? ¿Siguió acaso las lecciones de la sabiduría carnal, que de seguro le aconsejaria se entregase sin tasa á apurar hasta las heces el dorado cáliz con que le brindaba el mundo? ¡Ah! No. El siglo XIV necesitaba ejemplos heróicos de abnegacion cristiana capaces de modificar sus hábitos de sensualismo y de orgullosa arrogancia; necesitaba hombres que, sobreponiéndose á las menguadas ideas del vulgo, bien así como á las preocupaciones sistemáticas de los pretendidos génios, demostrasen prácticamente que la grandeza no es patrimonio esclusivo de la humana soberbia; que la gloria no está vinculada á la fastuosa ostentacion de un saber facticio; que la felicidad no se halla en el oro que deslumbra, ni en los bienes perecederos que infatúan al que los posee; que hay en la humildad una elevacion oculta, pero no menos real, que hace al hombre superior á sí mismo; en el sacrificio una dignidad que le enaltece mas que todos los prestados atavíos de la vanagloria; en la caridad un mérito incomparablemente mayor al de las mas ruidosas conquistas.

Todo ello lo evidenció San Roque de una manera tan admirable, que en vista de sus ilustres hechos no queda otro recurso á la falsa filosofía sino reconocer y confesar su impotencia al contemplarse vencida y derrotada por la filosofía del Evangelio, personificada en nuestro héroe. «Con su abnegacion profunda adquirió una gloria imperecedera, desmintiendo así los principios de esa sabiduría mundanal que funda la grandeza en el refinamiento del orgullo; con su caridad heroica conquistó una celebridad universal, contra las ideas de esa ciencia que liga la gloria y la inmortalidad al mas repugnante egoismo.» Descubierto ya el plan de mi discurso, solo nos resta implorar los divinos auxilios, etc.

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

Que el orgullo sea en los principios de la sabiduría mundana el único pedestal sobre que se pretende alzar el edificio de la humana grandeza, es una verdad harto probada, y que por serlo tanto, nos releva de la desagradable tarea de demostrarla. Ese gérmen funesto que en el paraiso ocasionó la ruina de la humanidad, viene inoculándose con la sangre en todos los descendientes del hombre culpable, y desarrollado en mayor escala con la educacion y el ejemplo, ha llegado á formar el ídolo á quien generalmente rinden vasallage las clases todas desde la mas infima hasta la mas elevada. Es por lo tanto un fenómeno extraordinario ver á un mortal desentenderse de esos principios, combatir con sus costumbres esa ciencia, y buscar el engrandecimiento en las humillaciones de la cruz. Y ved en lo que consiste el gran mérito de San Roque y lo que le ha valido la gloria universal que hoy disfruta.

¿Quién como él hubiera podido justificar su conducta, si, siguiendo la corriente del siglo, se hubiese dejado arrastrar de la innata propension que con el hombre nace hácia los deslumbradores bienes de la tierra? Todo en derredor de su ilustre cuna convidale á beber á

grandes tragos la dorada copa de Babilonia. Abre sus ojos á la luz, y mirase rodeado de mil elementos capaces de despertar la ambicion, de aguijonear el orgullo, de fomentar la sensualidad y todas esas pasiones que tan poderosamente lisonjean los sentidos y corrompen el espiritu. Pero la ciencia de la religion antiéipase en Roque á la sabiduría del mundo; é inspirado por ella cuando todavía era incapaz de conocerse á sí mismo, mucho menos la vanidad é insubsistencia de los caducos bienes de la tierra, sabe despreciarlos heróicamente, por amor de aquel Jesus cuya cruz lleva impresa en su pecho desde el seno de su madre. En ella únicamente halla todos los elementos de dicha estable, de gloria duradera, de elevacion positiva; y en su consecuencia, por mas que el siglo intente deslumbrar su tierna inteligencia poniendo ante su vista la sangre de mil héroes que circula por sus venas, los pingües estados que por derecho patrimonial le pertenecen, las bellas esperanzas que le sonrien, el halagüeño porvenir que le espera, nada basta á herirle de vértigo y á hacerle renunciar á sus ideas de sublime abnegacion, de heróico desprendimiento con que se propone renunciar al mundo para vivir pobre, ignorado, oscuro y crucificado con Cristo.

No tardará en resolverse á emprender la larga carrera de privaciones y sufrimientos que le esperan. Su primer paso será despoarse de todas sus propiedades y repartirlas entre los desvalidos y menesterosos; y cuando reducido voluntariamente á la mas completa indigencia nada le quede mas que su gran fé en las promesas del Señor, su confianza ilimitada en los amorosos cuidados de la Divina Providencia, su caridad ardentísima, y el gran caudal de virtudes que ha sabido atesorar á precio de costosos sacrificios, entonces le vereis salir de su patria como el antiguo padre de los creyentes, vestido con traje de peregrino, y marchar á la conquista del reino celestial por los caminos de la humillacion y de la cruz. Hedle ya en camino de la ciudad eterna, á donde le arrastra su piedad y el deseo de visitar los sepuleros de los santos apóstoles é impregnarse allí del espiritu de aquellos ilustres caudillos de la milicia del Crucificado. No lleva como Abraham un numeroso séquito de criados que le acompañen, ni los tesoros que forman su inmensa for-

tuna, ni siquiera conserva la esperanza de verse un día engrandecido como él con unas bendiciones que han de compensar sobreabundantemente sus trabajos y sacrificios. Solo camina el príncipe de Narbona y señor de Mompeller, sin provisiones para el viaje, demandando el pan de la limosna, y tolerando por do quiera que pasa los desvíos del egoísmo, los insultos de una plebe inmoral, los amargos apóstrofes de la juventud licenciada, las burlas de la infancia pervertida, y cuanto puede contribuir á hacer la vida insupportable. ¡Cuántas veces, acercándose á implorar la caridad pública, se vió ignominiosamente lanzado como un hombre indolente dedicado á la holganza! ¡Cuántas, queriendo penetrar en alguna poblacion, se vió detenido como sospechoso, ú obligado á permanecer largo tiempo en observacion, sufriendo entre tanto el hambre, la sed, las molestias y privaciones consiguientes á su triste estado! ¡Cuántas, abrasado por los ardores del sol, no halló quien le diese un vaso de agua con que refrigerar sus fauces, ó abatido por el cansancio en medio de los insupportables frios de una cruda noche, se le negó un techo hospitalario!

¿Y es ese, diria la ciencia del siglo, es ese el camino por donde Roque piensa llegar á la cumbre de la gloria? Ciertamente que si sus ideas fuesen las mismas que abriga la generalidad de los hombres, si el engrandecimiento á que aspiraba fuese el que se funda en el predominio sobre sus semejantes, preciso seria confesar desde luego que el héroe de Mompeller iba errado; pues no es por la senda del Calvario por donde se va á las alturas del mundanal Olimpo. Empero, ¿ignoras por ventura, siglo orgulloso y soberbio, que la sabiduría de Roque es diametralmente opuesta á la que tú vienes enseñando al hombre, desde que este intentó divinizar su razon y disputar al Criador su soberanía? ¿No sabes que la filosofía del cristianismo, cuyas lecciones practica ese sér á quien tú miras como digno de compasion si no de desprecio, reconoce por base el propio conocimiento, se afianza en las humillaciones del Hombre-Dios, tiene por objeto la asimilacion con ese augusto prototipo, y va á terminar en el mas sublime sacrificio de todo cuanto lisonjea las humanas pasiones? Por eso no comprendes la nobleza de pensamientos que en-

vuelve el voluntario abatimiento de esa ilustre víctima, que no te inspira mas que aversion y repugnancia. Por eso eres incapaz de apreciar el heroismo de esa alma, que pudiendo gozar de todo linage de placeres, los huella y menosprecia altamente por correr tras las amarguras y padecimientos. Por eso te asombras de verle ambicionar lo que mas se resiste á la humana sensualidad, con el mismo y aun mayor afan que el avaro codicia el oro, el libertino los goces materiales, el ambicioso las dignidades y puestos honoríficos. Por eso le acusas de fanático, le tachas de iluso, le apostrofes como soñador, le insultas como necio, y derramas sobre él el veneno de la mordaz sátira, del amargo epigrama, del cruel sarcasmo, y vas hasta el exceso de armar tus huestes para hacerle la mas cruda guerra. ¡ Ah! Es que vuestros principios caminan en sentido inverso. Tú dices: « la gloria consiste en ser sábio, rico, honrado y digno del aprecio universal; » y Roque ha aprendido que ella se cifra en vivir ignorado, pobre y despreciado por amor de Jesucristo. Tú enseñas que la grandeza no puede existir sino en el fausto y la ostentacion, en la celebridad y claro renombre que immortaliza la memoria de los grandes génius en los anales de la historia; y Roque por el contrario, solo la encuentra en la virtud y en la práctica de los consejos evangélicos. Tú miras como la única dicha en la tierra el no carecer de cuanto puede contribuir á hacer la existencia dulce y placentera; y Roque considera como la mas positiva ganancia el vivir y morir crucificado, con aquel que por salvarnos eligió un pesebre por cuna y un leño ignominioso por trono. Tú, en suma, asientas por dogma inconcuso de tu doctrina que el hombre ha nacido para gozar á discrecion de todos los objetos criados, cual si su única mision en el tiempo fuese hacinar en torno suyo todo género de delicias, y devorarlas con avidez antes que llegue un dia en que ya no sea posible disfrutarlas; y Roque lleva por divisa la cruz, y en su consecuencia sostiene que el hombre está destinado á luchar, á combatir, á padecer, á sacrificarse en las aras del amor de Dios y del prójimo, para merecer despues una recompensa eterna y unos goces inmortales. ¡ Tanto distan las ideas del mundo y las ideas de la religion! ¡ Tan rudamente chocan entre sí la sabiduría de la

carne y la sabiduría del espíritu! ¡Tan hondo abismo media entre la filosofía del racionalismo y la filosofía del Evangelio!

Así se explica esa repulsion incesante que existe entre ambas, y la obstinada lucha empeñada hace muchos siglos en esos dos campos beligerantes. Así se comprende que nuestro héroe no encontrase en todas partes mas que contradicciones, insultos, sinsabores, adversidades y crueles tratamientos. Quién le maldice como Semei al justo David, porque le vé pobre, derrotado y errante á la ventura por los campos, huyendo de unas gentes que le niegan asilo. Quién se burla de él, como Michol de su esposo, y le escupe en el rostro juzgándole loco ó poseído de alguna manía, porque le contempla mudo é impasible en medio de los mas sensibles desprecios. Aquí se le manda salir precipitadamente de las poblaciones como perjudicial á la salud pública; allí se le somete á las pruebas mas dolorosas como iniciado en alguna conspiracion horrible; mas allá se le denuesta y escarnece, llamando hácia él la atencion pública; en otra parte se le hiere y maltrata sin piedad. Y á pesar de tantas tribulaciones, Roque jamás desmiente su heroica constancia, su imperturbable serenidad, su humildad inalterable, su innata dulzura: porque jamás se conceptua mas honrado, feliz y dichoso, que cuando mas padece por amor de su Redentor con quien aspira á identificarse. Tal vez llega un dia en que los mismos que antes le miraban con torbo ceño, y le perseguian inclementes, y le menospreciaban sin piedad, convencidos de su gran virtud y de su sublime heroismo, en vista de sus hechos portentosos, le ensalzan con entusiasmo, le honran á porfia, le prodigan las mas altas consideraciones, se disputan la dicha de poseerle, intentan retenerle en su seno, y le proclaman santo. Entonces Roque, tan grande en la prosperidad como magnánimo en la adversidad, y no menos digno de sí mismo entre las ovaciones y los elogios del mundo, que cuando todo en su derredor conspiraba á abatirle y anonadarle, huye de las honras, se desentiende de los aplausos, ocúltase solícito de los que le buscan para obsequiarle, cuando nunca se ocultó de los que le buscáran para atormentarle; y cual si faltándole los oprobios de la Cruz ya no se encontrase en su propio elemento, apresúrase á ir en pos de nuevas conquistas, tanto mas positivas

cuanto mas modestas, decidido á inmolarse generosamente por sus hermanos en las aras de la caridad. ¡Habia desmentido ya los principios de la carnal sabiduría, oponiendo al orgullo la abnegacion mas profunda; iba pues á destruirla completamente, combatiendo con el amor las máximas funestas del egoismo.

SEGUNDA REFLEXION.

¡Cuán hondamente ha entrañado en las sociedades ese gérmen malféfico que seca las fuentes de la verdadera beneficencia! Por mas que los modernos doctrinarios nos aturden los oidos con sus decantados proyectos de filantropía, harto sabido es por la esperiencia lo que esta voz significa en el idioma de una ciencia tan vacilante en sus principios como hueca y estéril en sus resultados. Jamás las deslumbradoras teorías del racionalismo serán capaces de llenar el gran vacio que han dejado, desterrando de su diccionario el nombre dulce y simpático de la caridad cristiana. En la orgullosa fraseología inventada por esa escuela, la beneficencia es una palabra sin sentido: pues no reconociendo entre los hombres mas relaciones que aquellas en que se interesa una utilidad personal, estos cesan de ser sensibles á los ajenos males, tan luego como ningun objeto halaga su miserable vanidad, ó no encuentran en sus sacrificios un premio proporcionado. ¡Cuánto no distaba de estas ideas el ilustre San Roque! La caridad que arde en su pecho, impúlsale fuertemente á sacrificarse en bien de todos cuantos sufren; ambiciona compartir sus dolores, desea hacer propios sus padecimientos, sin otra mira que la gloria de Dios y el bien de sus semejantes; y en su consecuencia, vuela á Acupendente en la Toscana, invadida por una horrible epidemia; preséntase en el asilo del dolor; ofrécese á ser el génio consolador de las innumerables víctimas que sacrifica el contagio; constitúyese á la cabecera del enfermo; corre de un lado á otro buscando objetos con quienes ejercitar su heróico celo; y jóven delicado, y noble por su cuna, y heredero de tantos títulos y blasones, no se desdeña de abra-

zar las ocupaciones mas penosas, ni tiene á menos ejercitarse en los más humildes oficios, ni le repugna el nauseabundo aspecto de tantas miserias allí hacinadas; á todo atiende, á todo se anticipa, de todo se ocupa con una solicitud admirable. Es el ángel de paz que el cielo ha enviado á aquella ciudad desgraciada, puesto que no solamente encuentra en él todo género de servicios y consuelos, sino que por su mediacion ve cesar instantáneamente el terrible azote que sobre ella pesaba.

Aprende, oh siglo egoista, aprende á apreciar los quilates de esa virtud que tu ciencia ha querido parodiar, pero que nunca consiguió apropiarse, en ese hombre que tú desprecias como insensato. Mírale cual se apresura á ir á Sesena á prestar sus caritativos servicios á los contagiados, renovando allí los mismos prodigios de heroísmo y de celo. Contémplole en Roma, donde su presencia basta á hacer renacer la esperanza en los corazones atribulados de sus habitantes, en medio de la mayor consternacion que donde quiera siembra la muerte, paseando su carro victorioso en aquella capital del mundo convertida en un vasto cementerio. Si acaso te asombras de verle hecho el objeto de todos los suspiros, si te estraña que el mismo Sumo Pontífice Benedicto IX próximo á huir á Perusa, se detenga, y llamando á Roque á su palacio encomiende á sus oraciones su persona y su pueblo, es que la fama de sus virtudes y milagros ha llegado allí mucho antes que él, y por eso fundan en ese justo la confianza de verse libres de aquella espantosa calamidad, como de hecho se verifica bien presto con general regocijo, tan luego como nuestro héroe ofrece al Señor sus puras plegarias. Siguele si te place en sus escursiones por la Lombardia; detente á observarle en Placencia, en donde el contagio se ceba indistintamente en todas las edades, sexos y condiciones; mírale sepultado en los hospitales, consagrándose sin reserva á la asistencia de los invadidos, conduciendo en sus propios hombros á los que encuentra en las calles, curándolos con sus mismas manos, y practicando en su obsequio los oficios que mas repugnan á nuestra escesiva delicadeza; y dínos despues de esto, qué juicio has formado del príncipe de Narbona, del Señor de Mompeller, del descendiente de las más ilustres casas de Francia. Pero no, antes

que tú nos lo digas, estamos persuadidos de que tus ideas distan mucho de las suyas. Quizás en tu concepto, nada hay en esas acciones generosas, en esa inmolacion voluntaria, en ese sublime sacrificio de las mas caras pasiones, sino un exceso de imprudente celo ó de punible fanatismo. ¡Insensato! Di en ese caso que imprudente y fanático fué el Apóstol de las gentes cuando en su anhelo de padecer por sus prójimos, exclamaba: ¿Quién enferma sin que yo participe de sus mismos padecimientos (1)? Di que tambien lo fué aquel Hombre-Dios, cuya es esta sentencia: «Ninguno posee mayor caridad que quien sacrifica su vida por sus hermanos (2)» Di.... ¿Pero á qué evocar ejemplos estraños? No: ve á presenciar el horrible contraste que forman tus doctrinas con los principios del Evangelio, en la persona misma de Roque. Acércate á ese ser miserable que fuera de la ciudad de Placencia yace arrojado en el suelo, en un solitario bosque, sin que nadie se condeela de su situacion ni le ofrezca el mas liviano consuelo. ¿Le reconoces bien, mundo fementido? Él es el mismo que acaba de prodigar tantos y tan preciosos servicios á la humanidad doliente; el mismo que por ser útil á unos hombres con quienes ningunos vínculos le ligaban, ha sacrificado su salud contrayendo la epidemia reinante; el mismo que poco há hacíase todo para todos sin distincion de clasés, y en quien todos hallaban un amigo solícito y amoroso, Aislado se encuentra y luchando con una fiebre consumidora esé nuevo Job, que momentos hace era el padre del huérfano, el protector del desvalido, el amparo del desgraciado y la visible Providencia de la humanidad afligida. ¿Cómo explicar, pues, tan anómala conducta con quien tan acreedor se hiciera á los servicios de la gratitud ya que no á los sentimientos de la caridad? ¡Ah! en tí mismo tienes la solucion de ese problema. Tú has inoculado en los hombres ese gérmen de egoismo que les hace huir del espectáculo de las ajenas miserias; tú has infiltrado en las almas esa indiferencia glacial que las hace escuchar impasibles los gritos del infortunio; tú has propagado en la tierra esa prudencia carnal que

(1) II. Cor. XI. 29.

(2) Joan. XV. 13.

ni siquiera sabe corresponder á los servicios de la cristiana beneficencia. ¡Esa es tu sabiduría! ¡Esa tu ciencia! ¡Esa tu decantada fraternidad! ¡Esa tu filantropía filosófica!

Y sin embargo, señores, ni aun esto basta á apagar el fuego del amor que arde en el pecho de Roque. Abandonado sin tener como Daniel un profeta compasivo que le suministre algun sustento; solitario como Job, sin contar siquiera con algunos amigos que le ofrezcan el obsequio de sus lágrimas; triste y desconsolado como el hijo de Jacob, sin hallar un corazon simpático en quien depositar sus penas, parece olvidar sus propios sufrimientos para ocuparse de los ajenos. No siente tanto hallarse enfermo, como el verse imposibilitado de poder ser útil á las innumerables víctimas del contagio, cuyos gemidos resuenan incesantemente en su angustiado pecho; y solo pide al cielo la vida, para consagrarla de nuevo en beneficio de sus prójimos. El Señor escucha la plegaria del justo; suminístrale por medio de un perro el alimento necesario para que no sucumba al hambre que le aflige: hace brotar una fuente de agua cristalina que refrescando sus abrasados lábios le restituye súbitamente la salud. Inmediatamente vuelve á entrar Roque en aquella ciudad ingrata; su presencia obra los mas sorprendentes prodigios; el contagio desaparece al hacer sobre los invadidos la señal de la Cruz; por todas partes va dejando las huellas de su caridad inagotable. Solo al ver que un pueblo inmenso corre en pos de él proclamando sus maravillas y ensalzando su santidad, es cuando, incapaz de sufrir los aplausos del mundo, él que tan heroicamente triunfara de sus desvíos y de su negra ingratitud, busca el silencio de la noche, y se apresura á huir á donde no le conozcan, siguiendo el rumbo de la divina Providencia.

Esta le esperaba su última victoria en el Languedoc. Allí como á Pablo esperábanle los hierros, las cárceles, el hambre, la sed, y las persecuciones mas violentas que debian tejer la aureola de su heroísmo. Vedle en efecto hecho el objeto de las mas injuriosas sospechas, á las que daban cierto tinte de verosimilitud su traje pobre y extravagante, su poblada barba, su semblante macilento, y demas circunstancias que en él se reunian. Créese apercibir bajo aquel esterior humilde el mas pérfido espionaje; se le echa mano; y presen-

tado al gobernador de Mompeller, en quien reconoce á su propio tio al que hiciera cesion de todos sus derechos, mándale éste cargar de prisiones y sepultarle en un oscuro calabozo. ¡Oh providencia amorosa de mi Dios! ¿Es posible que así sea tratado como un Cain fratricida, el puro é inocente Abel cuyo corazon no conoció jamás dolo ni mancilla? ¿Habrás de permitir sea víctima de un error, quien con fidelidad tanta, con abnegacion tan sublime, con tan heróico desprendimiento se consagró á tu servicio? ¿No habrá para él un justo que tome á su cargo defender la inocencia oprimida? ¿No habrá para ese Joseph calumniado un alma generosa que haga llegar al trono el grito de la verdad? No, M. A. O.: porque en los adorables decretos del cielo está escrito que Roque encuentre en esa humillacion la positiva gloria á que aspira. No saldrá de esa oscura prision para ocupar el sόlio percedero de los Faraones, como el prisionero de Egipto, y disponer á su arbitrio de los destinos de aquel pais: pero desde ella se remontará al reino celestial, á embrazar la palma de los héroes y ceñir la inmarcesible diadema de los bienaventurados. Bien hubiera podido romper las cadenas de su cautiverio con solo haber pronunciado una palabra; fácil le hubiera sido ver trocada su suerte en un instante, nada mas que con haber declarado su nombre. ¿Y por qué no lo hace? ¿Por qué calla? ¿Por qué no dice que es el legitimo sucesor de aquellos estados? Porque ha jurado vivir y morir ignorado del mundo, y nada será bastante á hacerle desistir de su empeño. Cinco años pasará en aquella situacion angustiosísima tolerando toda suerte de vejaciones y necesidades; cinco años sufrirá con admirable resignacion el hambre, la sed, el frio, el calor, las molestias y privaciones mas amargas; cinco años vivirá en el deshonor y el oprobio, sin interrumpir su heróico silencio, ni desmentir su inquebrantable constancia, porque tras ellos le está reservada una celebridad que solo alcanzan á conquistar á fuerza de dolorosos sacrificios las almas heróicas.

En efecto, el momento se acerca. Roque ve llegar aquella muerte que ha de libertarle de los lazos de una carne corruptible. Una luz celestial le anuncia la proximidad de su rescate. Su alma se lanza gozosa en los brazos del divino esposo que viene á celebrar con ella

las eternas bodas. El Señor la recibe en su seno, y la traslada á la Sion bienaventurada, mientras el cuerpo de nuestro héroe queda estendido en el suelo yerto cadáver. Concluyéronse los sacrificios y comienzan las recompensas; se acabó el combate y empieza el triunfo; huyó la negra noche de las humillaciones de Roque, y amanece para él el claro día de su gloria y celebridad. ¡Cómo es eso? ¡Ah! Es que el cielo ha rasgado el velo que ocultaba el misterio de ese hombre, reputado hasta entonces como un criminal, y ha demostrado su virtud y merecimientos. Mompeller acaba de saber que aquel pobre andrajoso, sepultado en las prisiones como réo político, era nada menos que el príncipe de Narbona, el señor de aquellos estados, el génio de la caridad mas sublime, el ángel protector de tantos pueblos, el triunfador de la peste, el héroe de la beneficencia cristiana. Ninguna duda puede haber desde que la cruz que llevaba esculpida en su pecho, y su nombre grabado en una tabla, han venido á identificar completamente su persona. Desde entonces la cárcel se convierte en un paraíso. Allí acuden en tropel las gentes á alabar al Señor que tales maravillas ha obrado en su siervo, y á tributar á este los mas sinceros homenajes. Cunde de boca en boca aquel acontecimiento tan extraordinario; multiplicanse sobre la tumba del santo confesor los mas visibles milagros; la epidemia cesa donde quiera que es solicitada su proteccion. Francia, Italia, Portugal, España, la Europa entera acepta su culto, y siente los efectos de su benéfica influencia. En toda la Iglesia católica se le dedican altares, y su nombre es el primero que se invoca en los dias calamitosos, para ahuyentar el contagio y contener el brazo airado del Dios de las venganzas. Justa recompensa del héroe que con su abnegacion sublime desmintió los principios de la sabiduría mundanal que cifra la grandeza en el refinamiento del orgullo, y con su caridad heroica combatió y destruyó los principios de ese saber profano que liga la gloria y la inmortalidad á los excesos del mas repugnante egoismo.

Continuad triunfando, oh ilustre Roque, con vuestra intercesion poderosa ante el acatamiento del Señor, de esos azotes calamitosos que vienen pesando sobre nuestras cabezas, en justa espiacion de los excesos con que veces tantas hemos provocado la divina venganza.

Tended una mirada compasiva hácia unos pueblos cruelmente diezmados por la peste, y en los que se enseñorea triunfante el génio de la devastacion y de la muerte. Sed para nosotros el ángel de la paz; interponeos entre las víctimas y el sacrificador, para que cese de ejercer su accion funesta en nuestro suelo ese agente invisible de la indignacion celestial. Conseguidnos sobre todo, que aprovechándonos de estos avisos para rectificar nuestras ideas y mejorar nuestras costumbres, merezcamos obtener aquí la misericordia y el perdon de nuestros pasados estravíos, y gozar despues de la eterna bienandanza prometida á los justos en el reino de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN JOAQUIN, PADRE DE LA SANTÍSIMA
VIRGEN.

Eris quasi hortus irriguus, et sicut fons aquarum cujus non deficient aquæ... Fundamenta generationis et generationis suscitabis... Delectaberis super Domino, et sustollam te super altitudines terræ, et cibabo te hæreditate Jacob patris tui.

Serás como un huerto bien regado, y como un manantial inagotable de donde siempre brotarán aguas puras. Tú echarás los cimientos de una generacion que ha de durar por siglos y siglos. Tendrás tus delicias en el Señor; yo te elevaré á una altura sin igual en la tierra, y te dará la herencia de tu padre Jacob.

ISAÏE LVIII. 11, 12, 14.

FRECUENTE fué entre los antiguos el uso de las alegorias para pintar los grandes objetos y los acontecimientos de sumo interés. Llenas están las sagradas páginas de esos rasgos sublimes, de esas bellisimas figuras, á través de las cuales anunciaron los profetas las magnificencias de aquella religion salvadora en que se fundaban las esperanzas todas de la humanidad. El Mesías reparador, su prosapia segun la carne, sus ilustres triunfos, sus inmensas conquistas, no menos que sus dolorosos sacrificios, todo estaba previsto de antemano, todo fuera asunto de símbolos mas ó menos claros y de insignes vaticinios. Y hay de notable en estas predicciones alegóricas, que muchas de ellas, dejando á salvo el objeto principal á que se refieren, son de una aplicacion inmediata á ciertos personajes con quienes tienen las mas íntimas relaciones de afinidad.

Sin ir mas lejos á buscar pruebas de esta verdad, lástanos consultar el pasaje del profeta Isaías con que acabo de encabezar mi

discurso. Hablando del hombre justo en general, despues de pintar su fisonomia característica, sus cualidades y recto proceder, entra de lleno á trazar el cuadro de sus glorias y recompensas en estos términos: «Serás como un huerto bien cerrado, y como un manantial inagotable de donde brotarán sin cesar las mas puras aguas. »Tú echarás los cimientos de una generacion que durará por siglos y siglos. Tendrás tus delicias en el Señor, yo te elevaré á una altura sin igual en la tierra, y te dará la herencia de tu padre Jacob.» *Eris quasi hortus irriguus, et sicut fons aquarum cujus non deficient aquæ... Fundamenta generationis et generationis suscitabis... Delectaberis super Domino, et sustollam te super altitudines terræ, et cibabo te hæreditate Jacob patris tui.* Yo reto á cualquiera á que, despues de leido con atencion este pasage profético, me diga si no parece escrito espresamente para delinear la gran figura del ilustre patriarca San Joaquin, cuya memoria solemnizamos. Por mí sé decir, que no encuentro en él una sola palabra, una circunstancia, siquiera la mas mínima, que no cuadre á ese justo de la antigua ley, reservado en los altísimos decretos de la Providencia para ser padre de la criatura singular y única entre todas las de su sexo, que mereció la honra de dar á luz al Salvador del mundo. ¿Acaso no fué el verdadero huerto que, secundado con el riego de la divina gracia, hizo brotar de una tierra estéril la mas lozana flor del campo, la cándida azucena de los valles, la rosa purpurina de Jericó, María? *Eris quasi hortus irriguus.* ¿No fué un manantial riquísimo de donde brotó aquella fuente misteriosa, cuyos raudales, estendiéndose por todo el globo, han llevado á todas partes la fertilidad y la abundancia de los dones celestiales? *Et sicut fons aquarum cujus non deficient aquæ.* ¿No fué el tronco de una descendencia ilustre, de una generacion llamada á perpetuarse á través de siglos y siglos, como padre legítimo de la venturosa Virgen nazarena, de la cual nació Jesus, el deseado de los collados eternos, el príncipe de las eternidades, el dominador del orbe, cuyo imperio no tiene fin? *Fundamenta generationis et generationis suscitabis.* Y, por último, ¿de quién con mas propiedad que de Joaquin pudo decirse que tuvo sus delicias en el Señor, de quien fué abuelo en el orden de la genera-

cion humana, que fué elevado sobre los mas altos personajes de la tierra, y entró á disfrutar la herencia de su padre Jacob? *Delectaberis super Domino, et sustollam te super altitudines terræ, et cibabo te hæreditate Jacob patris tui.*

Tan extraordinaria es la grandeza, tan sublime la gloria de nuestro Santo Patriarca. Rarisima debió ser su virtud, altos sobre toda ponderacion sus merecimientos, para lograr una honra que le coloca en primer término en la esfera de lo humano, haciéndole tocar tan de cerca lo infinito, lo inmenso, lo divino, atendidas sus estrechas é inmediatas relaciones con el Verbo, á quien plugo encarnar én las castísimas entrañas de su hija predilecta. No intento, M. A. O., engolfarme en ese océano, en que acaso quedaria sumergida mi inteligencia; estoy muy distante de imaginar siquiera la posibilidad de entrar en el inconmensurable abismo de las magnificencias de San Joaquin bajo este punto de vista. Si hablo de su incomparable felicidad en ser padre de la augusta Virgen María, solo os la presentaré como producto de su consumada justicia. Me ocuparé de su santidad y perfecciones para deducir de aquí cuán digno fué de tan alta recompensa. Así que mi idea culminante será presentaros en Joaquin el tipo del hombre justo en su mas bello ideal, atrayendo sobre sí las divinas bendiciones, elevándose por su virtud á la mas alta dignidad, y conquistando una gloria á que jamás llegaron los mas célebres personajes históricos.» Tengo propuesto, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Una maldicion terrible pesaba sobre la desventurada humanidad, desde el fatal momento en que su jefe y representante osó temerario aspirar á la ciencia del que le habia formado del polvo. Pero al lado de ese mismo anatema iba unida una bendicion copiosa, una promesa de consuelo, una esperanza de paz que los siglos se trasmittian unos á otros, y los pueblos perpetuaban en sus tradiciones, en

sus ritos, en sus costumbres, acompañándoles á través de sus emigraciones, porque á ella estaban ligados su porvenir y sus destinos. La mujer destinada á quebrantar la cabeza de la serpiente seductora, era el único objeto á que se dirigian los votos y las plegarias de un mundo desheredado y envilecido; su gran figura descollaba donde quiera en los vaticinios de los patriarcas, en las predicciones de los videntes, en las alegorías bíblicas; y hasta en los mitos paganos leíase de antemano el nombre de la Virgen-Madre, llamada á dar á luz el Reparador de la raza proscrita. En pintar de antemano su beldad divina, su dulzura incomparable, su carácter simpático, sus instintos de misericordia, su pureza sin segunda y todas las dotes de su alma agraciada, empleáranse las riquezas de la elocuencia, los encantos de la poesía y cuanto de maspreciado se encuentra en la naturaleza. Y no era de extrañar que todo se agotase en trazar el bosquejo de la que debía aparecer en la tierra como un prodigio nuevo y nunca visto, pues que en ella y por ella debian realizarse los grandes misterios preparados á vuelta de cuatro mil años de una espectacion universal.

Esta mujer, esta virgen, este fenomenal portento debía no obstante nacer de una raiz estéril é infecunda, de un árbol añoso, casi seco y despojado de su verde ramaje. Hacíase preciso que la raza de David hubiese perdido su antiguo esplendor y se hallase en completa decadencia, para que el vástago del tronco de Jessé, previsto mucho antes por Isaias, brotase mas lozano y bello, segun la observacion de San Gerónimo. ¿Y quién era el varon sobremanera dichoso al cual estaba reservada la gloria de engendrar esa criatura singular? ¿Quién debía ser el huerto misterioso, en cuya tierra naciese esa planta exótica destinada á embellecer el universo, á aromatizarle con su fragancia, y á enriquecerle con sus sazonados y abundantes frutos? ¿Quién la fuente preciosa é inagotable de la cual habian de saltar los raudales puros de la gracia y de la santidad para regar y hacer fecunda la estéril tierra del corazon humano, agostado en fuerza de tantas desgracias? Aquí, señores, represéntaseme, como en un fantástico panorama, esa sucesion de justos, de patriarcas venerables, de profetas inspirados, de guerreros, de reyes y demas célebres

personages, cuyos nombres figuraron con tanta gloria en el antiguo testamento. Veo á un Noé íntegro, incorruptible, único que Jehová encuentra merecedor de ser preservado de la gran catástrofe en que se propone esterminar la humanal raza, para perpetuar en él sus promesas de misericordia: y sin embargo, desciende á la tumba sin haber visto su deseado cumplimiento. Veo á un Abraham, hombre de fé tan prodigiosa, que arranca para su posteridad las mas amplias bendiciones: y no obstante, muere sin el consuelo de verlas verificadas, si bien con la grata esperanza de que se realizarán en sus hijos. Veo á un Jacob, cuya piedad y religion le conquistan un alto renombre; á un Joseph, cuya pureza é intachable probidad logran abrirle el camino á los mas elevados destinos, hasta ser llamado Salvador de Egipto; á un Moisés, denominado Dios de los Faraones por la influencia irresistible que ejerce cerca de ellos como libertador de un pueblo oprimido; pero todos, unos en pos de otros, tornan al polvo de donde salieran, formando votos porque Jehová abrevie los dias destinados á poner término á los males de la humanidad. Tras estos vienen los Jobs sencillos, rectos y temerosos de Dios, los Davides virtuosos y llenos de piedad, los Jonathás prudentes, fieles y caritativos, los Nathanes celosos de la gloria del Señor, los Elias ardientes y fervorosos, los.... Me canso, A. O. M., de reproducir nombres ilustres, y ninguno de ellos me ofrece el escogido por el cielo para dar cima á sus decretos reparadores. Todos al irse á reunir con las cenizas de sus padres, saludan desde su lecho de muerte á la Mujer divina prometida en el primitivo Eden; sus casi apagados ojos dirigen hácia el Oriente, de donde ha de venir la salud de Sion, y consagran una lágrima de amor y de esperanza al génio celestial que un dia debe quebrantar los hierros del infortunado Israel.

Llega empero la época designada por Daniel y marcada por Jacob; y allá en un rincon de Galilea, en la modesta Nazareth, de donde segun se dijera un dia no podia salir cosa buena (1), preséntase el varon justo por excelencia, el hombre dichoso á quien estaba vinculada la gloria de engendrar segun la carne á la Virgen predes-

(1) Joan I. 46.

tinada, á la vencedora del soberbio Lebiatan, á la reparadora de la estirpe culpable, á la madre futura del Mesías suspirado. Su nombre es Joaquin, de la tribu de Judá, vástago ilustre de la familia de David, y unido en matrimonio á Ana, noble como él y entroncada con los antiguos Aaronidas. Poco importa que por efecto de vicisitudes harto sensibles se vea despojado del brillo de su cuna, y reducido á un estado de pobreza estremada, el que hubiera podido disputar el cetro y aspirar al s6lio que ocuparon sus abuelos. Poco es que una s6rie de sucesos desgraciados le hayan lanzado desde la cumbre del honor á lo mas profundo del abatimiento, y haya visto desaparecer los t6tulos y blasones de su cuna juntamente con la esperanza de volver á reconquistar su perdida gloria. ¡Ah! Mas grande que todo eso es su virtud; y á manera de esas encinas seculares, que ven pasar sobre sí los huracanes y las tormentas sin que logren doblegar ninguna de sus robustas ramas, así Joaquin por entre pruebas tan amargas y reveses tan sensibles, ni un solo instante ve vacilar su constancia, ni una sola vez ve debilitarse su fé; ni el mas leve menoscabo experimenta en su acendrada virtud. De él parecia haberse escrito cuanto en los libros santos hay de mas bello y elocuente para pintar la fisonomia del hombre justo. Era el varon predicho por el Salmista cuya voluntad, fija siempre en la ley del Señor, ocupase dia y noche en meditar sus grandezas. Era el cedro plantado junto á las corrientes de las aguas, cuyas hojas nunca marchita el cierzo abrasador. Era la gallarda palma del desierto, siempre lozana en medio de los abrasadores rayos del sol; era el árbol gigantesco de Daniel, cuya copa tocaba las estrelladas bóvedas del firmamento, y sus raices penetraban en las entrañas de la tierra. Y así convenia fuese el hombre que atesoraba destinos tan sublimes. Si el hijo de Esaí designado por el profeta para subir al trono de Israel, vió derramarse instantáneamente en su corazon el espíritu del Señor segun la frase de la Escritura (1), imagínese qué de dones, qué de gracias, cuántas virtudes y magnificencias no debió atesorar aquel hombre designado á ser, no ya monarca de un reino

(1) I. Reg. XVI. 13.

percedero, sino padre legitimo de la que un dia seria aclamada reina universal de cielos y tierra, emperatriz soberana del orbe, y madre augusta del Dios de las eternidades. Es de todo punto incuestionable que Joaquin debia merecer tanta dicha por premio de una vida pura, santa, perfecta, y tal que no pudiese admitir rivalidad ninguna; puesto que si otro mas digno hubiese existido, él hubiera sido el agraciado por aquel Señor que en su estricta justicia pesa los quilates de la virtud para decretar sus recompensas. Segun este principio, tenemos derecho á creer y consignar como una verdad que no admite la menor duda, que en Joaquin encontró Dios el bello ideal de todas esas grandes virtudes y perfecciones que debian embellecer al que iba á ser padre de la criatura mas santa, pura y perfecta de las nacidas y por nacer; una humildad tal, cual convenia al que iba á engendrar de su propia sangre á la que, humillándose hasta lo mas profundo del abatimiento, conquistaria las bendiciones de todos los siglos; una pureza tan perfecta, cual correspondia al que iba á dar la vida material á la Virgen de las vírgenes, llamada á sobrepujar en esta linea á los mismos ángeles; una obediencia tan exacta, cual debia resplandecer en quien iba á legar su nombre á la que, obedientísima á los decretos del cielo, sacrificaria gustosa hasta su propio Unigénito; una resignacion tan sublime, cual cumplia al que iba á producir el fenómeno mas extraordinario de paciencia y sufrimiento que jamás contemplará el universo.

Nunca empero brilló tanto el heroismo de Joaquin, como en aquella amarga prueba con que al cielo plugo acrisolar su fidelidad. Ninguna union, dice Santa Brígida, hubo en la tierra tan santa y tan perfecta como la de esos dos castos esposos; y sin embargo, nadie como ellos fué afligido y atribulado. Identidad de pensamientos, conformidad omnimoda de ideas, unas mismas aspiraciones, igual deseo de agradar á Dios y servirle, formaban de aquellos dos séres un solo corazon, una sola alma, una sola y concorde voluntad. Era Joaquin el robusto olmo que, émulo de la virtud de los bienaventurados, estendia hasta el cielo su copudo ramage. Era Ana la yedra cariñosa que, enlazándose á él amorosamente, aspiraba á llegar á su misma altura. Y á pesar de todo esto, Jehová les hiriera á ambos

con un mismo dardo; la esterilidad era para uno y otro una fuente envenenada de disgustos y sinsabores, que amargaban su pacífica union, haciéndoles comer el pan desabrido de las lágrimas y dándoles á beber el vino mezclado de hiel y agenjos. Solo quien haya comprendido bien lo que era entre los hebreos semejante desgracia y la significacion que se daba entonces á la falta de sucesion, pudiera penetrar el dolor, la afliccion, el tormento que debia causar á Joaquin y Ana verse ya en una edad provecta privados de posteridad. El oprobio, la infamia, el desprecio, la aversion, el anatema pesaba sobre ellos; y al descender al polvo del sepulcro, debian llevar consigo el hondo pesar de no dejar tras sí un heredero de su nombre que pudiese optar al parentesco con el futuro monarca de Israel. ¡Oh! Allí fué donde Joaquin hubo menester de una virtud á toda prueba para sobrellevar semejante infortunio. Allí fué donde su paciencia debió aparecer mas inalterable que la del antiguo príncipe de Idumea, su resignacion mas heróica que la del profeta de Silo, su fé mucho mas sublime que la del padre de los creyentes, su constancia mas inquebrantable que la del héroe del Carmelo, y su abnegacion superior á la de todos los justos que venian formando la gloria del pueblo de Dios. Y lo fué tanto, que mereció ver realizada en su persona la gran prediccion de Isaías; «tú echarás los cimientos »de una generacion que ha de durar por siglos y siglos. Tendrás »tus delicias en el Señor; serás elevado á una altura sin semejante »en la tierra, y recogerás la herencia de tu padre Jacob:» *Fundamenta generationis et generationes suscitabis... Delectaberis super Domino, et sustollam te super altitudines terræ; et cibabo te hæreditate Jacob patris tui.*

En efecto, M. A. O., cumplido ya el plazo prefijado al desenvolvimiento del plan concebido en la mente divina, el mundo iba á ver brotar la cándida azucena de los valles, la rosa de Jericó, la raiz de Jessé, de la cual debia surgir el ilustre vástago en que estaban depositadas las esperanzas de la humanidad. Las miradas todas del mundo dirigíanse hácia el Oriente, de donde segun los antiguos vaticinios levantábase el bello sol de Justicia. No hay quien no espere con ánsia el momento de contemplar la aurora esplendorosa del gran

dia prometido á la raza de la mujer culpable. ¿Quién será el mortal venturoso á quien quepa la dicha de dar á luz á la Virgen-madre del Mesias? Tal era la pregunta que generalmente se hacian cuantos estaban interesados en la pronta realizacion de un acontecimiento de tamañas consecuencias: pero quizás ni á uno solo le ocurriera la idea de que tan magnífica promesa estuviese vinculada á los oscuros y atribulados esposos de Nazareth. ¡Y ellos eran no obstante, sin saberlo ni menos imaginarlo, los depositarios de tan gran tesoro, los herederos de tan feliz esperanza! Harto habian apurado el cáliz de la tribulacion; demasiado esperimentáran la mano huesuda de la adversidad. Habian pasado por el agua y el fuego, y como el oro de buena ley resistieran á tan prolongado ensayo, saliendo de él depurada su fé, abillantada su caridad, y su justicia sin el menor quilate de imperfeccion. No podia tardar, pues, la recompensa, ni ser escaso el premio de tanta virtud. ¡Oh! Alégrate Joaquin, depon tus vestiduras de luto, engalánate con el traje de júbilo, pues el cielo ha escuchado tus oraciones, ha aceptado tus votos, ha visto tus lágrimas, se ha complacido en tu justicia, y ha decretado hacerte padre de una descendencia mas numerosa que la de Abraham. Tú serás el árbol que ha de producir el delicioso fruto que, en oposicion al que en el Paraíso perdió al linage humano, ha de salvar cumplidamente la estirpe desheredada de Jacob.

Así se lo anuncia un celestial mensaje, haciéndole sabedor del gran misterio que envuelve su prodigiosa fecundidad. Poco despues el oráculo se cumple, concibiendo Ana en una edad en que segun todas las leyes naturales creeriase imposible tan éstrordinario suceso; y llegada la época del alumbramiento, Joaquin se encuentra hecho padre de la que es el gozo del mundo y el tesoro codiciado por toda la humanidad. No hay lengua bastante elocuente á pintar esta escena. Es indudable que el Santo Patriarca debió en aquellos momentos tener una noticia circunstanciada de las cualidades singularísimas de aquella hija que el cielo le concediera y de sus futuros destinos. Y al contemplarse tan feliz, tan favorecido y recompensado, su alma rebotaría en júbilo celestial, su corazon saltaría de gozo, y en un éxtasis de reconocimiento y de amor esclamaría: «¿De dónde á mí, Se-

»ñor, tan inefable honra? ¿Cómo ha podido merecer el mas indigno de
» vuestros siervos tener por hija á la que un dia ha de ser madre bien-
»aventurada del Redentor prometido? ¿Qué viste en mí para elegirme
»entre tantos varones justos por padre de la que está destinada á en-
»cerrar en su seno las riquezas de la salvacion, el principio de la vida,
»la libertad de los siglos pasados y venideros, la gloria de todas las
»naciones, la bienandanza del hombre en el tiempo, y los tesoros de la
»eternidad? ¡Oh! Ven á mis brazos ,hija benditísima, permite que el
»decrépito autor de tus dias te estreche contra su seno, ya que tú
»colmas hoy mis dilatadas esperanzas y las de las pasadas edades,
»haciendo que descienda á unirme con mis padres lleno de consuelo.
»Abrase el sepulcro y reciba en buenhora mis fatigados miembros: gus-
»toso bajaré á él, dejándote á tí que encierras los misterios de la felici-
»dad de las generaciones por venir. Yo te saludo, aurora brillantísi-
»ma del divino sol, corredentora del hombre, reparadora de la culpa,
»restauradora de la ruina que causó la desobediencia de la Eva rebel-
»de, consuelo de todas las desgracias, remedio universal de todos los
»infortunios, paño de lágrimas de todos los atribulados, y asilo co-
»mun de todos los pecadores. Por todos los reinos de la tierra no
»cambiaría yo la dicha que hoy poseo al ver en tí la mujer fuerte,
»la criatura privilegiada, la virgen fecunda que viene á desterrar
»para siempre el principe de las tinieblas, á destruir el imperio de
»Satanás, á hacer menudos pedazos la altiva cerviz de la antigua ser-
»piente, á pactar una alianza eterna entre el cielo y la tierra, á es-
»labonar el hombre con Dios, á restablecer en su primera dignidad
»la obra grande del Criador, á asentar las bases de una paz perdu-
»rable, y á cambiar los destinos del mundo. ¡Señor! Cumplidos ya
»en mí los decretos de vuestra Providencia, nada me resta sino que
»dispongais de mi existencia: pues no es posible sobreviva largo tiem-
»po un pobre mortal á la posesion de tan gran tesoro.»

Tales debieron ser los afectos y sentimientos de Joaquin. Y á la verdad, M. A. O., que bien considerado, hay motivos poderosísimos para asombrarse en vista de la elevada dignidad de nuestro santo Patriarca. Si heróicas en alto grado fueron sus virtudes, tampoco pudo ir mas lejos la recompensa. En presencia de tanta gloria, todas

las agigantadas figuras del antiguo Testamento achicanse y desaparecen de la escena. Ya no me parecen dignos de admiracion todos aquellos personajes que tan alta celebridad han conquistado en la historia. ¿Qué significan al lado del esposo de Ana, ni el padre de la heroína de Bethulia, libertadora de su patria y vencedora de Olofernes, ni el de la famosa Esther, á quien debió la vida toda la nacion judia condenada á una horrible venganza, ni el de la Jael intrépida que supo destruir de un golpe la prepotencia de Sisara, ni el de aquella Dévora tan animosa, ante quien se vió postrado el cruel Jabin y deshechas sus formidables huestes? ¡Ah! Todo calla, todo cede ante un hombre, poseedor de la dicha sin par de ver nacer de su propia sangre la Virgen á quien los vaticinios de cuarenta siglos, las alegorias de los tiempos patriarcales, los símbolos proféticos, y la voz constante y uniforme de todos los pueblos venian anunciando como un prodigio nuevo y nunca visto, del que estaban pendientes los mas caros intereses del universo. Con harta razon observa San Epifanio que su mismo nombre envuelve una grandeza sobrehumana, puesto que Joaquin equivale á «preparacion del Señor (1).» Y de hecho, en él preparó la divina Providencia los gérmenes fecundos de la felicidad tan suspirada; en él nos dió la raiz venturosa de donde brotó el odorífero pimpollo que, al abrir su delicado cáliz, inundó con su fragancia toda la tierra; en él el tronco robusto del cuál salió la cándida azucena inaccesible á las espinas de la corrupcion universal; en él el gallardo cedro de que fué fabricada la verdadera y misteriosa arca, en la cual se salvaron las reliquias de Israel; en él el artífice del templo vivo y humanado en que plugo al Señor habitar corporalmente, y manifestar la gloria de su divinidad; en él, en fin, al que con su propia sangre contribuyó á la formacion de aquel ser dichosísimo; en cuyo seno tomó carne y sangre el Verbo increado para realizar sus designios de amor y de bondad.

«¡Feliz mil veces, esclamaré con San Juan Damasceno, oh Joaquin, esposo dignísimo de Ana! ¡Cuánto os debe el linage humano! De vuestras manos ha recibido el dón mas precioso, el mas inestimable beneficio que jamás pudiera desear, cual fué la madre venturosa

(1) S. Epiph. Orat. de laud. Virg.

» del Redentor de todo el mundo. ¡Gózate en buen hora, varon justísimo, pues te ha sido dada una hija que á su vez hará nacer el ángel del gran consejo, el Dios salvador de todos los humanos! ¡Oh pareja sin semejante en la felicidad! El fruto de vuestra santa union da bien á conocer vuestros altos merecimientos. Solo á vosotros fué concedido producir en tiempo el tesoro de la virginidad que estaba oculto en la mente divina desde antes de los siglos (1).»

Cesemos ya de asombrarnos, M. A. O., de la celebridad que ha adquirido en todo el orbe católico el nombre de San Joaquin, y de la confianza con que por su mediacion imploran los pueblos las misericordias del cielo. ¿Qué argumento mas concluyente en favor de su influencia poderosa ante el divino acatamiento que su misma paternidad? El que fué padre dichosísimo de la que hoy es reconocida en toda la cristiandad por depositaria y dispensadora única de todos los dones de Dios, ¿no tendrá para con ella todo el valimiento propio del que siempre y donde quiera tiene un derecho indisputable á llamarla hija? ¿Acaso porque ella se vea sublimada á la altura de un trono sostenido por querubines, ha podido perder Joaquin los titulos que le dió la naturaleza? Jamás. Y si su cualidad paternal le hace tan digno de ser escuchado por María, ¿qué confianza no debe inspirarnos para recurrir á él en nuestras necesidades?

Muchas son, oh Joaquin dichosísimo, las que actualmente nos afligen. Harto las sabes, y supérfluo seria enumerarlas. Mucho puedes, mucho vales para con esa Virgen escelsa en quien funda la humanidad su más firme apoyo. Interpon con ella tus ruegos, reitera en su presencia tus gestiones, haz valer si es necesario tu paternidad, recuérdala que tú la recibiste en tus brazos al nacer, dila que tus lágrimas bañaron mas de una vez sus virginales megillas, y que tus venerables labios imprimieron el primer ósculo de amor en su angelical semblante. Imposible será que con tales precedentes no sean despachadas favorablemente tus súplicas en favor de tus fieles devotos. Siendo tú nuestro intermediario, y contando con tu influjo, nuestra paz en el tiempo estará asegurada, y podremos esperar tranquilos el dia de nuestra perdurable felicidad.

(1) S. Joan, Dam. Orat. de Nat. B. M. V.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN BERNARDO, DOCTOR DE LA IGLESIA.

Implevi cum Spiritu Dei, sapientia, et intelligentia, et scientia in omni opere.

Le llené del Espíritu de Dios, del espíritu de sabiduría, de inteligencia y de ciencia en todas sus obras.

EXOD. xxxi. 3.

HAY un hombre que, al decir de un sábio escritor, ha personificado en sí mismo todo su siglo, todo su país, y toda la cristiandad. Hay un génio que desde lo mas oculto de los yerros llegó á dominar el mundo intelectual, sometiendo al yugo de Dios las cortes de los monarcas, las escuelas de los sábios, los ejércitos, las poblaciones, las sociedades, y hasta el trono mismo de los sucesores del Pescador. Hay un Santo que, en medio de la barbárie y de la ignorancia que pesaban sobre la Europa, apareció como un apóstol, como un profeta, como un ángel, llenando de asombro á toda la tierra con su predicacion, doctrina y milagros, de los cuales el mas estupendo fué su misma vida. Hay un sábio que parecia llevar sobre sí todo el peso de los negocios de su época, y toda la gloria de las gigantescas concepciones verificadas en bien de la humanidad, realizando en su persona el tipo de la regeneracion social, el bello ideal de la civilizacion católica, la sublime definicion del progreso científico y moral.

No necesito nombrarle. Desde luego habreis comprendido que aludo al ilustre Bernardo, al génio de la edad media, al héroe de las cruzadas, al monje guerrero, que lanzó todo el cristianismo sobre el Asia, para defender el sepulcro de Cristo y reconquistar las libertades europeas insultadas y holladas por el despotismo musulman, al defensor intrépido de la Iglesia, al incansable perseguidor de los enemigos del catolicismo, al fenómeno mas extraordinario que vió en sus dias el mundo cristiano.

¿Quién como Bernardo supo comprender las necesidades de una sociedad en cuyo seno hormigueaban los vicios, las pasiones habian salvado la valla de la religion, los cismas desgarraban en mil girones la misteriosa túnica de esa reina del universo, las luchas intestinas fraccionaban los pueblos, manteniendo siempre encendida la tea de la discordia, introducíanse los errores mas absurdos á la sombra de una literatura nueva y seductora, y hervian donde quiera los elementos de la mas completa anarquía intelectual? ¿Quién mejor que él supo hacer frente á la tortuosa marcha de las ideas, modificar los hábitos, rectificar las aspiraciones, dar un fuerte impulso á las buenas doctrinas, fomentar los sanos principios, promover los pensamientos de pública utilidad, é imprimir en su siglo un caracter diferente, operando en él la mas feliz revolucion moral? Abstraído en la soledad, santo en los cláustros, festivo en medio del gran mundo, edificante en los palacios de los príncipes, de una energia admirable en el desempeño de los negocios públicos confiados á su cuidado, celoso en el mantenimiento de la disciplina eclesiástica, incansable en espiar constantemente los pasos del error, interesado cual ninguno en los progresos del verdadero saber tanto como en desterrar la ignorancia y en estimular el talento, prudente y sóbrio en el ejercicio de su autoridad no menos que en el uso de la universal influencia que llegó á obtener en los destinos de su época, lleno en fin del espíritu de Dios, espíritu de sabiduría, de inteligencia y de ciencia en todas sus obras, fué el nuevo Beseleel escogido por el Señor, para llevar á cabo la reconstruccion de su tabernáculo y el ornato del templo augusto de la religion y de la sociedad cristiana, para embellecer la Arca misteriosa del nuevo Testamento, dar mas lustre y brillo al culto ca-

tólico, y colocar en el seno de las tinieblas que rodeaban el horizonte intelectual el candelabro de la verdad, destinado á iluminar los pueblos, mostrándoles el camino del positivo progreso y de la verdadera civilizacion: *Implevi eum Spiritu Dei, sapientia, et intelligentia, et scientia in omni opere.*

Aunque en tosco y descolorido boceto, teneis trazado el carácter del santo Abad de Claraual, del sábio, del eminente, del dulcísimo doctor San Bernardo que hoy venimos á solemnizar. Escusado me parece detenerme en largos preámbulos, cuando las glorias de ese gran génio son tan conocidas, y brotan por decirlo así en todas sus acciones, en todos sus escritos, en toda su historia: puesto que toda ella está llena de recuerdos del mas alto interés, de hechos ilustres bastantes á inmortalizar su memoria, de monumentos que han sobrevivido á la accion corrosiva del tiempo, de beneficios que no han podido sepultar en el olvido la negra ingratitude ni la pérfida malignidad de sus émulos, de portentos que hablan por sí solos un lenguaje mas elocuyente que cuantos elogios han consignado las mas hábiles plumas. Si alguna cosa me tiene indeciso en el que hoy debo pronunciar, es únicamente la eleccion del asunto; pues en la múltiple variedad de ideas que despierta en la mente el nombre de Bernardo, no es tan fácil como parece unirlas todas en un solo haz sin tener que omitir algun rasgo, quizás el mas importante de su asombrosa vida. Como quiera que sea, voy á ensayar este proyecto, y si en su desempeño no soy tan feliz como quisiera, culpád mi insuficiencia, pero no dudeis de mi sincero y ardiente entusiasmo hácia ese célebre personage del siglo XII. Mi objeto es presentarle á vuestra admiracion como un «génio fenomenal, que dirigido en todas sus acciones por un espíritu de sabiduria, de inteligencia y de ciencia superiores á su época, supo influir en ella de un modo admirable prestándola servicios importantísimos y del mas alto interés religioso y social, recogiendo á la vez las glorias del porvenir y los elogios de todos los siglos.»

Tu elocuente lengua necesaria yo en este momento, oh dulcísimo Bernardo, para elogiar dignamente tus prodigiosos triunfos. Mas ya que esto no me sea dable, dignate al menos interponer tus ruegos ante aquella escelsa Virgen que causaba tus deliciosos éxtasis. A ella

recurriremos todos con el más ardiente entusiasmo, y para obligarla la saludaremos con las sublimes palabras del ángel.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

El sol que alumbrára al siglo undécimo, proyectaba sus últimos resplandores sobre un horizonte preñado de pardas y siniestras nubes. Con faz repugnante y tristísimos auspicios anunciábase su sucesor, rico con el funesto legado de ignorancia, de errores, de superstición, de anarquía y de crímenes que aquel le transmitiera, cuando en el castillo de Fontaine cerca de Dijon, nacia por los años 1091 de la ilustre familia de los condes de Chatillon y de Langres el gran personaje de la edad media; el alma de la sociedad cristiana en aquella época de corrupcion y libertinage; el insigne Bernardo, llamado por el cielo á ser en la tierra el instrumento de sus designios providenciales con relacion á la Iglesia y al estado, en unas naciones harto necesitadas de una mano poderosa, bastante á contener la impetuosa marcha de las pasiones, y el desbordamiento desencadenado de los desórdenes reinantes. Su madre, que privada de sucesion le recibiera como un dón de Dios, habiale consagrado á su servicio desde que le llevaba en el seno: y ciertamente que no tardó él en realizar los felices pronósticos que acompañaron su concepcion, y en corresponder á las esperanzas que hiciera despertar, cuando la virtuosa esposa de Tescelino le vió en sueños á manera de un perrillo cuyos continuos ladridos resonaban sin cesar en sus oidos. Ya en edad temprana habiase dedicado al estudio profundo de las letras humanas, en las que hiciera progresos que parecerian fabulosos, á no tener en cuenta que sobre poseer un ingenio despejado y un talento precoz, era el Señor quien derramaba en él profusamente el espíritu de sabiduría, de inteligencia y de ciencia, destinado como estaba á ser en su dia el hombre grande de su época, superior á ella en mucho por sus raros conocimientos, y por el ascendiente poderoso que ejerceria en sus destinos. Era empero necesario que

antes se iniciase y amaestrase en la sublime ciencia de los santos, combatiendo sus propias pasiones, rectificando las inclinaciones de los sentidos, precaviendo los estravios de un corazón impresionable y dispuesto naturalmente á amar, y fortificándose contra las luchas del porvenir, él que en su mismo semblante llevaba el elemento mas ocasionado á la ruina de su virtud, él que en la belleza angelical y en las dotes naturales con que plugo al cielo enriquecerle, tenía de continuo el mas formidable enemigo de su inocencia y candor.

No empañará empero la hermosura de su alma el venenoso aliento del mundo. Necesariamente habrá de verse en graves conflictos, resistir terribles embates, experimentar continuos peligros, hacer frente á la seduccion, pelear como David á brazo partido con horrendos mónstruos, triunfar como Sanson de procaces Dalilas que tenderán lazos á su virtud. Mas ni en una sola ocasion quedará vencido el que está llamado á proporcionar á la religion y á la sociedad tan ilustres victorias y tan brillantes laureles. No tardará en sacrificar el rango, las riquezas y los placeres con que le brinda su ilustre cuna á la noble resolucion de ser únicamente el hombre de Dios. Ocupado desde su juventud del gran misterio de la vida, preguntábase muchas veces: «Bernardo ¿á qué has venido?» Y persuadido de que su vocacion era el retiro de la soledad, donde debia prepararse para las grandes empresas del servicio de Dios, de la Iglesia y de la sociedad, corre con treinta jóvenes contemporáneos suyos á sepultarse en la abadía del Cister. Y ved á nuestro héroe comenzando á ejercer en su familia aquella maravillosa influencia, que estendiéndose un dia á todo su siglo, debia producir los mas beneficiosos resultados. ¿Quién es ese génio tan extraordinario que á la edad de veinte años aparece en el mundo como un ilustre conquistador, que arrastra en pos de sí lo mas florido de la juventud francesa, hasta el punto de tener las madres que ocultar á sus hijos, y las esposas á sus consortes, temiendo verlos desaparecer de su lado, atraidos por la irresistible voz del joven y ardiente predicador? ¿Quién es ese hombre que triunfando de la resistencia de seis hermanos suyos, que con el mas tenaz empeño se opusieran á su resolucion, logra afiliarlos á su nueva milicia y conducirlos consigo á la soledad?

Bernardo era quien desde allí despoblaba las ciudades, convertia en yermos las poblaciones, operaba la mas extraordinaria revolucion en las ideas, y conseguia sobre el vicio y las pasiones los mas maravillosos triunfos. Desde allí llamaba á su hermana Hombelina, única que habia quedado en el gran mundo, y trocando su corazon ardentemente apasionado por las frivolidades del lujo y de la vanidad, convertíala en una víctima ilustre de la Cruz. Desde allí escribia á su sobrino Fulques estas elocuentísimas palabras: «Levántate, »oh soldado de Cristo, sacude el polvo que te cubre, vuelve al combate. Despues de una cobarde fuga, mayor será tu merecimiento »y mas gloriosa tu victoria, si tornas á ocupar el sitio del peligro »que abandonaste, y lleno de nuevo valor luchas intrépido contra el »enemigo. ¿Crees acaso evitar su presencia huyendo de él? No, que »él persigue con mas tenacidad al tráfuga que le vuelve la espalda, que al atleta que le presenta el rostro. Despierta del profundo »sueño en que yaces sumergido. Ven á combatir por Cristo y con »Cristo. Huyendo, tu derrota es segura; pero muriendo, conseguirás infaliblemente los laureles del vencedor. ¡Desgraciado de tí si »esquivando el combate, pierdes á la vez el triunfo y la corona!»

Seguidle si os place á Claraval, sitio lúgubre y sombrío, situado en las orillas del Auba, denominado Valle de Absinto, á donde con una colonia de jóvenes discipulos va á zanzar los cimientos de su futuro Orden. Allí acuden en tropel numerosos prosélitos ansiosos de compartir con Bernardo las austeridades de una vida mas angélica que humana, cuyos rigores bastarian á hacer estremecer nuestra exagerada sensibilidad. Y no se crea que un misticismo indolente fuese el único móvil de las conquistas de aquel génio llamado á fomentar el progreso producido por el cambio de los tiempos, mariándole prodigiosamente con el anonadamiento del hombre ante Dios. No eran los monasterios, en las sublimes miras de Bernardo, un simple asilo para los que querian huir del bullicio del siglo, sino un albergue donde la virtud buscaba la fuerza necesaria para combatir y guiar la marcha de ese mismo mundo. «Quería, dice un sábio historiador, que el hombre penetrado de su nada, se sintiese al propio tiempo poderoso sobre la naturaleza y la sociedad: dester-

rado, pero activo, porque en la actividad fundaba el principio de la salud y el germen de las acciones virtuosas. En Claraval, pues, no reinaba esa muelle inercia que enerva las facultades fisicas é intelectuales. Las letras, las artes, la agricultura, el estudio de los grandes monumentos del humano ingenio, el cultivo y desmonte de los terrenos estériles, la conservacion de las antigüedades históricas, todo se unia allí admirablemente á la contemplacion de las cosas divinas y al olvido total de lo terrestre. Viérais aquel valle profundo rodeado de elevadas montañas, cubiertas de espesos bosques, sembrado por do quiera de activos agricultores que se ocupan en las respectivas labores que les están designadas. Viérais reinar allí durante el dia el silencio de la noche, interrumpido únicamente por el golpe de las bazadas, ó por el canto de los piadosos obreros, silencio que sorprende hasta el punto de que nadie se atreveria á hablar de cosas profanas. Viérais á Bernardo en medio de aquella colonia de virtuosos cenobitas, usando de un rigor estremado consigo mismo, pero influyendo en sus discípulos con el ascendiente de sus ejemplos, y obligando con ellos á la práctica de una regla austera, de la predicacion y de todos los demas trabajos del sacerdocio. Tal vez absorto en sus meditaciones acontecióle beber aceite en vez de agua, sin notar la equivocacion, y costear el lago de Constanza sin apercibirse de sus admirables bellezas. Cubierto de un áspero cilicio, aunque de complexion débil y estremadamente delicada, alimentándose con las yerbas y raices del campo, bebiendo el agua de los manantiales y reposando sus fatigados miembros sobre el duro suelo, y cuando el cansancio le obligaba á pagar á la naturaleza este tributo, hecho un cadáver ambulante en fuerza de sus ayunos y abstinencias, atento siempre á dirigir á su nueva familia y á fomentar en ella el espíritu de la mas alta perfeccion, siendo la norma y el ejemplar de todos con su conducta irreprochable, con su humildad profundísima, con su ciega obediencia, con su incansable laboriosidad, sabia hermanar perfectamente las cualidades del solitario con las graves ocupaciones del hombre público; porque destinado á influir poderosamente en los destinos de su época, á la que supo sobreponerse con sus conocimientos, inteligencia y sabiduría, ja-

más le faltaron ocasiones en que desplegar en bien de ella su acción benéfica.

Desde el fondo de la soledad, donde se inspiraba su alma grande y generosa, velaba Bernardo sobre toda la cristiandad. Jamás hombre alguno ejerció sobre las inteligencias un imperio tan extraordinario. Armado de todo el poder de la religión y de la elocuencia, simple abad de Claraval, sin títulos, sin carácter público, cuando salía de su retiro, tan robusto de voluntad como débil de salud, y se presentaba en medio de los pueblos y de las cortes, las austeridades de su vida impresas en una fisonomía bella y noble, llenaban todos los corazones de amor y de respeto. Si tronaba contra los públicos desórdenes, al eco de su voz veíanse los pueblos prorrumpir en amargo llanto, humillarse los reyes bajo las reprensiones del hombre de Dios, cual si éste hablase por sus labios; y no una sola vez fué Bernardo quien trazó las condiciones de los tratados entre los príncipes de Europa. ¡Oh! ¿Quién podrá decir hasta dónde llegó su ascendiente en este punto? Dijérase que todos los asuntos de la Iglesia y de la sociedad descansaban sobre sus hombros, y que á él se habían confiado los destinos del mundo, puesto que él fué el móvil y el alma de cuanto en aquella época se verificó de grande, de bello y de heroico. El Cister y Claraval no eran bastantes á contener la gloria del nuevo apóstol, legislador y hombre de estado. A aquellas célebres abadías dirigíanse, como ahora á las grandes capitales, las correspondencias y las misiones de todas las cortes europeas. A ellas acudían á aprender la ciencia de gobernar y la ciencia de la salvación, Conrado, hijo del duque de Baviera; Enrique, hijo de Luis el Craso; Gumard, rey de Cerdeña; Amadeo, su pariente cercano; Othon, hijo del emperador de Alemania, y otros ilustres príncipes de las primeras casas reales. Allí iba á morir en santa paz Gelasio, vencedor del emperador Enrique; y Pedro, rey de Portugal, que solo llevara el designio de manifestar al abad de Claraval su gratitud por una victoria atribuida á sus plegarias, no pudiendo resistir al poderoso influjo de su santidad, fué al fin á terminar los días de una existencia azarosa en aquel asilo de la calma y de la virtud, bajo la cogulla del monje que prefiriera á la fastuosa púrpura. De allí salía

tambien el Benjamin predilecto, el hijo querido de Bernardo, Eugenio III, para ocupar la silla de San Pedro y tomar las riendas del mundo católico, dignidad cuyo peso cayó todo entero sobre los hombros del padre, proporcionándole hartos trabajos, fatigas, desvelos, lágrimas y sinsabores, al par que ocasiones infinitas en que desplegar su génio extraordinario, su rara prudencia, su tacto delicadísimo, su sabiduría y prevision original en el desempeño de los mas árduos negocios. Escuchad, porque son dignas de oirse, las siguientes palabras que Bernardo escribia á los cardenales con motivo de esta eleccion, en las que, al par de su elocuencia arrebatadora, brilla la espresion mas genuina de su influencia universal. «Perdóneos Dios, esclamaba. ¿Qué habeis hecho? ¿Por qué habeis llamado al gran laberinto del mundo á un hombre que tocaba ya al borde de la tumba? ¿No advertís que sublimando á mi hijo á la cumbre del honor, habeis sobrecargado de negocios y cuidados á quien solo aspiraba á concluir el resto de sus dias en la tranquilidad de su retiro? ¡Vosotros obligais á mezclarse entre los pueblos y á aparecer en la escena del mundo á un hombre crucificado al mundo, y que no pensaba sino en vivir como el último de todos en la casa de su Dios! ¿Cómo, pues, os habeis atrevido á trastornar de esta suerte los designios del pobre? ¿Quién os sugirió la idea de sembrar de abrojos y espinas los senderos por donde marchaba, estraviándole de su camino y embarazando su marcha?» Con harto sentimiento me veo precisado á omitir los brillantes rasgos de esta carta en la que proyecta como en un diáfano cristal toda la fisonomía, todo el carácter de aquella alma tierna, ardiente, apasionada, celosa, llena de angelical dulzura, á la vez que noble, generosa, activa y emprendedora.

Y en efecto, ¿quereis ver á Bernardo influyendo prodigiosamente en el porvenir del cristianismo y de la Iglesia universal? ¿Os place contemplarle impresionando vivamente á los Pontífices, á los reyes, á los estados y á las poblaciones en masa? Pues seguidle en sus expediciones, acompañadle en sus viajes, observad sus trabajos, admirad su inquietante solicitud por todo cuanto tiende á mejorar su siglo y operar en sus destinos la revolucion mas beneficiosa. Aquí le

vereis predicando contra los vicios reinantes, reformando las costumbres relajadas del clero, protegiendo al débil y desgraciado, asistiendo á las asambleas populares, interviniendo en las diferencias promovidas entre los monjes y los eclesiásticos, haciendo severos cargos á los obispos que descuidan su rebaño por ingerirse en los asuntos del siglo, censurando las debilidades de los papas, altamente perjudiciales á la independencia de la Iglesia, y dando consejos espirituales y temporales á los prelados mas eminentes y á los mas elevados príncipes, que los reclamaban de todas partes llenos de confianza en su génio y en sus virtudes. Allí le encontrareis luchando con el error, impugnando los abusos introducidos á la sombra de la ignorancia, atacando sin miramientos las pasiones de los poderosos, la loca ambicion de los altos barones, y la petulante vanidad de ciertos génios superficiales, aviesos y corrompidos, que sembraban la cizaña de sus perversas doctrinas en el seno de la Francia. Si la religion le llama á sostener sus dogmas contra las sofisticas argucias de Pedro Abeilardo, que hasta en las materias teológicas queria hacer de bello espíritu, introduciendo el veneno de la heregia bajo las flores de una estudiada elocuencia, Bernardo vuela al momento, atraviesa los Alpes, da por do quiera el grito de alarma contra el novador, y acepta el singular combate que aquel le ofrece, logrando pulverizar sus doctrinas. Si surge un nuevo discípulo del precedente denominado Arnaldo de Brescia, hombre procaz, turbulento, hipócrita, cuyo fanatismo dió lugar á que, encendiéndose en aquel pais la tea de la discordia civil, corriese la sangre de los ciudadanos divididos en encarnizados partidos, Bernardo es el ángel del Dios de las batallas que marcha á blandir la espada de su palabra con el pertinaz hereje, y sus redoblados golpes tajan, cortan, destrozan y hacen menudos pedazos la cabeza de la hidra infernal. ¡Qué robusta, qué varonil se mostraba su elocuencia cuando escribia contra esos dos hombres de perdicion! «¡Alerta!, decia, ¡vigilancia contra » Abeilardo! Hemos escapado del leon, pero hemos caido en manos » del dragon. La Abeja que estaba en Francia ha llamado con sus » silbidos á la que estaba en Italia, y ambas se han unido contra el » Señor y su Cristo...» Y sabido es el brillante triunfo que Bernardo

consiguió de uno y otro en el Concilio de Sens, donde deshaciendo con singular maestría las sutilezas con que encubrian sus errores, les forzó á reconocer las verdades católicas.

No salió mejor parado de sus manos el cisma que á la sazón dividía la Iglesia. Cuando dos pontífices á la vez se disputan la legitimidad de su eleccion, Bernardo es el llamado á decidir aquel negocio que tenia en conflicto á toda la cristiandad. Con la celeridad del rayo vuela á la ciudad de Estampes donde se hallaban congregados todos los prelados de Francia bajo los auspicios de Luis el Craso, acompañados de muchos príncipes de sangre real. A él se somete el fallo de aquella controversia, confíasele la decision de aquel negocio en que estaba interesada la causa de la religion y de la sociedad, obligasele á pronunciar una sentencia definitiva: y él con una sola palabra hace calmar la efervescencia del numeroso partido que apoyaba las pretensiones del turbulento Analecto, pronunciándose en favor del virtuoso Inocencio II. Su voz es escuchada como un oráculo divino, créese oír en Bernardo la inspiracion del cielo. En vano el rey de Inglaterra, titubea, vacila, duda y se resiste. El santo abad calma la inquieta conciencia del príncipe con estas palabras: «Pensad únicamente en dar cuenta á Dios de los demas pecados de vuestra vida; por lo que hace á este, yo cargo con toda su responsabilidad.» Y esta sola espresion es suficiente para decidir al rey á someterse á su fallo. Inocencio atraviesa la Francia, pasa por Alemania, entra en Italia, y vá á sentarse en el trono pontificio, sin otra proteccion que la del humilde abad de Claraval. ¡Tan prodigioso era su ascendiente sobre una época que dominó con sus talentos, ciencia y admirables virtudes! ¿Obstinase la iglesia de Milan en sostener el partido del Anti-papa? Bernardo es enviado con dos cardenales á sofocar aquella tempestad. Su marcha se vé sembrada de prodigios. Al atravesar los Alpes, los pastores que pastaban sus rebaños y los habitantes de las campiñas bajan de las alturas para saludarle á su paso. No bien le descubrian de lejos, prorrumpan en gritos pidiéndole su bendicion; y al retirarse á sus cabañas, felicitábanse de haberle visto levantar sus manos para bendecirlos. Llegado á Milan, su presencia escita el entusiasmo público, y es tal la afluencia de gentes que rodean su

morada que le es imposible salir, y se ve obligado á mostrarse en las ventanas, bendiciendo desde allí la muchedumbre que le aclama santo. Y en medio de tantas honras, objeto de tan lisonjeras demostraciones, brindado muchas veces con la mitra, con la púrpura romana y aun con la tiara de que por dos veces dispuso á su placer jamás Bernardo quiso aceptar nada del mundo, nunca su corazón se adhirió á las vanidades humanas, ni una sola vez se dejó mover su corazón por las seductoras glorias del tiempo; tornaba á su amado retiro con la misma calma, con igual recogimiento, con idéntica humildad que de él saliera para prestar sus servicios á la religion y al estado; y lamentándose de verse obligado á vivir con harta frecuencia en el centro de las grandes poblaciones, decia suspirando á sus monjes: «¡Cuán felices sois en vuestro tranquilo reposo! Yo soy como el pájaro débil y sin plumas, siempre fuera del nido, espuesto á las tempestades, como un hombre ébrio en medio de las agitaciones y tinieblas, donde se estinguen y desvanecen todas las luces de mi razon!»

Pero no bien Bernardo habia gustado de nuevo las ocultas delicias de la soledad, se veia obligado de nuevo á renunciar á ellas por ir á ejercer su benefíciosa influencia en los mas delicados y comprometidos asuntos, á que era llamado por los reyes, por los pueblos, por las córtes ó por la Silla Apostólica. Imposible es seguir á ese ángel del desierto en sus correrías, viajes y escursiones por el servicio de Dios y de la sociedad. Nada os diré del ardiente celo que mostró en sosegar las turbulencias de Flandes y Sicilia, del fino tacto con que calmó las pretensiones exageradas de la Inglaterra, y de su consumada prudencia en conciliar las exigencias de la Alemania, cuando nuevas chispas volvieron á encender el fuego del cisma mal apagado. Preciso me es pasar en silencio el heroísmo con que se opuso como muro de bronce á Guillermo Duque de Aquitania, quien sostenido por las intrigas de Gerardo, obispo de Angulema, fomentaba la escision y promovia los mas lamentables desórdenes: hiriendo á éste con el rayo fulminante de la cólera celestial, y obligando á aquel á humillarse en su presencia, á dar una satisfaccion completa á la iglesia á quien affigiera, y á entrar en el seno de la

unidad católica. Tampoco me detendré en referiros el triunfo que consiguió de Lotario, rey de los romanos, convenciéndole con su irresistible elocuencia, y consiguiendo de él cesase de molestar al legítimo Pontífice en el uso de su independencia espiritual. Seguidle vosotros, si podeis, al Concilio de Placencia, donde reconcilia á los de Pisa con los Genoveses; á la corte de Rogerio, rey de Sicilia, do marcha á combatir los planes de un purpurado su protegido, empeñado en sostener una lucha tenaz con la Santa Sede; á los estados del Duque de Saubia y del emperador de Alemania, entre los cuales se interpone como legado de la Silla Apostólica, para zanjar las diferencias que existian entre ambos príncipes. Pero ¿cómo sería dable alcanzar los pasos de un hombre que parece multiplicarse y bilocarse, puesto que casi á un mismo tiempo se le encuentra presidiendo aqui los Concilios, combatiendo allí á los hereges, decidiendo mas allá en las córtes de los soberanos las mas árduas cuestiones de paz y de orden público, presentándose unas veces á la cabeza de los ejércitos, mostrándose otras en medio de los campamentos, admirando á la vez á Claraval con la sabiduría de su gobierno, á Paris con su rara elocuencia, á Reims con su predicacion, á Milán con sus milagros, á Roma con su celo, á Tolosa con su doctrina, y á todo el mundo católico con el heroismo de sus empresas?

Jamás olvidará la Europa la influencia de ese gran génio, cuando emprendió la difícil y comprometida mision de lanzarla toda entera sobre el Asia, en la gran cruzada que predicó por mandato de la Santa Sede. Entonces pareció tener en sus manos todas las poblaciones para disponer de ellas á su voluntad. Sus predicaciones á campo raso decidian á los reyes de Francia y á los emperadores de Alemania á tomar parte en aquella guerra santa. Sobre un alto tablado levantado en la plaza pública de Vezelay en Borgaña, apareció el modesto monje al lado de Luis VII y demas dignatarios de su corte. Habló de las funestas nuevas que tenia de Palestina, añadiendo: «que el Dios del cielo habia empezado á perder una porcion de su territorio, y que era preciso correr á reconquistarle. Y ¡ay de aquellos, exclamó, cuya espada no se tiña en sangre infiel en defensa de los derechos de la Cruz!» A estas palabras desplégase repentinamente el mas inde-

finible entusiasmo; todos solicitan la Cruz con instancia; y no bastando las que tenia preparadas el abad de Claraual, se vió obligado á desgarrar su túnica para hacer otras con que satisfacer la impaciencia de los que las pedian. Desde allí mismo escribia Bernardo al sumo Pontífice: «Vuestra autoridad ha hecho fecunda mi obediencia; las ciudades y los castillos quedan desiertos, no encontrándose por todas partes mas que viudas y huérfanos, cuyos maridos y padres están vivos.» Palabras que espresan á la vez que el ardor de su elocuente celo, la influencia regeneradora que ejercia en la sociedad aquel génio fenomenal y extraordinario, cuya actividad lejos de extinguirse con los años parecia acrecerse cuanto mas se aproximaba al fin de su carrera. Enfermo ya y sumamente debilitado, corria todavia á Metz en 1153, último año de su vida, para reconciliar aquella ciudad con los lugares circunvecinos; y al apagarse en la noche del sepulcro aquella antorcha luminosa que tanta claridad proyectára sobre su siglo, trasformándole completamente con su saber y apostólicas virtudes, dejaba en pos de sí cerca de mil abadías fundadas por él, filiaciones de Claraual, y un orden ilustre cuya celebridad es harto conocida por los inmensos servicios que ha prestado al mundo, á través de mas de seis siglos. Y no hablo de aquellos tiempos heróicos en que no se salia del Cister ó de Claraual sino para ceñir la mitra, la púrpura ó la tiara, y en que los gérmenes de santidad sembrados por el ilustre fundador eran tan fecundos que llegó á prohibirse en un capitulo general la canonizacion de nuevos santos, «temiendo que con la multitud de ellos llegase á envilecerse la santidad (1)» como dicen las crónicas de ese admirable instituto. ¿No se ha visto posteriormente surgir de ese semillero de sábios los hombres mas ilustres en todos los ramos de la ciencia, los prelados mas insignes, y mil ingénios que han immortalizado las glorias del hombre grande de la edad media?

Aquí me es preciso concluir, pues demasiado he abusado ya de vuestra indulgencia sin haber podido empero decir mas que una pe-

(1) Ne multitudine sancti vilescerent. Ap. Madrol. Magnif. de San Bern.

queña parte de las grandezas de San Bernardo. Sin embargo, abrigo la conviccion de que este tosco bosquejo que mi inesperta mano ha trazado, si no basta á presentaros con su verdadero colorido el inmenso cuadro de sus virtudes, trabajos, é insignes beneficios hechos en bien de la Iglesia, del estado y de la sociedad, será lo suficiente para haceros comprender lo mucho que en todos conceptos debe el mundo al santo abad de Claraval, al consultor de los pontífices, al oráculo de los reyes, al apóstol de la Europa, al héroe de las Cruzadas, al perseguidor incansable del vicio, al apologista decidido de la verdad, al adversario tenaz de la heregía, al impugnador del cisma, al reconciliador de los pueblos, al pacificador de los reinos, al restaurador de la disciplina monástica, al reformador de las costumbres públicas, al eco de la civilizacion cristiana, al génio fenomenal que, dirigido en todas sus acciones por un espíritu de sabuduría, de inteligencia y de ciencia superiores en mucho á su siglo, supo influir en él de un modo admirable, prestándole servicios importantísimos y del mas alto interés: *Implevi cum Spiritu Dei, sapientia, intelligentia, et scientia in omni opere.*

Continuad, oh dulcísimo Bernardo, continuad desde la mansion de los justos ejerciendo ese mismo ascendiente sobre una sociedad harto necesitada por desgracia, de poderosos elementos de restauracion, despues de tantas ruinas hacinadas por el génio del mal en su funesta marcha en derredor del orbe cristiano. Velad por esa Iglesia que tanto arrebató vuestro celo y entusiasmo; defended esos dogmas que os inspiraron tan sublimes pájinas; promoved esas verdades que sostuvisteis con tan irresistible elocuencia; mirad por esa corporacion religiosa por cuyo sostenimiento os impusisteis tan penosos sacrificios. Sed en fin el alma de nuestra actual sociedad como lo fuisteis de la vuestra, dirigiéndola por los caminos del bien, desarraigando de ella los funestos gérmenes de impiedad que esterilizan las inteligencias y secan en los corazones las fuentes de la virtud, principio fecundo de lo bello, grande y heróico; á fin de que marchando todos por las vias del verdadero progreso personificado en la idea católica, logremos en la tierra la dicha que anhelamos, y en el cielo la inmarcesible corona de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN BARTOLOMÉ, APOSTOL!

Annuntiaverunt opera Dei, et facta ejus intellexerunt.

Anunciaron las obras de Dios, y comprendieron sus portentosos hechos.

PSALM. LXIII. 40.

¡Cuán magnífico es Dios en su santidad! ¡Cuán terrible es su poder! ¡Cuán incomprensible su sabiduría! Su gloria anuncianla constantemente el cielo y la tierra; su providencia la proclaman el día y la noche, el frío y el calor, las escarchas del invierno y los ardores del estío, las flores de la primavera y los sazonados frutos del otoño. El siglo que fenece trasmite al que viene en pos de él monumentos mil de la infinita majestad del que en el seno de la eternidad midió los períodos del tiempo; la generacion que cae dice á la que sobre ella se levanta á quién debe el sér; y en ese movimiento incesante de razas que se estinguen y se renuevan, de tronos que se derrumban para hacer lugar á otros, de imperios que desaparecen para ser reemplazados por los que les empujan; solo el que á todos estos acontecimientos preside, persevera inmóvil sobre su eterno pedestal, en tanto que la creacion entera, al pasar delante de él, le rinde vasallage, y desde la mas insignificante á la mas gigantesca de sus obras esclama: «Tú nos hiciste!» *Ipsse fecit nos.*

Imposible parece que, ante un espectáculo tan majestuoso, haya hombres que todavía permanezcan ciegos, y se resistan á reconocer ese cúmulo de perfecciones infinitas que brillan en el Sér Supremo. Los hay por desgracia, los hubo en todos tiempos: y esa insensata ceguedad de los mortales que se negaron á ver en las obras del Altísimo su adorable esencia; obligóle á enviar su Unigénito al mundo para que le instruyese y aleccionase por sí mismo, ya que no escucháran la voz de la naturaleza, tan elocuente y persuasiva. Ni aun esto bastára para conseguir el fin apetecido. El Verbo-Dios halló en la tierra émulos; su doctrina tropezó con pasiones poderosas que la hicieron frente; mil elementos de repulsion sistemática opusieron al desarrollo del nuevo Evangelio; el Cristo subió á una cruz, y en ella murió á manos de los mismos que con tanto anhelo esperaban su venida. Pero allí quedó juzgado el mundo de injusticia y de pecado; allí la fecunda semilla de la verdad recibiera el riego de la sangre divina, con la que iba á desenvolverse lozana y potente; de allí arrancáran los heraldos del Rey-Mártir del Calvario para anunciar á toda la tierra las obras del Señor y los inauditos prodigios de su misericordia y amor, que ellos habian comprendido bajo la enseñanza de tan sublime maestro: *Annuntiaverunt opera Dei, et facta ejus intellexerunt.*

En estas breves palabras del Salmista está compendiada la mision de los primeros apóstoles, y la que tan dignamente supo llenar el héroe objeto de la presente festividad. ¿No fué Bernabé uno de aquellos génius extraordinarios que, partiendo de la cresta del Gólgotha, corrieron como ángeles veloces á predicar en todo el universo la divinidad de Jesucristo, su reino inmortal, su gloria en la ignominia, su triunfo sobre la muerte, su doctrina universal, de la cual debia surgir la nueva civilizacion, llamada á obrar en los destinos humanos la revolucion mas sorprendente? ¿No se le vió confundir con la sabiduría del Evangelio la ciencia orgullosa del paganismo, haciendo las mas admirables conquistas, y obligando á caer de hinojos ante el Hijo de María adorándole en un infame leño á un sin número de idólatras, que hasta entonces escarnecian y odiáran su nombre? Tal se presenta á nuestra vista el antiguo pescador de las

costas de Galilea, el rudo, ignorante y despreciable hijo de Tolmai, elegido por el Salvador del mundo para ser una de las primeras columnas del augusto edificio de la religion cristiana, destinada á dominar en los palacios de los Césares y á sojuzgar á su imperio todo el poder de los tiranos. No nos detengamos á examinar cómo y cuándo pudo adquirir San Bartolomé esa sabiduria portentosa con la que tantas y tan preciosas conquistas hizo para Jesucristo; tampoco nos paremos á investigar el origen de su sobrehumana fortaleza, mediante la cual confundió y postró á los pies del Crucificado la prepotencia y el furor del paganismo. Limitémonos á dar una rápida ojeada por la historia de su vida, y le veremos donde quiera anunciando con su palabra las magnificencias de la religion cristiana, y confirmando con sus acciones la doctrina del Evangelio. Bajo ambos conceptos preséntase nuestro héroe como una demostracion viva de la divinidad de Jesucristo, « haciendo ver al mundo que una doctrina que con el único ascendiente de la persuasion se abria paso en todas partes, llevando el descrédito á todas las escuelas antiguas, no podia menos de ser la obra de Dios, bien así como un culto que donde quiera destruia los altares de la idolatría, sin apoyo ninguno humano, y teniendo contra si las preocupaciones de muchos siglos, debia ser precisamente el único llamado esclusivamente á perpetuarse en la tierra.» *Annuntiaverunt opera Dei, et facta ejus intellexerunt.* Tal es el pensamiento que me propongo desenvolver en el presente discurso, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Mucho tiempo hacia que el mundo venia oponiendo una resistencia tenaz al convencimiento que no hubieran podido menos de crear los prodigios de la creacion en unas inteligencias sanas y despreocupadas. Las maravillosas obras del Omnipotente no encontrarán en los llamados sábios sino indiferencia y desden. Toda la ciencia de

los grandes géñios limitábase á multiplicar sistemas absurdos que, lejos de conducir al hombre al conocimiento de Dios, solo conseguían separarle cada vez mas de su primer principio y único fin. Por eso, dice el Apóstol (1), ya que no bastára el saber humano para convencer al mundo de su error y elevarle hácia el cielo, plugo al Señor salvar la humanidad mediante la sencilla predicacion de aquella cruz, objeto de escándalo para el carnal judío, motivo de befa para el arrogante gentil. Los unos exigian obras estraordinarias: los otros demandaban ciencia. Pero la ciencia y los milagros con que Dios se propusiera confundir la soberbia de sus émulos, hallábanse vinculados á aquel simbolo regenerador en que el Verbo consumó la grande obra de los siglos. Con él debian sus heraldos conquistar las naciones enemigas de la verdad; armados de él debian penetrar á donde ningun guerrero llevara todavía sus formidables huestes; apoyados en él debian invadir los palacios, las escuelas, los liceos, el Areopago, el Pórtico, y sustituir á la civilizacion de la sangre la civilizacion de la fraternidad, á la ciencia del egoismo la ciencia del amor, á la legislacion de la tiranía la legislacion de la paz, al imperio de las pasiones el imperio de la virtud, á la fuerza de la espada la fuerza de la persuasion: demostrando así, que no podia menos de ser producto de un principio divino, una doctrina que de esta suerte lanzaba el descrédito sobre todas las enseñanzas antiguas, frutos del orgullo, abortos del error.

Uno de esos séres privilegiados elegidos por el cielo para operar una revolucion tan sorprendente, fue el apóstol San Bartolomé. Llamado por Jesucristo á formar parte del Colegio apostólico, instruido y aleccionado en su escuela, testigo ocular de sus prodigiosas obras, de su vida admirable y de su trágica muerte, no bien ha recibido en el gran día de Pentecostés el Espíritu Santo, cuando lanzándose como un rayo fuera del Cenáculo, comienza á predicar con feliz éxito la divinidad de aquel que acababa de sucumbir en un infamante suplicio bajo el peso de la calumnia y de la impostura. Empero no siendo la Judea suficiente campo para dar expansion á su

(1) I. Corinth. I. 21 et seq.

ardiente celo, y habiéndole cabido en suerte para llevar la luz del Evangelio la Licaonia, la Albania, las Indias Orientales y la Armenia, parte presuroso á la conquista de aquellos paises desconocidos, cuyos usos y costumbres ignora, atraviesa los mares, salva los golfos, y armada su diestra de la cruz regeneradora, y llevando en su seno el Evangelio de San Mateo, introdúcese por do quiera esclamando como otro Pablo: «¿Qué se ha hecho de los sábios que se obstinan en negar las obras del Altísimo? ¿Dónde están los necios doctores para quiénes la ciencia del Crucificado es una locura? ¿Dónde los espíritus arrogantes que, pasando su vida en investigar y desentrañar los ocultos misterios de la naturaleza, no han encontrado en ninguna parte al Supremo Criador?» *¿Ubi sapiens? ¿Ubi scriba? ¿Ubi conquistator hujus sæculi* (1)? Y así diciendo, vá Bartolomé por aquellas regiones idólatras, anunciando que no hay otro Dios en el muudo á quien la humanidad deba rendir sus adoraciones é inciensos, mas que aquel Jesus que en Jerusalem acaba de morir en un leño por sentencia del Sinedrio; que todas la divinidades ante quienes ciegos se postran, no son sino espíritus maléficis, ó séres inanimados fabricados por el hombre, incapaces de escuchar sus plegarias, é impotentes para dispensarles ningun beneficio; que la única doctrina verdadera es la que él predica, fuera de la cual todo es aberracion, todo mentira; y que sus filósofos, sus sábios, sus maestros, sus doctores, sus grandes celebridades literarias, sus eminentes ingénios, no son mas que unos miserables impostores, henchidos de orgullo, llenos de vanidad, ignorantes y estúpidos juglares, que solo aspiran á dominar el vulgo, especulando con su credulidad en provecho propio, para ejercer sobre sus semejantes el mas insoportable despotismo.

¡Oh espíritu generoso! ¡Oh corazon magnánimo! ¿Qué es lo que intentas? ¿A dónde te arrastra tu celo ardiente y tu insaciable deseo de convertir al cristianismo esas gentes, acostumbradas á no escuchar hasta ahora otro lenguaje que el de las mas seductoras pasiones? ¿Has medido el hondo abismo que debes salvar para acercar tus doc-

(1) I. Corinth. I. 20.

trinas á las que á través de tantos siglos vienen profesando los pueblos que te propones evangelizar? ¿Has estudiado detenidamente sus antiguas preocupaciones, sus hábitos hondamente arraigados, sus corrompidas creencias, entrañadas en su legislación y que forman parte de su nacionalidad? ¿Has meditado bien lo difícil y casi imposible de hacerte comprender de unos entendimientos avezados á no prestar su asenso mas que á los oráculos de sus poetas y sacerdotes, con cuya opinion se hallan perfectamente identificados? ¿Y crees tú poder obligarlos á abandonar unos dogmas que les fueron inoculados con la leche de sus madres, y hacerlos cambiar por el Dios que les predicas unos dioses que aprendieron á conocer y venerar desde la cuna, y á quienes invocaron desde que sus lenguas supieron articular sonidos? ¿No ves que estos dioses les son caros porque autorizan sus mas repugnantes vicios, en vez de que el que tú los ofreces en cambio, no puede menos de inspirarles ódio y repulsion, por cuanto condena y anatematiza su vida criminal? ¿Cómo, pues, te lisonjeas de sustituir á unos dogmas que fomentan el sensualismo y la molicie, otros que imponen el sacrificio del espíritu y el martirio de los sentidos?

Así hubieran apostrofado indudablemente á nuestro celoso Apóstol esos hombres denominados sábios, que despues de haber multiplicado sus brillantes planes de regeneracion social y aturdido al mundo con sus bellas teorías, impotentes para realizar ese lisonjero ideal, solo han dejado tras sí el recuerdo de los trastornos ocasionados por sus nuevas doctrinas. ¡Detente, insensato! diríanle al verle acometer sin el prestigio del poder, sin el aparato de la ciencia, sin el ascendiente del talento, sin poseer en fin ninguna de esas cualidades que constituyen los grandes génios, la árdua empresa de formar nuevos pueblos, de crear nuevas sociedades, de establecer nuevas doctrinas, y de fundar un nuevo culto sobre el culto secular de los ídolos, fuertemente arraigado en unas almas tan indomables como supersticiosas. ¿Quién eres tú, pobre é ignorante pescador, para llevar á cabo una mision tan superior á tus fuerzas? ¿Tanto es tu fanatismo, que esperas ver reemplazados al punto los altares de unas deidades domésticas, ante quienes se ofrecen diariamente sacrificios y libaciones

magníficas, por el altar del hijo de María, crucificado poco há como infame, traidor y sacrilego entre las imprecaciones de todo un pueblo? ¿Tan alto raya tu demencia que crees persuadir fácilmente á unas naciones á donde jamás llegó el eco de la revelacion, que cuanto vienen aprendiendo hasta ahora de sus respetables maestros, no es mas que ridiculos ensueños, y que solo en las enseñanzas del Nazareno se encierra el gran misterio de sus destinos y el gérmen de su eterno porvenir?

Pero las ideas de Dios distan infinitamente de las ideas del hombre: y como el fundador del cristianismo no se propusiera estender y propagar su imperio en virtud de los cálculos de la ciencia carnal del mundo, y sí mediante la ignorancia de la Cruz, de aquí aquellos resultados maravillosos que sus apóstoles obtenian donde quiera que llevaban su palabra civilizadora. Ved cómo á la voz autorizada y enérgica de Bartolomé, retiemblan los cimientos del vetusto edificio de la idolatria, y hasta los mismos ídolos no pueden sostenerse sobre sus pedestales de bronce y de granito. Observad como Astarot queda mudo en su presencia sin poder pronunciar sus oráculos, y Berit confiesa que la causa de este silencio, es aquel extranjero que adora al verdadero Dios cien veces al dia y otras tantas por la noche, invulnerable á los tiros de sus enemigos porque le defiende una brillante cohorte de celestiales espíritus. Admirad cómo el pueblo entero, conmovido en vista de tales portentos, reconoce en el santo Apóstol un génio enviado por el cielo á mostrarles el camino de la verdadera felicidad; y en su consecuencia, disípanse las preocupaciones, ceden á una fuerza desconocida las pasiones mas seductoras é indomables, se opera un repentino cambio en las costumbres, sufren los hábitos una modificacion feliz, destiérrese el error, surge bella y potente la verdad evangélica, decrece el vicio, prepondera la virtud, y derrocados por el lábaro vencedor los baluartes de la supersticion, muéstrase sobre sus ruinas triunfante y victoriosa aquella doctrina celestial llamada á regenerar el universo con sus promesas y esperanzas.

Ahora bien, M. A. O., evocad á vuestra memoria los nombres célebres de esos grandes génios que la historia profana ha inmortalizado

en sus páginas; buscad uno solo que haya conseguido victorias tan brillantes como el pobre pescador de Galilea, elegido por el Hombre Dios para prender en la red evangélica á tantos países idólatras. ¿Hicieron acaso lo que él los Solones, Licurgos, Tulios, Catones, Demóstenes, legisladores unos de gran nombradía, oradores otros de la mas alta reputacion, sábios todos de primer orden, que en sus días fueron el asombro de Roma y Atenas? ¿Tuvieron tanto ascendiente los Xerjes, Alejandro, Césares y demás conquistadores, que en su tiempo hicieron enmudecer al orbe con sus gigantescas victorias? Ni estos con el aparato imponente de las armas, ni aquellos con el influjo de su sabiduría, ni los primeros desarrollando todas las bellezas del talento, ni los segundos mandando numerosos ejércitos, ¿lograron jamás poseer esa fuerza persuasiva que arrastra la inteligencia humana á someterse á unas doctrinas nuevas, desconocidas, repugnantes, que chocan de frente con cuanto de mas caro conoce el hombre, y todo ello á espensas de unas creencias íntimamente identificadas con la educacion, robustecidas por la costumbre, sancionadas por el culto de la familia, y entrañadas en la religion del hogar doméstico? ¡Ah! Nunca esta victoria se debió á los elementos humanos; nunca semejante prodigio fué obra de la ciencia, de la prevision y del cálculo del hombre. Mostrar á unas naciones ciegas y supersticiosas el signo de la redencion del mundo; mandarlas que caigan de hinojos en su presencia, y adoren al que en él murió por salvar un linage proscrito; forzarlas á despedazar sus ídolos de oro y plata, y á no reconocer otro Dios mas que á un Ser que no pudo evitar ser la victima inocente del ódio y de la calumnia; conseguir que el grande y el pequeño, el sábio y el ignorante, el anciano y el niño, el sacerdote que quema inciensos profanos, y el pueblo que lleva al altar las víctimas, todos á la vez abracen un código cuya primera palabra es de abnegacion, y su última página termina en el sacrificio de sí mismo; ¿puede verificarlo quien no sea Dios, ó su enviado para anunciar las obras maravillosas de su infinito poder?

Tal fué San Bartolomé, y de aqui los prodigios inauditos de su palabra creadora. Viéraisle correr de ciudad en ciudad, sembrando donde quiera la semilla del evangelio, convirtiendo pueblos enteros

á la religion de Jesucristo, sojuzgando los reyes al imperio del rey del Calvario, conquistando los sábios, triunfando de los filósofos, convenciendo á los Sacerdotes, y llevando tras si un numeroso séquito de personas de todas edades, condiciones y fortunas, aprisionadas con los dulces lazos de la verdad que ha logrado reemplazar á los antiguos errores. Viéraisle demoler las aras sacrilegas, arruinar los altares profanos, purificar los templos dedicados á los ritos del paganismo para hacerles servir al culto del verdadero Dios. Viérais en fin, rendirse los entendimientos mas obstinados, ceder á su persuasiva elocuencia los corazones mas empedernidos, arrastrarse en pos de él los mismos que en un principio le opusieran la mas tenaz resistencia, fundarse nuevas Iglesias sobre las ruinas del desacreditado paganismo, acrecentarse los ministros del culto cristiano, propagarse los eternos principios de la moral evangélica, brotar las mas puras virtudes allí donde antes fermentaban los gérmenes de la mas repugnante disolucion..... Y todos estos resultados obtenialos nuestro santo Apóstol sin poseer los secretos de la filosofía de los griegos, sin necesitar de la celebrada facundia de los oradores romanos, sin echar de menos los recursos de esa sabiduría hueca y pretenciosa de que hacen alarde nuestros modernos regeneradores: porque Dios que le escogiera para anunciar en la tierra las maravillas de su poder y los prodigios de su amor, haciéndole el heraldo de su evangelio, el pregonero de su divinidad, el predicador intrépido de su Cruz, el propugnador de su gloria, le comunicó aquella sabiduría celestial que brota de su mismo seno, para que con ella desconcertase los menudados cálculos del hombre, confundiese la presuntuosa arrogancia del siglo enemiga de la simplicidad de la fé, arrancase la venda que cubria los ojos de unos pueblos, viles esclavos de los mas repugnantes errores, y abriese una ancha via á la civilizacion cristiana.

Restábale únicamente á Bartolomé sancionar con sus heroicas acciones la divinidad de aquella doctrina que con su palabra habia predicado: y esto lo hizo sufriendo en confirmacion de ella un nuevo y prolongado martirio. Poco importa que ciertas inteligencias mal avenidas con las máximas del Evangelio, é incapaces de comprender el heroismo de un alma que se inmola voluntariamente ante las aras

de la fé, resuelta á sacrificar cuanto hay en el hombre de maspreciado y estimable, cual es la existencia, por sostener unos dogmas divinos en su origen, santos en sí mismos, y evidentemente verdaderos, se obstinan en atribuir á un loco fanatismo esa magnanimidad de los héroes cristianos con la que, haciéndose superiores á todo temor, corren alegres á la muerte, se burlan de los tormentos, insultan los peligros, y pródigos de su sangre, la derraman gota á gota sin desfallecimiento pero sin arrogancia, sin debilidad pero sin orgullo, sostenidos por promesas infalibles y por esperanzas inmortales. La razon misma ilustrada por la revelacion, reconoce y admira en esa inmolation sublime un hecho sobrenatural, un impulso divino, un rasgo de valor sobrehumano, una inspiracion celestial, un testimonio irrecusable de credibilidad en favor de esa religion que así transforma al débil hijo del tiempo en hijo de la eternidad: porque no es dado á la simple naturaleza, por mas que lo contrario intenten sostener los émulos del cristianismo, aceptar con sus solas fuerzas un sacrificio tan doloroso y repugnante sin una asistencia de la divina gracia.

¿Hubiera podido sin ella mostrarse San Bartolomé tan valeroso, tan constante, tan firme é intrépido en la hora del combate? ¿Hubiera podido resistir á un tormento tan prolongado, tan cruel, tan inaudito como el que toleró por la fé de Jesucristo, si un mero sentimiento de entusiasmo, si una ilusion pasagera hija de una febril exaltacion, si el fanatismo de secta, y no un convencimiento profundo de la veracidad de las doctrinas que defendia, hubiesen sido los únicos móviles que le impulsáran? No: que el entusiasmo pasa bien presto, la ilusion se calma, la preocupacion cesa, el fanatismo cede á la vista del horrendo espectáculo de una muerte lenta y dolorosa. Podrá sostenerse un afectado heroismo en los primeros momentos de la lucha, podrá hacer frente á los preludios de un suplicio cercano, podrá conservar la calma ó la audacia mientras la imaginacion se encuentra todavia bajo las primeras impresiones de una idea fuerte y predominante; empero dejad que el hombre se encuentre frente á frente consigo mismo, con su debilidad, con su miseria, con su amor innato al placer, con el sentimiento instintivo de su conservacion, y vereis cambiarse en cobardia su primitiva arrogancia, suceder el

temor á la presuncion, reemplazar el miedo al orgullo, y desvanecerse como el humo todo el facticio aparato de un valor ideal y prestado.

¡Cuán distinto es el entusiasmo inspirado por la religion! ¡Cuán diverso el heroismo de los mártires de la verdad! Contemplad á Bartolomé en la horrenda lucha que le presenta el paganismo. Se ve acechado continuamente por enemigos encarnizados, á quienes no ha hecho sino colmar de beneficios; y no por eso deja de predicar la doctrina salvadora cuyo depósito se le ha encomendado. Presiente la venganza con que le amaga un pueblo tumultuoso, oye los furibundos gritos de los sacerdotes de Astarot y de Berit, que en su despecho no cesan de atizar las pasiones mas innobles y los feroces instintos de las masas contra el desvalido discípulo de la Cruz; y él sin embargo continúa sembrando el grano de la divina palabra, y anunciando las grandezas de aquel símbolo regenerador ante quien caen derruidos los impuros altares de la idólatra Armenia. Observa cual cunde y fermenta de dia en dia el ódio de los magnates que, no pudiendo ver impasibles multiplicarse los sazonados frutos del árbol de la vida, y apiñarse á millares en torno suyo los nuevos adoradores del Dios del Calvario, espian el momento oportuno de deshacerse de un rival tan temible: y él no obstante henchido de amor divino, sin omitir nada de cuanto puede contribuir á la completa conquista de aquellas desgraciadas víctimas del error, antes bien dando nuevo impulso á su celo en proporecion que crece el peligro, nada ansia tanto como sellar con su sangre el testimonio de su fé.

Lo conseguirás, y bien presto, ¡oh ilustre Apóstol! No tardará esa sangre preciosa en correr por el suelo que con tus sudores fecundaste, para hacer brotar de él nuevas y mas lozanas plantas que han de embellecer el ameno jardin de la Iglesia. No necesitas ir mas lejos en busca de esa aureola que ha de coronar tus sienas. Cerca de tí está el que ha de ser el instrumento de tu victoria. Astiages, hermano del rey Polymio á quien nuestro santo convirtiera con su familia al cristianismo, segun una tradicion bastante autorizada, es en efecto el destinado á inmolar la inocente víctima. Seducido por infames consejeros, propónese llevar á cabo los negros proyectos concebidos de

antemano contra Bartolomé. Llámale fraudulentamente á su presencia, exígele que abjure sus creencias, ó de lo contrario le conmina con la muerte. Niégase á ello con energía el Santo Apóstol; y en el momento se ve rodeado de verdugos que estendiéndole en el suelo, comienzan desde luego á desollarle vivo; nuevo y atroz linage de martirio que escedia en crueldad á los peines de hierro, á los caballetes, á los garfios y á cuantos suplicios inventára un dia la barbarie unida á la mas sanguinaria tiranía. ¡Oh! ¡Cuán bello y admirable me parece Bartolomé ofreciendo sobre aquel altar el sacrificio de una vida colmada de merecimientos, rica en virtudes, secunda en triunfos de gran valia! ¡Cómo se complace mi alma en contemplar los torrentes de sangre que corren de sus dilacerados miembros, y su cuerpo todo hecho una ancha llaga por amor de aquel Jesus, cuyo nombre forma en aquellos instantes supremos su mas indefinible éxtasis! Si; tambien Bartolomé observa sin estremecerse aquella cruel escena; tambien él se mira con sereno semblante despojado de la piel por la mano de sus verdugos; tambien él fijos sus ojos en la estrellada bóveda donde contempla las magnificencias de la creacion, sonrie gracioso al aspecto de una palma de inmarcesible verdor que los ángeles le traen del trono del Cordero. ¡Salud, triunfador ilustre! El lugar de tu suplicio se ha trocado en un nuevo campo de tus conquistas. La fé se ostenta mas radiosa y divina en medio de los tormentos que sufres con tan extraordinario heroismo. La religion cristiana adquiere una gloria incomparable en virtud de tu constancia, que empieza ya á creerse producto de un principio sobrenatural, no pudiendo concebir que un simple mortal se sobreponga á tantos y tan horribles tormentos. Desde esa cátedra ensangrentada anuncias las obras de la Omnipotencia, y evidencias los prodigios de la divinidad de una manera irresistible. ¡Dichosos los que dóciles á esa voz muda pero elocuente se persuadan de la veracidad de las doctrinas que has predicado! ¡Ay empero de los que obstinándose en no escucharla persistan en sus errores!

Así se verifica, M. A. O. Vista por el paganismo su impotencia para triunfar con el dolor del magnánimo Apóstol, concluye de un golpe con su preciosa vida. La cabeza de Bartolomé rueda por tierra

bajo la espada del tirano. Cree este haber vencido, saciando en aquella inofensiva víctima su loco furor; pero no tarda en convencerse de que el triunfo pertenece á aquel hombre que vé á sus piés yerto cadáver. El es quien con sus palabras y acciones ha demostrado las magnificencias de la religion cristiana y la divinidad de su augusto fundador; él quien ha lanzado el descrédito sobre las doctrinas del filosofismo idólatra, y manifestado ser obra exclusiva de Dios ese Evangelio que, apoyado únicamente en su misma veracidad y sin otros elementos que la persuasion, ha sabido abrirse paso en todos los paises; él quien levantando altares, construyendo templos, fundando iglesias, y multiplicando donde quiera los adoradores de Jesucristo, ha hecho ver cuán vanamente lucha la mentira contra la verdad, la fuerza material contra la idea cristiana, la tierra contra el cielo, la ciencia de la carne contra la sabiduría de la Cruz: puesto que un culto que no cuenta en su favor ni el poder de los reyes, ni la influencia del oro, ni el prestigio de la autoridad, antes bien se halla en abierta oposicion con todos esos elementos, y tiene contra si las preocupaciones de tantos siglos, invade no obstante todo el mundo, destruye las aras profanas, reemplaza á los sacrílegos misterios de la idolatría, se ostenta robusto en medio de las persecuciones, fuerte en los mas rudos combates, invulnerable á los tiros de las mas poderosas pasiones, y llamado á perpetuar su imperio sobre las ruinas de todos los cultos.

Tal es la victoria de nuestro héroe. Sobre su misma tumba muéstranse visiblemente los prodigios del cielo y las obras de la divinidad. Aquí se vé á Astiages y sus satélites finir sus dias con una muerte horrorosa; allí los sacerdotes de los idolos atormentados por los espíritus infernales; mas allá la tierra que con espantosas convulsiones amenaza tragar en sus abismos á un pueblo que ha manchado sus manos con la sangre del justo. Entre tanto el paganismo llénase de pavor; las preocupaciones idólatras ceden á la irresistible fuerza de la verdad evangélica; el cristianismo adquiere de dia en dia un terreno inmenso; los restos sagrados del mártir reciben los mas sinceros homenajes de una piedad ferviente; y la Armenia, y la Albania, y las Indias Orientales, y los numerosos pueblos evangeli-

zados por Bartolomé, celebran sus glorias, preconizan sus triunfos, perpetúan sus hechos prodigiosos, é inmortalizan su heroísmo.

Tambien á nosotros, oh Apóstol Santo, nos cabe una gran parte en esa victoria que reportaste del error. Y por lo tanto nos asociamos llenos de entusiasmo á los sentimientos de esos paises que engendraste para Jesucristo, anunciándoles sus obras, y predicándoles sus magnificencias. Como ellos fuimos nosotros estraídos de las tinieblas y llamados á la luz clara del cristianismo por otro Apóstol Santo, compañero de tus fatigas, y enviado como tú por el Hombredios á mostrarnos el camino de la vida eterna. Haz, pues, que este recuerdo nos sirva de aliciente para marchar siempre por la senda de la verdad, huyendo de los peligros que amagan nuestra fé, é imitando tu constancia en sostener las creencias que recibimos de nuestros padres. Si como tú no somos llamados al apostolado de la predicacion y al martirio de los héroes, tenemos no obstante que llenar el apostolado del ejemplo, y nos está designado el martirio de la abnegacion y de la caridad. ¡Ojalá sepamos corresponder dignamente á este llamamiento, para despues gozar contigo la eterna felicidad de la gloria!

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SAN LUIS, REY DE FRANCIA.

In gentibus multis non erat rex similis sibi.

En muchas naciones no habia un rey semejante á él.

II. ESDR. E. XIII. 26.

AL pronunciar el nombre de San Luis, cuya memoria solemniza hoy la Iglesia católica, despiértanse en el alma los mas bellos recuerdos, y surgen en la mente las mas grandiosas ideas. A él van ligados hechos de inmenso interés, y acontecimientos cuya influencia solo puede desconocer el que no haya jamás leído las sublimes páginas de su historia. Difícil es decidirse á escoger entre los diversos tipos que presenta ese ilustre personaje, en quien brillan á la vez el gran génio, el gran monarca, el sábio legislador, el político consumado, el héroe inimitable y el santo por excelencia. Todas esas prendas, de las cuales una sola bastaria para inmortalizar la memoria de un hombre en los anales de los pueblos, hállanse reunidas en el augusto hijo de Blanca de Navarra en un grado eminente, sin que la una deslustre ni menos perjudique á la otra. ¡Tan identificadas se vieran entre sí en aquella naturaleza poderosa al par que rica! Así que, á través de seis siglos que han trascurrido desde que se eclipsó para el mundo ese astro de primera magnitud, y á vuelta de tantos trastornos y de revoluciones tan profundas como se han sucedido en el órden social, hoy no menos que entonces puede decirse lo que del

hijo de David consignáron los libros santos, y de nuestro héroe repetirán mas de una vez sus contemporáneos, á saber: que en la multitud de naciones que pueblan el globo no se encontró un rey semejante á él: *In gentibus multis non erat rex similis sibi.*

Si licito me fuese establecer paralelos, ajenos al sitio que en la actualidad ocupo, fácil me seria evidenciar la inmensa ventaja que llevó San Luis á los mas insignes y encomiados monarcas de Israel. Justamente los dos mas célebres que registra en sus fastos la historia antigua, á pesar de su indisputable mérito y reconocida virtud, no supieron sobreponerse á las miserias de la degradada naturaleza, y echaron sobre su nombre una mancha que en vano intentaria borrar el tiempo. Sabido es cuán lastimosamente se olvidó un dia David de lo mucho que á su Dios debía, sacrificando en un momento de delirio á una pasion punible un corazon cortado á la medida del de Dios, segun el idioma biblico; y no es menos pública y notoria la escandalosa caida de aquel Salomon tan sábio, tan virtuoso, tan magnánimo, cuya alma, por la vasta capacidad de que fuera dotada, pudo ser comparada en las sagradas páginas á las innumerables arenas que el mar arroja á sus playas. ¡Tan difícil empresa es hermanar las cualidades de un cumplido príncipe con las dotes de un verdadero santo! ¡Tan fenomenal y prodigioso es hallar un hombre en quien ni la práctica de la virtud le impida elevarse á la altura de la ciencia de gobernar, ni los deberes de la monarquía entibien en lo mas leve el fervor religioso de la positiva piedad!

Ambas cosas caminan paralelamente en el grandioso objeto de nuestros cultos. El embarazo, pues, del orador al querer formar el panegirico de San Luis, no está en buscar un digno asunto de edificación, de loa y de enseñanza: la gran dificultad estriba en la eleccion; y seguramente no puede uno menos de titubear indeciso en medio de tantas virtudes y de tanta gloria. Cuando se medita profundamente acerca de una vida tan colmada de merecimientos y rica en magnificencias de todo género, mas bien que componer un panegirico, se desearia hacer la historia circunstanciada de esa existencia portentosa, que reasume en si una larga época, sobre la cual domina Luis como un génio consolador.

En la imposibilidad de abarcar en mi discurso un plan tan vasto, preciso me será limitarme á una idea que encuentre mas en armonía con las necesidades actuales de nuestra sociedad. Nada, pues, hallo en la vida de nuestro héroe ni mas útil, ni mas conforme á nuestra presente situación que la política cristiana de ese gran monarca. Y no creais que, al espresarme así, vaya yo á lanzarme en el campo resbaladizo de esa política mundanal, personificada en los partidos que fraccionan la humanidad, desgarrando en cien girones el manto de la unidad religioso-social. Bajo un punto de vista mucho mas elevado me propongo contemplar la vida del nieto de Felipe-Augusto. Me refiero á esa otra política única, verdadera y grande, que consiste en hacer reinar á Dios en un estado, para que los hombres sean gobernables y gobernados dignamente. No es ella seguramente la que está en boga en nuestro siglo. Nosotros la hemos reemplazado con la política del interés material. Ahora bien, permitasenos hoy confrontar una y otra, y examinar cuál de las dos es capaz de asegurar el reposo, el bienestar y la felicidad de los pueblos. Al efecto nos bastará desenvolver algunos de los rasgos característicos del Rey Santo, y siguiendo la marcha de sus ideas de gobierno, admiraremos sobre el trono que ocupó con harta gloria para la Francia, todos los beneficios de una administracion sabia y prudente, fluyendo de la religion como de su principio originario donde fué á estraerlos: puesto que al carácter de heroismo que constituye el gran rey, unió maravillosamente las sólidas virtudes que forman al hombre justo; dando con ellas un realce extraordinario á su angusta dignidad, y haciéndolas tanto mas admirables cuanto mas conforme fué á las reglas severas del Evangelio.» Invoquemos ante todo los auxilios del Rey de los reyes por la intercesion de la Reina de los ángeles, dirigiéndola la sublime salutacion del mensagero celestial:

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

¡Cuán difícil es y cuán espinosa la misión de un príncipe llamado á reinar en un vasto imperio! ¡Cuán pocos son los que no encallan en ese profundo océano sembrado de escollos, y van á estrellarse con la misma nave que dirigen contra las rocas de una política siempre peligrosa, siempre suspicaz, versatil y descontentadiza! Un trono es un volcan en cuyos invisibles senos fermenta incesantemente la lava abrasadora de mil pasiones inquietas é insaciables. La adulacion, la mentira, la simulacion, la rivalidad, la envidia, el cohecho, todo linage de vicios rodean los palacios de los monarcas, conspirando de consuno á envilecer su dignidad, á amenguar su prestigio, á desacreditar sus actos, á poner en conflicto sus intereses, á comprometer su porvenir. Solo el que, ajustándose á las infalibles reglas de gobierno consignadas en los divinos libros, busque en la religion los elementos de una administracion justa, sábia, prudente y beneficosa, podrá salvar ileso el hondo abismo abierto á sus piés, llevar dignamente la corona que ciñen sus sienes y reinar con no escasa gloria suya y gran utilidad de sus gobernados.

Por haberlo hecho así Luis IX de Francia, llegó á conquistar un nombre tan ilustre en los anales de la historia y á ser el modelo de los monarcas; sus virtudes, que le formaron un hombre justo y un santo consumado, fueron la base sobre que levantó el admirable edificio de su grandeza como rey y como héroe. Su política calcada en los principios de la religion, le enaltecíó á un grado eminente, haciendo feliz su reinado, próspera su administracion, respetable en lo interior y en lo exterior el nombre de la Francia. Desde muy temprano comenzára ese tierno arbusto á llevar frutos copiosísimos y sazonados de perfeccion cristiana. ¡Ah! La dulce sávia que le comunicaba el robusto tronco á que estaba adherido, no podia menos de tener resultados altamente beneficiosos. A sus oidos resonaba de continuo aquel grito de la piedad maternal que, estrechándole contra

su regazo, repetíale mil veces la inmortal Doña Blanca de Navarra: «¡Mas quisiera, oh hijo mio, verte muerto en mis brazos, que amancillada tu alma con una sola culpa grave!» Jamás el jóven Luis olvidára estas espresiones hondamente grabadas en su corazon; y efecto de ellas era aquella inocencia suma, aquel candor innato, aquella natural aversion hácia el vicio, aquella admirable precaucion con que procuraba evitar toda falta voluntaria. No todos quizá aprobarán ciertos rasgos característicos de la infancia de este príncipe; muchos habrá que tachen de fanáticas puerilidades las abstinencias que practicaba, las austeridades á que se sujetaba, la frecuencia de sus ayunos, la continuidad de su oracion, y otras cosas de este linage que espontáneamente hacia, evitando empero la publicidad con el mas cuidadoso esmero. De seguro dirian nuestros modernos políticos que semejantes precedentes, productos de una educacion espiritualista, era mas propia á formar un oscuro cenobita que un rey llamado á ocupar el trono del Clodoveo. Empero, ¡cuán presto se vió que, lejos de ser así, Doña Blanca de Navarra habia sabido formar un gran monarca, un eminente hombre de estado, un héroe digno de ceñir la diadema de Francia á la muerte de su padre Luis VIII! Cierto que no contando entonces mas que once años el jóven príncipe, descansaba en la sábia direccion de su madre, á quien fuera encomendada la regencia del reino, y sobre cuyos hombres pesaban los árduos y gravísimos negocios del Estado: ¿mas acaso por esto se abandonó Luis á una muelle indolencia? ¿Por ventura dejó de ocuparse en el estudio de las necesidades de una monarquía, que debia gobernar tan luego como terminase su menor edad? ¿Se dedicó quizás con menos empeño á instruirse en todo cuanto pudiera contribuir á hacerse digno de la estimacion y del amor de sus pueblos? Mejor que todos los racionios lo dirán los hechos subsiguientes.

Cuando Luis tomó las riendas del gobierno, recibió de Blanca un cetro bastante robusto para hacerse temer, y consejos dictados por una esperiencia de diez años. Pero no era su política la del terror, ni aspiraba á conquistar la veneracion y el respeto de sus vasallos imponiéndoles un yugo de hierro, que tarde ó temprano hubieran

tratado de sacudir, con tanta mayor probabilidad de buen éxito, cuanto mas temibles eran las ligas de los feudatarios, siempre dispuestos á lanzarse á toda clase de aventuras por recobrar su perdida independencia. Los principios de la religion hondamente entrañados en su alma, hacianle mirar su soberania como una emanacion de la suprema majestad del rey inmortal de los siglos. Estaba convencido de que un monarca no es mas que el intermediario entre Dios y su pueblo, y la providencia visible de todas las necesidades; sabia que no es mas grande ni mas respetado el que manda á un número mas crecido de súbditos, sino el que sabe hacerlos mejores y mas felices, conduciéndolos por las vias del honor y de la virtud, y proporcionándoles mayores beneficios. Mal podia, pues, aspirar á reinar despóticamente quien tales ideas se formára acerca de su augusta dignidad. Mal podia apasionarse por un trono que miraba como prestado, ni adherirse demasiado á una púrpura que la muerte podia arrebatarse en un instante, tragándose todas las esterioridades de una grandeza facticia para no dejar mas que la realidad de las miserias y debilidades del hombre. No: Luis procuró ante todo hacer reinar á Dios en aquella nacion cuyos destinos le estaban confiados, para de esta suerte afianzar su porvenir sobre las indestructibles bases de la justicia, de la verdad y de la virtud. Véasele marchar el primero en la mas escrupulosa observancia de los divinos preceptos, frecuentar los sacramentos, asistir diariamente al santo sacrificio, nutrirse con la lectura de los santos libros, levantarse como otro David á las altas horas de la noche para dirigir al cielo sus plegarias y suspiros en favor de su pueblo, cubrirse de cilicio, practicar las mas rígidas austeridades, fomentar la moralidad por todos los medios imaginables, perseguir la usura, castigar severamente la prostitucion, ocuparse sin descanso en el mejoramiento de las públicas costumbres, y promover como Salomon la magnificencia y el esplendor del culto católico, al mismo tiempo que cuidaba de mantener intactos los derechos de la corona.

Pero si grande y digno sé mostraba San Luis cuando á sus expensas fundaba la célebre abadía de Royaumont, colocaba con sus propias manos la primera piedra del magnífico templo de Santa Ca-

talina de Val, erigia el vasto edificio de la Cartuja de Vanvert, y legaba á los siglos venideros otros mil monumentos de su fervorosa piedad, todavía me parece mas acreedor á la admiracion universal cuando despues de reportar ilustres victorias y triunfos capaces de envanecer á otro monarca menos dueño de sí mismo, se ocultaba en lo mas recóndito de su palacio, rodeábase de pobres y enfermos, servialos y los lavaba los pies con sus régias manos, con una afabilidad encantadora y una humildad sin ejemplo, ó bien cuando enemigo de los procedimientos secretos, y todo amor y dulzura para sus vasallos, iba á sentarse bajo la antigua encina del bosque de Vincennes, rodeado de sus barones, y allí sin ugieres ni alguaciles, escuchaba las quejas de sus vasallos, oia sus reclamaciones, atendia á sus súplicas y los administraba estricta justicia. Dígase si se quiere que Luis obedecia á las pasiones y á los errores de su siglo, porque, en su ardiente celo por mantener en sus dominios el imperio de la moral cristiana, imponia severos castigos á los públicos desórdenes, mandando taladrar el lábio del blasfemo, multando en gruesas sumas al maldiciente, y autorizando otras penas que á nuestra moderna civilizacion, harto familiarizada con el vicio, parecen exageradas. Y ¿tacharíamos por eso la conducta de un príncipe que con tan laudable solicitud sabia acomodarse á las necesidades de la época en que vivia? Fuera de que, ¿quién hubo mas magnánimo y generoso en perdonar las injurias personales? ¿Quién manifestó mayor imperio sobre sus propias pasiones y abnegacion mas heroica en los lances comprometidos de honor? ¿No se le vió indultar y dejar libre al conde de la Marca, Hugo de Lusignan, que coligado con Enrique III de Inglaterra hiciera armas contra la Francia, satisfecho con haber rendido á aquel vasallo rebelde y restablecido la paz en sus estados? ¿No se le vió remitir colmados de agasajos y presentes los sicarios enviados por un príncipe de Oriente para asesinarle en su misma corte, teniendo mayor placer en usar de clemencia con aquellos miserables, que el que hubiera experimentado en hacerlos sufrir todo el peso de una justa venganza? Y no se vaya á atribuir estos rasgos del rey santo á efectos de un ánimo apocado, tímido ó superstitioso. Quien como él se atrevió á emprender la conquista de la

Palestina al frente de un ejército de cruzados, derrotando veinte mil sarracenos que intentáran disputarle el paso, apoderándose de Damiata, llave principal del Egipto, y haciendo tantas proezas de valor que nos ha transmitido la historia; quien rodeado delante de los muros de Masoura de las huestes enemigas, en medio de un nutrido fuego, acometido de una grave enfermedad, hecho prisionero de guerra, despojado de todas sus riquezas, falto de recursos y reducido á la mas extrema necesidad, supo rechazar las humillantes proposiciones de los vencedores, negarse abiertamente á restituir las posesiones ganadas al Islamismo, optar antes por la muerte con que le amenazaban que ceder á unas exigencias deshonorosas, y sin debilitar su valor la triste perspectiva de una esposa y de un hijo entregados á todos los horrores de la esclavitud, despreciar los trages ofrecidos por el Soldan, diciéndole «que el soberano de un reino mas grande que el Egipto jamás vestiría la librea de un príncipe extranjero,» y contestar á los que le indicaban su rescate: «Un rey de Francia no se rescata nunca á costa de dinero,» hasta el punto de escitar la admiracion de Al-Mohaldan y de su ejército; quien al oír el tono insultante y altanero con que se le amenazaba de enviarle al Califa de Bagdad y arrastrarle en triunfo detrás de su caballo por todo el Levante, respondia con la mayor serenidad: «Prisionero soy del Soldan, dueño es de hacer de mí lo que le plazca,» y continuaba rezando el oficio divino sin distraerse ni inmutarse; ¿podrá acaso ser tenido por un hombre cobarde, débil, ó víctima de un punible fanatismo?

Tal dirían quizás los que, considerándole inalterable en su paciencia, resignado en su dolorosa situacion y santificando sus cadenas con la práctica de la religion, sin interrumpir jamás sus ejercicios piadosos, no comprendiesen la energía de aquella alma mas grande y heroica en sus reveses é infortunios, que cuando todo en derredor suyo conspiraba á lisonjearle en medio de las delicias de una corte brillante. Tal pensarían los que á su regreso del cautiverio le contemplasen empleando todo su celo y consagrando su incansable solicitud á restaurar las ruinas del santuario, á dar nuevo impulso al culto divino, á estirpar los errores y los vicios reinantes, cual si otras atenciones

preferentes de la administracion no reclamasen sus desvelos. Pero ¿por ventura la piedad debilitaba en San Luis la energía, ni el interés afectuoso que dedicaba al fomento de las buenas costumbres, escluía en él la grande actividad que le era ingénita en lo concerniente á la política, á la guerra y al gobierno de sus estados? ¿Amortiguaba su instinto hácia el verdadero progreso la necesidad de reprimir los abusos y de dar impulso al bien? Mientras por una parte se complacia en visitar las cárceles para mejorar la suerte del delincuente, y fundaba asilos para el dolor, y dotaba monasterios para poner á cubierto la inocencia, y proveía de recursos á la horfandad, y estendía á toda clase de necesidades su paternal munificencia, ¿no se le admiró por otra atendiendo con elevada prevision á los mas árduos negocios, dictando las mas sábias leyes, conducentes á la organizacion interior y exterior de su reino, velando por la administracion de justicia en todos sus ramos, reprimiendo las violencias del poder en sus subordinados, prescribiendo medidas altamente beneficas, iniciando cuestiones de interés general, debilitando al feudalismo, no para destruirle, sino para segregar de él lo que habia contrario al espíritu cristiano, aboliendo las pruebas del duelo, substituyendo la jurisdiccion real á la fuerza individual, oponiendo la autoridad de la justicia escrita á la ley de la espada, sobreponiendo el derecho á la violencia, y haciendo otras mil mejoras importantísimas que la civilizacion moderna no ha podido menos de aplaudir? ¿Cuándo reinó mayor orden en el gobierno, mas integridad en los negocios judiciales, mas economía en la administracion de la hacienda pública, mas disciplina en el ejército? ¿Cuándo fueron mas respetados los derechos individuales, mejor recompensados los servicios del ciudadano, mas atendidas las necesidades de los pueblos, y repartidos con mas equidad los impuestos públicos, que en el reinado de ese virtuoso monarca, que considerándose todo de Dios y de sus vasallos, se consagraba sin reserva á promover la gloria de aquel y á labrar la felicidad de estos, sacrificando á esta doble idea sus propios intereses personales, su reposo, su bienestar, su dicha, su gloria y hasta su porvenir y el de su familia?

Nadie como Luis sabia maridar con admirable discrecion la

grandeza de alma, propia de un rey de Francia, con la humildad de corazon, característica del discípulo del Evangelio; la severidad de la justicia con la suavidad de la clemencia; la piedad que edifica á los súbditos, con la integridad que conquista su amor; la condescendencia que disimula los defectos de la imprevisión, con el inexorable rigor que descarga sobre el discolo todo el peso de la ley. Si nunca la desgracia le buscó en vano, tampoco el vicio le encontró desprevenido; si la verdad obtuvo de él donde quiera favorable acogida, en todas partes se vió rechazada la servil adulacion; si en todos tiempos se mostró celoso de la honra del Señor, siendo el primero en ir á humillar su corona ante los altares del rey de reyes, tampoco fué insensible á las leyes del honor nacional, marchando á la cabeza de sus ejércitos, allí donde un rival poderoso ó un enemigo insultante pretendiera amenguar el prestigio de su corona ó disputarle sus legítimos dominios, depósito sagrado de que un día debía rendir estrecha cuenta ante Dios y los hombres. ¡Con qué valor tan intrépido no se lanzó á la lucha cuando de un lado los altos barones y señores feudales sosteniendo pretensiones ambiciosas, de otro los reyes de Inglaterra y de Navarra, aquí los duques de Bretaña y de Borgoña, allí los condes de Flandes, Champaña, Tolosa y Provenza, le hacian la mas cruda guerra, minando sordamente el trono y poniendo en inminente riesgo la paz de sus estados! ¡Con qué ardor no marchó contra el turbulento príncipe de Anjou, postró su pujanza, desbarató sus planes, destrozó sus ejércitos y humilló aquel génio indócil haciéndole reconocer y prestar homenaje al legítimo y único soberano de la Francia! ¡Con qué decision no sostuvo la guerra contra la ambiciosa Albion, obligando á la bravura inglesa á inclinar su frente ante los pendones franceses, restableciendo la paz y el equilibrio entre dos naciones siempre rivales, y destrozando aquella poderosa liga que ponía en combustion á toda la Europa! Pero la gloria de Luis no hubiera sido completa, si satisfecho con ver su reino respetado por la Alemania, temido por la Inglaterra, querido por la Italia, y venerado en Asia y Africa, como de hecho lo consiguiera, no hubiese sabido mantener en lo interior de sus dominios el orden y la tranquilidad, sin cuyos elementos

no puede prosperar una nacion ni marchar en las vias del verdadero progreso. Sin embargo, la historia ha hecho en esta parte justicia al rey santo, y nos ha legado monumentos harto honrosos que acreditan el tino, la sabiduria, el celo, la prudencia y demas prendas que le caracterizaron. Por ella sabemos que él solo á la sombra de la religion y basando su política en los principios del Evangelio, consiguió llevar á cabo lo que muchos de sus predecesores intentarían en mas de una ocasion inútilmente. ¿A quién sino á Luis se debe la gloria de haber precavido las funestas consecuencias de la guerra civil, que veces tantas amenazaron turbar la tranquilidad pública? ¿Quién fué mas previsor que él para reprimir los conatos de insurreccion que el oro extranjero profusamente derramado entre el ejército, y ocultas maquinaciones de enemigos poderosos no cesaron de promover durante su reinado? Y cuando preñado el horizonte político de mil elementos de discordia, parecia próxima á estallar una horrible tormenta y á hundirse en un abismo de sangre aquella floreciente monarquía, ¿no fué Luis quien con prudencia admirable supo enfrenar las pasiones impetuosas de los revoltosos, hacerles entrar en la senda del deber, y conjurar los males que venian á caer sobre la patria?

Digasenos ahora que la religion enerva el valor del guerrero, que la piedad debilita la energía del hombre de estado, y que la devocion no es á propósito para formar reyes magnánimos y emprendedores. ¡Error insensato! ¿Dónde bebió ese nuevo Judas Macabeo aquel ardor intrépido que le hacia semejante á un leon, cuando en defensa de los fueros y prerrogativas de la corona se arrojaba sobre las huestes enemigas? ¿De dónde salia lleno de sobrehumano heroismo, para lanzarse como un rayo sobre las naciones envidiosas que intentaban amenguar la gloria de la nacion francesa? ¿Quién le inspiraba aquel celo ardiente con que, á manera del génio exterminador del tiempo de Ezequías, penetraba en las filas de los contrarios, sembrando por do quiera el terror, cuando á ello le provocaban los insultos de un poder orgulloso? ¡Ah! Del seno del santuario, del retiro de la oracion, del pié de los altares, veíase salir á Luis para emprender las mas admirables conquistas, para humillar la pujanza de

ejércitos numerosos, para domar la soberbia de reyes turbulentos, para avasallar naciones arrogantes, probando que no están vinculadas las grandes proezas y las hazañas de los héroes á la fuerza numérica de las bayonetas, sino que el valor, la intrepidez y la victoria vienen del cielo. No menos evidenció San Luis cuán poderoso es el principio religioso para promover y fomentar los verdaderos elementos de la pública prosperidad. Si como rey guerrero nadie ciñó laureles tan brillantes ni consiguió tan admirables triunfos, como rey pacífico y celoso del bienestar de su pueblo, á nadie cedió tampoco su delicado tacto para negociar honrosos tratados, hacer alianzas beneficiosas, realizar proyectos de paz, y procurar treguas ventajosas, atendiendo cuidadosamente á economizar la sangre de sus vasallos, siempre que por otros medios podía lograr el fin apetecido. Por lo demás, incapaz de contemporizar con lo que repugnaba á su conciencia, jamás dispuesto á transigir con la injusticia, siempre pronto á rechazar las exigencias de los rebeldes, y perseguidor incansable de los traidores, con la misma mano que sabia recompensar el mérito, castigaba severamente la perfidia; de la misma manera que protegía al inocente, hacia caer la cuchilla de la ley sobre la cabeza del criminal; y tan compasivo como era para la desgracia, era inexorable con la altanería.

Tal fué la política del rey Santo. Bajo su cetro tutelar viéronse florecer las artes, tomar vuelo las ciencias, estimularse los talentos, fomentarse la industria, renacer la confianza, y con ella el crédito, y con el crédito un sábio sistema de hacienda, bastante á hacer frente á sus graves necesidades y á los grandes desastres que llovieron sobre la Francia en aquella época. Cuando el azote del hambre vino á sembrar la alarma y el conflicto en todas las clases sociales, él supo hallar abundantes recursos para remediar tamaño infortunio. Bajo su sábia administracion, establécense abundantes graneros, erígense vastos almacenes, de los cuales salen continuas remesas de víveres y cereales á todas las provincias del reino; y si esto no es suficiente á socorrer todas las necesidades, hasta de sus mismas alhajas se desprende, y enagena los brillantes de su corona por evitar que sus pueblos sean víctimas de la indigencia. Padre de los pobres, protector de

los desvalidos, amparo de los desgraciados, ni una sola vez dejó de enjugar el llanto de la viuda, ni ensordeció á los clamores del huérfano, ni hizo esperar sus favores del que reclamaba su real munificencia. Donde quiera le halló pronto á escuchar sus quejas hasta el mas humilde labriego; nunca subieron en vano á su trono los gritos de la inocencia oprimida. Bien lejos de considerarse humillado en rebajarse hasta la mas ínfima grada de la escala social para oír la voz del que imploraba su proteccion, jamás se creyó tan digno de ceñir la diadema, que cuando haciéndose la Providencia visible de sus súbditos, se ocupaba en decretar por sí mismo sus súplicas, y en dar pronto curso á sus justas instancias. No es esa ciertamente la política de los reyes filósofos; no son esos los principios de los monarcas que, arrojándose ciegos en los brazos de ministros corrompidos, y de cortesanos intrigantes y aduladores, ignoran las necesidades de sus pueblos: porque impotentes los clamores de estos para salvar la valla que entre ellos y el trono levantan la ambicion y el egoismo, solo logran llegar á él cuando el favor ó el oro les facilita el acceso á esas divinidades de un dia, desvanecidas con el humo de la lisonja y del servilismo mas repugnante.

Por último, si hubo jamás un principe que comprendiese bien en la práctica aquel sublime principio de San Pablo: «Un rey no es mas que el ministro de Dios colocado en el trono para el bien de sus vasallos (1)» fué indudablemente Luis IX de Francia. Aparte de los ilustres hechos con que inmortalizó su beneficencia, sin mencionar los grandes rasgos de humanidad que hizo brillar durante su reinado, sobre los muchos monumentos de celo que legó á la posteridad en beneficio de sus pueblos; ¿quién no admiraría el heroismo con que supo sacrificar sus mas caros intereses en aras del bien público, y consentir en llevar sobre sus sienes una corona que le era ya insupportable, cuando meditaba renunciar á ella y abdicar el cetro de Francia en manos de su hijo? Tiempo hacia que venia madurando en su mente este pensamiento; ya se disponia á realizarle; próximo estaba el momento en que habia pensado retirarse á acabar sus dias

(1) Ad Rom. XIII. 4.

en el silencio de la soledad, despojándose de la púrpura y legando á su sucesor un reino ennoblecido con las mas brillantes conquistas y respetado en toda Europa; cuando al saber la afliccion y el desconsuelo del pais que lamenta la pérdida de su padre, de su tutor, de su génio providencial, medita, reflexiona, consulta, y por último, lleno de magnanimidad heróica, vencedor de sí mismo y de sus inclinaciones, antes de su pueblo que de sí mismo, prefiriendo el bienestar público á su reposo individual, resignase á continuar sobre el trono diciendo: «Señor, ya que mi pueblo tiene necesidad de mí, no seré yo quien á su voluntad me oponga: á él pertenezco, y gustoso moriré en este lecho de espinas, toda vez que pueda continuar labrando su felicidad.» Y por él prolongó todavia su reinado para ir á buscar en las playas del Africa un sepulcro digno de tan gran rey. Allí fué donde al frente de los muros de Tunez, cuya conquista emprendiera á la cabeza de una numerosa armada, le sorprendió la muerte en los momentos en que se lisonjeaba con la idea de añadir al imperio de Jesucristo aquella nacion infiel, que repetidas veces diera muestras de querer entrar en el seno de la iglesia católica. Allí despues de haber visto sucumbir bajo la accion de una epidemia destructora su hijo el Conde de Nevers, muchos personajes de su comitiva, y lo mas florido de su ejército, fué á su vez acometido del contagio, y dejó de reinar en la tierra para ir á disfrutar en el cielo de aquella corona inmortal que le conquistaron sus altos merecimientos.

Hed ahí, señores, el héroe cuya memoria solemnizamos en este dia. No he hecho mas que referir por alto alguno de los numerosos hechos de su historia, pues no es posible otra cosa en un breve panegírico, y sin embargo, creo haberos convencido de la justicia con que al encabezar mi oracion le apliqué aquel célebre elogio que consignan los libros santos al reinado del hijo de David: *In gentibus multis non erat rex similis sibi*. En él habeis visto el tipo de los monarcas, el modelo de los guerreros, el ejemplar de los héroes: habeis admirado las grandes prendas que constituyen el valor de los conquistadores, la prudencia de los gobernantes, la prevision de los grandes génios, juntamente con las bellas cualidades del hombre religioso, del cristiano ferviente, del fiel discípulo de Jesucristo;

habeis observado, en fin, la actividad en el gobierno, la justicia en la administracion, la clemencia unida á la severidad, y todas las dotes de una política hábil, prudente, sábia, económica, beneficosa, como basada en los principios del Evangelio; puesto que al carácter de heroismo que constituye un monarca cumplido, supo añadir maravillosamente las sólidas virtudes que forman el hombre justo, dando con ellas un realce extraordinario á su augusta dignidad.

Plegue á vos, Señor, Rey de reyes, comunicar ese mismo espíritu á los que hoy están llamados á regir los destinos de las naciones. Nunca como al presente, en las difíciles y complicadas circunstancias en que se encuentra el mundo social, necesitan los monarcas de gran tino y prudencia para gobernar sus estados y hacer florecer en ellos los beneficios de una administracion paternal. Haced que todos ellos, buscando en la religion los fundamentos de una política, cuyo fin debe ser el mejoramiento de los pueblos y el desarrollo de todas las condiciones de bienestar individual y general, realicen esa grande idea que forma el sueño dorado de la humanidad, harta ya de trastornos, cansada de desgracias y ávida de una paz estable y duradera. ¡ Dichosos nosotros si consiguiésemos ver cumplida esta aspiracion constante de nuestras almas! Entonces, despues de una existencia tranquila y venturosa, en cuanto es dable disfrutarla en este valle de miserias y quebrantos, solo nos restaria esperar el momento de trasladarnos á aquella mansion de dicha perdurable, donde debemos reinar con Dios por los siglos de los siglos.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN AGUSTIN, DOCTOR DE LA IGLESIA.

Ego dedi te... in columnam ferream et in murum æreum super omnem terram... Bellabunt adversum te et non prævalebunt, quia ego tecum sum.

Yo te he colocado como una columna de hierro y un muro de bronce sobre la tierra. Contra tí pelearán los enemigos de la verdad, pero no prevalecerán jamás, porque yo estoy contigo.

JEREM. I. 48, 49.

CONDICION esencial era de la Iglesia fundada por Jesucristo, sostener una constante y porfiada lucha contra innumerables enemigos conjurados en su daño, y empeñados en desmentir las promesas de perpetuidad que la estaban vinculadas. Siempre y donde quiera debia verse espuesta á los tiros mas ó menos certeros de los nefandos Edo-mitas, que en su negro despecho juráran no descansar hasta haber arrasado los últimos cimientos de la Sion inclita, de la Jerusalem amada de Dios, de la mística ciudad del Justo por excelencia. Fieles á sus juramentos hicieron tenaces esfuerzos por llevar á cabo su obra de destruccion, combinaron hábilmente sus planes de ataque, sirviéronse de todos los elementos que creyeron oportunos al efecto, trabajaron con incansable perseverancia un dia y otro, y años y siglos. Hoy mismo, al cabo de mas de mil ochocientos años, la lucha continúa, el odio no ha decrecido, y ni aun la triste experiencia de tantos sistemas fracasados, de tantos proyectos desconcertados, de tantas derrotas sufridas, ha bastado á convencer á los émulos de la verdad católica de su impotencia contra la obra de Dios.

¿Dónde están en efecto los Filisteos que insultaban al Arca Santa de la Alianza? ¿Dónde los gigantes del error que escarnecían al pueblo fiel? Y los incircuncisos é inmundos que, girando en torno del sagrado Alcázar, espían el momento del asalto, ¿qué se hicieron? ¡Ah! Ved cómo han ido desapareciendo uno á uno, al modo que se disipa el humo cuando sopla el fuerte huracan. Buscad sus huellas, y ni el mas leve rastro encontrareis de los que un dia, arrogantes y orgullosos, entonaban himnos de triunfo y preparaban la losa funeraria que pensaron arrojar sobre el sepulcro del catolicismo. Cayó para siempre la idolatría con sus templos de pórvido, con sus aras de jaspe, con sus dioses de oro y plata, y tras ellos hundiéronse tambien en el abismo los tiranos, que á sangre y fuego intentáran imponer al mundo sus extravagancias supersticiosas. Cayó el coloso de la heregía, y el arrianismo, y el maniqueismo, y el pelagianismo y cuantas aberraciones creó la soberbia humana para hacer frente á la verdad revelada, todas fueron á estrellarse contra la robusta roca que sirve de cimiento á la Iglesia. Y cuando los nombres funestos de los émulos de esa reina del mundo solo han quedado en la historia como unos monumentos de execracion universal, los de los esforzados campeones que en pró de ella combatieron sobreviven á las edades, rodeados de una gloria inmarcesible.

Digalo si no la celebridad que á través de tantos siglos viene rodeando el nombre del doctor insigne, del sapientísimo prelado, del gran génio cuya memoria escita hoy nuestro entusiasmo. ¡Agustin! hed ahí el mas decidido atleta de los dogmas católicos; el propugnador acérrimo de la verdad; el candelero de oro elevado en el seno de la Iglesia, para alumbrar á todo el mundo con su sublime doctrina y ahuyentar las tinieblas del error que se estendian sobre la tierra; una de las mas firmes columnas del edificio fundado por Jesucristo, y el muro de bronce que en su época plugo al cielo oponer al torrente devastador de la heregía que amenazaba invadir la ciudad santa: *Ego dedi te in columnam ferream, et in murum æreum super omnem terram.* ¡Oh! ¡Cuánto no debe la Esposa Santa del Cordero á ese hombre fenomenal, cuya vastísima erudicion, luminosa ciencia y profundos conocimientos en todos los ramos del

saber, servicios tantos prestaron á la causa de la religion y de la sociedad! Tan identificado se halla el nombre de Agustino con los intereses de la Iglesia, que no es posible hablar de esta, sin recordar la memoria del que, con tanto celo y con perseverancia tan tenaz, consagró su claro ingenio y las brillantísimas dotes de su privilegiada inteligencia á defender el honor de esa bella hija del rey de las eternidades, á promover y fomentar sus glorias tradicionales, á mantener indemne su autoridad, á robustecer su imperio y estender sus conquistas, esgrimiendo cual nuevo Macabeo la cortante espada de su pluma con una lógica irresistible, que postraba fácilmente á los sobervios Nicanores, á los protervos Lysias y demás enemigos del catolicismo, y lanzando con la misteriosa onda de la divina palabra las formidables piedras que hacian caer yertos cadáveres á los gigantes de la impiedad: *Bellabunt adversum te, et non prævalebunt, quia ego tecum sum.*

Asunto harto difícil es simplificar los diversos y múltiples caracteres que reunió en su persona ese astro brillantísimo del firmamento católico, extraído por la mano del Omnipotente del caos de las tinieblas, para derramar en todo el universo una claridad inmensa. Necesario seria poseer el fondo de sabiduría que atesoró su entendimiento, para poder trazar dignamente el cuadro de sus merecimientos, virtudes, prodigiosos hechos, é insignes servicios. Protesto ante todo de mi incompetencia, y no me avergüenzo de reconocer que es mi saber muy menguado y demasiado tosca mi lengua para ser el intérprete fiel de ese gran génio. Solo, pues, en cumplimiento de un deber sagrado acometeré tan difícil empresa, y no será pequeña mi dicha si consigo al menos contribuir á vuestra edificacion, ya que ninguna pretension abrigo de llenar vuestros deseos. Dige ya, y repito, que «Dios suscitó á Agustin en la época de los mas repugnantes errores, y en los dias de mayor afliccion para la Iglesia católica, como una columna de hierro, y como una muralla de bronce contra la cual se estrellaron todos los enemigos de la verdad;» y ved consignada la idea predominante de mi discurso en la realizacion de esos dos brillantes caracteres alegóricos. Columna férrea, fué con su doctrina, puesto que sobre ella se sostuvo firme é incon-

trastable el vacilante edificio de la fé; muro impenetrable fué con sus escritos, puesto que con ellos opuso un poderoso dique al impetuoso alubion de la heregia, que venia hinchada á incendiar la mística Sion; y bajo ambos conceptos el hombre de su época, la lumbrera de su siglo, el gran génio del mundo cristiano, á quien este es deudor del mayor impulso que jamás se dió en las vias de la verdadera civilizacion.

Inspíreme el Señor en estos momentos lo que debo hablar, para no profanar con mis impuros lábios un asunto tan interesante. Sea mi guia á través de este profundo océano, la mística Estrella de los mares á quien con tan afectuoso entusiasmo invocaba Agustin. Unid á mis acentos los vuestros, ayudadme con vuestras plegarias á merecer esta gracia, y todos rendidos saludemos á la augusta Madre del Verbo con las palabras del celestial Arcángel:

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

El informe coloso de la idolatría cayera hecho pedazos ante el lábaro vencedor de la Cruz enarbolado por el gran Constantino. La Iglesia fecundada con la sangre de sus ilustres mártires, veia multiplicarse por do quiera los sazonados frutos del árbol místico del Evangelio. A fuerza de heróicos combates conquistára una paz que le permitia aplicarse á fomentar y promover los preciosos gérmes de cristiana civilizacion que estaba llamada á desenvolver en bien de la humanidad. Empero esta paz no era mas que del momento: y á través de una calma efimera, apercibíase en lontananza el vago rumor de nuevas tempéstates, próximas á estallar con mayor violencia.

No tarda en efecto en realizarse este funesto presentimiento. A la lucha de la espada reemplaza bien presto la lucha de la inteligencia; y en lugar de los tiranos que poco antes, abusando de un poder despótico, convertian en vastos cementerios todas las provincias su-

jetas al imperio romano, se levantan simultáneamente y todos á la vez los mónstruos de la heregia, que, empañando con su venenoso aliento la belleza de la hermosa hija de Sion, y poniéndola en el mayor conflicto, amenázanla con una ruina al parecer inevitable. ¡Triste condicion de la Esposa del Cordero! Siempre luchar, siempre combatir, siempre padecer... Díjérase que en aquella época el averno habia vomitado todas sus falanges para hacer la mas encarnizada guerra á la desvalida verdad. Donatistas, Melecianos, Antioquénistas, Luciferianos, Arrio, Apolinar, Manes, Prisciliano, Eutiques, Pelagio, Vigilancio, Nestorio, Elvidio, Joviniano, y los Audianos, y los Antidicomarianitas, y los Corilidianos, y los Semipelagianos, y los predestinadores, todos se aprestan al combate, deseosos de echar por tierra el augusto edificio de la unidad católica, á la que asestan sus envenenados tiros. ¡Qué multitud! ¿Será posible que la Iglesia pueda resistir á tantos elementos de destruccion? ¿No quedará vencida en tan desigual pelea? No: pugnen en buen hora todos esos mónstruos, mancomunen sus esfuerzos, combinen sus planes; no por eso prevalecerán; porque el gran centinela que vela dia y noche sobre los muros de Sion, tiene reservado en sus designios providenciales á un génio, que cual columna de hierro sostendrá sobre sus hercúleos hombros todo el peso de la religion, y la sacará victoriosa de tantos y tan poderosos adversarios.

Este era Agustino, fervoroso prosélito al principio de la secta maniquea, despues ardiente apologista y propugnador intrépido de la verdad católica. Pero ¿cómo se opera una transformacion tan sorprendente? ¿Cómo pasó á ser la columna firme de los dogmas cristianos, el que un dia cual insolente filisteo presentárase orgulloso é insultante ante los pabellones de Israel, provocando á singular contienda á los tímidos cristianos, faltos de un denodado David que defendiese su honra? ¡Ah! Todo ello es obra de la gracia, que desde luego se propusiera utilizar en bien de la religion aquel ingenio vivo, penetrante, sutil, extraordinario, fenomenal, acaso el único que en la sucesion de los siglos abarcó á la vez tantos y tan diversos ramos del humanal saber. Gramático perfecto, retórico consumado, escelente humanista, filósofo profundo, sá-

bio en toda la estension de la palabra, poseyendo el arte de persuadir y cautivar á cuantos le oian por su facundia y elegancia en el decir, brillaba en Roma con la alta reputacion de maestro, y admiraba en aquel emporio de la literatura y de las artes, en una edad en que otros tenianse por dichosos de ser sus discipulos. No fuera bastante á preservarle de las seducciones del deleite la esmerada educacion de su virtuosa madre Mónica. A manera de una piedra que, desprendida de una alta montaña, vá precipitándose cada vez con mayor impetu hasta llegar al abismo, á no interceptarse una fuerza superior que la contenga, así Agustino, empujado por su inmoderado deseo de saber, va rodando de error en error, de sistema en sistema, de escuela en escuela, siempre dudoso, siempre vacilante, nunca satisfecho de sí mismo, porque no encuentra lo que busca. La lectura de Ciceron indúcele á la filosofia académica, acepta las categorías aristotélicas, favorables en su concepto para establecer un sistema adecuado al reposo de la inteligencia. Piérdese no obstante en un cúmulo de dudas acerca de la co-existencia de un Dios bueno y de un principio del mal; recurre para explicarla á la astrologia, á la magia, á los éxtasis. Es inútil: el platonismo no le dá bastante luz para resolver sus brillantes concepciones, y lleno de desesperacion acaba por abandonarse al escepticismo mas cruel. De esta suerte, comenzando por despreciar las divinas oscuridades de la fé bajo las inspiraciones de la filosofia, y por hallar hastío en las divinas Escrituras, en las que echaba de menos el estilo agradable de la oratoria, palpando donde quiera espesas tinieblas, y marchando á través de una noche oscura y sin guia, hácese ahora maniqueo, despues pirrónico, mas tarde epicúreo..... De un abismo cae en otro abismo: aquí acepta dos divinidades en constante repulsion, pero sin destruirse; allí encuentra en el hombre dos almas, una criada para la justicia y otra para el pecado, desprovistas ambas de mérito ó de demérito, porque todo está subordinado á una fatal necesidad: ora duda hasta de su propia existencia; ora cree que el único Dios es el deleite, y el último fin de nuestras acciones la satisfaccion de los apetitos sensuales, puesto que todo concluye en el sepulcro. Tal era, señores, la situacion de Agustino, cuando el cielo se propuso

hacer de él, como de otro Saulo, un vaso de eleccion, un portento de la gracia, el mas aguerrido campeon de la verdad católica, la columna mas firme de la Iglesia, el terror de sus enemigos, el martillo de la heregia, el triunfador ilustre de todos los errores hacinados en daño de la religion.

Aquella mano omnipotente que en el primer dia de la creacion evocó la luz de enmedio de las tinieblas, complácese en renovar idéntico prodigio en Agustino. Toca con su dedo aquella inteligencia, en la cual á manera de un informe caos hallábanse mezclados y amalgamados los diversos elementos de la ciencia, incoherentes y confundidos: y separando los principios del error de los de la verdad, hace brillar en su mente la aurora crepuscular de un bello dia, que ha de suceder á la oscura noche en que hasta entonces se hallára sumergido. Tocárle en suerte un alma buena, una bella índole, un espíritu perspicáz é inclinado de suyo á lo verdadero. En su mismo semblante parecia revelar sus sublimes destinos, y atesorando en un cuerpo pequeño un corazon mas grande que el universo, solo le faltaba un potente impulso que le dirigiera hácia el legitimo centro de sus nobles aspiraciones. La Providencia se encarga de esta grande obra. Las plegarias de una madre tan virtuosa como Mónica no debian ser estériles, ni era posible se perdiese el hijo de tantas lágrimas. Las mismas perplejidades de Agustino preparan el camino á su conversion: las seducciones de lo bello pónenle en via de lo verdadero: y en Milán, donde fuera llamado por el prefecto Simaco para enseñar la elocuencia, halla á aquel Ambrosio, cuyas predicaciones, oidas al principio por curiosidad, despertando sus dudas filosóficas, hácenle sentir la necesidad de aplacar su alma en el seno de unas verdades que solo podian encontrarse en la autoridad y en la fé. Avarienta su alma de ese bien precioso y del amor ideal, comienzan á causarle hastío los goces terrenales; inspírale hondo disgusto el servilismo universal á que le humilláran las letras, al paso que comprende el placer de proseguir especulaciones sublimes y de reinar sobre los ánimos. ¡Ah! Cuando perecen la patria, la libertad y las inclinaciones que elevan la mente del hombre hácia lo bello, sumérgense los espíritus vulgares en la materia; pero las almas escogidas,

no hallando aquí abajo un alimento digno, aspiran á otro órden de cosas, tanto mas grandes á sus ojos cuanto mas abatido se encuentra el mundo real. Vuelve, pues, Agustino á estudiar las cosas fuera de los sentidos; adquiere de día en día ideas mas racionales sobre la esencia de Dios, sobre la naturaleza espiritual, sobre el origen del bien y del mal; viene el cielo en su auxilio, perfeccionando aquellos rayos de luz que proyectan en el entendimiento de Agustino; y cuando vacilante aun no podia resolverse á trocar las doctrinas platónicas por los dogmas cristianos, un pasage del Apóstol de las gentes cae oportunamente en sus manos para poner término á aquella lucha interior trabada en su alma. Toma casualmente en sus manos las epístolas de San Pablo, ábrele á la ventura, y lee: «Arrojemos lejos de nosotros las obras de las tinieblas, y vistámonos de las armas de la luz.» ¡Qué prodigio! Ello es hecho; la escena cambia; la venda que cubria sus ojos rásgase de repente; comprende que la rectitud de la voluntad es el primer paso para encaminarse á la verdad; levántase presuroso; vuela á buscar á Ambrosio; «¿qué es esto? le dice, ¿es posible que los indoctos arrebatan el reino de los cielos, y nosotros con nuestras pomposas doctrinas y nuestro fastuoso saber, reptemos miserables por el fango de las mas innobles pasiones?» Y diciendo, abjura sus errores, hácese bautizar por el ilustre prelado, abraza ardientemente los dogmas católicos; y de Agustino, herege pertinaz, maniqueo obstinado, mírase trocado en Agustin dócil, en cristiano iluminado, en penitente arrepentido que pide al cielo las aguas de los rios para llorar día y noche sus pasados excesos, cuya memoria quisiera borrar á costa de su sangre.

¡Oh Dios vencedor! ¡Oh gracia triunfadora! ¡Oh Iglesia feliz! Hé ahí al que de hoy mas debe ser la columna de hierro que ha de sostener tus sólidos cimientos, y el antemural de bronce que ha de oponerse á los impetuosos embates del error. En vano intentarán tus émulos escalar tus murallas, minar sordamente tus fundamentos, ponerte sitio, y lanzar sobre tí en diversas direcciones todo género de proyectiles. Ahí está Agustin armado ya en traje de guerrero, y dispuesto á hacer menudo polvo los planes homicidas concebidos en tu daño. Nada debes temer de los diversos sistemas que empleará la herejía para combatir

tus infalibles dogmas, teniendo en tu apoyo ese génio que los ha estudiado todos, conoce á fondo cuanto se ha escrito en este punto, y criado como Moisés entre los soberbios egipcios enemigos de la verdad, les ha robado todos los tesoros de la ciencia para ofrecerlos como preciosos despojos ante las aras del catolicismo. ¿Pero cómo será posible reasumir las glorias de ese génio gigantesco, y referir los triunfos de su palabra y de su pluma contra la inmensa turba de herejes que en aquella época se unieron para atacar á la mística Jerusalem? ¡Oh! No os sorprenda, M. A. O., que yo no observe mé- todo alguno en la relacion de tantos y tan importantes hechos, y confundiendo acaso las ideas, las épocas, los sitios, os le presente á la vez en Africa seduciendo la imaginacion de sus supersticiosos compatriotas para hacerse escuchar de ellos, y convenciéndoles con su irresistible elocuencia: en Roma defendiendo los derechos de la autoridad pontificia y pulverizando los sofismas de los que niegan su infalibilidad; ora en Cartago persiguiendo incansable á los donatistas que empezando por promover el cisma á pretexto de la eleccion de Celiciano, concluyen estableciendo las impías doctrinas de un predestinacionismo funesto, que da lugar á los mas escandalosos sucesos y á los mas sangrientos horrores: ora en Hipona espiondo la tortuosa marcha de la hidra del pelagianismo, descargando rudos golpes sobre su ponzoñosa cabeza, promoviendo conferencias, asistiendo á los concilios, predicando en el templo, disputando en público, recurriendo al fallo irrevocable de la Santa Sede, y triunfando donde quiera de aquel mónstruo, tanto mas temible quanto mas oculto bajo las apariencias de una virtud facticia y de una falsa severidad de costumbres.

¿Vióse jamás un espíritu tan claro, un talento tan privilegiado, una erudicion tan vasta, un saber tan universal? Desde la altura de los cielos, á donde se remonta á los primeros pasos de su carrera para beber en el seno de la divinidad los inagotables raudales de la ciencia increada, descendiendo Agustinó á la tierra, dice el Angélico Doctor, como un océano que atesora las aguas de todos los rios, para derramarlas en todas direcciones y fecundizar con ellas la mística ciudad de Dios. No háy misterio que no profundice, no háy verdad

que no posea en el mas alto grado, no hay dogma que no desenvuelva con una facilidad y maestría extraordinarias, no hay punto de contróversia que no resuelva con la mas admirable lucidez. La indivisibilidad de la esencia divina, la Trinidad de las personas, la Encarnacion del Verbo, la santidad del cristianismo, la autenticidad de las Escrituras, la autoridad del sacerdocio, la unidad de la Iglesia, la pureza de su moral, cuantas verdades comprende la vasta economía de la religion, todas salen de los labios de Agustin; hermosas, radiantes, irresistibles, vencedoras, llenas de encantos y atractivos, y tan convincentes y poderosas, que ante ellas caen truncos cadáveres los orgullosos gigantes que se atreven á acercarse á los pabellones de Israel. ¡Con qué copia de raciocinios no defiende la doctrina de la libertad humana contra los sectarios de Manes! ¡Con cuán nerviosa elocuencia no traza en su libro *de moribus maniqueorum* los caracteres de sus errores, y descubre los misterios de iniquidad que envuelven! ¡Con qué solidez no sostiene la generacion eterna del Verbo y su consustancialidad con el Padre, contra la bestia del Arrianismo resucitada por el impío Constancio, sobre la cual descarga los últimos golpes que la hieren de muerte! ¡Con qué energia no lucha de frente con los Circunceliones, desafiándoles á un público certamen ante trescientos obispos católicos y otros tantos del partido de Donato, en el que desplegando todas las galas de una elocuencia sobrehumana, y todas las riquezas de una lógica contundente, dejó postrados á los nuevos Amalecitas en presencia del pueblo santo! ¿Y qué decir de sus combates con aquella hidra salida de las orillas del Támisis, cuyo ponzoñoso aliento infestára toda la Europa, vomitando las mas repugnantes y asquerosas blasfemias contra la existencia del pecado original, la necesidad de la gracia, el libre albedrío y otros puntos culminantes de la fé católica? ¡Ah! En vano su sutil astucia intenta sorprender á los fieles: si por desgracia logra arrastrar con su larga cola una parte harto numerosa de las estrellas del cristiano firmamento, á manera de la que vió en Pathmos el amado discípulo, Agustin esgrime contra ella la doble espada de la palabra y de la pluma: hiere, taja, golpea, y no descansa su robusto brazo hasta ver palpitante á sus piés aquel dragon temible. Poco importa que

despues se levante el semipelagianismo embozado y enmascarado, para reconquistar, si fuese posible, el terreno que perdiera su predecesor. Agustín que nunca duerme, y constantemente está en vela sobre el alcázar santo de Sion, apenas le apercibe, da el grito de alerta; se apresta á la lucha, descendié á la arena, le espera pertrechado con las invencibles armas de la religion, le vence; y la Iglesia, rica con tan ilustres victorias, entona aquel himno que muchos siglos antes cantára el rey profeta: *Sæpe expugnaverunt me à juventute mea; etenim non potuerunt mihi* (1).

De suerte que Agustín fué el gran génio suscitado por Dios en su siglo para acabar con todos los errores que, en reemplazo del paganismo destrozado, levantáranse á inaugurar contra la Iglesia la mayor y mas peligrosa guerra que jamás hubo de sostener la verdad. Él sepultó las reliquias de la supersticion gentilica, que sobrevivieran á la elocuencia y ardiente celo de los Tertulianos y Ciprianos. Él aniquiló el maniqueismo, abriéndole una tumba de donde solo pudo levantarse débil é impotente despues de muchos siglos. Él contuvo el furor del cisma que desgarraba la túnica inconsútil de la esposa del Cordero en el seno de Africa, evitando que sus incendios se propagasen á los demas puntos del globo. Él encontró todo su pais víctima de funestas escisiones, de sangrientos partidos, de turbulencias irreconciliables, de hondas antipatías contra Roma, y le legó á la posteridad pacífico, reconciliado, creyente, y profundamente católico. Él... ¿Mas qué intento? Mas fácil me seria contar las arenas del mar, que enumerar las glorias conquistadas por Agustín en defensa de la Iglesia. Sus viajes, sus trabajos, sus combates con la herejía, su sollicitud pastoral, sus multiplicados y varios escritos, serian objeto de un estudio muy minucioso y de una larga historia; los solos titulos de las obras que compuso forman un estenso catálogo que acreditarian de extraordinaria la memoria que pudiese retenerlos; los puntos que tocó son tantos, que apenas se hallará un solo ramo en la ciencia universal, que no haya cultivado con éxito feliz. En esa coleccion monstruosa que viene sirviendo de consulta á

(1) Ps. CXXVIII. 4.

todos los hombres sábios, han ido siempre y van á beber los mas preclaros ingénios las puras aguas de una erudicion vastísima, á extraer los tesoros inapreciables del dogma, de la moral, de la disciplina, de la controversia. Semejante al sol que en tiempo de Josué permanecia inmóvil sobre las tiendas de Gabaon para dar la victoria á los fieles israelitas, Agustin con sus producciones muéstrase á través de los siglos constantemente vivo y luminoso sobre la militante Iglesia de Jesucristo, esparciendo los rayos de su doctrina, fecundando con ella las inteligencias, y prestando armas poderosísimas contra el error á todos cuantos pelean en defensa de la verdad. Desde los desiertos de la Palestina aperece este colosal planeta el gran Gerónimo, y lleno de gozo, le dá el parabien, le escribe de su propio puño, alientale á proseguir su obra, y confiesa que nada tiene que añadir á lo dicho por él.

Y en medio de tantas tareas, de tan múltiples negocios, de asuntos tan complicados, ¿quién mas humilde que Agustin, que no contento con llorar de continuo los extravíos de su primera edad, los consigna en el precioso libro de sus Confesiones, para legar su arrepentimiento á las edades venideras? ¿Quién mas modesto que ese génio, que desde las alturas de la metafísica y de las abstracciones de la mas sublime teología, descendia á la educacion de los niños, á la instruccion de los catecúmenos, á la enseñanza del pueblo rudo é ignorante, á quien consagraba toda su solicitud paternal? ¿Quién mas celoso que ese prelado, que al propio tiempo que seguia una correspondencia no interrumpida con todas las iglesias de Africa, y respondia á las consultas de Roma, y tomaba parte en los graves trabajos de los Concilios, y se encontraba donde quiera que la gloria de Dios ó los intereses de la religion reclamaban sus luces, parecia no obstante ocupado esclusivamente del rebaño que el cielo le confiara, dedicándose asiduamente á proporcionarle el pasto espiritual, á separar la zizaña del buen grano, á guiarle por las sendas del bien, á apartarle de los peligros, reformando las costumbres, desarraigando los abusos introducidos en el clero, destruyendo la ignorancia, estimulando las obras de caridad, fomentando los progresos de la inteligencia, y marchando siempre con su

ejemplo á la cabeza de toda concepcion benefícosa, y de todo proyecto útil? ¿Quién mas desprendido de los bienes terrenales, mas misericordioso con el pobre, mas cariñoso con el débil, mas solícito en consolar al desgraciado, mas atento á socorrer la indigencia, cuando para sí era frugalísimo, sóbrio, austero y penitente hasta el exceso, indiferente á sus privaciones, é insensible á sus dolores?

No es esta sin embargo la tarea que me he impuesto. Dejemos á otros el cuidado de elogiar las heroicas virtudes de Agustin, material fecundísima de muchos panegiricos. Sean otros los que le encomien como fundador de un órden ilustre que tantos y tan insignes servicios ha prestado al mundo, como padre de una larga posteridad de hijos é hijas que han llenado la tierra y esparcido por do quiera el suave aroma de una perfeccion sublime. Por cuanto á mi, que sólo me propuse manifestaros en él la columna firmísima de la Iglesia, y el muro impenetrable contra el cual fueron á estrellarse los tiros de los enemigos de la mística Sion, nada me resta, siquiera convencido de no haber dado mas que algunas toscas pinceladas en ese gran cuadro, sino recomendaros la doctrina y ejemplos de Agustino, como el mas eficaz antidoto contra los errores que por desgracia nuestra pululan en el seno de la sociedad actual. Cuando el grande Atanasio dejó de existir, un doctor de la Iglesia, en el exceso de dolor que le causára la pérdida de aquel invencible atleta de la fé, exclamó: «¡El ojo del mundo se ha cerrado!» No seré yo quien reproduzca, respecto de Agustin, esa brillante exageracion oriental. No, no se ha cerrado el ojo de esa providencia visible del universo; no se ha eclipsado con la muerte ese misterioso astro del católico firmamento; no ha occultado sus luces ese sol resplandeciente, cuyos rayos llenaron un dia de claridad, unas sociedades sumidas en la negra noche de la ignorancia y de la impiedad. Ahí está siempre pendiente de la celeste bóveda esa antorecha inestinguible, esparciendo sus benéficas influencias, y llevando á todas partes los tesoros de la verdad y de la fé, con su doctrina siempre viva, con sus escritos inmortales, con sus páginas de oro, que encierran cuanto puede desearse en todos los ramos de la ciencia divina. Ahí está velando cual incansable centinela, para ahuyentar los adversarios de Israel, como atleta

intrépido para decapitar los gigantes de la herejía, como columna firmísima y muro impenetrable para impedir que el incircunciso filisteo profane el arca santa, ó que el Edomita rebelde invada el sagrado alcázar depositario de las promesas del cielo: *Ego dedi te, in columnam ferream et in murum cereum*. Alce su erguida frente la herejía; apréstese al combate el protestantismo; ordene sus falanges la filosofía racionalista; preséntese audaz y amenazadora la impiedad, escudada por una política atea; vengan en auxilio de la incredulidad, el poder, la fuerza, la violencia, la arbitrariedad, las pasiones anárquicas, la demagogia..... Agustín les saldrá al encuentro, porque en el arsenal de sus escritos ha legado á los católicos armas de finísimo temple con que hacer frente á todo linaje de errores; y no prevalecerán, vive Dios, los que con arrogante petulancia han evocado á todos los pueblos y naciones contra el Señor y su Cristo: *Bellabunt adversum te, et non praevalerunt*.

Esta esperanza nos consueta, oh génio brillantísimo, oh doctor universal, oh columna inquebrantable, oh muralla firme de la militante Jerusalem. A tí recurriremos en cualquiera tiempo en que nuestra fé peligre, ó los intereses de la religion se vean amenazados, ó los derechos de nuestra madre la Iglesia católica menoscabados por la soberbia humana. Sobre tí descansarán invulnerables las tradiciones cristianas, permanecerán sin conmoverse los fundamentos de nuestras creencias, se conservará pura y radiante la doctrina del Evangelio y todo el gran sistema del catolicismo, á través de las continuas oscilaciones del mundo social y de los furiosos huracanes de las tempestades suscitadas por el infierno. Guiados por tí en el gran desierto que atravesamos, lograremos arribar á la santa montaña, desde donde se descubren las bellezas de la tierra prometida: y salvando el Jordan de esta vida, disfrutaremos para siempre las delicias de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SAN GIL, ABAD.

Elongavi fugiens, et mansi in solitudine... quoniam vidi iniquitatem et contradictionem in civitate.

Vi fermentar en las grandes ciudades la iniquidad y la injusticia; y por eso, alejándome de ellas, me sepulté en la soledad.

PSALM. LIV. 8, 10.

No es el mundo el que puede apreciar en su justo valor las acciones de los héroes cristianos. Distan tanto las ideas de ese eterno enemigo de la verdad de las que inspira la religion á los que abrazan sus máximas, que irremediamente tiene que resultar entre ambos principios una repulsion incesante, un choque pertinaz, una lucha á muerte. Donde reinan los elementos de ruina que produce la ciencia mundanal, preciso es que el elemento civilizador del Evangelio sufra contradicciones sistemáticas y una persecucion sangrienta. Cuando en un pueblo prepondera la ley de las pasiones, y el vicio ha llegado á adquirir un funesto ascendiente, solo resta á la virtud combatir sin descanso y triunfar á costa de dolorosos sacrificios. ¿Y acaso el martirio de un alma que diariamente sostiene un combate cruel y encarizado con ese siglo audaz, cínico, turbulento y sensual, es menos meritorio que el martirio que se consuma bajo la cuchilla de los tiranos?

La historia nos ofrece en esta linea nombres harto ilustres, personajes demasiado célebres, para que podamos dejar de consagrar á su

memoria los mas gratos recuerdos. Poco ó nada significará tal vez en el concepto del mundo el nombre de San Gil, á quien hoy solemnizamos, si se considera segun los principios que en él dominan, y ajustándose á las ideas que tan lastimosamente vienen inoculándose de una en otra generacion. ¿Qué puede representar de grande, de sublime, de heróico, un hombre que ni como literato, ni como político, ni como hombre de Estado, ni como conquistador, legó á la posteridad el mas leve recuerdo; cuya existencia se deslizó oscura entre los solitarios yermos, y cuyo mérito se limitó á huir de la sociedad de las grandes poblaciones, para vivir retirado y silencioso en las grutas de las fieras? ¿No es esta en compendio la historia de San Gil, Abad? Y un hombre que reconcentró en sí mismo toda la actividad de sus pensamientos y acciones, y de quien ningun resultado beneficioso recogió la humanidad, ¿merecerá ocupar las brillantes páginas que la historia reserva para perpetuar las grandes empresas, los hechos dignos de loa, y los eminentes servicios de sus héroes?

Asi pudiera espresarse esa sabiduría carnal y terrestre, que, rebotando por do quiera materialismo ó incredulidad repugnante, solo acepta como títulos de honor y de inmortalidad los acontecimientos que deslumbran los ojos y fascinan la inteligencia, aun cuando solo den por resultado la degradacion del hombre y el menosprecio de la verdad. Tales fueron siempre los principios de esa ciencia que en sentir del padre San Gregorio, solo es hábil para encubrir las legítimas afecciones del corazon humano con el falso antifaz de una hipocresía refinada; fecunda en recursos para desfigurar el sentido de las palabras con frases estudiadas; fuerte en el arte del sofisma para hacer pasar por verdades inconcusas los errores de mayor bulto; despreciadora arrogante de los que la ignoran, enemiga implacable de los que la combaten, censora eterna de los que no la siguen. ¿Cómo pues no habia de estar en oposicion con la vida de nuestro héroe quien desde sus primeros años supo penetrar sus secretos, evitar sus funestos lazos, y luchar contra los gérmenes de corrupcion que envuelve? ¡Oh! Desconozcan en buen hora el heroismo de San Gil los discípulos de esa escuela maldecida: ni de ella necesitamos

para formar su mas cumplido elogio, ni iremos á buscar en su prestada elocuencia las flores con que nos proponemos tejer la aureola que hoy le consagramos. En las sencillas palabras del Salmista que nos sirvieron de texto, tendremos abundante materia para trazar el panegirico de un santo, que, viendo rebosar la inmoralidad y fermentar la injusticia en el seno de su siglo, se alejó de él para inmolar-se en la oscuridad de un desierto. *Elongavi fugiens, et mansi in solitudine... quoniam vidi iniquitatem et contradictionem in civitate*; puesto que «haciéndolo asi, reveló una sublimidad de ideas y una energía de corazon que le hacen digno del lauro de los héroes.»

A este sencillísimo pensamiento voy á limitar mi discurso. ; Ojalá sea yo bastante feliz para desenvolverle cual deseo, para honra y gloria de Dios y loor de nuestro santo! Ayudadme pues á implorar los auxilios que necesito al efecto, poniendo por intercesora á la Santísima Virgen, y saludándola con las palabras del ángel:

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

No ignoro, M. A. O., que existe un antagonismo casi imposible de conciliar entre la filosofia racionalista y la filosofia cristiana, respecto á la apreciacion de las condiciones constitutivas del verdadero heroísmo. Ambas, es verdad, le fundan en la elevacion de las ideas y en la sublimidad de las acciones, ó lo que es idéntico, en esa nobleza de pensamientos que sacan al hombre de la esfera comun, y en esa energía de alma que le arrastra á acometer graves empresas y proyectos extraordinarios. Empero, tan luego como se trata de deslindar cuáles sean esas ideas y esas acciones que merecen el nombre de heroicas, ya no hay avenencia posible. Lo que la religion juzga grande y elevado, considéralo el mundo como raquítico y despreciable; y lo que este preconiza como digno de loa, anatematizalo aquella como digno de vituperio. Presentemos, pues, bajo su verdadero punto de vista las ideas que inspiraron á San Gil sus

hábitos de retiro y soledad, considerémoslas con relacion á las que generalmente presiden á las ruidosas empresas de los héroes mundanos, y dejemos al buen criterio y á la sana razon de los hombres justos é imparciales que decidan esta cuestion importantísima.

Nada en efecto hay de comun entre los principios fundamentales de esas dos escuelas que hoy se disputan el triunfo: nada por consiguiente que ofrezca el menor punto de asimilacion entre San Gil y esos hombres á quienes la filosofía del siglo decreta los honores del heroísmo. ¿Fué por ventura nuestro Santo uno de esos génius emprendedores que, á trueque de conquistar una porcion de un territorio extraño, se precipitan en medio de los azares de la guerra, viven en continua alarma, prodigan los tesoros y la sangre de cien pueblos, y llevan delante de sí la desolacion y el esterminio, por perseguir un vano fantasma de gloria que acaso les arrebatara la muerte en el instante mismo en que la tienen entre las manos? No: que San Gil solo aspiró á vencerse á sí propio, solo ambicionó conquistar el reino de la cruz, y sus miras se limitaron únicamente á triunfar de sus pasiones y á domeñar su corazon. ¿Fué quizás uno de esos talentos extraordinarios, que, por adquirir fama póstuma y crearse una inmortalidad literaria, consumen sus días en el estudio, se afanan por robar á la naturaleza sus secretos, y solo gozan cuando han logrado desentrañar los ocultos misterios de un problema indisoluble? Tampoco: pues San Gil, aunque no extraño de todo punto á las ciencias humanas, á cuyo estudio se dedicó desde niño en la célebre Atenas su patria, cuidó mucho mas de profundizar aquella sabiduría sublime del Calvario, que enseña al hombre á ser justo y perfecto, antes que elocuente orador, profundo humanista y eminente filósofo. ¿Pues dónde está entonces esa nobleza de pensamientos, esa elevacion de miras en que estriba el heroísmo del objeto de nuestros cultos? ¡Ah! El mundo le hubiera juzgado de distinto modo, si, asociándose á sus menguadas miras, hubiese aspirado á conservar despues de la muerte una vida imaginaria, dejando tras sí algunos recuerdos de esos que llaman la atencion de los hombres, locamente apasionados por lo que deslumbra los sentidos, siquiera nada haya en todo ello mas que orgullo, miseria, frivolidad despreciable. Mucho mas elevadas

fueron sin duda las aspiraciones de San Gil. Desde que su razon comienza á desenvolverse, mide con la vista interior de su alma la tierra entera, y comparándola con la inmensidad de un corazon criado para lo infinito, parécele pequeño y limitado el imperio del universo. Incapaz de satisfacer su noble ambicion con los bienes perecederos de una tierra que, á pesar de las maravillas que encierra, no es mas que un tosco boceto de otro mundo invisible donde se despliega en toda su plenitud la magnificencia del Criador Supremo, su espíritu se lanza sin cesar hácia aquella felicidad permanente, hácia aquella riqueza eterna, hácia aquella grandeza increada, estraña á las miserias y vicisitudes del tiempo; y por lo tanto, hollando generosamente todos esos viles objetos que apacientan sin satisfacer los deseos y las aspiraciones de los mundanos, despréndese de cuanto posee ó espera poseer, renuncia la bella perspectiva de un porvenir halagüeño, desprecia una corona que acaso estaba llamado á ceñir un dia, como oriundo de régia estirpe; y fijos sus ojos en aquel eterno sol que no conoce oriente ni ocaso, y sin poder separar sus miradas de aquella ciudad perdurable, donde el Cordero sin tacha sirve de antorcha, en cuyo seno corren á torrentes rios de placer y de inmortalidad, y cuyas murallas son la paz y la justicia, sale Gil de aquel antiguo emporio de las artes y de las ciencias, abandona el poético cielo de la Grecia, aléjase de los dulces recuerdos de su infancia, y deseoso de vivir oculto é ignorado para entregarse enteramente á la contemplacion de las cosas celestiales, atraviesa los mares, y llega por disposicion divina á las costas de Francia, donde la Providencia le tenia deparado un maestro que le instruyese, un conductor que le encaminase por las vias de la mas alta perfeccion evangélica.

¡Oh! ¿Quién podrá referir lo que San Gil adelantó en el espacio de dos años que permaneció en Arles, bajo la direccion de San Cesáreo, obispo de aquella ciudad? Menester seria haber presenciado la vida prodigiosa de aquellos dos seres tan identificados en ideas y aspiraciones, para poder comprender algo del heroismo de tanta virtud. Vigilias, ayunos, abstinencias, oracion constante, tales eran los ejercicios no interrumpidos de nuestro santo. Allí el dia y la noche

sorpréndenle estasiado en meditar las grandezas de Dios. En tanto que los hijos del siglo se alimentan con la horrorosa esperanza de la nada, y limitan sus deseos á los objetos del tiempo que huye con rápido vuelo, Gil por el contrario, inspirado siempre por el sentimiento de su inmortalidad, solo encuentra alimento proporcionado á la gran necesidad de su vasto corazon, en la noble y digna esperanza de poseer un dia los tesoros de la divina esencia, y gozar de ella en toda su plenitud. Por eso no siente las fatigas del hambre ni de la sed; por eso no le afligen las crueles privaciones á que voluntariamente se entrega; por eso ni el insomnio le debilita, ni el frio le acobarda, ni los ardores del sol le abaten, ni los dolores le acongojan, ni nada de este mundo basta á hacerle decaer de ánimo; por que considerándolo todo transitorio y fugaz, solo lo infinito puede afectarle, y en Dios únicamente encuentra el manantial de todo bien, el centro de toda perfeccion, el origen de toda felicidad. Sin él las delicias y los goces de la creacion pierden su encanto y su atractivo; el cielo mismo seria una morada triste y monótona: y con estas ideas tan sublimes, muriendo Gil todos los dias á sí mismo, y al mundo por vivir crucificado con Cristo, su espíritu, no obstante la flaqueza de una carne martirizada con la mas horrorosa penitencia, mantiénese siempre robusto, radiante de vida y de juventud, inseparable de aquel Ser en quien espera satisfacer un dia su hambre y sed de justicia, contemplando la verdad en su legitimo principio, abrazando de un golpe de vista lo pasado, lo presente, y lo porvenir, y viendo la luz en la luz misma segun la frase del profeta.

Preguntadle por qué ha dado un eterno adios al pais que le vió nacer, para no volver á saludar jamás la cuna de sus primeras ilusiones: y si él por su humildad os lo oculta, la historia os dirá que los milagros que desde muy jóven comenzaron á ilustrar su nombre, le impulsaron á huir del aura popular, y de una gloria que no estaba en armonia con sus modestas miras. Otros hubieran podido dejarse alucinar por el brillo deslumbrador de una fama que se hiciera ya general en toda la Grecia: pero Gil, mas grande en sus ideas, mira esto como una desgracia y busca en la soledad el medio de ocultar el resplandor de sus merecimientos y virtudes. ¡Oh alma noble! ¡Oh

corazon magnánimo! Cuando despues de una permanencia pacífica de dos años al lado del virtuosísimo Cesáreo, saliste precipitado de Arles y fuiste á sepultarte en las riberas del Ródano; cuando de allí te alejaste tambien abandonando á tu nuevo compañero Veredemio, para buscar en el hueco de una roca un pacífico asilo, y en la leche de una cierva el único sustento con que alimentarte; ¿qué otra causa tuviste para adoptar esta determinacion sino la misma celebridad de tus portentosos hechos, que donde quiera te descubrian á despecho de tu humildad profundísima? Aquí habia sanado á un hombre mordido por una ponzoñosa serpiente; allí habia lanzado el espíritu maligno del cuerpo de un obseso; mas allá calmára con su oracion una horrorosa tormenta que amenazaba sumergir en el mar el buque en que viajaba; en otra parte diera la salud á un enfermo aflijido con una fiebre pertinaz; donde quiera habíase hecho notable por los prodigios de todo género con que le honrara el cielo; y San Gil que solo aspiraba á aquella gloria inmarcesible que proviene de Dios, y consiste en compartir con él la brillantéz de su trono en la eternidad, mirando como un humo que se disipa en el aire la gloria mundanal, y la celebridad del tiempo como la belleza de una flor que dura un dia, anhela cada vez con mas ánsia vivir lejos del siglo, y encontrar un rincon del mundo donde terminar su existencia en la mas completa oscuridad: *Elongavi fugiens et mansi in solitudine.*

Tal fué la elevacion de ideas de nuestro Santo, bien superior por cierto en este punto á los mas renombrados héroes del siglo. ¿Y acaso no lo fué tambien en la energía de corazon, ó sea en ese valor que arrastra á emprender grandes proyectos y á obrar cosas extraordinarias? Bien conozco que en este punto no debo esperar me haga justicia un mundo, eterno calumniador de los discípulos de Jesucristo, y acostumbrado á mirar como una debilidad despreciable las virtudes de los que no transigen como él con el crimen victorioso ó la injusticia triunfante, de los que temiendo únicamente á Dios, jamás aplauden ni adulan los caprichos de la tiranía. Mas ¿qué importa esto, cuando tantas y tan convincentes pruebas tenemos para evidenciar que San Gil supo elevarse en sus acciones á la misma altura que en sus ideas, y que si estas le ponen al nivel de las almas mas grandes,

aquellas le colocan en el número de los corazones mas generosos y magnánimos? ¿Necesitase acaso un valor comun para desprenderse voluntariamente de cuantiosos bienes, distribuirlos entre los indigentes, reducirse á la mendicidad y condenarse á todos los rigores de la mas amarga privacion? Pues esto lo hizo Gil, sin otra mira que la de satisfacer sus nobles sentimientos y sus innatos hábitos de caridad cristiana. ¿Basta por ventura un corazon vulgar para renunciar á la suntuosidad de los palácios por vivir en las horrendas grutas de los yermos, para trocar el mullido lecho por las desnudas rocas de un desierto, para posponer los delicados manjares á las amargas raíces del campo, y los exquisitos licores á las aguas de una fuente? Tambien lo hizo San Gil sin ser á ello precisado, y nada mas que por tener ocasion de padecer y sufrir en obsequio de quien por su amor sufrió y toleró los tormentos de una Cruz. Viéraisle durante muchos años hacer una vida mas angélica que humana en aquella rústica gruta que eligiera por morada, imponiéndose largas vigiliás, un ayuno perpetuo, un silencio jamás interrumpido, orando de continuo, entonando á todas horas las divinas alabanzas, sobrellevando con santo gozo los ardores de un estio abrasador, ó los hielos de un invierno cruel, inmolando ante las aras de la mas espantosa austeridad una carne acostumbra da un dia á las delicias y al regalo; él que hubiera podido vivir opíparamente en el voluptuoso pais de Grecia; él que hubiera podido gozar de las comodidades de una existencia rica é independiente; él que veia en lontananza un trono al que podia presentar títulos y derechos indisputables. Pero todo esto no bastaba á llenar el inmenso vacío de su corazon; para satisfacerle era necesario mucho mas. Allá en la región de los inmortales estaba lo que Gil apetecia; aquel reino, aquel sólio, aquella felicidad era lo que anhelaba á conquistar; y como el reino de Dios padece violencia, y solo los que se la hacen casi propios logran escalarle, por eso nuestro Santo eligió en la tierra esa vida de martirio, de abnegacion y de sacrificio; y saltando por cima de todas las miserias y frivolidades mundanas, y menospreciando heroicamente cuanto los hombres en general estiman, huyó al desierto en busca de los medios de atesorar en la tierra las únicas riquezas con que puede comprarse el cielo.

En aquel yermo encontró á San Gil el rey de Francia Clodoveo, yendo con sus cortesanos en persecucion de una cierva que creyera herida por los arqueros. Allí le vió vestido de monge, de anciano y venerable aspecto, elevado en oracion, corriendo de su pecho sangre en abundancia, pues habia sido herido por la saeta dirigida contra la cierva, la cual se hallaba á sus pies mansa y rendida. Allí tuvo ocasion de admirar su virtud, de honrar su santidad, y de visitarle frecuentemente. Allí quedó asombrado de su heróico desprendimiento, cuando ofreciéndole cuantiosos dones, le vió renunciarlos con magnanimidad, aconsejando al monarca que los invirtiese en construir un monasterio, donde tendria quien elevase de continuo servientes súplicas al cielo por su prosperidad y la de su reino. ¿Y no fué en este mismo sitio donde San Gil, hecho el modelo y la norma de un coro numeroso de monges de quienes fué abad y director, legó á la posteridad los mas sublimes ejemplos de perfeccion evangélica?

¡Oh! Dolámonos de que la historia se haya mostrado tan pàrca en este punto, arrebatándonos una gran para de los ilustres hechos de este santo. Lamentémos la pérdida de los monumentos antiguos en que se hallaban consignados los servicios que prestó á la religion, si bien sabemos por una tradicion respetable que á su celo se debieron numerosas conversiones en aquella época, contándose entre las conquistas que hizo para Jesucristo, el mismo rey de Francia, á quien persuadió se arrepintiese é hiciese penitencia de un pecado enorme que cometiera. Pero si no nos son conocidas individualmente todas las grandes virtudes de nuestro héroe, si solo ha llegado á nosotros una parte muy pequeña de sus altos merecimientos, si los rasgos acaso mas brillantes de su vida han quedado sepultados en el olvido, merced á las mil revoluciones por que ha pasado ese reino vecino desde aquella época: ¿no basta y sobra lo dicho para demostrar que San Gil tuvo ideas mucho mas elevadas, y mas valor y magnanimidad de corazon que los celebrados héroes del siglo, puesto que supo sobreponerse á las menguadas miras de los mundanos, menospreciar todo lo que es caduco é insubsistente, hollar el fausto, la ostentacion, los honores, la gloria, la celebridad y demas fantasmas seductores que alucinan y deslumbran á las almas pequeñas, as-

pirar únicamente á lo inmenso é infinito, ambicionar lo que nunca sufre mengua ni está sujeto á las variaciones del tiempo, y no satisfacerse menos que con la posesion de un reino inmortal?

¡Qué singular contraste ofrecería este cuadro, si me fuese permitido ponerle en parangon con el que presentan las ideas, los sentimientos y las obras de un siglo, que se cree grande porque en su loca impiedad lo empequeñece todo, que se jacta de sábio porque en su necio orgullo de todo duda, que se envanece de tener nobles aspiraciones porque en su insensata arrogancia todo lo avasalla! Pero no seré yo quien me atreva á enturbiar con tan tristes imágenes la alegría de la presente solemnidad, reproduciendo recuerdos harto repugnantes que quisiera borrar para siempre de vuestra memoria. Creo haber probado que San Gil merece ocupar un sitio distinguido entre los verdaderos héroes, y al efecto no he necesitado recurrir á las fuentes envenenadas del filosofismo, cenagoso lodazal que todo lo empaña y mancilla. A despecho de las preocupaciones de esas inteligencias menguadas que jamás se alimentaron mas que del sofisma, de la impostura y del sarcasmo, ni saben mas que blasfemar cuando se trata del heroísmo cristiano, es una verdad incontestable que nuestro Santo fué grande en la legítima acepcion de este término, ya en sus ideas ya en sus acciones; y tanto, que desde la oscuridad de un desierto, el resplandor de sus virtudes ha llegado donde jamás llegará la fama de las ruidosas conquistas de los hombres mas célebres de la historia profana.

Sí, insigne Gil, honra y prez de la Iglesia católica. El mundo mismo te hace justicia, reconociendo hoy en tí un heroísmo tanto mas admirable cuanto menos revestido del fastuoso aparato con que los grandes génios en su arrogante orgullo ostentan sus acciones, ávidos de una gloria que no siempre sobrevive á su existencia. Los que tal vez cegados aún por su impiedad no alcanzan á concebir la sublimidad de ideas y la grandeza de alma que envuelve tu fuga del siglo, tu abnegacion profunda, tu humildad escesiva, tus austeridades y rigores, dia vendrá en que lo comprendan á su despecho, quizás cuando ya no les quede mas que el torcedor remordimiento que comenzará su espiacion. Por lo que á nosotros hace, al celebrar

en este dia llenos de entusiasmo tus triunfos y magnificencias, esperamos tambien escuches nuestras plegarias y atiendas á nuestros ruegos, intercediendo delante de Dios en favor de un pueblo que pone en ti toda su confianza. Consiguenos sobre todo la gracia de imitarte en esta vida, para despues gozar en la otra de tu misma inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN MATEO, APOSTOL Y EVANGELISTA.

Vidit Jesus lumen sedentem in telonio, Matthæum nomine. Et ait illi: sequere me. Et surgens, secutus est eum.

Vió Jesus á un hombre sentado en el banco de las alcabalas, llamado Mateo, y le dijo: sigueme; y él, levantándose luego, le siguió.

MATTH. IX. 9.

LA época de los grandes acontecimientos que debian decidir los destinos de la humanidad, llegaba ya á su último período. En breve iba á trazarse la línea divisoria entre los dos mundos históricos, de los cuales, segun la elocuente espresion de un sábio, el uno comenzó en el primitivo Eden y terminára en el Calvario, el otro arrancaba de la cruz para perderse en los anchurosos abismos de la eternidad. El hijo de la humilde Nazarena, Cristo reparador del linage perdido, preparábase á consumir la sublime mision que recibiera del cielo. Desde lo alto del trono que le destinó la ingrata Sinagoga, desde la cumbre de aquella montaña fertilizada con su sangre divina, se proponia legar al nuevo mundo, que entraba á sustituir al antiguo llegado ya á su completa decrepitud, todas las promesas que éste no supo apreciar, enagenando como el hijo de Isaac á su hermano menor la primogenitura, por unos goces tan indignos como impotentes para hacer su felicidad. De entre las ruinas de una raza desheredada, infeliz y maldecida, iba á surgir en breve un nuevo linage, curado

:

de todos sus males, lavado de todas sus inmundicias y poseedor de todos los tesoros de una gracia regeneradora.

Pero lo admirable, lo pasmoso é inaudito de la gran revolucion moral que iba á experimentar el mundo, consiste principalmente en los instrumentos de que para llevarla á cabo se sirvió el augusto fundador del nuevo culto. Cuando se considera que doce hombres de la plebe, de oscuro linage, de profesion humilde, de hábitos nada cultos, y alguno de ellos de costumbres las menos á propósito al parecer para semejante empresa, fueron los llamados á realizar los altos designios de la Providencia, ignórase de qué maravillarse mas, si del poder infinito del que con una simple palabra supo obrar en sus almas una transformacion tan prodigiosa, ó de la fidelidad con que estos correspondieran á una vocacion tan sublime. Fijémonos por hoy en ese Santo Apóstol á quien dedicamos los presentes cultos. ¿Qué era Mateo cuando plugo á Jesucristo llamarle á tomar parte en su grandiosa obra? ¿De dónde le estrajo para asociarle al número de los heraldos de su evangelio? ¿En qué ocupacion le encontró cuando quiso hacerle uno de los confidentes de sus secretos? ¡Ah! Otros al menos en medio de una profesion modesta conservaban honrosos antecedentes, y su vida en nada podia ser tachada de criminal ó punible. Pescadores de los vecinos lagos, proporcionábanse con el sudor de sus frentes el alimento cotidiano. Eran pobres, pero su pobreza no les degradaba; carecian de talentos, pero su ignorancia no comprometia su fama ni afectaba á su buen nombre; eran toscos y de brusco trato, como en general lo son las gentes de su clase, mas á nadie dañaban ni ocasionaban perjuicio. No así Mateo. Era un publicano, segun su propia confesion, recaudador de los impuestos del fisco, destino considerado entre los hebreos como ilícito é infamante. Y sin embargo, á éste, del mismo modo que á los demas apóstoles, acércase el Salvador en ocasion que ejercia su oficio, y diciéndole: «Sígueme,» le arranca súbitamente de allí, para ser en lo sucesivo su compañero inseparable, sócio de sus tareas y trabajos, columna de su Iglesia, baluarte de su religion, piedra fundamental del edificio que meditaba levantar sobre los escombros del vetusto paganismo, nuncio de su divinidad, predicador de sus magnificencias, his-

toriadador de su vida, y mártir glorioso de su doctrina. *Vidit Jesus hominem sedentem in telonio, Matthæum nomine. Et ait illi: sequere me. Et surgens, secutus est eum.*

Esta vocacion á todas luces portentosa es la que hoy debe llamar vivamente nuestra atencion por el doble carácter que envuelve, ya se considere por parte de Jesucristo, cuya bondad y poderío brillan en ella de una manera tan inaudita, ya se mire con respecto al santo Apóstol, en quien la docilidad de la aceptacion compite dignamente con la perseverancia en el bien cómenzado. Bajo ambos aspectos merece estudiarse con detenimiento este suceso: puesto que si portento es y no pequeño que un Dios humanado, en quien nada hay esterioresmente capaz de revelar su altísimo origen, se haga obedecer de un hombre con una mera insinuacion, arrastrándole fuertemente con los lazos de su gracia regeneradora, tambien es un fenómeno de difícil solucion, que un hombre se adhiera sin vacilar al mandato de quien, sin precedente alguno que garantice su divinidad, destruye de un golpe todas sus esperanzas, desconcierta todas sus ideas, cambia sus destinos y le llama á un porvenir incierto. Sucedió es éste que ha dado alimento abundante á la crítica mordaz, y prestado no escaso cebo á la incredulidad filosófica. A nosotros solo debe inspirarnos sentimientos de admiracion é ideas de justo entusiasmo; puesto que nada en él encontramos sino el desenvolvimiento maravilloso del plan divino con relacion á la humanidad, en el cual no debian entrar ninguno de los elementos naturales ú ordinarios, sino que todo debia ser extraordinario y sobrenatural. Tal es en efecto el llamamiento de Mateo al apostolado, y la cooperacion de éste á los designios del que le llamó. «Si allí vemos de manifiesto un rasgo de celestial poder y bondad, que revela indudablemente la divinidad del Salvador, aquí contemplamos un milagro de la gracia, que trasforma al hombre en un instrumento á propósito para propagar y fomentar en el mundo las magnificencias del Evangelio.» A demostrar esta proposicion se reducirá todo mi discurso, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

El establecimiento del cristianismo en el mundo debia ser la obra esclusiva del poder divino. En él no menos que en la creacion, era preciso interviniese aquella accion de irresistible fuerza que llama la nada al ser, y se hace obedecer de lo que no existe, segun la profunda espresion de un sabio; puesto que si grande, si admirable, si extraordinaria bajo todos conceptos se presenta á nuestra vista la accion de extraer del seno del caos con una sola palabra, los cielos, la tierra, los mares, y todo cuanto embellece este vasto universo; ¿lo es menos por ventura transformar repentinamente ese mismo mundo bajo su aspecto moral, creando nuevos hombres, nuevos pueblos, nuevas sociedades, una legislacion completamente distinta, unos dogmas diametralmente opuestos á cuanto en el trascurso de cuarenta siglos, venia creyendo una gran parte de la humanidad, y una civilizacion que venia á destruir todas las antiguas civilizaciones? ¡Y para operar este cambio feliz, y llevar á cabo tan sorprendente cuanto dificil revolucion, no necesita Jesucristo mas que dirigirse á unos hombres del mas infimo pueblo, cuando se hallan ocupados en el ejercicio de la pesca, y decirles: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres!»

Pero en ninguno de los Apóstoles llamados á cooperar á esta obra esencialmente divina, resplandecé tanto la autoridad y la grandeza del hijo de Dios, fundador augusto de la nueva Sion que iba á sustituir á la antigua, como en el ilustre San Mateo, objeto de nuestros cultos. Su vocacion al apostolado envuelve un rasgo de celestial poder, que se concibe pero no se esplica. Verle en el telonio, mandarle que le siga, y ser al punto obedecido, todo es obra de un momento. ¡Oh palabra omnipotente! ¡Oh voz de irresistible eficacia! «Sígueme,» dice á un hombre que no alimenta otras ideas que las de aumentar su caudal en un destino nada honroso y altamente reprobado por el pueblo hebreo. «Sígueme,» le dice en el momento

mismo que, reconcentrando todos sus pensamientos en el oro que tiene á la vista, de nada se ocupa menos que de atesorar merecimientos para la vida eterna. «Sígueme,» esto es, abandona sin mas exámen ese tráfico con que provees á tu subsistencia propia y á la de tu familia; renuncia de un golpe á todas tus aspiraciones; no pienses mas en los intereses materiales de la vida presente; ven conmigo á tomar parte en mis trabajos, privaciones, peligros y contratiempos; abraza voluntariamente mi pobreza, mis humillaciones, mis desprecios, mis persecuciones y mi Cruz; disponte á caminar de hoy mas á mi lado por una senda erizada de punzadores abrojos, á emprender una larga carrera de sacrificios, á comenzar una existencia de abnegacion y de martirio, y á apurar el mismo cáliz de tribulacion y de angustia, que yo estoy llamado á beber.» Todo esto envolvía aquella palabra del Salvador: *Sequere me*. Y sin embargo, Mateo la escucha con docilidad, y en el acto mismo levántase de su asiento, déjalo todo, y se pone á caminar tras las huellas de Jesus: *Et surgens secutus est eum*.

Confieso, M. A. O., que á no tener en cuenta los altísimos principios de una doctrina tan divina é infalible como la que tenemos la dicha de profesar, yo seria el primero en titubear á vista de un hecho tan fenomenal y opuesto á las leyes todas de la naturaleza. No me estraña que los hombres mas sábios y los mas privilegiados talentos hayan considerado llenos de admiracion y pasmo este pasage del Evangelio, como la prueba mas convincente é irrefragable de la divinidad del Salvador. Tampoco hasta cierto punto me choca que Porfirio, al leerle, tuviese momentos de vacilacion, impresionándole de tal suerte, que por no ceder al convencimiento racional que empezaba á experimentar en su alma, se decidió á atribuir tan estraña mudanza á una ficcion del historiador sagrado. Si alguna cosa pudiera resistirse á mi inteligencia y á mi razon en el caso presente, seria sin duda, no ya que quien en otro tiempo dijo: «hágase la luz» y vió brotar la luz del seno de las tinieblas, pudiese tambien decir á unos hombres desconocidos: «Venid en pos de mí,» y hacerse seguir de ellos en el momento: sino que para llevar la antorcha brillantísima de su Evangelio á los últimos confines del globo, escogiese unos séres

tan poco á propósito al parecer para tan elevada mision, y sobre todo alguno de ellos como Mateo, nada digno segun las ideas humanas de la alta dignidad del apostolado. ¿Mas qué digo? ¿Eran acaso los pensamientos del Hombre Dios los que inspira la humanal prudencia? ¿No venia Jesucristo á repararlo todo, y á crear un órden de cosas distinto del que hasta entonces rigiera en el mundo? Si así no hubiese sido, indudablemente habria ido á buscar los heraldos de su nueva civilizacion en las altas categorías del mundo, entre los sábios de primer órden, entre los caudillos de fama y los funcionarios de crédito. Empero venia á anunciar una doctrina de regeneracion universal; habíase propuesto ante todo libertar del error al género humano; y por eso elige sus apóstoles no entre los opresores del entendimiento, sino entre los oprimidos; no entre los filósofos ni los literatos, sino entre los pobres y sencillos, como ha escrito un elocuente orador contemporáneo. Estos eran los que debian fundar el grande imperio de la persuasion á pesar de todos los conatos de la fuerza; éstos los que estaban llamados á sustituir la ley de la caridad á la legislacion del egoismo; éstos en fin, los que tenian la mision de establecer en toda la tierra la doctrina de la clemencia y del perdon sobre las ruinas de la arbitrariedad y de la venganza, para que así la obra del nuevo legislador se manifestase divina en todas sus partes y estraña á todos los elementos humanos. Por eso Jesus, como pastor bueno que viene en busca de las ovejas descarriadas de Israel, comienza ejerciendo este atributo inefable de su bondad con los que destina á ser los primeros predicadores de su código regenerador; y asociando á Mateo publicano al número de los demás Apóstoles, demuestra prácticamente que su amor abraza indistintamente al justo y al culpable; que en la red misteriosa que va á echar en el gran océano del mundo, tienen cabida todas las clases, fortunas, condiciones y razas; y que ni al judío, ni al gentil, ni al griego, ni al romano cierra la puerta de su reino, toda vez que en él quieran entrar, pues á todos se estienden las promesas del que á todos se propone salvar con su sangre. Harto manifestó el Salvador prácticamente esta verdad capital de su doctrina, en el pasage que nos refiere el mismo San Mateo en el capítulo IX de su historia. Hacía poco que le

llamára al apostolado. Hallábase sentado á su mesa, conversando familiarmente con él en presencia de una multitud de publicanos y gentes de mala vida que asistian al convite. Véno los fariseos, é incapaces de comprender cómo un Dios justo y bueno pudiera admitir los obsequios de los injustos y pecadores, asociarse y comer con ellos, y darles muestras de benevolencia y amistad, envolviendo en su odio mal disimulado al maestro y á los discípulos, y congratulándose de tener una ocasion favorable de zaherir su reputacion y de censurar sus acciones, comienzan á esclamar: «¿Cómo es que ese hombre come con publicanos y gente de mal vivir (1)?» Lo cual oido por Jesucristo, apresúrase á contestar á aquellos presuntuosos sábios, henchidos de envidia y de despecho, crueles, vengativos, inhumanos, viciosos mas que los mismos á quienes aludian, puesto que bajo apariencias de afectada justicia envolvian un corazon que exhalaba la fetidez de los sepulcros, y les dice: «Sabed que no son los sanos los que han menester de médico, si no los enfermos. Aprended lo que significan aquellas palabras de un profeta: «Mas estimo la misericordia que el sacrificio.» Porque á los pecadores vine yo á buscar y no á los justos (2).»

No es posible espresar cuánto alienta á Mateo este nuevo rasgo de la bondad divina. Desde aquel momento la gracia opera en él una revolucion sorprendente, transformándole en uno de los instrumentos mas á propósito para propagar y fomentar en el mundo las magnificencias de la religion cristiana. Y aqui comienza á brillar la fidelidad de nuestro santo apóstol en cooperar á los designios providenciales, y su constancia y energia en llevar á cabo la mision que le confiara el cielo. ¿Visteis un hombre, al despertar de un agitado sueño en que mil fantasmas repugnantes turbáran su imaginacion, volver en sí como á una nueva vida, lleno de regocijo viendo disipadas las falsas imágenes que le atormentaron? Pues no de otra suerte las palabras de Jesucristo, iluminando repentinamente á Mateo y disipando todas sus preocupaciones, hácenle reconocer en el que

(1) Matth. IX. 11.

(2) Ib. 12.

asi le habla el verdadero Mesias enviado á salvar al linage perdido; su corazon adhiérese á él por simpatía y por reconocimiento; desde aquel punto conságrale todas sus aspiraciones y afectos; solo anhela inmolarsé en su servicio, y no acierta á separarse un punto de su lado. Si Jesus recorre las ciudades, pueblos y aldeas de la Judea, allí está siempre Mateo aprovechándose de las instrucciones del divino maestro y grabando en su corazon las máximas eternas que brotan de sus lábios. Si huyendo de las turbas penetra en los desiertos, Mateo es el primero en acompañarle compartiendo con él sus necesidades y privaciones. Si en Cafarnaum se muestra pobre y desvalido, allí tambien Mateo hace gala de una pobreza, que le honra en su concepto mucho mas que todas las riquezas del mundo. ¡Y esto lo hace en presencia de los que poco antes viéranle ejercer un cargo en que el interés predominaba como único móvil de sus acciones! ¡Y con tan heróica abnegacion vive en medio de un pueblo testigo de sus pasados errores!

Pero todo ello no era mas que el prelude de las grandes empresas, que en breve iba á acometer por la gloria de Dios aquel hombre tan fiel á las impresiones de la gracia. Esperad que llegue el día de Pentecostés; dejad que como los otros coapóstoles reciba el Espiritu divino y con él la sabiduria, la inteligençia, la fortaleza y demás dones del cielo; y le vereis salir del Cenáculo, henchido su corazon de un celo abrasador, recorrer la Judea predicando el reino de Dios á aquellos ciegos que todavía yacen en la sombría noche del error, y obrando prodigios inauditos de conversion en aquella raza maldecida sobre la cual pesaba la sangre del Mesias crucificado. Entre tanto, estábale reservada otra gloria no menos brillante. Mateo debia ser una de las cuatro principales columnas del edificio religioso que iba á levantarse sobre las ruinas de la reprobada Sinagoga; uno de los cuatro seres misteriosos que, á manera de los espíritus velocísimos que viera el profeta Ezequiel, estaba destinado á llevar por los aires el testamento eterno del Dios de las eternidades; uno de los cuatro evangelistas, llamados á perpetuar en páginas inmortales los hechos prodigiosos del verbo-humanado, á transmitir con su pluma á todos los siglos los dogmas de nuestra fé, y á legar á todas

las generaciones un monumento imperecedero de la divinidad de la religion cristiana y de su augusto fundador. Emprende en efecto su obra á instancia de los discípulos, por orden de los demás apóstoles en beneficio de los judios recién convertidos; propónese trazar la historia de la vida, predicacion, muerte y resurreccion del Salvador; un testimonio irrefragable del cumplimiento de las promesas hechas al linage humano de su libertad y rescate; la suma, en fin, de todas las verdades necesarias para obtener la salud eterna. ¡Y cuán á satisfaccion llenó San Mateo esta mision delicadísima! ¿Quién no admira la sabiduría toda celestial que brilla en su evangelio? ¿Quién no vé en todas las páginas de ese libro los mas bellos caracteres de sencillez, de verdad y de una inspiracion sobrenatural, que ahuyenta toda duda y crea en el alma el mas hondo convencimiento? Nada en él se encuentra que no aparezca desde luego dictado por el Espiritu Santo: lejos allí la mano del hombre que todo lo amancilla y profana. ¡Cuánto dista esta historia de aquellas en que se escriben los hechos de los héroes profanos! ¡Qué diversidad de language! ¡Qué diferencia de estilo! En aquellas, por lo comun, al lado de algunas pocas verdades hállanse mezclados los mas repugnantes errores; la adulacion ocupa un lugar preferente á espensas de la justicia; sacrifícase la imparcialidad al vano placer de aparecer elocuente y erudito; y los vicios de los personajes que en ellas figuran, ocúltanse cuidadosamente entre el frivolo follage de ciertas frases hábilmente estudiadas. Aquí por el contrario reina donde quiera la ingenuidad, el candor, la veracidad; refiérense los hechos sin desfigurarlos, tales cuales fueron vistos por millares de testigos oculares; nárranse los prodigios sin abultarlos ni menos hacer gala de una admiracion enfática; y hasta los mismos defectos del historiador no se omiten en una obra, que solo por este concepto revela un origen divino. ¿Quién es el que escribiendo un libro llamado á perpetuarse en el mundo, tiene la ocurrencia de consignar en él ciertas circunstancias que pueden rebajar en mucho su mérito personal, su honra y su buen nombre? ¡Oh! ¡Solo San Mateo, impulsado sin duda por una humildad sin ejemplo, y moviendo su pluma el que dictaba todas sus palabras, trasmitió á todos los

pueblos, siglos y generaciones que habia sido un publicano; lo cual equivalía en el lenguaje y costumbres judáicas á un hombre sin religion, sin fé, sin conciencia, sin Dios! ¿Y qué decir de la doctrina pura, sublime y celestial que nuestro santo evangelista nos vinculó en ese grandioso monumento de la revelacion divina? Objeto de un detenido estudio, no ya de un breve discurso, seria el exámen de las bellezas que atesora. ¿Cuál brilla la concision en el relato de la vida que el Salvador hizo entre los hombres! ¿Cuánto admira su nerviosa elocuencia en la reproduccion de los mas interesantes ejemplos que ese Dios humanado legó al mundo! ¿Cuán inimitable en su elevacion es la sencillez con que trascribe las parábolas, los símiles, las alegorías de que usaba Jesus, para atraer á los pecadores, convencer á los incrédulos, reprender á los obstinados y ganarse el afecto de los mismos que le odiaban!

¡Oh! Ya no me estraña que un libro que encierra cuanto de mas interesante hay en la historia del Verbo encarnado, donde se hallan los testimonios mas auténticos de su bondad hácia el hombre, las pruebas mas irrecusables de su misericordia, los monumentos mas preciosos de su inestinguible caridad, cuanto es capaz de elevar el alma hácia el cielo, de hacer amable la virtud y despertar el deseo de la salvacion aun en los corazones menos accesibles á los sentimientos religiosos, como lo han reconocido hasta los caudillos de la incredulidad filosófica; no me estraña, repito, que ese libro fuese recibido con entusiasmo, buscado con avidéz, solicitadas copias suyas con anhelo, y que circulase no solamente en su primitivo idioma hebreo ó siríaco, sí que tambien en el griego por todas las regiones y provincias del mundo entonces conocido. Armado de ese evangelio penetra Bernabé en la Cilicia, atraviesa la Seleucia, llega á Chipre, y despues de haber conquistado con él un sin número de almas á Jesucristo, al sucumbir en la lucha cual aguerrido campeón, conserva en la tumba aquel instrumento de su victoria. Con él invade Bartolomé la India, lucha durante algunos años contra las supersticiones idólatras, destroza los baluartes del paganismo, planta el estandarte de la Cruz, y duerme en el Señor estrechando contra su pecho aquel libro que le allanára el camino de sus ilustres con-

quistas. Con él, en suma, predica San Mateo donde quiera que los demás apóstoles van á llevar la luz de la verdad; multiplicase á la vez en cuantos anuncian su evangelio; habla por muchas bocas, y hácese el doctor, el maestro, el apóstol universal de todos los países á donde llegan sus escritos, llevados por esos ángeles veloces que marchan á sojuzgar la tierra entera al imperio de la Cruz.

Mas no por eso dejó de tener su parte activa en la gran mision del apostolado. Tambien con su palabra no menos que con su pluma contribuyó á consolidar el magestuoso edificio de la verdad católica. Vedle correr á la Etiopia lleno de un celo ardoroso, de una caridad entrañable, y adornado con todas las virtudes que constituyen á un heraldo del Dios del Calvario. Observad cuál enseña con su ejemplo, edifica con su vida austera, pobre y penitente, convence con su persuasiva elocuencia, asombra con sus prodigiosos hechos, y obra la mas sorprendente revolucion en las ideas de aquellos pueblos que evangeliza. Los idolos caen de sus inmundas aras; el error huye avergonzado dejando su puesto á la verdad; desaparecen los ritos sacrilegos; cesan las supersticiones prácticas de un culto inspirado por Satanás; las augustas ceremonias del cristianismo reemplazan á los infames misterios de las divinidades del Olimpo; Jesucristo recibe los inciensos que antes se quemaban á las pasiones deificadas; levántanse templos al rey mártir del Calvario; y donde quiera la preciosa semilla del Evangelio hace brotar abundantes y sazonados frutos de virtud, allí donde antes reinaba el vicio, y dominaba la mas profunda corrupcion de costumbres. No era posible que mirasen esto con indiferencia los sacerdotes idólatras, interesados en fomentar, propagar y sostener unas doctrinas con las cuales traficaban á espensas de la ignorante credulidad del vulgo. Hacíase preciso deshacerse á toda costa de aquel hombre que tan poderosamente influia en el descrédito de sus antiguas tradiciones. Tambien el Señor queria recompensar las fatigas de su apóstol, dándole la corona imperecedera que le tenia reservada en el cielo. Allá subió San Mateo en virtud de un doloroso martirio. La ciudad de Nadaben recogió su sangre heróica; ella fué tambien la depositaria de sus mortales restos, trasladados posteriormente á Europa, donde reciben

los homenajes de la piedad cristiana, tan justos como merecidos por quien, cooperando fiel al llamamiento de la gracia que le elevó al apostolado, demostró el poder de la divinidad y la eficacia de su palabra, que con tanta facilidad transforma al hombre en un instrumento á propósito para propagar y fomentar en el mundo las grandezas del Evangelio.

Gloria á vos, Señor, que tan extraordinarios prodigios obrásteis en nuestro santo Apóstol. Y tú tambien, insigne heraldo del rey del Calvario, recibe hoy los parabienes del cristianismo que se goza en celebrar la memoria de tus virtudes y altos servicios. Grande fué la bondad de aquel Salvador clemente que se dignó llamarte del Te-tonio para ser su enviado cerca de los mortales que yacian sumidos en las tinieblas del error; pero digna fué tambien de todo elogio la fidelidad con que supiste hacer ver que no habia sido infecunda aquella palabra regeneradora que como un dardo encendido penetró en tu corazon. Ella produjo en tí una trasformacion de las mas felices consecuencias; ella te impulsó á seguir los pasos del Salvador durante su vida pública; ella te condujo á compatir con él sus trabajos y persecuciones; ella te hizo despues de su muerte predicador intrépido de su resurreccion; ella en fin, te preparó á ser su historiador, su apologista, su mártir magnánimo. ¡Plegue al cielo que nosotros sepamos imitar tu fiel cooperacion á las inspiraciones de la gracia, que constantemente nos llama, nos solicita, nos apremia, nos urge para que sigamos el camino del bien! Intercede en favor nuestro ante el acatamiento del Señor, para que dóciles á su voz caminemos siempre por la senda de la virtud, y lleguemos con seguridad al término feliz de nuestra carrera, á recibir la palma del triunfo en la eterna bienaventuranza de la gloria.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN COSME Y SAN DAMIAN, MÁRTIRES.

Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas et dealbaverunt eas in sanguine Agni: ideo sunt ante thronum Dei, et serviunt ei die ac nocte in templo ejus.

Estos son los que han venido de una tribulacion grande, y lavaron sus vestiduras y las blanquearon en la sangre del Cordero: por eso están ante el solio de Dios, y le sirven dia y noche en su templo.

APOC. VII. 14, 15.

EN qué funda el error sus esperanzas, cuando en su loco delirio se lisonjea de ver un dia por el suelo el robusto edificio de la verdad católica? ¿Por qué tan anticipadamente ha preparado el epitafio que piensa colocar sobre la tumba del cristianismo, y entona himnos fúnebres á esa religion llamada á sobrevivir á todas las creaciones del hombre? ¿Cómo ha llegado su insensato orgullo al extremo de creerse capaz de llevar á feliz cima los planes de destruccion, que con tan mal éxito ensayó el imperio mas colosal del mundo durante tres siglos de sangre y esterminio? ¿Quiénes son esos pigmeos que en su insolente altanería se atreven á acometer la obra ante la cual se estrellaron los esfuerzos de los gigantes? Razon sobrada tengo M. A. O., para espresarme de este modo, á presencia de un siglo que, desenterando las añejas preocupaciones de los pasados, intenta amenguar las glorias del catolicismo, y atacar sus dogmas, y hacer problemático su divino orijen, y poner en duda su perpetuidad, como si lo que deriva de un principio eterno é invariable pudiera ser destruido por el miserable hijo de la nada.

Aun cuando no hubiese otro fundamento en que apoyar la divinidad de nuestra religion sacrosanta, mas que la sobrehumana fortaleza de aquellos héroes que, en su nombre y por sostener su fé, hicieron frente á todo el poder de la idolatria y consumaron con un glorioso martirio una vida colmada de virtudes y merecimientos, bastarianos este solo testimonio de credibilidad para desafiar al racionalismo insensato, y obligarle á enmudecer ante unas pruebas tan convincentes é irrefutables. Tomemos por único objeto de nuestras reflexiones á los dos ilustres hermanos mártires San Cosme y San Damian, cuyos cultos celebramos en este dia. Ellos solos son suficientes para evidenciar las magnificencias de esa fé por la que tan denodadamente lucharon en un sangriento estadio; ellos solos sobran para hacer ver cuán divina, cuán sublime y superior á la carnal sabiduria del mundo, es esa doctrina que tan prodigiosamente eleva la frágil naturaleza humana sobre todas las miserias y debilidades que la son inherentes, cambiando el temor en fortaleza, la pusilanimidad en arrojo, el miedo en intrepidez, la cobardía en generoso entusiasmo. ¡Qué! ¿Nada dice á la estúpida incredulidad de un siglo muelle y sensual la voz penetrante de la sangre de esos dos héroes, que no solamente supieron trazar en su vida los rasgos característicos del Evangelio, ajustando en un todo sus costumbres á los principios en él consignados, sino que tuvieron ademas valor bastante á confirmar con una muerte dolorosa y cruel el testimonio de sus creencias, hijas de una conviccion profunda? ¿Nada significa esa espontaneidad con que se ofrecieron á sufrir los mas atroces suplicios, y despreciaron noblemente las promesas y amenazas de un poder tiránico, y se lanzaron en medio de los peligros, teniendo por nada los braseros ardientes, las afiladas uñas de las fieras, las espadas de los verdugos, y cuanto supo inventar el refinamiento de una crueldad exquisita, á trueque de no ser perjuros á su Dios y de no abandonar la fé que profesáran? ¿Se insistirá en atribuir á un exceso de fanatismo aquella santa alegría, aquella calma imperturbable, aquel gozo sobrenatural con que en los momentos supremos invocaban el nombre de Jesus, y fijos sus ojos en el cielo recibian el golpe fatal, mas bien como triunfadores que como victimas, llenando de despecho al paganismo y marchi-

tando en sus mismas manos los laureles que este se lisonjeaba haber cogido en tan desigual pelea?

Grite cuanto quiera el filosofismo incrédulo, nunca logrará, no ya destruir, pero ni aun disminuir la fuerza de ese testimonio, cuya voz déjase oír por cima de todas las pasiones, de todos los ódios y de todas las antipatías de un mundo materialista, enemigo irreconciliable del Evangelio. A pesar de sus impías elucubraciones y de la sofistería de sus manoseados argumentos, la historia presentará siempre á los ilustres mártires Cosme y Damian, como dos atletas invencibles, cuya vida fué y será donde quiera la prueba mas convincente de la santidad de la religion católica, y cuya muerte desmostró la veracidad de las divinas promesas á ella vinculadas; porque habiendo atravesado una gran tribulacion, blanquearon sus vestiduras en la sangre del Cordero; y por eso están ante el sólio de Dios y le sirven dia y noche en el augusto templo de su gloria: *Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna, etc.* Ved ya trazado el pensamiento que me propongo desenvolver en el presente discurso, despues de invocar los divinos auxilios por la mediacion poderosa de la Reina de los mártires á quien saludaremos diciendo:

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Desde que en la cumbre de la santa montaña fué sancionada la religion cristiana con la sangre de su augusto fundador, comenzó á brillar en todas partes la santidad del nuevo culto, llevado en alas del celo de los apóstoles á las mas remotas estremidades del globo. Poco mas de dos siglos habian trascurrido, y ya en algunos países la resplandeciente antorcha de la fé despedia la mas viva claridad. La Arabia, entre otras naciones, distinguíase por las numerosas conquistas que allí hacia la verdad, á despecho de mil errores que la disputaban el paso; pero en la ciudad de Egea era donde mas hondas raices echára el árbol fecundo del cristianismo, regado con las

puras aguas de la predicacion evangélica. En ella nacieran para honra y prez del catolicismo los dos ilustres hermanos Cosme y Damian, hijos de una madre profundamente cristiana y virtuosa, que con la leche de sus pechos habiales inoculado las mas elevadas ideas acerca de Dios y de su unigénito Jesucristo. Fieles á las sábias lecciones maternas comprendieron perfectamente la sublimidad de unos dogmas basados en el doble principio del amor, que enlaza á la criatura con el Criador, y une á los hombres entre sí con los vínculos de una dulce fraternidad. Conciben desde luego que es para ellos un deber sagrado fomentar ese noble sentimiento, consagrarse al servicio de sus prójimos al tiempo mismo que al del Dios á quien adoran; y en su consecuencia, ¡rasgo admirable de heroismo! allí donde tantos otros encuentran un gérmen funesto de ruina que les arrastra al materialismo y á la impiedad, buscan ellos el elemento mas á propósito para promover las doctrinas salvadoras de la religion junto con los beneficios de la caridad cristiana. No es para los ilustres hermanos el estudio de la medicina, á que se dedican con ardor, un medio de especulacion, como pudiera creerse en una época en que esta profesion hallábase allí en una decadencia lastimosa y en el mas completo abandono. No es la idea de un torpe lucro, ni el deseo de hacer fortuna, lo que les impulsa á desentrañar los secretos de la naturaleza y á investigar los misterios del organismo humano. Otro sentimiento mucho mas noble, otra mira incomparablemente mas elevada es la que se proponen al emprender aquella penosa carrera. El amor de Dios y el celo por el bien espiritual de sus prójimos son los dos úni-dos móviles que los determinan á sepultarse en las aulas, y á revolver las empolvadas bibliotecas para llegar á la perfeccion posible en la difícil cuanto interesante ciencia de Hipócrates. Ella les proporcionará un medio fácil de insinuarse en las almas de sus clientes, conquistando su afecto con la solitud y el interés que emplearán en el tratamiento de sus dolencias. Ella les servirá de escala misteriosa para conducir al conocimiento de los atributos y perfecciones divinas, á aquellos á quienes las maravillas de la naturaleza no han bastado para hacerlos reconocer y adorar á su eterno autor. Ella en fin, á la vez que les facilitará ocasiones mil en que ejercer la beneficencia

material que sana las enfermedades del cuerpo, les allanará el camino para desarrollar aquella otra beneficencia espiritual que cura y cicatriza las llagas morales que en el corazón y en la inteligencia abriera el error.

Tales son, M. A. O., y tan heroicos los sentimientos de los santos hermanos Cosme y Damian. ¿Cuándo ni donde ofreció jamás la beneficencia filosófica un espectáculo tan sublime? ¿Encuéntrense en ninguna otra religion caracteres tan divinos de desinterés, de celo, de amor, de caridad, como en la nuestra? ¿Supo en ningun tiempo el racionalismo orgulloso crear almas tan generosas, inspirar ideas tan altas, formar corazones tan bellos, y desplegar rasgos tan magníficos? ¡Ah! Cuando vemos generalmente á los adeptos de esa escuela buscar ansiosos la ciencia como un medio de satisfacer mezquinas pasiones y miras ambiciosas; cuando por do quiera se presenta el egoismo con su repugnante faz, presidiendo á todos los triunfos de la inteligencia, y á las profundas investigaciones del genio; ¿cómo no admirar á unos hombres que en sus vigiliias, meditaciones y largos estudios, solo se proponen hacer servir á la gloria de Dios y al bien de sus semejantes los conocimientos adquiridos á costa de grandes sacrificios? Vedlos en efecto, consagrar sus preciosos talentos á esa grande obra de regeneracion moral, al propio tiempo que al servicio de la doliente humanidad. No es de estrañar que en breve tiempo conquisten como médicos una reputacion universal, y se vean llamados á todas partes á ejercer su profesion honrosa, cuando tan visibles son y beneficiosos los resultados que obtienen en todo género de dolencias. El cielo que observa las puras y nobles intenciones de los santos hermanos, bendice sus tareas y dá una virtud sobrenatural á sus medicamentos, de suerte que no hay mal, por crónico é incurable, que se resista á su accion poderosa. Veíanse ceder instantáneamente las fiebres malignas, las parálisis inveteradas, las enfermedades agudas y de carácter endémico. Toda la naturaleza parecía estar subordinada al imperio de unos hombres que disponian de ella á su grado en bien de la humanidad afligida. ¿Cómo pues no habían de llamar la atencion estos hechos tan superiores á los recursos comunes de la ciencia de curar, sobre todo cuando se observaba que

los virtuosos hermanos, uniendo á su esmero y solicitud el mas heroico desinterés, se negaban á aceptar la menor recompensa por sus servicios? ¿Cómo no habia de rodearlos de un prestigio sin limites, una conducta tan noble y un proceder tan generoso? Esto era ciertamente lo que ellos buscaban; y no por el vano deseo de brillar entre sus compatriotas, ni menos por captarse el áura popular que en nada ni para nada necesitaban. Si se aprovechan del aprecio general y de la ilimitada confianza con que los honran todas las clases á porfia, es únicamente para hablar del reino de Dios á aquellos desgraciados idólatras, que yacian sepultados en las tinieblas del paganismo; para llevar á sus inteligencias la luz esplendorosa de la fé, á la vez que el consuelo y alivio á sus miembros dolientes; para deramar en sus corazones la fecunda semilla de la doctrina evangélica, en tanto que sus manos vierten en sus heridas corporales el suave bálsamo que las cura. Dificil y comprometida era la mision que emprendieran: empero el fuego del amor divino que ardia en sus pechos, no puede ya contenerse en los estrechos limites en que se halla aprisionado; rebienta á manera de un volcan, y las palabras de los santos hermanos son dardos encendidos que penetran en los corazones de los ciegos adoradores de los ídolos. ¿Quién será capaz de imaginar el celo inquieto con que se consagraron á la conversion de aquellos seres desventurados, á cuyos oidos jamás llegó el eco de la religion salvadora del Calvario? ¿Quién podrá decir lo que trabajaron por desarraigar las hondas preocupaciones de un pueblo, que nunca oyera sino el lenguaje apasionado de la mentira, interesada en fomentar y sostener á todo trance las aberraciones supersticiosas del politeismo? ¿Quién referir la prudencia y tino con que procuraban huir las ocasiones de chocar con cierta clase de intereses, conduciendo con acierto é ilustrada caridad los acontecimientos al fin que se proponian, para no malograr el fruto de sus tareas? Pero el cielo se habia encargado de la parte mas dificil de esta obra, y á la insinuante predicacion de los santos médicos añadia el sello y la sancion de los mas estupendos milagros. No era posible resistir por mucho tiempo al convencimiento producido por unos hechos, que llevaban el doble carácter de la santidad y de la veracidad de la doctrina en

que se apoyaban. Los mas pertinaces y obstinados idólatras no hubieran podido menos de contemplar con asombro una multitud de curaciones, cuya imposibilidad en lo humano estaba demostrada al alcance del menos perspicaz. Como del precursor hablara un día Jesucristo á los que acerca de él le interrogaban, hubiérase podido decir de los santos hermanos á los paganos incrédulos ó recalcitrantes en aceptar su doctrina: «¿Qué es lo que veis en esos hombres portentosos? Por ventura unas cañas frágiles que el menor viento de la soberbia ó de la ambicion mece fácilmente é inclina á cualquier lado? No: que sus almas generosas y heróicas, superiores á todas las miserias del tiempo, nada quieren, nada buscan, ni codician mas que la gloria del único Dios verdadero, el triunfo de su religion y el bien de la humanidad. ¿Acaso unas existencias muelles y voluptuosas, que aspiran á vivir en la abundancia y en el regalo á costa de la crédula ignorancia de unos seres, á quienes se han propuesto dominar con el ascendiente de su saber? Mucho menos: pues los penosos sacrificios que voluntariamente se imponen, garantizan demasiado la rectitud de sus miras, para que pueda dudarse de que sola la caridad es el gran principio que las determina. Además de que, ¿no bastan á evidenciar su virtud tantos hechos sobrenaturales que la humana sabiduría es impotente para comprender, menos aun para reproducir, por mas que agote todos sus recursos? Ved como á la voz de Cosme y Damian, ó al simple contacto de una cruz, los ciegos recobran instantáneamente la vista, los tullidos caminan con desembarazo, el dolor se calma, la muerte huye abandonando sus despojos. ¿Qué elemento puramente humano alcanza á obrar tamaños prodigios? ¿Qué principio en el orden comun de las causas y de los efectos puede alcanzar semejante éxito? ¡Oh! Hay algo mas que la mano del hombre en esos acontecimientos que desconciertan y confunden todos los cálculos del génio. Sí: ahí está el dedo del Omnipotente, la accion de la divinidad, la influencia visible del poder de aquel Señor que quiere glorificar á su Unigénito, sancionar su doctrina, y dar un testimonio ilustre á su santidad por medio de los que ha escogido por instrumentos de su gloria.

Así lo manifestaban los santos hermanos, como en otro tiempo

Pedro y Juan en el pórtico del templo de Jerusalem, á los entusiasmados admiradores de sus maravillosas curaciones. De este modo, convirtiéndose en apóstoles de Jesucristo, anunciaban sus grandezas, predicaban su Evangelio, popularizaban sus enseñanzas, y estendian sus conquistas. ¡Cuántos idólatras cayeron á los pies de los ilustres vencedores, despedazando los objetos de su supersticion y tributando sus adoraciones al Dios del Calvario! ¡Cuántos que solo se acercáran á los santos médicos á demandarles la vista material de que carecian, salieron de su presencia curados de su ceguera espiritual y transformados en discípulos de la Cruz! ¡Cuántos que únicamente habían pensado en rocovrar la salud de sus cuerpos, tornaron henchidas sus almas de fé divina, y ricos de esperanzas celestiales! A millares contábanse los trofeos que aquellos ilustres conquistadores iban á depositar diariamente en el templo augusto de la verdad católica; mas aún que sus milagros, se multiplicaban los triunfos de la fé; por todas partes cundia prodigiosamente el movimiento religioso; los nuevos discípulos del Evangelio escedian casi en número á los secretarios de las supersticiones paganas, y los sacerdotes de los ídolos, viendo caer en descrédito sus doctrinas; y amenazar próxima ruina el vetusto edificio del gentilismo, decíanse llenos de despecho, como en otro tiempo los enemigos del Salvador: «¡Ved como de nada nos aprovecha nuestra ciencia para contener el impulso dado por esos dos hombres á la marcha progresiva del culto de su Dios! ¡Ved como todas las clases se desbandan, y, desertando de las banderas á que estaban afiliadas, van á engruesar las filas de los fanáticos adoradores de un hombre crucificado! ¿Cuál es pues nuestro deber en circunstancias tan graves? ¿Los dejaremos continuar impunemente en sus funestos proyectos? ¿Callaremos cuando nuestros dioses se ven escarnecidos, nuestro culto menospreciado, holladas nuestras tradiciones, desiertos nuestros templos, y violadas las leyes del imperio?»

No es de estrañar que tan grande alarma produjesen en los ministros de la religion pagana unos milagros, que, junto con la vida intachable, la inocencia de costumbres, la caridad heroica, el admirable desinterés y demás virtudes que brillaban en los celosos her-

manos Cosme y Damian, evidenciaban ostensiblemente la santidad del cristianismo, dando una autoridad y una sancion irresistibles á sus enseñanzas. Natural era que, impotentes para triunfar de él por las vias del raciocinio ó con el ascendiente de sus doctrinas, apelasen á la violencia, arma favorita del error, siempre que en el terreno de la discusion vé la imposibilidad de sostener su mala causa. Apelen en buen hora á ese medio; nada conseguirán sino demostrar con el sacrificio de esas dos inocentes víctimas, la veracidad de las promesas vinculadas á la divina religion del Calvario, cuya santidad han manifestado con su vida los valientes atletas de Cristo.

Una circunstancia favorable á los negros designios del paganismo, viene á poner en sus manos la ocasion oportuna de satisfacer la venganza que medita. Cuando por todas partes cundia la nueva de las portentosas curaciones obradas por los santos médicos, y hacíase universal la fama de las victorias conseguidas sobre el error, hé aqui que de repente se presenta allí el Prefecto Lysias con órdenes terminantes de los emperadores Diocleciano y Maximiano, para acabar á toda costa con todos cuantos se resistiesen á ofrecer sacrificios á las divinidades del imperio. ¡Oh Providencia admirable del Cielo! Tú disponias sábiamente los acontecimientos para consumir la grande obra comenzada por el ministerio de esos dos valientes defensores de la verdad. Habíaste propuesto darla un nuevo lustre y mayor importancia en la terrible lucha á que ibas á esponerlos, porque estabas seguro de la victoria; y á este fin permitiste que la tiranía de un imperio, llamado á depurar el oro finisimo de la fé cristiana en el crisol de la persecucion, y á preparar con la sangre de sus mártires el terreno de las futuras conquistas del Evangelio, enviase sus agentes á Berea para probar una vez mas su impotencia en la lucha emprendida, estrellándose contra la constancia de Cosme y Damian.

Vedlos en efecto en el tribunal del prefecto romano, ante quien los sacerdotes idólatras han llevado sus delaciones sedientos de una vil venganza. Admirad la energia con que á pesar de las duras cadenas que pesan sobre ellos, contestan al interrogatorio que inicia su proceso. «¿Quiénes sois? les pregunta Lysias.—Dos hermanos cristianos, contestan sin conmoverse.—¿Vuestro pais?—La Arabia.—

¿Vuestra profesion?—La medicina.—¿Teneis familia?—Si: otros tres hermanos que profesan nuestras mismas creencias.—¿Luego tengo delante á esos dos célebres impostores que, según pública voz y fama, contraviniendo á las leyes imperiales y en abierta oposicion con las prescripciones de nuestro culto, hacen de su profesion un arma funesta para destruir nuestras creencias y conspirar contra la felicidad del Estado, sublevando al vulgo, explotando su credulidad y fomentando la rebelion á pretexto de predicar una religion desacreditada?—Al oir este apóstrofe tan injurioso, los santos hermanos no pueden contener su celo; inspirados por un sentimiento de religioso fervor y dispuestos siempre á vindicar la verdad ultrajada, contestan: ¡Cómo! ¿Impostores nosotros, porque acudiendo á donde el dolor reclama nuestra asistencia, procuramos calmar con los recursos de una profesion honrosa los males de la humanidad, sin buscar otra recompensa de nuestros desvelos que el placer de ser útiles al infortunio? ¿Impostores, porque, mas felices que otros en la aplicacion de los remedios, á los que el cielo se digna dar una virtud sobrehumana, logramos resultados portentosos y que en el curso natural de las leyes serian imposibles? ¿Impostores, porque fieles á las prescripciones de nuestra religion, cuyo primer deber es la caridad, la hacemos estensiva á las dolencias morales, y á la vez que consagramos nuestros cuidados á librar á nuestros semejantes de las enfermedades que afligen sus cuerpos, trabajamos por cicatrizar las hondas heridas de su alma? Hed ahí nuestra impostura; tal es el secreto de nuestros presuntos prestigios; nuestras malas artes solo consisten en la fè del único Dios verdadero y de su hijo Jesucristo, cuyo conocimiento procuramos generalizar cuanto nos es dable, inculcando su doctrina y promoviendo su culto. Por lo demás, si delito es predicar al autor de la naturaleza y demostrar en sus obras su divino origen, ni tratamos de sincerarnos, ni nos confesamos dispuestos á desistir de nuestra mision. Siempre y donde quiera nos hallareis prontos á manifestar que solo á ese Dios confesamos y rendimos nuestras adoraciones, y que todas las ficticias divinidades del romano imperio no son mas que obras del hombre, en las que la supersticion ha personificado los vicios y las pasiones mas repugnantes. »

Dejo á vuestra penetracion, M. A. O., imaginar el efecto que una respuesta tan contundente produciria en el ánimo del prefecto. Herido como por un rayo, queda por algunos momentos sin acertar á articular palabra. La rabia y el despecho anudan su lengua; y cuando pasada la primera impresion, pudo ser dueño de sus acciones, la única espresion que sale de sus lábios es un reto de venganza, un horrible dilema: ¡O sacrificar á los dioses ó morir!... ¿Morir? ¡Oh qué palabra tan dulce para quien solo aspira á merecer la palma del martirio! ¡Oh qué anuncio tan lisonjero para quien cifra toda su gloria, su vida y felicidad en la Cruz de Jesucristo! Al escucharle nuestros santos hermanos experimentan un gozo indefinible, cual si se tratase de la mayor ventura que puede ambicionar el hombre. A la manera de unos guerreros que seguros del éxito de la victoria esperan por momentos la hora del combate, y no bien ha herido sus oidos el eco del clarin que dá la señal del asalto, se lanzan á la brecha sedientos de gloria y de despojos, asi Cosme y Damian, rebosando en sus semblantes la alegría que inunda sus almas al ver próximo el instante de sellar con su sangre el testimonio de su fé, corren veloces á buscar en una muerte honrosa el único triunfo que apetecen, la sola recompensa que buscan. A morir por Jesucristo y á publicar la divinidad de su religion marchan con paso firme y tranquilo continente. Allí entre el estremecedor espectáculo de los tormentos, en medio de los torrentes de sangre que de sus miembros corre, les oireis insultar á los verdugos y retar al tirano á que invente nuevos suplicios, porque aquellos son insuficientes á doblegar su constancia. La fé, no el orgullo y la arrogancia, la confianza en las divinas promesas, no un cinismo insensato y presuntuoso, la caridad cristiana, no la estóica indiferencia filosófica, el convencimiento profundo de la veracidad de la religion que profesan, no un entusiasmo producido por el fanatismo de secta, es lo que tan invencibles hace á los santos mártires en la pelea, lo que los sostiene y fortalece para no sucumbir á la fuerza del dolor, lo que les inspira valor bastante para ansiar nuevos padecimientos. ¡Asi triunfabas, oh religion divina, multiplicando los prodigios allí donde la supersticion, el error y la tirania multiplicaban á su vez todo

género de elementos para ahogarte si pudiesen en la sangre de tus heroicos defensores. Triunfabas cuando, arrojados estos á las olas del mar, los hacías salir incólumes de aquel abismo proclamando tus grandezas. Triunfabas cuando, lloviendo sobre ellos una espesa nube de envenenados dardos, hacías que estos sin tocar á su cuerpo rechazasen con ímpetu y fuesen á clavarse en el corazon de los verdugos. Triunfabas cuando, lanzados en medio de abrasadoras llamas, ni siquiera permitías que estas tocasen ligeramente á las plantas de sus piés ni á un solo cabello de su cabeza. ¿Y no triunfaste tambien cuando, dejando al fin que el golpe de la cuchilla dividiese sus cuellos, hiciste brotar de aquel suelo regado con su sangre la fecunda semilla de la fé mas robusta y lozana, fomentando las conquistas del Evangelio, y preparando el terreno á otros muchos mártires que, siguiendo la huella de Cosme y Damian, dieron multiplicados testimonios de que tú eras la única llamada á dominar en el mundo?

Sí, católicos, así es como nuestros dos heroicos hermanos, viviendo conforme á las reglas de la doctrina de Jesucristo, observando fielmente sus máximas, buscando en la ciencia el medio de ejercer la caridad, y sirviéndose de los humanos conocimientos adquiridos con el estudio para inspirar en los entendimientos idólatras las nociones de lo justo y verdadero, atrayéndoles suavemente á confesar y adorar al único Dios de cielo y tierra, hicieron triunfar la santidad de la religion católica; al modo que, sosteniendo con valor sus principios y aceptando en su defensa un glorioso martirio, evidenciaron la veracidad de las promesas á ella consignadas y su indisputable divinidad. Solo pues nos resta que fieles á los ejemplos prácticos que nos legaron esos dos ilustres campeones, no los hagamos estériles é infecundos. Tambien nosotros tenemos una gran mision que llenar en el mundo bajo la mas estrecha responsabilidad. Tambien á nosotros cumple manifestar en nuestras costumbres que no una ilusión pasajera sino un hondo convencimiento es el que tenemos acerca de la santidad de los dogmas católicos que profesamos. Si no estamos llamados á dar un testimonio sangriento á la religion que por desdicha vemos hoy combatida y amenazada, lo estamos, sí, á defenderla abiertamente, oponiendo á las blasfemias del error y á la

impiedad del libertinage un dique poderoso con nuestra vida intachable, pura, edificante, y tal que ella baste á dar un solemne mentís á los detractores envidiosos que la calumnian. No porque carezcamos del mérito de un martirio material, será menor la recompensa de ese otro martirio espiritual en que sacrificaremos nuestras pasiones, nuestros vicios, nuestros mas caros intereses, nuestra gloria y nuestra dicha temporal ante las aras del deber. ¡Ved! Palmas hay tambien en el cielo para los que en la tierra pelean contra sí mismos y hacen la guerra á la carne, al mundo, al error y á la impiedad. Seamos constantes en la lid, y junto á los que ahora disfrutan de la suprema bienandanza, por haber blanqueado sus vestiduras en la sangre del cordero despues de atravesar una gran tribulación, se nos reservará un sitio distinguido que iremos á ocupar por los siglos de los siglos.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DEL ARCÁNGEL SAN MIGUEL.

Factum est prælium magnum in cælo: Michael et angeli ejus præliabantur cum dracone, et draco pugnabat, et angeli ejus: et non prævaluerunt, neque locus inventus est amplius eorum in cælo.

Trabóse en el cielo una gran batalla: Miguel y sus ángeles peleaban contra el dragon, y el dragon con los suyos lidiaban contra él: pero estos sucumbieron, y fueron lanzados para siempre del cielo.

APOC. XII. 7, 8.

No hay que temer, M. A. O., que la mentira prevalezca contra la verdad, ni que el error tenga jamás la gloria de uncir á su triunfante carro la religion católica. ¿Qué importa esa lucha á muerte declarada á la Iglesia por la impiedad? ¿Por ventura no es su destino combatir en la tierra para ser despues coronada en el cielo? Si alguna duda pudiera cabernos acerca del porvenir que la está reservado, bastarianos recordar la ilustre victoria que allá en las cumbres del Empíreo reportára un dia del prepotente Lucifer el aguerrido campeón de la milicia celestial cuyos cultos hoy solemnizamos. ¿Quién sino el Arcangel San Miguel fué el destinado por el Altísimo para defender su gloria y prostrar las huestes enemigas que intentáran escalar su eternal sólio? ¿Quién sino él fué el primero que humilló la altivez de aquel Leviatan soberbio que en su loca embriaguez soñó semejarse á la divinidad?

Oid cómo describen los libros santos esta victoria, preludeo feliz de las que en el curso de los siglos está llamada á obtener la verda-

dera Iglesia de Jesucristo, esposa mística del Cordero. Mal contentos algunos espíritus de los que el Señor criara en el principio, con el rango que ocupaban en la gerarquía celeste, conciben el negro proyecto de disputar á su mismo Criador su esencial soberanía. Pónese á la cabeza de ellos Lucifer, levanta el estandarte de la rebelion, y con estruendosa voz que hace estremecer las bóvedas del firmamento, grita: «Yo seré semejante al Altísimo; sobrepujaré la altura de las nubes; estableceré mi trono sobre las estrellas de Dios; me sentaré sobre el monte del testamento: (1) y esto diciendo, preparábase á acometer á los ejércitos del Dios de Sabaoth. Mas hé aquí que de repente aparece en la escena el Arcangel San Miguel, al frente de una innumerable multitud de ángeles fieles, dispuestos á blandir sus armas con los soberbios enemigos del rey celestial. Armado de la virtud del Omnipotente y ardiendo en celo por la gloria del Señor, lanza el grito de guerra: ¿QUIÉN como Dios? y arrojándose intrépido sobre los rebeldes, trábase entre los combatientes la mas porfiada lid. El silencio mas profundo reina en aquel campo donde se disputan por los unos y se defienden por los otros los derechos de la divinidad. Oyese solamente el ruido de las armas que, blandidas con singular destreza por Miguel y sus ángeles, hieren, postran, abaten y ponen en vergonzosa fuga á sus débiles adversarios. Brama el mar, estremécese la tierra, ábrense los senos del abismo, y caen en aquella profunda sima Lucifer y los suyos, desapareciendo para siempre del cielo (2). Entonces resuena por todos los ámbitos de aquella mansion dichosa el sonoro acento de mil diversas voces que entonan el himno de triunfo, diciendo: «Llegó ya el tiempo de la salvacion, del poder y del reino de nuestro Dios y de su Cristo, porque cayó el dragon infernal y ha sido abatido el mónstruo de siete cabezas que intentó arrastrar en su ruina el cielo y la tierra (3), ¡Gloria al Señor! ¡Honra y bendicion al Cordero! ¡Loor eterno al que era, es, y será por los siglos de los siglos!

Tal es M. A. O. el triunfo solemne que valió á nuestro ilustre Ar-

(1) Isaiaë XIV. 43, 44.

(2) Apoc. XII. 7 et seq.

(3) Ib. 10.

cangel el honroso renombre de FORTALEZA DE DIOS, y por el que ha recibido la gran mision de defender en la tierra los intereses del soberano monarca, cuyos derechos supo vindicar en el cielo con tanto valor y heroismo. No en vano, pues, os digo al principio cuán poco debe temer la religion de sus orgullosos adversarios, contando con ese aguerrido campeon, siempre dispuesto á luchar con la monstruosa bestia del error, do quiera que intentare ensayar de nuevo sus fuerzas, é invencible siempre, á pesar de cuantos elementos logre hacinar en torno suyo la impiedad para escalar el sólio augusto del hijo de Maria, personificada en aquella noble matrona que vió en el cielo el apóstol de Pathmos vestida del sol, calzada de la luna, y coronada de refulgentes estrellas (1). Jamás el venenoso aliento del dragon infernal conseguirá inficionar la Sion militante, á cuyas puertas vela Miguel, capitan esforzado de los ejércitos del Eterno. Este, cuyo poder debe dominar con su cetro de hierro todas las naciones enemigas de su gloria (2), en los momentos del peligro enviará á su Arcángel al frente de la celestial milicia, y con su ayuda la verdad quedará do quiera vencedora, y los pérfidos defensores del error experimentarán igual suerte que aquellos ángeles rebeldes que, arrojados por su briosa mano, descendieran encadenados al abismo.

Si tal vez habeis juzgado exajerada esta idea, ó producto de un momento de piadoso entusiasmo, os engaÑais desde luego. Hechos innegables, monumentos históricos del mayor peso, y razones harto conyinentes me autorizan para consignar sin temor que «el inclito Arcángel San Miguel, destinado por Dios para triunfar en el cielo de los espíritus rebeldes que pretendieran escalar su trono y disputarle su divinidad, está tambien llamado á ser en la tierra el mas celoso defensor de su autoridad suprema, contra esas inteligencias arrogantes que por ódio ó sistemáticamente hacen frente á la verdad católica;» y por lo tanto, la confianza que debe inspirar al cristianismo su proteccion decidida, se halla basada en los fundamentos mas sólidos é irrecusables. Teneis iniciado el pensamiento que me propongo des-

(1) Apoc. XII. 1.

(2) Ib. 5.

envolver en el presente discurso. ¡Ojalá que á su reconocida utilidad corresponda el fruto de mis palabras, etc.!

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Si hay una verdad apoyada en fundamentos cuya solidez no puede dudarse racionalmente, es la mision que ha sido dada á nuestro inclito Arcángel San Miguel de continuar siendo en la tierra el decidido defensor de la suprema soberania de Dios, al modo que en el cielo fué el primer campeón que se presentó á vengar su majestad ultrajada por los espíritus rebeldes denominados ángeles malos. Las sagradas pájinas ofrécennos monumentos incontestables de esta creencia consoladora. Abramos en primer lugar el libro de Daniel. Sumamente afectado se hallaba el profeta bajo la impresion de las graves calamidades que iban á sobrevenir en la nacion santa, segun lo anunciara el ángel del Señor. La ilustre tierra de la Judea estaba amenazada de una destruccion total, cuyo agente seria un príncipe procaz y sanguinario del Norte, el cual, cayendo sobre ella como una tempestad, talaria sus fértiles campiñas, entraria por do quiera á sangre y fuego, reduciria á la mas ignominiosa esclavitud á los que sobreviviesen á la espada del conquistador, y por todas partes llevaria la desolacion y el esterminio (1). No era esto solo lo que afligia al virtuoso jóven de Babilonia. Veia ademas entregada al pillaje de una soldadesca desenfrenada la ciudad de Jerusalem, profanado su templo, robados sus vasos sagrados, ocupado el altar de Sabaoth por inmundos ídolos, y el rey impio autor de tantos sacrilegos desmanes, fijando su sólio sobre la cumbre del inclito y santo monte, despues de haber engruesado sus arcas con los innumerables tesoros de Egipto, Lybia y Etiopia, victimas de su rapacidad (2). Todo esto revolvia

(1) Dan. XII. 41.

(2) Ib. 42 et seq.

en su mente entregado á los mas tristes y crueles presentimientos, cuando hé aquí que el mismo génio celestial que le predigera tamañas desgracias, viene en auxilio de su abatido espíritu, y vierte el bálsamo consolador de la esperanza sobre aquel corazon desgarrado, diciéndole: «Ten ánimo, Daniel, no porque hayan de llover sobre el pueblo privilegiado tantos infortunios, á que se hiciera acreedor por sus maldades, debes entregarte á un dolor estremado, cual si todo estuviese perdido para siempre. No se ha abreviado la mano del Omnipotente, ni ha olvidado sus promesas de paz y de misericordia. Después de estas desgracias amanecerá la aurora brillante de un dichoso porvenir para los que esperan en las bondades del cielo. Este tiene reservado un aguerrido campeón, que ha de vengar victoriosamente los ultrajes cometidos contra la divinidad. El gran príncipe de la celestial milicia, Miguel, se levantará para defender á los hijos de tu pueblo; y tras los tristes y azarosos días que los sumieron en el llanto y en la aflicción, vendrán tiempos serenos y bonancibles, en que las naciones tornarán á una nueva vida, y entonces será salvado tu pueblo, bien así como todos cuantos se hallaren escritos en libro de la vida: *«Consurget Michael Princeps magnus, qui stat pro filiis populi tui, et veniet tempus quale non fuit ab eo ex quo gentes esse ceperunt, usque ad tempus illud. Et in tempore illo salvabitur populus tuus, omnis qui inventus fuerit scriptus in libro.»*

No puede estar mas terminantemente consignada la mision de nuestro ilustre Arcángel; mision sublime cuyo cumplimiento vemos realizado en innumerables pasajes del antiguo testamento. Do quier que la Majestad divina es objeto de las profanaciones de la impiedad, de los insultos del orgullo, de los tiros de la maledicencia, ó de la obtinada incredulidad de monarcas prepotentes ó de génios aviesos, allí se encuentra á Miguel influyendo poderosamente en el esterminio de cuantos se atreven á disputar sus derechos al rey de los cielos y descargando sobre ellos los golpes de su acerado alfange. Recorred los fastos de la historia del pueblo escogido. ¿Quién es ese génio invisible que en la corte de los Faraones multiplica por mano de Moisés los mas estupendos prodigios, hiriendo aquella tierra con plagas terribles, hasta obligar al protervo monarca á dar libertad á

la oprimida raza de Israel? Es Miguel, á quien el grande Adonáí ha comisionado para representarle y hacer respetar su nombre incomunícable en el seno de la idolatría, en el país de las supersticiones. ¿Quién es ese angel esterminador que al filo de su espada hace caer en una noche todos los primogénitos de Egipto desde el hijo del rey hasta el de la menor esclava, lavando en la sangre de ellos los ultrajes cometidos contra Jehová? Miguel, denominado fortaleza de Dios, á quien ha sido cometido el encargo de postrar y anonadar á todos cuantos en su loca soberbia pretendieran hacer frente al Señor de las batallas blasfemando su nombre santo. ¿Quién es ese otro que siembra el luto y la muerte en los campamentos de Senaquerib, sacrificando al golpe de su flamígera espada ciento ochenta y cinco mil hombres de tropas aguerridas? Miguel, que por órden de su Soberano ha volado en auxilio de Israel, para escarmentar á sus opresores y hacerles reconocer que no se insulta impunemente al que habita en los cielos, pues de este y no de la multitud de los ejércitos depende la victoria. Y cuando el arrogante Madianita reuniendo sus formidables falanjes marcha á oponerse á los designios de Dios contra Gedeon; ¿quién es el que conforta á este esforzado campeón para derrotar con solo trescientos hombres un ejército poderosísimo, destruir los altares de Baal, y esterminar á los dos feroces caudillos Zebée y Salmana? Indudablemente Miguel, cuya mision, desde que en las cumbres del Empíreo luchó con el soberbio Luzbel y lanzó al abismo sus rebeldes huestes, es el único destinado á figurar en todos los lances en que los intereses de la diñinidad se ven comprometidos y amenazada su gloria.

Y no se crea que abuso de los sagrados libros para sostener una tésis cuestionable, puesto que en ninguno de los pasages citados consta ostensiblemente el nombre de nuestro insigne Arcángel, ni se hace de él mencion espresa. Cierta es, M. A. O., que en los hechos que dejo consignados, solo figura como agente principal de ellos el ANGEL DEL SEÑOR, circunstancia que ha motivado las objeciones y dudas de ciertos críticos, no muy conformes en este punto con la opinion universalmente recibida. Empero, sobre que esta creencia se halla apoyada en autoridades tan antiguas y respetables como las

del obispo de Syria Moisés, San Cirilo de Alejandría, San Atanasio, San Gregorio Magno y otros muchos padres de la Iglesia, cuyos nombres omito; ¿á quién no harán fuerza las palabras dichas al profeta Daniel, cuando este se encontraba en su mayor abatimiento, á consecuencia de los males que presentia cercanos y de la nueva ruina que amenazaba á la ciudad Santa? Entonces, cuando un rey de Persia coligado con el de Grecia hacía los mas desesperados esfuerzos por oponerse al restablecimiento deseado de Jerusalem, cuando todo parecia favorecer los designios de los invasores, y las mayores probabilidades de éxito estaban de parte de los enemigos del santuario, aparécese al profeta en las orillas del Tigris su génio protector y le dice: «Nada debes temer por la porfiada resistencia de esos monarcas desacordados; pues sábete que ha venido en mi auxilio Miguel, uno de los principales ministros de Dios (1), y segun se halla consignado espresamente en la Escritura ó libro de la verdad, ese Arcángel que es vuestro príncipe, es el único que me ayuda en todas estas empresas en las cuales se atraviesa la gloria del Señor (2).»

Digno es de meditarse concienzudamente este pasage, por esos génios que, sistemáticamente incrédulos, solo prestan su asenso á las verdades subordinadas á una demostracion matemática. No seré yo quien pretenda exigir, respecto á la creencia que venimos sosteniendo, esa fé que solo reclaman los puntos dogmáticos de nuestra religion. Sin embargo, estoy íntimamente persuadido de que ningun entendimiento ilustrado podrá menos de reconocer en las palabras citadas una prueba harto convincente de la influencia de nuestro insigne Arcángel San Miguel en todos esos hechos, en los cuales solo se hace mencion del ángel del Dios de los ejércitos, siendo como es el caudillo y jefe de la celestial milicia. Monumentos históricos no despreciables vienen en apoyo de esta creencia. A través de las crisis espantosas que han puesto en conmocion al mundo social, enmedio de las continuas revoluciones de los pueblos, do quiera que los intereses de la divinidad se han visto disputados por los enemigos del catolicismo, allí

(1) Dan. X. 43.

(2) Ib. 21.

donde ha corrido riesgo la existencia de las tradiciones cristianas, un sentimiento unánime ha surgido de los pechos fieles, invocando al príncipe de los coros angélicos, al aguerrido defensor de la suprema Magestad, al vengador nato de la gloria de Dios, y génio tutelar de los pueblos que luchan por sostenerla. Cual si á todos y á cada uno de ellos se les hubiera dicho lo que al profeta Daniel: «Miguel, príncipe grande y esforzado, está en medio de vosotros para defender vuestros hogares y vuestros hijos,» apenas hay uno solo que no recurriese á su proteccion, cuando se vieron abatidos por la prevision de desgracias lamentables, ó amagados de sangrientas luchas, ó en el horror de los combates. A él invocó Caniberto en el calor de una porfiada batalla, mereciendo recibir de sus manos una espada milagrosa, con la cual destrozó y puso en precipitada fuga á sus formidables enemigos. Su auxilio poderoso solicitó en el sitio de Amberes el célebre Alejandro Farnesio, asediado por los ejércitos herejes, y en premio de su confianza vió aparecerse en su campamento ese inclito Arcángel para asegurarle una victoria tan brillante como inesperada. Sobre sus pendones hizo ondear Alonso Enriquez, rey de Portugal, la imágen de San Miguel, quien instantáneamente se dejó ver á su lado peleando en traje de guerrero, contra la morisma capitaneada por el sanguinario Albarac de Sevilla, y dispersando sus nutridos batallones. ¿Y quién no sabe los triunfos conseguidos por los católicos monarcas Luis XI de Francia, Alfonso de Aragon, Ramiro, Wamba, y otros muchos que pudiera citar en corroboracion de mi aserto, quienes debieron sus mas gloriosos hechos de armas á la proteccion decidida de nuestro celestial Arcángel?

Pero aun cuando una crítica descontentadiza quisiese poner en tela de juicio la autenticidad de estos monumentos históricos, no por eso desistiríamos de nuestra creencia. Sobre todos ellos descuella uno que España conserva cuidadosamente en sus anales, y que siempre recordará llena de católico entusiasmo. Solo él bastaria, á falta de los demás, para promover y fomentar entre nosotros esa confianza ilimitada que nos inspira el valimiento del celestial génio que hoy solemnizamos. Cuando yo recuerdo que bajo la invocacion y auspicios del Arcángel San Miguel se congregó un dia el Concilio III de

Toledo, que dió el golpe de muerte al Arrianismo, é hizo desaparecer de este suelo clásico de la religion ese mónstruo que á través de siglos venia infestándole con su venenoso aliento, no me es posible contener mi gozo, y lleno de un santo entusiasmo, vuelvo á repetir lo que os digo al comenzar mi discurso: «No hay que temer prevalezca la mentira contra la verdad, ni que el error se vanaglorie de uncir jamás á su victorioso carro la religion católica. No importa que la impiedad haya declarado guerra á muerte á la Iglesia.» España por su parte tiene una garantía segura de triunfo en ese príncipe de la celestial milicia, que presidió en ella á la inauguracion de la unidad religiosa, é inspiró á los padres de aquella ilustre asamblea las importantísimas medidas que dictáron para afianzar el porvenir de la verdadera fé entre nosotros. Él mismo será quien proteja nuestras antiguas tradiciones, donde quiera que la perversidad humana intente amancillar la pureza de unos dogmas sellados con la noble sangre de tantos heróicos hijos de esta nacion magnánima. Él será quien en los dias tenebrosos en que la impiedad haga sus últimos esfuerzos para destruir y romper los vínculos que nos unen con el centro del catolicismo, se levantará en medio de nosotros gritando: «¿Quién como Dios?» y desconcertará sus planes malévolos, y hará impotentes sus péfidos designios. Él..... Pero ¿á dónde me conduce mi ardiente imaginacion? No debo concretarme únicamente á España, no es ella sola la que ha experimentado la influencia de ese génio protector. Mil voces levantaríanse á protestar contra un exclusivismo tan inoportuno como infundado, si tal pretendiese sostener. ¿Qué significan tantos templos magestuosos consagrados á la memoria del santo Arcángel, tantos respetables institutos fundados bajo su advocacion, tantas congregaciones religiosas creadas para darle culto, y aun esas órdenes militares que en ciertos paises forman una de las primeras distinciones de la nobleza? ¿Quién no vé en estos hechos, otros tantos monumentos donde la gratitud ha querido consignar sus sentimientos, inmortalizando el recuerdo de los insignes beneficios recibidos? ¿Quién no lee escritos en ellos con indelebles caractéres los testimonios de una piedad sincera é ilustrada, que lega á los siglos venideros la conviccion profunda de sus creencias?

Tal es la que á vosotros os dejaron vinculada vuestros mayores, oh fieles hijos de este pueblo. No porque os sean desconocidos muchos de los favores que ellos experimentaron, debe ser menor vuestra confianza en la protectora influencia de ese gran ministro del rey de las eternidades. ¿Pero acaso vosotros mismos no fuisteis objetos de beneficios harto visibles, para que podais mostraros indiferentes á la mano que os los proporcionó? ¿Dudais por ventura que ese génio celestial á quien confiásteis la tutela de vuestros mas caros intereses, habrá mediado en favor vuestro ante el acatamiento del Señor en los momentos de mayor angustia, en los dias de tribulacion, en las épocas de infortunio? ¿No creeis que Miguel habrá interpuesto su valimiento para libertaros de los horrores del hambre, de la guerra, de la esterilidad, del contagio y demás azotes de la cólera divina, cuando con alma compungida vinisteis al templo á derramar vuestro llanto y vuestras plegarias ante ese altar dedicado á vuestro insigne protector? No me atreveré yo á consignar, porque lo ignoro, las veces que habrá ahuyentado de vuestros hogares la muerte, y hecho desaparecer los rayos de la venganza celestial que en ocasiones provocásteis con vuestros escesos. No seré tampoco yo quien intente haceros creer que todo lo bueno acaecido entre vosotros sea obra esclusiva del Arcángel San Miguel, á quien confiásteis vuestros destinos al proclamarle patron de vuestro pueblo. Pero en lo que no me cabe la menor duda, lo que desde luego me atrevo á aseguraros es, que ni en una sola ocasion habrán sido estériles sus ruegos, toda vez que movido por vuestras desgracias haya implorado en vuestro obsequio las bendiciones del Altísimo. Y continuará, sí, dispensándoos su mediacion poderosa, siempre que vosotros sigais correspondiendo fieles á sus inspiraciones y mereciendo sus favores; porque él es el esforzado campeón de los ejércitos de Jehová, dispuesto siempre á luchar contra el Leviatan enemigo de vuestra felicidad; él el Príncipe de la celestial milicia, cuya cortante espada destroza las huestes del averno; él la Fortaleza de Dios, cuya victoriosa planta aplasta la cabeza del dragon infernal; él el rayo de Sabaath, que abrasa y pulveriza los arrogantes cedros que osan alzarse contra el que tiene su trono en las nubes; él, en fin, el celoso de-

fensor de la Magestad suprema que, asi como desalojó del cielo á los ángeles apóstatas rebelados contra su soberanía, arrojándolos para siempre á las tinieblas, del mismo modo confundirá y anonadará á cuantos en la tierra se atreven á hacer frente á la verdad católica: que es lo que me propuse demostrar.

Solo pues nos resta perseverar fieles y constantes en esas creencias que forman nuestro mas precioso patrimonio, si deseamos experimentar los beneficiosos resultados de la devocion con que recurrimos á nuestro ilustre Arcángel. Mal pudiéramos esperar nos fuese propicio ese celeste espíritu, elegido para celar, defender y vengar la gloria de Dios ultrajada, si con nuestra impiedad imitásemos la rebeldia de los malos génios que intentaron disputarle su divinidad. Por demás seria confiar en la proteccion del que está llamado á promover los intereses de su Rey, luchando con los que sueñan escalar su sòlio, si hinchados de orgullo y robosando soberbia fuésemos bastante temerarios para querer divinizar nuestra torpe y débil razon con mengua de la fé. Entonces en vez de la mano amiga del génio de la paz, veríamos caer sobre nosotros el brazo terrible del ángel del esterminio; y lejos de ser para nosotros Miguel el representante de la clemencia divina, seria el agente de la eternal venganza.

No sea así, ¡oh celestial Arcangel! Encadena á nuestros piés al génio del error, que continuamente nos asesta sus tiros para hacernos tristes víctimas del infierno. Encadena y postra nuestra arrogante y orgullosa razon, que sin cesar conspira á sobreponerse á la revelacion divina para arrojarnos al abismo del crimen. Ata fuertemente al carro vencedor de la verdad á los que solo deseamos vivir cautivos de ella, pues sus lazos son suaves como la brisa del mar, y en su esclavitud se halla la verdadera libertad de los hijos de Dios. Defiéndenos cuando peligremos; sálvanos cuando en el inmenso océano de la incredulidad nos veamos espuestos á naufragar; ven en nuestro auxilio en los días de la gran lucha trabada entre el espíritu y la materia; no nos dejes solos en los momentos criticos del combate; ayúdanos, para que saliendo de él vencedores, merezcamos llegar á la mansion del perdurable triunfo, y ceñir los eternos laureles de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DEL MÁXIMO DOCTOR SAN GERÓNIMO.

*Manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum: et è regione univ-
ersorum fratrum suorum figet tabernacula.*

Contra todos levantará sus manos, y las manos de todos se levantarán
contra él; y fijará sus tiendas al frente de las de todos sus hermanos.

GENES. XVI. 12.

AL considerar, M. A. O., el carácter especial del génio cristiano
cuya solemnidad celebra hoy el catolicismo, no he podido menos de
recordar un hecho histórico de los santos libros, que á mi ver en-
vuelve la mas brillante alegoría relativa al objeto de nuestra admi-
racion. Huía la afligida Agar de la casa de su amo Abraham, á con-
secuencia de los malos tratamientos que esperiméntara por parte de
Saraí, su señora. Mas hé aquí que un ángel la sale al encuentro, y
enterado del designio de aquella mujer fugitiva, «vuélvete, la dice,
á casa de tus amos: yo multiplicaré tu descendencia hasta tal punto
que no podrá numerarse. De tu seno saldrá á luz un hijo á quien
pondrás por nombre Ismael, porque Dios te ha escuchado en tu
afliccion. Esforzado sobremanera, levantará contra todos sus ma-
nos, y todos levantarán las suyas contra él, y fijará sus tiendas al
frente de las de todos sus hermanos: *Manus ejus contra omnes, et
manus omnium contra eum: et è regione fratrum suorum figet ta-
bernacula.*

No pretendo ni menos me lisonjeo de hallar una completa exactitud, entre ese tipo misterioso del hombre fuerte y aguerrido, llamado á vivir en incesante lucha con los enemigos de su altiva raza, y el insigne propugnador de los dogmas católicos, San Gerónimo, elegido por el cielo en tiempos de angustiosa afliccion, para defender los fueros de la Iglesia y pelear intrépido con los innumerables émulos que la disputaban el imperio del universo. Sin embargo, paréceme que el paralelo no deja de ofrecer bastantes puntos de afinidad. ¿No se vió la esposa mística del Cordero en el siglo IV desconsolada, perseguida, atribulada, menospreciada cual la antigua Agar, y como ella huyendo á buscar en los desiertos el asilo, que en las grandes poblaciones negábala el encono de los que, mirándola como á una esclava, aspiraban á despojarla de las prerogativas y glorias de la maternidad? A las oleadas de sangre con que la idolatría inundára poco antes el mundo cristiano, sucediéranse despues los torrentes de las heréticas doctrinas, que donde quiera se levantaban espumantes para anegar en sus abismos la verdad. Era el combate de la inteligencia, sustituido á la lucha del hierro homicida; era la espada del génio, que reemplazaba al alfange de la tiranía. Entonces el Señor, siempre vigilante sobre las almenas de su amado Israel, llamó á sí la Iglesia amedrentada, la consoló en su amargura, prometiéndola un linage numeroso, dotóla de una prodigiosa fecundidad, y dióla, entre otros muchos hijos que tan admirablemente la defendieron, al nuevo Ismael de la gracia, cuya mision debia ser hacer frente á todos los errores conjurados en daño del catolicismo, y experimentar por parte de todos la mas tenaz y porfiada lucha, hasta llegar á triunfar de ellos, colocándose á la cabeza del movimiento religioso como caudillo aguerrido de todos sus hermanos: *Manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum: et è regione fratrum suorum figet tabernacula.*

Bajo este punto de vista se me presenta hoy el máximo entre los doctores San Gerónimo; el que sobre ellos descolló por su vastísimo y profundo saber, como descuella el cedro del Líbano en medio de los demás árboles que embellecen aquel monte; el que entre todos resplandeció por su erudicion prodigiosa y universal, cual brilla el

sol relativamente á los demás planetas; el que recogió el rico caudal de ciencia repartido en los demás génius cristianos, para depositarle en el insondable abismo de su inteligencia fenomenal, al modo que el mar reúne las aguas de los rios que en él van á confluír para pagar tributo á su soberanía. ¡ Libreme Dios de pretender disminuir en lo mas leve el mérito de tantos insignes doctores, de tantos campeones aguerridos, que en los combates de Sabaoth han inmortalizado su memoria con los brillantes triunfos obtenidos en favor de la esposa de Jesucristo! Empero, ¿no es una verdad universalmente reconocida, que San Gerónimo, reuniendo en sí cuanto de mas extraordinario nos ofrece la religion en un héroe, tanto bajo el aspecto de su santidad como bajo el de su sabiduría, se mostró al frente de ellos como un gigante, acaudillándolos en el combate emprendido contra el error, avezándolos en el manejo de las armas con las que en todos tiempos decapitaron al mónstruo de la heregía, y distinguiéndose, ya por la energía de su carácter, ya por la incontestable fuerza de su raciocinio, bien por la universalidad de sus conocimientos, bien por los multiplicados y diversos ramos que abrazó simultáneamente, y por otras circunstancias harto sabidas, como el jefe del doctorado católico? Y si á esto se añade la austeridad de sus costumbres; su penitencia asombrosa, su inviolable retiro, junto con su perseverante laboriosidad, profundos estudios, dilatados viajes, y trabajos sin guarismo; ¿quedaré la menor duda de que no sin razon ha conquistado el sobrenombre de máximo entre los doctos, grande entre los sábios, singular entre los santos, primero entre los celosos defensores de la verdad? Procuraré, no obstante, demostrarlo cuan breve y sencillamente me sea dable, proponiéndoo á San Gerónimo como «el génio mas extraordinario de su siglo, que, asociando prodigiosamente á la altísima perfeccion de la vida monástica el cultivo de las divinas y humanas ciencias, y empleándolas en defender la causa de Dios y de su Iglesia contra los diversos enemigos de la religion, probó cuán bella é íntima armonía existe entre ésta y el positivo saber, y cuán impotentes son todos los elementos del error, cuando ambas á la vez caminan paralelamente á un mismo fin.» Tengo propuesto, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Mil veces, á falta de otras razones con que combatir el instinto de retiro y de abnegacion característico de ciertos héroes cristianos, se ha echado mano de un arma que, por lo gastada ya, ha venido á caer en el ridiculo, pero que no por eso deja de manejarse en ocasiones dadas por los émulos de la virtud. Se ha dicho, pues, que la vida monástica y solitaria es de todo punto infecunda y estéril para la sociedad, por cuanto ningunos beneficios reporta ésta de esos hombres que, divorciándose con el mundo, se sepultan en los yermos. Acusacion gratuita, infundada, desmentida por la esperiencia, y que para formularla, se hace preciso rasgar la historia y ponerse en contradiccion con los monumentos de mas de diez y ocho siglos que vienen demostrando lo contrario. Sin necesidad de evocar los nombres ilustres de tantos personajes, que desde la cuna misma del cristianismo supieron hermanar prodigiosamente los santos ócios de la soledad con la vida activa y laboriosa del siglo, bástanos citar al máximo Doctor San Gerónimo, objeto de nuestras alabanzas, para evidenciar cuán bella é intimamente se armonizan ambas cosas en bien de la religion y de las sociedades, cuando una y otra se dirigen á un fin idéntico. ¿Quién mejor que nuestro Santo solitario supo asociar el retiro con el trabajo, la austeridad con el estudio, la contemplacion de las cosas divinas con el cultivo de las letras humanas, sirviéndose de ellas como de unos elementos poderosísimos para combatir el error, vencer á los enemigos de la verdad, defender los intereses de la religion y vindicar los derechos de la Iglesia? No hagamos mas que dar una rápida ojeada por la historia de ese gran génio del siglo IV. Contemplémosle primeramente abasteciéndose en la soledad de aquellas armas de fino temple que un dia debia esgrimir con tanta maestría en bien de la civilizacion católica, para despues considerarle peleando á brazo partido con los mónstruos de la herejía, y postrando á los diversos adversarios del verdadero pro-

greso intelectual, á cuya cabeza figura Gerónimo como el vínculo que une al Oriente con el Occidente, como el caudillo aguerrido de todos sus hermanos en la lucha empeñada entre la ignorancia y el positivo saber.

Nacido en Dalmacia de padres cristianos, educado en Roma por Donato, comentador de Terencio, y por el retórico Victorino, adquirió los modales cultos y contrajo los hábitos de aquella gran ciudad. Su amor al estudio, su afición innata hácia las letras, le arrastró desde luego á buscar donde quiera la ciencia, ávido de devorar cuanto abarca en sus diversos ramos. Por satisfacer esta sed instintiva, vuela á Oriente á oír las discusiones que agitaban á la sazón los ánimos, recorre las escuelas de la sábia Grecia, escucha á los grandes génius de la bella Atenas, fórmase una biblioteca por su propia mano, compilando los mas preciosos escritos que encuentra en sus largas expediciones, nada omite para formarse un hombre consumado en todo género de conocimientos útiles. Empero, prefiriendo siempre á la ciencia que hincha la caridad que edifica, según el Apóstol, puesto que solo aprecia aquella en cuanto puede contribuir al mayor esplendor de la verdad y al afianzamiento de los dogmas católicos, al propio tiempo que cultiva con ardor su entendimiento, no se olvida de preservar su alma de la corrupción del vicio. Véasele hermanar el estudio con la oración, mezclar los trabajos literarios con las austeridades y maceraciones de la carne, templar con el ayuno y la abstinencia su natural fogosidad en las elucubraciones escolásticas, moderar con el cilicio y la disciplina el excesivo ardor de su espíritu hondamente apasionado por las bellezas de la oratoria; y en medio de la avidez con que se nutria de los escritos de los filósofos y desentrañaba los problemas geométricos, encontrábasele frecuentemente postrado ante los sepulcros de los mártires, llorando amargamente sus culpas en la oscuridad de las catacumbas, y sepultando allí la gloria y los laureles que recogía en las lides literarias.

Dejemos á Gerónimo, que, ansioso de relacionarse con las mas notables celebridades de su siglo, recorra las Galias, pase á Tréveris, atraviese la Italia, estrechándose en íntima amistad con los

Cromanos, Jovinos, Eusebios, Nicetas, Evagrios, Crisógonos, y otros muchos varones, no menos insignes por su virtud que por su sabiduría y celo ilustrado, en quienes halla hondas simpatías aquel génio tan fenomenal como modesto, tan puro en sus costumbres como extraordinario por sus vastos conocimientos. Dejémosle que, asociándose á Eliodoro, Hilas é Inocencio, se dirija de nuevo á Oriente y fije su mansion en los desiertos de la Chalcidia. Allí mortificando sus miembros con la mas asombrosa penitencia, y pasando sucesivamente de la contemplacion al estudio, saborea los varoniles deleites de la soledad, «embellecida, como él decia, por las flores de Cristo, lejos de la ahumada cárcel de las ciudades.» Allí, imponiendo á sus lábios un eterno silencio, condenando su paladar á no gustar jamás sino las amargas raices que brota una tierra estéril, convertidos sus ojos en dos fuentes perennes de llanto, armadas sus manos de una piedra, con la cual golpea fuertemente su pecho, y teniendo constantemente en sus oidos el eco de la trompeta del juicio final, expía aquel cadáver ambulante hasta el menor defecto en que hubiera podido incurrir en su juventud; lava las mas imperceptibles manchas de un corazon que nunca conoció el pecado; reduce á la mas dura servidumbre sus sentidos, y asombra al mundo con un tenor de vida mas fácil de admirar que de imitar, dejando atrás á cuantos hasta entonces habitáran aquellos sitios solitarios.

Y en medio de todo esto ¡cuán terribles combates no le presentó el infierno envidioso de tanta virtud! ¡Qué de luchas no esperimentó por parte de su propia carne, él que por no caer en los lazos de la seduccion huyera de un mundo sensual, abandonára las delicias de Tiboli, renunciara á la muelle voluptuosidad de la poética Grecia, y prefiriera las guaridas de las fieras al bello cielo de la Italia! «¡Cuántas veces, dice de sí mismo nuestro santo, en medio de unas soledades abrasadas por el sol creí asistir á las bulliciosas fiestas de Roma! Sentado á solas con el alma inundada de amargura, abatida la carne y sin fuerzas, cubierto con un grosero sayo, con el rostro bronceado como el de un etiope, lloré y gemí todo el dia: y si á pesar mio me cogía el sueño, mi cuerpo iba á tropezar sobre la tierra desnuda. Y no obstante, yo que por miedo al infierno me habia conde-

»nado á aquella cárcel habitada por serpientes y tigres, sentíame
»trasladado mentalmente al seno de las danzas de las doncellas ro-
»manas. Enjuto el rostro por el ayuno, mi cuerpo estaba abrasado
»de deseos, y en mis helados miembros, en mi carne muerta antes
»de tiempo, se inflamaba el incendio de las pasiones. Privado enton-
»ces de socorro, me prosternaba á los piés de Cristo, bañándolos con
»mis lágrimas; mas de una vez pasé todo el dia y toda la noche
»dándome golpes de pecho hasta que Dios daba paz á mi alma. Has-
»ta el asilo de mi gruta me inspiraba espanto, pareciéndome cómplice
»de mis pensamientos. Irritado contra mí mismo, me engolfaba en
»el desierto, y me postraba en oracion donde veía un valle mas
»profundo, una roca mas escarpada. Frecuentemente, y á Dios pon-
»go por testigo, despues de haber vertido abundante llanto, des-
»pues de haber levantado por largo espacio mis ojos al cielo, me
»hallaba trasladado al coro de los ángeles, y exclamaba: ¡Subimos
»hácia tí atraidos por el incienso de la oracion!»

No fué ésta la única tentacion que agitára á Gerónimo en la so-
ledad. Sobre sus recuerdos del mundo, no contribuyó poco á amar-
gar su trabajosa existencia su misma aficion á las letras profanas,
uno de los obstáculos mas poderosos para alejar á los doctos de una
religion, que, sin renegar del culto inspirador de Homero y de Virgi-
lio, desaprobaba empero el escesivo apego á esta clase de literatura
peligrosa. Educado nuestro héroe para idolatrar la forma con detri-
mento de la esencia, nutriase con sus libros adquiridos á costa de
tantos afanes, única riqueza que conservaba en su ermita. ¿Qué es-
traño, pues, que cuando, dejando á Platon y Ciceron, tomaba en sus
manos los libros proféticos para embeberse en su espíritu, le pare-
ciesen éstos áridos y descuidados en aquella sublimidad de pensamien-
tos que desdeña los ornamentos artificiales? Pero habiendo caido en-
fermo, creyó verse trasladado en espíritu al tribunal de Jesucristo
que le reconvino ágriamente de mostrarse mas ciceroniano que cris-
tiano. ¡Alegoría sublime que revela aquella lucha del génio con la
imaginacion, que prolongó la agonía del paganismo, á pesar de la
total carencia de convicciones en los que todavía continuaban adic-
tos al antiguo culto!

Pero tiempo era ya de que aquella antorcha oculta en el desierto saliese de allí para iluminar al mundo con su ciencia, y prestar los mas útiles servicios á la religion, á la Iglesia y á la civilizacion. Condujérale su fervor á visitar los santos lugares consagrados con los misterios de nuestra redencion. Hallábase abismado en la contemplacion del amor infinito de un Dios-hombre, recorriendo aquel pais tan rico en sublimes recuerdos, y tan fecundo en piadosas inspiraciones. Ya habia orado en aquel huerto de las Olivas donde Jesus aceptó el cáliz amargo de nuestras culpas, despues de regarle con los sudores de su agonía; habiase prosternado ante aquel pretorio do atado á un poste recibiera el Salvador en su sacratísima humanidad los azotes que merecieran los delitos de tantos siglos; habia vertido dulce llanto sobre las ruinas de aquella antigua galería, desde donde un pontífice cobarde mostrárale al pueblo febricitante para obtener de él en vano compasion en favor de su ilustre víctima; repetidas veces subiendo á la cresta de aquella montaña sobre la cual consumió el hijo del Eterno todo cuanto de él estaba escrito, habia besado con efusion aquella tierra empapada en sangre divina, y abrazándose á aquel suelo de donde brotó la salvacion y la libertad de una raza esclava y pecadora; tambien visitára la gruta de Belen donde se inició el gran misterio de los destinos del mundo; y allí cabe aquel pesebre depositario un dia del mas rico tesoro, anegado en celestiales delicias, resolviera fijar para siempre su morada, cuando la voz de la religion le llama de nuevo á aquella Roma que nunca pensó en volver á ver. Allá vuela el dócil y obediente discípulo del Evangelio á prestar homenaje al Sumo Pontífice San Dámaso, que quiere servirse de sus luces y conocimientos en trabajos literarios de la mas alta importancia. Hácia la capital del orbe católico dirige sus pasos ese atleta esforzado, caudillo aguerrido de los ejércitos de Sabaoth, dispuesto á luchar con los enemigos de la verdad, y á hacer frente con su palabra y con su pluma á los envenenados tiros de la heregia, del vicio, de la maledicencia, de la envidia, y demas pasiones conjuradas en daño de la fé y de la Iglesia de Jesucristo. A ella llega, despues de recibir el sacerdocio á su pesar de manos de Paulino en Antioquia, despues de haberse instruido en la exégesis sagrada

bajo la inspiracion del Nacianceno en Constantinopla. ¡Oh! Viérais correr en pos de aquel ángel del desierto todo cuanto Roma encerraba entonces de sábio y virtuoso; viéraisle rodeado de personas que ambicionan oír su sabiduría, admirar su elocuencia y contemplar de cerca su asombrosa austeridad, unida á una erudicion vasta, á una locucion fácil, á una facundia embelesadora; viéraisle abrumado de consultas, sobrecargado de gravísimos negocios, llamado á dar solucion á las mas árduas cuestiones, siendo el alma de todos los asuntos en que se interesa el dogma católico, el oco de la silla apostólica, el símbolo del progreso cristiano, el vínculo que une la civilizacion antigua con la moderna, depurando aquella é impulsando esta para que ambas marchen á un fin idéntico. Viérais allí las grandes mujeres de su siglo asociarse á él, tomarle por consejero y guia en los caminos de la virtud, subordinarse á su direccion, y confiarle sus destinos. Las Albinas, Marcelas, Melanias, Aselas, Faviolas, Marcelinas, Felicitas, Paulas, Eustoquias, Blesillas, cuyos nombres merecen ocupar un lugar distinguido en la historia, hácese discípulas de Gerónimo; quien por su parte, bien lejos de querer armonizar la religion con las intrigas y el libertinaje, es el astro que las guia por los senderos de las mas austeras virtudes, protestando con sus obras contra toda debilidad, y socorriendo las miserias de un siglo en que habia tantas. Todavía me parece escuchar los consejos de Gerónimo á la ilustre Leta, hija del pontífice de los dioses Albino, cuando consultándole ésta acerca de la educacion de su tierno infante, la decia:

«Enseñadle á arrojarse en los brazos de su abuelo, cantando el alle-
»luya, para que el anciano, sonriendo á este sencillo canto, se halle
»preparado á convertirse á Cristo. El es ya, añadia, un candidato
»de la fé, que se halla rodeado de una multitud cristiana de hijos
»y de nietos. El hombre no nace tal, sino que llega á serlo. El ca-
»pitolio cubierto de oro se empaña bajo el polvo; la araña cubre
»con sus telas los templos de Roma; la ciudad sale de sus cimientos;
»oleadas de pueblo pasan por delante de los derruidos edificios
»consagrados en otro tiempo á los dioses, dirigiéndose á los sepul-
»eros de los mártires (1).» San Gerónimo, ha dicho un sábio histo-

(1) Lit. ad Letam. De inst. filiæ.

riador, tenía el presentimiento del porvenir que se acercaba, y comprendía los medios de acelerarlo.

No era empero la bulliciosa capital del mundo cristiano, desde donde ese nuevo Ismael debía convertir sus manos contra los innumerables adversarios de la verdad, y combatir en defensa de la Iglesia y de la sociedad, mal paradas por las perniciosas doctrinas de la heregía. Perseguido por la vil calumnia, acusado por la envidia, é impulsado por la malevolencia de los que, incapaces de sufrir los resplandores de su santa vida y de su ciencia incomparable, atrévense á hincar en él su venenoso diente, volverá á sepultarse en su amado retiro de Belen, llevando en pos de sí ilustres trofeos de sus victorias, para desde allí presentar una guerra á muerte al error, y organizar nuevas falanges de héroes que, herederos de su espíritu, prolonguen despues de su muerte esa misma lucha con las armas de la virtud y del verdadero saber. Allí zanja los fundamentos de ese Orden insigne, que, armonizando maravillosamente la vida monástica con el cultivo de las letras, tantas celebridades ha producido en todas épocas, y servicios tan importantes ha prestado á la humanidad. Allí en la persona de su inseparable compañera Paula, siembra las primeras semillas de esos monasterios de ilustres heroínas, que, renovando en las épocas de mayor corrupcion los sublimes ejemplos de su glorioso fundador, han hecho donde quiera tan grata y respetable su memoria. Renuncio, porque la brevedad del tiempo me lo impide, á describir las grandezas de esa noble descendencia del solitario de Belen, en la que se cuentan tantos intrépidos campeones de la religion, tantos soldados aguerridos del Dios de Sabaoth, tantos sábios escritores y apologistas, que han sabido mantener puro el depósito de la fé y defender con brio los derechos del Santuario, á despecho de un mundo que, en recompensa de sus servicios, les ha perseguido donde quiera con torpes calumnias y amargos menosprecios. Fuerza me es pasar en silencio una gran parte de los trabajos literarios en que se ocupára Gerónimo en su rústico albergue, hasta el punto de escribir mil renglones por dia (1), sin que esto le impidiese explicar la

(1) Pref. al segundo Coment. en Efeso.

Biblia á sus anacoretas, enseñar á los niños los primeros rudimentos de las letras, ojear los autores que encantáran los días de su juventud, componer una obra de gramática para uso de sus discípulos, y desentrañarles las bellezas de Virgilio y otros autores líricos, cómicos é historiadores, á la vez que los iniciaba en el santo temor de Dios.

Imposible parece que un solo hombre bastase á desempeñar tantos y tan diversos cargos y á atender á tan complicados asuntos. Hombres piadosos y mujeres llenas de fé recurren á sus luces de todos los puntos del globo. Aquí Edibia de Bayeux le dirige doce cuestiones para que las resuelva; allí Algario de Cahors le consulta acerca de algunos pasages de la Biblia ó sobre la manera de conducirse en ciertos casos; mas allá se le presenta un sacerdote venido desde el corazon de la Bretaña, para traerle una carta y volver inmediatamente con la respuesta. Hasta el mismo Agustin, ese astro luminoso del hemisferio católico, ese génio tan vasto, tan universal, tan extraordinario, no se ruboriza de tomarle parecer en varias ocasiones, consiguando en sus escritos que lo que ignoró Gerónimo, ningun hombre llegó jamás á penetrarlo (1). Y en medio de esto, ¿quién ignora sus profundas investigaciones en la ciencia sagrada? ¿Quién no sabe el ardor con que, á fin de adquirir un conocimiento perfecto de los divinos libros, se consagró al árido y escabroso estudio del idioma hebreo, y su tenaz perseverancia hasta vencer las dificultades que le ofrecia un acento duro y trabajoso? ¿Quién no le vió recorrer la Tracia, el Ponto, la Bitinia, Galacia, Capadocia, Cilicia y otros muchos países, impulsado por su amor á la ciencia, y deseoso de relacionarse con todos los personajes de su época capaces de proporcionarle alguna instruccion? Cuando en Tarso se sometia á la direccion de un helenista para instruirse en los idiotismos de la lengua maternal del apóstol de las gentes; cuando en Alejandría se hacia discípulo del sábio ciego Didimo; cuando en Aquileya asistia á las lecciones del obispo Valerio, y conferenciaba en Antioquia con el célebre Apolinar, y en Salamina buscaba los consejos del ilustrado Epifanio; en todos estos viajes y tan asíduas y prolon-

(1) S. Aug. Ep. 205, ad Cir.

gadas tareas, ¿qué es lo que se proponía Gerónimo sino formarse un sábio segun el espíritu de Dios, y abastecerse en ese vasto arsenal de la ciencia, de las armas necesarias para combatir con éxito los enemigos del catolicismo, y dar impulso al movimiento civilizador, á cuya cabeza marchára en su siglo como caudillo insigne de los ejércitos del moderno Israel?

En vano álzanse contra Gerónimo todos aquellos génios indóciles y perversos, abortados por el error para afligir á la mística Sion. En mal hora le provocan á una lucha, para la cual habíase preparado de antemano el que velaba constantemente sobre las altas almenas de la ciudad Santa. De aquella mano descarnada, que solo parecia saber manejar la piedra para herir un pecho inocente, y la disciplina para despedazar sin duelo una carne inmaculada, sírvese la religion para destrozár la heregía y hacer menudos pedazos las siete cabezas de aquel informe dragon: *Manus ejus contra omnes*. Si el imprudente Elvidio osa verter el veneno de la blasfemia contra la pureza é inmunidad de la madre del Verbo, Gerónimo con su sabiduría tapa aquella boca infernal y la obliga á enmudecer. Si el invericundo Joviniano lanza contra la virginidad los mas asquerosos bostezos, Gerónimo toma la pluma, y con un escrito en que resalta á la par de una lógica irresistible un estilo picante y lleno de energía, pulveriza sus sofismas y le deja sin respuesta. Si el sacrilego Vigiliancio, no satisfecho con desacreditar el celibato eclesiástico, llega hasta condenar el culto de los santos, Gerónimo esgrime diestramente la espada de una dialéctica no menos contundente que satírica, con la que aquel génio orgulloso queda lleno de confusion y vergüenza. Si el hipócrita Pelagio, cubierto con el antifaz de unas costumbres austeras y penitentes, se propone sembrar la cizaña de sus errores acerca de la necesidad de la gracia, Gerónimo, á quien no logra sorprender como á Agustín, levántase contra él, arráncale la máscara con que ocultaba sus perniciosas doctrinas, y descubre sus artificios: *Manus ejus contra omnes*.

Con esa misma mano, cada vez mas robusta y vigorosa, en proporcion que crece el combate y salen á la arena nuevos enemigos de la verdad, confunde á Montano, hiere de muerte á Rufino, postra

á Juan de Jerusalem, abisma á Celestino, vence á Lucífero, desarma á Juliano, rinde á Bonoso, triunfa de Constancio. Unos en pos de otros los emisarios de la heregia experimentan la fuerza de aquel brazo, caen á los piés de Gerónimo, y quedan anegados en el mar de su sabiduría, que á torrentes se derrama en sus diálogos entre los ortodoxos y luciferianos, en sus libros contra Vigilancio, en sus tratados contra los origenistas, en su epístola al Ctesifon, en sus cartas á Marcela, Avito y Pamaquio, y en otras mil producciones que seria largo enumerar, en las que se revela la energia del sentimiento, la riqueza de las imágenes, la copia de erudicion, la originalidad de estilo, y cuantas cualidades contribuyen á colocarle en primera línea entre los escritores de su época: *Manus ejus contra omnes*.

Cuando levanta su mano de un escrito, es para dedicarla á otro de apremiante necesidad. ¡Con qué sentimiento me veo precisado á pasar por alto sus trabajos sobre crítica sagrada, tan preciosos é importantísimos como de una utilidad reconocida! ¡Con qué gusto me detendria á hablaros de su Catálogo de escritores eclesiásticos, modelo de biografía rápida y elocuente, de su continuacion de la Crónica de Eusebio, de sus cartas sobre cuestiones profundísimas de exégeris y de moral, y de otras producciones en que su gran génio vierte bellezas de primer orden, y su rica imaginacion logra engalanar y prestar animacion á los mas áridos asuntos con las ráfagas de una elocuencia y de una dialéctica severa y apremiante! ¡Quién me diera poder desentrañar el fondo de erudicion que envuelven su version latina del nuevo testamento hecha en vista del original hebreo, su traduccion de los libros de Judith y Tobias del original caldeo, su correccion del Salterio latino de la antigua version itálica, sobre la edicion de los setenta intérpretes hecha por Luciano, su expurgacion de los errores contenidos en la version griega, y sus Comentarios sobre toda la sagrada Escritura, trabajos en que empleó quince años, en los cuales con infatigable perseverancia hubo de consultar los mas antiguos textos siriacos, árabes, caldeos, griegos, latinos, en cuyos idiomas estaba versadísimo, no menos que consumado en el arte difícil de la crítica! Con razon se ha dicho que Gerónimo era el apoyo de la lengua de Dios; y la misma Iglesia, ins-

pirada por el espíritu de verdad, consigna en su elogio que habia sido elegido por el cielo para ser el intérprete de las divinas escrituras (1). A nadie debe tanto la Esposa del Cordero en este punto; nadie trató tantos y tan variados asuntos como ese vastísimo ingénio, en quien parece haberse reunido la ciencia de todos los siglos, la erudicion de todos los padres y doctores católicos, los conocimientos de todos los talentos que en diversas épocas han honrado la literatura cristiana, llevándola hasta el mas alto grado de esplendor: puesto que ninguna materia hay sobre la cual Gerónimo no haya discurrido con la mas admirable lucidez, ni punto doctrinal que no haya resuelto con la mayor maestría, ni dogma que no haya espuesto con la mas brillante claridad, ni controversia que no haya resuelto con la mas sorprendente facilidad, ni misterio de que no haya escrito con la mas asombrosa erudicion. Digno ciertamente de que en el Concilio de Roma se oyesen respecto de él estas palabras pronunciadas por el mismo representante de Jesucristo en la tierra: «Nosotros sentimos acerca de la fé, lo que sabemos piensa y defiende de el gran Gerónimo (2).» ¿Puede darse un testimonio mas sublime y lisonjero de la doctrina de ese sapientísimo doctor?

Concluyamos pues, M. A. O., puesto que imposible nos es, por mas que precipitemos las ideas, decir ni una mínima parte de las glorias de nuestro héroe. Contentémonos con haber apuntado aunque ligeramente algunas de ellas, las bastantes para evidenciar con cuánta razon lleva el sobrenombre de Máximo entre los doctores católicos, un hombre que personificó en sí mismo á los Atanasios, Ireneos, Ciprianos, Gregorios, Agustinos, y demás lumbreras del orbe cristiano; un hombre que poseyó la dialéctica de Aristóteles, estudió las abstracciones de Porfirio, conoció las sentencias de Plinio, y las divisiones de Sócrates, leyó á Pitágoras, consultó á Platon, esplicó á Homero, comentó á Virgilio, y le fueron familiares todas las grandes obras de la literatura profana; un hombre que, como un profundo océano, atesoró las aguas purísimas de la ciencia sagrada en los

(1) Eccles. in orat. huj. fest.

(2) Illa sentimus quæ B. Hieronimum sentire cognoscimus. Cap. *Sancta Romana Ecclesia*.

diversos ramos que abraza, con las cuales fertilizó la mística ciudad de Dios, llevando á todas partes la fecundidad y la abundancia; un hombre que, viviendo en los desiertos, abstraído de todo lo terreno y ocupado en la contemplacion de las cosas celestiales, inundó no obstante á todo el mundo con los raudales de su sabiduría, iluminó desde la gruta de Belen cual sol brillante la tierra entera, vertió de sus lábios un rocío celestial, que reanimó las inteligencias agostadas por el error y los corazones marchitos por el vicio, dió sus leyes á la Iglesia, instruyó á los prelados, confundió á los hereges, humilló á principes arrogantes, defendió los fueros de la unidad católica, descubrió las intrigas de patriarcas cismáticos, sostuvo los intereses de la Esposa del Cordero contra pontífices intrusos, é hizo otros mil servicios que nunca olvidará el cristianismo, y que ha recogido la historia en sus anales; un génio en fin, que, asociando prodigiosamente á la altísima perfeccion de la vida monástica el cultivo de las divinas y humanas ciencias, y empleándolas en defender la causa de Dios y de la sociedad contra sus porfiados enemigos, los destrozó cual nuevo Ismael, luchando contra todos con sus propias manos á la cabeza del movimiento religioso y civilizador, é hizo ver la bella é íntima armonía que existe entre la fé y la razon, entre la religion y la ciencia, y cuán impotentes son todos los elementos del error, cuando ambas caminan paralelamente á un mismo fin: *Manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum, etc.*

Haz, oh insigne Gerónimo, que nuestro siglo comprenda bien esta verdad, que con tenacidad tanta se empeña en desconocer para su desdicha. Ruega al cielo que todos nosotros convencidos de ella, sigamos tus pasos, imitemos tus ejemplos, trabajemos con idéntico ardor, y consagremos nuestras luces al único y grandioso objeto de fomentar y promover la gloria del Señor y las magnificencias de su religion augusta. Inspíranos tambien el espíritu de austeridad y penitencia que hizo de tí el asombro del mundo; y ojalá que siendo fieles á los altísimos documentos de vida que nos legaste en tus escritos, merezcamos un dia ceñir la corona inmortal que hoy adorna tus sienes en la triunfante Jerusalem de la gloria.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE LOS SANTOS ÁNGELES CUSTODIOS.

Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis.

El Señor mandó á sus Angeles que te custodien, y ellos te guiarán en todos tus caminos.

PSALM. XC. 11.

¡MISERABLES proyectos, torpes é impotentes teorías de la incredulidad moderna! ¿Hasta cuándo correrá ciega y estraviada en pos de engañosas ilusiones? ¿Hasta cuándo prolongará esa lucha á muerte que provocó hace siglos contra los mas inconcusos dogmas de nuestra religion? ¿No la han bastado las repetidas y tristes lecciones que ha llevado, para desistir de un empeño que no puede producirla mas que confusion é ignominia? Pero no, M. A. O.: el error es esencialmente pertinaz, y no cesa fácilmente ante las derrotas sufridas. Si en un terreno se encuentra vencido, busca otro en que ensayar las diversas armas que tiene á su disposicion en el arsenal de la filosofía materialista. Atreviöse á negar á Dios, y Dios con su infinito poder postró la arrogancia del hijo del polvo, haciendo brillar en él su magnificencia y su gloria. Disputó contra la inmortalidad del alma humana, y allí donde creyó la ciencia no encontrar mas que materia inerte, sujeta á la corrupcion de un sepulcro, halló á su despecho espíritu, vida, movimiento, accion é incorruptibilidad. Combatió la existencia de los ángeles, destinados

por el soberano Monarca del cielo á servir en la tierra de génios consoladores, celosos guias, y custodios fieles de los mortales, y el mundo entero encargóse de desmentir solemnemente esta funesta doctrina, tributando un culto secular, tierno y universal á esos invisibles amigos y compañeros de nuestra peregrinacion. Pese al protestantismo impío, pese á esas escuelas corrompidas y corruptoras que siembran donde quiera sus dogmas de muerte, la creencia de los Angeles Custodios y la confianza en su poderosa proteccion, es hoy dia una de esas verdades que no pueden ser combatidas sin chocar con la revelacion, con la historia, con la razon ilustrada y hasta con el buen sentido de todos los pueblos. ¿Hay uno solo de estos en todo el orbe católico, que no tribute honores y solemnice con el mayor entusiasmo á su ángel tutelar? ¿Hay una nacion que no celebre anualmente la memoria del génio celestial á quien ha confiado su custodia y el cuidado de sus futuros destinos? Diré mas: ¿existe un solo individuo que no abrigue la conviccion íntima de tener á su lado uno de esos espíritus celestiales, á quienes, segun el rey profeta, ha encargado el Señor la vigilancia y defensa de nuestros mas caros intereses, mandándolos que en nuestra travesia hácia la eternidad nos sirvan de conductores, señalándonos los sitios en que puede peligrar nuestra virtud, apartándonos de los escollos que nos tiende el enemigo de nuestra dicha, inspirándonos lo que conviene á nuestra salvacion, y llevándonos hasta el seno de Dios, de cuyas manos nos recibieron al salir del seno maternal?

Ciertamente no hay persona de mediano criterio que, á no estar ciega por las nubes de polvo que la impiedad arroja incesantemente á los ojos de los mortales, no abrigue esa firme persuasion que ha llegado á constituir uno de los puntos esenciales de nuestra creencia. La Iglesia, inspirada siempre por el Espíritu de ciencia y de verdad, no solamente la ha dado su sancion solemne, sino que ha sido y es la primera en promover y fomentar ese culto tan tierno, y rico en bellas y dulces esperanzas. La humanidad le ha aceptado entusiasmada, y forma de él sus mas puras delicias. Y si hay para ella dias nublados, momentos de angustia, instantes amargos, y épocas de desgracia en que todo consuelo parece huir, dejándola abandonada á los mas

cruelles presentimientos, la idea de que tiene á su lado un ángel tutelar, un génio de paz y de dulzura, encargado de su custodia, basta á neutralizar sus pesares y á hacer renacer la confianza en un porvenir mejor. Y todo esto, ¿podiera atribuirse á una ilusion pasajera, ó á un fanatismo entusiasta? No, ¡vive Dios!, no puede ser tal un dogma que ha logrado sobreponerse á tantos sofismas, á tantos errores, á tan obstinados tiros como la incredulidad moderna ha dirigido contra el robusto alcázar de Sion. No lo es una creencia que tanto se ha generalizado á pesar de la corriente impetuosa del ódio, de la calumnia, del sarcasmo y demas elementos de ruina que ha arrastrado tras de sí todo lo que no estaba cimentado en la eterna é incontrastable roca en que el dedo del Omnipotente asentó su obra inmortal. No lo es, en fin, «un culto que tiene por garante la autoridad de los divinos libros, el unánime asentimiento de la tradicion, y la sancion de la historia: tres puntos que constituyen una certidumbre inalterable, respecto á la existencia de los Santos Angeles Custodios, y justifican la piedad cristiana que los honra, venera, é invoca su proteccion con la mas cordial confianza.»

Antes de entrar á desenvolver esta idea, dirijámonos á la augusta Emperatriz de los ángeles, cuya mediacion es tan poderosa ante su divino Hijo, implorando las luces necesarias para el feliz desempeño de mi mision, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

No es fácil concebir haya inteligencias tan pertinaces y obstinadas, que se atrevan á impugnar un culto cuyo origen se enlaza con las primeras páginas de la historia del mundo, puesto que la existencia de esos espíritus denominados ángeles, se remonta hasta el génesis mismo de la creación. No bien el hombre, formado á imágen y semejanza de Dios, incurriera en aquella funesta transgresion cuyas consecuencias venimos lamentando, cuando á las puertas del paraíso de

donde fuera lanzado, aparece un ángel armado de una espada de fuego para custodiar aquel eden delicioso, cerrado ya para siempre á la desgraciada humanidad (1). Desde entonces apenas hallaremos una sola página del antiguo Testamento, en que no veamos figurar el nombre de esos celestiales espíritus, destinados á ser los socios inseparables del hombre, los compañeros de su peregrinacion, los protectores de sus destinos. Aquí es el ángel bueno de Abraham que le libra de todos los peligros (2); allí el ángel defensor de Isaac que detiene el brazo de su padre, cuando este en cumplimiento de las órdenes del cielo se prepara á inmolarse sobre las cumbres del Moriah (3); mas allá es el ángel consolador de Agar que vela por la vida de su inocente Ismael á través de los desiertos (4); en otra parte es el ángel amigo de Jacob que le ofrece su proteccion y amparo contra las esechanzas de su envidioso hermano Esaú (5). En los campamentos de Madian, un ángel es quien promete á Gedeon su asistencia para triunfar de las huestes enemigas de Israel (6). Ante las tiendas de los Asirios, un ángel es quien toma á su cargo la defensa de la ciudad santa, derrotando en una sola noche ciento ochenta y cinco mil combatientes de los ejércitos de Senaquerib (7). En el cerco de Bethulia, un ángel acompaña á la intrépida Judith en su arriesgada empresa contra el impío Holofernes (8). Si Azarías y sus compañeros se ven arrojados á las llamas por un rey idólatra, allí está el ángel custodio de la inocencia que los preserva del voráz incendio (9). Si Daniel por no querer ofrecer incienso á un simple mortal, se halla sepultado en el lago de los leones, el ángel protector de la virtud trae de los cabellos al profeta Abacuc á Babilonia, para

(1) Gen. III. 24.

(2) Ib. XLVIII. 15.

(3) Ib. XXII. 11.

(4) Ib. XXI. 17.

(5) Ib. XXXII. 27.

(6) Judic. VI. 11.

(7) Isaia. XXXVII. 36.

(8) Judith. XIII. 20.

(9) Dan. III. 49.

(1) Dan. XII. 30.
(2) Gen. I. 2.
(3) Apoc. VIII. 3.
(4) Exod. VII. 28.
(5) Habac. I. 14.
(6) Abacuc II. 12.

prestar auxilio al aflijido jóven (1). ¿Y quién sino un ángel es el que ruega al cielo por la libertad del pueblo judío y por la restauracion del templo santo (2)? ¿Quién sino un ángel es el encargado de hacer llegar al trono del Altísimo las súplicas de sus siervos (3)? No hay empero un pasage en que tan espresamente se halle consignada la mision de los Angeles Custodios, como aquel en que hablando el Señor con su pueblo, le decia: «Mira que yo soy quien voy á enviarte » un ángel para que te guie y guarde en tu viage, hasta introducirte » en el pais que te he preparado. Reverénciale, escucha su voz, y » no le menosprecies, pues en él se halla el nombre mio, y si hicie- » res algun mal no te lo disimulará: mas si le oyeres y ejecutares » cuanto te ordene, yo seré enemigo de tus enemigos, y el persegui- » dor de los que te persigan (4).» Omito en gracia de la brevedad otros infinitos rasgos de la historia sagrada, en los que á cada paso se hace mencion de los ángeles, ya como enviados del supremo monarca á defender sus indisputables derechos, ya como agentes de su justicia para castigar á los rebeldes transgresores de su ley santa, ora como representantes de su paternal solioitud en favor de la humanidad desgraciada, ora como protectores de los pueblos en sus mas urgentes necesidades, y donde quiera como unos guias del desorientado mortal que camina hácia la eternal patria sus consejeros en las dudas, sus defensores en la tribulacion, sus auxiliadores en los momentos del peligro, sus compañeros en la travesía de este mundo, hasta llegar á recoger la herencia de la salvacion como se espresa el Apóstol (5).

Malamente ha intentado la incredulidad combatir con estudiados sofismas una creencia apoyada en testimonios de tanta monta, tergiversando las palabras de San Pablo, en que exhortaba á los fieles á no dejarse sorprender y seducir con el falso culto de los ángeles (6).

- (1) Dan. XIV. 35.
- (2) Zachar I. 2.
- (3) Apóc. VIII. 3.
- (4) Exod. XXIII. 20.
- (5) Hæbr. I. 14.
- (6) Ad colos. II. 18.

Los que en este pasage han querido encontrar una condenacion expresa de la veneracion que el catolicismo tributa á esos celestiales espiritus, ignoran de todo punto la historia, son completamente extraños á la ciencia religiosa, y extraviados por su imaginacion, y corrompidos por la perversidad de su alma, blasfeman de lo que no entienden. Si desprendiéndose de sus preocupaciones, y ávidos de encontrar la verdad, se hubiesen remontado al origen de aquellas palabras, y estudiado á fondo la cuestion, hubieran visto que San Pablo combatia el error de los discipulos de Zoroastro, que admitian un número infinito de ángeles ó espiritus mediadores, á quienes concedian un poder absoluto, y de ningun modo dependiente del poder de Dios, lo cual equivalia á establecer en dogma un nuevo politeísmo, y una idolatría perniciosísima, contra la cual levantaba su voz el Apóstol, dando el grito de alarma á los verdaderos cristianos, para que no cayesen en la red por ignorancia. Pero ¿qué tiene que ver esto con los que, firmes en los incontrastables dogmas de la religion católica, solo consideramos á los ángeles como ministros del Omnipotente, y como á tales honramos, veneramos, rendimos culto, y recurrimos á su intercesion, subordinada siempre al poder infinito del que los criara para su gloria? Si no nos es lícito tributar nuestros homenajes á esas sublimes inteligencias, ¿por qué el mismo Jesucristo nos repite tantas veces que gozan de la continúa presencia de su Padre celestial (1)? ¿Por qué nos conmina con la confusion que los réprobos han de experimentar el dia del juicio en presencia de sus ángeles (2)? ¿Por qué...? Mas no insistamos ya en esta primera prueba, y pasemos al unánime asentimiento de la tradicion que demuestra concluyentemente cuán justa, cuán racional, cuán conforme con los principios católicos es el culto y veneracion de los santos Angeles Custodios.

El máximo entre los doctores, San Gerónimo, cuya profunda erudicion y vastos conocimientos han llenado de asombro al mundo científico, no podia menos de maravillarse al contemplar la dignidad

(1) Matth. XVIII. 10.

(2) Marc. VIII. 38.

del alma humana, considerando como uno de los mayores rasgos del amor de Dios hácia el hombre, el designarle desde el instante de su nacimiento un ángel custodio que vele por sus destinos, y le guie en todos sus caminos (1). Y ¡ay de nosotros, esclamaba San Hilario, si en nuestra innata debilidad, y á través de los peligros que rodean nuestra efímera existencia en este mundo, no contásemos con la asistencia de un ángel protector, dispuesto á luchar en favor nuestro contra los enemigos de nuestra eterna dicha! ¿Cómo pudiéramos arribar al puerto de la salvacion, sin la ayuda de ese piloto diestro que conoce los escollos del tempestuoso mar que atravesamos? ¿Cómo salvar incólumes el gran desierto que nos separa de la patria celestial, sin los cariñosos desvelos de ese amigo fiel, de ese génio providencial cuya invisible mano nos dirige hácia el término de nuestra carrera (2)? Precisamente por eso el Señor en su infinita bondad, delegó un ángel para que á cada cuál de los humanos, le sirviese de apoyo en la debilidad, de fortaleza en los peligros, de consejero en los lances dudosos, de defensa en los combates con el enemigo comun de su alma, dice San Gregorio de Niza (3). Porque, ¿quién duda que el ángel apóstata nos rodea de continuo, afanoso por uncirnos á su funestro carro, y ya con sugeriones perversas, ya con imágenes torpes, aquí con movimientos desordenados, allí con el lenguaje seductor de las pasiones, de dia con objetos peligrosos, de noche con repugnantes fantasmas, cuándo halagando nuestros sentidos, cuándo encendiendo en nuestros miembros el fuego de la concupiscencia, y siempre multiplicando sus ardidés, conspira contra nuestra felicidad? Pero el cielo, mas previsor y solícito del bien de los hombres, se anticipó á darnos á todos un ángel bueno que sirva de contrapeso á las sugeriones del ángel malo, y neutralice ó impida los efectos de su perversidad, oponiendo á los elementos de ruina que este pone en juego, las santas inspiraciones, los pensamientos castos, los ejemplos edificantes, los saludables remordimientos, y otros mil medios con los que nos ilustra para conocer el bien, nos anima á amar la virtud,

(1) S. Hyer. L. III, in Matth.

(2) S. Hil. in Ps. 134.

(3) In c. 18 Matth.

nos fortalece para combatir los vicios, y nos hace invencibles en la lucha. ¿Y qué otra cosa pudiera esperarse de esos diligentes espíritus, que, en sentir de San Agustín, ni un solo momento se separan de nuestro lado, empleando en favorecernos todo su amor y entrañable solícitud (1)? ¿Cómo pudiéramos desconfiar de ese génio celestial, á cuya custodia nos confió el Señor, cuando, según el dicho de San Cirilo Jerosolimitano, su ocupacion constante es ahuyentar de nuestros entendimientos las tinieblas de la ignorancia y del error (2)?

¡Ah! No seré yo quien me tome el trabajo de recopilar los innumerables monumentos tradicionales relativos á este punto. Menester sería disponer de mucho mas tiempo del que me es concedido para llenar tan ingrata tarea. Tendría que desentrañar los anales de la literatura cristiana, evocar los testimonios de los mas insignes doctores de la Iglesia griega y latina, citar á Teodoro, Alenágoras, Clemente de Alejandria, Eusebio de Neocesaría, Gregorio Nacianceno, y á San Ambrosio, á San Buenaventura, á Santo Tomás, á todas las grandes lumbreras del mundo católico, puesto que ninguno hay que no sostenga esa creencia consoladora relativa á la mision de los Angeles Custodios. Oigamos únicamente al dulcísimo y simpático Bernardo, que con tan admirable elocuencia ha consignado esta verdad de tan alto interés. «¿Hay, dice, una cosa mas capaz de inspirar en nuestros corazones los mas tiernos afectos, que el saber que Dios mismo es quien ha mandado á esos celestiales espíritus que nos protejan en todos nuestros caminos, y nos lleven en palmas para evitar los tropiezos á que continuamente está espuesta nuestra marcha? ¡Cuán cautamente no debemos vivir teniendo por testigos de nuestras acciones y de nuestros mas ocultos designios á los ángeles del Señor! ¿Osárimos ejecutar en presencia de ellos lo que nos llenaría de rubor delante de un sér mortal y corruptible? ¿Qué temor tan respetuoso nos causarían esas invisibles inteligencias, si las viésemos con nuestros ojos, las oyésemos con nuestros oídos, y las palpásemos con nuestras manos! Y porque su presencia no esté al al-

(1) S. Aug. Soliloq. 27.

(2) S. Cyril. Hieros. Catech. 14.

»cance de nuestros sentidos ¿será acaso menos cierta? Lejos de noso-
»tros toda duda. Creamos firmemente y amemos con ardor á unos
»espíritus tan benéficos, que nos sirven en este mundo de ayos y tu-
»tores para asistirnos en todas nuestras necesidades, mientras llega
»el día de vernos asociados á ellos en la participacion de la herencia
»del Padre celestial. Qué podremos temer cubiertos con la égida de tan
»insignes protectores, que no pueden ser engañados ó vencidos por
»nuestros adversarios, ni menos inducirnos al error? Amigos fieles,
»conductores prudentes, defensores poderosos merecen toda nuestra
»confianza. Sigamos, pues, sus huellas, no nos separemos de su lado,
»y en las mas peligrosas tentaciones, en las tribulaciones mas amar-
»gas, en los momentos de angustia, en cualquier lance en que nues-
»tra alma ó nuestro cuerpo puedan correr el menor riesgo, invo-
»quemos á nuestro ángel custodio, clamemos á nuestro conductor,
»pidamos el auxilio de nuestro protector, y digámosle confiados: ¡Sal-
»vadnos, Señor, que perecemos (1)!» Así se espresaba aquel gran
génio de la edad media: y esta creencia tan arraigada desde los pri-
meros tiempos, apoyada en el lenguaje tradicional de todos los si-
glos, ha recibido asimismo la sancion de la historia, último punto
que constituye la legitimidad del culto de los santos Angeles Custodios.

No es mi ánimo hacer alarde de una vana y estéril erudicion. Si tal pretendiese, harto fácil me seria mostráros esa creencia, si bien envuelta entre las sombras de la mitología pagana, arrancando de los antiguos dogmas de los egipcios, formando parte de las doctrinas de la culta Grecia, entrañado digámoslo asi, en las supersticiones de la Fenicia y de la China, en las leyes del Confucio, en los ritos de los primeros habitantes del Indo, y en las costumbres de los primitivos pueblos del globo (2). Mas como quiera que nada de esto entra en el plan de mi discurso, solo me limitaré á manifestaros cuán universal viene siendo ese culto en las naciones cristianas, y el ferviente entusiasmo con que se ha propagado en todas partes. Tiem-

(1) S. Bern. Serm. 12. in Ps. *Qui habitat.*

(2) V. Rosselly de Lorgues. *Le Christ devant le siècle C.* XI.

po hacía que á consecuencia de las erróneas interpretaciones de los primeros enemigos de la verdad, de que dejamos hecha mencion, la devocion hácia los santos ángeles, venia permaneciendo oculta en los corazones cristianos, sin que fuese permitido manifestarla con pública solemnidad, para no dar lugar al paganismo grosero é ignorante á creer que la Iglesia aceptaba ó autorizaba la supersticiosa invocacion de los génius invisibles. Mas cuando, pasados aquellos siglos en que los intereses del dogma católico hacian necesaria esta prudente reserva, cesó el peligro de confundir la verdad con la mentira, entonces llegó hasta el entusiasmo esa devocion tan tierna, y se manifestó donde quiera con toda la pompa y majestad del culto católico. No hubo reino, ni provincia, ni ciudad, ni pueblo, que no consagrarse una fiesta particular al ángel custodio de sus hogares, al génio protector de sus destinos. Por todas partes viéronse templos magníficos, ricos altares, preciosos simulacros, testimonios de gratitud, ecos de una conviccion profunda que hasta entonces permaneciera en el fondo de los corazones. ¿Y á quién se debió el primer impulso dado á este culto, sino á aquella nacion que en todas partes figuró en primera línea, y marchó á la cabeza del movimiento religioso-social? Sí; España, nuestra patria fué la primera que celebró esta fiesta con una suntuosidad nunca vista; ella fué la que por el órgano de su piadoso monarca el gran Fernando, solicitó de la Santa Sede la sancion apostólica para que se hiciese estensiva á todas las iglesias del orbe católico; ella la que, llamando la atencion de los demas reinos, estimuló á la Francia, al Austria, á los Países Bajos y otras muchas naciones de Europa á seguir su ejemplo.

¡Oh! recojamos esta gloria que entre las muchas conquistadas por la noble y católica Iberia, forma una de las mas brillantes pájinas de nuestra historia; jamás olvidemos el entusiasmo con que nuestros mayores veneraron siempre al ángel custodio que vela por nuestros intereses, defiende nuestras creencias, sostiene nuestra nacionalidad, se interesa por nuestra honra, protege nuestras libertades y nuestra independenciam, dispuesto á marchar en nuestro auxilio al frente de nuestros ejércitos y á ahuyentar de nuestro suelo los enemigos de nuestra ventura. Profesemos cada cual el mas sincero y entrañable

afecto á nuestro ángel tutelar, escuchando sus interiores consejos, siendo dóciles á sus inspiraciones, y no separándonos un punto de la senda que nos trazan sus huellas; pues delante de nosotros camina siempre, en sentir de San Ambrosio, para que no nos estraviémos en el inextricable laberinto de las pasiones que nos rodean (1), y sin su ayuda inútil sería nuestra prevision, vana nuestra vigilancia, impotentes nuestros esfuerzos para vencer la rabia, evitar los lazos, resistir las tentaciones y descubrir los amaños de ese leon rugiente, que circuye en derredor nuestro espiondo la ocasion de hacernos sus víctimas (2). Mas si por el contrario mereciéremos la proteccion de nuestro santo ángel con nuestra docilidad á sus insinuaciones y desvelos, seguros podemos estar de nuestro triunfo, de nuestra bienandanza y de nuestra inmortalidad.

(1) S. Ambros, ap. Segneri, paneg. de S. Aug.

(2) S. Laur. Just., in Psalm. 56.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN FRANCISCO DE ASIS, FUNDADOR.

Benedicam tibi, et multiplicabo semen tuum sicut stellas caeli, et velut arena quae est in littore maris: Possidebit semen tuum portas inimicorum suorum, et benedicam in semine tuo omnes gentes terrae, quia obedisti voci meae.

Porque has obedecido á mi voz, yo te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está á la orilla del mar; tu posteridad poseerá las ciudades de sus enemigos, y en tu raza serán benditas todas las naciones.

GENES. XXII. 17, 18.

Por mas que el mundo mire con desdeñosa arrogancia los sublimes ejemplos de virtud y abnegacion que en tiempos mejores legaron á la humanidad unos hombres suscitados por el cielo para reformarla, curando las hondas heridas que pasiones sin freno abrieran en el corazon de las sociedades, no por eso serán menos preciosos y dignos de admiracion, siquiera solo se atienda al poderoso ascendiente que lograron ejercer en el porvenir de la Europa civilizada. Nadie tal vez bajo este concepto influyó mas beneficiosamente, y por lo tanto adquirió mas justa celebridad y una gloria tan impercedera, como el humilde, el modesto Francisco de Asís, cuya memoria solemnizamos en este dia. Anacoreta, cenobita, apóstol, conquistador, ángel de paz, nuncio del rey de las eternidades, serafin abrasado en el amor divino, hombre crucificado al mundo, espejo de la mas alta perfeccion cristiana, génio fenomenal que desprendido de todas las cosas del tiempo operó en su siglo la mas completa revolucion moral, sustituyendo á la idea de los goces materiales, predominante en todas las clases sociales, la idea de la mortificacion evangélica, y

reemplazando con la ciencia de la Cruz la ciencia del sensualismo, única que aceptára una generacion bastardeada en sus instintos y corrompida en sus aspiraciones; tal se presenta á nuestra consideracion ese nuevo Abraham de la gracia en quien se cumplieron al pié de la letra las magnificas promesas hechas á aquel patriarca en recompensa de su heroismo. « Porque obedeciste á mi voz, digérale el Señor, yo te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como los granos de arena que cubren las orillas del mar; tu posteridad entrará en posesion de las ciudades de tus enemigos, y en tu raza serán benditas todas las naciones:» *Benedicam tibi, et multiplicabo semen tuum sicut stellas cæli, et velut arena que est in littore maris. Possidebit semen tuum portas inimicorum tuorum, et benedicam in semine tuo omnes gentes terræ, quia obedisti voci meæ.*

¿Y quién no vé realizadas estas sublimes palabras en el héroe de Asis? ¿Hubo jamás otro que contase un número tan prodigioso de hijos, ni pudiese gloriarse de haber engendrado una posteridad tan dilatada como él? ¿Existió en ningun tiempo una familia que como la suya se estendiese por todo el globo, inundase la tierra entera, dominase aquende y allende de los mares, y se propagase con tan extraordinaria rapidez, que en breve tiempo llegó á establecer su imperio hasta en los países poco há desconocidos? Y cuando se observa que la pobreza mas estremada fué el único patrimonio que ese ilustre padre pudo ofrecer á los que en Jesucristo engendrara; cuando se considera que la abnegacion, la cruz, el báculo del apóstol, y la desnudez del mendigo, y las privaciones de la indigencia, y los insultos de la opulencia, y el menosprecio de la sensualidad, y las antipatías de la molicie, y los ódios del poder, y las persecuciones del vicio, constituian todo el porvenir de aquellos seres que, desprovistos de humanos recursos, lanzábanse á la conquista de un mundo que necesariamente debia serles hostil, por cuanto iban á chocar de frente con sus mas acariciadas pasiones; ¿cómo explicar los prodigiosos triunfos conseguidos por la raza seráfica, y su influencia universal en los acontecimientos sociales, no solamente en la época en que aparecieron condenando el fausto y la soberbia hu-

mana con el mas sublime desprendimiento, si que tambien en los siglos posteriores? ¡ Ah! Todo ello, M. A. O., es el gran resultado del heroismo sin ejemplo de aquel hombre extraordinario, cuya obediencia á las inspiraciones del cielo atrajo sobre él las bendiciones del Dios de Abrabam. Porque comprendiendo la alta mision que le confió la Providencia respecto de un mundo ciego, descreido, desorientado y víctima de los instintos mas repugnantes, tuvo bastante valor para afrontar sus desdenes, menospreciar sus burlas, sobreponerse á sus contradicciones, desafiar sus iras, y oponerse á sus vicios, predicando la abnegacion y la caridad en el siglo de Ezzelino y de Federico, proclamando el amor fraternal en un tiempo de ódios, enemistades y guerras sangrientas, exhortando á la mortificacion de los sentidos á una generacion embriagada de riquezas y de placeres, por eso el Señor dió á Francisco una fecundidad tan portentosa, y le hizo padre de una estirpe ínclita que, á manera de las estrellas del firmamento, embellece el místico cielo de la Jerusalem militante con harta gloria suya y no menos honra del catolicismo.

No necesito pues indicaros ya el giro que voy á dar al presente discurso. Presentar al ilustre patriarca San Francisco de Asis « como el modelo mas acabado de la perfeccion evangélica, influyendo poderosamente en la reforma de su siglo, iniciando la mas beneficiosa revolucion social para el porvenir, y promoviendo en todas partes con la admirable fecundidad concedida á su órden los gérmenes de positiva civilizacion, » constituirá todo el fondo de mi oracion. Ayudadme á implorar los auxilios de la divina gracia, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Si en alguna ocasion hubiera podido temerse por la estabilidad de la Iglesia y ponerse en duda las promesas que la estaban vinculadas, nunca al parecer con mayor fundamento que en la época histórica á que se refieren los hechos de que vamos á ocuparnos. Cismas, heregias, discordias civiles, guerras intestinas, relajacion, inmo-

ralidad profunda, vicios llevados al refinamiento mas estremado, rudos choques entre el sacerdocio y el imperio, errores, trastornos, desórdenes altamente perjudiciales al bienestar social: tal era la fisonomía que presentaba la Europa, amenazada además por el fanatismo musulman, empeñado en estender sus conquistas en esta bella parte del mundo, para robarnos juntamente con la fé cristiana los gérmenes de civilizacion que brotáran á la sombra del Evangelio. Entonces fué cuando la mano omnipotente que opone á las tumultuosas olas del océano un poco de arena sutil y movediza, bastándole para contener la furia de tan temible elemento, llamó á sí un sér débil y despreciable segun las ideas del mundo, y le opuso como un dique impenetrable al torrente devastador de las pasiones humanas, queriendo servirse de él para operar una feliz revolucion en las ideas de su siglo, é influir beneficiosamente en el porvenir de las sociedades.

Francisco, el hijo de Pedro Bernardote, mercader acomodado de Asís, es el elegido para llevar á cabo tan altos designios. No en vano por efecto de una inspiración superior le ha dado á luz su madre sobre las pajas de un establo, porque está llamado á ser el mas fiel trasunto de aquel Hombre-Dios, cuya cuna fué un pesebre, no obstante ser el príncipe de las eternidades y el rey inmortal de los siglos. Dejad que siguiendo en un principio el movimiento y las aspiraciones de su época, se muestre Francisco de humor jovial, vehemente y emprendedor; dejadle que tributando culto á las musas consagre á la poesía su ardiente imaginacion, y se deje un tanto deslumbrar por los aplausos del génio, por las frivolidades de la vanidad, por las dotes de la naturaleza, por los bienes de la fortuna, y demas elementos que á su alrededor conspiran para corromper un corazon instintivamente propenso al bien. No logrará empero el error trastornar su inteligencia, ni el vicio apoderarse de su alma hasta el punto de hacerle olvidar lo que debe á Dios, lo que se debe á sí mismo, y lo que de él espera la religion. Los pronósticos anticipados respecto de su persona, cumpliráanse á despecho del mundo y del infierno. La Providencia vela por Francisco; la gracia no le abandona en los momentos de una ilusion transitoria. Cuando arras-

trado por el amor al placer, aplica sus lábios á la copa de Babilonia, un dardo invisible hiere su corazon; éste comprende perfectamente el mudo idioma del cielo; arroja aquel cáliz envenenado, torna sus ojos á Dios, que le llama como á otro Saulo á ser un vaso de eleccion para llevar su nombre y publicar su gloria en toda la tierra; y cual si despertase de un profundo sueño, dirigese á Foliño, despréndese heroicamente de todo cuanto lleva consigo en favor de los pobres; concita contra sí las iras de un padre incapaz de apreciar los sentimientos sublimes de su alma; provoca las persecuciones, los ódios, las burlas, los denuestos de un mundo que le juzga dementado, porque le ve desnudarse en público para vestir al andrajoso, abrazar y besar á los enfermos cubiertos de asquerosa lepra, servir en los asilos del dolor á las víctimas del egoismo, solicitar la pública compasion en obsequio de los desgraciados, ocuparse en la reedificacion de los templos, y ejecutar otras acciones que contrastan notablemente con sus pasadas costumbres. ¡Y qué! ¿Bastará esto para hacer á Francisco desistir de la mision comenzada? ¡Oh! No. Poco será que la sociedad en masa se alce contra él, designándole á la pública execracion con los dictados de iluso y fanático; poco que el mismo autor de sus dias, arrastrándole ante el obispo de Asis, solicite su inhabilitacion. Abrasada su alma en el fuego del amor divino, renuncia solemnemente los derechos mas sagrados de la naturaleza; se despoja hasta del pobre traje que cubre sus miembros; preciso es que el mismo prelado le arroje su manto. Entonces Francisco, rebotando en júbilo celestial, esclama: Ahora estoy satisfecho, soy todo de Jesucristo, á él pertenezco esclusivamente; de hoy mas podré decir con toda verdad: «Padre nuestro que estás en los cielos;» y diciendo, lánzase á través de un mundo sensual predicando la pobreza, la mortificacion y la cruz del Redentor, y exhalando en sus discursos la caridad que rebosa en su seno; inicia la gran mision que se ha propuesto, y la continúa por entre los mil elementos de repulsion que encuentra á su paso: porque ninguna gloria ambiciona, á ninguna riqueza aspira mas que á conquistar las almas para Jesucristo, y á fomentar donde quiera las magnificencias de la cruz.

Necesario era, empero, que antes de desenvolver el vasto plan que llevaba en su mente, le madurase en el retiro de la oracion, en el trato íntimo con Dios, y en la práctica de aquella perfeccion sublime que un dia debia legar á las generaciones venideras. Vedle en la flor de su juventud, á la edad de venticinco años, cuando mas esquisita es la sensibilidad, y mas poderosamente lisonjean las pasiones, y mayor resistencia encuentra en el alma todo lo que mortifica y aflige el amor propio, sacrificando ante las aras de la religion cuanto de mas caro hay en el hombre, su estimacion, su honra, su reputacion, sus comodidades, su porvenir; abandonándose á los crueles apóstrofes de los que poco antes eran sus apasionados y admiradores; mostrándose en su misma ciudad natal vestido de un grotesco saco; atrayendo sobre sí la atencion y las silbas de un populacho que corre tras él apedreándole, befándole, arrojándole lodo; devorando con sublime resignacion, mejor diré con heroica alegría, las mas amargas humillaciones, y triunfando de sí mismo con un valor que no cabe en lo humano. ¿Y es ese, diria cualquiera, el hombre destinado por Dios para influir en la reforma de su siglo, é iniciar una revolucion feliz en los hábitos viciosos y en las costumbres estragadas de unas sociedades fuertemente apasionadas por el placer y los goces del sensualismo? ¿Podrá un sér despreciable, á quien su mismo padre ha desheredado públicamente como á indigno de llevar su nombre, sobreponerse á las ideas de una época esencialmente carnal, terrestre, materialista, é inocularla unos sentimientos que tan de frente chocan con sus aspiraciones? Atrevido sin duda es el pensamiento, árdua la empresa, imposible su realizacion atendido el comun curso de las leyes naturales. No se obliga tan fácilmente á los pueblos á despedazar los ídolos que tras largos años vienen adorando, para hacerlos adorar lo que están avezados á mirar con frio desden. No se arrancan así como quiera del corazon humano preocupaciones hondamente arraigadas, hábitos connaturalizados con el tiempo, costumbres sancionadas con el uso, y compromisos creados por la educacion. ¿Pero acaso el que en otros tiempos supo estraer del tesoro inagotable de su infinita sabiduría medios eficacisimos para hacer curbar ante la cruz un mundo

idólatra, no será ahora bastante poderoso para realizar por el ministerio del humilde y despreciado Francisco las grandiosas ideas que se ha propuesto? Esperad; bien presto palpateis los resultados de la influencia regeneradora que está llamado á ejercer en Europa y en todo el mundo esa alma de fuego, que, despues de haberse ensayado en los profundos misterios del amor divino en los asilos del dolor, en los albergues de la miseria y do quiera ha podido contribuir al bien de la humanidad desgraciada, va á propagar por toda la tierra los incendios que la consumen. Pobreza, penitencia, lágrimas, desnudez, abstinencias, abatimientos, todo lo ha devorado con sobrehumano heroismo; pero no está satisfecho mientras no vea realizado un vasto plan que medita. Ya en Porciúncula, donde ha ido á depositar sus suspiros y plegarias á los piés de la Madre de Dios, ha escuchado la voz del cielo que le dice: «Si quieres ser perfecto vende lo que tienes, distribúyelo á los pobres, y ven en pos de mí.» Pero Francisco ha llenado ya ese gran consejo evangélico; nada tiene, nada posée, nada atesora mas que caridad y amor inestinguible, y poco le importa cuanto el mundo encierra, á él que, superior á todas las cosas perecederas, ni siquiera conserva la mas leve aficion á los bienes terrestres. ¿Pues qué es lo que desea? ¿A qué aspira? ¿A dónde lleva sus miras? No tardareis en saberlo. Popularizar el Evangelio, estender por do quiera la práctica de sus consejos, formar naciones de héroes, cuya divisa sea: «No lleveis oro, ni plata, ni saco, ni sandalias, ni alforja, ni túnicas, ni báculo en vuestros viajes.» Hé aquí lo que su alma embriagada en el amor divino ansia; y no bien en la iglesia de San Damian se le esplica este oráculo, cuando á manera del que busca con afan la solucion de un problema difícil, esclama entusiasmado: ¡Esta es mi regla!; y deshaciéndose de todo, á escepcion de una túnica que ajustó á su cintura con una sogá, asóciase diez y seis compañeros, con quienes se somete á la indigencia mas absoluta, zanja en una pequeña capilla cerca de Asís los primeros cimientos de su orden, y emprende con ardor una conquista que en breve debia ser coronada con los mas brillantes triunfos.

¡Qué asombro! ¿A dónde va ese hombre á quien el estudio no

ha enseñado á manejar las armas de la elocuencia, ni posée ninguno de esos recursos que fascinan la imaginacion del vulgo, antes por el contrario todo en él conspira á herir la vanidad en su fibra mas sensible, á despertar las antipatias del orgullo, á provocar las desconfianzas del poder y á conciliarse la animadversion de todas las pasiones? ¿Qué se propone Francisco al recorrer diversas ciudades de Italia predicando una doctrina que necesariamente debe encontrar tantos enemigos como personas, puesto que nada en ella hay que no sea repugnante y hostil á la naturaleza? ¿Qué? Preguntadlo á Asís, Ancona, Emilia y el valle de Espoleto, primeros teatros de su celo. Diganlo esas innumerables huestes de soldados de Cristo, que, bajo la inspiracion de Francisco y acaudilladas por él, se levantan por do quiera protestando contra las máximas de un siglo corruptor, adoptando la desnudez, la pobreza, el abatimiento, cifrando su gloria en las humillaciones de la Cruz, buscando su bienestar en el prolongado martirio de la penitencia, y anhelando por único porvenir la salvacion de las almas redimidas con la sangre del Redentor. Cuéntenlo Arezo, Roma, Florencia, el Piamonte, y España, y Alemania, y Francia, y Portugal, é Inglaterra, y la tierra entera en cuyos cuatro ángulos resuena la voz ardiente del nuevo apóstol, produciendo en todas partes los sazonados frutos de aquella palma que en misteriosa vision anunciára al pontífice Inocencio III la fecundidad prodigiosa del moderno instituto. ¿Qué importa se alce contra él en un principio cuánto en el mundo hay de mas poderoso é influyente, y suscite obstáculos, y promueva dificultades, y crée sospechas en el ánimo del sucesor de Pedro, para impedir la realizacion de un plan, mirado por la humana prudencia como el exceso de la estravagancia, del fanatismo y de la temeridad? ¡Ah! No lo logrará, vive Dios, por mas que despliegue todos los recursos. Bien podrá hacer que la autoridad se muestre recelosa, tímida, vacilante en asunto de tamaña impórtancia; el cielo empero autorizará con visibles prodigios la obra de Francisco; el vicario de Cristo en la tierra la dará su alta sancion; el siglo de Ezzelino verá iniciarse un nuevo apostolado, destinado á obrar en él la mas portentosa transformacion; y el órden de los menores surgirá bello y radiante en medio de la corrupcion universal, para sembrar

dónde quiera los preciosos gérmenes de una civilización de amor y de caridad fundada en el Evangelio.

Seguid si podeis los pasos de ese nuevo conquistador, contempladle trepando los fragosos Alpes, salvando los escarpados Pirineos, corriendo á través del helado Apenino, sucando el Occéano y el Mediterráneo, sin temor á las estaciones, sin que los peligros le acobarden; sin que los herejes le intimiden: porque solo ve á Dios en todo lugar, á él busca, tras su gloria corre, y ni el dolor, ni las penalidades, ni la muerte misma bastan á mitigar los incendios de su abrasado pecho. ¿Y cómo pudiera acobardar cosa alguna á quien cuatro veces marchó á buscar solícito el martirio, ganoso de ofrecer á Jesucristo su sangre en defensa de la verdad? Mas no era el martirio que se consuma bajo la cuchilla de un tirano, lo que de nuestro héroe esperaba el Señor. Reservábale otro martirio mas prolongado y cruel; habíale designado como víctima de una crucifixion constante, en que su espíritu, su carne, sus sentidos, sus potencias, su corazón, todo su ser debia tomar una parte activa: porque queria fuese en la tierra el mas fiel trasunto, la imágen mas acabada del que por el mundo murió en un Calvario. En esta gran lucha debia Francisco probar su virtud, mostrar su heroismo y coronarse con los mas brillantes triunfos. Pobre, presidiendo á la fundacion de innumerables monumentos de beneficencia pública; abstraído, siendo no obstante el alma de las mas importantes empresas de su siglo; humilde, y ejerciendo en las cortes de los príncipes el mas beneficioso ascendiente; muerto al mundo, y peleando á la vez contra los gigantes del error, persiguiendo la heregía, haciendo cruda guerra al vicio y decapitando la hidra de cien cabezas que con su venenoso aliento inficionaba la sociedad: tal se presenta Francisco en una época en que todo le era hostil; y á pesar de esto, la historia ha recogido hechos bastantes á inmortalizar su memoria. El era quien hablaba á los Orlandos, Otones y Federicos, el lenguaje duro de la verdad, enseñándoles sus deberes para con los pueblos oprimidos. El era quien ante el sultán Melek-Kamel esponía sin temor el Evangelio, desafiaba á los doctores de la ley, y se arriesgaba á saltar una hoguera para probar la doctrina que anunciaba. El, en fin, quien

en un tiempo en que á los hombres no se abrian mas que dos caminos, ó arrojarle en la tempestad del mundo haciéndose lugar en él por la fuerza y la perfidia, ó renegar de sus opiniones y vanidades, no tenia inconveniente en dirigirse á los Salinguerras, Bozones de Dávora y demas tiranos azotes de la humanidad, para sostener los derechos de la inocencia á riesgo de ser la primera victima de su crueldad. ¿Y no fué él quien en diversas ocasiones desplegando una sabiduría celestial, defendió con calor las verdades de la fé ante los jefes del error, sostuvo con entereza en presencia de los caudillos del cisma los fueros de la unidad católica, é hizo la apología mas brillante de su profesion evangélica delante de los reyes, príncipes, purpurados, y del mismo Sumo Pontífice?

Cuando yo contemplo á Francisco ocupado de continuo en fomentar su órden, la cual cuatro años despues de su fundacion contaba ya en sola Italia cinco mil religiosos, atendiendo á promover su regla inspirada por el cielo en las cumbres del monte Alberno, haciéndose en todo el modelo y la norma de sus virtuosos hijos, á quienes lactaba con la suave leche de una doctrina que envolvia la mas sublime perfeccion, y en medio de todo esto, velando cual fiel centinela de Israel por las glorias del catolicismo, acudiendo donde le llamaban los intereses de la verdad, y dispuesto siempre á luchar con los enemigos irreconciliables de la Santa Sede, nada me estraña que su mas elocuente panegirista San Buenaventura, le comparase al astro de la mañana precursor del dia de la gran regeneracion, le llamase ángel de paz enviado al mundo á anunciar la dicha de la humanidad, y le tributase elogios que pudieran parecer exagerados á quien no conozca el gran fondo de virtud de ese serafin llagado, á quien no haya estudiado las magnificencias del órden que instituyó para bien del mundo, á quien no haya observado los servicios importantísimos que por sí y por medio de sus hijos ha prestado á la Iglesia, y la influencia beneficosa que bajo todos aspectos ha ejercido en la civilizacion cristiana.

Nadie en este concepto puede disputar á Francisco sus glorias. Padre de una posteridad numerosisima, que se ha multiplicado mejor que la descendencia de Abraham como las estrellas del firma-

mento, ha visto á sus ilustres hijos figurar siempre á la cabeza del movimiento religioso, impulsar toda idea útil y beneficiosa, iniciar toda empresa de universal interés, y marchar delante en las vías del positivo progreso social. Do quiera que se levantó un error, tuvo por principales enemigos los hijos de Francisco; allí donde surgió un cisma, vió presentarse al combate en la vanguardia las huestes de Francisco; en cuantas ocasiones la impiedad insultó osada al trono y altar, los hijos de Francisco fueron los primeros en salir á la defensa de la buena causa. Siempre sus lenguas, sus plumas, sus corazones, su sangre, estuvieron al servicio de la esposa del Cordero, peleando como valientes campeones, luchando á brazo partido contra el mónstruo de la heregía, ahuyentando las raposas que devastaban la viña del Dios de Sabaoth, oponiéndose al torrente de la ignorancia, promoviendo el verdadero saber, fomentando las buenas costumbres, ensanchando los límites de la verdad católica, y realizando aquella vision misteriosa en que el Orden seráfico se mostró á Inocencio III, simbolizado en Francisco que sostenia sobre sus robustos hombros la iglesia de San Juan de Letran. cuyos cimientos amenazaban ruina. ¿Y quién mejor que ese insigne instituto ha venido cumpliendo esta mision sublime? ¿Con cuánto placer de mi alma me detendria yo, si me fuese dable, en hacer el elogio de esa espiritual milicia que sin mas armas que la pobreza voluntaria, sin otro apoyo que la humildad, sin influencia alguna mas que la de su heroico celo, ha sabido crecer, multiplicarse, estender su imperio á todo el globo, sostenerse á través de tantas revoluciones, subsistir á despecho de tan formidables elementos de destruccion, tanto mas potente cuanto mas perseguida, mas robusta y firme cuanto mas odiada, mas lozana y llena de vida cuanto con mayor encarnizamiento se propuso la impiedad esterminarla! Pero para celebrar sus glorias y enumerar sus conquistas, habria de convertirme de panegirista en historiador, y esto no me es lícito. ¿Y á qué necesaria yo tampoco hacerlo así, cuando tan visibles son los frutos de la fecundidad prodigiosa concedida á ese nuevo padre de los creyentes? Ahí están sus pontífices, sus cardenales, sus prelados, sus doctores, sus sábios de primer orden; ahí sus confesores, sus apóstoles, sus mártires, sus hé-

roes que no tienen guarismo. Diga la historia en qué género de gloria no se han distinguido los hijos del inmortal Francisco. Hablad por mí Ales, Escotos, Buenaventuras, bellos ornamentos de la ciencia; hablad Bernardinos, Antonios, Jácomes de la Marca, Solanos y Prados, honra y lustre de la cátedra sagrada; hablad, Capistranos y Cisneros, prez y orgullo de la mas alta política; hablad, Sixtos, Nicolaos, Alejandros, honor eterno de la silla pontificia; hablad, por último, Diegos, Alcántaras, Luises, Ladislaos, Agrigentos y cuantos bajo el tosco sayal franciscano habeis hecho brillar la literatura, engrandecido las artes, dado impulso á las buenas costumbres, promovido las pacíficas conquistas del Evangelio, llevado con él la civilizacion á climas desconocidos, luchando aquí con la barbarie entronizada, peleando allí con la ignorancia mas estúpida, haciendo frente mas allá al error triunfante, predicando donde quiera á Jesus crucificado, dando á los reyes sabias lecciones de gobierno; aconsejando á los grandes de la tierra la dulzura y la caridad, legando á todas las clases y condiciones documentos altísimos de conducta cristiana y social, y creando en todas partes gérmenes fecundísimos de ventura y prosperidad. Todo ello es obra de Francisco á quien el cielo ha cumplido sus promesas. El que en sus días, cuando la Europa por diez veces probára su impotencia para reconquistar los lugares santos contra el Asia fanática, fué el único que logró conmovier el corazon de los Saladinos y hacerse respetar del turbante amenazador, dejando en legado á los suyos el sepulcro de Cristo que no tardaron en poseer y que hasta el dia conservan; él, que contra todos los cálculos de la humana política y de la orgullosa arrogancia de los sábios, aseguró á su descendencia lo que á despecho de las armadas y de los ejércitos enviados por la Europa cristiana no pudieron conquistar los cruzados, cuyas derrotas vaticinára anticipadamente; él en fin, pobre, humilde, solo y sin recursos en la tierra, al subir al cielo á la edad de cuarenta y cinco años á recibir la recompensa de sus altísimos merecimientos, dejaba ya en pos de sí una gloriosa generacion de héroes que un dia llegó á contar siete mil monasterios de distintas reglas, una república que, segun el dicho de un célebre historiador, ha tenido por patria el mundo entero y por ciudadanos á

todos los que adoptaban las rígidas virtudes del Evangelio; verificándose en él lo que en otro tiempo dijera el Señor á Abraham: «Porque has obedecido á mi voz, yo te bendeciré, y multiplicaré tu raza como las estrellas del cielo y como la arena que está en la orilla del mar: ella poseerá las ciudades de tus enemigos, y en ella serán benditas todas las naciones:» *Benedicam tibi, et multiplicabo semen tuum, etc.*

¡Gloria á ti, insigne patriarca y fundador del orden seráfico! Bendita para siempre esa noble estirpe que á través de las edades viene perpetuándose en el mundo para bien de la religion y lustre de la Iglesia católica. Por grande que sea la ingratiud de una generacion bastarda, que desentendiéndose de tus beneficios envolvió tu grande obra en el proyecto de devastacion que en mal hora concibiera, ella sobrevivirá á todas las pasiones humanas; porque el lenguaje de los hechos heróicos se hace oír donde quiera á despecho de la animosidad y de la calumnia. Arrancados tus hijos del seno de la que les dió el sér, y dispersos por las calles y plazas como las piedras del Santuario, conservarán siempre tu espíritu y llevarán á todas partes el grato olor de tus virtudes. Protégelos desde esa mansion de imperturbable bienandanza, vela por ellos, defiéndelos constantemente, consíguelos auxilios eficaces para atravesar incólumes este fragoso desierto, á fin de que un día logren unirse á ti y disfrutar de tu gloriosa inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN RAFAEL ARCANGEL.

*Ego sum Raphael angelus, unus ex septem qui ads stamus ante Dominum...
Cum essem vobiscum per voluntatem Dei eram: ipsum benedicite, et cantate illi.*

Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor... Mientras he estado con vosotros, he estado por disposición divina: bendecidle, pues, y cantad sus alabanzas.

TOBLE. XII. 45, 46.

CUANDO entregada nuestra sociedad á una especie de vértigo que trastorna todas las nociones del bien, no se ven en ella mas que gé-nios aviesos que ya con su lengua, ya con sus plumas, en la tribuna y en la prensa y por todos los medios imaginables aspiran á inocular en el corazon de una juventud incauta el ponzoñoso virus de unas doctrinas corrompidas y corruptoras; cuando por todas partes fermenta ese espíritu revolucionario que, tomando por instrumentos de su funesta propaganda á unos pedagogos venales y asalariados, conspira á arrastrar en su ruina la inteligencia y el corazon de la mas bella porcion de la humanidad, en la cual fundaba la patria sus mas dulces esperanzas; ; cuán grato no debe sernos reproducir la memoria de ese celestial espíritu, de ese ministro de la divina Providencia, de ese génio protector de la juventud, destinado por el Señor para legar á las generaciones venideras los mas ilustres ejemplos de una beneficencia sublime, de un celo puro, ardiente, sollicito y desinteresado en favor de la edad mas interesante de la vida!

Tal se presenta á nuestra vista en la historia del antiguo mundo el Arcángel San Rafael, cuyos cultos solemniza hoy la Iglesia cató-

lica. Las únicas páginas que acerca de su existencia nos ha transmitido la sagrada Biblia, están exclusivamente consagradas á recordar los brillantes rasgos de generosa proteccion que bajo las apariencias de un ser mortal fué enviado á desplegar en obsequio de una familia virtuosa, fiel á sus tradiciones en el cautiverio, constante en sus creencias en la tribulacion, heróica en la desgracia, é inmaculada en el seno del error y del vicio. Parece que Dios quiso manifestar desde luego á los siglos futuros cuánta era su proteccion, cuán grande su solicitud y tierno su afecto hácia esa edad tan simpática, confiando á sus mismos ángeles el cuidado de dirigirla hácia sus altos destinos por las sendas de la virtud, de la piedad y del deber, anatematizando así anticipadamente á esos hombres de perdicion, cuya mision consiste en ser en la tierra los agentes de Satanás para estraviar la juventud, conduciéndola por los peligrosos senderos de las pasiones al abismo de la incredulidad y del crimen. ¿Quién no ha sentido conmoverse su alma y afectarse hondamente su corazon al leer en el libro de Tobias los servicios prestados por ese celeste Arcángel á aquel célebre jóven de la tribu de Nephtali, á quien acompañó en su largo viaje, iniciándole en los mas sublimes principios de la piedad filial, proporcionándole una esposa digna de su virtud, aleccionándole en los mas altos deberes de la vida doméstica, libertándole de los peligros que amenazáran su existencia, restituyéndole al seno de sus padres rico de inocencia y candor, y llevando á aquel hogar la paz, la dicha y la bienandanza apetecidas? Y como si no fuese bastante haber asegurado el porvenir del jóven cautivo y labrado la ventura de toda su familia, todavía al separarse de ella concluida su celestial mision, la deja en legado sapientísimos documentos, y preciosas lecciones de gratitud hácia Dios de quien ha recibido el beneficio, diciendo: «Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos ante el trono del Señor. Mientras con vosotros he permanecido no he hecho mas que cumplir sus adorables disposiciones. Ahora pues bendicidle y celebrad sus misericordias.» *Ego sum Raphael Angelus, unus ex septem qui adstamus ante Dominum... Cum essem vobiscum per voluntatem Dei eram: ipsum benedicite, et cantate illi.*

Hed ahí, M. A. O., el tipo perfecto de la beneficencia mas laudable en sí misma y mas benéfica en sus resultados. Hed ahí el simbolo de esa caridad divina que tiende á mejorar la humanidad, preparándola seres virtuosos y dignos de ser en su día la gloria y el honor de las sociedades cristianas. Hed ahí el génio del verdadero celo, que en la educacion de la juventud despliega todos los caracteres propios á formar su inteligencia y su corazon, en los graves deberes que está llamada á cumplir para con Dios, para consigo misma y para con sus semejantes.

Siquiera os parezca demasiado comun y tribal esta idea, no por eso me separaré de ella en el presente discurso. Estoy altamente convencido de su utilidad; creo no poder adoptar otra mas conveniente atendidas las imperiosas necesidades de nuestra situacion actual. Por lo tanto, el elogio que me propongo hacer del celestial Arcángel San Rafel, estará reducido á presentárosle «como el modelo de cuantos están llamados á llenar la mision de dirigir la educacion de la juventud, para ser dignos agentes de la divina Providencia, en sus relaciones con esa edad interesantísima, depositaria de los futuros destinos de nuestra sociedad.» Invoquemos ante todo las luces celestiales por la intercesion de la Emperatriz soberana de los ángeles, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Que la mision de los ángeles fué siempre servir á los hombres de protectores y amigos, ejerciendo con ellos los oficios de la mas sublime beneficencia, solo podrá dudarlo quien no haya jamás saludado los divinos libros, ni estudiado esos preciosos monumentos de la tradicion que nos han legado los siglos de oro del cristianismo. Ya en sus tiempos consignara el Rey profeta esta verdad consoladora, diciendo que esos espíritus celestes eran los enviados del Monarca supremo á conducir á los mortales por las sendas del bien, lleván-

dolos como de la mano para evitar que sus piés tropezasen contra los escollos del vicio que tanto abundan en el inmenso océano de este mundo (1). San Agustín no duda asegurar que en todo tiempo se muestran solícitos por nuestra felicidad, y prontos á ser la providencia visible de cuantos ven peligrar su virtud; y San Bernardo con su característica elocuencia ha demostrado que ellos son los consejeros del hombre en sus dudas, sus guías en los lances arriesgados, sus defensores en los momentos del combate, sus consoladores en los días del infortunio, sus mentores en las situaciones difíciles.

Pero si en general todos los ángeles están llamados á cumplir con relacion á los humanos ese elevado ministerio, solo es privativa de nuestro insigne Arcángel Rafael, la alta, la espinosa y noble mision de proteger, defender, conducir, enseñar y dirigir la juventud, velando por sus destinos y siendo el génio tutelar de su porvenir. Su misma denominacion es la garantía mas segura de la confianza que debe inspirar á esa bella porcion de la humanidad; puesto que entre todos los demás arcángeles que en la Iglesia católica reciben un culto especial, ninguno hay que como Rafael, lleve impreso en la interpretacion etimológica de su nombre el carácter distintivo de la amistad, del amor, de la caridad mas dulce y expansiva. MIGUEL significa: «¿QUIÉN COMO DIOS?» GABRIEL se interpreta «FORTALEZA DE DIOS.» Pero RAFAEL equivale á MEDICINA DE DIOS, ó como si digéramos el génio de la beneficencia divina, la personificacion de sus bondades, el símbolo de su proteccion respecto del hombre, á quien aquejan las dolencias y miserias de esta vida, especialmente las morales que son las que mas sensiblemente afectan á su bienestar y comprometen su eterno porvenir. Así que, en consecuencia de estas diversas denominaciones, vemos á esos tres espíritus celestiales ejerciendo oficios muy distintos como ministros del Omnipotente. A Miguel le hallaremos luchando con el ángel apóstata que intentó escalar el trono del Altísimo, encadenando al dragon infernal, pisoteando su cabeza, arrojándole al abismo y proclamando la soberania de Dios sobre las ruinas de aquel soberbio Luzbel que aspiró á colocar su sòlio junto

(1) Ps. XC. 44.

á las estrellas. A Gabriel le admiraremos, ya protegiendo al profeta Daniel contra la impía venganza de un monarca idólatra, ya revelándole los misterios ocultos de la redencion y los destinos de los imperios enemigos del Mesías prometido, ya en fin siendo el mensajero de la grande obra de los siglos cerca de la augusta Virgen Nazarena elegida para realizarla. Rafael, empero, preséntasenos en la historia sagrada bajo un punto de vista mucho mas simpático é interesante, como el génio del celo y de la caridad mas sublimes en beneficio de la juventud, desplegando con ella los caracteres de un mentor que se consagra á inspirarla las grandiosas ideas de la religion, ilustrando su inteligencia, formando su corazon, instruyéndola en los graves deberes que está llamada á cumplir, dirigiéndola por los caminos de la virtud, haciéndola observar los riesgos que puede correr su inocencia, precaviéndola contra las asechanzas de la seduccion, avezándola á vencer las pasiones lisonjeras, y llenando en su obsequio todos los oficios de un padre solícito, de un amigo desinteresado, de un conductor fiel, de un preceptor amable, de un tutor íntegro; cualidades que deben resplandecer en todos cuantos por su mision están destinados á completar la educacion doméstica respecto de aquellos cuya direccion les está confiada. Reproduzcamos algunos de los principales rasgos de nuestro insigne Arcángel para con su jóven recomendado, y en ellos veremos retratadas las altas prendas de que deben estar dotados los mentores de la juventud cristiana.

Ya el virtuoso Tobías recibiera en el hogar paterno las primeras impresiones de una educacion altamente religiosa y conforme con los severos principios del temor santo de Dios: ya con los sublimes ejemplos de los ancianos autores de sus dias, formárase en un todo un jóven digno del alto renombre de piedad que distinguia á aquella familia proscrita. Iba empero á separarse del lado de sus padres obligado por ciertos asuntos de interés; iba á entrar, digámoslo así, en el gran mundo, pues debia emprender un largo viaje, solo, entregado á sí propio, y falto de la direccion y consejos de los que hasta entonces veláran por su virtud; iba, en fin, por primera vez á experimentar los riesgos y contratiempos que ofrece la sociedad,

mucho mas temibles para quien nunca conociera mas que las caricias y los desvelos de unos séres que en él como en hijo único concentráran todo su amor y solicitud. En busca de un conductor fiel que le acompañase á través de países para él desconocidos, saliera Tobías por orden de su padre, cuando hé aquí que un gallardo mancebo le sale al encuentro en traje de camino. Salúdale cortésmente el jóven, ignorando quién fuese, y le dice: «¿De dónde eres, buen mancebo?—De los hijos de Israel, contesta aquel.—¿Sabes la via que conduce al pais de los medos?—Lo sé, y muchas veces he andado todos aquellos caminos y me he hospedado en casa de nuestro hermano Gabelo, que mora en Rages, ciudad situada en las montañas de Ecbatana. Al oír esto, corre Tobías á anunciar á su padre tan feliz nueva; ruega éste al mancebo que entre en su casa; y despues de una tierna salutacion, «dime, le pregunta: ¿podrás llevar á mi hijo á casa de Gabelo, en Rages, ciudad de los medos, y yo te pagaré á la vuelta tu salario?—Yo llevaré tu hijo donde me dices, repone el mancebo, y te le volveré á traer acá (1).»

¿Quién no observa en este primer rasgo del Arcángel Rafael, pues él era quien bajo la forma del caminante habíase aparecido á Tobías, ya ese carácter de sublime beneficencia que se anticipa á prevenir las necesidades del hombre cuando puede prestarle algun servicio útil, ya una demostracion visible del noble desinterés con que se ofrece á ser el conductor de la juventud sin atender á la recompensa que ha de producirle su mision, y atento únicamente á llenar los deseos de una familia virtuosa, que le confia la direccion de un hijo en quien deposita todas sus esperanzas? ¿Es este por ventura el espíritu que predomina en nuestro siglo venal, materializado, egoista, esclavo vil del interés, que hace del ministerio mas elevado un negocio de especulacion mercantil, monopolizando la educacion, y traficando con las ciencias como pudiera hacerlo con cualquiera otro objeto de comercio? ¿Se atiende con preferencia á todo otro motivo puramente lucrativo, á difundir en la juventud las luces puras de una ilustracion

(1) Tobíæ. V. 4 et seq.

religioso-social, para recoger de ella en su día los frutos sazonados que la patria tiene un derecho á esperar, ó se trata mas bien de esplotar la credulidad de unos padres harto descuidados de los verdaderos intereses de sus hijos, y de hacer servir la frivolidad de estos al logro de ciertas miras ambiciosas, frecuentemente mal disimuladas bajo las apariencias de un celo afectado? ¡Oh! ¡Cuánto distan en lo general los modernos mentores de la infancia y de la juventud, de ese noble desprendimiento que tanto realce dá á la mision sublime del magisterio! ¡Cuán pocos son los que, tratándose de aceptar la direccion de un jóven, no empiezan pactando ante todo los honorarios, abultando los sacrificios que lleva consigo un ministerio espinoso y comprometido, haciendo la apología de sus propios méritos, engrandeciendo el beneficio que van á prestar con sus desvelos, y la imposibilidad de recompensar dignamente su abnegacion! Vicio harto comun, defecto demasiadamente generalizado en nuestra sociedad, tipo característico de una generacion cuyo dios es el oro, cuya aspiracion ingénita es el interés, y cuyas miras solo tienden á sacar todo el partido posible de esa misma ciencia, que con tanto énfasis proclama querer popularizar hasta en las clases mas ínfimas de la escala social.

Bien diferente el celo cristiano, jamás hace atencion á la material recompensa de unos servicios que presta gratuitamente con la única mira de ser útil á sus semejantes, haciéndoles participar de los dones del cielo. Observad la conducta generosa del Arcángel Rafael con los padres del jóven Tobías. Preguntado por este acerca de la familia y tribu á que pertenecia, ni aun quiere revelar el origen de donde nace el servicio que iba á dispensarle; y satisfecho únicamente con hacer el bien sin aspirar á la gloria del mundo, contesta como resentido de aquella pregunta: ¿Buscas por ventura el linage ó la persona del que ha de conducir á tu hijo? «Sin embargo, añade, para ahuyentar de ti el menor recelo, solo te diré que mi nombre es Azarias, hijo de Ananias el grande... Te he dicho y repito, que yo llevaré sano á tu hijo, y sano te le restituiré (1).» ¡Rasgo admi-

(1) Tobíæ. V. 46 et seq.

nable de prudencia, digno de ser imitado por todos cuantos en la tierra están destinados á dirigir á la juventud por los escabrosos caminos de la virtud y de la ciencia! Poco importa un nombre ilustre, una alta reputacion científica, una celebridad universal, cuando se carece de las condiciones esenciales para llenar dignamente esa mision propia de los ángeles. Lo que conviene, lo que interesa mucho, lo que debe buscarse con preferencia, es, no ya el mayor ó menor prestigio que á un preceptor pueden darle sus dotes físicas ó sus cualidades naturales, sino las seguridades que la aptitud, el celo, la religiosidad y demas prendas morales deben inspirar á quien deposita en él su confianza en un negocio de tan alto interés y de tan inmensas consecuencias. Grande debió ser la que Rafael mereció al anciano padre Tobías, cuando viendo éste á su esposa lamentarse de la ausencia de su caro hijo, y pesarosa de haberle enviado á un viaje tan largo, temiendo que en él pudiera peligrar su vida ó su virtud, dicela con acento conmovido: «No llores: nuestro hijo llegará salvo, y salvo tornará á nosotros; porque creo que el buen ángel le acompaña, y cuidará de todo cuanto le pertenece (1).» ¡Bellísimo sentimiento de la paternidad que parecia sentir la futura dicha de su hijo bajo la direccion de un personaje tan desinteresado, generoso y simpático! Ciertamente que ignoraba que aquel fuese el Arcángel Rafael, el génio de la beneficencia celestial, el símbolo de la solicitud amorosa de la Providencia divina, el socorro de Dios por excelencia; empero una inspiracion interior, un impulso desconocido haciale creer que habia algo de sobrehumano en aquel acontecimiento tan inesperado. ¡Y cuán dignamente supo corresponder el celestial mensajero á la confianza del virtuoso anciano! Seguidle á través de su largo viaje, y le hallareis donde quiera desplegando en favor de su recomendado el celo mas cariñoso, la mas incansable solicitud, el mas cuidadoso esmero, los oficios todos de un guia ilustrado, de un protector amante, de un amigo entrañable que por todas vias busca su felicidad. Aquí alienta su timidez para entrar en singular combate con el pez monstruoso de las orillas del Tigris, que amenazaba su vida,

(1) Tobíæ. V. 26, 27.

asegurándole una victoria que ha de acarrear los mas beneficiosos resultados (1). Allí con la hiel del mónstruo marino que el esforzado jóven hiciera caer palpitante á sus piés, dispone un remedio eficazísimo para restituir la vista á su querido padre (2). Ya se ocupa en proporcionarle un enlace digno de su nobleza y virtud con Sara, hija de Ragüel, acontecimiento que iba á colmar de dicha aquella familia cautiva (3). Ya se dedica á instruirle en el modo de conducirse con su futura esposa, para merecer las bendiciones del cielo y evitar las iras del Señor (4). Ora marcha él mismo á cobrar de Gabelo la deuda que motivára aquel viaje (5). Ora, por último, habiendo llenado su comision, restituye al hogar paterno aquel jóven cuya larga ausencia llenára de duelo á su tierna madre, colmando de bendiciones y haciendo rebosar de alegría á aquella modesta vivienda do poco antes solo resonaban los acentos del mas agudo dolor (6).

Muchos é importantísimos servicios habia hecho el Arcángel Rafael al jóven Tobías; grandes eran los motivos de gratitud con que habia obligado á sus virtuosos padres; empero, todavía restábase desarrollar el último rasgo de su celo puro, desinteresado y noble, como digno ministro de las misericordias de un Dios que, en los favores hechos á sus criaturas, solo busca la felicidad de estas y no su propio provecho. Cercanos estaban al término de su peregrinacion; ya divisaban á lo lejos el modesto hogar donde residian las prendas mas amadas del jóven Tobías, impacientes por ver llegar cuanto antes al que era la luz de sus ojos y el báculo de su ancianidad. En aquellos supremos instantes, las palabras del Angel son otros tantos documentos de la mas sublime piedad filial. «Al punto que entrases en tu casa, deciale conforme iban marchando, sea tu primer cuidado adorar al Señor Dios tuyo, y darle gracias

(1) Tobiaë VI. 4 et seq.

(2) Ib. 5.

(3) Ib. VII. per tot.

(4) Ib. VIII. per tot.

(5) Ib. IX. per tot.

(6) Ib. XI. per tot.

por los beneficios que te ha dispensado; dirígete en seguida á tu padre, dále el ósculo de paz, unge sus ojos con la hiel del pez que traes contigo, y verás cómo se abren para contemplar la luz del cielo (1).» No es esto solo: á las palabras y sábios consejos añade tambien las obras. Habíase verificado cuanto Rafael anunciára á Tobías. Su anciano padre, no solamente tuviera la dicha de estrechar contra su seno aquel hijo tan llorado, sino que sus ojos le veían con placer indefinible, completando el sublime cuadro de su felicidad el enlace ventajoso, con el cual esperaba ver perpetuada su raza en aquel digno heredero de su piedad y de sus virtudes. ¿Qué otra cosa restaba, sino tratar de la recompensa que debía darse al fiel conductor, al celoso guía, al mentor dignísimo por quien bienes tantos habían venido á aquella familia proscrita? El mismo jóven Tobías es quien se anticipa á referir á su buen padre los insignes favores recibidos de aquel génio benéfico. «Él, le dice, me ha llevado y traído sano y salvo; él mismo en persona fué á cobrar el dinero de Gabelo; él me ha proporcionado esposa y ahuyentado de ella el mal espíritu; él me libró de un pez horrendo que iba á tragarme; él os ha restituido á vos la vista, haciéndoos gozar de la luz del cielo; todos por él nos vemos hoy colmados de bienes; ¿qué, pues, podremos ofrecerle, que baste á recompensarle dignamente (2)?» ;Oh qué sentimientos tan bellos! ;Cuán bien sienta la gratitud en un jóven, justo apreciador de los sacrificios hechos por su ventura! ;Cuán propio es de las almas bien nacidas manifestar su mas cordial reconocimiento hácia los que han sido los tutores de su infancia, los protectores de sus primeros dias, los ángeles tutelares de su inocencia! Todo le parece poco á Tobías para mostrar á su conductor cuán hondamente impresionada se halla su alma con la memoria de tantos favores; quiere compartir con él todo cuanto posee; su padre, animado de idénticos afectos, le ruega, le insta, le suplica encarecidamente se sirva admitir la mitad de sus bienes. Pero aquel génio celestial tan extraño á su propia gloria como dis-

(1) Tobíæ. XI. 7, 8.

(2) Ib. XII. 4 et seq.

tante de todo sentimiento de mundano interés, no solo rehusa aceptar las cordiales ofertas de aquellos virtuosos personajes, sino que atribuyendo á Dios únicamente el honor de cuanto hiciera en obsequio de ellos, llámales aparte y les habla en estos términos: «Benedicid al Dios del cielo, y glorificadle en presencia de todos los vivientes, porque ha hecho brillar en vosotros su misericordia. Ahora bien, si bueno es ocultar los grandes secretos del rey celestial, justo es tambien publicar sus obras. Voy por lo tanto á manifestaros la verdad, y no quiero encubriros por mas tiempo el misterio de mi venida... Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete espiritus principales que asistimos delante del Señor. Mientras con vosotros he permanecido, ha sido por voluntad y disposicion suya: bendicidle, pues, y cantad sus alabanzas. Parecia en verdad que comia y bebia con vosotros: mas yo me sustento de un manjar invisible, y de una bebida que no puede ser vista por el hombre. Tiempo es ya de volver al que me envió: en tanto vosotros no ceséis de bendecir á Dios, y de anunciar sus maravillas (1).»

Ahí teneis, M. A. O., epilogadas en la historia del jóven de la tribu de Nephtalí, y en los oficios que con él ejerciera el celestial Arcángel San Rafael, todas las magnificencias de la religion católica en sus relaciones con la juventud. Ella que solo aspira á formar hombres probos, ciudadanos virtuosos, personajes dignos de figurar con gloria en los anales de los pueblos; ella que ante todo atiende á calcar la dicha y el bienestar de las sociedades sobre los robustos cimientos de la moral evangélica, mediante una educacion profundamente religiosa de la juventud llamada á realizar las esperanzas de la patria, despliega en este punto un celo tan noble, un desinterés tan sublime, una generosidad tan heróica, que ni aun siquiera la menor parte de esta gloria ambiciona para los que son instrumentos de sus elevadas miras y de sus altos servicios. Todo lo atribuye á Dios de quien dimana; todo lo refunde en Dios que es el autor de cuanto en el mundo hay de bueno y perfecto; todo lo consagra á Dios, principio único y último fin de todas las cosas. ¡Ah! Estos sentimientos

(1) $\frac{1}{2}$ Tobiaë. XII. 6 et seq.

solo pueden encontrarse en los principios de una religion cuya primera página es el amor, y su postrera letra la caridad, que hace de todos los hombres otros tantos hermanos á quienes estrecha con los indisolubles vínculos de la fraternidad proclamada por el Hombre-Dios sobre un calvario. Los que en nuestros dias se arrojan el pomposo título de amigos y protectores de la humanidad, han querido parodiar esa bella página del código cristiano, y no han hecho mas que desfigurarla y destrozarla. Ellos que no reconocen otro móvil en todas sus acciones sino un egoismo glacial, fuera de cuyo círculo son impotentes para obrar el bien, porque sin un fin determinado de personal utilidad jamás se mueven á hacer el mas leve sacrificio; ¿cómo habian de aceptar la espinosa y difícil mision de dirigir la juventud por los caminos de la ciencia y del deber, si en su desempeño no viesen asegurada una recompensa proporcionada á sus servicios? ¿Dónde están esos hombres que voluntariamente se inmolan ante ese altar, sepultándose en las aulas en medio de una infancia numerosa para formarla en las letras y en la virtud, sin otra idea que la de satisfacer un sentimiento de beneficencia cristiana? ¿Dónde se hallarán esos Rafaeles generosos y desprendidos de toda mira de propio interés, que se encarguen de ser los conductores de los jóvenes Tobías á través de los peligrosos senderos del mundo, para labrar su felicidad, crearles un porvenir, y devolverlos á los que les confiaron su educacion, inocentes, puros, virtuosos y enriquecidos con los conocimientos necesarios para ser en su dia útiles al pais que les vió nacer? ¿Dónde? ¡Ah! No los busqueis, no, entre los que con tanto énfasis predicán la fraternidad en la tribuna, en medio de los motines y de las asonadas; no los busqueis entre los que de continuo aturden nuestros oidos con estudiadas frases, con brillantes teorías y con promesas halagüeñas que nunca produjeron mas que turbulencias y trastornos. Buscadlos únicamente en esos modestos asilos levantados por el génio cristiano, para difundir la luz en las tiernas inteligencias y gravar en los corazones jóvenes las ideas de la sólida piedad. Buscadlos en esos inmortales institutos consagrados por la religion á fomentar en el mundo, juntamente con los principios de una moral pura y sublime, los elementos de una civilizacion beneficosa á todas

las clases sociales. Buscadlos entre esos génius protectores de la infancia pobre y de la juventud desvalida, que sin reservarse para sí mas que los disgustos, sinsabores, penalidades y sacrificios que acarrea la educacion, solo se juzgan dichosos cuando, habiendo colmado de beneficios á los que fueron confiados á su tutela, consiguen llevar la paz, la ventura y toda suerte de felicidades al seno de unas familias indigentes ó desgraciadas. Esos son los que en la tierra representan á la divina Providencia en bien de los mortales; esos los que reproducen en los siglos presentes las magnificencias de aquella tierra madre, constituyéndose en Rafaelos celosos de los que en el peligroso viaje hácia la eternidad, necesitan ser guiados por espertos conductores para no estraviarse en las tortuosas sendas del vicio y de las pasiones. A ellos deben confiar los padres dignos de este nombre la tutela y direccion de sus hijos, seguros de ver un dia en ellos el gozo de su existencia, la corona de su ancianidad, y el honor de su nombre y familia.

Por lo demas, ahí tienen ese génio bienhechor dispuesto siempre á ejercer aunque invisiblemente con la juventud cristiana, idénticos oficios que ejerciera en otro tiempo con el jóven Tobias. El es y será donde quiera el SOCORRO DE DIOS, la MEDICINA DE DIOS, el amigo, el conductor, la defensa, el apoyo, el escudo de esa edad interesantísima de la vida, tan necesitada de una mano benéfica que la indique el derrotero y la aparte de los escollos en que puede peligrar su porvenir. Consagren á Rafael las virtuosas madres sus tiernos hijos, confíenle los destinos de esos verdes renuevos de su fecundidad, llámenle á dirigir sus inteligencias y á formar sus corazones, recomiéndenle el cuidado de su inocencia, y no teman ser defraudadas en sus esperanzas. Al lado de ellos caminará siempre ese celestial Arcángel, por ellos velará de continuo, ni un momento apartará de ellos sus ojos; y si dóciles como el jóven de la tribu de Nephtali, oyen sus consejos, practican sus enseñanzas, se aprovechan de sus sublimes documentos, y obran en todo conforme á sus inspiraciones, libres de todo peligro atravesarán los desiertos de la presente vida, y llenos de gozo arribarán al término de su carrera.

Sea así, oh ilustre Arcángel Rafael, objeto de nuestro mas tierno

culto y de toda nuestra confianza. Constitúyete de hoy mas protector decidido de esa juventud en que la religion y la patria depositan sus mas bellas esperanzas. Cuando el horizonte social se presenta á nuestra vista preñado de tantos elementos de desmoralizacion é impiedad, ¿á quién mejor que á tí recurriríamos, implorando favor y auxilio para esa tierna edad que al entrar en la carrera de la vida solo registra á su alrededor abismos profundos que amenazan engullirla, como al antiguo Tobias el móstruo de las riberas del Tigris? Pero con tu proteccion poderosa nada tendrá que temer la juventud cristiana. Ella dominará el temor, destrozará al enemigo de su dicha, y allí donde parecia deber hallar la muerte, encontrará elementos de vida religiosa y social. Ojalá veamos realizada esta idea consoladora, y amanezca para nosotros el dia que, ahuyentando el recuerdo de los pasados males, dé principio á una nueva era de ventura que no termine sino para inaugurar la eterna bienandanza que esperamos disfrutar en la region de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE LOS SANTOS CRISPIN Y CRISPINIANO,
HERMANOS MÁRTIRES.

Hæc est victoria quæ vincit mundum : fides nostra.

Hé aqui lo que nos ha hecho triunfar del mundo : nuestra fé.

I. JOAN. V. 4.

¿DE dónde sale ese eco de victoria que resuena dulcemente en todos los ámbitos del catolicismo? ¿Dónde están los héroes á quienes la Iglesia consagra esas palmas inmortales, esos laureles de perpetuo verdor y cuyas hazañas pregona desde una á otra estremidad del globo? ¿Cuál es el arma poderosa que postró los robustos alcázares del error é hizo á la verdad dueña del imperio universal de la tierra? ¡Ah! Mas de diez y ocho siglos hace que la Cruz inauguró una lucha á muerte con todos los poderes enemigos del Evangelio; desde la cumbre del Gólgotha arrancaron los nuevos conquistadores llamados á recoger la herencia del Hijo de Dios, dividiéndose entre sí los despojos de las naciones. Unos en pos de otros sucumbieron bajo la cuchilla de tiranos sanguinarios, que á través de trescientos años opusieron el acero homicida á la palabra regeneradora que venia á sembrar los gérmenes de la futura civilizacion. Y sin embargo, ahora como entonces esas ilustres víctimas levantan su voz, celebran sus victorias, y gritan á las generaciones venideras: ¡Hé aqui lo que nos ha hecho triunfar del mundo : nuestra fé! *Hæc est victoria quæ vincit mundum : fides nostra.*

Esto mismo vienen diciendo con muda pero elocuente voz las frias cenizas de los dos insignes mártires de Jesucristo Crispin y Crispiniano, cuyos cultos celebramos en este dia. ¡Y con cuánta razón pueden gloriarse de haber vencido, ellos que, por no transigir con las exigencias de un poder que desde lo alto de su incontrastable roca amagaba tragarse á cuantos osáran hacer frente á sus supersticiones, prefirieron sacrificar unas vidas que les eran caras ante las aras de la religion cristiana! Vencieron, sí, y no como los Xerjes, Alejándros, Césares y demás génios de la guerra, cuyas historias empapadas en sangre inocente, recuérdannos los estragos, la devastacion y las ruinas de que sembraron la tierra en sus atrevidas conquistas: sino como vencen los discípulos de aquel Hombre-Dios que fué el primero en prodigar su sangre propia en beneficio de la humanidad; vencieron peleando con denuedo en defensa de su fé y de sus creencias; vencieron despreciando los tormentos, y sufriendo modestos y humildes todo linage de crueldades antes que faltar á sus deberes para con su soberano; vencieron haciéndose superiores á las iras de la tiranía, sobreponiéndose á los halagos de la seduccion, y permaneciendo firmes ante el estremecedor aparato de una muerte horrorosa por conservar intacto el depósito de unos dogmas divinos; vencieron en fin, dando con su heroismo un brillante testimonio de la divinidad del culto por el cual peleaban, y contribuyendo así á estender y propagar las conquistas de aquella Cruz que á través de las cenizas de sus defensores debia escalar el Capitolio, desalojar de sus templos á los dioses del imperio romano, fundar en el centro del politeismo el trono de la unidad católica, y dictar desde allí sus leyes á todos los monarcas del mundo: *Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.*

En vano intentaria la impiedad disputar á los santos Crispin y Crispiniano esa palma y arrancar de sus sienes esa brillante diadema. Con no mejor derecho atreveríase á ridiculizar como producto de un ciego fanatismo la fortaleza heróica de unos hombres, que bajo las esterioridades de una condicion humilde, supieron desarrollar una nobleza de alma, una sublimidad de ideas, y unas cualidades que les valieron la gloria inmarcesible y la celebridad universal que

hoy disfrutan. ¿Por ventura bastaba una virtud comun para hacer frente á un siglo que divinizaba las pasiones, formaba el apoteosis del vicio, y ofrecia incienso y homenajes á los mas repugnantes desórdenes? ¿Necesitábase menos que de un heroismo á toda prueba, para sostenerse firme en presencia de un poder que llevaba hasta el refinamiento su crueldad contra todo el que rehusaba aceptar sus errores y rendir culto á sus extravagancias? Pues bien, nuestros santos hermanos Crispin y Crispiniano vencieron de ambos modos. «Permaneciendo fieles en la práctica del Evangelio á despecho de la desmoralizacion pagana, probaron que la religion de Jesucristo está mas alta que todas las artes de la seduccion: y muriendo constantes en la fé que profesaban, demostraron que ésta es superior á todos los tormentos de la tiranía, porque su fuerza depende de un principio sobrenatural y divino.»

De vos, rey de los mártires, espero los auxilios necesarios para desenvolver dignamente este pensamiento. Infundidme os ruego un destello de vuestra gracia soberana y de vuestra infinita sabiduría. Muévaos, Señor, la intercesion poderosísima de vuestra augusta Madre, á quien saludamos con las sublimes palabras del ángel :

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Cruz y martirio incesante, ha dicho un padre de la Iglesia, es la vida del cristiano en la tierra. No sino luchando de continuo contra los prepotentes enemigos de su felicidad, es como llega á obtener aquella inmarcesible aureola que deben ceñir sus sienes en el dia de las eternas recompensas. Por un camino erizado de espinas y sembrado de abrojos marchó hasta el Calvario el Redentor augusto de la humanidad, y tras sus ensangrentadas huellas deben marchar cuantos aspiran á conquistar su reino inmortal. Nuestros ilustres hermanos Crispin y Crispiniano habian comprendido perfectamente esta doctrina, y persuadidos de que la abnegacion y la pobreza vo-

luntaria son las dos primeras condiciones de la perfeccion cristiana, ni un solo momento titubean en imitar en esto á aquel Jesus cuya Cruz formaba su única gloria, su sola aspiracion, su esclusiva dicha.

Los que han imaginado que nuestros santos pertenecian á la clase infima de la sociedad, han incurrido en un grave error histórico. Una sangre noble circulaba por sus venas; descendian de una de las mas célebres familias de Roma; sobrábanles riquezas y abundaban en cuanto puede halagar á un corazon ambicioso. Honras, placeres, gloria, inmensos bienes de fortuna, y bellas esperanzas, y un porvenir lisonjero, todo presentaba á su vista una perspectiva capaz de seducirlos, si no hubiesen estado tan arraigados en los principios del Evangelio. Pero ellos que como San Pablo no conocian otra felicidad positiva sino la de identificarse en un todo con aquel que, por haberse humillado hasta el esceso de aceptar una muerte ignominiosa, conquistó un nombre ante el cual cae de hinojos toda la creacion, y el cielo y la tierra y los abismos le adoran reverentes, considerando cuanto el mundo ambiciona como un poco de estiercol despreciable, resuélvense generosamente á renunciar á todo lo que no sea Jesucristo; y en su consecuencia, distribuyendo entre los menesterosos su pingüe patrimonio, hácese pobres por el amor de aquel que en pobre albergue quiso nacer siendo monarca de todo lo criado, y al morir ni aun siquiera tuvo donde reclinar su cabeza.

No es pues por necesidad de su condicion humilde sino por una eleccion voluntaria el verse reducidos al oficio de hacer calzado en que se ocupan para adquirirse el sustento necesario sin ser gravosos á nadie. Ellos mismos se han creado aquella situacion angustiosa; ellos han buscado con ánsia las privaciones que les rodean; ellos han sacrificado sus comodidades prefiriendo á ellas la estrechez y los disgustos de una existencia trabajosa; porque su corazon es mas grande que todas las vanas frivolidades de un mundo idólatra de la nada, su alma mas noble y generosa que la de aquellos que entre el fausto y la opulencia viven esclavos de un poco de tierra que huellan con sus piés, sus ideas superiores á las de un siglo que se arrastra vil tras la quimérica sombra de la gloria de un dia. Y sobre

todo, ellos pueden decir con la noble independencia del grande Apóstol de las gentes: «Jamás codiciamos el oro ni la plata de nadie; público es que con el sudor de nuestras frentes nos adquirimos lo que nos fué preciso para cubrir nuestras necesidades; y estas manos encallecidas en el trabajo dan testimonio de que nunca nos acercamos á mendigar agenos favores (1).»

Habia empero en esta abnegacion de los santos hermanos otro sentimiento mucho mas digno de unos héroes cristianos. Ellos encontraban en su voluntaria pobreza unas dulzuras que el mundo es incapaz de penetrar ni concebir; puesto que al considerarse identificados con su divino maestro, el hambre, la sed, las fatigas, la privacion de todo humano recurso, circunstancias que tan dolorosamente afectan á la humanidad, lejos de afligirlos y abatirlos, llenábanles de una satisfaccion inesplicable y de un júbilo celestial. No era esto solo. Animados de una fé vivísima, de una esperanza firme en las promesas del cielo y de una caridad á prueba de todos los humanos contratiempos, propusiéranse luchar abiertamente con las máximas de la ciencia arrogante y orgullosa del paganismo, y triunfar con las armas del Evangelio de un mundo á quien consideraban como enemigo, puesto que lo era de Jesucristo, de su doctrina y de su verdad. ¡Oh! ¡Cuán sublime es la sabiduría de la Cruz! ¡Cuán elevadas las enseñanzas de ese código divino, destinado á someter todas las inteligencias al imperio de la religion! ¡Cuán pronto forma héroes capaces de hacer frente á todas las preocupaciones del error! Admirad, católicos, á nuestros ilustres hermanos, convertidos instantáneamente en apóstoles del Evangelio, en heraldos del Dios del Calvario, en nuncios de unas verdades hasta entonces ignoradas, en propugnadores de unas virtudes desconocidas, en acérrimos defensores de una doctrina odiada por la supersticion, menospreciada por el vicio, combatida por el génio, desacreditada por la ignorancia, amenazada por el poder, y cuya práctica bastaba para incurrir en la pública animadversion y concitar las iras del imperio á la sazón dominante. Ellos la practican sin temor en medio de una so-

(1) Act. XX. 33, 34.

ciudad corrompida é inmoral que donde quiera los persigue con las armas del insulto, del desprecio y de las mas sensibles vejaciones, burlándose de su sencillez evangélica y ridiculizando su voluntaria abnegacion. Ellos la observan sin ruborizarse en el seno de todos los vicios, de todos los errores, de todas las pasiones, sin que basten á apartarlos de ella ni los insolentes apóstrofes del vulgo, ni las envenenadas sátiras de los llamados sábios, ni aun la propia consideracion de su noble stirpe y de su ilustre cuna. ¡Oh! ¿Qué importa que Crispin y Crispiniano sientan latir en sus pechos el recuerdo de sus pasadas glorias? ¿Qué importa que su imaginacion les renueve la memoria de tantos opulentos patricios, de tantos insignes conquistadores, de tantos célebres cónsules como cuentan entre sus antepasados? No, no será esto bastante para entibiar en ellos el ardor de la caridad que los abrasa; no servirá de obstáculo á continuar devorando las amargas humillaciones consiguientes á una existencia pobre y al parecer deshonorosa. La religion cristiana está en ellos sobre todas las preocupaciones mundanales; y aunque para llevar adelante sus máximas sea preciso atravesar una larga série de angustias, persecuciones, ódios y contrariedades inmotivadas, ni un solo paso cejáran en su carrera.

¿Pero acaso se contentan Crispin y Crispiniano con luchar en ese terreno con el vicio y el libertinage? No: despues de edificar con sus costumbres puras é intachables el suelo que les vió nacer, saldrán de él á manera de ángeles de paz á llevar el eterno Evangelio de Dios á otras partes á donde les impulsa su apostólico celo. Armados del lábaro vencedor de la Cruz recorrerán innumerables pueblos y ciudades, predicando la divinidad de Jesucristo á los idólatras y demostrando á todas las clases que solo el que por sentencia pública del Synedrio espiró en un madero infame, es quien merece las adoraciones del mundo; que la única religion llamada á salvar y hacer feliz al hombre es la que él sancionó con su sangre; que la doctrina que él legó á sus enviados y las verdades por él proclamadas son las que reúnen todas las condiciones necesarias para labrar el porvenir del mundo. A la autoridad de la palabra añaden la sancion del ejemplo: y donde quiera que sus servicios pueden ser útiles

á sus semejantes, donde hay desgracias que consolar, males que remediar, necesidades que socorrer, llagas morales que cicatrizar, adversidades que dulcificar, dolores que calmar, allí están Crispin y Crispiniano desplegando una caridad tierna, sublime y desinteresada, que acoge indistintamente al idólatra y al cristiano, al enemigo y al amigo, evidenciando así que sola la religion que ellos predicán es la que tiene el esclusivo privilegio de ser toda para todos, de enjugar todas las lágrimas, de suavizar todos los pesares, de curar todas las heridas de la humanidad infortunada. ¿Persiguelos acaso la calumnia? ¿Desacreditalos la ingratitud? ¿Responde á sus servicios con ultrajes la perfidia de los mismos á quienes consagran su fraternal solicitud? Nada de esto los detiene. Ellos sabrán vencer el mal con el bien, triunfar del desvío con la dulzura, sobreponerse á la antipatía con la mansedumbre, ahuyentar las preocupaciones con la constancia en ejercer la beneficencia; y tiempo vendrá en que, cautivos en los suaves lazos de una religion que tan altas miras, y tan heroica abnegacion, y sacrificios tan sublimes sabe inspirar al hombre, los mas obstinados en sus errores comenzarán á admirar las bellezas del catolicismo, comprenderán su superioridad sobre las frias elucubraciones de la filosofia pagana, verán caer de sus ojos la venda que les impedia ver la verdad, y enamorados por último de ella la aceptarán gustosos, la buscarán con ansia, y vendrán á caer postrados ante la Cruz, cuyo destino es sojuzgar á su imperio todos los entendimientos y todos los corazones.

No individualizaré, M. A. O., los triunfos reportados en esta linea por los heroicos hermanos, puesto que ni me seria posible hacerlo sin traspasar los límites de un breve discurso, ni la historia nos ha trasmitido mas que un oscuro bosquejo de ellos. Sin embargo, bástenos saber, y esto es indudable, que las conversiones verificadas mediante su predicacion fueron sin número; que donde quiera la semilla evangélica sembrada por ellos oportunamente producía sazonados y abundantes frutos; que ante sus pasos huía avergonzada la mentira, ensanchaba sus dominios la verdad, perdian sensiblemente su prestigio las supersticiones antiguas, caian en descrédito los sacrificios ofrecidos á los ídolos, propagábase considerablemente el

elemento católico, y Jesucristo era adorado sobre los escombros de los templos levantados por el error.

Tal fué la primera victoria de la fe de los santos hermanos. Pero no solamente debían manifestar que la religion de Jesucristo está mas alta que todas las artes de la seduccion, practicándola y fomentándola á despecho de la desmoralizacion pagana. En otro terreno los esperaba, para evidenciar que tambien es superior á todos los tormentos de la tiranía, muriendo firmes y constantes en ella por amor de su divino maestro. El celo inquieto de esos ilustres atletas arrastráralos hasta las estremidades de la Francia. Allí en la populosa ciudad de Soissons, hallábanse ejerciendo su apostólico ministerio y multiplicando las conquistas de la fé, cuando ésta los llamó á sostener en su defensa el último combate. La noticia de los resultados obtenidos por Crispin y Crispiniano, felices para el cristianismo, pero altamente funestos á la religion del romano imperio, llegára á los oidos de Ricciovaro gobernador de aquella ciudad por los emperadores Diocleciano y Maximiano, quien espide inmediatamente sus órdenes para que le sean presentados aquellos hombres enemigos de los dioses. ¡Y qué! ¿Pensais por ventura que semejante intimacion amengue en nada la firmeza de carácter y la inquebrantable fé de nuestros héroes? ¿Cederán ante la perspectiva de los suplicios, los que tan superiores se han mostrado á las burlas, desprecios, injurias y demas medios con que el mundo ha perseguido su virtud? ¿Desfallecerán al aspecto de una muerte cruel y dolorosa, los que solo aprecian la vida en cuanto puede contribuir á promover las glorias de la religion cristiana? No: porque de Dios y no del hombre es la fortaleza de que están dotados sus corazones. Se podrá encadenar sus manos con pesados hierros: pero su alma será libre para confesar unas verdades de que están altamente convencidos. Se les podrá atormentar hasta donde una ciega venganza quiera llevar su tiránica crueldad: pero no se logrará obligarles á abjurar unos dogmas que estiman mas que su propia existencia. Se agotará contra ellos todos los recursos de que dispone un poder despótico ante quien todo tiembla; pero antes que degradarse y envilecerse con una detestable apostasía, consentirán en ver uno por uno destrozados todos sus miembros.

Y no es un loco fanatismo, como plugo decir á los seudofilósofos modernos, el que inspira á los dos santos hermanos ese heroísmo tan superior á la débil naturaleza humana; es una convicción profunda de la divinidad de la religion por cuya causa pelean, es una íntima persuasión de que los puntos que constituyen su símbolo han sido revelados por Dios, verdad esencial é infalible; es en una palabra, la seguridad en que están de que la doctrina que creen y confiesan es con esclusión de toda otra de origen divino, y como tal la única que puede salvar al hombre y hacerle eternamente feliz. Y en su consecuencia ¿qué les importaría conservar una vida temporal con riesgo de una vida perdurable? ¿De qué les serviría ganar todo un mundo con pérdida de su alma? ¿Qué les aprovecharía haber esquivado tormentos momentáneos á precio de suplicios sin fin?

Por eso se les vé ante el tribunal de Ricciovaro, no con la arrogancia estóica de un filósofo, sino con la calma razonable de un cristiano, resistiéndose abiertamente á las exigencias de aquel gobernador, negándose á hacer traicion á sus convicciones, proclamando la divinidad de Jesucristo, protestando hallarse dispuestos á morir por él antes que ceder un ápice de sus creencias, declarando que los ídolos á quienes se les intima ofrezcan incienso no son mas que productos del arte y personificaciones de todos los vicios. En vano abusando aquel de la posicion que ocupa, apela á su autoridad para exigir de los santos hermanos lo que rechaza su conciencia. «Obedeced, les dice: soy vuestro superior, y os mando que sacrifiqueis á los dioses del imperio.» — «Jamás, contestan ellos: no hay mas que un Dios criador del cielo y de la tierra, y á él nos cumple obedecer antes que á los hombres.» — ¡Respuesta sublime! Lo mismo dicen en medio de los azotes que llueven sobre sus espaldas bajo la hercúlea mano de desapiadados verdugos. Lo mismo repiten entre los aceros garfios que destrozan sus miembros, y á pesar de los agudísimos dolores ocasionados por la introduccion de quebradas cañas entre las uñas. Lo mismo claman cuando, arrojados á las aguas del Aisne atados de piés y manos, tornan á aparecer indemnes en la orilla. Lo mismo gritan cuando, á la manera de los jóvenes hebreos del horno de Babilonia, marchan sobre el fuego sin experimentar lesion alguna;

porque el Dios que erió los rios, y fijó á los mares sus límites, y da al fuego su accion combustible, y dispone á su placer de todos los elementos, quiso dar por medio de sus mártires este testimonio visible á la divinidad de la religion católica, y probar cuán impotentes son contra ella todos los humanos proyectos.

Seguidles al sitio de su último suplicio, y bajo la cuchilla del sacrificador oireis á esas ilustres víctimas confesar con igual denuedo esa misma doctrina, esos mismos dogmas, esos mismos principios. Cuando una mano atlética descargue sobre sus cuellos el golpe decisivo, su último acento será un acento de alabanza al Dios de sus padres, un himno de gloria á la fé de Jesucristo, una protesta de adhesion y amor hácia la religion católica, un eco de victoria que resonará hasta en las últimas estremidades de la tierra. Y ese mismo suelo, regado con su sangre, publicará por cien bocas el heroismo de unos hombres que con su vida vencieron las seducciones de un mundo carnal y réprobo, y con su muerte triunfaron de la tiranía de un poder que habia jurado esterminar el nombre cristiano y perpetuar para siempre el imperio del error. ¿No veis cómo brotan á millares nuevos fieles, que siguiendo las huellas de los santos mártires se disputan el honor de morir como ellos en defensa de la religion cristiana? ¿No advertís cómo avergonzado y confuso va á ocultar su derrota aquel imperio que poco antes se mostraba insultante y amenazador con los indefensos discípulos de la Cruz? ¿No escuchais como por todas partes se celebran las victorias del Evangelio próximo ya á escalar los altos alcázares y á plantar la Cruz sobre la cumbre del Capitolio? ¡Oh! Llor eterno á los que han logrado obrar una revolucion tan feliz con las únicas armas de la caridad, de la mansedumbre, de la persuacion y de la constancia en sufrir por amor de su divino maestro. Gloria y prez á esos dos invencibles atletas que tan poderosamente contribuyeron á afianzar los cimientos de ese robusto edificio que hoy domina todo el universo, y sobre cuyo frontispicio se lee grabado con indelebles caracteres este lema: «*Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra!*»

Sí: venciste, fé sacrosanta, en tus ilustres mártires, y vencerás en cuantos lances te pongan á prueba tus encarnizados enemigos. Don-

de quiera tendrás defensores heróicos que sabrán vindicar tus derechos; en todas partes hallarás apologistas denodados que sostendrán tu causa. Jamás el infierno se gloriará de haber prevalecido contra esa roca inmóvil, que viene insultando á través de mas de diez y ocho siglos los huracanes del error y las tormentas suscitadas por las pasiones. La sangre de tus denodados campeones será una semilla fecundísima de la cual brotarán á millares guerreros generosos, dispuestos á seguir las huellas de Crispin y Crispiniano, prontos á embrazar las armas de la religion para volar en su auxilio do quiera que sus derechos é intereses los llamen á la arena.

Así ha sucedido hasta ahora, y lo mismo esperamos que suceda en adelante, porque las promesas del cielo jamás pueden fallar. Mucho puede contribuir vuestra intercesion, oh insignes mártires de Cristo, al logro de nuestros deseos, y por lo tanto en ella confiamos, seguros de que no nos faltará. Velad, pues, desde la mansion del triunfo, por los que todavía estamos destinados á combatir. Conseguidnos la fortaleza necesaria, para sobreponernos á las astucias y vencer los amaños de unos enemigos no menos temibles que aquellos á quienes hubisteis de hacer frente. Si no nos amenazan con la espada, persigennos emperó con la seduccion; si no atentan á nuestra existencia material con los tormentos, conspiran á arrebatarnos la vida espiritual haciéndonos víctimas de una cobarde apostasia. Sostenednos, pues, en tan dura pelea: y triunfando aquí con heroismo, merezcamos ceñir con gloria en la patria celestial los laureles de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.

Gloria hæc est omnibus Sanctis ejus.

Hé aqui la gloria que el Señor tiene reservada á todos sus Santos.

PSALM. CXLIX. 9.

No sin un fin elevadísimo la Iglesia católica, madre fecunda de los predestinados, mal satisfecha con decretar á cada cual en su propio dia los honores de un culto sublime y magestuoso, ha designado un dia especial en el año para solemnizar la memoria de todos ellos á la vez, y celebrar el heroísmo de su santidad. El mismo espectáculo encantador que en el cielo fué manifestado al apóstol de Pathmos, reproducese hoy á nuestra vista en el seno de la militante Jerusalem. Allí en un misterioso éxtasis vió el amado discípulo rasgarse las celestes bóvedas, y aparecer el Cordero dominador del orbe, sentado en un trono de luz, y á su alrededor innumerable multitud de bienaventurados, reunidos de todas las naciones, tribus y lenguas, que traían en sus manos los trofeos de su victoria, palmas inmortales, laureles de eterno verdor, coronas de un brillo deslumbrante; y embriagados de celestiales delicias, entonaban himnos de gloria, triunfo, bendicion y alabanza al Supremo Criador del mundo (1).

La Iglesia á su vez despliega en este dia toda la pompa y majestad del culto; convidanos á contemplar las magnificencias del poder, de la

(3) Apoc. VII. 9.

sabiduría y del amor de Dios en todos sus héroes; y mostrándonos llena de maternal complacencia los honores, las recompensas y la suprema felicidad que en la bienaventurada patria disfrutaban ya sus ilustres primogénitos, dícenos para escitar nuestra emulacion y reanimar nuestras esperanzas: «Hed ahí la gloria que el Señor tiene reservada á todos sus Santos.» *Gloria hæc est omnibus Sanctis ejus.*

Preciso seria hallarse heridos de la mas funesta ceguera y de una insensibilidad precursora de la reprobacion, para no reconocer cuán magnífico y liberal se manifiesta el Sér Supremo con aquellos que en la tierra aspiran á imitarle en ese esencial atributo de su divinidad. Ellos constituyen el fin de todos sus pensamientos, el objeto de sus ideas de amor y de misericordia, el término de su providencial solicitud, bien así como la mayor y mas positiva felicidad que puede experimentar aquel que es esencial y eternamente dichoso en sí mismo. Las obras de su omnipotente diestra les pertenecen de derecho: como que por ellos desplegó en la creacion los prodigios de su sabiduría increada; por ellos en la conservacion de este vasto sistema desarrolla incesantemente las maravillas de su poder; por ellos, en la sucesiva série de acontecimientos, que donde quiera escitan la admiracion de la humanidad, hace gala de su indisputable soberanía; por ellos en fin, dice un célebre orador, verificó los grandes misterios de la Encarnacion de su Verbo y de la redencion del linage humano; y cuando en el último dia de los tiempos levantará su tribunal inapelable en aquel valle donde deben comparecer indistintamente todos los pueblos y naciones de la tierra, será para hacer una solemne proclamacion de la gloria de sus escogidos, y vengarles de sus enemigos á la faz de todo el universo: *Gloria hæc est omnibus Sanctis ejus.*

Entre tanto el catolicismo, entrando en los designios de su augusto fundador, toma una parte activa en esta ovacion universal, anticipándose á honrar, venerar y preconizar las grandezas de todos esos ilustres amigos de Dios á quienes él ciñe invisiblemente en el empireo la diadema de la inmortalidad, mientras llega el dia de su coronacion visible y pública en este suelo. No era bastante al entusiasmo de esa religion divina, conservar con cuidadoso esmero las pre-

ciosas cenizas de sus héroes, depositar sus restos mortales en urnas de oro, consagrarles individualmente altares, dedicarles templos, decretarles monumentos imperecederos para perpetuar el recuerdo de sus virtudes: sino que recogiendo, digámoslo así, en un solo haz misterioso los triunfos, los laureles, las magnificencias, el heroísmo y la santidad de todos ellos, quiere que, así como es comun su bienandanza, comun sea tambien en este dia su culto y su gloria: *Gloria hæc est omnibus Sanctis ejus*. Consecuente yo á este grandioso designio, debiera dedicar hoy mi discurso á pronunciar el elogio de todos los Santos. Empero, ¿cómo presentar bajo un mismo punto de vista tantos y tan diversos caractéres? ¿Cómo reunir dentro de un mismo circulo las conquistas del apostolado, los combates del martirio, las azuzenas de la virginidad, las laureolas del doctorado, los prodigios de la vida solitaria, y cuanto de admirable y fenomenal ofrece la santidad en las múltiples y diversas situaciones en que tan bella se ha mostrado en el mundo? No es posible: y por lo tanto solo me limitaré á desenvolver una idea que á todos los Santos es comun, á saber: «que ellos han sido los únicos verdaderos héroes, que por su fiel correspondencia á su respectiva mision en el mundo han merecido una recompensa segura, abundante, eterna, y una gloria idéntica, inmarcesible, inmortal. *Gloria hæc est omnibus Sanctis ejus*. ¡Plegue al cielo que el desenvolvimiento de este asunto tan interesante baste á inspirarnos un eficaz deseo de imitar á los que hoy solemnizamos, y á despertar en nuestras almas la noble ambicion de esa recompensa y de esa gloria! Pidámoslo al Señor por la intercesion de la Reina de todos los Santos, dirigiéndola la sublime salutacion angélica.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Poco debe afectarnos la malignidad de un mundo siempre enemigo de la sólida virtud, siempre hostile á la santidad cristiana, y dispuesto siempre á combatir el mérito de los héroes que en la tierra supieron

sobreponerse á las mezquinas miras y á las ilusorias aspiraciones del tiempo, para no ocuparse mas que en los intereses reales y positivos de la eternidad. Por mas que el libertinage intente ponerse á cubierto de los reproches que les lanza el mudo pero elocuente lenguaje de esas almas grandes y generosas, afirmando con arrogante cinismo que no hay en la tierra personajes santos, y que cuantos bajo este nombre reconoce y venera el cristianismo, no fueron sino unos hombres vulgares, los cuales, ya por despecho, ya por singularidad, estos por pequeñez y flaqueza de espíritu, aquellos por defecto de ciencia y de instruccion, quiénes por miras interesadas ó egoistas, quiénes por efecto de una mal disimulada afectacion, y todos arrastrados de un fanatismo insensato, adoptaron un tenor de vida distinto del comun de los demas mortales; por mas, repito, que hasta ese punto lleve el libertinage impío su atrevimiento con marcada injusticia, no solamente respecto de Dios, cuya gloria aspira á amenguar, si que tambien respecto de sus fieles servidores, cuyo mérito disputan sin criterio, imposible es que pueda sostener su acusacion en vista de tantos y tan admirables ejemplos como el Señor ha opuesto constantemente á ese mundo ingrato para confundir y anonadar su soberbia, y para desconcertar sus malignos planes. ¿Qué podrá responder á esa nube de testimonios, que donde quiera se levantan en el seno de la Iglesia católica para protestar contra las apasionadas antipatias de la incredulidad sistemática? ¿Atreverás esta á tachar de debilidad de espíritu á esos innumerables campeones de la milicia del Crucificado, que, marchando tras sus huellas, desafiaron las iras de todos los poderes enemigos de la verdad, y combatiendo como valientes en una sangrienta arena, se mostraron pródigos de sus vidas por conservar su fé y salvar sus creencias? Tendrá osadía bastante para acusar de hipócritas á esas almas mas grandes que el mundo en que vivian, las cuales menospreciando sus fascinadoras promesas, y haciéndose superiores á todos los encantos y placeres del tiempo, fueron á sepultar en la oscuridad de un desierto dotes brillantísimas, cualidades admirables, risueñas esperanzas, virtudes heroicas, y acciones de gran valía, que hubieran bastado á inmortalizar sus nombres en la historia si hubiesen aspi-

rado á conquistar sus elogios? ¿Rayará su preocupacion ó su cinismo hasta el punto de atribuir á ideas egoistas el desprendimiento sublime, la rara abnegacion de tantos como, pudiendo optar á todas las ventajas que el siglo ofrece á los que en él quieren hacer valer sus talentos, se consagraron únicamente á fomentar la gloria de Dios y estender los dominios de la verdad á través de las mayores privaciones, llevando por inseparable compañera la pobreza mas estrechada, sometiéndose voluntariamente á una mendicidad, fuente inagotable de sinsabores y sufrimientos amarguissimos, y tornando desnudos de todo lo terreno al polvo de donde desnudos salieran, despues de haber vertido sus sudores y prodigado sus constantes servicios á la humanidad? En suma, y por encerrar en una sola idea las innumerables magnificencias de la santidad cristiana, esas brillantes cohortes de vírgenes purísimas que, triunfando magnánimas de todos los elementos de seducción que las presentó el vicio, conquistaron palmas y laureles de eterno verdor en la lucha tenaz sostenida contra la tiranía de los Césares; esos ejércitos de insignes doctores, que ilustraron con su doctrina unos pueblos sepultados en la ignorancia, y abriéndose paso á través del devastador torrente de la barbarie, prepararon á la Europa el camino de una civilizacion robusta y vigorosa; esas falanges de pacíficos conquistadores, que con la cruz y el Evangelio en la mano invadieron el universo en sus cuatro puntos cardinales, y por entre paises salvages, y salvando piélagos desconocidos, y penetrando do jamás huella humana habia pisado hasta entonces, corrieron cual ángeles veloces á llevar la buena nueva, á anunciar el reinado de la fraternidad, á popularizar el divino código que establecia todos los derechos del hombre, á llamar á una dicha idéntica á cuantos sin porvenir ni esperanzas vegetaban en este suelo, ignorantes de sus sublimes destinos; todos esos personajes, que por sus trabajos, virtudes y altos merecimientos, se hicieron acreedores al culto que hoy les tributa la Iglesia católica; ¿fueron por ventura unas inteligencias menguadas, unos génios vulgares, unos espíritus débiles, unas almas pequeñas, que solo obraron por inspiraciones de propia utilidad ó por cálculos de interés personal?

Imposible parece que la pasion pueda llegar al estremo de juzgar de este modo á los héroes cristianos, cuando tan palpables son los hechos que han legado á la posteridad, hechos que jamás alcanzarán, no digo á imitar, pero ni siquiera á parodiar los que así se ensangrientan contra la santidad, mojando sus plumas en la amarga hiel de la sátira, vomitando con sus lenguas el veneno del epígrama, y haciendo gala de espíritus fuertes, cuando solo saben desacreditar con frases estudiadas lo que nunca comprendieron ni fueron capaces de imaginar. ¡Menguados! les diré con San Agustín. Creéis escudar vuestra maldad y dar un tinte favorable á vuestros vicios, proclamando muy alto la hipocresía y el fanatismo de los que no se avienen con vuestras ideas ni fraternizan con vuestra vida libertina... ¿y no comprendéis que al hablar de este modo, haceis sin saberlo la apología de vuestros émulos? ¿No conoceis que afirmando la existencia de una virtud simulada y facticia, asegurais por lo mismo que existe una virtud sólida y verdadera, puesto que la ficcion presupone la realidad, y la hipocresía no es mas que una parodia de la santidad positiva, como lo es el error de la verdad?

Pero no es mi ánimo hacer hoy el apólogo de los Santos contra las invectivas de la impiedad. Otro rumbo daría á mi discurso si tal intentase. Solamente he querido dejar consignado ante todo que ellos son los únicos á quienes cuadra el dictado de verdaderos héroes, en la genuina acepcion de esta palabra, para que así resalte mas la justicia de las recompensas decretadas por Dios á los que con tan constante fidelidad llenaron en el mundo su mision respectiva. ¡Recompensas magnificas! Ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni lengua humana puede hablar dignamente de los goces reservados en el cielo á los que en la tierra sirven y aman al Señor, ha dicho San Pablo (1). Recompensas positivas, abundantes, eternas! Ellas no están sujetas á las agitaciones del tiempo y á la incesante movilidad de las cosas humanas; porque allí termina el dolor, fenece el llanto, reina una paz imperturbable, y cunde por do quiera una alegría sin fin. Dios es quien mora en sus Santos; su tabernáculo es la ha-

(1) I. Cor. II. 9.

bitacion de los escogidos; su mano enjuga las lágrimas que un día vertieran en el mundo; y en aquel día perdurable cuyo sol es el Cordero, la noche de la tristeza ó del pesar jamás estiende su lúgubre manto (1). ; Gloria idéntica, inmarcesible, inmortal! En el seno de la suprema bienandanza Dios es todo para todos los Santos; abrázalos á todos con su inmensidad; confúndelos, digámoslo así, en su propia esencia; los eleva á su misma naturaleza, y los identifica casi con su divinidad, en language del príncipe de los apóstoles (2). ; Qué idea pudieran prestarnos todas las cosas terrestres de la gloria celestial? En vano evocaríamos las mas bellas imágenes y agotaríamos los recursos de la mas delicada poesía, para trazar un cuadro cuyo bosquejo se resiste á la habilidad humana. Ni el firmamento tachonado de deslumbradores globos, y en cuya azul superficie se muestra ese astro gigante á manera de un rey en su flamígera carroza vertiendo luz y claridad por do quiera que pasa; ni la tierra alfombrada de flores en una apacible primavera y mostrando á los ojos las riquezas de su fecundidad, el variado matiz de sus plantas, las argentadas aguas de sus rios, la magestad imponente de sus montañas, y cuantas grandezas hizo brotar en ella la mano creadora; ni el órden invariable de las estaciones cuyo periódico movimiento encanta y embelesa la imaginacion, proclamando con elocuente acento el poder y la sabiduría del que con una simple palabra hizo brotar tamañas maravillas; nada, en suma, de cuanto el universo presenta á mi vista, me facilita una idea siquiera levisima de la bienandanza de los Santos, de su gloria innenarrable, de su incomprendible felicidad. Aquí todo es comun para el justo y el impio: igualmente disfruta de los tesoros de la naturaleza el fiel servidor de Dios que el temerario blasfemador de su Providencia; los vicios y las pasiones obtienen una parte idéntica que la virtud y el heroismo en el repartimiento de unos bienes perecederos: si bien es verdad que, divididos en diferentes rios ó arroyuelos, nunca llevan á todos y á cada uno el inmenso caudal de sus aguas. No así empero en aquella

(1) Apoc. XXI. et XXII.

(2) II. Petr. II. 4.

mansion de eterna dicha, donde los justos reciben la recompensa proporcionada á su virtud de manos del supremo remunerador. Allí es donde resplandece en toda su brillantez la inagotable liberalidad de un Dios; allí es el teatro donde desplega todas sus magnificencias; allí se muestra pródigo de sus infinitos tesoros y reparte á manos llenas su herencia ese Padre celestial. ¡Oh Sion dichosa! ¡Oh embelesadora Jerusalem! ¡Oh patria de los predestinados! Enmudezca toda lengua y no ose hablar de las grandezas que encierras. Solo en tu seno se encuentra la calma positiva, la paz sin mezcla de perturbacion, el descanso libre de las agitaciones que lleva consigo el corazon humano. Solo en tí es el hombre feliz, porque comprende la bienandanza que disfruta y lo inamisible de su reposo. Solo poseyéndote no le resta al alma cosa alguna que ambicionar, por cuanto todo la llena aquel Sér infinito que la crió para su gloria. Hay mas todavía, M. A. O. Siendo, dice el sabio obispo de Hipona, la felicidad celestial mucho mayor que nuestros corazones, y por lo tanto imposible que encuentre en ellos capacidad bastante para recibirla, nosotros somos los que debemos entrar en ella y no ella en nosotros, sumergiéndonos en ese mar anchuroso de la divinidad que nos rodeará por todas partes.

Bajo este concepto la recompensa de los santos es infinita como el que la dá, por cuanto él mismo es quien la constituye segun la gran promesa consignada en las santas escrituras. *Ego ero meces tua* (1). ¿Y de qué otra manera pudiera el Señor remunerar á sus escogidos, dice un elocuente orador, que dándose todo á ellos sin la menor reserva? ¿Cómo mejor y mas justamente correspondería á su inmensa liberalidad que dándoles el único bien capaz de satisfacer unas aspiraciones infinitas? ¿Serian los santos completamente dichosos, si en aquella mansion de perdurable felicidad pudiesen conservar el menor deseo imposible de realizar, la mas leve idea incapaz de satisfacer, un solo objeto que ambicionar? No; y por lo tanto la bienaventuranza celestial es un bien que envuelve todos los bienes, una satisfaccion de todos los deseos, el complemento de todas las

(1) Genes. XVI.

aspiraciones, la hartura de esa insaciable sed que en la tierra tiene constantemente al corazón humano en incesante lucha consigo mismo. Y sin embargo, ¡Oh misterio inconcebible! ¡oh problema indescifrable de amor! Ese Dios siempre único ostenta siempre nuevas bellezas al que le contempla en el cielo; esas perfecciones siempre invariables, son siempre objetos de nuevos embelesos para quien las adora; y á pesar de tener siempre delante una esencia idéntica que constituye su ventura, jamás se cansan, nunca se satisfacen de gozarla, cada vez la desean con mayor ardor, y codician su posesión con nuevo interés. En una palabra: «poseer á Dios en el cielo, es, continua el citado orador, ser rico con sus tesoros, poderoso con su poder, resplandeciente con su resplandor, feliz y bienaventurado con su felicidad y bienandanza; es extraer la bienaventuranza de la inmensidad de un Dios que no tiene límites, de la inmutabilidad de Dios en quien nada varía, de la eternidad de un Dios que carece de término; es admirar en Dios aquel poder á que todo está sujeto, aquella sabiduría infinita que todo lo regula, aquella Providencia que todo lo subordina, aquella bondad de donde todo emana, aquella grandeza de que todo está penetrado; es ver reemplazar á la sumisión de una fé que creyó firmemente, todos los objetos que manifiesta y revela, y la vista clara de todas las sublimes verdades que descubre la luz de Dios; es ver sustituido á los consuelos de la esperanza, el goce lleno de los infinitos bienes que dispensa la liberalidad de Dios; es en fin, inflamarse inmutablemente en el seno de Dios con los ardores de aquella caridad que constituye su esencia.»

Tal es, M. A. O., en bosquejo la gloria de todos los Santos: *Gloria hæc est omnibus sanctis ejus*. Gloria esencial, inmarcesible, perpétua, constante, inmortal, segura, abundante, eterna, puesto que Dios mismo es quien la dá y quien la constituye, y en su consecuencia, llena todos los deseos, satisface todas las ambiciones, completa todas las esperanzas, realiza todas las promesas, y colma la medida del corazón humano de una manera tan superabundante, que nada le queda que pedir, nada que codiciar, nada á que aspirar en aquella patria feliz, centro único de las almas justas que en la tierra comprenden sus sublimes destinos y corresponden fielmente á su

respectiva mision. ¿Qué mucho, pues, si aun en este valle de destierro, la terrestre Jerusalem, repitiendo los ecos de aquella otra invisible, decreta é esos ilustres conquistadores un culto sublime, y los mas tiernos homenajes? ¿Qué mucho que la Esposa del Cordero, asociándose á las ideas del que la engalanó con el anillo de una union inquebrantable, haciéndola la depositaria de sus promesas, entone himnos, y cante las alabanzas de esos justos que, despues de luchar aquí como valientes arrebatando al mundo sus laureles, hendiéron las nubes y se trasladaron á la inmortal Sion á recibir la corona de sus merecimientos? ¿Qué mucho si el sepulcro de los héroes cristianos se convierte en trono donde vienen á postrarse todos los poderes y todas las grandezas terrenales, y si esas mismas cenizas que en los demas solo inspiran horror y desvío, son objetos de veneracion y de entusiasmo? ¿Qué mucho si la tierra entera celebra sus virtudes, preconiza sus maravillas, ensalza sus magnificencias, trasmite á la historia sus ilustres hechos, inmortaliza en el mármol ó en el bronce los recuerdos de su beneficencia, los dedica altares, los consagra templos, y alza sobre las ruinas de los imperios, que sucesivamente desaparecen de la gran carta, monumentos imprecendidos á la gloria de los amigos de Dios?

No es empero á esta gloria temporal y efimera á la que debemos aspirar. A la del cielo que nunca fenece, que siempre persevera invariable, que no sufre eclipse, y eternamente dura, esa es á la que yo os invito á elevar vuestras aspiraciones y deseos. Allí donde las almas puras logran asociarse al Cordero sin tacha, donde los corazones humildes conquistan una grandeza sin semejante, donde los espíritus dóciles se ven recompensados con una ciencia infinita, donde á las amarguras de la penitencia suceden las inamisibles delicias de la suprema bienandanza, donde los que en el tiempo aceptaron la Cruz del Redentor y marcharon por la ensangrentada senda del calvario conquistan un trono inmortal y una gloria interminable; allí es donde debeis fijar vuestros ojos y dirigir vuestros suspiros. Dejad á esos génios carnales, que han constituido en un poco de polvo que huelen su única felicidad, el término de sus ideas, y el horizonte único de sus menguados cálculos, dejadles que repten vilmente en este

suelo sin cuidarse del porvenir, y vivan satisfechos en una region donde impera la muerte. En cuanto á nosotros, despreciemos esos bienes de un dia, para optar á la herencia incorruptible é incontaminada que nos está reservada en el cielo; hollemos heroicamente todas las esperanzas del tiempo, para poder merecer las recompensas inmortales que nos estan vinculadas mas allá de esta prestada mansion que habitamos como peregrinos; sacrifiquemos ahora nuestras pasiones y nuestros apetitos, enfrenemos nuestros hábitos viciosos, reduzcamos á estrecha servidumbre nuestra carne rebelde, luchemos valerosamente contra los enemigos de nuestra dicha, bien así como lo hicieron los Santos, si es que deseamos ser un dia con ellos conciudadanos de la celestial Jerusalem y domésticos de Dios. Haciéndonos violencia, podremos arrebatarnos esa corona inmarcesible que ciñen sus sienas; permaneciendo constantes en la brecha llegaremos á obtener la palma de la victoria; é imitando á esos insignes conquistadores, veremos amanecer el dia que no tendrá ocaso, en que comenzará para nosotros el reinado de la paz imperturbable, de la felicidad sin término, de la eterna bienaventuranza.

SERMON

PARA EL DIA DE LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Sancta et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur.

Santo y saludable pensamiento es el orar por los difuntos para que sean libres de las penas de sus pecados.

II. MACHAB. XII. 46.

HAY una voz mas fuerte y poderosa que el grito de las humanas pasiones, la cual las domina todas y se hace escuchar aun en medio de la confusion de los acontecimientos de este mundo, de las intrigas y ambiciones que se disputan su imperio, y de la febril exaltacion que agita incesantemente á las sociedades. Esta voz es la de la religion católica, que á nombre del infortunio habla el lenguaje de la caridad, el idioma de la compasion en interés de los que sufren. Ella es la que en este dia se dirige á las almas sensibles, á los corazones generosos, á los cristianos todos, cualquiera que sea su rango, gerarquía, condicion, estado, raza ó procedencia: porque á todos afecta igualmente, á todos los recuerda objetos caros, dignos de atencion, en todos despierta ideas de ternura y amargas reminiscencias. ¡Oh! Aquí ante estos misteriosos símbolos de la humana fragilidad, en presencia de esa pira adornada con los trofeos de la muerte, delante de ese altar enlutado, y en medio de los lúgubres acentos de duelo y de tristeza que resuenan bajo las augustas bóvedas, el catolicismo haciéndose el eco y la espresion de los mudos sepulcros,

estimula nuestra piedad en obsequio de los que ya no existen para el tiempo, nos pide lágrimas para los que finaron su azarosa carrera en este mundo, y mas que llanto nos demanda fervientes plegarias, solicita nuestras oraciones, exige de nosotros sacrificios espiatorios, y nos hace un deber de ofrecer sufragios por el eterno descanso de todos los fieles difuntos que esperan en el purgatorio el momento de su libertad. ¡Idea sublime! ¡Pensamiento santo al par que saludable! *Sancta et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur.*

Solo el impío materialista, empeñado en destruir la obra de Dios, proclamando el triunfo de la nada sobre las frias cenizas de la tumba, pudiera dudar de este dogma consolador que la religion nos propone. Sola esa escuela nefanda que sobre las ruinas de la inteligencia que hacinó en el mundo en el pasado siglo, se atrevió á cantar el reinado del polvo, cual si este fuese el término de todas las aspiraciones de la humanidad, y ninguna otra cosa quedase que esperar mas allá de la podredumbre y de los gusanos al soberano de la creacion, á la imágen mas perfecta de la Divinidad, al alma formada segun el tipo de un Dios inmortal, sellada con su mismo dedo, vivificada con su propio aliento, y enriquecida con sus destinos, seria capaz de calumniar una práctica fundada en la revelacion, adoptada por la Iglesia, sancionada por la razon ilustrada, y apoyada en la constante tradicion de los siglos. ¡Y qué! ¿Pudieran hacer mella en nuestras creencias los infernales bostezos del materialismo, tan enemigo de Dios como injurioso al hombre? ¿Pudiera amenguar nuestra fé una doctrina no menos repugnante á las ideas que la religion nos ofrece respecto de nuestro origen elevado, que opuesta á los altos destinos á que somos llamados? ¿Pudieran debilitar nuestro hondo convencimiento unos principios que, al par que nos arrancan nuestras mas dulces esperanzas y nuestros mas puros consuelos, atentan contra nuestra esencial grandeza, nos despojan de nuestra mas rica herencia, y escarnecen nuestra dignidad, nivelándonos con los brutos y negándonos los derechos que adquirimos á una vida inmortal?

Pero no, católicos: esta misma solemnidad que hoy se reproduce en todo el mundo cristiano, es por sí sola la mas solemne protesta

contra tamaños errores. Ese numeroso pueblo que, dando tregua á todos los negocios terrenales, viene á hincarse de hinojos ante las sagradas aras, y riega con sus lágrimas el pavimento santo, y volviendo su vista hácia el tabernáculo do mora el eterno Juez de vivos y muertos, despues de haber contemplado con amargura esos misteriosos signos de la humana mortalidad, levanta al cielo sus manos suplicantes en favor de unos objetos que su corazon amó en la tierra y que para él dejaron de existir, está diciendo con silencioso pero elocuentísimo lenguaje, que existe otra vida mejor que la presente; que no entra en el dominio de la muerte ese espíritu criado por el Omnipotente para su gloria; que no es triste despojo del sepulcro el alma redimida con una sangre divina; que los que mueren en el Señor, si bien no purificados suficientemente de las manchas contraidas por la culpa, esperan en un lugar de espiaacion la hora de ser asociados á su eterna bienandanza; que es posible acelerar este momento con oraciones y ofrendas; y que el rogar por ellos es, á la vez que un pensamiento santo, útil, digno y altamente humanitario, un deber estrechísimo, una obligacion de justicia, del que nadie puede dispensarse sin incurrir en la nota de impiedad hácia Dios, y de ingratitud hácia la porcion mas interesante, afligida, digna y necesitada de la humanidad. *Sancta et salubris*, etc.

Esta verdad, reconocida y consignada muchos siglos há por el virtuoso caudillo de los Macabeos, es la que me propongo desenvolver en el presente discurso, no tanto para afianzar vuestra fé, bastante acreditada en el hecho mismo de venir á asociaros á las ideas de la religion, cuanto para estimular mas vuestra piedad. Al efecto me bastará manifestaros «cuán grata es esta práctica al Señor, cuya gloria promovemos, cuán beneficiosa á nuestros hermanos difuntos, cuya libertad aceleramos, y cuán útil á nosotros mismos, por las positivas ventajas que de ella reportamos.» De suerte que el orar por las almas del purgatorio envuelve un triple interés y un triple acto de caridad, hácia Dios, hácia nuestros prójimos y hácia nosotros mismos. Acerquémonos ante todo al trono de Jesucristo á implorar sus auxilios, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Engrandecer á Dios, promover su honra, ensalzar sus atributos y celebrar sus infinitas perfecciones, hed ahí el primer deber que nos impone el cristianismo, el primer acto de nuestra religion fundada en el amor; porque el amor constituye la primera página del gran libro de nuestros destinos. «Amarás á tu Dios y Señor con todo tu corazon, con toda tu alma, con toda tu mente, y con todas tus fuerzas.» Tal es la primera palabra dirigida al hombre, por el que le formó para su gloria, el primer precepto que le impuso, la suprema ley que le diera, en la cual van envueltas todas las demas, porque cuanto está escrito en los profetas se refunde en ese gran deber y de él se deriva como de su fuente. Ahora bien, es una verdad constante, que de ninguna manera podemos manifestar mas positivamente al Señor nuestro amor, que consagrándonos con ardiente celo á multiplicar sus adoradores, conquistándole almas que de continuo le alaben y sirvan. De este modo nos asociamos á los mas vivos sentimientos del corazon de Dios, nos identificamos con su idea culminante, correspondemos á su mas vehemente pasion, si así cabe espresarse; puesto que la gran pasion de Dios, en frase de un sábio, es salvar á sus criaturas, y hacerlas dignas de recibir un dia sus eternas recompensas. ¿No es este deseo insaciable el que le sacó en cierta manera fuera de sí, obligándole á darse todo entero por lo que es nada, á inmolar sus mas caros intereses, á desprenderse de sus mas ricos tesoros, á despojarse del brillo de su divinidad, á aceptar la mortalidad y las miserias humanas, á prodigar su vida, su sangre y todo su sér, por conseguir el rescate del linage desheredado, actos todos de una clemencia divina, que solo puede explicar el amor sin límites con que desde la eternidad venia distinguiéndonos? ¿Cómo, pues, responder dignamente á ese grito de la caridad ardentísima de Jesucristo, que para satisfacer esa sed infinita que le abrasa, nos pide almas que añadir al largo catálogo de los redimidos con su sangre?

La religion nos ofrece un medio eficacísimo de conseguirlo, proponiéndonos la piedad hácia los fieles difuntos como un acto excelente de cristiano celo, en virtud del cual podemos ser sus apóstoles, sus conquistadores, sus héroes, los instrumentos de su mayor gloria. Admiramos, y con razon, la generosidad y el heroísmo de esos hombres que todos los dias, arrancándose á los dulces lazos de la familia y de la patria, van á buscar á través de mil fatigas y peligros, y casi siempre á riesgo de su vida, almas que atraer al redil del eterno Pastor. ¿Y acaso no podemos todos llenar esa mision sublime, sin necesidad de hacer tamaños sacrificios? ¿Por ventura no nos es dable ejercer ese apostolado, sin abandonar nuestros hogares, sin atravesar los mares ni recorrer inmensas distancias? ¡Oh! Aquí mismo, en el seno de nuestra familia, dentro del recinto de nuestros templos, se nos presenta la mas bella ocasion de realizar la accion mas sublime de la caridad divina, ofreciendo nuestras plegarias, nuestros sacrificios y nuestras lágrimas en obsequio de esas almas amigas de Dios, que en el lugar de la espiacion se purifican de sus manchas, antes de entrar en aquella bienaventurada patria do no puede penetrar nada contaminado. No se nos exige, pues, que demos un eterno adios á los objetos mas amados de nuestro corazon, que renunciemos á las bellezas del suelo que nos vió nacer, y nos consagremos lejos del paterno hogar á esa predicacion en que el apóstol deja una gran parte de su vida. Mucho mas fácil y hacedero es lo que de nosotros espera la religion. Demáندانos únicamente la buena voluntad, el buen deseo, algunas oraciones, ciertas ofrendas, con las que, acelerando la libertad de esos ilustres cautivos desterrados temporalmente de la eterna patria, contribuyendo á sacar cuanto antes del fuego espiatorio las almas de nuestros prójimos, y haciendo amanezca para ellas el gran dia de unirse al único centro de sus suspiros y esperanzas, ejercemos un apostolado mas útil y beneficioso á veces que el de la palabra. Frecuentemente sucede que los laboriosos esfuerzos de los heraldos evangélicos, son estériles é infecundos: porque así entra en los incomprensibles planes de la Providencia, á quien cumple dar con el suave rocío de la gracia el incremento á las fatigas del que desparrama la semilla y la cultivá con sus sudo-

res. No así empero en ese otro apostolado, cuyo fruto es siempre seguro. En virtud de la plegaria, estamos ciertos de obtener mas ó menos presto la libertad de esas almas por quienes oramos, y nos cabe la dulce satisfaccion de devolver al seno de Dios unos séres que le son sumamente amables, unos séres que él mismo desea ardientemente poseer y coronar en su gloria, siquiera su inflexible justicia le obligue á tener suspendida sobre sus cabezas una espada que no le es dado arrojar. Nosotros somos los únicos que podemos desarmar su diestra, satisfaciendo las deudas que esas almas predestinadas son incapaces por sí de satisfacer, concluido ya el tiempo del merecimiento. Nosotros podemos lograr que rompan sus cadenas y vuelen á unirse inseparablemente al Señor para amarle sin fin, para glorificarle perpétuamente, para cantar en una eternidad dichosa sus alabanzas, para gozarle y ser con él felices por siglos y siglos.

¡Oh fuerza admirable de la oracion por las almas del purgatorio! ¡Oh fecundidad prodigiosa del apostolado de la plegaria! ¿Y habeis considerado, M. A. O., habeis comprendido cuán grato sea al Señor la práctica de ese apostolado? ¿Comprenderiaislo si supiéseis cuánto sufre el corazon de ese Padre amantísimo al ver encadenadas por la justicia las manos de su misericordia. Son sus imágenes las que en las llamas espiatorias padecen tormentos incalculables, manchadas únicamente con un leve lunar que las desfigurará; ¡y sin embargo, por mas que su amor le impulse hácia ellas, su equidad inviolable las retiene alejadas de su presencia! Son sus miembros misticos, que un poco de polvo deslustra y empaña; ¡y no obstante, aunque desea ardientemente abrazarlos, un abismo inmensurable los separa de él! Son hijos suyos, á quienes alguna ligera infidelidad ha hecho indignos de recibir por el pronto la herencia que les está reservada; ¡y con todo no le es posible alargarles una mano misericordiosa y mostrarles su paternal seno! Jamás humano entendimiento alcanzará á concebir la violencia reciproca que envuelve ese estado de mútua separacion. En aquella vida de eternidad, las almas predestinadas ni un punto se hallan separadas de su Dios por el pensamiento; nada son para ellas las criaturas, nada participan de las

ilusiones del tiempo, en nada influye en ellas el organismo de los sentidos. Dotadas de toda la energía de la inteligencia, y de toda la fuerza y poder de su naturaleza inmortal, abrazan á Dios con la fé, comprenden perfectamente sus grandezas, penetran á fondo que él es todo para ellas, la vida de su vida, el sér de su sér, el bello ideal, la dicha embriagadora que donde quiera presentian y en pos de la cual lanzábanse á cada momento, su único reposo, el centro de sus aspiraciones y el término de su felicidad. Entonces esas almas arrójanse con impetuoso vuelo hácia ese supremo objeto, quieren abrazarle, arden en deseos de poseerle, creen tenerle en sus brazos... pero una valla de bronce las detiene, y van á estrellarse contra la justicia divina que impide á la misericordia realizar su mas bella idea. Pues bien, M. A. O.; eso que á Dios es imposible, nos es á nosotros sumamente fácil. Podemos orar, podemos ofrecer en sufragio de las almas del purgatorio nuestras buenas obras, podemos hacer limosnas y sacrificios, podemos mandar celebrar por ellas ó asistir al santo sacrificio, podemos por consiguiente destruir esa muralla de separacion, romper esa barrera de bronce, franquear las puertas de la celestial patria, devolver al seno de Dios unos séres que tanto ama, y satisfacer de esta manera su mas ardiente pasion: ¿Por qué, pues, no lo haríamos, con tanta mas razon cuanto que á la vez que así cumplimos el mas alto deber de la caridad hácia el Señor fomentando su gloria, llenamos ese mismo deber respecto de nuestros prójimos, contribuyendo á acelerar su libertad?

Y de hecho, M. A. O., nada mas justo y fundado, que interesarnos por unas almas con quienes nos unen los vínculos mas estrechos, vínculos que la muerte, lejos de quebrantar, no ha hecho sino reanudar mas fuertemente. Mas que nuuca son ahora nuestros hermanos en Jesucristo, sellados con el anillo de su caridad, teñidos con su sangre preciosa, miembros de un mismo cuerpo místico, llamados á unos mismos destinos, herederos de un legado idéntico. Hay tambien otra circunstancia que nos hace á esas almas mas interesantes y dignas de nuestra piedad. Nada pueden por sí en el lugar de la expiacion; solo impotentes gemidos pueden lanzar en su desgracia, que como los ecos de una voz lejana se pierden en la

inmensidad del espacio. En vano levantan sus manos suplicantes; en vano demandan compasion; nadie las vé, nadie las escucha, ningun testigo tienen de su cruel martirio mas que el ojo de Dios, cuya vengadora mano descarga sobre ellas sus redoblados golpes. Y nosotros que por la fé sabemos sus sufrimientos, ¿seriamos insensibles á tan amarga pena? ¿Nos desentenderiamos de tanto dolor? ¿Ensordeceriamos á los gritos de la religion, de la naturaleza y de la razon misma, que tan elocuentemente abogan en pró de esas ilustres victimas? ¡Oh! Tenemos en nuestra mano el bálsamo que cicatriza: ¡y dejamos correr la sangre de la herida! Disponemos del agua que puede apagar el incendio: ¡y vemos impasibles cebarse las llamas en unos séres tan dignos de nuestro interés! Se nos ha facilitado la llave para abrir la prision: ¡y abandonamos á su destino esos cautivos, permitiendo giman inconsolables en el ostracismo! ¿De dónde tanta inhumanidad? ¿Qué se ha hecho de esa compasion que frecuentemente mostramos hácia el infortunio? ¿Por qué prodigamos malamente nuestra ternura y nuestro llanto á unos objetos viles y vergonzosos que no lo merecen, y nos mostramos avaros de nuestra piedad hácia quien de derecho la reclama? Tenemos sentimientos generosos para los que en el mundo experimentan, quizás justamente, la huesuda mano de la adversidad: ¡y ni siquiera una leve demostracion de simpatía reservamos para los que en el purgatorio sufren temporalmente los efectos de una justicia que envuelve el mas indefinible amor! ¿Qué principio funesto ha podido secar de esta suerte en nuestros corazones las fuentes de la misericordia? ¡Oh! No lo hagais así, católicos, os diré con el padre San Gerónimo; rociad con abundantes limosnas las cenizas de vuestros difuntos; comprad con ellas las lágrimas de la viuda y del huérfano, lágrimas preciosas que, cayendo sobre las brasas del purgatorio, mitigan su actividad, y las hacen perder todo su rigor.» Y tanto mas debemos hacerlo así, cuanto, en sentir de San Francisco de Sales, la oracion por los difuntos es una limosna verdadera, universal y efficacísima. Rogando por esas almas infortunadas, cubrimos la desnudez del pobre, saciamos el hambre del menesteroso, reparamos el abandono del desvalido, enjugamos las lágrimas del que llora, consolamos la tristeza del afligido; y con

una sola accion cumplimos todas las obras de la misericordia corporal y espiritual. ¡Accion sublime! ¡Caridad perfectisima! ¡Loable limosna que envuelve cuantas cualidades pueden desearse, y que no siempre se hallan en la limosna temporal! Facilidad, oportunidad constante, valor inmenso, mérito efectivo, duracion permanente, todo ello se encuentra en la oracion por los difuntos, por cuanto siempre nos es fácil orar por ellos, siempre necesitan de nuestros ruegos, siempre pueden aprovecharse de nuestros sacrificios, y el resultado de ellos es en último término una felicidad perdurable.

¡Y acaso hemos olvidado que respecto de muchos de nosotros, sobre ser esto un deber de caridad, es tambien un deber de alta justicia? ¿Quién es el que entre esas almas predestinadas no cuenta deudos, amigos, compañeros de su infancia, que acaso espian allí su complicidad en nuestros extravíos? ¡Ah! Quizás personas que nos fueron estremadamente caras en el mundo, experimentan ahora los resultados de su excesiva ternura. Tal vez unos pádres que idolatramos, no reconocen otra causa de sus presentes martirios que una condescendencia llevada en nuestro obsequio á un punto que nunca debió llegar. Acaso.... Pero abandonemos una induccion que se presenta demasiado viva á nuestra mente en este instante, y escuchemos el llamamiento que nos hacen de consuno la religion, la humanidad y la justicia. Somos deudores de un grande acto de reparacion; no tardemos, pues, en pagar esa deuda tan ságrada. Haciéndolo, no solamente llenaremos un deber de caridad hácia Dios procurando su gloria, y hácia nuestros semejantes contribuyendo á su libertad, sino que nosotros mismos experimentaremos de esta práctica los mas felices resultados.

Por mas que esta asercion parezca á algunos infundada, no es menos cierto que orando por los fieles difuntos reparamos lo pasado, merecemos para el presente, y adquirimos derechos preciosos para el porvenir. Y desde luego, ¡cuántas infidelidades han formado la cadena de nuestra pasada vida! ¡Cuántos años, qué de dias hemos malversado, robándolos, digámoslo así, á la gracia del Señor que inútilmente nos brindó con sus auxilios! Dado, pues, que con las lágrimas del arrepentimiento hayamos procurado lavar nuestras manchas; siquiera en las fuentes sacramentales hayamos blanqueado

nuestras almas con las aguas de la penitencia; ¿nos lisonjaremos empero de haber saldado toda la deuda contraida ante Dios á quien ofendimos? ¡Ah! Tremenda responsabilidad pesa sobre nosotros. Bien pudiéramos sacrificar en adelante toda nuestra existencia. ¿Será por eso un hecho menos real y funestamente cierto, que una gran parte, quizás la mas preciosa de ella, se la hemos arrebatado ingratos al que nos la diera? Y ese abismo que abrimos á nuestros piés, ¿podríamos cegarle con nuestro eterno llanto? Pues bien, en la caridad se nos dá el medio de llenarle, reparando todo nuestro pasado. ¿Hemos disputado al Señor una porcion de nuestra existencia? Démosle otra en cambio. ¿Le hemos robado una parte de nuestra alma? Ofrezcámosle otra y muchas mas en indemnizacion de esta. Un tesoro inagotable de celo ábrese á nuestra vista. Descendamos á las prisiones del purgatorio; llevemos á aquella mansion de dolor nuestras oraciones; derramemos sobre aquel fuego el suave rocío de nuestras buenas obras; rompamos con nuestros sacrificios los hierros que encadenan á aquellas almas amigas de Dios; devolvámoslas al seno del que las espera impaciente para coronarlas; y en esta conquista, en esta ofrenda de gran valor encontraremos una abundosa reparacion de nuestros pasados estravíos. Y entonces ¡qué de méritos no adquiriremos para el presente! ¿Creeis que esas almas, una vez colocadas en la mansion de la caridad perfecta, sean indiferentes á los que contribuyeron á su pronta libertad? ¿No es el cielo la patria de la mas positiva gratitud? ¿Cómo, pues, dejarán de interesarse desde allí por sus bienhechores, rogando por ellos, velando por su dicha, intercediendo por su felicidad, procurándoles auxilios eficaces en sus peligros, consuelos en sus penalidades, alivio en sus desgracias? Y en el porvenir ¡qué de intercesores no encontrará ante el acatamiento de Dios quien con caritativo celo procuró libertar del purgatorio las almas de sus prójimos! Solo aquellos que, descuidando ese deber tan sagrado, se olvidaron de los muertos y ni siquiera un liviano recuerdo, ni una breve plegaria supieron extraer de su corazon en sufragio de los que dejaron de existir, podrán temer verse á su vez olvidados en ese lugar de espiacion por donde tendrán que pasar irremisiblemente. Por lo que hace á las almas piadosas y caritativas con los

finados, verificaráse en ellas la gran promesa de Jesucristo: Serán medidas con la misma medida que ellas midieron á sus semejantes; su memoria vivirá fresca en el pensamiento de los fieles, que irán á depositar sus plegarias y sacrificios ante aquel altar donde ellas lo hicieron un día por sus predecesores; donde quiera encontrarán corazones generosos que se interesen por sus destinos y rueguen por su eterno descanso. ¡Cómo se regocijarán entonces de haber escuchado y practicado dóciles los consejos de la Iglesia! ¡Con qué gozo recogerán los sazonados frutos de una caridad para ellas tan fecunda!

¡Haga el cielo, M. A. O., que no sean estériles para nosotros estas sublimes enseñanzas de la religion, que nos propone en un solo acto un triple deber de caridad hácia Dios, hácia nuestros prójimos y hácia nosotros mismos, puesto que orando por los fieles difuntos promovemos la gloria del Señor, contribuimos á acelerar la bienandanza suprema de los que gimen en el Purgatorio, y consultamos al propio interés de nuestras almas! No ensordecamos, pues, á ese grito que se levanta del fondo de las llamas espiatorias, do tan caros objetos tenemos, que hácia nosotros elevan sus manos suplicantes. Mediadores entre dos mundos, el visible y el invisible, subamos en espíritu al cielo, para estraer de allí socorros y consuelos que derramar sobre esas almas infortunadas, llevando á aquellas lúgubres regiones la bella aurora del día de la eternidad. Así nos haremos acreedores á las misericordias del Supremo Juez de vivos y muertos, y mereceremos un día oír de sus lábios el nombre de benditos de su Padre celestial, por cuanto dará por hecho en su obsequio lo que hubiéremos practicado en pró de sus mejores amigos, cual si á él mismo hubiésemos consolado en su afliccion, aliviado en sus necesidades, vestido en su desnudez, visitado en su cautiverio, socorrido en su abandono, enjugando su llanto y procurando su felicidad.

Sea así, Jesus, Redentor amabilísimo; y entre tanto aceptad hoy nuestras plegarias, admitid nuestros sacrificios, recibid benigno nuestras ofrendas en favor de todos los fieles difuntos que esperan en el destierro el momento de volar á la celestial patria. No retardeis un punto los efectos de vuestra clemencia; sientan desde luego los

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN CARLOS BORROMEIO, ARZOBISPO
DE MILAN.



Legem exquisivit, et abstulit omnem iniquum et malum: sancta glorificavit.

Promovió con gran celo la observancia de la ley, esterminó la iniquidad y el vicio, y restauró la gloria del Santuario.

I. MACHAB, XIV. 44, 45.

¿Será posible que en nuestros dias el elogio de un santo haya de convertirse en la apología de la santidad? ¿Tendremos que constituirnos defensores de la virtud, cuando solo debiéramos ser los panegiristas de sus glorias? Por inconcebible que parezca semejante idea, no es menos cierto que á ello nos obligan las circunstancias especiales de un siglo que, desentendiéndose de los principios de una lógica racional, y sin haber aprendido nada con las severas lecciones de la historia, continúa en el pertinaz empeño de calumniar indiscretamente la religion católica, dirigiendo sin cesar sus envenenados tiros al sacerdocio, que es la personificación viviente y la expresión genuina de sus dogmas, de su moral y de su infalible doctrina.

Por dicha nuestra sóbrannos motivos para envanecernos de esa misma oposicion que venimos sufriendo; no solo porque ella es la prueba mas evidente de que hay algo de grande y fenomenal en una clase que ha podido concitar las antipatías, el ódio y las persecuciones de la impiedad, del libertinage y del error, sí que tambien por-

que nos proporciona el grato placer de reproducir nuestras antiguas glorias, renovando la memoria de esos ilustres héroes que han inmortalizado en el mundo sus nombres, á los que han sabido ligar los mas positivos beneficios en bien de la Iglesia y de la sociedad. Con solo pronunciar el de Cárlos Borromeo, nos basta y sobra para hacer enmudecer á esa generacion bastarda, que, desconociendo lo que tanto bajo el aspecto de la influencia religiosa cuanto bajo el punto de vista de la civilizacion debe al sacerdocio católico, atrevese todavía á pintarle como incapaz de prestar útiles servicios, é impotente para realizar la idea del bien y de la felicidad del mundo social. ¡Como si sus doctrinas estuviesen en abierta lucha con el progreso intelectual á que se siente impulsado el siglo, y no fuese él quien consagra, bendice y fecundiza los adelantos de la inteligencia, en los que encuentra siempre en primer término á Dios de quien se derivan!

A los que así piensan en su necio prurito de desprestigiar la tribu santa, no haremos mas que presentarles al gran génio del siglo XVI, destinado por el cielo para ser en su época lo que en otro tiempo el ilustre Simon, hijo de Onías, el esplendor de la religion, la honra del sacerdocio, el orgullo de su patria, la antorcha de la Iglesia universal, la columna firme del templo de la verdad, el defensor acérrimo de la disciplina canónica, el perseguidor constante del error y del vicio, el inclito restaurador de las glorias del Santuario: *Legem exquisivit, et abstulit omnem iniquum et malum: sancta glorificavit.* Ningun otro rasgo pudiera caracterizar mas al vivo al insigne arzobispo de Milan, cuya festividad solemnizamos, á la manera que nadie como este gran prelado ha reasumido en su persona todas las magnificencias de la sublime mision del sacerdocio. Nunca la púrpura romana se vió mas dignamente colocada que sobre los hombros de ese nuevo Aaron de la ley de gracia; jamás desde los tiempos del immortal Ambrosio la silla episcopal se halló ocupada con tanta gloria como en los dias de ese celoso Finées; ni el libertinage, la desmoralizacion y la impiedad sufrieron tan rudos golpes como bajo la mano de ese impertérrito Macabeo, siempre pronto á volar en defensa de las leyes divinas, á pelear por las tradiciones cristianas, y á ven-

gar los desacatos hechos á la Esposa mística del Cordero. Cuando los mónstruos del vicio y las raposas de la herejía, invadiendo la viña de Sabaoth amenazaban arrasarla; cuando la corrupcion de las costumbres, cundiendo con espantosa rapidez llevaba donde quiera el estrago, y arrastraba en su corriente á todos los pueblos; ¿quién como Cárlos Borromeo, asociándose á los Padres del concilio de Trento, trabajó con mas asiduidad por contener el aluvion del mal, promoviendo medidas útiles, dictando sábias disposiciones, fomentando toda clase de medios conducentes á propagar las buenas doctrinas, y creando elementos de restauracion religioso-social?

Hé aquí la idea culminante que el nombre de San Cárlos Borromeo despierta desde luego, y á la que están ligadas sus mayores glorias y las de todo el sacerdocio católico. Ella será la que formará el asunto del elogio que estoy llamado á pronunciar. Mostraros en el insigne arzobispo de Milan «el tipo de la santidad sacerdotal y el bello ideal del celo mas ilustrado por la observancia de la disciplina eclesiástica,» es todo mi empeño: lo primero lo manifestó en su persona, reuniendo en ella toda la grandeza y dignidad de la alta mision que estaba llamado á ejercer: lo segundo lo acreditó con su celo, consagrando á la reforma de los abusos introducidos en la Iglesia toda su vida de pensamiento y de accion. Imploremos los divinos auxilios, etc.

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

Ningun estado exige del hombre mayor perfeccion que el sacerdocio. Llamado á ser en la tierra el representante de la Divinidad en el desempeño de las mas elevadas funciones, debe por lo tanto aspirar á una asimilacion lo mas completa posible con aquel Sacerdote sumo, segun el órden de Melquisedec, que pudo decir con toda verdad: «Sed santos, como yo lo soy; sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial.» En pocos personajes se vió reunida la grandeza y

dignidad sacerdotal con caractéres tan brillantes como en San Cárlos Borromeo. Présaga de las grandes virtudes con que un dia debia iluminar al mundo, fuera sin duda alguna aquella luz misteriosa que surgió sobre el castillo de Arona al nacer ese nuevo astro de la Iglesia, dando ocasion á formar acerca de sus futuros destinos los mas felices pronósticos. Y cierto que no tardaron en realizarse las esperanzas que hiciera concebir, sobre todo desde que un virtuoso sacerdote de Milan, al ver las raras prendas del jóven Borromeo, y su prematura santidad cuando apenas comenzaba á vivir, vaticinó que estaba destinado á ser una de las mas robustas columnas de la Iglesia. Ni podia creerse otra cosa de quien, compartiendo entre el estudio y la oracion los dias y las noches, solo pensaba en prepararse con la práctica de las mas sublimes virtudes á recibir la uncion sagrada, término único de sus aspiraciones. Lejos de Borromeo ese espíritu de sórdido interés, que arrastra desgraciadamente á muchos á escalar las gradas del Santuario, con la única idea de labrar su suerte y de asegurar su porvenir, sobre todo, cuando cuentan con el apoyo del favor. Los pobres son los únicos que disfrutan del pingüe patrimonio á cuyo titulo recibe Cárlos las sagradas órdenes: en cuanto á él, mero dispensador de los bienes que le han sido vinculados, complácese en derramarlos abundantamente sobre los miembros menesterosos de Cristo; no conoce otro goce ni otra delicia mas positiva que la de mostrarse con ellos pródigo de cuanto posee; y cuando una generacion en la cual predomina la codicia y la insaciable sed del oro, ha entrañado en la raza de Aaron sus torpes instintos de venalidad y desmedida ambicion, nuestro jóven Sacerdote hace contrastar admirablemente con estos vicios su heróico desprendimiento, su inagotable caridad y su beneficencia sin limites.

¿Y quién como Cárlos hubiera podido gozar de todas las ventajas de su estado, si hubiese abrigado los sentimientos predominantes de su época? Elevado por su tio el Pontífice Pio IV á la púrpura cardenalicia, y poco despues á la silla arzobispal de Milan, cuando solo contaba ventidos años de edad; llamado á la capital del orbe católico para ayudar con sus consejos al sucesor de los apóstoles y encargarse de los mas árduos é importantes negocios de la Iglesia; ¿no era

de temer se dejase deslumbrar por tanta gloria, y se entregase á los excesos que lleva consigo el fausto y la ostentación mundanal? ¡Oh! Necesitábase ciertamente poseer un alma tan grande y generosa, un corazón tan desprendido de todas las frivolidades que halagan el orgullo, un espíritu tan recto é incapaz de dejarse sorprender por los atractivos de la vanidad, una virtud en suma tan sólida y positiva como la suya, para no incurrir en tan terrible tentación. Pero no era Cárlos de los que, sublimados á cierta altura, se olvidan de sí mismos y de los graves deberes de su misión; no era él de los que abusan de los altos puestos, para dominar desde allí con arrogancia sobre los pueblos cuya dirección les está confiada; no era de los que solo ven en la elevación de la gerarquía el medio de satisfacer sus mas repugnantes caprichos, á costa de los que en inferior escala dependen de su autoridad. Considerábase tanto mas obligado á resplandecer con su vida ejemplar, cuanto es mas alto el sitio que ocupa; y allí donde otros hubieran encontrado especiosos pretextos para dispensarse de las graves obligaciones que lleva consigo el ministerio pastoral, solo ve nuestro santo prelado motivos mucho mas poderosos para ser el primero en la práctica de todas las virtudes evangélicas. ¿Quién mas recto é imparcial que él en la provision de los beneficios y dignidades de la corte romana? ¿Quién mas incorruptible é íntegro en la eleccion de los sujetos llamados á ocupar los primeros destinos de la Iglesia? ¿Quién mas concienzudo y severo en examinar las cualidades y en pesar en la fiel balanza de la justicia los méritos de los aspirantes á todo género de prebendas? ¿Quién mas celoso en promover bajo todos conceptos el esplendor del sacerdocio, eliminando de sus puertas á cuantos á favor del cohecho ó de la intriga intentaban intrusarse? ¿Quién mas tenaz y constante en sostener y defender los derechos del desvalido contra las pretensiones del poder, ó contra las bastardas influencias del oro?

Tal era nuestro héroe en la corte de Roma cuando al lado de su tío gozaba de todo el ascendiente que le daban los lazos del parentesco. Para esto, y nunca para apoyar injustas exigencias, servíase del favor de la Silla Apostólica. Si hubo algunos en cuyo obsequio hiciese valer los derechos de la carne y de la sangre, fueron única-

mente los pobres, los desgraciados, los menesterosos, las innumerables víctimas del infortunio que á él recurrían como á padre y protector. Con el huérfano desamparado, con la viuda sin apoyo, con el anciano destituido de todo recurso, con todas las grandes miserias, con los seres todos privados de porvenir y de esperanzas, era Cárlos la segunda providencia del mundo, no habiendo para él días mas festivos y dichosos que aquellos en que había socorrido mas necesidades y enjugado mas abundantes lágrimas. Lo mismo hacia cuando en el desempeño de la penitenciaría mayor de Roma, mostrábase padre benigno, maestro sábio, médico prudente de todas las almas que recurrían á depositar en su seno las amarguras del corazón y las debilidades de la humana miseria. ¡Con qué caridad tan ardiente tendía á los pecadores sus amorosos brazos! ¡Con cuánta dulzura reprendía sus extravíos para inspirarles el arrepentimiento! ¡Cuán tiernamente mezclaba con las de ellos sus lágrimas, queriendo trasladar á aquellos corazones ulcerados los afectos de su alma expansiva! ¡Con qué tacto tan delicado aplicaba á las llagas abiertas por el vicio el bálsamo vivificador de la religión, desplegando con una elocuencia animada y arrebatadora sus bellas promesas y sublimes esperanzas! Era el tipo acabado de aquel Pastor divino que vino al mundo á buscar la oveja descarriada para devolverla á su aprisco. Era la expresión genuina del sacerdocio católico bajo todos sus aspectos, y el bello ideal de la misión que trajo á la tierra el Salvador de la humanidad.

Pero no se hallaba Cárlos en su centro. En medio de aquella ciudad reina y emporio del catolicismo, echaba de menos la iglesia de Milan cuya grey le estaba encomendada, y de la cual hallábase ausente por la voluntad del Supremo Pontífice. Día y noche suspiraba por volar al seno de aquel rebaño, harto necesitado de sus desvelos: y mil veces insistiera inútilmente ante la Santa Sede, para que le fuese permitido ir á vivir y morir al lado de sus caras ovejas. Amaneció al fin el día para él tan deseado. Pio IV, no sin gran repugnancia, consiente en desprenderse de un hombre cuyos servicios eran de tan inmensa utilidad para la Iglesia universal: y San Cárlos corre á Milan á ser el guía, el conductor, el modelo, el bienhechor universal de aque-

lla diócesi, que tiempo hacia venia experimentando los funestos efectos de su horfandad. ¡Qué momento tan dichoso fué para su alma aquel en que se vió en el lleno de su ministerio pastoral! ¿Visteis el sol cuando, despues de una larga época de dias nebulosos y tristes, se deja ver sobre el horizonte desplegando las galas de su bella claridad, y arrojando en todas direcciones rayos de luz que alegran y vivifican la naturaleza mustia y macilenta? Pues ahí teneis la idea mas cabal de nuestro santo arzobispo en el ejercicio de sus altas funciones. A todos los puntos de su vasta diócesi llegan los resplandores de su celo; todos participan del calor vivificante de sus virtudes. Viéraisle, tan luego como llega á percibir las necesidades de su grey, establecer en su casa el órden mas económico, tanto en el mueblaje cuanto en su trato personal. Viéraisle desprenderse de todos sus beneficios, enagenar dos grandes estados que por herencia patrimonial le pertenecian, vender hasta sus mas preciosos ornamentos, y emplear todo el producto en socorrer la indigencia, en dotar doncellas menesterosas, en fundar asilos para la humanidad doliente, y en promover toda clase de instituciones benéficas en bien del pueblo, mientras él llegó á carecer del necesario sustento, y á no tener siquiera un pobre lecho en que descansar, cuando para todas las miserias encontraba siempre abundantes recursos. Y cuando en dias de eterno recuerdo, se vió Milan bajo el azote mas terrible, convertida la ciudad en un vasto cementerio, hacinados en sus plazas y calles los cadáveres, abandonadas por el egoismo de los poderosos las clases infortunadas, gritando donde quiera las víctimas sin que sus ecos encontrasen la mas leve simpatía, los moribundos llamando en vano quien recogiese sus postreros alientos; ¿quién fué en aquellos supremos momentos de angustia, en aquellas terribles horas de la mas cruel desesperacion, en aquellos dias tormentosos, el único ángel de paz que voló á llevar el consuelo y la esperanza al seno de tantas desgracias? ¡Ah! En vano la insensibilidad enmascarada con el hipócrita antifaz de un simulado interés, pretende aconsejar al santo prelado que huya de aquellos muros dentro de los cuales todo respira infeccion y horror. No lo hará, vive Dios, siquiera haya de sucumbir al lado de su grey. ¿Qué le

importa perder su vida, si todavía puede ser útil á algunas de las infortunadas víctimas de la epidemia? A su lado se hallará constantemente consolándolas, alentándolas y prodigándolas toda clase de servicios. Do quiera haya un ser desgraciado que necesite de él, no esperará á ser llamado, sino que espontáneamente volará á su lecho á ofrecerle los recursos de la religion y de una caridad paternal. Cuando nadie quiera escuchar los gemidos del desvalido, cuando todos ensordezcan á los gritos del dolor, Cárlos será el único que jamás se desentenderá de ellos; para todos tendrá lágrimas en sus ojos, energía en su corazon, amor en su pecho, valor en su alma, constancia en sus brazos y agilidad en sus piés, pasando de las calles á las casas, de éstas á los hospitales, de allí á los campos, siendo donde quiera el génio tutelar de su pueblo, ofreciéndose por él víctima espiatoria ante la divina justicia, ciñéndose un áspero cilicio, cubriéndose de ceniza, atándose una soga al cuello, y trabajando por aplacar con austeridades y sacrificios el brazo vengador del cielo.

De este modo fué en sus dias Cárlos Borromeo el gran Pontífice del Señor, el reconciliador del hombre con Dios, el lazo de alianza entre la justicia y la misericordia, el tipo de la santidad sacerdotal, cuyas grandezas resplandecieron de tal suerte en su persona que, al cabo de tres siglos que han pasado, todavía el perfume de sus virtudes se conserva vivo en el seno de la Iglesia, produciendo sazonzados frutos, á manera de los retoños de un árbol frondoso plantado junto á la corriente de las aguas. Réstanos admirar en él el bello ideal del celo mas ilustrado por la observancia de la disciplina canónica, á la que consagrara toda su energía de pensamiento y de accion.

SEGUNDA REFLEXION.

Yo te he constituido hoy, decia un dia el Señor al profeta Jeremías, para desarraigar, destruir, edificar y plantar en medio de mi

pueblo (1); y en estas breves palabras hállase compendiada la mision del Sacerdocio católico en el desempeño de las funciones pastorales. Nunca como en la época en que vivió nuestro Santo necesitaba la iglesia de Milan de una mano robusta que se aplicase á desarraigar los abusos, á destruir los malos hábitos, á edificar lo que el vicio minára, y á plantar en aquel campo do brotaban los abrojos de torpes pasiones las flores de las mas bellas virtudes. ¡Cuán hondas heridas recibiera la disciplina eclesiástica, merced á las luchas intestinas de los príncipes y á la desmoralizacion completa de los pueblos, faltos de celosos pastores que los condujesen por los caminos del deber! Hasta el mismo clero habia participado no escasamente del desquiciamiento universal; y en tanto que esta clase degradada con los mas repugnantes excesos no se cuidaba de llenar su mision, el error levantaba audaz su erguida frente, cundia de una manera espantosa la herejía, la Esposa del Cordero gemia lastimosamente desfigurada por las pasiones de los que debian ser sus defensores natos, y amenazaba horrible ruina el edificio de la unidad católica.

¡Qué espectáculo tan triste se presenta á los ojos de Borromeo! Vé unos pueblos hambrientos, y sin tener quien los distribuya el pan de la divina palabra. Vé una grey sedienta en los desiertos del mundo, sin que ni una mano celosa la guie á las fuentes perennes de la gracia. Vé una generacion amagada de las terribles consecuencias de unas doctrinas deletéreas que siembran á mansalva la cizaña en el campo del labrador divino, y nadie se presenta á combatir el móstruo y á rechazar el enemigo de los muros de la mística Sion. Entonces su alma ardiente y apasionada llénase de valor y energía; propónese como otro Esdras restaurar las ruinas hacinadas en el seno de la Iglesia y devolver al santuario su antiguo brillo, y jura no levantar mano hasta haber dado cima á aquella obra tan colosal, bastante á acobardar á otro ánimo menos robusto que el suyo. ¡Con qué brio acomete tamaña empresa! ¡Con qué perseverancia tan incansable se consagra á hacer renacer los antiguos dias de fervor, anublados por tantos y tan poderosos elementos de cor-

(1) Jerem. I. 40.

rupcion! Aquí truena contra las costumbres abusivas que han pasado á ser leyes; y escudriñando atentamente como Ezequiel por entre las rendijas del templo los vicios del clero, y estudiando con minuciosidad las causas que han producido le decadencia de la disciplina, aplica los remedios conducentes al efecto. Allí es un Jeremias que desde la sagrada cátedra lamenta con amargura los escesos de su pueblo, ataca de frente al libertinage, persigue hasta sus últimas trincheras el vicio, y exhorta á todos á expiar con la penitencia sus pasados desórdenes. Ora enemigo irreconciliable de la ignorancia, gérmen funesto de gravísimos males, forma academias, diríjese á todas las personas notables en los diversos ramos de la ciencia, crea públicas conferencias donde se discuten los puntos mas esenciales del dogma y de la controversia, y por cuantos medios están á su alcance fomenta el espíritu canónico y le devuelve su primitiva belleza. Ora perseguidor incansable de la heregía y del cisma hace gigantescos esfuerzos por atajar sus progresos, poniéndose de acuerdo con los representantes de diversas naciones, concertando con ellos las mas útiles medidas para precaver el mal, consultando á la Silla Apostólica, y obrando en todo conforme á las instrucciones del Padre comun de los fieles.

¿Y quién no sabe cuán poderosamente contribuyó San Carlos Borromeo á dar cima á la gran necesidad de aquella época, que era la terminacion del Santo Concilio de Trento? Circunstancias harto lamentables motiváran las repetidas interrupciones de aquella ilustre asamblea, llamada á poner coto á la audacia del error y á fijar definitivamente los destinos de la Iglesia, invadida por todas partes de los mas temibles adversarios. Entre tanto el áspid tortuoso vomitaba su venenosa ponzoña, esterilizaba el campo fecundo del padre de familias, llevaba la devastacion y las ruinas al seno del santuario, y aprovechándose de los conflictos políticos y de las guerras que tenían volcanizada la Europa, ganaba un terreno inmenso, desafiando insultante la obra de tantos siglos. Pero habia en Israel un génio privilegiado que velaba incansable sobre sus murallas, y ni de dia ni de noche descansaba, atento siempre á espíar la marcha del incircunciso y del inmundo. Estaba allí Borromeo trabajando con todas

sus fuerzas para cerrar las brechas que la heregía, de consuno con el libertinaje y la inmoralidad, abriera en la Santa Sion; y merced á sus gestiones, el mundo católico vió amanecer aquel día tan deseado en que se dió en Trento el golpe decisivo al error, promulgando una série de leyes sapientísimas, que adoptadas despues por casi todas las naciones europeas é incluidas en sus códigos, hicieron reconquistar con creces los dominios que la verdad perdiera á la sombra de la relajacion.

Bien pudiera ese atleta invencible reposar tranquilo sobre tantos laureles: pero no lo hará así, porque negocios de grande urgencia reclaman en la diócesi de Milán todo el celo de tan ilustre prelado. Allí se consagra con admirable perseverancia á desarraigar la venalidad, la avaricia, el concubinato, la ignorancia y mil otros desórdenes comunes al pueblo y al sacerdocio. Allí su voz autorizada llama al deber á los pastores mercenarios, que, desentendiéndose de las necesidades de su rebaño, le ven con ojo impassible perdido y extraviado en las tortuosas sendas del vicio. Allí nada omite para resucitar la observancia de los sagrados Cánones completamente descuidada; y ya con frecuentes visitas, ya con enérgicas pastorales, unas veces reuniendo sinodos, otras dirigiendo fervorosas exhortaciones, y siempre inquiescente bajo la idea de reforma que preside á todos sus actos, ni siquiera un momento dá tregua á sus tareas. Imposible parecería que un solo hombre bastase para llevar á cabo tantos y tan árduos negocios. A él se debió la fundacion de diversos establecimientos de penitencia, la creacion de colegios de instruccion pública, el fomento de los seminarios conciliares, que desde entonces tantas y tan positivas ventajas han reportado á la Iglesia, como lo prueban bien el decidido empeño que desde Federico II hasta nuestros días vienen formando por su estincion los revolucionarios de todos los paises. Y no se crea que costase poco á San Cárlos Borromeo la realizacion de ese gran pensamiento. ¿Quién podrá imaginar los disgustos, sinsabores y amarguras que hubo de devorar? ¿Quién los ódios, las antipatias, las persecuciones á que hubo de hacer frente? ¿Era por ventura negocio de poca monta evocar un clero sumido en el libertinaje á los graves deberes de su ministerio? ¿Era pequeña empresa rehacer una so-

ciudad en la que los pastores, en vez de ser los conductores de la grey cristiana, eran los primeros en estraviarla con sus perniciosos ejemplos? ¡Cuántas veces, no bastando la suave insinuacion del consejo, tuvo que recurrir al arma del rigor para domeñar unos espíritus indóciles y obstinados! ¡Cuántas, templando sábiamente la amenaza con la compasion, el castigo con la piedad, el anatema con el perdón, tuvo que apelar á toda la energia de su espíritu, para no sucumbir en tan rudo combate! Pero tambien su corazon esperimentó las avenidas del mas puro júbilo, al ver recompensados sus sudores con los frutos mas sazonados; al contemplar restaurada la observancia no solamente en el clero secular sí que tambien en el regular; al observar sustituido el recogimiento á la disipacion en aquellos sagrados asilos, convertidos poco antes en albergues de la mas muelle indolencia.

Verdad es que en esta colosal empresa tuvo que habérselas con gé-nios discolos, aviesos y mal aconsejados, que le opusieron la mas ruda resistencia. Empero no por eso desistió Cárlos de su idea, ni se mostró menos celoso de la gloria de Dios y de los derechos de la Iglesia. ¿Qué importa que, formándose una vasta liga, se formulen contra él acusaciones injuriosas, se le atribuyan proyectos odiosos, se le denuncie antes los príncipes, se logre sorprender la credulidad de los pueblos, y se atente á su misma vida, lanzándose los amotinados en su palacio, y disparándole un arma de fuego, que por dicha no hizo mas que quemar ligeramente el roquete del santo prelado? ¡Ah! Reservábase el cielo para nuevas empresas de su servicio, queria que aun luciese en el católico firmamento ese astro de primera magnitud, y por eso le conservó indemne á despecho de la malignidad y de la perfidia. Todavía despues de este lance sobrevive Cárlos Borromeo para bien del catolicismo, cuya columna mas firme era en su siglo. Todavía su lengua lanza rayos contra los que pretenden usurpar los derechos de la Iglesia; sus manos manejan la pluma para legar á la posteridad treinta y un volúmenes preciosos, que encierran un tesoro de erudicion y de doctrina; sin contar sus instrucciones á los confesores, sus actas, y mil otros preciosos escritos, monumentos permanentes de una santidad heroica que le presenta como el tipo

mas acabado del sacerdocio, y de un celo ilustrado que le acredita como el mas entusiasta defensor de la disciplina eclesiástica; puesto que en su persona supo reunir toda la grandeza y dignidad de su elevada mision, y con sus hechos consiguió llevar á cabo la importante reforma del clero, á la que consagrara toda su vida de pensamiento y de accion: *Legem exquisivit, et abstulit omnem iniquum et malum: sancta glorificavit.*

Hé aquí la gran gloria que, al salir de este mundo, llevaste á la eternidad, oh insigne Cárlos Borromeo. Jamás se marchitarán los laureles de tu diadema. Aun cuando la tierra pudiera alguna vez olvidar tus ilustres servicios, el cielo los tendrá muy presentes para decretarte la debida recompensa. Pero no, no los olvidaremos jamás. Haz que tus ejemplos se graben indeleblemente en nuestras almas; consíguenos del Señor la gracia de imitar tus virtudes; y sírvannos los sublimes documentos que nos dejaste, para vivir en un todo conformes con nuestra vocacion, y lograr al fin de nuestra carrera la suprema bienandanza que disfrutas por los siglos de los siglos.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SAN MARTIN, OBISPO DE TOURS.

In vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum.

Durante su vida levantó de nuevo la casa del Señor, y en sus días restauró el templo.

ECCI. L. 4.

NOMBRES hay en la historia del cristianismo que no pueden pronunciarse sin experimentar un profundo sentimiento de admiracion y de entusiasmo. ¡Cuántas bellezas, cuántas glorias, qué de magnificencias no encierra el del insigne apóstol de las Galias, San Martin, á cuya memoria tributamos hoy estos solemnes cultos! Como quiera que se le considere, preséntase á nuestra vista figurando entre los primeros héroes que mas poderosamente contribuyeron á realizar la idea regeneradora iniciada por el Hombre-Dios, y á fecundar con la semilla evangélica un suelo estéril que solo venia produciendo espinas y abrojos bajo la accion del paganismo, tan enemigo de la verdad como contrario á los progresos de la positiva civilizacion. Todo en la vida del insigne Martin de Tours lleva impreso el carácter de portentoso y sobrehumano. Y no hablo solamente de los innumerables prodigios con que plugo al cielo autorizar sus virtudes y sancionar sus doctrinas, prodigios que bastarian á formar el mas cumplido panegirico de ese varon singular. No hablo del casi universal imperio que ejerció sobre la naturaleza, cuyas leyes parecian

encadenadas á la voluntad del gran taumaturgo del siglo IV. Mayores que estos fueron los milagros de su celo, predicacion y doctrina, con los que consiguió triunfos admirables, victorias extraordinarias y una celebridad que durará hasta el fin de los tiempos, bien así como los beneficiosos efectos de la mision salvadora que con tanta loa llenó en sus relaciones con la Iglesia y con la sociedad. Ambas participaron de sus ilustres hechos; una y otra fueron el constante objeto de sus apostólicas tareas; en bien de aquella y de esta sacrificó una existencia trabajosa, consagrada á fomentar y promover los preciosos gérmenes de restauracion que tanto necesitaba á la sazón aquel país dominado por el arrianismo, á cuya sombra cundian y fermentaban otros mil elementos no menos funestos de ruina y desmoralizacion.

¡ Oh ! No sin un providencial designio viniera desde los desiertos de la Pannonia al centro de la Europa ese génio privilegiado, á quien estaban reservados tan bellos destinos. Hábiale designado el Señor, como á otro Abraham, para ir lejos de su nativo suelo á dar su nombre á una posteridad numerosa, llamada á multiplicarse como las estrellas del cielo. Hábiale elegido, como un segundo Moisés, para capitanear un nuevo pueblo de predileccion, y dirigirle por entre los desiertos de la ignorancia y del error al país prometido á sus padres. Hábiale señalado con el dedo, como á Aaron para ser el intérprete fiel de sus leyes, y el depositario de sus voluntades santas cerca de una raza oprimida durante su larga peregrinacion en la tierra. Hábiale llamado por su nombre, como á Isaías, para rehabilitar las desmembradas tribus de Jacob y convertir los despreciados restos de Israel. Hábiale, en fin, suscitado, como al hijo de Onías, para ser en su época el mas robusto sosten de la casa del Señor, y el mas celoso reparador del augustó templo de la verdad católica: *In vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum.*

Bajo este último punto de vista me propongo considerar hoy á ese varon-inefable, como le denomina la Iglesia, á quien ni acobardaron los trabajos, ni venció la muerte, puesto que ni temió morir cuando los peligros se hacinaban en torno suyo para combatirle, ni rehusó vivir cuando su existencia era necesaria para bien de su que-

rido rebaño (1). Todo de Dios y de su pueblo, nada se reservó para sí sino las fatigas de su apostólico ministerio, los graves disgustos de una mision espinosa y comprometida entonces mas que nunca, las privaciones, sinsabores y amarguras del apóstol, del obispo, del apologista, siempre en guardia contra los mónstruos del error que acechaban su grey, siempre en lucha contra los incansables enemigos de la religion, siempre dispuesto á hacer frente á los tiros venenosos de la herejía, siempre velando sobre los muros de la mística Jerusalem para rechazar los incircuncisos que asediaban el Santuario. Vastísimo campo ábrese á mi vista en la vida del insigne Martin de Tours. Conozco la imposibilidad de recorrerle todo en el breve espacio que me es concedido. Pero ya que no me sea dable concretar á las estrechas dimensiones de un discurso tantas glorias y grandezas tan sublimes, procuraré reunir lo que considere mas digno de vuestra atencion para formar un ramillete de místicas flores que ofrecer sobre el altar de nuestro héroe. Os mostraré en él «un varon santísimo, cuyas virtudes fueron el mas sólido cimiento del edificio religioso que se propusiera restaurar, y cuyo celo y energía pastorales lograron afianzar para siempre el majestuoso templo de la unidad católica.» *In vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum.* Teneis descubierta mi idea: ayudadme á implorar las luces de la divina gracia, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Ser santo en el seno de la religion cristiana, donde todo conspira á alimentar en los corazones fieles á su vocacion las robustas virtudes del Evangelio, empresa es que, si bien no carece de dificultades, nada tiene de imposible; pero santificarse en medio del error, cuando por do quiera cunden los funestos gérmenes de la inmoralidad, del

(1) Eccles. in off. huj. diei.

vicio y de las más repugnantes supersticiones, efecto es de un heroísmo consumado, cuyo origen radica en una gracia especialísima, potente y eficaz del cielo. Por eso sorprende tanto la santidad del héroe cuya memoria solemnizamos. Rodeado desde su cuna de erróneas creencias, de prácticas impuras, de sacrificios profanos, nacido y educado bajo las impresiones de cuanto hay de más repugnante y detestable en el culto pagano, ¿qué otra cosa podía esperarse de Martín sino que, siguiendo en un todo la religión de sus padres, perseverase en las tinieblas de la idolatría, cuyo lenguaje oyera de los labios de la que le amantó á sus pechos, cuyos supersticiosos ritos viera practicar bajo el hogar doméstico, cuyas doctrinas aprendiera en las escuelas donde recibió los primeros rudimentos de las letras? Y, sin embargo, á manera de bella flor que en un campo sembrado de venenosas plantas arroja su tierno tallo y abre su cáliz, embalsamando el ambiente con su grato perfume, así Martín, no bien llegado á la edad de diez años, descubre por efecto de una inspiración divina el gran vacío de su alma, privada de la verdad, falta de la luz sobrenatural de la fé, y envuelta en la tenebrosa noche del error, cuando, dócil al secreto llamamiento de la gracia, detesta en el fondo de su corazón la mentira, corre en pos de aquel Dios que instintivamente conoce ser el único digno de sus adoraciones, rompe los fuertes lazos que le unen á una religión falsa en la que todo es ilusión y engaño, preséntase en el templo de los cristianos, y consignando su nombre en el número de los catecúmenos, comienza desde aquel instante á desplegar todas las bellezas de una virtud precoz que en su día debe admirar al mundo católico.

Obra es del cielo ese primer rasgo de heroísmo con que inaugura su carrera el joven Martín, y en vano pretenderá el paganismo reconquistar tan sensible pérdida. ¿Qué importa que el autor de sus días, despechado con una resolución tan inesperada, se lisonjee de poder sofocar en su origen los sublimes sentimientos de aquella alma generosa, lanzando á su hijo en el ruidoso tumulto de las armas? ¿Qué importa que desde el templo del Crucificado le traslade instantáneamente á los campos de Marte, cual si la licencia, el libertinaje y la desenvoltura que lleva consigo una profesión tan ocasio-

nada de suyo á todo linage de vicios, pudieran estinguir en el pecho de Martin la naciente llama de su fervor cristiano? No lo conseguirás, oh padre mal aconsejado. Frustrados verás tus funestos planes por ese jóven soldado, que, sin faltar en nada al honor del guerrero y á los deberes de leal defensor de su príncipe, sabrá tambien dar á Dios lo que le pertenece, preservándose de la corrupcion, merced á la mas esquisita vigilancia sobre sí mismo, sirviendo al rey de reyes con inquebrantable constancia, observando escrupulosamente sus preceptos, y resplandeciendo por sus virtuosas acciones en medio de una gentilidad ciega é inmoral, como el sol á despecho de las nieblas que se levantan de la tierra. ¿Quién ignora aquel rasgo de caridad heróica que desplegó un dia en las puertas de la ciudad de Amiens, dividiendo con la espada su manto para compartirle con un pobre andrajoso que, aterido de frio, imploraba su compasion? Ciertamente que esta accion generosa solo le valió las befas de sus camaradas y los apóstrofes de los demas soldados, incapaces de comprender la sublimidad de una virtud para ellos desconocida. Pero Martin, mas gozoso con esta victoria que reportára de sí mismo, que si hubiese espugnado una poblacion enemiga, satisfecho con la conciencia de haber llenado uno de los mas graves deberes de la religion, en nada se cuida de lo que pueda pensar el mundo, cuyos elogios no aspira á merecer. Bien presto le vereis emanciparse de él, para afiliarse á otras banderas bajo las cuales desea militar. No tardareis en admirar el generoso desprendimiento con que, renunciando á las bellas esperanzas con que le brinda el trono, menospreciando las magníficas promesas que le hacen sus jefes, y sacrificando el lisonjero porvenir que se presenta á su vista en el servicio de un príncipe terreno, vuela á engruesar los batallones de la cruz bajo la direccion del insigne Hilario de Poitiers despues de haber recibido el bautismo. ¡Oh! Nada os diré de sus rápidos progresos en esta nueva milicia, adiestrado en la escuela de aquel esforzado campeón de los ejércitos de Jesucristo; nada de la avidez con que bebió á torrentes el espíritu de aquel gran génio, la mas brillante lumbrera de su siglo, el héroe de la fé cristiana en aquellos dias de arriesgada lucha, el ornamento de la iglesia de Francia, el martillo de la herejía arriana, el defensor

constante del dogma católico. Inferidlo vosotros del tenaz empeño con que Hilario quiso promover al jóven Martin al diaconado para asociarle á las altas funciones de su ministerio. Deducidlo del fervor con que, atravesando los Alpes, vuela á Hungría á llevar á su madre la luz de Evangelio, logrando á la vez las mas ilustres conquistas en aquel reino envuelto en las espesas tinieblas de la idolatría. ¿Y qué prueba mas incóntestable de su alta perfeccion, que la vida austera y penitente emprendida por ese ángel del desierto en las cercanías de Poitiers? Viéraisle sepultarse en una profunda gruta donde la contemplacion de las cosas divinas forma sus mayores delicias; alimentarse de algunas raices silvestres que le ofrece un terreno escabroso é ingrato; reducir sus miembros á la mas dura servidumbre, y vivir únicamente para Dios con quien se hallan perfectamente identificados todos sus pensamientos. Viéraisle unas veces hecho la norma y el ejemplar de algunos venerables solitarios, que, atraídos por su virtud, solicitan someterse á su direccion: huir otras en busca de sitios ignorados, por sustraerse á los elogios del mundo que le persiguen hasta en su silencioso albergue; echar aquí los primeros cimientos del mas antiguo monasterio de Occidente: asombrar allí los pueblos de las Galias con los prodigios que bajo su mano se multiplican sin cesar; triunfar en un punto de las asechanzas de envidiosos émulos que le persiguen: desconcertar en otro los planes de viles sicarios enviados á darle la muerte. Viéraisle... Pero una vida tan portentosa no se puede reducir á los estrechos límites de un discurso. Preciso es pasar en silencio un sinnúmero de hechos que la historia se ha encargado de consignar en sus páginas, para considerar á San Martin en otro terreno mas vasto, en la altura de la dignidad pastoral á que el cielo le destina, para brillar desde allí en toda la tierra, y legar á las edades venideras los mas ilustres monumentos de un celo sumamente beneficioso á la causa de la religion y al porvenir de la Iglesia. Sus virtudes fueron el mas sólido cimiento del místico edificio que se propuso restaurar; reservado estaba á su energía y constancia darle la última mano, y afianzar para siempre el majestuoso templo de la unidad católica.

Acababa en efecto de vacar la silla episcopal de Tours por

muerte de San Liborio. Todas las miradas se fijan de consuno en Martín para llenar el gran vacío que dejara aquel virtuosísimo prelado. Poco es que nuestro héroe proteste no aceptar jamás un cargo tan espinoso como innecesario en su humilde concepto; poco que intente burlar la vigilancia de los Turonenses, huyendo de su seno para librarse de sus importunas exigencias; poco que suplique, gima, ruegue y solicite con lágrimas no carguen sobre sus débiles hombros un peso tan insoportable. ¿De qué sirve toda la resistencia del hombre, cuando es Dios quien le llama á las empresas de su servicio? ¿Qué importa que se anonade y confunda cuando Dios se propone ensalzarle? El cielo era, pues, quien inspirara la elección de Martín para la silla de Tours; el cielo quien se habia encargado de llevar á cabo la realizacion de este pensamiento. Los hombres solo fueran los ecos de su voz, los agentes de su voluntad soberana; y si bien mediante una feliz sorpresa, nuestro héroe tuvo que sucumbir á la unánime aclamacion de un pueblo entusiasta que le designaba por su pastor.

¡Dichosa grey que mereciste tener á tu frente un hombre tan digno! Tú le viste consagrarse con una abnegacion heroica á apacentarte con los saludables pastos de la doctrina celestial, siempre velando para abuyentar de ti los hambrientos lobos, aplicado constantemente á promover por cuantos medios le eran permitidos los mas preciosos gérmenes de moralidad, desarraigando de un suelo erial é inculto los abrojos del vicio, plantando las mas bellas virtudes, y siendo con su ejemplo, mas aun que con su palabra ardiente y autorizada, tu guia, tu conductor, tu Moisés por entre los escabrosos desiertos de este mundo. Tú le admiraste en medio de su incansable solicitud, buscando en el silencio de la solitaria abadía de Marmoustier, fundada por él, nuevos bríos con que tornar á combatir con los mil elementos de ruina que las pasiones y los errores reinantes hacinaban en el seno de su rebaño. Tú le observaste cuando sustrayéndose momentáneamente á los inmensos cuidados de su Iglesia, iba á llorar los pecados del pueblo, ofreciendo por él el sacrificio incruento para contener el brazo vengador del Altísimo, y á inmolarsé ante las aras de la caridad mas sublime porque no pere-

ciesen sus amadas ovejas. ¿Y no le viste tambien, sin perjuicio de lo que debia al rebaño que le estaba confiado, constituirse en centinela avanzado de la casa de Israel, y ser en su siglo uno de los mas esforzados campeones que se presentaron á luchar contra el paganismo y la herejía, en defensa de la Iglesia universal, cuyos cimientos mináran sordamente, logrando robustecer y consolidar el augusto edificio de la unidad católica?

Hondas heridas recibiera la Esposa del Cordero, á la muerte del gran Constantino. Cortos habian sido los momentos en que bajo el imperio de aquel virtuoso príncipe respiró libre, despues de una lucha sangrienta de tres siglos. Cuando todo parecia augurar una larga era de paz y de ventura, viéronse surgir nuevos poderes que, hostilizando á la verdad de una manera, si no tan violenta, mas peligrosa aun que sus predecesores, creáronla conflictos y trastornos que volvieron á renovar sus antiguas llagas, mal cicatrizadas en el corto espacio que medió entre el triunfo de la cruz reportado por el hijo de Constancio Cloro y el advenimiento al trono de Constantino el jóven, protector del apóstata Juliano. La impiedad de este dejára en el mundo una semilla funesta, que, desarrollada mas tarde merced á la omnimoda libertad de cultos concedida por sus sucesores Valentiniano y Valente, propagó de nuevo la idolatría en el vasto campo de la Iglesia. Viéronse al lado de los templos cristianos elevarse otros templos consagrados á los ídolos, confundidos los altares del hijo de María con las sacrílegas aras en que se hacian ofrendas al demonio; y sobre todo en las Galias, donde los cristianos eran poco numerosos, y éstos no muy arraigados en sus creencias, era mayor el peligro, mas inminente el riesgo, y mas apremiante la necesidad de una mano robusta y diestra, que contuviese el desbordamiento de aquel torrente que amenazaba arrastrar en pos de sí á toda la humanidad. Entonces fué cuando San Martin, acudiendo al llamamiento de la religion perseguida, se presentó en la arena como vigoroso atleta, resuelto á no retroceder hasta haber vencido al enemigo ó sucumbido gloriosamente en la lid. ¡Con qué energía se consagra á la restauracion de tantas ruinas como por do quiera amontona la idolatría! ¡Con qué destreza maneja la cortante espada

de la divina palabra demostrando la impotencia de aquellas falsas deidades que el gentilismo ciego adora! ¡Con qué entusiasmo vuela de un punto á otro, incendiando los bosques profanos, echando por el suelo las aras sacrílegas, arrancando las encinas seculares á las que la ignorancia ofrece un culto supersticioso! ¡Con cuán admirable perseverancia trabaja en esta obra de regeneracion religiosa, hasta no dejar en toda su diócesi un solo altar dedicado á las absurdas divinidades del Olimpo!

Mas no es á mí á quien cumple detallar los triunfos que consiguió Martin en este terreno, los laureles que arrancó al error, los prodigios con que confirmó su predicacion, el inmenso prestigio que adquirió la verdad merced á sus laboriosos desvelos, el incremento que tomaron las creencias cristianas, y el impulso dado al movimiento religioso en una época en que todo parecia vaticinar la ruina del catolicismo. A los historiadores de su vida dejaremos la larga tarea de enumerar las veces que su existencia peligró bajo el ódio y la venganza de los idólatras, las terribles pruebas por que hubo de pasar en el desempeño de una mision tan comprometida y difícil, los pueblos que convirtió á la verdadera fé, y otros mil hechos insignes que le merecieron el renombre de apóstol de las Galias y restaurador de la religion en aquel pais. ¿Y acaso resplandeció menos su celo en la persecucion del arrianismo, secta maldecida que puso en combustion al Oriente y al Occidente, y contra la cual los mas eminentes génios, los mas sábios escritores contemporáneos esgrimieran sus elocuentes plumas sin haber logrado esterminarla?

Hed aquí una de las principales glorias del santo obispo de Tours. Emulo dignísimo de los Atanasios é Hilarios, y animado de un ardor idéntico, propónese combatir sin descanso aquella hidra ponzoñosa que arrojaba el veneno de su boca infernal contra la divinidad del Verbo. Poco importa que los arrianos, sostenidos por la influencia de hombres poderosos, insulten la fé católica con la mayor altanería, porque cuentan con la proteccion del trono contra la desvalida Esposa del Cordero. Podrán en buen hora resistirse á los rayos que fulmina el Concilio de Nicea; podrán protestar de las decisiones de la asamblea mas respetable que vieron los siglos, y entonar prematu-

ramente un himno de victoria, al oír los gemidos del gran Gerónimo que se lamenta de ver casi todo el mundo enredado en las sutilezas de aquella funesta herejía; podrán, en fin, lisonjearse de ver en breve realizados sus planes, y rasgada en cien girones la túnica inconsútil de Cristo, al ver las defecciones de algunos católicos, que medrosos ó alucinados se pasan al bando enemigo. Mas cuenten con que en el fondo de las Galias ha preparado el cielo al que ha de ser su martillo, su perseguidor incansable, el mas decidido campeón de los ejércitos del Dios de Sabaath, llamado á precipitar la ruina del coloso que con tanta audacia provoca al catolicismo. Ved á Martin frente á frente de Auxenzo obispo de Milan, á quien la ambicion y el interés han convertido en patrocinador del arrianismo. Oid con cuánta libertad le habla, dándole en rostro con su apostasía, deshaciendo los sofismas en que apoya sus errores, reduciéndole á un vergonzoso silencio, y haciendo triunfar en su presencia el dogma de la consubstancialidad y demas puntos controvertidos por la secta arriana. Seguidle al palacio de la emperatriz Justina, nueva Jezabel por quien están sostenidos los enemigos de la Nacion Santa, y factora principal de todos los desmanes cometidos contra los indefensos discípulos de la verdad. Ciérrensele norabuena todas las puertas, para que no pueda penetrar en aquel recinto la voz enérgica del nuevo Elias; tómense las mas severas precauciones, para impedir que llegue á los piés del sòlio el grito de la religion oprimida. ¿Qué importa? Martin se abrirá paso hasta el trono, auxiliado por el cielo que le envia; se presentará á Valentiniano, inficionado con los errores de su consorte y débil instrumento de sus caprichos. Si éste se desdeña de escucharle, y le rechaza indignado, Dios volverá por su causa, incendiando con su invisible mano la silla imperial, á cuya vista aquel príncipe desacordado, reconociendo la accion del cielo, se arrojará en los brazos del santo obispo, le colmará de consideraciones, le hará las mas sinceras protestas, y con esto la verdadera religion podrá obrar mas libremente y ensanchar los límites de su accion regeneradora. ¿Qué triunfo! Pero nó era el último que debia coronar el celo de nuestro héroe.

¿Rodéase el usurpador Máximo, dueño del trono merced á la mas

negra perfidia, de una turba de aduladores vendidos á la ambicion, que se hacen los panegiristas del crimen y los perseguidores de la inocencia? ¿Gimen bajo el cetro de hierro del tirano las Gálías, la Inglaterra y la España? ¿Sigue tan funesta marcha el sacerdocio, temeroso de perder su gracia, con mengua de un carácter que pros- tituye vilmente á las exigencias del príncipe? Martin lleno de santo celo vuela á Tréveris, obtiene una entrevista con Máximo, defiende en su presencia los derechos de la justicia oprimida, y logra con su dignidad hacer respetable la independencia eclesiástica, desgracia- damente vilepudiada por los que, dóciles instrumentos de un poder arbitrario, solo consiguieran hacer despreciable el sacerdocio y abrir funestas brechas en la disciplina canónica. Con igual vigor luchó en la causa de los Priscilianitas promovida por los obispos Itacio é Idacio de triste memoria, en la que la jurisdiccion espiritual de la Iglesia, á la que esclusivamente pertenecia este negocio, se vió alta- mente comprometida por la imprudencia de un celo exagerado. Eco fiel del concilio de Zaragoza donde antes se ventilára la cuestion, opónese Martin con toda energía á la intrusion de Máximo, protes- ta de su incompetencia, condena abiertamente el escesivo rigor empleado contra los sectarios, á consecuencia de una apelacion irre- gular presentada por los obispos y dictada por una cruel venganza. Mas ¡ay! ¿Qué envenenada fuente de disgustos y amarguras fué para nuestro Santo este asunto! El que solo arrastrado de un espíritu de ca- ridad escesiva, atreviérase á comunicar con Itacio y los suyos, deseo- so de evitar mayores males, vióse de repente mirado por el cielo con torbo ceño, privado, al decir de su historiador Severo Sulpicio, de aquel dón de milagros que tan alta celebridad le conquistára en toda la tierra, y humillado bajo la mano de Dios, cuando poco há dominaba los elementos, mandaba á la muerte y se hacia obedecer de toda la naturaleza. Pero vos, oh Dios mio, que viste en Martin ese ligero lunar, os complacisteis tambien en contemplar su expiacion, cuando en el sombrío bosque de Grunewald, cubierto de cilicio, pegado contra el polvo, y anegado en amargo llanto imploraba vuestras pie- dades. Vos le admirásteis despues en el lecho del dolor, ofreciéndoois generosamente el sacrificio de si mismo en bien de su amada grey,

y aceptando con sublime resignacion una vida que deseaba abandonar, toda vez que fuese necesaria para la felicidad de unos hijos que en torno suyo gemian inconsolables al verse amenazados de una horrible horfandad! Vos oísteis de sus lábios aquellas palabras que han pasado á la posteridad como un monumento del mas singular heroísmo: » ¡Señor! Si todavía estas ovejas necesitan de mí, hédme aquí; no rehuso el trabajo; cúmplase vuestra voluntad.»

Tales fueron los postrimeros acentos de esa alma grande y generosa; así se espresaba al abandonar este destierro aquel hombre que tanto habia trabajado por la gloria de Dios. Con estos sentimientos pasó á ceñir la corona inmortal aquella gran lumbrera de la iglesia de Francia, el celosísimo apóstol de las Galias, el impertérrito defensor del dogma católico, el esterminador de las supersticiones idólatras, el incansable perseguidor de la heregia, el gran génio suscitado por el cielo en aquella época infanda, para levantar con sus virtudes los sólidos cimientos del edificio religioso que se propusiera restaurar, y afianzar para siempre con su celo el majestuoso templo de la unidad católica: *In vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum.*

Plegue á vos, Señor, hacer revivir en nuestro siglo, harto necesitado de grandiosos ejemplos, el espíritu de Martin de Tours. Nunca como ahora que todos los poderes se han conjurado contra la verdad, y por donde quiera brotan los funestos gérmenes del error bajo diversas formas, reclama vuestra iglesia apóstoles fervientes, celosos apologistas y pastores incorruptibles, que velen por su rebaño con tan incansable perseverancia como nuestro héroe. Enviadnos, pues, esos hombres llamados á restaurar las ruinas que dejó tras sí una larga época de aberraciones y trastornos; para que recobrando la Esposa del Cordero su primitivo esplendor, tengamos en el tiempo la dulce satisfaccion de admirar sus magnificencias, y podamos aspirar á las perdurables delicias de la eternidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SANTA GERTRUDIS, VIRGEN.

Quæsi vi sponsam eam mihi assumere, et amator factus sum formæ illius.

Me propuse elegirla por esposa, y quedé enamorado de sus gracias.

SAP. VIII. 2.

¡CUÁN grande es la dignidad del alma humana! ¡Cuán incomprendibles son las bellezas que encierra! ¡Qué de magnificencias atesoró en ella la mano del Criador! ¡Ah! En ella ve su imágen perfectísima, trazada con los caracteres de una semejanza que la confundiria con su propio artífice, á no hallarse unida á una materia térrestre y corruptible. En ella registra los rasgos mas brillantes de su divinidad, y se complace en contemplar con entusiasmo la obra mas acabada y singular que pudo concebir su imaginacion fecundísima. No es de extrañar que á veces se manifieste tan pródigo de sus dones, tan liberal en derramar sus mas preciosos carismas, y tan empeñado en hacer gala de su munificencia respecto de ciertas criaturas, que han sabido comprender la grandeza de su sér y lo sublime de sus destinos. Ni debe chocar tampoco que cuando un alma por su inocencia y candor se ha hecho digna de las complacencias divinas, llegue el Señor á enamorarse de ella, á solicitar sus caricias, á buscar con ansia las delicias de una union estrecha é indisoluble, formando con ella un lazo de amor celestial, que ni puede romper la muerte ni es bastante á quebrantar la eternidad.

Hed aquí el gran fenómeno que vemos verificado en la ínclita Santa

Gertrudis, flor bellísima del ameno vergel de la Iglesia católica, azucena cándida del místico huerto del Dios de las vírgenes, cuya alma, llena de pureza, rica en inocencia y candor, y hermoseedada con las mas heróicas virtudes, tanto llamó la atención de Jesucristo que la eligió por esposa predilecta, unióse á ella en celestial consorcio, y tiernamente enamorado de su beldad, la inundó de sus gracias, hizola participante de sus mas inefables dones, compartió con ella el inagotable tesoro de sus carismas, y la distinguió con sus mas intimas comunicaciones: *Quæsiui sponsam eam mihi assumere, et amator factus sum formæ illius*. Cierta que pocas tal vez supieron corresponder tan fielmente á este rasgo de familiaridad divina, como la santa virgen cuyos cultos celebramos. Al nombre de Gertrudis va unida inseparablemente la idea de la mas completa donacion de sí misma, del sacrificio mas sublime de todos sus pensamientos, deseos y aspiraciones, de la abnegacion mas heróica, del amor mas ferviente hácia aquel Dios á quien desde la aurora de su sér consagrara sus potencias y sentidos, hiciera total entrega de su corazon, é inmolara sus mas naturales afectos, deseosa de pertenecer á él solo, de ser toda suya, de identificarse en un todo con el objeto único y exclusivo de sus delicias, y de vivir y morir con él como una víctima preciosa de su caridad inestinguible. ¿Cómo, pues, no habia de recompensar largamente el celestial Esposo tantas virtudes, tanta fidelidad y tanto amor? ¿Cómo pudiera dejar de mostrarse con su constante Esposa tan solícito en engrandecerla cuanto ella lo era en humillarse, tan empeñado en enriquecerla cuanto ella lo estaba en celar la honra de su amado, tan diligente en velar por su indemnidad cuanto ella en promover su gloria, tan incansable en favorecerla con celestes visiones y gustos anticipados de la bienandanza inmortal que la reservaba, cuanto ella en ambicionar las amarguras de la Cruz y las espinas del Calvario?

— ¡Ah! Seria perderse en el insondable abismo de tantas grandezas, el pretender siquiera vadearle. Solo las almas que por una larga esperiencia en la escuela del amor divino han llegado á familiarizarse con ese lenguaje tan estraño á la generalidad de los mortales, pudieran comprender lo que en el corazon de Gertrudis produjo esa

misteriosa llama, y lo que en el de Jesucristo hiciera con relacion á su fidelísima Esposa. Tampoco seré yo quien intente abordar ese océano. Quizás, profano como soy á esa ciencia sublime, lejos de acertar á interpretar dignamente sus secretos, solo conseguiria profanarlos con mi tosca lengua; ni tampoco vosotros os hallaríais en el caso de apreciar lo que no alcanzaríais á concebir. Sin abrigar, pues, la menor pretension en este punto, y separándome cuanto me sea permitido de un terreno resbaladizo en que tal vez pudiera peligrar, me limitaré únicamente á recoger ciertos rasgos característicos de la vida de nuestra heroina, que bastarán á demostrar cuán íntimo fué su amor hácia el divino Esposo de su alma, y cuán generosa la correspondencia de éste para con ella: puesto que si Gertrudis no pudo llegar á mas alto grado de perfeccion que consagrándose totalmente al Señor, tampoco el Señor pudo llevar mas allá su munificencia que entregándose sin reserva á su amada: *Quæsi vi sponsam eam mihi assumere, et amator factus sum formæ illius*. Hed aquí la idea que me propongo esplanar en el presente discurso.

Dios de las vírgenes, Esposo de las almas puras, mi lengua es demasiado tosca para poder elogiar dignamente á tu enamorada Gertrudis, y espresar los misterios de amor recíproco que se verificaron entre ambos. Preciso es me comuniquéis un destello de vuestra luz soberana, si he de entrar en ese abismo insondable de las perfecciones de vuestra Esposa, y de los carismas y dones con que correspondisteis á su total donacion. Séame hoy propicia la intercesion de vuestra augusta Madre, la Virgen por excelencia: y para merecerla, la saludamos reverentes con las palabras del Angel:

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

¿Quién pudo jamás penetrar los designios amorosos de Dios respecto de aquellas almas que escoge para hacerlas participantes de sus grandezas? ¿Quién fué capaz de comprender de lo que es sus-

ceptible el corazón humano, cuando el Señor se propone hacer de él el receptáculo de los inefables dones de su gracia? Cuantas veces he meditado acerca de la prodigiosa virtud de Gertrudis, y traído á mi memoria los brillantes rasgos de su historia, confieso que mi anonadamiento, mi confusion, mi asombro han llegado al mas alto punto. ¿Y á quién no admiraria ver una criatura que desde los primeros instantes de su vida parece toda impregnada de la idea de sus futuros destinos, y cual si tuviese el mas elevado conocimiento de aquel Sér infinito á quien debe su existencia, toda la consagra á su servicio? ¿Quién no se llenaria de pasmo al contemplar una niña inocente, que, en el momento mismo de recibir sobre su cabeza las aguas regeneradoras del bautismo, se inicia en los profundos misterios del amor divino, fijando sobre la imágen de Jesucristo pendiente del altar una mirada de inteligencia, con la cual espresa de la manera que le es dado hacerlo en aquella tierna edad, su adhesión total al que desde entonces es el único objeto de sus delicias? Quizás los espíritus despreocupados hubieran considerado esta circunstancia como una mera casualidad sin ulteriores resultados. Mas al ver á Gertrudis toda ocupada de su Dios entre las fajas de la infancia; al escuchar cuál suspira por el amado de su corazón, cuando, según las leyes comunes de la naturaleza, es incapaz de darse la razón de sus actos; al observar la inquietud con que apenas sabe andar, busca por do quiera á Jesucristo con igual y aun mayor afán que quien corre tras un tesoro escondido; al contemplar en fin el entusiasmo con que se consagra á todas las prácticas de la Religión, el fervor con que ora á los pies del Crucificado, las lágrimas que vierte por no poder abandonar un mundo que la había, justamente cuando tantos encantos y atractivos ofrece á las criaturas en la época de las ilusiones infantiles; ¿pudiera atribuirse una virtud y perfección tan precoces á una impresión pasajera del momento, ó á una preocupación hija de un punible fanatismo?

Tal pudiera considerarse la heroica resolución con que á los cinco años renuncia á los placeres y glorias del siglo, para ir á sepultarse en los claustros de San Benito, asociándose al coro de las castas vírgenes esposas del Cordero inmaculado. ¡Fenómeno singular! ¡Sacrí-

ficar su libertad cuando naturalmente mas se ambiciona y apetece! ;Encerrarse en la oscuridad de un monasterio cuando comienzan á vislumbrarse las bellas esperanzas de un halagüeño porvenir! ;Morir al mundo cuando éste despliega sus mayores galas, y todo en él sonríe y arrulla blandamente en torno de un sexo tan frívolo como impresionable y naturalmente propenso á las caricias del amor! Pero Gertrudis era la escepcion de su sexo. Amaba ya cual ninguna en sus tiernos años: pero su amor tenia un objeto mucho mas elevado; solo un Dios podia llenar los vastos senos de su corazon. Ansiaba la libertad; pero esa libertad que no encadena la voluntad del hombre; esa libertad que se sobrepone á las exigencias de un siglo egoista y tirano; esa libertad con que el espíritu, salvando el espacio, se remonta hasta el seno de la divinidad, y desde allí domina todos los sucesos del tiempo; esa libertad con que el alma, despedazando unos lazos fabricados por las pasiones y los vicios, anhela ser toda de Jesucristo mediante una completa donacion de su inteligencia, de su voluntad y de todo su sér.

Estas fueran las aspiraciones de Gertrudis. Amar á su esposo celestial cuanto podia, cuanto sabia, cuanto cabia en un corazon tiernamente enamorado; ser toda de él mediante una completa identificacion de ideas, de pensamientos, de afectos y de deseos; pertenecerle esclusivamente sin la menor mezcla de aficion terrenal; ser á imitacion suya humilde, dulce, paciente, resignada, obediente, mortificada; vivir á su ejemplo como una víctima constante de toda clase de sufrimientos, crucificada, angustiada, muerta al mundo y á todo cuanto encierra anhelando solamente á los goces de la inmortalidad divina: héd ahí lo que desde luego se propuso nuestra heroica Virgen, y lo que efectivamente realizó de la manera mas asombrosa. Porque no tenia otras miras que servir y agradar á su celestial Esposo, «era, dicen los historiadores de su vida, aunque niña en los años, anciana en la discrecion, la primera en las divinas alabanzas, la mas exacta en las vigiliass nocturnas, la mas fervorosa en la oracion, la mas instruida en la ley del Señor, en la humildad la mas humilde, en la obediencia la mas puntual, en la caridad la mas ardiente, en la castidad la mas pura, en toda virtud la mas per-

fecta (1).» Porque solo ansiaba saber á Jesucristo Crucificado, como el grande Apóstol de las Gentes, expió con el mas amargo llanto la afición que mostró un dia á las ciencias humanas, y á la demasiada intensidad con que se dedicára á su estudio con algun menoscabo de su primitivo fervor religioso. Porque habia cifrado toda su dicha en padecer con Cristo y por Cristo cuantas penalidades toleró él por amor de la humanidad, ni una sola vez se debilitó su energia en medio de los mas acervos dolores, de las gravisimas enfermedades, de los amargos reveses y de los trabajos sin cuento que hubo de experimentar, firme siempre en su confianza, imperturbable en su amor, alegre en las tribulaciones, jovial en los momentos en que mas arreciaba la tempestad, é inmóvil como una roca cuando el huracan de las adversidades soplabá en torno suyo con mayor violencia. Porque su idea culminante era ensanchar en lo posible los dominios del Rey Supremo, y hacer que donde quiera tuviese Jesucristo vasallos y adoradores, trabajaba por fomentar y promover su gloria, orando, exhortando, escribiendo, inmoldándose en expiacion de los escesos de su siglo, pidiendo por la conversion de los pecadores, ofreciendo incesantes sufragios por las almas del purgatorio, y estendiendo á todas partes la accion de su ardiente celo. ¡Cuánto hubiera dado Gertrudis por tener en sus manos todo el universo para poder presentarle en ofrenda ante el trono de su divino esposo Jesús! ¡Tan elevadas eran sus miras, tan nobles sus aspiraciones, tan altos sus pensamientos, tan ardiente la llama de su caridad! ¿Ardiente he dicho?... Hablé mal; hubiera debido decir inmensa, escesiva, casi infinita. ¿Deseais una prueba incontestable de esta asercion, si es que os parece hiperbólica? Escuchadla.

Nada creo pueda haber que con mas ardor desée un alma enamorada de Dios, que la posesion de su gloria, el goce de su esencial bienandanza, la intuitiva vision de sus infinitas bellezas y perfecciones. ¿No era esto lo que obligaba al rey profeta á esclamar incesantemente: Señor, mi alma se lanza hácia vos con la vehemencia de unos deseos mas ardientes que los del ciervo herido que busca las

(1) Fr. Juan de Castañiza, Vida de Sta. Gertrudis, part. I. c. 3.

fuentes de las aguas: ¿cuándo me remontaré hasta vuestro sólio y disfrutaré de vuestra presencia? ¿No era esto lo que á un San Pablo le hacia gemir de continuo y desear la pronta disolucion de los lazos que le tenian adherido á un cuerpo corruptible? ¿No era esto por lo que los anacoretas se sepultaban vivos en las grutas de los bosques, los mártires volaban entusiasmados al suplicio, y ni las llamas, ni los dientes de las fieras, ni las espadas de los verdugos, ni cuantos tormentos inventára la mas esquisita tiranía bastaban á debilitar su constancia? Pues bien, el heroismo de Gertrudis rayó mucho mas alto. Por amor de su celestial Esposo está pronta á renunciar á la inefable dicha de poseer su gloria; á trueque de fomentar sus grandezas y multiplicar sus conquistas, no vacila en renunciar á la diadema inmortal del cielo; con tal de agradarle y complacerle, le importa poco sacrificar si es necesario su misma bienandanza. Indiferente á la vida ó á la muerte, igualmente resuelta á lo uno ó á lo otro, porque su voluntad es la de Dios, sus deseos cumplir en todo su beneplácito, y su felicidad no apartarse un punto de los designios que sobre ella tiene el cielo, lo único que codicia es amar sin intermision á Jesucristo, hacer que todas las criaturas le amen y sirvan, comunicar á todo el mundo los incendios de su corazon. Por lo demas, ¿qué hay para Gertrudis en la tierra ni aun en el cielo capaz de escitar su ambicion? Su carne desfallece, su espiritu se anonada, su corazon se derrite, su alma se siente herida de amor hácia aquel que es la única vida de su vida, su esposo, su alegría, su gloria, su herencia; pero de un amor tan generoso, tan noble, tan desinteresado y heróico, que ninguna recompensa espera ni busca mas que el convencimiento de cumplir con un deber á que se siente irresistiblemente impulsada. Dad, pues, á Gertrudis almas rendidas ante la Cruz de su Salvador, dadla corazones que se inmolen ante las aras de la religion, dadla pecadores convertidos, pueblos fieles á la ley divina; dadla si es posible un mundo que con voz unánime celebre las magnificencias del Señor, y entonces estará satisfecha, nada pedirá mas; porque, cual otro Javier, ni la gloria la mueve á amar á su Dios, ni el infierno la afecta para dejar de amarle; porque, á manera del gran Loyola, su gracia y su amor constituyen las únicas riquezas

que aspira á atesorar ; porque , como Agustin , no ama á Jesucristo por lo que puede darla , sino por lo que es , por lo que vale , por su bondad suma , por su infinita santidad , por sus inmensas perfecciones. De resto , si alguna cosa la aflige , es no padecer mas por su amado , cuando en torno de ella parecían haberse hacinado todos los dolores , todas las adversidades , todas las angustias , y enemigos crueles , y luchas terribles , y durisimas pruebas bastantes á acabar con la constancia de los mas esforzados héroes. Si por algo llora y se lamenta en presencia del Redentor , es porque no la es concedido experimentar toda la acervidad y amargura de su cruelísima pasion y muerte , en cuya meditacion encuentra un manantial fecundo de amor y caridad indecibles.

Imposible parece que á tanta altura de perfeccion pudiera llegar una simple criatura : y sin embargo ello es así. Preguntad á la misma Gertrudis , y ella os confesará no haberse separado un solo instante de su dulce esposo , viviendo siempre unida á él en toda su vida de pensamiento y de accion. Interrogad á sus cronistas é historiadores , y ellos os dirán que jamás se vió quebrantada aquella suave cadena de amor que desde su cuna la eslabonó con Jesucristo ; que sus palabras no tenian otro objeto que el de comunicar este fuego á cuantas personas trataba ; que velando ó durmiendo , trabajando ó descansando , en todo tiempo y circunstancia hallábase como embriagada de ese sagrado licor que engendra la virginidad ; que ni la envanecieron las prosperidades , ni la acobardaron los reveses , ni los favores la ensoberbecieron , ni las humillaciones enervaron su energía , sino que siempre inalterable , solo buscó en todo la gloria del Señor , extasiándose en su presencia , regalándose con su memoria , gozándose en su union , siéndola acibar , tormento y muerte todo cuanto no se referia á su amor. ¿Cómo , pues , era posible que Jesucristo no correspondiese dignamente á esta donacion total de su casta esposa ? ¡ Ah ! Concededme todavía algunos momentos mas vuestra indulgente atencion , y vereis que si Gertrudis no pudo llegar á mas alto grado en su consagracion omnimoda al objeto de sus amores , tampoco éste pudo llevar mas allá su munificencia y liberalidad en obsequio de su amada.

SEGUNDA REFLEXION.

Cosas hay que serian mejores para sepultarlas en el santuario de un religioso silencio, que para lanzarlas á la publicidad, esponiéndolas á los mordaces tiros de una crítica insana y soberbia. Las gracias con que Dios se dignó recompensar la fidelidad de su esposa Gertrudis, pertenecen á un órden tan elevado, que á no haber sido reveladas por un conducto tan autorizado, y recibido la sancion de la Iglesia, columna y fundamento de la verdad infalible, no nos atreveriamos á tomar acta de ellas, ni menos á hacerlas figurar en el elogio de tan ilustre santa. Mas, porque el racionalismo incrédulo sea incapaz de comprender los misterios de bondad y de misericordia realizados por el Señor en favor de las almas que eligió como trofeos de sus grandezas; porque un siglo materialista é impío no alcance á concebir lo que un Dios puede obrar en un alma que ha sabido identificarse con él y conquistar todo su afecto; ¿habremos de privarnos de manifestar unos hechos que tanto contribuyen á glorificar y ensalzar la divinidad, mostrándonos su infinita munificencia y su inefable liberalidad con los que le aman y sirven? No, católicos: y por lo tanto, si bien temeroso de perderme en el insondable abismo de dones con que el divino Esposo enriqueció á Gertrudis, me atreveré no obstante á referir algunos de ellos que puedan daros una justa idea de la union íntima y de la recíproca comunicacion de amor que reinó entre ambos.

No es posible concebir cosa mas prodigiosa y sorprendente en este punto. Confieso no haber experimentado jamás una impresion tan honda como al leer en la vida de nuestra Santa las siguientes palabras, dichas por Jesucristo á un alma virtuosa que le rogaba por Gertrudis: «Yo soy todo suyo; á ella me he entregado prisionero de su pureza y santidad; porque el amor de la divinidad la ha unido tan inseparablemente á mi corazon, que la ha hecho una misma cosa conmigo, al modo que el oro y la plata, derritiéndose en el

»fuego, se funden é identifican en un mismo metal (1).» Y en otra parte añade: « Que la habia incorporado á si con toda la virtud de » su divinidad , tanto que su corazón deífico se enternecía en presen- » cia del corazón de su sierva, como un copo de nieve se deshace y » liquida al contacto de un fuego abrasador (2).» Harto conozco que este lenguaje es una letra muerta, un libro cerrado, un idioma ininteligible para los que no han gustado las celestiales dulzuras de esa mística union que eleva el alma hasta la esencia divina, ni quebrantado los sellos del gran volumen que encierra los misterios del Corde- ro. Yo mismo, señores, seria el primero en dudar de unos prodigios que no acierto á esplicarme; empero, cuando registrando las páginas de la historia de Gertrudis, veo confirmadas con hechos auténticos esas altísimas revelaciones, no solamente se desvanecen todas mis dudas, sino que no puedo menos de engrandecer y alabar al autor de tamañas magnificencias. Que la dignacion de Jesucristo llegue al extremo de aparecerse á su esposa en la oracion, transverberando su seno con una flecha de oro , á cuyo contacto la llama del amor divino experimenta un acrecentamiento tal que llega á hacerse visible; que su intimidad raye en el extremo de mostrarla los recónditos secretos de su sabiduría, ilustrándola con una ciencia profundísima de los misterios de la religion; que fuertemente enamorado de su interior belleza la entregue su corazón protestando querer ser todo suyo para siempre; que en prueba del placer con que admite sus obsequios, traslade á ella su imagen perfectísima, la regale con dulcísimos coloquios, la trate con la mas íntima familiaridad, la reitere una y mil veces los juramentos de una adhesion inquebrantable; que ora, como á Samuel, la haga oír frecuentemente su dulcísima voz, conversando con ella cual pudiera hacerlo un amigo con otro amigo: ora, como á Jacob, la muestre en misterioso ensueño la gloria de los ángeles, adormeciéndola blandamente con la armonía de los celestes coros; que aquí, como á Moisés, la dicte sus leyes y preceptos de vida para trasmitirlos despues en preciosas páginas

(1) En el lugar antes citado, part. I. c. 13.

(2) Ib. c. 14.

al pueblo creyente: ó allí como á los profetas la revele los ocultos secretos del porvenir, descubriéndola el estado de muchas almas sumergidas en el letargo de la culpa; ó, en suma, que como á la esposa de los Cánticos, la convide á entrar en la bodega de sus esquisitos vinos, la embriague de amor, la acaricie y regale con los dictados de paloma, querida, bella, enamorada; todo esto, repito, y mucho mas que me veo obligado á pasar en silencio por no traspasar los limites de un discurso, si por una parte demuestra respecto de Jesucristo un exceso de predileccion que solo puede explicar y justificar su infinita bondad, ¿no prueba tambien, por otra, los grandes merecimientos que Gertrudis supo atesorar en su alma, cuando hasta tal punto pudo escitar el amor, la benevolencia, la familiaridad, el cariño, la intimidad del que es por excelencia el esposo de las vírgenes?

— ¡Oh! Nadie estrañe esa reciprocidad de afectos, de sentimientos y de amor entre un sér inmenso y un sér limitado, entre un Dios y su hechura. No se rebaja la Magestad divina cuando para hacer ostensible los tesoros de misericordia que encierra hácia la humanidad, desciende hasta ella para elevarla del polvo y hacerla sentar con los príncipes de su pueblo segun el lenguaje profético en el sólio mismo de su gloria. No desmerece en nada su inmensurable grandeza, cuando para recompensar la fidelidad del miserable mortal, manifiéstase con él pródigo de sus dones quien tiene la mas especial delicia en morar con los hijos de los hombres. Por eso aunque veais que Jesucristo, redoblando cada vez mas su amor hácia Gertrudis se complazca en multiplicar en favor de ella los rasgos de su divina familiaridad, siquiera le admireis imprimiendo en sus carnes virginales los caractéres de la redencion cual lo verificára un dia con el seráfico Francisco, por mas que le observeis empeñado en derramar sobre ella los mas copiosos torrentes de luz celestial, elevándola á unos conocimientos que acaso ninguna otra criatura llegó á reunir, alabad, sí, y engrandeced al autor de tales maravillas, pero de ningun modo abrigueis la menor duda. ¡Ah! Es que esa antorcha está próxima á estinguirse para el mundo, porque Dios la destina á resplandecer en perpétuas eternidades. Es que esa existencia feno-

menal va á ocultarse momentáneamente en la tierra, para subir al cielo á recibir las palmas inmortales que ha sabido conquistar á fuerza de heroismo en la gran lucha del amor. Es que el esposo ha llamado á sí la Esposa para introducirla en el celeste tálamo, do la esperan ejércitos de vírgenes que traen en sus manos laureles inmarcesibles y coronas de eterno verdor... Hedla ya dispuesta á volar al seno de su amado. Por él gime como la candorosa tortolilla ausente del que con ella compartió su nido; hácia él se lanza con ardientes suspiros; su presencia reclama con penetrantes dardos de amor. «Jesus mio, » esclama fuera de sí, amor de mi corazon, deseado y pedido mi- » llares de veces: ¿cuándo cumplirás mi deseo y satisfarás mis án- » sias? Ven y no tardes, Rey de las alturas; príncipe de las eterni- » dades; ven, Señor bueno, Esposo amado, complemento de mis as- » piraciones y descanso de mi alma. Sin tí no estoy en mí; contigo » tengo vida, ausente de tu vista todo es muerte, alliccion y do- » lor... (1)» Así se liquidaba aquella alma en los últimos momentos de su existencia en el mundo. De esta suerte se evaporaba como el oloroso incienso que en nubes de humo traspasa el espacio y vá á perderse en las estrelladas bóvedas del firmamento. Pero si su espíritu libre ya de las ligaduras de la carne vuela á unirse con el que le criára, en la tierra quedan los mas insignes monumentos de su prodigiosa santidad. Donde quiera los mas visibles milagros atestiguan la gloria que disfruta en el seno de su amado, la que viviendo fué toda de su Dios, consagrándole sus pensamientos, sus ideas, sus aspiraciones, mediante una donacion perfecta de todo su ser, y en virtud de un amor tan puro, tan desinteresado, tan generoso y heroico, que logró arrebatár todo el afecto del celestial Esposo, merecer sus mas inefables dones, gozar de su mas íntima familiaridad, ser enriquecida con sus mas preciosos tesoros, y poseer todo su cariño: *Quæsi vi sponsam eam mihi assumere, et amator factus sum formæ illius.*

— ¡Oh tú, vírgen heroica, esposa amada del Cordero inmaculado! Recibe nuestros parabienes por tantas grandezas como en tí atesoró

(1) En el lug. cit. part. III. c. 3.

el amor de un Dios ardientemente enamorado de tu candor é inocencia. No sean empero estériles para nosotros tus preciosos ejemplos. Si bien nos reconocemos muy distantes de la altísima perfeccion á que te elevaste; siquiera estemos persuadidos de que no á todos es dado encumbrarse á un grado de comunicacion tan íntima con la divinidad, no por eso estamos menos ciertos de que nada hay imposible para los que dóciles á las inspiraciones de la gracia saben corresponder á las finezas del Señor, generoso siempre y estremadamente pródigo de sus favores con las almas puras que le eligen como centro único de sus aspiraciones. Y cuando no podamos optar á una perfeccion tan extraordinaria, por lo menos consiguenos que marchando constantes por el camino de las virtudes comunes á todo cristiano, logremos una parte de aquella herencia celestial prometida á los que perseveran en el bien, y disfrutemos contigo de la eterna bienaventuranza.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN FELIX DE VALOIS, FUNDADOR
DEL ORDEN DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

Super hoc laudabit te populus fortis.... quia factus es fortitudo pauperi in tribulatione sua, spes à turbine, umbraculum ab æstu.

Un pueblo fuerte y numeroso te tributará alabanzas, porque fuiste el apoyo del menesteroso en su tribulacion, su esperanza en la tormenta, su refugio en los ardores de la adversidad.

ISALE. XXV. 3, 4.

CUANDO yo me proponia formar el elogio de mi escelso Padre y Patriarca San Félix de Valois, mil ideas diversas cruzábanse en mi mente, y confieso que mas de una vez me encontré perplejo respecto al rumbo que debía dar á mi discurso. No tardaron, empero, en desaparecer mis dudas y en cesar mis vacilaciones, cuando abriendo al acaso el libro de Isaías leí las bellisimas palabras de mi texto: «Un pueblo fuerte y numeroso te tributará alabanzas, porque fuiste el apoyo del menesteroso en su tribulacion, su esperanza en la tormenta, su refugio en los ardores de la adversidad.» *Super hoc laudabit te populus fortis.... quia factus es fortitudo pauperi in tribulatione sua, spes à turbine, umbraculum ab æstu.* Hé aquí, me digo á mí mismo, el perfecto retrato de mi héroe, su fisonomía característica, y el gran cuadro en que se hallan pintadas al vivo todas sus glorias. ¿No fué él padre de una posteridad numerosa, que á través de siglos viene entonando himnos de alabanza, é inmortalizando el nombre del que tan bien supo comprender el espíritu de una religion de amor y desarrollar todas sus magnificencias? ¿No es á él á quien el Orden ilustre de la Santisima Trinidad, raza privilegiada, estirpe inclita, pueblo de héroes, consagra hoy estos solemnes cultos como á su

insigne fundador, mostrándole con cuanto entusiasmo le es dado su filial ternura y su nunca desmentida gratitud? Y la Iglesia toda, ¿quó toma parte en esta pública ovacion dedicada al gran génio que, inflamado en el fuego santo de una caridad sin límites, se asoció al pensamiento mas humanitario concebido por el no menos heróico Juan de Mata, y obrando con él de consuno, fomentó y dió un gigantesco impulso á la grande obra de regeneracion religioso-social en favor del desvalido, del menesteroso, del desgraciado, del cautivo que gemia en los horrores de la esclavitud?

Hed ahí, M. A. O., los preciosos títulos que á la celebridad que hoy disfruta puede presentar donde quiera mi escelso patriarca San Félix. Sus glorias no se apoyan en esos débiles cimientos que el huracan de las revoluciones sociales conmueven y hacen desaparecer fácilmente. Su inmortalidad no descansa en esos hechos ruidosos que deslumbran y admiran un dia para perderse despues en el anchuroso abismo del olvido, porque están manchados con sangre humana, ó han escrito en las páginas de la historia los nombres de mil victimas sacrificadas á una torpe pasion. Félix de Valois supo conquistarse un nombre puro, limpio, inmaculado, bello siempre como la aurora de un dia sereno, altamente simpático y amable, y digno en todos tiempos de figurar con honra en los anales del mundo católico, porque en él se halla personificada la caridad mas sublime, el amor mas desinteresado, el celo mas ardiente, la abnegacion hasta el sacrificio, el heroismo hasta el martirio, la proteccion del infortunio, la esperanza de la adversidad, el refugio de los corazones destrozados, la providencia visible del cautivo, el socorro de las mayores desgracias que pueden aquejar al triste mortal en la tierra. Este carácter expansivo y tierno es el que le recomienda á la posteridad; esos rasgos altamente civilizadores son los que le dan un derecho incontestable á la inmortalidad de los héroes; esos hechos, que nunca fenecen, son los que le hacen acreedor á que su memoria sea eterna en los anales de la religion, y á la gratitud de toda la humanidad: *Super hoc laudabit te populus fortis.... quia factus es fortitudo pauperi in tribulatione, spes à turbine, umbraculum ab aestu.*

Tampoco yo buscaré otra idea en que fundar el elogio de mi inclito Patriarca. Ella es la mas fecunda que pudiera proponerme, al par que la mas positiva, por cuanto de su compasion innata hácia la desgracia arranca toda esa série de acciones heróicas que forman la brillante diadema de su cabeza. De ninguno mejor que de él pudiera decirse haberle sido infundida en el seno materno esa virtud, en la cual se hallan epilogadas todas las grandezas del catolicismo: y por lo tanto voy á presentárosle hoy «como el génio de la caridad en su mas bello ideal, como el agente de una beneficencia la mas sublime en su origen, la mas heróica en los medios de realizarla, y la mas civilizadora en sus resultados.» Si el desempeño corresponde al pensamiento, no dudo que de ello resultará gran gloria á Dios y no escasa utilidad para nuestras almas, únicos fines que me propongo.

Dignaos pues, Señor, comunicarme vuestras soberanas luces para tratar dignamente un asunto en que tanto se interesa el brillo de vuestra religion augusta. Y vos, Virgen purísima, á quien tan ardentemente amó mi escelso Patriarca, inspiradme en estos momentos lo que en su elogio debo decir, á cuyo efecto todos prosternados á vuestras plantas, os saludamos con las sublimes palabras del Angel:

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Ser benéfico por instinto, compasivo por temperamento, propenso á hacer el bien por educacion, caritativo por efecto de una piedad innata ó hereditaria, si bien son prendas sumamente recomendables y dignas de loa, no llenan empero las cualidades que exige esa virtud divina, que, buscando en mas alto origen el principio de sus acciones, todo lo refiere á Dios, y en Dios como en su único y verdadero centro constituye el término de cuanto beneficioso y útil ejerce en obsequio de la humanidad. Tal es el carácter de la caridad que resplandece en todas las acciones de mi Santo Patriarca. El primer rasgo de su heroismo al desenvolverse en él los destellos crepuscu-

lares de su razon , fué lanzar una mirada de noble desprecio sobre los inmensos bienes que la naturaleza hacinára en derredor de su ilustre cuna ; y cuando su descendencia directa de la real casa de Valois , y el oro y las perlas que adornaron las fajas de su infancia , y la multitud de aduladores que saludaron su advenimiento al mundo , hubieran debido naturalmente deslumbrarle , adhiriéndole fuertemente á un siglo que tan bello y risueño porvenir le presentaba , Félix por el contrario , todo lo mira con impasible indiferencia , todo lo pospone á la gloria de ser justo y virtuoso , y hasta el trono mismo al que derechos tan indisputables le daba su nombre , inspírale una invencible repugnancia . El amor de Jesucristo es el único tesoro que ambiciona , y de este sentimiento derivase en él su caridad inagotable hácia el pobre y desvalido , caridad que forma su mas bella delicia , su embeleso , su éxtasis , su gozo , su pasion favorita . Comparar con los menesterosos los mas delicados manjares que cubren su mesa ; despojarse de sus vestidos para abrigar la desnudez del desgraciado ; afectarse vivamente á vista de las privaciones y miserias ajenas ; llorar cuando desde luego no le es permitido remediar las grandes necesidades que aquejan á sus semejantes , todo esto no es mas que el ensayo de aquella beneficencia sin limites que en mayor escala debe desarrollar un dia ; pero lo bastante , sí , para poder formar ya una idea de aquella elevacion de pensamientos , de aquella sublimidad de miras , de aquella nobleza de afectos que presidia á sus actos . Porque no era únicamente instintiva en Félix de Valois la beneficencia , no era en él la compasion una cualidad innata , independiente del convencimiento ó de la reflexion , no era la caridad un mero impulso de un alma naturalmente tierna , afectuosa y expansiva . Si cierto es , y la Iglesia ha adoptado este simil en elogio de mi Santo Patriarca , que cual el antiguo príncipe de Iduméa , desde el seno mismo de la que le diera á luz nació ya adherido á él el instinto de la misericordia y el génio de la compasion , y juntamente con él creció y se desenvolvió maravillosamente , no es menos positivo que desde sus mas tiernos años le fué inspirado el mas sublime conocimiento de esa virtud , y que obró impulsado por un movimiento superior , y en fuerza de un principio sobrenatural que

imprimia á sus acciones el sello del mas elevado heroismo. Muy des-
acertadamente juzgaria á Félix, quien al contemplarle socorriendo al
pordiosero, alimentando al hambriento, vistiendo al andrajoso, sir-
viendo al enfermo, consolando al triste, adoptando al huérfano, y
ejerciendo otras diversas obras de beneficencia, creyese que en ello
no hacia mas que satisfacer, digámoslo así, una necesidad de su
alma generosa, ú obedecer á un impulso irresistible, pero ciego, pro-
ducto de una organizacion predispuesta á simpatizar con el infortunio.
No: mi Santo Patriarca, aunque niño, tiene la conciencia de lo que
hace, porque la razon se ha anticipado en él á la edad, y el desarrollo
de sus facultades intelectuales en nada es debido al tiempo y
demas circunstancias que influyen en la generalidad de los hombres.
Así que, cuando otros son incapaces de darse cuenta de sus actos,
y solo obran como movidos por un mecanismo artificial, Félix ve en
el menesteroso á quien con larga mano distribuye la limosna,
y en el doliente á quien prodiga sus servicios, y en el desgraciado
cuyo protector se declara, la imágen fiel de un Dios que, no satis-
fecho con haber impreso el sello de su grandeza en unos séres cria-
dos á su semejanza, hizose un dia por ellos hombre, y hombre de
dolores, víctima de la adversidad y sujeto á todas las privaciones y
necesidades de una naturaleza degradada que se propusiera reformar.
Dios es, pues, la fuente, el manantial, el origen de la caridad de
mi excelso patriarca; y Dios, tambien, el fin, el objeto, el término
donde van á perderse sus pensamientos y aspiraciones, en cuanto
practica en obsequio de la humanidad afligida y menesterosa.
¡Señor! Vos infundisteis á vuestro siervo esa ciencia sublime, porque
le destinábais á representar en la tierra el bello ideal de una virtud
que constituye una porcion de vuestro sér, en lenguaje del
Apóstol (1). Poco nos importa que el mundo carnal y materializado
no alcance á comprender los prodigios de vuestra gracia. No por eso
dejarán de ser tan dignos de admiracion los rasgos de heroismo que
iniciaron la gran carrera de Félix de Valois, como acreedores al
anatema y á la execracion pública los delirios de unos hombres, que

(1) Deus charitas est. I. Joan. IV. 16.

se juzgan sábios cuando su saber no acierta mas que á manchar con la blasfemia lo que se resiste á su menguada penetracion

Pero no nos detengamos demasiado á contemplar el frontispicio del majestuoso templo que á la caridad levantó en su corazon mi escelso Patriarca. Probada la sublimidad de su origen, justo es observemos por qué medios tan heróicos se propuso realizar sus pensamientos. Hay sin embargo un largo paréntesis en su historia que no debemos pasar desapercibido. Hablo, M. A. O., de aquella época en que Félix de Valois, arrastrado por sus instintos de retiro, se sepultó en las soledades para disponerse á ser digno instrumento de los grandiosos designios que acerca de él meditaba el cielo. Bien jóven era aun, cuando poniendo un valladar insuperable entre sí y el mundo, cuyas ventajas, comodidades, delicias, esperanzas y porvenir renunciára generosamente, fué á buscar en Claraval un asilo donde poder vivir entregado esclusivamente á Dios y á los intereses de su alma. Allí, por mano del gran Bernardo, ofreciérale su virtuosa madre al Señor en sublime holocausto, cuando solo contaba cortos dias de vida; allí como otro Samuel plugo á Félix constituir su morada, para escuchar constantemente los oráculos divinos y meditar dia y noche en los preceptos del Eterno. No seré yo quien pretenda hacer una estensa pintura de su vida austera, penitente, laboriosa, abstraída, en medio de aquellos ángeles del desierto, y bajo la inmediata direccion del gran padre de los monges, de la brillante lumbrera del siglo XII. ¡Oh! Dijéranlo en buen hora los que en aquel venturoso albergue le vieron corriendo á pasos agigantados en la escabrosa senda de la perfeccion evangélica, remontándose sobre los mas encumbrados cedros de aquel misterioso Libano, embelleciendo con sus virtudes los ásperos desiertos, emulando la pureza de los ángeles, aspirando al amor de los serafines, imitando la abnegacion de los héroes mas avezados á la gran lucha de la gracia contra las pasiones de la carne, humilde hasta el mas profundo desprecio de sí mismo, desprendido hasta no poseer ni el deseo de cuanto el mundo atesora, mortificado hasta la mas completa crucifixion de los apetitos naturales, divinizado en fin hasta el mas inconcebible olvido de las primeras necesidades de la vida. Y sin embargo, ni aun esto llenaba con mu-

cho las aspiraciones de mi insigne Patriarca. Aunque divorciado del siglo, todavía su nombre vivía en él, y con él podían renacer un día pretensiones importunas, exigencias molestas, compromisos inevitables, peligros, lazos, tentaciones que de todo punto deseaba alejar. No, no descansará el corazón de Félix hasta ver su nombre, su memoria, sus recuerdos, sus esperanzas, sus derechos, sus ilusiones, extinguirse para siempre de una manera definitiva. Para lograrlo, tornará á la corte de Teobaldo, su tío y tutor, á fin de disponer los medios de realizar sus ánsias. Nuevos y porfiados asaltos habrá de experimentar; rudos y peligrosos combates tendrá que sostener; pero de todos saldrá victorioso Félix, cuya alma es mas grande que todo el mundo, y cuya virtud está cimentada en el amor divino, contra el que son impotentes todos los elementos humanos. Rodéenle en buena hora cuantos se hallan interesados en retenerle cautivo en el siglo; luchen contra su resolución heroica consideraciones de familia, conflictos de intereses materiales, consejos, instigaciones, dulces reminiscencias de lo pasado, lisonjeros objetos de lo presente, seductoras perspectivas del porvenir... ¡Y qué! Cuando el sentimiento de la libertad ha llegado á identificarse con un corazón robusto y vigoroso, ¿serán suficientes á hacerle vacilar en la elección todas las mentidas esteroidades con que la servidumbre sabrá dorar las cadenas? Pues servidumbre y harto intolerable era para la grande alma de Félix la vida de las c6rtes y de los palacios; y en su consecuencia, ni porque la fortuna le sonria con todos sus encantos, ni porque la ley Sálica le designe presunto heredero del trono de Francia, ni porque una diplomacia acomodaticia le haga presentes los vínculos que le unen con los futuros destinos de su país, ni porque la mas hábil política redoble sus esfuerzos para presentarle como un deber de estado lo que solo pudiera ser una razon de conveniencia, por nada de esto sacrificará la libertad de consagrarse á Dios lejos de un mundo que mira como su mas temible enemigo. Siquiera sea luchando con su excesiva modestia, mi Santo Patriarca asciende al sacerdocio, como el único medio de levantar entre él y el siglo una muralla de eterna separacion. Entonces, rotos los lazos que le aprisionaban, vuela cual cándida paloma á anidar entre las concavidades de las rocas; y

en un sitio solitario de la diócesis de Meaux, rodeado de horriblos precipicios, de elevadas montañas, de espesos bosques, de profundos valles, do solo se escuchan los ahullidos del lobo y el rugido del leon y demás fieras silvestres, constituye su morada, para entregarse pacífico á los varoniles deleites de la penitencia y de la contemplacion, y esperar el desenlace de los grandiosos designios que la Providencia ha formado acerca de su persona.

¡ Con cuánto placer me detendria yo á mostraros el tenor de vida angelical que por espacio de muchos años observé en aquella horribosa soledad el ilustre vástago de los Vermandois, Champagnes y Valois, ayunando continuamente, orando sin intermision, cubierto con un áspero saco, ceñido de un cerdoso cilicio, despedazando sus delicados miembros con la dura disciplina, y hecho una imágen viva de Jesus crucificado! ¡Que no me fuera dable pintárosle negando á su cuerpo toda comodidad, buscando todos los medios de aflijir una carne incontaminada, alimentándose de amargas raices, bebiendo el agua de los arroyos, teniendo por único lecho la desnuda tierra, y por albergue una fria caberna! Los primitivos solitarios de Egipto y Tebaida, nada hubieran echado de menos en las austeridades de Félix, tanto mas asombrosas y dignas de elogio, cuanto mas ocultas é ignoradas, puesto que solo al cielo tenia por testigo de tanto heroismo. Muy lejos estaba de aspirar á una celebridad póstuma quien, pudiendo disfrutar en el siglo todas las ventajas de un alto renombre, trocára generosamente las flores de Lis por las espinas y la cruz del Salvador, hollára con noble desprendimiento los cetros y las coronas, y corriera tras los abatimientos y humillaciones con ardor idéntico que otros ambicionan la gloria mundanal y los elogios de la posteridad. Juzguen como les plazca los sábios y despreocupados de nuestros dias el sublime sacrificio de mi escelso Patriarca. Dueños son de atribuir su heróica resolucion á un exceso de loco fanatismo, producto de la ignorancia y de los errores de una época cuyos instintos obedecia ciego. Digan en buen hora que fué una ilusion censurable sepultarse vivo en los desiertos, quien en las córtes hubiera podido un dia prestar útiles servicios á la sociedad. Así habla el mundo por sus fieles órganos, los que solo se alimentan de sus fri-

volidades y necias esperanzas, los que en él ven satisfechas sus torpes pasiones y halagados sus viciosos instintos. Pero la religion, acostumbrada á oír ese desdeñoso lenguaje, despréciale soberanamente por lo apasionado é irrazonable, y ni siquiera le considera digno de respuesta. ¿Y qué pudiera responder á los que en su frenético delirio miran como un error cambiar lo temporal por lo eterno, renunciar á lo que perece entre el polvo de una tumba, por lo que sobrevive á la accion de los siglos, menospreciar unos goces que llevan consigo el germen de la desventura, de las lágrimas y de la muerte, por adquirir las positivas delicias de la inmortalidad? Estas ideas tan sublimes eran las que impulsáran á mi santo Patriarca á sobreponerse á las pompas y vanidades mundanas, marchando impávido sobre los laureles que le ofrecia su ilustre alcurnia, despojándose de sus derechos al sòlio de Francia, y ambicionando únicamente las recompensas eternas que el cielo reserva á los escogidos.

Otra gloria debía, no obstante, embellecer en la tierra las sienes de nuestro héroe. Era él el designado por Dios á ser en su siglo el Moisés de los cristianos, el representante de la libertad de unos pueblos esclavos, el símbolo de la mas bella beneficencia en favor de las víctimas del islamismo, el génio de una caridad que si en su origen es lo mas elevado y perfecto, en los medios de su realizacion envuelve la idea de un heroismo consumado. ¡Adorables secretos de la Providencia! ¿Quién hubiera imaginado que tan sublime mision estaba reservada al habitante de las quebradas soledades de Meaux? ¿Quién hubiera podido sospechar que al cabo de cincuenta años de retiro habia Félix de presentarse de nuevo en el mundo para iniciar el pensamiento mas humanitario, y llevar á cabo con éxito feliz la redencion de millares de cautivos que gemian sin esperanza en las playas africanas? ¿Quién hubiera creido que un anciano divorciado completamente de la sociedad, ignorante de los sucesos que en ella se agitaban, y sin mas apoyo, proteccion ni influencia que sus virtudes, habia de marchar al frente de la idea mas colosal, dar cima á la empresa mas útil y beneficiosa, abrir el camino á la fraternizacion futura de la Europa con los pueblos remotos del Asia, é inaugurar los triunfos de la civilizacion cristiana sobre la ignorancia

y el despotismo musulman? Nada en lo humano parecia anunciar que tamaña honra debiese ser el patrimonio de un pobre y humilde anacoreta, y sin embargo ello era así. Juan de Mata, noble gentil-hombre de París, recibiera directamente del cielo el primer aviso relativo á tan gloriosa empresa; pero no era él solo quien debia realizarla. El Señor dirige sus pasos hácia la morada de Félix de Valois, llamado á compartir con él los laureles de tan sublime apostolado. Ambos se reconocen y saludan por sus nombres sin haberse visto jamás, porque el idioma de la caridad que hablan es uno é idéntico, y con él se comprenden perfectamente sus corazones. Uno y otro conferencian, discurren, preparan los medios de ejecucion para verificar la grandiosa idea que á los dos les ha inspirado el Señor. Unidos inseparablemente con los mismos vinculos, maduran en el largo ejercicio de la oracion y en la práctica de las mas extraordinarias penitencias, un proyecto en que tan altamente se interesa la gloria de Dios y el porvenir de la humanidad infortunada; porque producto de plegarias, de lágrimas y de austeridades debia ser la institucion del Orden insigne de la Santisima Trinidad, llamado á solazar el llanto y á quebrantar los hierros de los desgraciados cautivos cristianos. Tal vez se dilatará su ejecucion, merced al temor de unas almas escesivamente môdestas y humildes que esperan un mandato espreso de lo alto para volar á tan comprometida lucha. Empero el cielo que tan empeñado está en realizar ese plan eminentemente civilizador, no tardará en mostrar su voluntad mediante un inesperado prodigio. Un ciervo que atraviesa el vecino bosque es el instrumento de los designios providenciales. Sentados los dos solitarios junto á una cristalina fuente, apercibíenle al mismo tiempo; observan entre las dos astas del corpulento animal una cruz roja y celeste, idéntica á la que Juan de Mata viera sobre el pecho del ángel que le apareció en su primera misa, teniendo á su lado dos cautivos... ¡Qué sorpresa! Sucedia esto en los momentos en que Juan referia á Félix la misteriosa vision; y por consecuencia, creyéndolo como un aviso sobrenatural, que hasta cierto punto los acusaba de morosos en el cumplimiento de las órdenes de Dios, resuélvense desde luego á dar principio á tan gloriosa empresa, y se deciden á partir para la ca-

pital del mundo católico á obtener de la Silla Apostólica el permiso de fundar el nuevo instituto.

Aqui empiezan las glorias de mi Orden insigne, porque desde aquel momento se inauguró en el mundo ese gran pensamiento que á él solo cupo llevar á feliz término, á despecho de los cálculos de la humanal sabiduría, y sin necesidad de los ruidosos planes y de las teorías deslumbradoras de esas escuelas que posteriormente intentaron en vano parodiar los sublimes portentos de la religion católica. Pero, ¡ay de mí! Con harto sentimiento me veo precisado á pasar veloz como sobre ascuas á través de unos recuerdos que escitan en mi alma el mas indefinible entusiasmo. ¡Que no sepa yo decir en breves palabras lo que el tiempo me prohíbe referir minuciosamente! Si alguna vez he debido envidiar el elocuente laconismo de los Tulios y Demóstenes, nunca como hoy quisiera poseer esa cualidad que ha inmortalizado las plumas de esos grandes oradores, para pintaros á mi escelso patriarca San Félix impulsado por la mas ardiente caridad, trepando riscos, subiendo montañas, atravesando bosques, salvando cordilleras, dejando atrás los nevados Alpes, y todo esto á la edad de setenta años, estenuado por el ayuno, debilitado por el insomnio, hecho un cadáver viviente por las austeridades y vigiliass, rebosando empero en su venerable semblante el gozo y la alegría celestial enmedio de las penalidades de un largo y penoso viaje. Hay sin embargo ciertos cuadros que se resisten al mas hábil pincel. ¿Quién sería capaz de trazar el retrato de Félix, hombre en quien los años se contaban por los merecimientos, y á quien el cielo enriqueciera con los mas preciosos dones sin escasearle el de milagros, sometido á la direccion de un jóven sacerdote, siguiendo en un todo los dictámenes del que en el desierto aprendiera de él los primeros rudimentos de la perfeccion monástica, dando siempre la preferencia á Juan de Mata, cual sino fuese mas que el eco de su voz y el instrumento de su voluntad? Seguidle vosotros á la presencia de Inocencio III, Sumo Pontífice reinante á la sazón; contemplad su actitud humilde, su modesto continente, su edificante apostura, sus acciones y sus palabras todas, en las que se descubre la santidad mas elevada. Grande debió ser la impresion causada por mi inclito Patriarca en el ánimo del su-

cesor de San Pedro, para que éste mostrase el mayor interés en saber la procedencia y demas circunstancias de un varon tan simpático y respetable. Ello es que la sancion deseada por el nuevo Moisés no se dejó esperar mucho tiempo. Favorablemente predispuesto el Sumo Pontífice hácia Félix de Valois, é impulsado á la vez por un acontecimiento maravilloso, rompe su soberano silencio; proclama obra del Escelso la institucion del Orden de la Santísima Trinidad; viste con sus propias manos el cándido hábito á sus dos ilustres fundadores, conforme al modelo del que el ángel trajera del cielo; exhórtales á trabajar con ardor en la sublime empresa de la redencion de los cautivos; y ellos que nada anhelaban tanto como dar principio á esta grande obra, tornan presurosos á Francia enriquecidos con la bendicion apostólica, á dar el conveniente impulso á la propagacion de un instituto, en el que Félix de Valois desarrolló el génio de una caridad, si divina en su origen y heróica en los medios de ejecucion, altamente social y la mas civilizadora en sus resultados.

¡Oh Ciervo-frio, mansion venturosa en donde tuvo principio esa Orden objeto hoy para mí de bellas al par que tristes reminiscencias! Tú viste derramarse en tu seno los primeros gérmenes de ese árbol frondoso que andando el tiempo descolló sobre los mas copudos cedros, estendiendo su ramaje por casi toda la tierra, prestando su benéfica sombra á la humanidad, víctima de la mas horrible servidumbre. Tú escuchaste el primer grito de libertad que llamaba á reconquistar sus mas preciosos derechos á los innumerables cautivos arrojados lejos de su suelo natal en la mas dura opresion. De tu seno viste arrancar los primeros héroes que, lanzándose á través de los mares, fueron á llevar el dulce bálsamo del consuelo á tantas existencias destrozadas bajo el ominoso yugo mahometano. Hijos de Félix de Valois fueron los que, antes que ningun otro, hicieron resonar en los profundos calabozos de Argel, Túnez, Marruecos, Orán y demas puntos de Africa, el eco libertador del catolicismo, abriendo el camino de la patria á millares de infelices á costa de su propia existencia. Enviado por Félix surcaba Juan de Mata las aguas del mediterráneo, presentábase en las playas enemigas, concertaba con los fieros descendientes de Ismael el rescate de unos seres infortu-

nados que gemian bajo el mas intolerable despotismo, y devolvía á la Europa desconsolada tantos hijos, caros objetos de su prediccion.

Y no se crea que mientras el Orden de la Santísima Trinidad hacía estas bellas conquistas, su ilustre fundador se redugese á una inaccion punible. No; á pesar de su ancianidad y de sus continuas dolencias, Félix era el alma de todo cuanto se verificaba en bien de la humanidad afligida. Era de ver con cuánto ardor se consagraba á promover su naciente instituto; con cuán infatigable celo se dedicaba á recoger limosnas para la redencion de los cautivos cristianos; con qué admirable constancia velaba por el sostenimiento del fervor y de la observancia religiosa, sin perder de vista el pensamiento culminante que presidiera á la fundacion del Orden Trinitario. Aquí interesa á los reyes en favor de una obra que podia llamarse europea, puesto que á su desarrollo estaban ligados los destinos de todas las naciones cristianas; allí influye con los poderosos para que tomen parte en la realizacion de una idea que representa los mas caros intereses de la civilizacion. Unas veces se sirve de su valimiento con los principes para fundar nuevos conventos; otras se aprovecha del prestigio que le dá su virtud para inspirar á los altos personajes sentimientos de compasiva ternura hácia los que lloran en el cautiverio. Siempre y donde quiera no tiene otro móvil ni otro fin que fomentar la caridad, estender los dominios de la cristiana beneficencia, multiplicar los elementos de dicha posibles en favor de las víctimas del despotismo musulmico, y dar impulso al movimiento civilizador iniciado con tan heróico celo. Y cierto no fueron estériles los trabajos de mi santo Patriarca. Francia, Italia, España, Flandes, Dalmacia, Dioclia y otros puntos, donde aun viviendo vió Félix retornar el árbol misterioso de su ínclita Orden, fueron testigos de su inquiescente solicitud y santo celo. Tampoco el mundo por grande que sea en ingratitude podrá olvidar jamás las numerosas conquistas que el Orden Trinitario hiciera en los siglos posteriores, propagándose considerablemente en casi todo el orbe católico, ni las maravillosas redenciones verificadas en diversas épocas por sus ilustres hijos, de los cuales no pocos sellaron con un glorioso martirio el heroismo de

una caridad, calificada aun por los mismos adeptos de la escuela racionalista de lo mas sublime de la virtud, y sancionada por la Silla Apostólica como la mas grande, la mas bella, la mas útil y beneficosa entre las obras de la cristiana beneficencia (1).

Digno era quien tanto trabajó en mejorar la suerte de las infortunadas víctimas de la tiranía, quien tan al vivo representó en la tierra la imágen de esa providencia amorosa que vela desde el cielo por cuantos en esta region de llanto gimen bajo la accion de la adversidad, digno era, repito, de ver un día asociados los ángeles á sus ilustres hijos, y formando coro con ellos á la misma Emperatriz de cielos y tierra, como de hecho se verificó en una célebre noche cuyos recuerdos jamás olvidarán los que han tenido la honra de pertenecer á ese grandioso instituto. Digno era Félix de que la bella y sin par María, adoptando el cándido hábito trinitario, se le mostrase radiante de gloria y le anunciase el próximo término de sus fatigas. ¡Oh! Vuela, génio de paz y de misericordia, vuela al seno del Dios de la caridad con quien tan identificado viviste. Vé á ceñir la aureola que te granjearon tantos años de merecimientos y virtudes, tú que con tanto celo promoviste é impulsaste el gran pensamiento regenerador que el cielo te inspiró en bien de la humanidad cautiva. Los siglos, al pasar sobre tu ilustre tumba, te consagrarán un grato recuerdo é inscribirán tu nombre en el gran libro de la vida. Las generaciones que se sucedan unas á otras llevarán cada cual una piedra para levantar el templo de tu inmortalidad. Y cuando las revoluciones de los imperios hayan estinguido la memoria de los mas célebres personajes históricos, un pueblo fuerte y numeroso, una raza de héroes engendrada por tí, sobrevivirá á la accion destructora del tiempo y te tributará alabanzas: porque realizando el bello ideal de la caridad cristiana en lo que tiene de mas sublime, heróico y civilizador, fuiste el apoyo del menesteroso en su tribulacion, la esperanza del desgraciado en el día de la tormenta, y el mas positivo

(1) El Sumo Pontífice Urbano VIII, en su bula: *Salutaribus apostolici monitis*, espresábase en estos términos, hablando de la redencion de los cautivos: «Tam pium opus cæteris misericordiæ operibus antecedit, et in eo alia omnia quasi per compendium exercentur.»

consuelo del cautivo en los ardores de la adversidad: *Super hoc laudabit te populus fortis.... quia factus es fortitudo pauperi in tribulatione sua, spes à turbine, umbraculum ab æstu.*

Plegue á vos, Señor, Dios trino y uno, visitar desde el cielo esta misteriosa viña que por medio del insigne Félix de Valois plantó en el mundo vuestra omnipotente diestra. Si como todas las cosas del tiempo ha podido entrar en el dominio de las revoluciones suscitadas por el génio del mal; si las piedras de ese santuario se ven hoy dispersas y rodando por el suelo, y no existen como corporacion los descendientes del héroe que en este dia solemnizamos, no por eso subsisten menos brillantes las perlas de su diadema, ni han podido marchitarse las glorias de un Orden que en dias mejores supo desenvolver el pensamiento mas grandioso, sublime, humanitario y civilizador. Quizás el furioso huracan que hirió ese árbol robusto, logre secar hasta la última de sus hojas; tal vez descendamos al sepulcro todos los que á su sombra crecimos, y veamos expirar en nuestros moribundos lábios el último aliento de esperanza que hasta ahora abrigaron nuestros pechos. Empero otros quedarán que perpetuen las magnificencias de un instituto que tantos hijos devolvió al seno de sus madres, tantas esposas á los brazos de sus consortes, tantos cautivos al bello cielo de la patria, tantas víctimas de la opresion á la cuna de sus primeras ilusiones, tantos cristianos al pais de sus creencias, y tantos infieles á la verdadera religion de Jesucristo. No dejéis de lanzar sobre nosotros una mirada amorosa, oh escelso Patriarca nuestro. Enjugad nuestro llanto: pues lágrimas en vez de alegría nos inspira este dia aniversario de vuestras grandezas, al ver trocado en vestidura de luto el traje de nuestras antiguas solemnidades. Bendecidnos á todos, que harto necesitamos de vuestra bendicion para tolerar resignados nuestra triste horfandad. Conseguidnos, en fin, la gracia de practicar constantes los documentos que nos legásteis, para que un dia podamos tener el consuelo indefinible de verlos y abrazaros en la eterna Sion de la gloria.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SANTA CATALINA, VIRGEN Y MARTIR.

Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo.

Destruiré la sabiduría de los sábios, y reprobaré la prudencia de los prudentes.

I. CORINTH. I. 49.

FUNESTÍSIMOS fueran los frutos que del malhadado árbol de la ciencia del bien y del mal brotaron un dia en daño de la humanidad. De allí trae su origen la degeneracion de una raza culpable, que á través de las edades lleva impreso en su frente el sello de su criminal audacia. Aspirando á nivelarse con la Divinidad, se encontró rodando por el polvo, víctima de la mas profunda ignorancia acerca de sus futuros destinos. Ciega y sin norte fijo, despues de haber perdido á Dios por su loca soberbia, corrió de altar en altar buscando un sér á quien ofrecer sus homenajes. Entonces verificóse aquella sublime expresion del gran Bossuet: « Todo fué Dios menos el Dios verdadero; » porque el hombre en el estado de degradacion á que se vió reducido, en pena de la inobediencia de un padre desacordado, divinizó todas las criaturas que se presentaron á su vista; hasta las obras de sus propias manos fueron objetos de un culto profano, é inclinó ante ellas su rodilla el que fuera criado para dominarlo todo como jefe de la creacion.

La reparacion, pues, prometida en el Paraiso debia ser proporcionada á la caida, y la medicina á la herida que en la inteligencia y en el corazon abriera el pecado. La ignorancia de la Cruz debia triunfar de la ciencia del paganismo: y lo que parecia mas flaco y

despreciable, estaba destinado á ser el instrumento de la mas ilustre victoria sobre todo cuanto en él habia de sábio y de fuerte en las ideas del mundo. Así lo habia vaticinado el Señor por el profeta Isaías (1), y mas tarde lo consignó terminantemente el Apóstol con estas palabras: «Destruiré la sabiduría de los sábios, y reprobaré la prudencia de los prudentes.» *Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo.*

No bien se realiza el gran misterio de la Cruz, cuando esa prediccion maravillosa comienza á tener el mas cumplido efecto. Y es de observar con el Crisóstomo, que el sexo por escelencia débil, ignorante y voluble, es el primero en dar un testimonio ilustre de la fé mas robusta, de la mas alta sabiduría y de la fortaleza mas heróica. En torno del leño maldecido do pende el Redentor de la humanidad, unas mujeres animosas insultan y desafian á la fiera Sinagoga; y cuando los hombres poco antes tan orgullosos huyen amedrentados de aquel horrible teatro, ellas solas son las que permanecen fieles, sin que las intimide el terror ni las acobarde la venganza.

De allí arranca esa innumerable cohorte de vírgenes esforzadas que donde quiera siguen las ensangrentadas huellas de la víctima del Gólgota, llevando en sus manos cándidas azucenas, símbolos de su inocencia, y adornadas del purpúreo ropage del martirio. Allí bebiera la insigne y sin par Catalina, objeto de nuestros homenages, aquella ciencia fenomenal que la ostentó victoriosa de la sabiduría del paganismo, y aquella sobrehumana fortaleza con la cual desconcertó los planes de la prudencia carnal de su siglo, triunfando del poder despótico del imperio romano y sobreponiéndose á sus seductoras promesas. ¡Oh vírgen pura! ¡Oh mujer extraordinaria! ¡Oh mártir invicta! Tu nombre me representa cuanto de mas bello y encantador ofrece esa religion augusta, llamada á fijar su trono en medio del universo, para de allí dominar lo pasado, lo presente y lo por venir. Candor inmaculado, pureza de ángel, virtud á toda prueba, fé heróica, constancia inquebrantable, intrepidez ardiente, celo de apóstol, sabiduría profética, todo lo has reunido maravillosamente

(1) Isaie. XXIX. 44.

en una edad tierna aun, en un sexo delicado, bajo un exterior émulo de la belleza del cielo. ¿A quién te compararé, oh agraciada hija de Sion? ¿Con quién te asemejaré, oh casta esposa del Cordero sin tacha? ¿Diré de ella, M. A. O., que fué un prodigio creado por la Omnipotencia para anonadar y confundir en su época la idolatría dominante, y dar el golpe de muerte á la hidra ponzoñosa del error? Lo fué de hecho, y bajo este punto de vista voy á considerar á Catalina en este breve discurso. «Prodigio de sabiduría, prodigio de fortaleza: hed ahí las dos cualidades características de nuestra heroína, con las cuales demostró el origen divino del cristianismo atacado por la torpe ciencia de la filosofía pagana, y su indestructible perpetuidad objeto de las violencias del poder idólatra.»

Plegue á vos, Señor, que tan sábia y tan fuerte hicisteis á vuestra querida vírgen y mártir, comunicarme un destello de vuestra luz soberana, para encomiar dignamente sus glorias y heróicos triunfos. Reina de las Vírgenes, venid en mi auxilio, y dejasos mover por la sinceridad del afecto con que unánimes os saludamos todos con las palabras del Angel:

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

San Pablo, el mas profundo ingénio de la antigüedad, el oráculo del mundo, el filósofo por excelencia, es quien nos dice que el Señor, queriendo confundir para siempre la orgullosa arrogancia de una sabiduría carnal y terrena, echó mano de lo que en las ideas del hombre hay de mas ignorante y despreciable. Y á la verdad, nada hay tan sorprendente y digno de admiracion en la historia del cristianismo, como esa constante lucha iniciada en el Calvario y prolongada hasta nuestros dias, entre el hinchado saber del error, y la modesta ciencia de la Cruz, calificada de estupidez por todos los enemigos del catolicismo. En esta lucha descuella entre otras muchas la gran figura de Catalina, flor peregrina del ameno jardin de la

Iglesia, honor de su sexo, embeleso de su patria, portento de su siglo, y una de las heroínas en quien mas prodigiosa se mostró la victoria del principio religioso, y mas palpable la divinidad de aquella religion inaugurada por Jesus de Nazareth.

La sabiduría, cimentada en el temor santo de Dios, la antecede con sus benéficas influencias, previéndola con sus bendiciones, dirige sus pasos y la conduce á los mas brillantes triunfos. En vano el mundo se gloria de poseer esa preciosa perla rodeándola en su cuna de las tinieblas del gentilismo. No será suya la que en virtud de un eterno decreto ha sido destinada á desposarse con Jesucristo con una caridad perpétua. Por entre las tupidas sombras de Egipto, penetrará desde luego la claridad de la tierra de Gesen; á través de las supersticiones idólatras, vislumbrará las bellezas de una religion pura, santa é inmaculada; y ni la nobleza de la sangre de los reyes de Armenia, Chipre, Salamina y Alejandria que circula por sus venas, ni el brillo deslumbrador de la púrpura, ni la encantadora perspectiva del trono, serán bastantes á seducir un corazon criado para la virtud ni á adormecerla en la sensualidad. Su precoz sabiduría la descubrirá las frivolidades del siglo, la hará conocer la insubsistencia de todos esos transitorios aparatos de fausto mundanal, la persuadirá de lo poco que valen las glorias y esperanzas del tiempo: y en su consecuencia, superior á los halagos de la ternura, mas grande que las lisonjas de la vanidad, victoriosa de su misma belleza, enemigo doméstico que la tiende temibles lazos, evitará sus emboscadas, burlará sus ardides, triunfará de sus asechanzas, y, lozana y fresca, como la rosa que brota entre las espinas, ostentará una inocencia de alma que la hará acreedora á las misericordias del cielo.

¡Oh! sí, el cielo es quien trasplanta esa bella flor del terreno inculto del paganismo al vergel delicioso de la religion cristiana. Huérfana á la edad de trece años, el Señor se constituye su padre, vela por sus dias, concibe acerca de ella los mas altos designios, y la llama á sí por medio de un prodigio para hacerla el instrumento de las mas ilustres victorias. Digna era de los amores de un Dios la que en medio de una atmósfera envenenada supiera conservarse tan

rica de virtudes, tan agraciada y bella, sin que ni el humo de los incienso que la prodigaba el poder, ni los huracanes del vicio que soplaban á su alrededor, ni las tormentas que sobre su cabeza condensaba el error pudiesen en lo mas leve separarla de su deber. Haciendo del estudio de las ciencias su ocupacion favorita, entregada al cumplimiento de las funciones domésticas, aun cuando por su posicion independiente pudiera adormecerse en la indolencia, conciliando maravillosamente los derechos de la justicia y de la misericordia en bien de sus pueblos, armonizando con su rara prudencia los elementos al parecer mas opuestos, émula de las Esteres y Abigailes, encontróla la gracia cuando por medio de un santo ermitaño arrojó á su candoroso corazon aquel rayo vivificador, que ilustró súbitamente su inteligencia para conocer la verdad que ardientemente deseaba. ¡Oh prodigio! Catalina escucha el oráculo divino que la habla del reino de Dios; estudia, medita, compara, se convence, y queda hecha la preciosa conquista del cristianismo. Todavía no es completa esta victoria; aun no es digna de entrar en las bodas del Cordero; así se lo manifiesta Jesucristo en misteriosa vision apartando de ella sus ojos. Pero no tarda en solicitar la tierna doncella la ablucion regeneradora; el bautismo pone el sello á su conversion; Catalina está ya afiliada á las banderas del Crucificado, y se dispone á combatir en buena lid á los enemigos de la verdad. Regocijese, pues, con tan preciosa adquisicion la Jerusalem santa. Dentro de sus muros tiene ya la sábia Dévora que ha de capitanear las huestes fieles contra los Jabines protervos; armada está del clavo y del martillo la intrépida Jael llamada á talar las sienas de los arrogantes Sisaras. ¿Qué falta? Jesucristo enamorado de su estremada beldad ha celebrado con ella los mas tiernos desposorios; ha colocado en el dedo de la casta virgen el anillo que la une inseparablemente á él; Catalina á su vez se ha desprendido de todo afecto terrenal, y ha jurado no pertenecer jamás sino á aquel Esposo de sangre á quien ha merecido ver ya en todo el lleno de su gloria, y con todo el aparato de sus dolores y abatimientos. María su augusta Madre la ha aleccionado en los mas altos y sublimes misterios, é iniciádola en todas las grandes virtudes que constituyen el apostolado católico. Desde entonces su palacio se transfor-

ma en oratorio; la plegaria es su ocupacion constante; la abstinencia su compañera inseparable; el ayuno no la abandona; la modestia brilla en su traje, y en todas sus acciones lleva impreso el sello de aquel Dios cuya presencia forma todas sus delicias.

Tales fueron los primeros triunfos de la sabiduría de Catalina. El cielo la contempló radiante de candor, y derramó en su alma los tesoros de aquella ciencia que solo se complace en morar en los corazones puros. ¡Y cuán preciosos fueron los frutos que en ella produjo! Estimóla mas que el oro y las perlas de mayor valía; prefirióla á la salud y á la belleza; hizo de ella el estudio favorito de sus mas hermosos dias; consagróse con ardor á desentrañar sus secretos, y por consecuencia de ella coronó sus sienes con la aureola de las mas raras virtudes; renunció al fausto, holló la opulencia, abrazó la humildad, engalanóse con la dulzura, se adornó con la clemencia; y la cordura, y la prudencia, y la discrecion y la paz habitaron de asiento en ella conduciéndola á la cumbre de la mas elevada perfeccion. Entre tanto llegaba una época en que debia aparecer en todo el esplendor de su magestad la sabiduría de Catalina. Célebre ya en toda la Grecia, admirada en Alejandría, envidiada por los génios mas sublimes de su siglo, aclamada por los filósofos de mayor renombre, iba á conquistar en un nuevo terreno mayor celebridad y una gloria inmarcesible. Los dias tristes vaticinados á la iglesia de Jesucristo se acercan. El siglo IV preséntase como una fecha de horror, haciendo en torno suyo hecatombes de víctimas sacrificadas al fanatismo de la idolatría. Aquí las catastas, allí los ecúleos, mas allá las hogueras, luego los circos, y ruedas, y peines, y aspas, y fieras, y cuanto un refinamiento nunca visto de crueldad inventára, empléase para abogar en sangre cristiana la religion de Jesus. ¡Qué horror! Gemidos, ayes, lamentos, gritos, dolor, carnicería, es lo único que por do quiera se observa. Pasáran ya como exhalaciones funestas, dejando tras si hondas huellas de devastacion y esterminio los Galerios, Dioclecianos, Cloros y otros mónstruos cuyo nombre hace estremecer de espanto. Sucédeles Maximino digno de su ódio contra la secta nazarena; espide un decreto para que todos sus vasallos sacrifiquen á los dioses del imperio; en todas direcciones se ven cruzar los agentes del tirano dispuestos á

llevar á cabo sus órdenes; la tierra entera conviértese en un vasto panteon; torrentes de sangre cristiana inundan las poblaciones y los campos; no hay mas opcion que adorar los ídolos ó morir.

¿Y no habrá, señores, en el nuevo Israel una heroína que salga á defender sus derechos y á confundir la soberbia de los enemigos de Dios? Vedla; Catalina, afectada en vista de tantos males, se presenta á la lucha; armada de la virtud de lo alto corre al palacio imperial; ábrese paso por entre los esbirros que custodian la entrada; llega hasta el trono; dirijese á Maximino, y con una energía de alma que solo puede inspirar el cielo, le dice: «¿Adónde vas á precipitarte, hombre ciego y desacordado, en tu funesta carrera? ¿No conoces cuán vanos son tus conatos para hacer plegar á los cristianos ante unos ídolos inanimados, despreciables, mudos, impotentes para defenderte á tí de la ira del verdadero Dios? No lo lograrás, por mas que con tu crueldad llegues á despoblar el mundo. Reconoce tu error; contempla las celestes bóvedas; escudriña el curso de los astros; busca el origen de esa revolucion constante de los planetas; y allí como en las maravillas de esta tierra que pisas, encontrarás la mano del que lo crió todo para su gloria, y aprenderás á conocer sus magnificencias.» ¿Qué es esto? Maximino tiembla delante de la tierna vírgen; sus áulicos enmudecen; sus consejeros no aciertan á responder una palabra; la noticia de este suceso cunde como una exhalacion eléctrica... Mas ¡ah! Ya el emperador enterado del nacimiento de Catalina ha dictado una providencia decisiva. Los hombres mas científicos del imperio son convocados á disputar con la doncella de Alejandria; ella acepta el reto; prepárase al combate; llega el dia designado; cincuenta sábios preséntanse á la lid; y Catalina acude al llamamiento, confiada, no en sus vastos conocimientos, sino en el poder de aquel Dios que escoje lo mas ignorante del mundo para postrar la soberbia de los que creen saber alguna cosa, y pone en los lábios de los parvulitos palabras victoriosas de loor y de alabanza. El pequeño David va á entrar en singular pelea con los gigantes del error; la humilde vara de Aaron va á devorar las varas de los magos de Egipto; una mujer, una niña va á defender la religion cristiana contra las astucias del filosofismo pagano. ¿Qué escena! ¿Temblais acaso

ante tan desigual pelea? ¿Habeis olvidado que una mujer bastó en otro tiempo para llenar de confusion la casa del rey Nabuco? Pues Catalina es la moderna Judith á quien está reservada idéntica gloria. La contienda dá principio en el aula imperial á presencia de un pueblo inmenso. La virgen alejandrina espone todo el sistema del cristianismo, esplana la economía de la reparacion, sostiene la unidad de Dios en tres personas, despliega una erudicion profundisima en el desenvolvimiento de los demas misterios, destruye una por una las observaciones de sus antagonistas, rebate victoriosamente sus argumentos, desmenuza sus sofismas, redúcelos por último á un vergonzoso silencio. Nadie hay que ose hablar ante aquel torrente de sabiduría que se precipita de los lábios de Catalina. Ello es hecho. El triunfo no puede ser dudoso. Los cincuenta sábios que poco antes insultaban arrogantes á una doncella desvalida, arrojáanse á sus pies, confiéсанse vencidos, proclaman la religion de Cristo, la confiesan sin temor ante el tirano, sufren el martirio y mueren con heróico valor en una misma pira. ¡Honra al catolicismo! ¡Gloria y prez á la vencedora de la idolatría! Tuya es Señor la victoria; tuya la ciencia que postró en tierra á los ciegos adoradores de unas estátuas fabricadas por el hombre; tuya la gracia que robusteció el brazo de Catalina para reducir á menudo polvo las supersticiones gentílicas. Tú la hiciste un prodigio de sabiduría para demostrar el origen divino de la religion contra la orgullosa ciencia de un siglo idólatra, y tú la harás un prodigio de fortaleza para sancionar con su heroismo el testimonio que ha dado á la verdad, objeto de las iras de la mas cruel tiranía.

No bastaba á nuestra ínclita virgen ser la apologista denodada de los dogmas cristianos; debia ser su mártir esclarecida. ¿Y con quién va á luchar de nuevo la vencedora de los sábios? ¡Ah! Todo un emperador romano es quien toma por su cuenta espugnar aquella fortaleza. Una pasion vehemente hácia Catalina estalla repentinamente de una manera formidable. Solicita su amor, pide su mano, ruega, insta, protesta, ofrece, pone á sus piés un trono, brindala con el imperio del mundo... ¡Qué tentacion para las almas pequeñas! Pero Catalina, desdeñando los halagos de Maximino, despreciando sus ca-

ricias, insensible á sus promesas, sorda á sus súplicas, no responde mas que una palabra: «¡Soy esposa de Jesucristo: á él pertenezco sin reserva, ningun mortal se atreverá á disputarle sus derechos ni logrará poseerme!» ¿Qué hacer en vista de una contestacion tan terminante? ¡Ah! La resolucion del tirano no se hace esperar mucho tiempo. Ebrio de furor y sediento de sangre, propone vengar en Catalina tamaño desaire. Bien presto rodéanla verdugos inhumanos que despojándola de sus vestidos la dejan en la mas vergonzosa desnudez. Bien presto las nudosas varas y los flexibles nérvios de buey hieren sin compasion las delicadas carnes de la vírgen, haciendo brotar de ellas torrentes de sangre. Bien presto las candentes planchas aplicadas á las innumerables heridas que cubren aquel tierno cuerpecito, le convierten en una sola llaga, descubriendo los huesos contusos y las arterias abrasadas. Y no bastando tanta inhumanidad para debilitar la heroica constancia de Catalina, se la arroja en un hediondo ergástulo, do yace por espacio de trece dias sin probar otro alimento que el que le suministran los ángeles. Allí la vió la emperatriz Faustina, llena de celestial contento; allí el afortunado Porfirio admiró su heroismo; y ambos convertidos por ella á la religion cristiana, merecieron escuchar de sus lábios la prediccion de un ilustre martirio.

Intente de nuevo conquistar su corazon el apasionado tirano; vuelva á la carga con mayor insistencia que nunca; reitere sus promesas, redoble sus amenazas..... Todo es inútil. «Soy cristiana, soy vírgen, soy esposa de Cristo,» son las únicas palabras que opone á los importunos ataques de aquel mónstruo de inhumanidad. Esto responde á vista del estremecedor espectáculo que se presenta á su vista en aquella horrenda máquina erizada de cortantes cuchillos, agudas leznas, y aceradas puntas que los satélites de Maximino arman en un momento. Esto repite colocada ya en la infernal rueda, á cuyo mas leve movimiento debe quedar destrozado su cuerpo y hecho menudos pedazos. Esto dice, cuando Maximino, despechado al ver arrojados por el suelo los idolos que la presenta, manda que la máquina funcione. Pero ¡oh Dios de bondad! Tú hiciste brillar las maravillas de tu diestra omnipotente allí donde el paganismo cre-

yó hacer un vano lujo de crueldad y de violencia. Al eco de la oración de la ilustre virgen, salta hecha astillas la rueda, causando inconcebibles estragos en toda aquella muchedumbre curiosa que asiste al espectáculo. Mueren, según el relato del Cartusiano, cuatro mil personas, mientras Catalina no experimenta la menor lesion; doscientos soldados, movidos por el prodigio, hácese cristianos y aumentan el catálogo de las conquistas de la Cruz sufriendo un glorioso martirio; Maximino, desconcertado en sus inicuos planes, se enfurece contra la Santa virgen y dispone sea inmediatamente decapitada.

El fallo es ejecutado. Alejandría vió á su mas noble heroína, á su mas preciada perla, recorrer á pié firme las calles, atada con pesadas cadenas, llagada, desnuda, precedida del pregon que publicaba su sentencia; la vió llegar gozosa al lugar del suplicio, orar al Señor en favor de cuantos la invocasen, doblar la cerviz, recibir el golpe, brotar de la herida una leche candidísima, y subir al cielo su alma rodeada de un coro numeroso de ángeles, mientras otros recogiendo sus preciosos restos mortales los trasladan á las cumbres del Sinaí. En toda la tierra propágase la celebridad de Catalina; los pueblos solicitan su mediacion; el catolicismo la erige suntuosos templos; los doctores de la iglesia la consagran sus mas bellas producciones; los sábios se deshacen en su elogio; aclámanla por patrona las mas célebres universidades; colócanse bajo su tutela las mas insignes órdenes religiosas; do quiera se la denomina filósofa, teóloga, doctora, apóstola, sábia universal; hasta la heregia misma la hace justicia, y aplaude su ciencia; ciencia divina, ciencia celestial, con la que confundió el presuntuoso saber de los génios del paganismo, y postuló su petulante arrogancia, demostrando el origen divino de la religion cristiana que tan dignamente defendió, y su indestructible perpetuidad, en prueba de la cual supo pelear, vencer, y triunfar con tan inimitable heroismo.

¡Oh Señor, que tan grande y prodigioso os ostentais en la tierna virgen y mártir Catalina! Dignaos infundirnos un destello de la luz con que esclarecisteis su inteligencia para sacarla de las tinieblas del error, y una parte de aquella fortaleza varonil con que robustecisteis su corazon para resistir á las violencias de un poder tirano, empe-

ñado en arrebatarla sus mas preciosos laureles. Dadnos en premio de la piedad con que solemnizamos su memoria, gracia para imitarla, ya que no en los prodigios de su sabiduría, al menos en su fidelidad en servirnos y amaros. Esto es lo que ansiamos, á esto aspiramos, esto os pedimos por la intercesion de Catalina, para poder un dia merecer su corona y disfrutar de su eterna bienandanza.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN ANDRÉS, APOSTOL.

Ambulans Jesus iuxta mare Galileæ, vidit duos fratres, Simonem.... et Andræam fratrem ejus, mittentes rete in mare. Et ait illis: venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum. At illi continuo, relictis retibus, secuti sunt eum.

Caminando Jesus por la ribera del mar de Galilea, vió á dos hermanos, Simon y Andrés, echando la red en el mar. Y les dijo: venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Al instante los dos dejaron las redes y le siguieron.

MATTH. IV. 18, 19, 20.

NADA iguala en grandeza y en prodigios á la fundacion de la religion cristiana. La creacion misma, rasgo admirable de la omnipotencia de un Dios, no ofrece unos caractéres de originalidad tan sorprendentes. Allí la palabra fecunda del Eterno estrae del caos lo que no existia, da el sér á lo que no era, é instantáneamente hace brotar un mundo sembrado de maravillas, cuya variedad, consistencia, órden invariable y perpétua duracion, venimos contemplando á través de siglos y siglos. «¡Oh! ¡Cuán grande, cuán magnífico, cuán sábio, cuán poderoso se muestra el Señor en sus obras, esclama el Profeta. Él dijo: hágase, y todo fué hecho; él lo mandó, y todo fué criado.» Pero cuando ese mundo primitivo, llegado á su decrepitud, exigia una regeneracion fundamental, una modificacion completa en sus ideas bastardeadas, en sus costumbres corrompidas, en sus instintos de perversidad, en sus dogmas adulterados; cuando fué preciso rehacer de nuevo la humanidad, y dar nueva existencia al cuerpo social cadavérico y en estado de disolucion; ¿no

lo verificó también Jesucristo, llamado á cumplir esta misión reparadora, con una palabra de omnipotente virtud, cuyo eco vibra todavía en todos los corazones creyentes, creando en ellos el asombro y el entusiasmo?

Oíd cómo fué iniciado este hecho notabilísimo; suceso culminante en la historia de los tiempos modernos. En Nazareth tuvo su punto de partida. De allí saliera el hijo de Dios para ir á zanjear los cimientos del grandioso edificio del cristianismo, destinado á sobrevivir á todas las humanas revoluciones hasta la consumación de los tiempos. «Paseábase un día por las riberas del lago de Galilea; percibe dos hermanos llamados Simon y Andrés, que se ocupaban en arrojar sus redes al mar. Acércase á ellos, y les dice: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Lo cual, oído por ellos, abandonan al instante sus redes, y le siguen.» Hed ahí, esclama entusiasmado un sábio escritor, el origen de esa religión divina que ha obrado en el mundo la más sorprendente revolución que jamás se viera. «¡Venid en pos de mí!» Tal es la palabra milagrosa que inauguró en la tierra el reinado de la civilización cristiana, «manantial oscuro en su principio, gota de agua imperceptible, donde no hubieran podido abrevarse dos pájaros, y que hubiera consumido un rayo de sol; pero que hoy, grande océano de los entendimientos, ha colmado todos los abismos de la sabiduría humana, bañando con su insondable caudal, lo pasado, lo presente y el porvenir (1).»

No es mi ánimo hablaros en este día de ese acontecimiento singularísimo. El objeto que arrebatara nuestras atenciones es ese apóstol, ese héroe, ese genio á quien Jesucristo dirigió la gran palabra regeneradora sobre que descansa el grandioso edificio de la religión católica. Él tuvo la gloria de ser juntamente con su hermano, el primero á quien el augustísimo fundador del nuevo culto asoció á sí para marchar á la conquista del mundo moral, y el primero también que, aceptando aquella misión espinosa cuanto difícil, se abnegó completamente por seguir tras las huellas del que le llamara, se desprendió

(1) Lamartine, Viaje á Oriente.

con generosidad de cuanto constituia su esperanza y su porvenir, y á una mera insinuacion de la gracia que brilló instantáneamente en su alma, voló á hacerse el discípulo, el apóstol, el propagador y la víctima de la cruz.

Tal es en efecto San Andrés, cuya memoria solemniza hoy la Iglesia nuestra madre. En estas últimas espresiones hállase epilogada toda su historia, toda su grandeza, todas sus glorias, y en ese mismo pensamiento voy á reasumir todo su elogio. «Deciros que fué el discípulo y apóstol fervoroso de la cruz, será poner de relieve su fidelidad y constancia en seguir á Jesucristo y predicar la divinidad. Mostrárosle como la víctima de la cruz, equivaldrá á evidenciar su heroísmo en sacrificar su vida en obsequio de la religion cristiana y en testimonio de su veracidad.» Ambos puntos me propongo abarcar bajo una sencilla y breve reflexion, despues de invocar los divinos auxilios por la intercesion de la immaculada Virgen que tanta parte tomó en nuestra dicha, dirigiéndola la afectuosa salutacion con que la fué anunciada su maternidad augusta, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Asunto de sérios debates y origen de polémicas acaloradas fué en algun tiempo el ascendiente prodigioso que sobre los corazones ejerciera el Salvador, cuando, al dar principio á su vida pública, recorria la Judea en busca de aquellos que estaban destinados á ser los primeros heraldos de su divinidad y los primeros héroes de la cruz. Pasma en efecto ver la prontitud con que unos hombres, que solo apercebían en el que los llamaba á la gran lucha de la inteligencia contra la fuerza las esterioridades de un simple mortal, obedecían no obstante á su voz, abandonaban sus mas caros intereses, renunciaban á sus envejecidos hábitos de independenciam, y se hacían discípulos de Jesus de Nazareth. ¿Habia en éste algo de

superior ó extraordinario, capaz de fascinar el espíritu de los que le veían? ¿O bien obedecían á un ciego impulso de sus almas fanatizadas con preocupaciones supersticiosas? Dejemos, empero, á la carnal sabiduría del mundo la enojosa tarea de resolver ese problema como mejor plazca á sus siniestros fines, que poco ó nada nos importa su modo de pensar en este punto, y limitémonos á admirar la fidelidad con que nuestro ínclito apóstol San Andrés correspondió al divino llamamiento, y su constancia en predicar la divinidad del que con bondad incomprensible dignárase asociarle á su escuela.

Un rasgo de viva fé, pero de una fé racional é ilustrada, inaugura la brillante carrera de nuestro héroe. Pasára un dia casualmente el Salvador por delante del Bautista, el cual, lleno de fervoroso entusiasmo al ver á su maestro, dirijese á sus discípulos que se hallaban con él, y les dice: «¡Ved abí el Cordero de Dios (1)!» Andrés oye estas palabras; y tan honda impresion hacen en su alma, que sin detenerse un punto, acércase á Jesus, y le dice: «Maestro, ¿dónde moras?» Y acompañándole hasta su habitacion, permaneció con él todo el dia (2). Dígannos si les place los incrédulos de nuestro siglo cómo esplican este hecho. Andrés nada habia visto hasta entonces en el Salvador que le revelase su origen divino; ninguno de los ruidosos milagros que despues le hicieran tan célebre en la Judea, habia precedido á esta escena. Si alguna cosa podia distinguir á Jesus del resto de los humanos, era únicamente su habitual dulzura, su trato afable, sus maneras simpáticas, su continente modesto, su lenguaje seductor que por do quiera respiraba benevolencia y amor. Por lo demas, bien pudiera juzgársele un profeta, un varon justo, un hombre inspirado, pero de ninguna manera un Dios. Y sin embargo, Andrés vé mucho mas que todo esto; apercibe por entre los velos humanos que ocultan la gloria de aquel Sér celestial al vaticinado por los videntes, al prometido por los patriarcas, al deseado de los siglos, al Mesías reparador del mundo. Por eso á la mera insinuacion del Precursor se dirige á él deseoso de iniciarse en los

(1) Joan. I. 36.

(2) Ib. 38, 39.

misterios de su doctrina; permanece á su lado nutriéndose de sus enseñanzas; y prueba evidente de que su inteligencia hondamente convencida no abrigaba la menor duda acerca de la divinidad de Jesucristo, y de que su corazon habia sido herido por un rayo potente de la gracia, cuando al salir de aquella entrevista, corre presuroso en busca de su hermano Simon, le dice entusiasmado de gozo: «¡he visto al Mesias!», y deseoso de comunicarle su misma felicidad, obligale á ir con él á ver al divino Maestro (1).

Los que sin criterio se han atrevido á tachar la fé de nuestro Santo Apóstol como producto de una febril exaltacion, y no de un convencimiento íntimo y racional, han querido chocar de frente con la verdad y destruir sus efectos. Pero la verdad no se mata con absurdas teorías ni con acusaciones apasionadas. ¿Qué importa lleguen en su nécio delirio á negar la autenticidad histórica del hecho, cual si los escritores sagrados le hubiesen forjado para dar una importancia innecesaria á la influencia de la religion cristiana? ¿Pues qué! ¿Puede sostenerse por mucho tiempo una ficcion sin que al fin se descubra el hilo de la impostura? ¿Puede salvar siglos y siglos un relato supuesto arbitrariamente por la pasion y el capricho, sin que llegue un dia en que se esclarezca la verdad? Y sobre todo, dejando aparte cuanto la crítica mas suspicaz pueda imaginar en este punto, ¿no bastarán los hechos subsiguientes á demostrar la accion divina en el llamamiento de nuestro ínclito Apóstol? Yo concibo fácilmente que en un arranque de entusiasmo hubiera podido dejarse fascinar Andrés de aquellas palabras que Jesus le dirigiera un dia en las orillas del mar de Galilea: «Ven en pos de mí, y te haré pescador de hombres (2).» Concibo que, arrastrado por las maravillas que obraba el divino Maestro, le siguiese en sus viajes y correrias á través de los pueblos y de los desiertos participando de sus fatigas y privaciones. Concibo que aun viéndole denostado por un vulgo grosero ó ignorante, perseguido por la envidia farisáica, desacreditado por los sábios y doctores de la ley, acusado de trans-

(1) Joan. I. 41.

(2) Matth. IV. 19.

gresor de las prescripciones mosaicas, espiado por émulos irreconciliables, y constantemente molestado por la rivalidad enconosa de los que no podían tolerar su doctrina, todavía Andrés, superior á todos estos elementos de repulsion continuase adherido al Salvador, ya porque en él fuese mas poderosa la voz de su intachable santidad, ya porque en los rasgos característicos de un poder sobrehumano hallase un fuerte contrapeso á las calumnias de aquel pueblo interesado en su ruina. Empero, ¿cómo concebir y explicar que sin una convicción profunda perseverase constante en su resolución, cuando poco despues vió al Salvador entregado á todos los horrores de la venganza mas cruel, preso como reo de estado, juzgado como perturbador del órden público, sentenciado como rebelde y contumaz, crucificado como el mas vil asesino, y muerto en la ignominia bajo el anatema y la maldición pública?

Y sin embargo, M. A. O., entonces es cuando Andrés, discípulo ferviente de la víctima del Gólgota, hácese el apologista y apóstol de su Cruz. Vedle, tan pronto como el Espíritu-Santo desciende sobre el sagrado colegio, recorrer toda la Judea predicando la divinidad del que ha sucumbido á la envidia de la Sinagoga, sin temor á las amenazas del Sinedrio, sin cuidarse de las prohibiciones de un poder arbitrario y despótico, sin que le afecten las amenazas ni le intimiden los castigos: porque la caridad que arde en su pecho le sobrepone al encono de los magistrados, y le dá valor suficiente para insultar los fieros de la tumultuosa Jerusalem. ¡Ah! Tenia muy presentes Andrés aquellas palabras del divino Maestro: «Yo os envío como ovejas en medio de lobos..... No temais cuando os halláreis en presencia de los reyes y de los principes, pues daros hé un lenguaje á que no podrán resistir vuestros fieros adversarios.....» «Con vosotros estaré hasta la consumacion de los siglos, y vencereis, porque yo he vencido y postrado al mundo.» En su consecuencia el ardiente predicador de la Cruz busca expansion suficiente á sus instintos de conquista; abandona la Judea, marcha á la Tracia, atraviesa el Egipto, vuela á la Scytia, recorre la Capadocia, invade la Galacia, penetra en la Bitinia, llega á los confines del mar negro, y donde quiera su voz autorizada resuena como el estampido del true-

no, aseméjase al huracan; y aquí hace caer las aras de los ídolos, allí ve desplomarse los templos profanos, mas allá rinde pueblos duros é indomables, y en todas partes el error sucumbe, las preocupaciones ceden el lugar á la verdad, la idolatría va en decadencia, la supersticion huye avergonzada, enmudecen los oráculos, la doctrina evangélica ensancha sus conquistas, el lábaro vencedor de la cruz plantado sobre los escombres del paganismo ondea victorioso allí donde poco antes alzábanse los vetustos monumentos de un culto sacrilego, y en vez de los humanos sacrificios ofrecidos al demonio, sube al cielo el humo de los inciensos quemados ante la víctima adorable, inmolada por la salvacion del linage pecador en un sangriento Calvario.

Todo ello es obra de la gracia triunfadora que inspira al fervoroso Apóstol. El es el instrumento de esas admirables conquistas que han dejado muy atrás las de los Alejandros, Jerges, Césares y demas guerreros tan celebrados en la historia. Aquellos pudieron hacer curbar las frentes de naciones indómitas ante el hierro devastador: Andrés logró dominar las inteligencias con la sola arma de la persuacion; aquellos no reinaron sino sobre ruinas, despues de haber dejado á su paso hondas huellas de sangre y esterminio: Andrés levantó el imperio de la verdad sobre corazones á quienes ni una sola lágrima arrancó, ni ocasionó la menor pesadumbre; aquellos debieron á la violencia y al terror una gloria de pocos dias que desapareció en las lindes del sepulcro: Andrés con la dulzura y el amor fundó el edificio de esa celebridad que ha sobrevivido á su muerte, y se perpetuará mas allá de los siglos; por cuanto á la constante fidelidad con que fué el discípulo y predicador de la Cruz, unió el heroismo admirable con que se hizo su víctima, sacrificando una vida rica en virtudes y merecimientos ante las aras de la religion cristiaaaa.

La ciudad de Patras en la Acaya era la designada por el cielo para teatro de los triunfos del Santo Apóstol. Allí era donde su ardiente celo reportára mas ilustres conquistas. La fecunda semilla de la divina palabra producía de dia en dia frutos sazonados y abundantísimos que llenaban el granero del Padre celestial. A An-

drés era debida la prodigiosa revolucion obrada en las creencias de un pueblo que sin distincion de clases, gerarquías, edades y condiciones, rendia vasallage á la verdad cristiana y abrazaba la doctrina del Evangelio. Pero no era posible mirase con impassibilidad el descrédito de sus creencias y la ruina de sus antiguas tradiciones un poder altamente enemigo de la religion del crucificado, que aspiraba á perpetuar en el mundo su influencia, y á dominar en él como soberano, merced á los inmensos recursos de fuerza con que contaba á la sazón aquel coloso. Los agentes de aquella Roma, madre de todas las abominaciones de la tierra, velaban donde quiera por sus intereses. El procónsul Egeas que la representaba en la Acaya, no bien observa el movimiento regenerador iniciado por Andrés, cuando se propone oponerse á su desarrollo, inmolando antelas aras de la supersticion aquella inofensiva victima, y al efecto cita al Santo Apóstol á su tribunal. ¡Y qué! ¿Pensais que se intimidase en presencia de un hombre quien jamás supo temer mas que á Dios? No: antes bien le vereis sostener con él un diálogo en que á la par de sus profundas convicciones, manifiesta la energía de un corazon incapaz de doblegarse á las exigencias de todos los poderes de la tierra: oírísele sostener con libertad santa los indisputables derechos del monarca invisible de todo lo criado, aplazar al procónsul para el tribunal del Supremo Juez de vivos y muertos, desenvolver con una sabiduría sobrehumana la economía del gran misterio de la reparacion del hombre á consecuencia de su primitiva caida, hablar de la Encarnacion del Verbo en el seno de una Virgen, referir su vida pública, sus milagros, su muerte, su resurreccion y demás dogmas que forman el símbolo cristiano. Mas ¡ay! Tanta luz en vez de esclarecer aquella inteligencia oscurecida, no consigue sino cegarla mas. Sordo Egeas á la voz de la verdad, obstínase en rechazarla, y no deja al Santo Apóstol mas opcion, que sacrificar á los dioses del imperio ó morir.

Sí: morirá Andrés antes que fraternizar con el error, antes que hacer traicion á sus creencias, antes que ceder un ápice de la doctrina que ha predicado: porque así es como obran las almas grandes, los corazones heroicos, los verdaderos discipulos del Evangelio, los

mártires de la religion cristiana. Morirá con indecible gozo, pues esta es la única dicha que ambiciona, la única aspiracion que alimenta, la única pretension que abriga, la única bienandanza porque suspira. Prepárense todo linage de suplicios para atormentarle; pónganse en juego cuantos medios sea capaz de inventar la violencia, el ódio, la venganza y todas las malas pasiones; empléense los azotes, el hambre, la sed, las cadenas, los hierros... Todo es inútil; mas fuerte que todo esto es el amor divino que abrasa el pecho de Andrés, mayor su ánsia de padecer por el nombre de Jesucristo, mas vehementemente su anhelo de morir por la gloria de su divino Maestro. Así que, tan luego como se le sentencia á ser crucificado, su alma rebosa en júbilo celestial, al verse digno de imitar en esto á quien por él exhaló su último aliento en una cruz. En vano es que el pueblo amotinado trate de impedir la ejecucion arrancando al Santo Apóstol de las manos de sus verdugos. No lo hagais por vuestra vida, exclama Andrés hondamente afectado, cual conquistador que vé marchitarse en sus manos los laureles de una insigne victoria; no me arrebatéis una dicha que forma mi mayor encanto; no me priveis de una corona por la cual vengo peleando sin cesar en honrosa lid.... Y marchando con pié firme hasta el lugar destinado, al apercibir á lo lejos el instrumento de su suplicio, prorumpe en estos acentos, que la Iglesia repite hoy entusiasmada: «Salud, santa y venerable cruz consagrada y embellecida con el contacto de los miembros del divino Salvador. Nada en tí habia que no fuese terrible y repugnante, antes que el Hombre-Dios muriese en tus brazos; padron de ignominia y símbolo de maldicion eras para el que en tí finaba sus dias; pero ahora tú formas la mas positiva felicidad del hombre, y constituyes su mayor gloria. ¡A tí vengo, oh Cruz amabilisima, rebotando alegría y lleno de confianza. Recíbeme gustosa como á discípulo de aquel que pendiente de tí redimió al mundo! ¡Oh Cruz por mí con tantas ánsias suspirada, mil veces apetecida y tantas veces buscada! ¡Franquéame tu seno, y tenga yo la dicha de pasar de tus brazos á los de aquel que en tí me salvó!» (1)

(1) Eccles. in off. huj. diei.

El instante tan deseado llega al fin. Andrés es amarrado fuertemente en aquel leño, donde en medio de horribles dolores permanece dos dias enteros espuesto al público, predicando desde allí como desde una cátedra las eternas verdades de la religion. El pueblo fiel llora amargamente, y Andrés le dirige palabras de vida y de consuelo. Encolerízanse las turbas á vista de una crueldad tan desmedida, y él las aplaca con suaves exhortaciones impidiendo se subleven contra la autoridad: porque los verdaderos héroes de la religion, los discípulos verdaderos de Jesucristo nunca desmienten la doctrina que han aprendido. En los momentos mas criticos, en los dias de mas sangrienta persecucion, saben tolerar, resignarse, padecer por la justicia, morir con valor, pero revelarse jamás; escitar las iras de los pueblos, nunca. Su divisa es la paz, sus armas la paciencia, su fortaleza la caridad, su triunfo el martirio. Por eso Andrés, digno discípulo de la Cruz, su apóstol, su apologista y su víctima, hasta en los postrimeros instantes acredita las altas verdades que constantemente ha proclamado; y muriendo lleno de celestial regocijo en aquel leño, dá el mas ilustre testimonio de la divinidad de una doctrina fundada en la abnegacion y cuya última página es el amor.

Hed ahí, M. A. O. cómo se esplican los prodigios obrados por una religion que luchando de frente con todas las pasiones las avasalla todas bajo el yugo del deber; oponiéndose abiertamente á los instintos viciados de la naturaleza, los doma y cautiva victoriosa; proclamando principios de todo punto opuestos á los mas caros intereses de un mundo muelle y egoista, hácese obedecer de cuanto en la tierra hay de mas poderoso y temible; é hiriendo en lo mas vivo la fibra delicada de la sensualidad y de la ambicion, conquista los pueblos, invade las naciones y se hace dueña absoluta de todo el universo. ¡Victoria portentosa! ¡Triunfo admirable de aquel que un dia dijera á sus apóstoles: «Id á predicar el Evangelio á todas las criaturas; enseñad á todas las gentes!» Todas ellas han escuchado esa divina enseñanza; todas han visto llegar esos ángeles veloces portadores del testamento eterno; todas han recibido en su seno la semilla evangélica; y si alguna resta todavía por conquistar al rey inmortal del Calvario, no está lejano el momento en que

las ovejas descarriadas formen con las fieles un solo aprisco. Acelerad, Señor este día tan deseado. Cread nuevos apóstoles que como el ínclito San Andrés vayan á sembrar el grano de la divina palabra á las regiones que aun yacen adormidas en la oscura noche del error, y á llevar juntamente con las glorias de la Cruz, los beneficios de la civilizacion cristiana. Fortaleced á los que habiendo emprendido esa espinosa cuanto bella mision, trabajan en climas remotos por ensanchar los límites de vuestro reinado. Y á los que estamos llamados al apostolado del ejemplo, inspiradnos vuestra gracia para obrar siempre cual cumple á fieles discípulos de la Cruz. Si como Andrés no somos dignos de sellar con nuestra sangre el testimonio de nuestra fé, merezcamos al menos ser con nuestra vida una demostracion ostensible de la santidad de vuestros dogmas; para que despues de luchar aquí con valor contra nuestras propias pasiones, y triunfando de todos los elementos que se oponen á nuestra dicha, recibamos un día la inmarcesible corona que reservais á vuestros escogidos en la gloriosa eternidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SANTA BÁRBARA, VIRGEN Y MARTIR.

In perpetuum coronata triumphat, incoinquinatorum certaminum præmium vincens.

Coronada triunfa para siempre, por haber vencido en la lucha, y merecido el premio de las almas incontaminadas.

SAP. IV. 2.

¡CUÁN bella y agraciada se ostenta la Iglesia católica desde los primeros días de su existencia! ¡Qué de trofeos penden de su augusto trono! ¡Qué de inmarcesibles laureles alfombran su pedestal! ¡Cuántas y cuán vistosas diademas ciñen sus sienes! Esposa de sangre, llamada á luchar constantemente en la tierra contra todos los poderes enemigos de sus magnificencias, rodéanla en su misma cuna campeones aguerridos, que, viniendo de una gran tribulacion, han teñido sus vestiduras en la púrpura del Cordero; ancianos venerables que han encanecido en los combates peleando por la fé y recibiendo honrosas heridas por sostener los derechos de la Divinidad; tiernos parvulitos que, antes de saber pronunciar el nombre de Jesucristo, han sabido sacrificarse por él, arrancándose del maternal seno para ir á aumentar el número de las víctimas de la Cruz; vírgenes heróicas que, superiores á la debilidad de su sexo, han preferido los tormentos y las agonías de una muerte horrorosa á las impuras delicias de un mundo corrompido y seductor, ofreciéndose como hostias preciosas ante las aras del Rey inmortal de los siglos. A ella, pues, puede acomodarse el elogio que los divinos libros consagran á la sabiduría: «Coronada triunfa para siempre, por haber vencido y conquistado

el premio digno de unos combates incontaminados. » *In perpetuum coronata triumphat, incoinquinatorum certaminum præmium vincens.*

No cuadra, empero, menos este elogio á la insigne virgen y mártir Santa Bárbara, objeto de la presente solemnidad. Su triunfo es tanto mas asombroso á los ojos de la fé, cuanto rodeado de circunstancias mas singulares y extraordinarias. No es ya una Judith, cuyo robusto brazo decapita á un soberbio caudillo de los ejércitos enemigos de Dios, por salvar la libertad é independencía de su pueblo (1). No es una Jael intrépida, que saliendo al encuentro del insultante Sisara, tiene valor suficiente para esperarle en su marcha y taladrar sus sienes con un clavo, en defensa de los derechos del abatido Israel (2). No es una Dévora, que poniéndose á la cabeza de las desmembradas huestes hebreas, las alienta á la pelea, las conduce á la victoria, y logra humillar la pujanza del vengativo Jabin (3). Nada de esto es la ilustre Bárbara; y, sin embargo, sus glorias esceden incomparablemente á las de esas grandes heroínas de la Biblia, cuyos nombres ha inmortalizado la historia; porque en lucha mucho mas arriesgada, en terreno mas comprometido, supo vencerse á sí misma, postrar á los enemigos de su fé, decapitar el móstruo del error, humillar la soberbia de príncipes altaneros que abusaban de su poder en daño de la religion, triunfar de las seducciones de un padre criminal, convertido para ella en tirano implacable, sucumbiendo bajo su cuchilla antes que transigir con sus injustas y sacrílegas exigencias. Tal es el inmaculado combate en que Bárbara conquistó los laureles de esa diadema inmortal que hoy ciñen sus sienes en la patria de los bienaventurados. Hed ahí el sobrehumano triunfo que la colocó entre las almas incontaminadas, que, vestidas de cándido ropage y cargadas de inmarcesibles palmas, rodean el trono del Cordero, y entonan himnos perpétuos de victoria, cuyo eco repite en la tierra la militante Jerusalem: *In perpetuum coronata triumphat, incoinquinatorum certaminum præmium vincens.*

(1) Judith. XIII. 40.

(2) Judic. IV. 21.

(3) Ibid. 6.

Este triple triunfo de Bárbara reportado contra el error, la seducción y la fuerza, con las armas de la fé, de la inocencia y de la constancia, es el que me propongo celebrar en el presente discurso. «Preservándose de la accion de la idolatría, entre cuyas espinas naciera, ostentó el poder de la gracia triunfadora que la llamó al cristianismo; sobreponiéndose á los lazos seductores tendidos á su virginidad con mengua de sus creencias, mostró el irresistible ascendiente de la verdad que la iluminó: y prefiriendo morir fiel á sus convicciones antes que vivir en una cobarde apostasía, hizo brillar la accion divina de la religion, llamada á engalanarse con los trofeos de todo el universo.» Reasumamos bajo un mismo punto de vista estos tres caracteres de la victoria de nuestra heroína; y para interpretar dignamente tan interesante objeto, recurramos ante todo á la poderosa mediacion de la Reina de las vírgenes, dirigiéndola las sublimes palabras del Angel:

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Aquel Señor que, segun el lenguaje del Apóstol, estrahe la luz del fondo de las tinieblas, es quien ilumina, cuando le place, la inteligencia del hombre, derramando en él los rayos de una gracia victoriosa, mediante la cual se sobrepone á la accion del error que le ofusca, y le hace ver en toda su hermosura la verdad que se le ocultaba. Debida fué sin duda á ese mismo principio la feliz revolucion verificada en la insigne virgen de Nicomedia, Santa Bárbara. Hija de padres idólatras, rodeada desde su cuna de todos los elementos capaces de retenerla cautiva en los lazos del paganismo, avezada á no ver en torno suyo mas que las supersticiosas prácticas de un culto que quemaba incienso y sacrificaba víctimas á las mas despreciables obras del hombre, iniciada desde los pechos de la que la dió el sér en los detestables misterios de una religion creada por la ignorancia, fomentada por el fanatismo, y sostenida por las mas repugnantes

pasiones, ¿cómo hubiera podido elevarse al conocimiento del verdadero Dios de cielo y tierra, si una mano invisible no la hubiese arrancado la venda que cubria sus ojos, y desplegado ante ella todas las magnificencias de la religion cristiana? ¡Oh! Escrito está que nadie puede llegar á Jesucristo sino por medio del que es el camino, la verdad y la vida. Escrito está tambien que la fé se adquiere en virtud de la palabra divina que insinuándose fuerte y eficazmente en el alma, triunfa de todos los obstáculos que se la oponen, siempre que haya en el sugeto las disposiciones debidas para recibir esa fecunda semilla. Empero, ¿cómo era dable que Bárbara pudiese por esta via vencer unas preocupaciones hondamente arraigadas, no habiendo jamás escuchado el lenguaje vivo y penetrante de una doctrina para ella desconocida? Sin embargo, el que desde la eternidad ha formado acerca de ella designios de amor y de misericordia, no la abandonará á las horribles consecuencias de una funesta ignorancia. El abrirá á su vista el gran libro de la creacion; y Bárbara dócil á sus sábias y elocuentes lecciones, sabrá hacer de las obras de Dios que tan prodigiosamente brillan en ella, la escala misteriosa para subir al trono de las infinitas perfecciones del Supremo Criador. ¡Mengua y baldon de esa escuela infanda que nada vé, nada observa, nada encuentra en el cielo y en la tierra mas que materia inerte, movimientos fortuitos, efectos caprichosos, fenómenos de un principio que plugo divinizar bajo el nombre de naturaleza, pero sin contar con otro principio superior de donde deriva su accion, su vida, su fuerza motriz, su órden, su fecundidad y demas circunstancias que le son inherentes! Una mujer, una tierna doncella, desprovista de los conocimientos de que se envanecen los sábios del mundo, vé, observa, conoce y halla en el gran cuadro del universo lo que ellos se obstinan en negar. Comprende que no puede ser obra de un ciego destino ni de una fatalidad repugnante lo que lleva impreso el sello de una mano próspera é infinitamente poderosa; convéncese de que una naturaleza independiente de un soberano motor que dirija toda la economia de la creacion, no puede producir resultados tan bellos, tan armónicos, tan ordenados; y en su consecuencia, por entre los periódicos movimientos del sistema planetario, á través del cambio

sucesivo y constante de las estaciones, y mediante la observacion y el estudio de las maravillas que á su vista presenta el mundo, descubre Bárbara la accion de un Ser supremo, vé su omnipotente diestra dirigiendo tantos y tan estraños acontecimientos, admira su voluntad presidiendo á tan incomprensibles misterios, y concluye que hay un Dios oculto en ese gran mecanismo, á quien las criaturas todas deben rendir vasallaje. En vano vendria el ateo á derramar sus doctrinas desoladoras en un alma naturalmente cristiana, por usar el lenguaje de Tertuliano. Por demas sería que el materialista ciego gritase en su orgullosa arrogancia, que todo cuanto el universo ofrece de mas portentoso é inesplicable, se reduce á una combinacion casual de ciertos elementos, ó á la composicion ó descomposicion de unas partículas imperceptibles que giran constantemente en el aire, cual si lo que de suyo carece de inteligencia ó conocimiento pudiese producir efectos que suponen ambas cosas á la vez. No: Bárbara ni un instante vacila en hacer á Dios el sacrificio de su inteligencia. Ilustrada por una fé sobrenatural, hácese superior á los errores y preocupaciones del paganismo; acepta espontáneamente una religion de la que solo ha vislumbrado los primeros rudimentos; jura no pertenecer mas que al Señor de quien todo lo criado es el eco que proclama su gloria; ansia perfeccionar su educacion religiosa instruyéndose en los dogmas del evangelio; consigue hacerse discipula de la cruz sin que de ello se aperciba su familia; y con una voluntad fuerte y enérgica llega en breve á la altura de una virtud que pudieran emular las mas ilustres vírgenes cristianas.

Admirad, C. O., el primer triunfo de Bárbara sobre la idolatría, de cuya accion se preservára, sin mas que seguir dócil las inspiraciones del cielo. Ved como desde entonces hollando heróica unos ídolos despreciables, y dispuesta á perderlo todo antes que renunciar á la posesion del gran tesoro de su fé, se adhiere fuertemente á Jesucristo, le consagra su virginidad, hácele donacion de todos sus pensamientos, prométele una fidelidad inquebrantable, júrale un amor eterno, y se resuelve á no aceptar otro esposo mas que á él, siquiera haya de luchar con cuanto hay para ella de mas caro y respetable en la tierra, aun cuando la sea preciso optar entre la muerte y la vida;

porque no hay para Bárbara otra felicidad positiva ni mas dicha verdadera, que la de vivir y morir con Jesucristo. Pero, ¿qué es lo que piensas, oh inesperta doncella? ¿Has contado con la ternura de un padre que tiene depositadas en tí sus mas gratas ilusiones? ¿Has considerado los deberes que te ligan al autor de tus dias, quien ya tiene formados sus planes acerca de tu porvenir? ¡Oh! Terrible es el combate que se la prepara á nuestra heroína. El amor filial va á luchar de frente con sus convicciones, y mucho será que no sucumba ante los poderosos elementos de seducccion que en torno suyo se aglomeran para hacerla la mas cruda guerra. Dioscoro, colérico por temperamento, duro por carácter, estravagante en sus caprichos, y acostumbrado á ver obedecidas como preceptos sus mas leves insinuaciones, propone á su hija un enlace ventajoso, é intimala que se resuelva á aceptarle sin demora. ¡Dardo cruel! ¡Situacion comprometidísima! Bárbara conoce á fondo á su padre; sabe que no es posible contradecirle ni esponerse á experimentar todo el peso de su indignacion; le ama entrañablemente, y no quisiera ocasionarle el menor disgusto; no ignora sus deberes como hija, pero tampoco desconoce lo que como cristiana debe á su Dios. ¿Qué hará en tan terrible conflicto? Para complacer á uno, precisamente debe desagradar á otro; si ha de obedecer los preceptos paternos, fuerza es faltar á los compromisos religiosos que ha contraido; de aceptar la mano de un hombre, tiene indispensablemente que renunciar á los desposorios con Jesucristo... ¡Oh! No lo hará Bárbara por cuanto hay en el mundo; no trocará la aureola de la virginidad por el velo de la desposada; no será infiel al que ya posee todo su corazon, para dividirle con un sér mortal con quien no la unen las mas leves simpatías. Perseverará cristiana, virgen y esposa de Cristo, mal que pese al infierno. Mas entre tanto, los momentos urgen; Dioscoro espera impaciente una resolucion definitiva; y por otra parte no es todavía tiempo de que la ilustre virgen descubra á un padre sumamente irritable los secretos de su corazon, lo cual pudiera trastornar todos sus planes ulteriores. Fuerza será dar treguas, sin pronunciar una negativa terminante; preciso será que la tierna doncella, sin soltar una palabra de compromiso, haga concebir á su padre lejanas espe-

ranzas, á fin de quedar por entonces libre de unos lazos que no la es dado quebrantar completamente. Asi se verifica en efecto: Dioscoro se ausenta de Nicomedia por algun tiempo, obligado por asuntos de familia, y Bárbara entre tanto respira el aire puro de la libertad.

Asunto de un largo discurso seria la vida portentosa que la ilustre doncella observó durante la ausencia de su padre, encerrada en una torre que eligiera por morada. Allí su fé la inspira el pensamiento de abrir tres ventanas en honra de la Trinidad Beatísima, para tener siempre delante un recuerdo de este inefable misterio. Allí la oracion, el ayuno, la abstinencia y los diversos ejercicios de piedad llenan todas las horas del dia y de la noche. Allí ante la imagen de Jesucristo crucificado, que con sus propias manos esculpe en la muralla, se deshace en tiernos afectos con su amado, ya que otra cosa no le es dado á aquella inocente paloma tiernamente enamorada de su Dios. ¡Cuán fuerte es el amor divino en un alma que ha llegado á poseerle! Al contemplar á Bárbara en su retiro, hubiérase creído ver una de esas puras vírgenes que en las ocultas delicias de un claustro disfrutan continuamente los efectos de la presencia del esposo á quien adoran, puesto que se nutren de la carne divina del Cordero inmaculado, participan de sus Sacramentos, y embriagadas con el sagrado licor de la sangre, adquieren valor suficiente para caminar por las ásperas sendas del calvario hasta la cumbre de la perfeccion cristiana. Y sin embargo, nada de esto posee nuestra ilustre doncella; ni siquiera tiene el consuelo de oír la palabra de vida de los lábios de un celoso pastor; y mas desgraciada en este punto que aquellos fieles que en la oscuridad de los subterráneos, buscaban un asilo contra las persecuciones, ni aun cuenta con el ejemplo de otros que la alienten y fortalezcan á permanecer constante en sus promesas. Pero, ¿qué importa todo esto, cuando Dios mismo se constituye guia, maestro y consuelo de Bárbara en su espantoso aislamiento? ¿Qué necesita ella para perseverar fiel en su amor á Jesucristo, cuando éste se complace en mostrarse á su esposa y en darla á beber los puros raudales de la verdad en su fecundo origen? Cuando llegue el caso de hacer frente á los horrores de la tiranía por sostener sus creencias, no se manifestará menos digna de sí misma que

esas almas intrépidas que, pertrechadas de las poderosas armas de la religion, se presentan al combate despues de haberse preparado á él bajo el magisterio de los profetas de Israel. Ella sabrá negarse á contemporizar con las exigencias de un poder doméstico tanto mas temible cuanto mas fuertes son los vínculos que con él la unen; ella se resistirá heróica á los fieros y amenazas de un padre criminal que se constituirá en verdugo de la que hubo de él el sér humano; ella triunfará de los tormentos y de la muerte, prefiriendo sucumbir víctima de un nuevo género de venganza antes que vivir en una cobarde apostasia; ella, en fin, que tan admirablemente hizo brillar el irresistible influjo de la verdad que la iluminó, sobreponiéndose á los lazos seductores tendidos á su virginidad con mengua de sus creencias, hará resplandecer la accion divina de la religion en el heroismo con que tolerará cuanto de mas cruel é inaudito inspire á Dioscoro su ódio envejecido hácia el cristianismo.

Superior á toda ponderacion fuera en efecto el despecho y furor que este padre desnaturalizado concibió al apercibir de vuelta de su viaje la transformacion inesperada de su hija. Al ver los signos misteriosos de la redencion grabados en la estancia de Bárbara, comprende con una sola mirada lo que para siempre hubiera querido ignorar. ¡Ella cristiana!.... ¡Ella enemiga de los dioses que acariciaron los primeros dias de su infancia!.... ¡Ella iniciada en el culto de los enemigos del imperio!.... ¡Ella afiliada á la secta maldecida de los Nazarenos!.... ¡Qué horror! Mil veces hubiera preferido verla muerta, que marcada con un sello para él tan ignominioso. Ciego con semejantes ideas, concibe el proyecto de matarla; ármase de un puñal, corre hácia ella, y en el acto hubiera consumado el mas horrendo crimen, si una mano invisible no la hubiese sustraído al golpe fatal, no para privarla de la corona del martirio, sino para prolongar éste mas, y dar mayor brillo al triunfo de la religion..... Huye en buen hora, oh inocente paloma; el cielo autorizará tu fuga mediante un prodigio parecido al que en otro tiempo obró en obsequio de un pueblo perseguido por la venganza de los Faraones; abrirá un hondo abismo entre tí y el desacordado autor de tus dias, para darte lugar á evitar que sus manos se tiñan en tu sangre; pero al fin, nada con-

seguirás sino aplazar algunos momentos un combate en que tu fé debe ser coronada con la mas insigne victoria.

Esta no se hace esperar. Dioscoro, respirando furor, da alcance á la tímida doncella; arrójase sobre ella como el tigre sobre su presa; la arrastra por el suelo; pisotéala con inaudita ferocidad; descarga en su inocente cuerpo furibundos golpes; y cuando cansado ya de atormentarla, le faltan las fuerzas para continuar, hácela conducir toda molida y descoyuntada á los tribunales, ante los cuales él mismo se constituye su acusador. ¡Hasta dónde puede arrastrar al hombre el fanatismo del error! ¿Es posible que la naturaleza haya enmudecido completamente en ese mónstruo de inhumanidad? ¿Es posible que haya podido sofocar los tiernos sentimientos de la paternidad hácia una criatura que siempre vivió sumisa á sus voluntades, que en nada se apartó jamás de sus preceptos, que constantemente procuró complacerle, que le amó con filial ternura, que fué á su vez el ídolo del cariño mas estremado, hasta el punto de mostrarse Dioscoro celoso de que nadie en el mundo la amase mas que él? ¿Y todo ello por qué? ¡Ah! ¡Porque ama á Jesucristo; porque ha renunciado á las supersticiones gentílicas y abrazado el culto cristiano; porque aborrece la mentira y no quiere vivir victima de funestos errores; porque prefiere su fé á todos los tesoros del mundo....! Por eso es Bárbara el objeto de todas las iras de un hombre que, despojándose de todas las cualidades de padre, se ha revestido de las funciones del mas implacable tirano; por eso es arrastrada á la presencia de Marceliano á dar cuenta de su fé; por eso se la coloca en la dura alternativa de renunciar desde luego á sus creencias, ó de aceptar los suplicios y la muerte.

Poco es, empero, que el paganismo agote contra Bárbara sus recursos, ya empleando medios de seducción para ablandarla, ya apelando al terror para intimidarla, ora afectando una falsa compasion, ora desplegando un rigor desmedido, unas veces con cariñosos halagos, otras con terribles amenazas. Todo es inútil para quien solo ansia á ceñir la doble aureola de la virginidad y del martirio. Nada en la tierra puede fascinar á la ilustre Nicomediense, que tan heroicamente ha renunciado las mas bellas esperanzas. En el cielo está toda su dicha; á él aspira como á único término de sus ansias. ¿Y

qué habrá en el mundo capaz de separarla del amor de Jesucristo, su bien, su vida, su tesoro, su felicidad? ¿Las cárceles? Ya ha experimentado todos sus horrores, y nada ha perdido su alma de su primitiva energía. ¿Los azotes? Uno por uno ha visto descoyuntar sus huesos bajo la vigorosa mano de desapiadados verdugos, y su corazón persevera siempre lleno de fuerza y de vigor. ¿Las uñas acerdadas? Sus virginales carnes han sido despedazadas ya bajo la dolorosa impresión de ese cruel instrumento; y sin embargo, una sonrisa angelical anima su bello semblante. ¿Los martillos, los peines, las catastas? Todos esos tormentos se han ensayado ya sin éxito en la invencible Bárbara, y entre tanto su fé no disminuye, su constancia no decae, su fortaleza no titubea. Aun cuando vea caer sus pechos bajo la tajante espada de un verdugo, siquiera inundada en su propia sangre sienta desfallecer un cuerpo de tierra, su ánimo empero imperturbable, tranquilo y sereno llenará de confusión á los tiranos que la observan. Y no es decir, señores, que la Santa vírgen no experimentase la fuerza del dolor; no es decir que la gracia la preservase de las naturales consecuencias de tan prolongados martirios. ¿Acaso su carne era de bronce, ó sus miembros de estuco? ¿No era ella hija de Adán como nosotros, y por lo tanto de una sensibilidad idéntica, ó si se quiere mas esquisita aun, atendida la ternura de la edad, la debilidad del sexo y la delicadeza de la complexion? Pero el amor divino que abrasaba su alma, era en ella superior á todas las flaquezas de una naturaleza muelle y sensual. Hed ahí el gran misterio de su inconcebible fortaleza. Porque amaba á Jesucristo sobre cuanto el mundo atesora, podia Bárbara tolerar tan inauditos suplicios sin acobardarse; porque solo ambicionaba su posesion, podia mostrarse indiferente á unos tormentos que la acercaban al objeto de sus ánsias; porque en morir por su causa cifraba su verdadera ventura, parecíanla nada cuantos rigores multiplicaba en torno suyo la crueldad pagana. Solo un desconsuelo pudo llevar la ilustre vírgen á la eternidad: y fué ver á su mismo padre solicitar ser el agente de su último suplicio, constituirse su verdugo, abrazar el alfange, y disponerse á ser el sacrificador de la inocente víctima. Empero así lo ha dispuesto el Altísimo

y no hay sino resignarse á tan dura prueba. ¡Cielos! Fortaleced á Bárbara; ya está arrodillada delante del feroz autor de su existencia, esperando cual mansísima obeja el golpe decisivo. Por él está ofreciendo al Señor sus fervientes votos; por él está pidiendo á Jesucristo le perdone tamaño atentado; por él derrama lágrimas preciosas que no han de obtener resultado..... ¡Adorables decretos de la Providencia! Esta quería hacer mas patente la gloria de la Santa virgen con el castigo de su padre, y así se verifica. Bárbara sucumbe, y su espíritu vuela al cielo á recibir la doble palma que los ángeles la traen como símbolo de tan insigne victoria. Dioscoro es herido por un rayo en el sitio mismo de la ejecución, y desciende al abismo á expiar eternamente el mas horrendo de los crímenes. Y mientras éste no verá jamás finalizar sus tormentos, aquella triunfa coronada en el empíreo disfrutando el premio digno de las almas incontaminadas; por cuanto con las armas de la fé, de la inocencia y de la constancia, combatió al error, á la seducción y á la violencia: *In perpetuum coronata triumphat, incuinquinatorum certaminum præmium vincens.*

Y reinarás, oh gloriosa Virgen y Mártir de Cristo, y desde las cumbres del cielo verás bendecido y loado tu nombre en todo el universo; porque sobreponiéndote á los lazos seductores tendidos á tu inocencia, mostraste el irresistible poderío de la gracia que te llamó á unirte á Jesucristo con los vínculos de un amor puro y constante; porque prefiriendo sacrificar tu existencia á trueque de conservar tus creencias, hiciste brillar la accion divina de la religion y el ascendiente de la verdad católica. Haz resplandecer en nosotros ese mismo poder, esa misma accion divina, consiguiéndonos los auxilios oportunos para luchar dignamente con el mundo, resistir á sus halagos, menospreciar sus promesas, renunciar á sus esperanzas, triunfar de sus errores y sobreponernos á sus vicios. Entonces será tu victoria mas completa, mas solemne tu triunfo, y mas brillante tu diadema. Entonces habrás conquistado nuevos títulos á ese afecto con que la humanidad te distingue, á ese entusiasmo con que honra tu memoria, venera tus restos mortales, invoca tu proteccion y solicita tu valimiento. Entonces podremos aspirar á unirnos un dia contigo, y á disfrutar á tu lado la eterna bienandanza de la gloria.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SANTA LUCIA, VIRGEN Y MARTIR.

Veni, et ostendam tibi sponsam uxorum Agni.

Ven, y te mostraré la prometida esposa del Cordero.

Apoc. XXI. 9.

AL observar el entusiasmo con que el pueblo fiel rodea hoy los altares de esa virtuosa doncella, cuyas magnificencias ha recogido la historia, y cuyas victorias celebra hoy el catolicismo, no puedo menos de traer á mi memoria los repugnantes hostezos que la impiedad ha lanzado en todos tiempos contra el culto de los santos. ¡Rendir homenaje al polvo que encierra una tumba! ¡Prosternarse ante los restos inanimados de un débil mortal, que pagó á la naturaleza el comun tributo de todos los descendientes de Adán prevaricador! ¡Quemar incienso sobre la funeraria losa depositaria de algunos huesos descarnados, escapados á la corrupcion del sepulcro! Tales son los apóstrofes dirigidos por los sectarios del error, á los que se hacen un deber de venerar la memoria de aquellos héroes que tan grato perfume dejaron en pos de sí con sus virtudes extraordinarias, baldon eterno de un mundo corrompido cuya saña no les ha perdonado aun despues de la muerte. ¡Y qué! Es á esta por ventura á la que el cristianismo consagra sus tiernas demostraciones? ¿Es la nada el grandioso objeto de su culto? ¿Es...? Mas cuando asi discurro, paréceme oír la voz de la religion, que, hablando á mi alma un lenguaje mudo pero harto perceptible, y señalándome con el dedo aquella

sagrada ara sobre la cual se alza magestuosa la imagen veneranda de Lucia, me dice: «Ven, y yo te mostraré la prometida Esposa del Cordero:» *Veni et ostendam tibi sponsam uxorem Agni.*

Con estas mismas palabras llamó un dia la atencion del apóstol de Pathmos el ángel del Señor, para manifestarle las glorias y magnificencias de la Jerusalem vencedora del dragon infernal, bajo cuya sublime alegoría estaba representada la Iglesia católica, mística esposa del Dios de las eternidades, sus futuros combates, sus admirables triunfos, sus vastas conquistas, su perpetuidad y larga duracion á través de los siglos. De ellas me serviré yo tambien para mostraros en este dia las grandezas incomparables de Lucia, casta esposa del Rey de las vírgenes, á quien se unió en su vida con los indisolubles vínculos de la fé y del amor, y de quien no pudo separarla la muerte con su punzante aguijon. Venid, pues, os diré, y vereis en la tierna doncella que hoy forma vuestro encanto, una alma pura, inocente, candorosa, que, consagrando desde sus tiernos años todos sus pensamientos, aspiraciones y afectos á Jesucristo, haciéndole una donacion completa de todo su sér, protestando no querer vivir sino para él, y sacrificando ante sus aras su antigua nobleza, el esplendor de una cuna ilustre, riquezas abundantes, seductoras delicias, glorias brillantes, placeres, esperanzas, promesas de un bello porvenir, se desposó con el Dios del Calvario, prefirió su cruz á todos los bienes del mundo, antepuso su amor á todos los goces terrenales, y á él permaneció constantemente adherida hasta los últimos momentos de su existencia: *Veni, et ostendam tibi sponsam uxorem Agni.* Venid, y admirareis en Lucia una virtud fenomenal en su siglo, una fé nada comun en una época de errores y de escésos que todo lo invadian, una fortaleza varonil superior en mucho á la debilidad de su sexo, un heroismo incomprensible en su edad: puesto que cuando todo en torno de ella respiraba corrupcion, violencia, despotismo, venganza y tiranía contra los adoradores del Cordero sin mancha, ella se abrazó con él, y á su lado supo mostrarse pródiga de una vida que apenas comenzára á gustar; y no satisfecha con llevar al tálamo del celestial Esposo un inmenso tesoro de merecimientos y una rica dote de extraordinarias virtudes, rubricó con su sangre el tes-

timonio de su inquebrantable fidelidad: *Veni, et ostendam tibi sponsam uxorem Agni.*

En una sencilla reflexion voy á epilogar todas estas brillantes prendas de la insigne virgen Santa Lucía, digna en todos conceptos del titulo de esposa de Jesucristo, por cuanto «dedicándole una vida de abnegacion y de recogimiento, unióse á él con los vinculos del amor mas generoso y sublime: y sufriendo por él una muerte cruel y dolorosa, le dió el mas inequívoco testimonio de un amor firme é inviolable.» Tengo, pues, trazada la idea de mi discurso. Solo me resta implorar para su digno desempeño las luces de la gracia, por medio de aquella augusta Emperatriz de cielos y tierra á quien el mundo todo aclama bienaventurada, y que de los lábios de un enviado celestial mereció ser llamada llena de gracia y templo del Espiritu divino. Repitamos sus mismas palabras con el mayor entusiasmo, diciéndola:

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Si hay un espectáculo digno de admiracion en la tierra, es indudablemente el que á los ojos de la religion ofrece un alma pura y candorosa, que desde la aurora de su ser se une con vinculos indisolubles al único objeto que merece poseer todos los afectos del corazon humano. ¡Cuán feliz y bienadada es la criatura, que, comprendiendo á fondo las invisibles bellezas del Dios del amor, le escoge por centro esclusivo de sus aspiraciones y le consagra una vida virtuosa é intachable! Tal, entre otras muchas, se nos presenta la ilustre Santa Lucía á quien hoy solemniza la Iglesia católica, cuya fidelidad en servir y amar á Jesucristo es tanto mas admirable, cuanto mayores fueran los obstáculos que hubo de vencer para realizar con él las inefables bodas que la estrecharon inseparablemente con el Esposo divino de las vírgenes. Profundamente cristiana en medio de un horizonte preñado de errores y supersticiones idólatras, no bien

descubre la luz de la verdad que el cielo la envia como un dón precioso, cuando se adhiere á ella, dispuesta á no abandonarla jamás. Rodeada en su cuna de un sin número de falsas deidades á quienes el ciego paganismo adora, solo aquel Dios desconocido que ve hecho el objeto del ódio y del menosprecio de un mundo fanático y desacordado, merece su preferencia; le elige por centro de su amor, porque en él únicamente encuentra todas las cualidades capaces de satisfacer sus deseos; y á la manera de la esposa de los cánticos, esclama: «He hallado al que amaba mi alma; con él permaneceré unida, y nada será bastante á separarme de su lado (1).»

De esta manera inaugura Lucía aquella vida de abnegación, de recogimiento y de constante sacrificio que inmoló ante las aras de Jesucristo, inspirada por el amor mas generoso y sublime. Siracusa, su patria, tuvo ocasion de admirar en esa tierna doncella los rasgos de un heroismo superior en mucho á su edad, y no menos raro en una época en que todo propendia á dar á las pasiones la libertad mas funesta, bajo la accion del paganismo cuyas doctrinas sancionaban los mas torpes y repugnantes excesos. Gran fuerza de alma necesitábase á la sazón para no dejarse arrastrar por la impetuosa corriente del vicio que se desbordaba furioso en todas las clases y condiciones sociales. En Lucía reunianse, ademas de los enemigos comunes, otros que podremos llamar domésticos, á los que hubo de hacer frente en mil arriesgados combates. Era bella sobre toda ponderacion, poseia una nobleza hereditaria, y su fortuna la brindaba con cuantos medios pudiera desear para satisfacer todo linage de caprichos. ¡Qué triple tentacion para una mujer! La hermosura engendra la vanidad, la nobleza despierta el orgullo, las riquezas fomentan la molicie, y todas á la vez conspiran á corromper el corazón mas puro y bastan á esterilizar las mas felices disposiciones. ¿Podrá la virgen siciliana vadear incólume ese torrente que á tantas otras arrastró á la perdicion? La historia de su vida nos la presenta victoriosa de esos tres funestos elementos, triunfando de los encantos de su belleza con el recato mas excesivo, sobreponiéndose á las aspira-

(1) Cant. III. 4.

ciones de su nobleza con la mas rara modestia, y haciendo el sacrificio de su fortuna con el mas heroico desprendimiento.

Nada hay mas digno de observarse que la lucha sostenida por Lucia contra los peligros que la acarreo su belleza. Desde muy jóven mirase rodeada de un sinnúmero de adoradores que solicitan su mano y aspiran á competencia á conquistar su amor. Eran sus gracias tales, que ninguno podia mirarla sin sentirse herido de la mas vehemente pasion. Poseia cuantas cualidades pueden contribuir á formar una mujer perfecta. De aquí las instancias, las súplicas, las importunidades, y cuanto en este género de lides sabe poner en juego una juventud ardiente para salir con su empeño. Pero todo va á estrellarse contra la incontrastable firmeza de Lucia, que, enamorada desde sus tiernos años de aquel Jesus á quien ha hecho donacion de todo su sér, desprecia altamente las proposiciones mas ventajosas, mira con repugnancia las sollicitaciones de unos hombres que solo la inspiran hastío y repulsion, se desentiende de sus protestas, y para cortar de un golpe toda ocasion de escuchar sus nécias pretensiones, condénase á un perpétuo retiro, adopta un método de vida sumamente abstraído, niégase á toda comunicacion exterior con un mundo á quien aborrece, y entregada á la oracion, al ayuno, á las prácticas de piedad y á la mas austera mortificacion, únese fuertemente al único objeto de sus castos amores, como la débil yedra al robusto tronco que á su lado crece, y en él fija definitivamente todos sus pensamientos. ¡Oh Jesus Esposo divino de las almas candorosas! ¡Cuánto te complaciste en tu amada Lucia al verla sacrificarte una hermosura que parecia reflejar en su semblante todas las gracias del cielo! ¡Cómo gozaste en la posesion de un corazon tan candoroso que á todas las horas y en todas circunstancias solo suspiraba por tí, porque tú esclusivamente ocupabas sus vastos senos y eras el iman que arrebatabas todas sus aspiraciones! Cuando la aurora radiante la despertaba con el dulce gorgojo de las avecillas, cuando la noche la convidaba al reposo con su eternal silencio, cuando su imaginacion suspensa en el sueño acariciaba alguna imagen seductora, siempre eras tú el término de sus ánsias; tu nombre pronunciaban sus labios; y como la esposa enamorada de los santos

libros; su continuo acento era esclamar: «Mi amado es todo para mí, y yo toda para mi amado (1). Bellos son tus amores como el mas delicioso vino, fragantes como los mas olorosos perfumes. Arrástrame en pos de tí, y yo te seguiré donde quieras (2). Tú eres para mí lo que los racimos de Chipre en las viñas de Engaddi, lo que el manzano entre los árboles de la selva (3)!»

Así supo preservar la virgen Lucía la bella flor de su virginidad de la infeccion de un mundo que por do quiera no exhala mas que corrupcion y muerte. ¿Y acaso se mostró menos heroica en sobreponerse al espíritu de orgullo y altivez, casi inseparable de una nobleza fastuosa y ridicula? Pocas con tan justo motivo como la virgen de Siracusa hubieran podido alimentar ideas exageradas en este punto, viéndose lisonjeada por las mas distinguidas consideraciones debidas á su ilustre cuna. Pero ella que sabia apreciar en su justo valor todas esas frivolidades humanas, ella que no por haber nacido entre títulos y blasones se consideraba de una naturaleza superior á las demas hijas de Adán, ella á quien no deslumbraba el brillante árbol genealógico de su familia, ella, en fin, para quien la sólida grandeza y el positivo honor cifrábanse en la virtud y en las prendas de un corazon immaculado, jamás dió entrada en el suyo á esos sentimientos de insoportable orgullo tan comunes en las clases privilegiadas. Mas elevada en sus miras, mas generosa en sus pensamientos, mas noble en sus ideas que esa aristocracia veleidosa para la cual no hay mayor goce que avasallar y humillar con su arrogancia al pueblo pobre y desvalido, Lucía en nada se distingue del mas infimo de sus domésticos; trata á sus criados con todas las consideraciones debidas á quien, sobre el título de hombre, lleva el renombre de cristiano, y como tal posee idénticos derechos ante Dios que el mas elevado en la gerarquía social; complácese en mostrarse afable y expansiva con los mas desgraciados; halla sus delicias en asociarse á los menesterosos; y este amor hácia el infortunio, este interés hácia la des-

(1) Cant. III, 4.

(2) Ib. I. 4 et seq.

(3) Ib. 43.

gracia, condúcela á hacer el sacrificio de sus riquezas en beneficio de la humanidad, triunfando así del poderoso aliciente de su fortuna, como triunfara de su hermosura y de la nobleza de su sangre.

Dejad á la ilustre doncella que en el seno del hogar doméstico desplegue los grandes quilates de su caridad, ejerciéndola sin interrupcion con los miembros desvalidos de Jesucristo. Dejadla que con sus propias manos distribuya abundantes recursos á cuantos se acercan á solicitar su inagotable beneficencia. Dejadla que goce en derroamar profusamente los tesoros que posee en el seno de la indigencia, como otras de su rango y calidad disfrutarían en emplearlos en frivolidades y pasatiempos vergonzosos. Mucho era ya esto en una época en que la codicia y la ambicion mas desenfrenadas ahogaban los instintos benéficos del corazon humano, inspirando á las clases acomodadas la mas glacial indiferencia hácia los que gemian víctimas de la adversidad; sin embargo no era todavía lo suficiente para llenar los deseos de Lucía. Bien presto, empero, la proporcionará el cielo el medio de realizar los planes que medita. Cuando en compañía de su virtuosa madre, á quien aqueja una grave y pertinaz dolencia, haya ido á Catania á orar sobre el sepulcro de Santa Agueda; cuando merced á sus fervientes súplicas haya obtenido para la que le dió el sér la salud tan deseada; cuando las promesas de la bienaventurada virgen hayan tenido todo su efecto, verificándose el oráculo que la ha sido anunciado en misterioso sueño, entonces será cuando Lucía, dando expansion á sus humanitarios sentimientos, solicitará y obtendrá de una madre reconocida á los favores del cielo el permiso de distribuir todo su patrimonio entre los pobres. Así sucede en efecto. La virgen siracusana, que tiempo há renunciara á todo enlace terrenal, propónese hacer participantes del cuantioso dote que la estaba reservado, á los menesterosos y desgraciados, y no cree poder hacer mejor uso de unos bienes que para nada necesita, que empleándolos en solazar todo linage de miserias. Con esta generosa idea, vuela á la estancia de la viuda, busca al huérfano en el retirado albergue donde gime desprovisto de todo apoyo, penetra en los asilos del dolor y de la mendicidad, socorre con mano pródiga á cuantos infortunados encuentra á su paso; y cuando nada la queda

à Lucía sinó el recuerdo y la satisfacción de haberse reducido á la pobreza por consolar las ajenas miserias, entonces se juzga positivamente dichosa, entonces su gozo es completo, y por nada en el mundo trocaria la felicidad que experimenta.

Hed ahí, M. A. O., la grande obra del amor de Lucía hácia el celestial esposo de su alma. Por él sacrificó generosamente su hermosura, su nobleza, su fortuna, triunfando heroicamente de esos tres elementos de corrupcion, á fin de presentarle un corazon casto, puro, humilde, desprendido, y digno de tan divino amante. Restábala, pues, poner el sello á los eternos desposorios que con él contrajera, desplegando en su obsequio un amor firme é inviolable, mediante un cruel y doloroso martirio.

Tiempo hácia que un presentimiento invencible la anunciaba que debia ser la víctima de aquel á quien tanto amaba. Nada halagaba tanto su corazon como la idea de merecer un dia verter su sangre por Jesucristo; y harto lento parecíala el tiempo que tardaba en realizarse esta aspiracion continua de su alma. Morir por el divino Esposo seria toda su dicha, su encanto, su éxtasis; mil tronos, mil cetros, mil coronas renunciaria gustosa á trueque de conseguir tamaña honra. La conseguirás, virgen heroica; porque tu inocencia, candorosa, tu sencillez columbina, tus virtudes todas han herido fuertemente el corazon del Rey celestial, y mas que tú ansia él verificar esas bodas misteriosas que han de consumar para siempre una union indisoluble.

En mal hora intenta un desairado amante arrebatár á Jesucristo por la violencia la prenda que no pudo arrancarle con la seducccion y los halagos. Despechado el jóven siracusano, cuyas pretensiones despreciára Lucía, concibe y lleva á cabo contra ella el mas detestable proyecto. Jura que, de no ser suya, no ha de pertenecer á otro; y en su consecuencia, ansiando lavar en sangre la afrenta recibida, denuncia ante los tribunales á la pudorosa doncella. ¿Y qué acusacion presenta contra ella? ¿Qué cargos la hace? ¿Qué delito la imputa? No será sin duda el no haber aceptado una mano que era libre de rechazar; que esto rayaría en el exceso del ridiculo. No será tampoco el no haber dado oidos á sus pretensiones; pues nadie

tendría derecho á disponer de sus destinos. ¡Ah! nada de eso es lo que el desacordado jóven espone contra su víctima. Un solo crimen, un solo delito ha encontrado en ella verdaderamente justificable en la legislacion pagana, y de ese solo hace mérito para satisfacer una torpe venganza inspirada por los celos. ¡Es cristiana! ¡Adora á Jesucristo! ¡Odia los dioses del imperio! Ved ahí de lo que es acusada la ilustre virgen. ¡Y qué! ¿Se ruborizará Lucía de ello ante el prefecto de Siracusa? No, que en ser discípula de la Cruz cifra su mayor honra y su gloria mas inestimable. ¿Se logrará por este medio hacerla desistir de su propósito? Nunca, pues decidida á no admitir por esposo sino al que por su amor murió en un Calvario, dispuesta está á sostener sus juramentos á despecho de todo el furor de la tiranía. Pero mejor que nosotros lo dirán la energía y el valor que despliega delante del juez Pascasio, á quien es conducida por fieros satélites para dar cuenta de su fé. No necesita que la lleven; ella misma corre presurosa cual si fuese invitada al mas placentero espectáculo. Diríase que era un génio celestial, cuando radiante de juventud y de belleza se deja ver con noble continente, con aspecto sereno y majestuoso ademan en el tribunal del gobernador. En vez de que este se muestra desconcertado y casi no acierta á hablar, Lucía es la primera en romper el silencio tan luego como se la manifiesta la causa de su llamamiento. ¡Cuán firme y resueltamente se espresa respecto á sus creencias! «Se me acusa, dice, de que soy cristiana; se me hace un cargo de que no sacrifico á las divinidades del imperio. No negaré la verdad del hecho, no rehusaré la responsabilidad que de él pueda resultar. Desde que nací fui iniciada en la religion de Jesucristo, única verdadera; desde que me conocí á mí misma, consagré todo mi sér á ese Dios-Hombre, que nació en un pesebre y murió en una cruz. Ni un solo momento cesé de adorarle y servirle, con esclusión omnímoda de esos ídolos despreciables que Roma se empeña en imponer al mundo. A Cristo pertenezco toda entera en virtud de un juramento que nadie será capaz de hacerme quebrantar; él es mi Esposo; yo soy toda suya; vivir con él es mi único deseo; morir por su causa será mi mayor felicidad.»

Así habla Lucía, jóven tierna, doncella delicada, inocente paloma;

á quien la violencia arrancó de su nido. Y así hablará también cuando el paganismo, apelando á los mas detestables proyectos, y poniendo en juego los suplicios mas atroces, se empeñe en arrancar de aquel corazón virginal unas creencias nacidas del mas íntimo convencimiento. Tan intrépida como Pablo, sabrá menospreciar los peligros, reírse de las cadenas, insultar los tormentos, sobreponerse al hambre, á la sed, á la angustia, á la tribulación, á la espada de los tiranos; y ni la vida, ni la muerte, ni la elevación, ni el abatimiento, ni lo presente, ni el porvenir, será capaz de apartarla un instante del amor de su divino esposo Jesús. Bien manifestó esa resolución inquebrantable en presencia del prefecto, cuando creyendo éste intimidar á Lucía, la amenazó con entregarla á los verdugos si no se resolvía á adorar los dioses del imperio. «¿Qué me importan, » le dice, tus suplicios? ¿Acaso no nos ha prometido el Señor á los » cristianos asistirnos en nuestros lances mas apurados y enviarnos su » divino Espíritu? — Es decir, repone Pascasio, que en tu opinión » mora en tí el Espíritu Santo. — Sí, contesta con energía la virgen » magnánima: creo que él se complace de habitar en las almas castas » y en los corazones incontaminados. — Pues en ese caso, replica » aquel, yo mandaré que seas conducida al lupanar, y verás cómo huye » de tí ese Espíritu que te vanaglorias de poseer. — Sea en buen hora » como te plazca, vuelve á decir Lucía: ensaya ese medio infame » que te inspira tu maldad; empero no esperes que quien con tanta » misericordia se dignó conservar intacta mi virginidad en medio de » las seducciones de un mundo corrompido, me entregue sin defensa » á las garras del lobo ahora que mas que nunca necesito de sus » auxilios.»

¡Oh! No era Lucía quien con tanta confianza se espresaba en aquel punto; era Dios quien hablaba por los labios de la santa doncella, verificándose aquella gran promesa consignada por Jesucristo á sus primeros heraldos: «Cuando os halláreis en los tribunales y en presencia de los magistrados, no penseis lo que habeis de responder, pues en aquella hora suprema se os dará un lenguaje y una elocuencia á que no podrán resistir vuestros mas encarnizados enemigos.» Y cuán visiblemente tuvo efecto en nuestra ilustre virgen esta pala-

bra del Hombre-Dios! En vano cual tigres feroces arremeten contra ella los ministros de justicia; en vano intentan con sus hercúleos brazos moverla de aquel sitio para conducirla al lugar de la prostitucion. Ella no opone la mas leve resistencia; no hace mas que elevar al cielo sus ojos y dirigirle sus plegarias; y sin embargo, bien asi como una de esas columnas seculares que han insultado la accion destructora del tiempo, y visto pasar sobre si los huracanes sin perder siquiera el equilibrio, del mismo modo Lucía permanece inmóvil en aquel lugar, porque el Espiritu divino es quien la sostiene. Hiéranla en buen hora con lanzas, tiren de ella con fuertes maromas, sírvanse de bueyes para arrastrarla, enciendan en torno suyo materias combustibles; ni por eso logra el paganismo el triunfo apetecido. Cuando tomando fomento las llamas desaparezca de la vista de los circunstantes la heróica virgen; cuando envuelta en nubes de humo se crea ha sucumbido reducida á cenizas; cuando el error comienze á entonar un himno de victoria á sus dioses por haber vengado los ultrajes hechos por la sacrilega nazarena á la religion del imperio, ella tornará á aparecer ilesa en medio de aquella turba frenética; y entonces cambiando la escena, trocándose en admiracion el furor, y verificándose en las ideas la revolucion mas feliz, los mismos que antes gritaban contra Lucía, se harán los panegiristas de sus grandezas, darán gloria al Dios de los cristianos, ensalzarán á Jesuérsto autor de tales maravillas, proclamarán á voz en cuello que los dioses de Roma son impotentes é indignos de un culto que les decretó la supersticion, y confesarán que la única religion verdadera es la que profesa la magnánima virgen siracusana.

Tal es el desenlace de aquel drama; á esto sucede el descontento general del pueblo; amótinanse las masas; todo hace presentir un gran cataclismo; los intereses de la religion dominante peligran; la idolatria pierde sensiblemente su prestigio. Créese lo mas prudente en este caso evitar nuevas pruebas que acaso solo contribuirian á fomentar el entusiasmo público, con mengua y descrédito de un culto que aspira al dominio del universo: y en su consecuencia se resuelve acabar de un golpe con una existencia tan funesta. ¡Y qué! ¿Será por eso mas segura la victoria del paganismo? ¿Serán mas dura-

deros unos laureles tintos en la sangre purísima de Lucía? ¡Ah! Caiga sobre su cabeza la espada del verdugo; siegue su cuello la acerada segur como la podadera del jardinero el tallo de la rosa al abrir su capullo. Aun prolongará algunas horas su existencia para consolar á los cristianos, fortalecerlos en la fé, y anunciarlos los próximos triunfos de la iglesia; y despues abandonando este suelo, volará á ceñir sus sienes con la doble aureola de la virginidad y del martirio, por cuanto fué una esposa dignísima de Jesucristo, que en virtud de una vida de abnegacion y recogimiento se unió á él con los vínculos del amor más generoso y sublime, y sufriendo magnánima una muerte prolongada y cruel, le dió un testimonio insigne del amor más firme é inviolable.

No sean ineficaces para nosotros los ejemplos de Lucía. Cuando el mundo aspira á deslumbrarnos con esperanzas halagüeñas, con mentidas promesas, y con goces ilusorios en los que va envuelta la ruina de nuestra virtud, sepamos como ella menospreciar todo lo terreno y renunciar heroicamente á cuanto más lisonjea nuestras pasiones, á trueque de conservar ilesa nuestra alma, cuyo porvenir debe interesarnos más que todos los tesoros del tiempo. Cuando el error intenta enredarnos en sus redes, ora valiéndose de la seducción, ora amenazándonos con sufrimientos dolorosos, tengámos valor bastante para hacer frente á sus sugerencias y sobreponernos á sus iras, encastillados en la fé, firmes en la esperanza, é invulnerables con la caridad de Cristo, armas eficacísimas para triunfar en tan arriesgado combate. En ambos casos mostremos prácticamente nuestro amor hácia ese Dios que es el Esposo de las almas candorosas, y el único digno de nuestras adoraciones, de nuestro culto y de nuestros obsequios. Arrojemos lejos esos impuros ídolos que el siglo nos presenta, hollemos magnánimos sus falsas promesas, no temamos sus burlas, no nos acobarden sus persecuciones, sacrifiquemos hasta nuestra misma vida, si ella pudiese ser grata á Jesucristo, y como Lucía mereceremos gozar un día la perdurable recompensa de nuestro heroísmo en la mansion de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SANTO TOMÁS, APÓSTOL.

Quia vidisti me, Thoma, credidisti: beati qui non viderunt, et crediderunt.

Tú has creído, Tomás, porque me has visto: bienaventurados los que sin ver han creído.

JOAN. XX. 29.

Es un hecho incontrovertible, que la religion ha sido dada al hombre para su felicidad. La fé que constituye la parte principal de esa misma religion, á la vez que dá vida á nuestra inteligencia, es el medio por el cual hace descender á nosotros su eterna verdad, poniéndola al alcance de nuestro espíritu. Pero al lado de ese hecho que donde quiera y en todas las edades se presenta á nuestra vista, existe tambien otro que camina, digámoslo así, paralelamente á él, y es el hecho de una incredulidad que arrastra al hombre á dudar de aquello que, ó no puede comprender fácilmente, ó se resiste á sus menguadas luces. Sus consecuencias son inmensas. No es ya únicamente el patrimonio de las almas viciadas y de las inteligencias corrompidas; sino que á veces se halla tambien en los corazones nobles y en los hombres de costumbres morigeradas: porque un aire pestilencial todo lo ha penetrado, y apenas hay persona que de él no haya participado en ocasiones dadas.

El Santo apóstol cuya festividad celebramos en este dia, es una prueba convincente de este hecho. Tambien él dudó un dia de la resurreccion del Divino Maestro; tambien fué momentáneamente

incrédulo, á pesar de las reiteradas protestas de los demas discipulos, que aseguraban haber sido testigos presenciales de aquel grandioso acontecimiento; tambien quiso ver con sus propios ojos lo que á su menguada inteligencia parecia imposible; y el Salvador, para curar la honda llaga que en el alma de Tomás abriera la incredulidad, hubo de mostrarse visiblemente á él y hacerle palpar las señales de su crucifixion. ¡Tan cierto es, por desgracia, que aun las personas mas virtuosas no están libres de incurrir en ciertos defectos, productos de ese gérmen de muerte que un padre criminal inoculó á toda su malhadada posteridad!

Empero si es de lamentar que, siquiera por cortos instantes, se eclipsase la fé de ese Apóstol, destinado á ser una de las doce columnas del magestuoso templo de la Iglesia católica, no son menos dignos de admiracion los designios que se propusiera la divina Providencia al permitir la caida de Tomás. No solamente quiso dar á entender al hombre lo que de suyo es, y cuánta su debilidad é innata miseria, pues que hasta los mismos Santos mientras peregrinan en la tierra se hallan sujetos á incurrir en errores perniciosos si no los sostiene la gracia triunfadora del Señor, sino que, en sentir del P. San Gregorio, en la incredulidad de aquel vacilante discípulo, quiso preparar el antidoto eficaz que debia prevenir la incredulidad de los siglos posteriores. De suerte que, al decir de este sábio Doctor, los efectos de aquellas dudas momentáneas fueron altamente provechosos, no solamente para los demas apóstoles, cuya fé se vigorizó mas y mas en vista de aquel acontecimiento, sí que tambien para todos los cristianos, quienes al ver á Tomás reconocer y confesar la divinidad de Jesucristo, despues de haber palpado las heridas de su humanidad santísima, debian confirmarse en todas las verdades que constituyen el sistema y la economía de la religion, desechando todo linage de perplejidades que pudieran oponerse á su fé (1). Así el sol cuando despues de dias nebulosos y tristes

(1) Plus nobis Thomæ infidelitas ad fidem credentium discipulorum profuit: quia dum ille ad fidem palpando reducitur, nostra mens, omni dubitatione postposita, in fide solidatur. (S. Greg. Hom. 26 in Evang.)

aparece sobre un horizonte limpio y despejado, se ostenta mas brillante y hermoso, y como vestido de una nueva claridad.

¿Qué importa, pues, que nuestro Santo Apóstol, arrastrado por un movimiento de vertiginoso trastorno, evocase al exámen de sus sentidos lo que hubiera debido creer con una fé ciega y humilde, si despues supo reparar su error con una sublime confesion, nacida mas bien que del testimonio de lo que viera y palpára, de un convencimiento íntimo de su alma, cuyas consecuencias fueron tan gloriosas é importantes á la causa de la religion católica? ¿Quién con mas firmeza que Tomás supo hacer frente á los enemigos de la verdad? ¿Quién con mayor constancia se consagró á propagar y fomentar las doctrinas del Evangelio? ¿Quién trabajó con mas actividad y celo por llevar á paises distantes los dogmas regeneradores del nuevo culto? ¿Quién con valor mas heróico sacrificó su vida en defensa de la fé y en cumplimiento de su mision? Por eso, de intento, he querido basar el elogio de Tomás sobre el cimientó de su misma incredulidad, para hacer resaltar mas á su lado la fé activa, generosa, constante é inquebrantable que despues supo desarrollar frente á frente del paganismo ese intrépido atleta de Jesucristo. Hé aquí trazado el plan de mi discurso: «Tomás, discípulo incrédulo, convertido en campeón magnánimo de la verdad, é indemnizando con extraordinario heroismo la debilidad de un momento,» nos ofrecerá el mas sublime ejemplo de conducta en nuestras dudas religiosas, y el testimonio mas brillante de lo que puede la fé en los corazones dispuestos á recibir sus impresiones.

Espíritu divino, fuente de luz, origen de toda verdad, principio fecundo de toda sabiduría, yo te invoco. Desciende á mi entendimiento, enardece mi alma, inflama mi fervor, presta á mis lábios la elocuencia del cielo, para elogiar dignamente al Santo Apóstol Tomás, como encarecidamente te lo suplicamos por la intercesion de la que fue tu sagrario y templo animado, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Así como la luz brilla con tanta mayor claridad cuanto fueron mas espesas las tinieblas que la precedieron, del mismo modo la fé se ostenta mas radiosa y admirable en proporcion de los errores que antes ofuscáran la inteligencia. Por una razon idéntica forma la incredulidad un contraste mas chocante y digno de estudio, cuando recae en una persona que antes se mostró dócil á las enseñanzas de la religion y firmemente adherida á sus divinos dogmas. Ninguno entre los demas apóstoles diera pruebas tan inequívocas de su fidelidad y amor hácia Jesucristo como el que hoy motiva nuestros cultos. No solamente abandonára Tomás con la mas heroica generosidad cuanto en el mundo poseia de mas caro por marchar en pos del que le llamó á tomar parte en sus tareas y trabajos; no solamente desplegara un celo ardiente y una admirable energía de alma cuando, intimidados sus concólegas á vista de los lazos que la malignidad tendia al divino Maestro, apenas se atrevian á manifestarse con él en público; sino que dió pruebas positivas de estar preparado á todo antes que desamparar un solo instante su puesto y faltar á los compromisos contraidos con Jesus de Nazareth. Así es, que en una ocasion harto comprometida en que, queriendo el Salvador volver á Judea con ánimo de visitar á su amigo Lázaro, los apóstoles en masa se oponian á este viaje por temor de que, renovándose las recientes persecuciones de los Judíos, pudiese peligrar la vida del Maestro; cuando llenos de miedo y cobardia le sugerian cuantas razones les inspiraba la humanal prudencia para hacerle desistir de semejante proyecto, solo Tomás fué el que con una fé y una resolucion dignas de quien conocia á fondo la grandeza de aquel en cuya escuela militaba, levántase intrépido, apostrofa á los demas discípulos, y con fuerte y animada voz, les dice: «Vamos tambien nosotros, y si es necesario sepamos morir á su lado (1).»

Nadie, por cierto, en vista de unos rasgos tan brillantes de

(1) Joan. XI. 46.

heroismo, hubiera llegado á imaginar jamás que aquel hombre pudiese un día ser víctima de la mas vergonzosa incredulidad. Cualquiera hubiese juzgado que su fé, manifestada con tales caractéres en momentos solemnes y en lances arriesgados, estaria á cubierto de toda sorpresa y libre de la menor vacilacion. Y sin embargo, justamente cuando los acontecimientos mas portentosos vinieran en apoyo de la divinidad de Jesucristo; cuando despues de consumada la grande obra de la reparacion vaticinada por los profetas, todo daba á entender que él era el verdadero Mesías prometido al mundo; cuando por do quiera circulaba la noticia de la resurreccion del Hombre-Dios realizada con todas las circunstancias consignadas en las predicciones de los Videntes, y en las célebres palabras del mismo Salvador; cuando ya María su Santísima Madre, Magdalena, Pedro y algunos otros discípulos habíanle visto resucitado y glorioso, entonces es cuando Tomás vacila, duda, niega, y se resiste obstinadamente á creer el gran misterio, á menos que sus sentidos no le presten la mas completa evidencia. En vano es que todo el colegio apostólico proteste con voz unánime que acaba de ver á Jesus entrar en el cenáculo á través de sus puertas cerradas; inútil que certifiquen haber oido su voz, conversado con él, recibido de sus lábios la paz y el poder de perdonar ó retener los pecados (1). ¡Oh! Aquella inteligencia ofuscada no ve mas que ilusiones allí donde mas radiante se ostenta la verdad; solo registra abismos, allí donde la fé descubre las maravillas del amor divino; muda es para él la voz de la autoridad, impotente el grito del convencimiento.... «No: esclama el desacordado discípulo; por mas que vuestros antecedentes alejen de mi toda sospecha, mientras yo mismo no vea con mis ojos las hendiduras de los clavos en las manos de mi Maestro, é introduzca mi dedo en el agujero que en ellas hicieron, y sondee con mi mano la llaga de su costado, no creeré lo que me decís, ni prestaré asenso á vuestras palabras.» *Nisi videvo in manibus ejus fixuram clavorum, et mittam digitum meum in locum clavorum, et mittam manum meam in latus ejus, non credam* (2).

(1) Joan. XX. 49 et seq.

(2) Ib. XX. 25.

Hed ahí, M. A. O., el lenguaje característico del error en todos los siglos. Empeñado el incrédulo en someterlo todo al examen de los sentidos, no le basta que la revelacion le hable, que la autoridad confirme sus fallos, que la razon misma de acuerdo con la fé le persuada la veracidad de unos misterios que no por ser superiores á la humana inteligencia son por eso contrarios á ella, ni por lo tanto inadmisibles. Quiere ver con sus ojos lo invisible, palpar con sus manos lo impalpable, comprender con sus menguadas luces lo incomprendible, encerrar lo inmenso y lo infinito en el estrecho círculo de sus abstracciones, subordinar á las leyes del mecanismo lo que pertenece al dominio de Dios; y no pudiendo hallar una demostracion exactamente matemática de lo que se propone á su creencia, júzgase autorizado para desecharlo como imposible, absurdo, temerario, viniendo á parar en la blasfemia arrastrado por su pertinacia. Tal es la esfera que recorre la incredulidad hasta sumergirse en el abismo de la indiferencia religiosa; y á ella hubiera llegado indudablemente nuestro santo Apóstol, á no haber venido el mismo Jesucristo en auxilio de aquella inteligencia extraviada. ¡Ah! No podia su piedad infinita permitir se perdiese aquel que con tanto brio insultára un dia los peligros y la muerte misma por no faltar á la fidelidad que le prometiera. No podia su amor inmenso abandonar en la espantosa noche de la duda al que con fé tan heróica renunciáralo todo por seguirle, cuando nada en él revelaba el oculto misterio de su divinidad. Por eso renovando en favor del incrédulo discípulo el prodigio que ocho dias antes hiciera con los demas apóstoles, vuelve á entrar á puertas cerradas en el cenáculo, y dirijiéndose á Tomás le dice con sentido acento: «Mete aqui tu dedo y registra mis manos; mete la tuya en mi costado y no seas incrédulo sino fiel.» *Infer digitum tuum huc, et vide manus meas, et affer manum tuam, et mitte in latus meum: et nolle esse incredulus, sed fidelis* (1).

¡Oh palabra omnipotente! ¡Oh espresion mágica bastante á curar instantáneamente la incredulidad del desgraciado discípulo! Cual si súbitamente hubiese sido herido por un rayo celestial, la fé de

(1) Joan. XX. 27.

Tomás se esclarece, sus dudas se disipan, ahuyéntanse sus vacilaciones, despléganse á su vista los grandes misterios de la revelacion, vé las profecias cumplidas, los oráculos realizados, las promesas confirmadas; y en un acceso de ferviente entusiasmo esclama: «¡Oh Señor mio y Dios mio!» *Dominus meus et Deus meus* (1). Bien pudiéramos decir aquí de Tomás lo que el Salvador en varias ocasiones á otros personajes de quienes hace mencion el Evangelio: «¡Tu fé te ha salvado!... Y no importa que Jesucristo pareciese atribuir, no á ella, sino al testimonio de los sentidos, la confesion de su Apóstol, cuando en tono de amorosa reconvencion le dijo: «Porque me viste, oh Tomás, creíste. ¡Bienaventurados los que sin ver han creído!» *Quia vidisti me, Thoma, credidisti: beati qui non viderunt, et crediderunt.* ¿Por ventura, pregunta el P. San Gregorio (2), creyó el Apóstol lo que vió? ¿No avanzó su fé mucho mas allá de lo que sus ojos le mostraban? ¿Dependió su confesion heroica de lo que sus manos palpáran? De ninguna manera, continúa el santo Doctor: una cosa fué lo que vió, y otra muy distinta la que creyó. El vé un hombre y cree en un Dios; contempla unas llagas que revelan un sér mortal, y confiesa un sér infinito, eterno, inmortal, soberano y dueño de todo cuanto existe. La divinidad era impalpable, y solo un principio sobrenatural podia hacerle ver lo que estaba fuera del dominio de los sentidos. Tal fué la fé de Tomás espresada en aquellas sublimes palabras: «¡Señor mio y Dios mio!» pues equivalió á decir: Si por un instante he podido vacilar acerca del misterio de vuestra resurreccion, ninguna necesidad tengo ya de esos apoyos que me prestais para sostener mi flaqueza. Sin mas que oír vuestra voz reconozco en vos á mi Dios, á mi dueño, á mi Salvador, al que trae su origen de la eternidad, al que con el Padre es uno mismo en la esencia, al que crió los cielos y la tierra, y de quien penden los destinos del universo: *¡Dominus meus, et Deus meus!*

Engrandezcamos, M. A. O., la piedad misericordiosa del Señor que en este acontecimiento se descubre, no solamente respecto del

(1) Joan. XX. 28.

(2) Homil. 26, in Evang.

santo Apóstol cuya inteligencia se dignó iluminar, si que tambien respecto de los siglos por venir, á los cuales quiso dejar un antidoto poderosísimo contra la incredulidad, sirviéndose de las dudas de aquel discípulo para hacer palpable hasta la evidencia el dogma de la resurreccion, y quitar todo pretesto ostensible á los que un dia se atreviesen á negar lo divino de su origen. Desacertado andaria quien solo viese en este hecho un acontecimiento aislado y sin ulteriores consecuencias. No fué meramente casual, dice el citado P. San Gregorio (1), la ausencia de Tomás del Cenáculo, cuando Jesucristo se dignó aparecerse á los demas apóstoles. No fué una cosa imprevista que aquel discípulo elegido para ser uno de los mas íntimos confidentes del Hombre-Dios, su inseparable compañero, y participe de sus trabajos, oyese á sus hermanos hablar de la resurreccion, y oyendo dudase, y dudando palpase, y palpando creyese. Fué por el contrario un suceso dispuesto de antemano por la divina Providencia, que se proponia curar las llagas de la infidelidad humana, haciendo que el discípulo leyese en las llagas de su maestro los testimonios auténticos de la divinidad. Y por consiguiente mas todavía que la fé de los otros apóstoles contribuyó la vacilacion de Tomás para confirmar al mundo en la religion cristiana; por cuanto mientras él palpando adquiere el convencimiento de sus débiles creencias, nuestra mente se consolida en ellas libre de toda duda. Si pues el Señor permitió que su apóstol vacilase, fué para que nadie en lo sucesivo pudiese dudar racionalmente de un misterio demostrado de una manera tan maravillosa; si quiso que Tomás viese antes de creer, fué para que en adelante los espíritus orgullosos no se atreviesen á evocar el testimonio de los sentidos en materias dogmáticas; si dejó que el discípulo incrédulo palpase sus sacrosantas heridas, fué para cerrar la puerta á la vana curiosidad de ciertas inteligencias aviesas, que juzgan poder subordinar los divinos misterios al examen de una razon ciega, extraviada y enferma. A nosotros, pues, añade el santo Doctor (2), aluden aquellas palabras de Jesucristo: ¡Bienaventurados

(1) Homil. 26, in Evang.

(2) Loc. supr. cit.

los que sin ver han creído! Porque ¿qué mérito pudiera tener una fé dependiente de la demostracion de los órganos corpóreos? ¿Con qué derecho nos gloriariamos de ser verdaderos creyentes, si lejos de asentir dóciles á las enseñanzas de la Iglesia depositaria de la revelacion, nos atreviésemos á exigir pruebas tangibles de las verdades que nos propone? ¿Y qué efugio hallarian ya para cohonestar su obstinacion despues de un acontecimiento tan luminoso, los incrédulos que niegan la veracidad de ciertos puntos dogmáticos, únicamente porque no los hallan conformes con los principios naturales? ¡Desgraciados los que en la incredulidad de Tomás no hayan aprendido á corregir los estravios de su imaginacion! ¡Ay de los que en los errores del infiel discípulo no hayan visto la condenacion espresa de sus propias aberraciones! ¡Tristes de los que en la confesion del fervoroso Apóstol no hayan encontrado el antidoto de sus llagas intelectuales, y un motivo poderosísimo de reconocer, acatar y confesar los misterios de la religion católica, estraños de todo punto á los cálculos del entendimiento humano!

Pero ya que en nuestro Apóstol, convertido despues de una momentánea caída, hemos visto el mas sublime ejemplo de conducta que debemos seguir en nuestras dudas religiosas, justo es consagremos algunos instantes á admirar el heroismo con que supo indemnizar al Señor de su pasada infidelidad, dando con su celo en promover las glorias de la religion cristiana, el mas ilustre testimonio de lo que puede la fé en un corazon dispuesto á recibir sus impresiones. Y de hecho ¿hasta dónde no llevó Tomás la energía de su conviccion? ¿Qué no hizo por fomentar y propagar donde quiera aquella fé que confesára ante su divino Maestro en el cenáculo, cuando fué herido por el rayo omnipotente de su gracia triunfadora? Estrecho campo parecele la Judea para predicar á su Dios y Señor, á los rebeldes hijos de Israel que le habian sacrificado á un odio implacable. Poco es para su ardiente celo correr de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, proclamando ante el sábio doctor, ante el fariseo hipócrita, ante el venal escriba, ante todas las clases y condiciones sociales la divinidad de la victima del calvario. No le satisface sufrir las persecuciones del Sinedrio, los azotes de la Sinagoga, los in-

sultos de la plebe, las amenazas de los magistrados, porque va protestando altamente que ha sido testigo ocular de las virtudes y prodigios de Jesus de Nazareth, que sus ojos le han visto, y sus manos le han palpado libre ya de los lazos de la muerte, resucitado y glorioso á despecho de todo el poder del mundo y del infierno. ¡Ah! Bien presto, á manera de torrente encadenado que ha salvado la presa, le vereis volar hácia el Oriente, derramar las aguas regeneradoras sobre la cabeza de los ilustres Magos que adoraron al Mesias en el establo de Belen, asociarlos á sus apostólicas fatigas (1), y despues sin detenerse marchar á la Etiopía, recorrer la Abisinia, atravesar la Carmania, llevar el Evangelio á Hircania, predicar en la Bactriana, invadir los pueblos remotos de la India, introducirse en la China, llegar á Ceilan, llevando por do quiera la luz de la verdad á las naciones sepultadas en las tinieblas de la idolatría, plantando el pendon de la Cruz en paises do jamás se oyera el eco de una religion llamada á fijar su imperio en todo el universo, y consiguiendo á fuerza de abnegacion y de heroismo las mas brillantes conquistas para Jesucristo en regiones bárbaras, ignorantes, estúpidas, salvajes, de feroces instintos, de hábitos crueles, cuyos habitantes apenas parecian pertenecer á la especie humana. ¡Y á estos los anuncia Tomás un Redentor muerto en un patíbulo, un libertador víctima de la envidia de sus mismos compatricios, un Hombre-Dios que ha espirado en Jerusalem por pública sentencia bajo el peso de la maldicion!

Sí, católicos: el Evangelio debia propagarse y triunfar á despecho de cuanto mas parecia oponerse á su desarrollo; y por eso Tomás con solas las armas de su virtud extraordinaria y de su celo intrépido, conseguia en todas partes las mas asombrosas victorias. Aquí caian los templos de los ídolos, allí pueblos enteros recibian el bautismo, mas allá Jesucristo recibia adoraciones é inciensos sobre las ruinas de la supersticion pagana; donde quiera brotaba potente y lozana la semilla de una doctrina de fraternidad, de union, de caridad, de misericordia, de amor, cuya mas brillante sancion era la vida misma

(1) Véase Croisset, Año cristiano, dia 21 de diciembre.

del santo Apóstol, en quien admiraban los idólatras el mas bello tra-sunto de la perfeccion evangélica ;y de esta suerte convertia en un jardin delicioso y ameno unos terrenos incultos que jamás supieron producir mas que punzadores abrojos, vicios, errores , supersticion, venganza, sangre y esterminio.

Digan los historiadores de Tomás lo que trabajó en los reinos de Grancanor, de Coulan, de Narsinga, y en toda la costa de Coroman-del ; cuenten la prodigiosa transformacion moral que operó en los vastos paises de Cadahar, Cabut, Cafurstan y otros muchos que se-ria prolijo enumerar. ¡Ah! Por mas que parezca imposible que un solo hombre bastase á dar cima á tantos y tan dificiles proyectos; siquie-ra mirando el mapa de las regiones que evangelizó, se resista el en-tendimiento á creer que un hombre pobre y desvalido fuese capaz de verificar tan penosos viajes, á través de mil peligros y por entre tantos elementos de contradiccion , documentos harto autorizados confirman que su celo no reconoció límites; que se multiplicaba pro-digiosamente do quiera que le llamaban los intereses de la religion; que fundó muchas iglesias, creó obispos, ordenó presbiteros, promo-vió el culto divino, convirtió reyes, edificó templos, é hizo innume-rables milagros que le daban el mas alto prestigio y una influencia casi universal. Nada de esto me es posible decirlo circunstanciada-mente, porque el corto espacio de un discurso me lo impide. Con harto sentimiento me veo precisado á omitir una porcion de rasgos interesantísimos de su apostolado que bastarian por sí solos á poner en evidencia su sobrehumano heroismo, fruto de aquella fé con que un dia confesára á Jesucristo por su Dios y Señor en el Cenáculo despues de una momentánea caída, espresion sublime de aquel fer-vor con que se lanzó á la conquista moral del mundo, para ofrecerle todo entero, si pudiera, á los pies del Salvador, en indemnizacion de aquella funesta desconfianza que por cortos instantes abrigara acerca de sus divinas promesas.

Pero todavía no satisfacía esto las ánsias del fervoroso Apóstol. Ambicionaba dar por amor de su Maestro una vida colmada de me-recimientos é insignes servicios, y solo la realizacion de este deseo podia llenar su grande alma. ¡Oh! No tardará en verificarse esto;

pues el cielo ha decretado añadir la palma del martirio á los laureles del apostolado que ya ciñen las sienes de Tomás. Cabe una Cruz que él mismo ha elevado y ante la cual ofrece diariamente sus votos al Señor, termina bajo la venganza pagana sus trabajosos dias; allí le sorprende orando la malignidad de los sacerdotes idólatras; allí es por ellos pisoteado, maltratado, arrastrado, herido, y finalmente atravesado con lanzas; allí su sangre corre á torrentes y empapa un suelo ingrato que ha rechazado sus enseñanzas. Pero ¡oh sangre preciosa! ella dá en breve abundantes y sazonados frutos; de ella brotan á millares nuevos discipulos del Crucificado; sobre ella se cimenta el augusto edificio de la religion cristiana, que insultando á los siglos está llamada á sobrevivir á todas las creaciones del tiempo; y ese fervoroso Apóstol que un dia pagando tributo á la debilidad humana dudó de la veracidad de la resurreccion de Jesucristo, pero que tan abundantemente supo despues reparar el error de un momento, tiene la gloria de haber sido uno de los que mas poderosamente han contribuido á propagar en el mundo la idea cristiana, y á abrir el camino al triunfo de la civilizacion iniciada en el Calvario.

¡Ojalá supiésemos imitar á Tomás en la prontitud, fervor y constancia con que se consagró á indemnizar al Señor de su incredulidad pasada, ya que veces tantas le hemos imitado en sus injustas é infundadas desconfianzas! ¿Acaso en momentos de febril trastorno no hemos puesto en tela de juicio ciertas verdades, dudado de otras, y aun juzgádolas como ridículas y pueriles preocupaciones, quizás porque no se avenian con nuestras ideas, ó porque contrariaban nuestros desenfrenados apetitos? ¿Por ventura, arrastrados en mas de una ocasion por perniciosos ejemplos, ó deslumbrados por fascinadoras teorías, no hemos mirado con desden ciertos dogmas, y despreciado algunas prácticas religiosas que pugnaban con nuestro sensualismo, anatematizaban nuestra molicie, ó censuraban nuestro reprochable proceder? ¿Por dicha, en vista de ciertos misterios que no llegábamos á penetrar con nuestras menguadas luces ó se resistian á nuestros cálculos, no hemos dicho, si no con la lengua con nuestro corazon: mientras no lo viere no lo creeré? Pues si asi lo hemos hecho cuando nuestra inteligencia envuelta en las tinieblas de un error

lamentable se dejó estraviar lastimosamente: ¿por qué al lucir sobre ella el rayo de la divina gracia, no nos hemos vuelto presurosos al camino de la verdad, y exclamado con el santo Apóstol: Oh Señor mio y Dios mio? Tal vez lo hemos ejecutado así; tal vez hemos hecho ya esta confesion ingénua; tal vez nuestra lengua ha pagado ese tributo de justicia á la divinidad de nuestra religion. Empero ¿hemos reparado con las obras nuestras antiguas infidelidades? ¿Hemos sido mas constantes en promover la gloria de Dios, que cobardes fuimos en negarle? ¿Ha escedido nuestra firmeza en sostener los sacrosantos dogmas de la religion, á la debilidad con que nos atrevimos á dudar de ellos? ¿Hemos trabajado con tanto mayor empeño en estender los dominios de la verdad, quanto con mas indiferencia vimos un dia las conquistas del error? He aquí lo que hoy debe formar el objeto de un concienzudo exámen por nuestra parte. ¿Dichosos nosotros si, dóciles á la voz de nuestra conciencia, obrásemos en adelante conforme á los deberes que la fé nos impone! Hagámoslo así por nuestra vida, M. A. O.; sigamos el heróico ejemplo de nuestro santo Apóstol; nada sea capaz de detenernos; salvemos todos los inconvenientes que á ello se opusieren; seamos dignos heraldos del Evangelio, predicándole con nuestras costumbres, cuya voz es mas eficaz que la de la lengua; y á la satisfaccion que es consiguiente al cumplimiento de un deber sagrado, seguirá despues la eterna recompensa que el cielo reserva á los héroes en las mansiones de la gloria.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DEL PROTO-MARTIR SAN ESTEBAN.

Elegerunt Stephanum, virum plenum fide et Spiritu Sancto.... Stephanus autem plenus gratia et fortitudine, faciebat prodigia et signa magna in populo.

Eligieron los apóstoles á Esteban, varon lleno de fé y del Espíritu Santo.... Y él, lleno de gracia y de fortaleza, obraba grandes prodigios y milagros en el pueblo.

ACT. VI. 5, 8.

POBRE y menguada es la humana elocuencia para trazar dignamente el elogio de un héroe, de quien el mismo Espíritu de verdad se propuso hacer el panegírico. Al haber de hablar hoy del grandioso objeto de nuestros cultos, encuéntrome vacilante y dudoso respecto al giro que debo dar á mi discurso. Si intentáre ensalzar las robustas convicciones que abrigára su alma generosa acerca de las altísimas verdades que legó al mundo el divino legislador de la humanidad, los libros santos, anticipándose á mis ideas, reasumen en un solo rasgo todas las magnificencias de San Esteban, diciendo que mereció fijar las atenciones de la primitiva Iglesia por su ardiente fé, y por los abundantes dones con que al Espíritu Santo plugo enriquecerle: *Elegerunt Stephanum plenum fide et Spiritu Sancto*. Si pretendo hacer mérito de su heroísmo en sostener y fomentar esas mismas verdades contra el impetuoso torrente de la incredulidad judáica, ya antes que yo han consignado las actas de los apóstoles que Esteban, lleno de una gracia irresistible y de una fortaleza sobrehumana, hacía prodigios inauditos, y multiplicaba en el seno de aquel pueblo

obstinado los mas estupendos milagros: *Stephanus autem plenus gratia et fortitudine, faciebat prodigia et signa magna in populo.*

¿Qué, pues, diré yo capaz de llamar vuestra atencion despues de unos elogios tan sublimes? ¿Os le presentaré como el primer mártir de la religion cristiana? ¿Os recordaré que fué el primero en marchar tras la ensangrentada huella de la víctima del Calvario? ¿Os le mostraré figurando como campeon aguerrido de los ejércitos del Rey inmortal de los siglos á la cabeza de esa brillantísima cohorte de héroes, que, con las estolas teñidas en la sangre del Cordero immaculado, subieron al monte santo de Sion á depositar los laureles del triunfo ante el trono de Dios? ¡Oh! Indudablemente es esta la idea que mas me lisonjea, y la que, á mi ver, envuelve el hilo misterioso de las grandezas de ese héroe insigne. Decir que precedió á todos los mártires que con una muerte gloriosa sellaron el testimonio de su fé; decir que les trazó el camino de la victoria contra el error y las pasiones de un mundo enemigo de la Cruz, abalanzándose antes que ningun otro á recoger los amarguisimos frutos de ese árbol de la vida, plantado en el Gólgota en sustitucion del árbol de la muerte que inauguró la desdicha de la humanidad en el antiguo Eden; ¿no es lo mas grande y prodigioso que de un mortal pudiera consignarse? ¿Qué fondo de magnanimidad no presupone este hecho? ¿Qué virtud tan elevada, qué heroismo tan sublime no se necesitaba para lanzarse á una arena, en la que ninguno antes que él probára su valor, para provocar una lucha hasta entonces desconocida, para pelear en un estadio vírgen, digámoslo así, y echar mano á una copa envenenada, que únicamente gustáran los labios del Redentor de la humanidad?

Bajo este punto de vista preséntase á nuestra consideracion el proto-mártir San Esteban, verdaderamente lleno de fé, lleno del Espíritu Santo, lleno de gracia y de fortaleza, y como el mayor prodigio de heroismo cristiano que ofrecen los anales de la religion. No es solamente una preeminencia de honor la que supo conquistar, ofreciendo ante las aras del Cordero sacrificado por los crímenes del mundo las primicias de una sangre pura y generosa. Yo encuentro en ese ilustre testimonio dado por él á la divinidad de Jesucristo, un tri-

ple carácter de luz, de caridad y de energía, que en vano buscaríamos en todos los demas héroes que le siguieron en el camino del martirio; y por consiguiente os convido á admirar en la vida y en la muerte de San Esteban una fé mas viva é ilustrada, una gracia mas eficaz y fecunda, una fortaleza mas heróica y prodigiosa que en todos los mártires del cristianismo; en una palabra, «el mayor portento de fé, de gracia y de fortaleza personificado en el primer mártir del culto cristiano.» *Elegerunt Stephanum plenum fide et Spiritu Sancto.... Stephanus autem plenus gratia et fortitudine, faciebat prodigia et signa magna in populo.*

A vos, Reina de los mártires, recorro en este momento, implorando los auxilios necesarios para elogiar las grandezas de San Esteban, discípulo dignísimo de vuestro Hijo. Infundidme os ruego las luces celestiales de que sois dispensadora, á fin de llenar mi mision cual cumple á la mayor gloria de Dios y provecho de nuestras almas, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Toda verdad religiosa es la manifestacion de Dios, la cual lleva siempre consigo la prueba de su soberana autoridad. Es indudable que la religion cristiana, complemento de todas las manifestaciones divinas, desde el momento que apareció en el mundo desarrolló los mas brillantes caracteres de su origen celestial. Solo necesitaba estudiarse para ser reconocida como la única verdadera; únicamente poseyendo un fondo de obstinacion y de pertinacia tal cual mostraron los judios, era posible desecharla y resistirse á la profunda conviccion que sus doctrinas creaban en las inteligencias sanas y en los corazones dóciles. Nuestro insigne proto-mártir San Esteban habia estudiado indudablemente esta manifestacion divina, hecha en diversos tiempos y de diferentes maneras, primero por medio de los patriarcas, despues por los profetas, y últimamente por el mismo

Hijo de Dios en persona. Este estudio de las profecías, de la legislación mosaica y de los antiguos monumentos tradicionales, le preparó á aceptar la doctrina del Mesías reparador, y de este modo consumó su fé viva, ilustrada, convencida, y tal, que se nos muestra como un portento fenomenal en aquella época en que elementos tan poderosos luchaban para sofocar y matar en su cuna los dogmas de una religion, cuyo fundador acababa de finalizar sus dias en un afrentoso suplicio.

En efecto, afiliado Esteban á la escuela del Nazareno, y escogido por su singular virtud para ingresar en el número de los diáconos destinados á ayudar á los apóstoles en su santo ministerio, desde luego desplegó un celo singular en el sostenimiento de aquellas verdades que formaban el símbolo cristiano. La naciente iglesia de Jerusalem vió salir á la arena, cual aguerrido campeón, ese verde renuevo de la fé, defender en presencia de cuanto en aquella ciudad habia de mas autorizado y temible la divinidad de la ilustre victima del Calvario, sostener brioso aquella religion que el carnal judío calificaba de escándalo y el ciego idólatra menospreciaba como un delirio, hablar á los sábios, á los doctores, á los ancianos y á todo el pueblo con una uncion tan sublime, con una elocuencia tan persuasiva, con una lógica tan irrefutable, que los prodigios se multiplicaban bajo la accion poderosa de su palabra, y eran en gran número los que se convertian al cristianismo (1). Poco es que se levanten á hacer frente al ardiente predicador las varias escuelas que á la sazón encerraba la Sinagoga, y que los Libertos, Cilicianos, Cirenenses, Alejandrinos y Asiáticos promoviesen acaloradas disputas para hacerle enmudecer (2). La sabiduría de Esteban era inspirada por el Espíritu divino; este era quien hablaba por sus lábios; así que cuanto mas porfiados esfuerzos se hacian para resistir al convencimiento producido por sus doctrinas, tanto mas resplandecian los triunfos que reportaban estas en todas las clases y condiciones (3).

(1) Act. VI. 8.

(2) Ib. 9.

(3) Ib. 10.

¿Quién no admira en estos primeros rasgos de la fé de San Esteban ese carácter de luz, de vivacidad, de firme adhesion, que la hace tan portentosa, extraordinaria y fenomenal? Ciertamente que cuando la verdad católica llega á manifestarse á la inteligencia humana con toda su claridad, no es posible esquivar la adhesion que del corazon arranca: bien así como al derramar el sol sus rayos sobre el horizonte, nos vemos forzados á reconocer que él es el inmenso hogar de donde parte ese océano de luz que inunda el universo. Empero no por eso deja de escitar nuestro asombro la fé de San Esteban y el hondo convencimiento que envolvía su celo, si se hace atencion á que habia nacido y sido educado desde su mas tierna edad en una ley opuesta en muchos puntos á la nueva religion de Cristo: y por lo tanto el nacimiento, la educacion, la costumbre, los hábitos, el respeto debido á sus mayores, las consideraciones de familia, el consentimiento unánime de los sábios que venian sancionando las antiguas creencias, el ejemplo de sus padres, y mil otras circunstancias militaban en nuestro Santo para retenerle cautivo en las preocupaciones en que fuera amamantado. Y, sin embargo, impulsado por un movimiento interior, escitado por el convencimiento íntimo de la veracidad de las enseñanzas cristianas, se le vió declararse altamente contra la opinion comun, resistir al torrente de lo pasado, hacerse superior á lo presente, sobreponerse á los preceptos de las escuelas mas autorizadas, dominar el empuje de la costumbre, y predicar sin temor una doctrina anatematizada por el génio, odiada por el vulgo, rechazada por la pasion, perseguida por el poder, y declarada generalmente como una rebelion, como una apostasia, como un error sumamente trascendental, y por lo tanto justiciable. ¡Espectáculo sublime! esclama San Agustin. Cuando nada favorable hallaba Esteban en aquella religion objeto de su celo; cuando ninguno habia marchado delante de él para defenderla contra tantos enemigos; cuando los mismos apóstoles, ausentes del sitio de la pelea, dejáranle solo en medio de tantos peligros, él es el primero, el único que se presenta al combate, desplegando al par de una fé la mas viva, ilustrada y extraordinaria, la gracia mas eficaz y fecunda en bellos resultados.

Hay entre el error y la verdad una diferencia notabilísima. El error es esencialmente intolerante, impetuoso, violento, si mucho contra las doctrinas que combate, mas aun contra las personas que las defienden. La verdad por el contrario es dulce, insinuante, tranquila y tolerante, puesto que en medio del ardor con que sabe sostener sus derechos, jamás se desentiende de su innata indulgencia con los sujetos á quienes se propone persuadir. Intransigente con la mentira, que persigue, es no obstante escesivamente benigna con los que se hallan enredados en sus funestos lazos. Como solo aspira al dominio de la inteligencia, para conquistarla su única arma es el convencimiento. Pocas veces resplandeció tan maravillosamente esta antítesis, como en la persona de San Esteban frente á frente de sus enemigos. Viendo estos la imposibilidad de vencer á su antagonista con el raciocinio, provocan contra él las iras del pueblo; y al efecto, recurriendo al soborno, ganan á algunos de su partido para que declaren haberle oído pronunciar blasfemias contra Moisés y contra Dios (1). ¡Así es como todas las sectas enemigas de Cristo han buscado siempre, mediante la calumnia y la falsedad, el triunfo que no podían esperar de sus erróneos principios! Amotínase en efecto la plebe, sublévanse los ancianos, corren en confuso desorden los escribas, echan mano del desvalido discípulo de Jesus, le arrastran al concilio, y presentándose allí testigos falsos pagados por los que tenían un interés conocido en perderle, gritan: «Este hombre no cesa de proferir palabras injuriosas contra el lugar santo y contra la ley. Nosotros mismos le hemos oído decir que aquel Jesus Nazareno ha de destruir este lugar, y mudar las tradiciones que nos dejó ordenadas Moisés (2).» Entonces fué de ver la gracia extraordinaria que en Esteban se manifestó, llegando á irradiar en su mismo semblante, que, al decir del sagrado texto, se asemejaba en belleza al de un génio celestial (3). ¡Con qué unción tan divina empieza á hablar en medio de aquella reunion, epilogando maravillosamente toda

(1) Act. VI. 41.

(2) Ib. 12, 13, 14.

(3) Ib. 15.

la historia antigua, desde la aparicion del Señor á Abraham en Mesopotamia, hasta la realizacion de todas las promesas consignadas á aquel ilustre patriarca (1)! ¡Con cuánta maestría desenvuelve los hechos por orden estrictamente cronológico, reproduciendo las profecías mas importantes, mencionando los nombres mas célebres del pueblo de Dios, refiriendo el cautiverio de Joseph en Egipto y las consecuencias de su exaltacion al gobierno de aquel pais (2)! Pero cuando Esteban se escedió á sí mismo fué al hablar de Moisés, de quien se le acusaba de haber blasfemado. No solamente se complace en tributarle la mas profunda veneracion, refiriendo minuciosamente su nacimiento portentoso, su educacion secreta, su erudicion vastísima en las ciencias de los egipcios, su fuga al pais de Madian, su vocacion para ser el caudillo y libertador de la raza oprimida, y todas las circunstancias de su vida á través del desierto (3), sino que al propio tiempo hace alusiones sumamente oportunas, aplicaciones de sumo interés, y apóstrofes que llenan de confusion á sus envidiosos acusadores, diciéndoles que sus antepasados fueron los que se negaron á obedecer al santo conductor, resistiéndose á sus mandatos, quebrantando las leyes divinas que les intimaba, fabricando ídolos de metal, á los que ofrecieron un culto sacrilego, adorando á Moloc, sacrificando á Rempham, é incurriendo por su apostasia en la indignacion del Señor, que les volvió las espaldas, abandonándolos á los excesos de la idolatría (4). Cuanto mas avanza Esteban en su narracion, mayor energia adquieren sus palabras. Parece su facundia á un torrente que se desliza impetuoso desde la montaña, y arrebatada su alma de indefinible entusiasmo, concluye diciendo: «¡Oh! hombres de dura cerviz, y de corazon incircunciso! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo, y sois tales cuales fueron vuestros padres. ¿Qué profeta hubo que estos no persiguiesen? Ellos mancharon sus manos en la sangre de los que anunciaron á ese Justo que vosotros acabais de entregar á la muerte haciéndoos sus homicidas.

(1) Act. VII. 4 et seq.

(2) Ib. VII. 8 et seq.

(3) Ib. 20 et seq.

(4) Ib. 39 et seq.

Recibísteis la ley por el ministerio de los ángeles, y lejos de observarla la habeis menospreciado y hollado (1).» Así se espresa la verdad por boca del santo diácono. ¿Quién no admira en él una gracia mas eficaz y fecunda que en todos cuantos le precedieron en la carrera del apostolado? ¡Ah! Esteban no habia sido admitido como los primitivos discípulos de Jesucristo á las íntimas comunicaciones de la divinidad, ni participado de aquellas revelaciones misteriosas que los descubrieron los mas altos designios del cielo. No reposára como Juan en el pecho del Salvador, ni subiera como Pedro á las cumbres del Tabor, en donde la gloria del Unigénito del Padre fué proclamada públicamente, ni como los demas apóstoles fuera testigo de la predicacion y milagros del divino Maestro. Y sin embargo, á ninguno de ellos cede en fervor; ninguno le aventaja en celo, á ninguno es inferior en magnanimidad; antes bien, en medio de una asamblea tumultuosa reunida en su daño, y de émulos implacables que desean vengarse de él, prodúcese con una valentía que asombra, con un entusiasmo que encanta, con una firmeza que sorprende, con una conviccion digna de las almas mas heróicas. No importa que sus palabras, hiriendo vivamente el orgullo de aquellos judíos rebeldes, engendren en sus corazones el ódio, esciten el despecho, provoquen la ira, y promuevan la mas negra venganza. Traquilo y sereno con el testimonio de una conciencia pura, en medio del horrible crugir de dientes de aquellos hambrientos lobos (2), y cuando con mas furor piden á gritos su muerte, Esteban clava en la celeste bóveda sus bellos ojos, elévase su alma en un indefinible éxtasis, y dice: «Yo veo ahora los cielos abiertos, y al hijo del hombre sentado á la diestra de Dios (3).» Entonces fué cuando subiendo de punto la obstinacion de los judíos, tápanse los oídos, cual si hubiesen escuchado la mas horrenda blasfemia, arremeten contra el indefenso discípulo, arrástranle fuera de la ciudad, y empiezan á arrojar sobre él una nube de piedras, en tanto que el

(1) Act. VI. 51 et seq.

(2) Ib. VII. 54.

(3) Ib. 55.

per is (1)

per is (2)

per is (3)

per is (4)

santo mártir no cesa de esclamar: «Señor, recibid mi espíritu (1).»

Admirad, M. A. O., el bello contraste que forma la verdad frente á frente del error. Este, para salir victorioso, apela á la violencia: aquella, para defenderse, solo opone la dulzura; el uno, no contento con encadenar la libertad, atenta contra la vida: la otra responde á la tiranía y al despotismo con la mas sublime generosidad: el error mata el cuerpo, porque no le es posible ejercer su imperio en el entendimiento: la verdad, si no puede conquistar la inteligencia de sus émulos, procura al menos salvar sus almas; aquel solo sabe combatir con la fuerza: esta aspira á destruir la fuerza con la mas sublime caridad. Así es que Esteban, en medio del dolor que le causan los tormentos, sin acordarse de sí mismo, y abrasado en un amor generoso y heróico hácia los que le apedrean, solo se ocupa de su bien, solo desea su felicidad, solo ambiciona su salvacion; y respondiendo á la gran palabra del Calvario, haciéndose el eco de un Dios agonizante, repite el primero aquella solemne expresion de su moribundo Maestro: «Señor, perdonadlos y no les imputeis este pecado (2).» ¡Rasgo magnífico de caridad cristiana, tanto mas laudable y digno de asombro, cuanto que solo habia tenido ejemplo en el augusto Redentor del mundo! Ningun simple mortal habia pronunciado antes esa palabra de clemencia; ninguno habia respondido con un grito de perdon á los ultrajes é injurias de sus tiranos; ninguno, ahogando los sentimientos de una venganza tan en consonancia con la débil naturaleza humana, habia pedido al cielo por sus verdugos ni interesádose en favor de ellos; ninguno entre las horribles convulsiones de la agonía, habia escusado la malignidad de enemigos implacables, diciendo al Señor: «No les hagais responsables de mi sangre.» Solo Esteban despues de Jesucristo fué el primero que, sostenido por la caridad en medio de los suplicios, superior por ella á los dolores, volvió paciencia por injurias, clemencia por indignacion, perdon por venganza, amor por ódio, oraciones por blasfemias, súplicas por calumnias, palabras de vida por conatos de

(1) Act. VII. 56 et seq.

(2) Ib. 59.

muerte. «Con la caridad, dice el padre San Fulgencio, escusó la »malignidad de los judios; la caridad opuso á la violencia de sus »sacrificadores; de la caridad hizo uso para corregir los desaciertos »de sus obstinados adversarios; con la caridad triunfó de si mismo »rogando por los que le apedreaban; y fruto fué de su caridad la »victoria conseguida de Saulo, haciendo su compañero en el cielo »al que fuera su mas acérrimo perseguidor en la tierra (1).»

Sabido es, en efecto, cuán fecundo fué este grito de Esteban, puesto que logró hacer de aquel Benjamin rapaz de Tarso, de aquel perseguidor infatigable de la primitiva Iglesia, de aquel celoso y sanguinario sostenedor de las tradiciones mosaicas, el apóstol mas ilustrado, el mas insigne doctor del catolicismo, el mas ardiente propugnador de la verdad, la lumbrera mas brillante del mundo, un San Pablo, cuyo solo nombre reasume todas las magnificencias de la religion cristiana. Él había sido quien, custodiando los vestidos de los que apedreaban á Esteban, le apedreó con las manos de todos ellos, como se espresa San Agustin (2). Pero el Señor, oyendo la oracion de su siervo, hizo de su sangre aquella semilla preciosa, que, derramada en el seno de la Jerusalem homicida de los profetas, produjo ese árbol frondoso que tanta gloria ha dado á Dios y tan brillantes conquistas ha reportado al Evangelio, verificándose á la letra aquel dicho del Crisóstomo: *Ejectus est Stephanus, et pullulavit Paulus* (3). Si pues el mundo vió surgir en el horizonte ese astro luminoso que alumbró los pueblos de Arabia, Siria, Licaonia, Cilicia, Frigia, Galacia, Macedonia, Chipre, Malta, Candia, Rodhes, y otros muchos de Oriente y Occidente; si la Iglesia se gloria de poseer esa columna firmisima del edificio católico, ese vasto ingenio, cuya doctrina es la arma mas poderosa contra los enemigos de la verdad, débelo todo en primer lugar á la oracion sublime del primer mártir de Jesucristo, sin la cual, en frase del célebre obispo de Hipona, no hubiese, no le hubiera tenido por apóstol. *Si Stephanus non oras-*

(1) S. Fulg. serm. de S. Steph. circ. imit.

(2) S. Aug. serm. 14 de Sanctis.

(3) S. Joan. Chrys. serm. de Scr. reprehens.

set, Ecclesia Paulum non haberet (1). Frutos de esa misma semilla fueron tambien aquellos rasgos de caridad heróica que el cristianismo admiró en los tiempos posteriores; caridad que hacia á los mártires besar la mano de sus verdugos, abrazar al pié del cadalso á sus implacables sacrificadores, orar por sus enemigos entre la agonía de los tormentos; caridad que inició la conversion de un sinnúmero de gentiles, y precipitó el triunfo de la verdad sobre las inteligencias rebeldes y obstinadas; caridad, en fin, que llamando vivamente la atencion de un mundo idólatra, estraño á tan sublimes sentimientos, multiplicó prodigiosamente las conquistas de la civilizacion cristiana. ¿Y quién no ve en todo esto la demostracion palpable de una fortaleza y de una energia de alma tan heróicas que colocan á San Esteban á una altura superior á todos los demas mártires de Jesucristo, bien así como á todos escedió en la sublimidad de su fé, y en la fecundidad de la gracia con que el cielo se dignó enriquecerle?

Poco me resta decir respecto de este último anillo que cierra la diadema del insigne proto-mártir, despues de lo que dejamos espuesto. «No es lo mismo, dice oportunamente el Crisóstomo, marchar por un camino antiguo y trillado, que entrar el primero en un camino nuevo, desconocido y escabroso. Nadie antes que Esteban habia pasado el mar rojo de su propia sangre; ninguno le habia precedido en esa tremenda lucha de la vida contra la muerte; él fué el primero despues de Jesucristo que se atrevió á pisar un terreno erizado de abrojos, cuyo término era un ensangrentado Calvario. Cierto que en los tiempos posteriores innumerables héroes salieron á la arena, combatieron por la fé, sufrieron con valor, y murieron con gozo defendiendo sus creencias. Empero, ¿qué diferencia tan notable no existe entre el jefe de un ejército que va delante de todos á presentar su pecho al enemigo, y los que tras sus huellas marchan á dar el asalto? ¿Qué comparacion puede haber entre el arrojado capitán que, embrazando la espada, sube el primero á la muralla, se lanza á la brecha, recibe las primeras descargas, y da el grito

(1) S. Aug. serm. de S. Steph.

de ataque, y el de los soldados que, impulsados por tan bello ejemplo, secundan las miras de su caudillo? Pues tal es la proporcion que existe entre el insigne San Esteban y los demas atletas que en pos de él volaron al martirio. El mundo habia visto, es verdad, un Isaías aserrado por medio del cuerpo, un Zacarías asesinado entre el templo y el altar, un Elcasaro desgarrado con el hierro, y otros varios de quienes hace mencion la Sagrada Escritura. Empero, todos ellos padecieran en defensa de una ley antigua, acreditada, respectable, que los recordaba sus templos, sus sacrificios, sus sacerdotes, sus guerreros, sus héroes y todas sus glorias nacionales; en vez de que Esteban, sin ejemplos capaces de escitar su valor, sin la perspectiva de una brillante recompensa, sin el aliciente de los recuerdos históricos, supo morir el primero defendiendo una religion escarnecida, odiada, perseguida, desautorizada, cuyo fundador tuviera por término la infamia de un suplicio, cuyos apóstoles pertenecian á la clase mas humilde del pueblo, cuyos afiliados eran considerados como rebeldes á la patria, y cuyas únicas promesas eran el abatimiento, la humillacion y la cruz. ¡Qué temple de alma tan extraordinario no era preciso para salir á la defensa de una doctrina que tenia por enemigos todos los poderes de la tierra! ¡Qué energía de sentimientos tan sublime no era necesaria para arrostrar la iras de cuanto habia de mas autorizado é influyente en el mundo! ¡Qué heroísmo tan sobrehumano no era menester para iniciar esa sangrienta lucha, colocarse al frente de esa conquista, é inaugurar el triunfo de la gracia sobre la naturaleza, cuando nada habia que pudiera inducirle á ese nuevo género de gloria? Cuando el hombre ha visto las palmas y las coronas que embellecen las sienes de los héroes cristianos; cuando ha presenciado las ovaciones tributadas á su memoria sobre sus sepulcros; cuando han herido sus sentidos los sagrados cánticos de la Iglesia, la pompa del culto, la magnificencia de los templos, y demas testimonios con que una piedad ilustrada venera las cenizas de los mártires de Cristo, no es mucho se anime á merecer la corona de inmortalidad, marchando á través de los tormentos mas sensibles. Empero abalanzarse el primero á la envenenada copa que el Redentor del mundo bebió en el Calvario, salir antes que ninguno

á disputar á la muerte sus despojos, provocando los suplicios, insultando al dolor, y burlándose de los tormentos, esto solo podia hacerlo quien como Esteban estuviese dotado de una plenitud de fé, de gracia y de fortaleza verdaderamente fenomenales, y que inútilmente buscaríamos en todos los demas que en pos de él recorrieron ese camino abierto por su heroismo á la posteridad cristiana.

Reasumiendo, pues, diremos; que un hombre que fué el primero en predicar y defender la verdad evangélica ante un pueblo ciego y febricitante de cólera; el primero en sostener la divinidad de Jesucristo en presencia de la nacion que le sacrificó á su implacable venganza; el primero que á causa de su celo fué arrastrado á los tribunales, insultado, vejado, perseguido, calumniado; el primero, en fin, que selló con su sangre el testimonio de sus creencias perdonando á sus verdugos y orando por sus perseguidores, es el mayor portento de fé, de gracia y de fortaleza, el mas precioso florón de la diadema del cristianismo, y la gloria mas brillante de la Esposa del Cordero.

Lo eres, insigne proto-mártir Esteban, y por lo tanto la Iglesia entusiasmada viene haciéndote el objeto de sus alabanzas á través de mas de diez y ocho siglos. En tu elogio se emplearon los mas sábios ingénios del cristianismo, y no una sola vez la elocuente voz de los doctores refutó con tu heroismo los errores de la impiedad. Las naciones todas del mundo esméranse á competencia en ofrecerte un culto bello y encantador, reconociéndose muchas de ellas deudoras á tu intercesion de los mas insignes beneficios. Haz que nuestra piedad sea fecunda, mediante la imitacion de tus heróicos ejemplos; haz que sigamos constantes las huellas que nos dejaste trazadas; haz que como tú permanezcamos firmes en nuestra fé á despecho de todos los peligros y contrariedades; haz que triunfemos de nuestros errores y de nuestras pasiones, como tú triunfaste de la violencia de los tormentos; haz que á imitacion tuya espiremos con la caridad en los lábios y en el corazon, para que tambien merezcamos subir á recibir tu misma recompensa á la mansion de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SAN JUAN, APOSTOL Y EVANGELISTA.

Assumam te, serve meus, et ponam te quasi signaculum, quia te elegi, dicit Dominus.

Yo te ensalzaré, oh siervo mio, y te pondré en el mundo como un sello de mi predileccion, porque para eso te escogí, dice el Señor.

AGGÆI. II. 24.

A vista de ese sér privilegiado que hoy nos propone la Iglesia como modelo de una perfeccion singular y casi única en su género, confieso, M. A. O., ser mi asombro igual á la perplegidad en que se encuentra mi alma, herida, digámoslo así, con el resplandor de tantas magnificencias. Apóstol, evangelista, doctor, profeta, virgen, mártir, y entre todos los demas discípulos de Jesucristo, el Benjamin querido, el discípulo por excelencia, el amado de su corazon, el tutor de su augusta madre..... ¡Oh! ¡Qué de glorias, cuántas grandezas, qué cúmulo de excelencias, y cuán diversas coronas embellecen las sienes de nuestro héroe! De él parece haberse escrito aquel brillante elogio consignado en los libros proféticos: «Yo te ensalzaré, oh siervo mio, y te pondré en el mundo como un sello de mi predileccion, porque para eso te escogí, dice el Señor.» *Assumam te, serve meus, et ponam te quasi signaculum, quia te elegi, dicit Dominus.*

Y de hecho, ¿en quién sino en San Juan Evangelista podrán hallarse tantas cualidades reunidas en un grado tan eminente? ¿No es él una escepcion de las leyes comunes de la divina Providencia,

la cual, según San Pablo, distribuye sus dones á los que elige para su gloria, en proporción de los designios que sobre ellos forma, puesto que no todos son á propósito para el apostolado, no en todos halla las disposiciones necesarias para el martirio, ni todos pueden profetizar, ni todos convienen para el magisterio, siquiera cada cual en su esfera propia y todos á la vez contribuyan maravillosamente á construir y perfeccionar el místico edificio de su Iglesia (1)? Ciertamente, católicos, que bajo este punto de vista, en ningún otro hombre viéronse jamás tantos rasgos de predilección, tantas pruebas de singular cariño de parte de aquel Salvador divino, á quien plugo depositar en la sola persona de Juan cuanto de grande, de asombroso, de extraordinario y heroico se halla como diseminado en todos los ilustres personajes del antiguo y nuevo testamento. Bien pudiera yo en este concepto considerarle entre los demás miembros del colegio apostólico como el más digno, puesto que no sin grandes y especialísimos merecimientos suyos, moveríase Jesucristo á manifestarle su aprecio de una manera tan ostensible. Bien pudiera evocar en su favor una especie de privilegio, un derecho que nadie podría disputarle á figurar entre todos como la más brillante piedra sobre que fundara el Señor el templo majestuoso de su gloria, con tanta mayor razón, cuanto fué él quien, sobre las demás dotes que le adornaron, se sublimó á mayor altura en el conocimiento de la divinidad, como consta de ese monumental escrito que ha legado á los siglos. No es empero esta mi idea; y libreme Dios de establecer paralelos y comparaciones que ni en lo más leve pudieran comprometer la justa celebridad de esos héroes llamados por el divino fundador del cristianismo para ser las columnas de su religión augusta. Me limitaré únicamente á mostraros como una prueba inequívoca del particular afecto del Salvador hacia su amado discípulo, como un testimonio de lo gratos que le fueran sus servicios, esa multiplicidad de dones y gracias con que se dignó enriquecerle, personificando en él las bellezas todas del cristianismo en su más sublime idea; puesto que él reunió en un grado superior las glorias de la virginidad, los lau-

(1) Ad Ephes. IV. 11, 12.

reles del apostolado, los triunfos del doctorado, el mérito del magisterio, el dón de la profecía y las palmas del martirio. Tal es el pensamiento que me propongo desenvolver en este discurso. Si acierto á probaros que Juan fué « el virgen, el apóstol, el doctor, el evangelista, el profeta, el mártir por excelencia, » habré conseguido trazar el retrato fiel de aquel siervo escogido por Dios para distinguirlo con el sello de sus grandezas y darle al mundo como un testimonio inequívoco de su misericordia y de su amor. *Assumam te, serve meus, et ponam te quasi signaculum, quia te elegi, dicit Dominus.*

Imploramos los celestiales auxilios por la intercesion de la que es aclamada Reina de las vírgenes, de los apóstoles, de los doctores, de los mártires y de todos los santos; y para conseguir mejor sus bondades, dirijámosla la salutación angélica:

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

No sin razon hace mencion la Iglesia de la virgindad del amado discipulo, atribuyendo á esta cualidad el origen principal de las grandes prerogativas con que le distinguió el Señor entre todos los demas individuos del colegio apostólico. ¿Era acaso una circunstancia desatendible haberse conservado puro, integro é incorruptible, en el seno de una nacion donde aquella virtud no se consideraba sino como una afrenta? ¿Necesitábase poco heroísmo para sobreponerse á las hondas preocupaciones de una raza que en la fecundidad cifraba su mayor gloria, motivo por el cual apenas se registraba en la historia del pueblo judío alguno que otro personage que hubiese permanecido célibe, tal como un Melquisedec, un Josué, un Jeremías, un Elías, un Eliseo, un Daniel á quienes atribuyen algunos Santos Padres esta cualidad especial? Y si á lo dicho se añade que San Juan sobre pertenecer á una familia noble, como lo asegura San Gerónimo, si bien ocultaba su ascendencia bajo las humildes esterioridades de pescador, era ademas jóven de bella presencia, se

hallaba en la edad de las pasiones fuertes y de las vivas emociones, y no carecia de despejo y talento, circunstancias harto ocasionadas de suyo á fomentar la sensualidad, y á encender el fuego de la concupiscencia; ¿no sube todavía mas de punto el mérito de su virginidad? ¡Ah! Grande debió ser sobre todo encarecimiento la pureza de aquel discípulo que entre todos mereció el renombre de amado, y á quien Jesucristo dió testimonios tan ostensibles de su particular cariño. Solo un hombre vírgen en el cuerpo, vírgen en el alma, vírgen en sus afectos, vírgen en sus deseos, vírgen en sus aspiraciones, y desde su mas tierna niñez sumamente enamorado de esta angelical virtud, pudo tener la honra de posar su cabeza sobre el pecho del divino Salvador, y beber allí los puros raudales de una ciencia infinita. Solo un hombre tan casto que únicamente se diferenciaba de los espíritus celestes en poseer un cuerpo terrenal, mereció recibir en legado al pié de la cruz la Virgen por escelencia, y ser declarado solemnemente hijo de la Madre augusta de un Dios, su tutor, su salvaguardia, su defensor, su consuelo en este valle de miserias. Y lo fué, escribe San Pedro Damiano, porque la virginidad de María no podia tener en la tierra, despues de Jesucristo, otro apoyo mas firme que la virginidad de Juan. Renuncio, señores, á describir esta dicha inefable del discípulo predilecto, porque no es posible á lengua humana interpretar dignamente tan elevado misterio. ¡Una Virgen-Madre de Dios confiada á los cuidados de un simple mortal! ¡Un jóven israelita reemplazando al mas bello entre los nacidos de mujer, para ocupar en el afecto de aquella criatura sin par el lugar del hijo de sus castas entrañas! ¡María convertida en madre y compañera inseparable de Juan! ¡Juan gozando incesantemente de la presencia y encantadoras gracias de María! ¡Esta dispensando á aquel todas las distinciones de una nueva maternidad! ¡Aquel prodigando á ésta todos los desvelos del mas puro amor filial! Cerremos, sí, cerremos esa página del gran libro de los destinos de nuestro santo discípulo; pues al leerla, la imaginacion se ofusca, el entendimiento se pierde, y la razon naufraga en el inmenso océano de tantas magnificencias, resultados de una virginidad que, si asombrosa fué antes de un acontecimiento tan singular, despues de él

debió rayar en lo incomprensible, en lo ideal, casi en lo infinito, teniendo constantemente delante la que es el tipo de esa virtud, comiendo á su mesa, viviendo á su lado, participando de sus mas íntimas confianzas, y no habiéndola abandonado un instante hasta cerrar sus bellos y divinos ojos en el sepulcro. ¿Habrá, pues, exageracion en las palabras del citado S. Pedro Damiano, cuando se atreve á colocar á Juan en primer lugar entre todos los vírgenes desde el génesis del mundo (1)?

Considerémosle ahora bajo el carácter de Apóstol. Gloríese en buen hora San Pablo de haber trabajado mas abundantemente que todos los demas en la predicacion del Evangelio; no le disputaré sus laureles tan justos como merecidos. Empero si las glorias del apostolado deben medirse por la duracion de las fatigas á él inherentes; ¿quién osará dudar del mérito de quien, habiendo sido elegido para tan espinosa mision en la flor de su juventud, la llevó á cabo con incansable perseverancia por espacio de setenta años? Mas prescindiendo de esto; ¿no es un hecho demostrado que Juan se distinguió siempre de una manera ostensible, tanto en el celo con que se consagró á promover en diversos paises la doctrina evangélica, cuanto en el inmenso desarrollo que dió al establecimiento de la iglesia primitiva? Leed las actas apostólicas, y en ellas vereis figurar á Juan el primero entre los que predicaron la divinidad de Jesucristo en medio de la Jerusalem deicida; el primero que aprisionado por la Sinagoga fue azotado á causa de la valentía con que la daba en rostro con su perfidia; el primero que arrastrado á los tribunales fue conminado con la muerte sino cesaba de pronunciar el nombre de Jesus de Nazareth. Registrad los demas libros canónicos, y le hallareis fundando solo en el Asia menor las iglesias de Efeso, Laodicea, Filadelfia, Pergamo, Sardis, Smirna y Tiatira, velando sobre ellas con incansable solicitud, fomentando en ellas el fervor ya con cartas á los obispos, ya con exhortaciones á los fieles, unas veces visitándolas en persona, otras enviando delegados que en nombre suyo las inspeccionasen, y siempre presidiendo con su celo y sabiduría á todo

(1) S. Petr. Dam. serm. 3 de S. Joan. Evang.

cuanto en ellas se verificaba. ¿Y qué decir de su inquietante anhelo por la salvación de las almas? ¿No se le vió correr desalado por entre riscos y montañas en una edad decrepita, tras un joven discípulo que desertando de las banderas de Cristo hiciérase jefe de malhechores entregándose á toda clase de excesos? No se le vió buscarle solícito por todas partes, llorar inconsolable su pérdida, y una vez hallado, llamarle con el cariño afectuoso del mas tierno padre, mostrarle su seno, echarle los brazos, estrecharle contra su corazón, bañarle con sus lágrimas, conjurarle por las entrañas de Jesucristo que tornase á él, comprometerse á cargar con la responsabilidad de sus crímenes, y no descansar hasta haberle convertido, haciendo de él despues uno de los mas celosos y útiles cooperadores de su ministerio pãstoral? ¿Y quién no sabe los sudores que vertió, los trabajos que toleró, las privaciones á que se espuso, los riesgos que corrió por llevar el evangelio á la Frigia, al pais de los Parthos, y á los mas remotos climas de Oriente?

Pero preciso nos es ser muy lacónicos en la descripción de las glorias del amado discípulo, si en el breve espacio que nos está concedido hemos de recorrer el vasto campo de su vida prodigiosa. Tambien fue él entre todos los demás el Doctor por excelencia, y yo no tendré inconveniente en apellidarle el doctor del amor, el doctor de la caridad, el doctor de la ciencia celestial estraida del seno de un Dios sobre cuyo pecho mereció recostarse. Miel y dulzura vierten sus lábios cuando habla familiarmente á sus hijos engendrados en Jesucristo; tesoros y bellezas derrama su pluma cuando se remonta á la divina esencia para explicar las grandezas del Verbo. Todo respira unción, piedad, y encanto indefinible en sus escritos, porque todos ellos derivan de un mismo principio, versan sobre un tema idéntico, encaminanse á un mismo fin, y van á perderse en la grandiosa y sublime idea del amor de Dios y del prójimo, doble eje sobre que gira toda la economía de la redención. ¿Qué extraño es que la doctrina de San Juan haya podido cautivar la atención y las simpatías de los mismos paganos, hasta el punto no solamente de oírle con gusto, sino de copiarle repetidas veces en sus obras los arrogantes discípulos de la escuela Platónica? ¿Qué mucho si el P. San Gregorio

Niceno afirma haber sido constituido nuestro santo maestro del gran Taumaturgo por la misma Reina de los cielos, á consecuencia de haberla suplicado aquel génio se dignase dictarle la doctrina que debia enseñar cuando fué promovido á la silla episcopal de Neocesarea, sepultada á la sazón en los mas profundos errores? (1) Pero todavía es mas asombroso lo que dice el Crisóstomo, cuando dá como un hecho constante y cierto, que las mismas inteligencias angélicas descendieron á veces de las celestes cumbres á constituirse oyentes de la doctrina de San Juan. *Plane constat ipsos angelos summa cum attentione Joannis se auditores exhibuisse* (2). ¡Que maravilla! ¡Un hombre elegido para enseñar los misterios de la divinidad á los que el cielo envia á la tierra para ser los tutores y maestros de los mortales! Exageracion piadosa mas bien que verdad incontestable parece esta aseveracion del citado Padre: y por tal la tendria, M. A. O., si él con el mas profundo convencimiento no insistiese en sostener, que sin la doctrina de San Juan no hubieran penetrado á fondo los ángeles el gran arcano de la Encarnacion del Verbo.

Aquí me veo arrastrado insensiblemente á contemplar al predilecto discípulo bajo el caracter de Evangelista. No sin razon es comparado en esta línea á una águila magestuosa que dejando tras sí la tierra, se lanza en el espacio, y remontándose hasta el trono mismo de la divinidad, vá á buscar allí á Jesucristo para mostrarle al mundo en toda la magestad, en toda la gloria, en toda la magnificencia de su excelso origen, haciéndole surgir del seno del Padre, por quien es engendrado de toda eternidad. Asi que, cuando los demas historiadores sagrados solo parecen apercibir en el objeto de sus escritos la personalidad humana del Verbo, Juan al primer golpe de vista se fija en su divina esencia, y á manera de quien contempla al Sér supremo en la esfera de lo inmenso é infinito, esclama en la primera página de su Evangelio: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.» No seguiré haciendo el elogio de esa produccion la mas sublime que jamás saliera de las manos del

(1) S. Greg. Nis. in vit. S. Greg. Taum.

(2) S. Joan. Chrys. Proem. in Joan.

hombre. Bástanme sus primeras líneas para asegurar que el Evangelio de San Juan envuelve tesoros de sabiduría celestial imposibles de apreciar en su justo valor. El ha sido en todas épocas el firme antemural que la Iglesia ha opuesto á los tiros que contra ella han lanzado los enemigos de la verdad. El error y la mentira jamás han podido sostenerse ante ese torreón inespugnable, pertrechado de armas victoriosas para hacer frente á todos los sofismas de la humana inteligencia. Ante él cayeron postrados Cerinto, Ebion, Nicolao, y demas herejes que en la cuna del cristianismo atreviéranse á combatir la divinidad, la eternidad, la consubstancialidad del Verbo, negando á Jesucristo la cualidad de verdadero hijo de Dios. Y cuando despues los desmanes de Sabelio, Socino, Marcion, Eutiques, Manes, Nestorio y otros adeptos de las escuelas orientalistas, ponen en combustion al mundo cristiano encendiendo en él la tea de la escision en materias dogmáticas; ¿no es el evangelio de San Juan con el que los Atanasios, Hilarios y demas doctores católicos se presentan á combatir la hidra de cien cabezas? ¿No es el mismo evangelio el que preside á las sábias decisiones del concilio de Nicea, y en cuyo nombre se pronuncia anatema contra los sectarios? ¿No es tambien ese evangelio el que los fieles acostumbra á llevar siempre consigo como un preservativo contra las aberraciones de la impiedad? Preguntad á San Epifanio, y os dirá con cuánta veneracion le conservaban los judios en el gazofilacio del templo. Consultad á San Agustin, y os referirá el aprecio que de él hacian los gentiles, elogiándole como lo mas elevado y sublime que se habia escrito. Leed á Origenes, y le oireis esclamar que Juan se habia deificado en cierta manera, elevándose con su celestial doctrina sobre todas las criaturas visibles é invisibles. ¡Ah! Cuando hasta los mismos discípulos de Platon llegaron á juzgar digno de esculpirse con letras de oro sobre el frontispicio de todos los templos del universo el encabezamiento del evangelio de San Juan, ¿dudaríamos los católicos en afirmar que este amado discípulo fué el Evangelista por escelencia?

No menores derechos ha adquirido á la denominacion de Profeta. Abrid el Apocalipsi. ¡Qué asombro! Libro pequeño en volumen, pero interminable, inmenso por los misterios que encierra. Todo él

es, en sentir de los sagrados espositores, una profecía continuada, que abarca los sucesos que debian verificarse desde la fundacion de la Iglesia hasta el fin de los siglos. Enmudezcan ya los Videntes de la antigua alianza; callen los Isaías, Jeremias, Danieles y demas hombres inspirados á quienes plugo al Señor revelar los misterios del porvenir relativos á la venida del Mesias Reparador. Ellos pudieron gloriarse de haber previsto cada cual ciertos hechos aislados: pero á ninguno de ellos se le comunicó la ciencia anticipada de todos los grandes sucesos que debian preceder á la realizacion del plan divino meditado desde la eternidad. Solo San Juan tuvo el privilegio esclusivo de abarcar con su mirada de águila cuanto en la sucesion de los tiempos debia verificarse, detallando minuciosamente aqui la próxima ruina del pueblo escogido bajo la accion de un poder temible llamado á dominar por algun tiempo casi todo el orbe, allí las luchas del cristianismo á través de las persecuciones suscitadas por siete emperadores romanos empeñados en esterminalar el nombre del Crucificado, mas allá la decadencia del gentilismo, las victorias de la Cruz, las conquistas de la Iglesia y la propagacion de la idea cristiana en todo el mundo sobre las ruinas de aquel colosal imperio embriagado con la sangre de los mártires, en otra parte la invasion de las hordas del norte, sus caudillos, sus principes, las guerras intestinas entre éstos y sus vasallos, el desmembramiento de las tribus, y demas circunstancias que debian allanar el camino á la predicacion de la doctrina evangélica, y por último, la venida del Antecristo, las nuevas persecuciones que bajo su dominio han de sobrevenir á la Iglesia, la victoria de ésta, la caida y confusion de aquel, el fin del mundo, con las señales que han de precederle, el juicio público á que han de ser llamados todos los pueblos ante el tribunal de Jesucristo, su forma, su disposicion... ¿Pero adónde voy? ¿Intentaría yo epilogar las bellezas de un libro que, en sentir de los mas sábios ingenios, es un verdadero mar de maravillas imposible de sondear sin esponerse á quedar sumergido en sus abismos? ¿Pretendería analizar una profecía que, al decir de San Gerónimo, atesora tantos misterios como palabras (1), cuya clara inteligencia solo aquel á quien fueron

(1) S. Hier. Ep. 403 ad Paul. c. 7.

revelados por Dios ha podido llegar á obtener? No rayará á tal punto mi osadía; admiraré en silencio lo que comprender no me es dado; me contentaré con repetir con el Doctor angélico, que los vaticinios de San Juan esceden incomparablemente bajo todos aspectos á los de los tiempos anteriores á la venida de Jesucristo; y esto será lo bastante para enaltecer sus glorias sobre las de los demas que llevan el nombre de profetas.

Completemos la diadema de nuestro Santo con la perla del martirio. ¿Quién sufrió en el mundo mas que él? ¿Quién con mas constancia apuró hasta las heces la amarga copa que le ofreció Jesucristo, cuando una madre escesivamente ambiciosa solicitaba para él y su hermano las primeras sillas del reino celestial? ¿No fué Juan el único de los discípulos que, desafiando las iras de la Sinagoga, acompañó al divino Maestro en las dolorosas escenas de su pasión, trepó á su lado la empinada cresta del Gólgatha, y cabe el ensangrentado leño donde aquel espiró, recogió sus postrimeros suspiros anegado en un mar de terribles angustias? ¿Acaso los clavos, las espinas, la lanza y cuantos instrumentos se emplearon para martirizar al Salvador, no hirieron vivamente el corazon destrozado del jóven Apóstol con una vehemencia igual al ardiente amor que abrasaba su pecho? No creo haya una persona de algun criterio que en vista de lo dicho se atreva á disputar á San Juan el mérito de un martirio, tanto mas doloroso cuanto que se consumó en el alma, donde reside el principio de las mas esquisitas sensaciones. Pero si todavia no fuese esto bastante á satisfacer á los mas exigentes y descontentadizos, ya no dudaré decirles con San Gerónimo, que no es tanto el hecho de padecer por Cristo lo que constituye la gloria del verdadero mártir, cuanto el deseo y la voluntad decidida del martirio. ¿Qué importa que Juan no finase sus dias en los suplicios, si estos fueron de suyo harto dolorosos para ocasionarle la muerte, á no haberlo impedido por efecto de sus inescrutables designios el autor de la vida? Cuando en Jerusalem arrostraba las cárceles y toleraba los azotes por predicar las grandezas de Jesucristo; cuando en Roma en una edad avanzada hacia frente á los mas duros tratamientos; cuando allí mismo, bajo el imperio de Domiciano, era arrojado en una balsa de aceite hirvien-

do; ¿negareis que era un verdadero mártir de la religion cristiana? ¿Que no sucumbió en el combate! Cierto. ¿Que salió indemne y como rejuvenecido de aquel tormento hasta entonces ignorado! Indudable. ¿Y por eso se le habrá de disputar una palma que con tanto heroismo supo conquistar? Tanto valdria decir que el valeroso soldado que cubierto de nobles cicatrices torna á su patria cargado de laureles, no merece la ovacion del triunfo porque dejó de perecer en la lucha. No: decid en buen hora que la muerte no prevaleció contra Juan; pero no oseis decir que Juan no insultó á la muerte y triunfó gloriosamente de ella. Asegurad que el martirio fué impotente para concluir con la existencia del mártir; pero no ós atrevaís á sostener que quien tanto padeció por defender la verdadera religion ante los poderes enemigos de ella, no es acreedor á la corona del martirio.

— Epiloguemos ya lo dicho en breves palabras. ¿Quién es ese siervo predilecto escogido por Dios para reunir en él los caracteres todos de su amor, y ponerle en el mundo como un sello de sus magnificencias? Es el discípulo amado de Jesus en quien plugo á este personificar las bellezas características de la religion cristiana en su mas elevada idea, enriqueciéndole con esa multiplicidad de dones que se hallan esparcidos en los demas héroes que forman la corona de la Esposa del Cordero. En él se halla el tipo de la virginidad, el modelo del apostolado, la aureola del doctorado, la norma del evangelista, el profeta en su mayor sublimidad, el mártir en todo su heroismo: *Assumam te, serve meus, et ponam te quasi signaculum, quia te elegi, dicit Dominus.*

— A vos, Señor, que tanto os complacisteis en engrandecer y ensalzar á vuestro siervo; á vos que de él os servisteis para tanta gloria de vuestro nombre, y para tan altas empresas de vuestra sabiduría; á vos que legásteis á vuestra Iglesia esa águila misteriosa cuya doctrina le hace sobrevivir á los siglos, puesto que en todos ellos es su evangelio el mas inexpugnable antemural contra el que se estrellan los fieros enemigos de la mística Sion; á vos cumple hacer que el espíritu de vuestro apóstol y evangelista San Juan se perpetúe en el seno del catolicismo. Os lo suplicamos tanto mas encarecidamente,

cuanto son cada día mayores las necesidades de vuestra amada Esposa. Multipliquense en su seno las vírgenes pudorosas, los denodados apóstoles, los sábios doctores, los verdaderos profetas, los mártires heroicos de la verdad que caminando tras las huellas de Juan denprez y gloria al cristianismo, y lleven sus conquistas hasta los últimos confines de la tierra. Seamos todos fieles imitadores de su inocencia, de su caridad, de su compasiva ternura, de su amorosa solicitud, y de todas las virtudes que tanto le distinguieron, para que como él podamos gozar en la eternidad su recompensa y su gloria.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE LOS SANTOS INOCENTES.

Hi empti sunt ex hominibus primitiae Deo et Agno.... sine macula enim sunt ante thronum Dei.

Estos han sido rescatados de entre los hombres como primicias escogidas para Dios y para el Cordero.... Por eso están sin mancha ante el trono de Dios.

APOC. XIV. 4, 5.

ESPOSA del Cordero, naciente Iglesia de Jesucristo, regocíjate en este día en que inauguras los futuros triunfos que han de entretejer tu diadema. Resuenen en buenhora en las montañas de Ramá los lastimeros ecos de la afligida Raquel, que llora la pérdida de unos hijos arrancados de su maternal seno por la crueldad de un tirano desapiadado. Oiganse en toda la tierra los lamentos de las matronas Bethleemitas, inconsolables al ver correr por el suelo la sangre de sus inocentes pequeñuelos, sacrificados inhumanamente al despecho de un príncipe sombrío, empeñado en extinguir el nombre de un temido rival. No eres tú, Sion dichosa, quien debe tomar parte en ese duelo, cuando hoy haces la mas brillante adquisicion, recibiendo en tu seno esas víctimas puras, retoños del árbol frondoso de la religion, que con el Hijo de Dios acaba de brotar en la tierra para dicha de la humanidad. Soldados de la gran milicia de Cristo recién nacido son esos párvulos, que, apenas salidos á la luz, caminan ya cargados de ilustres trofeos á recibir las palmas de la victoria conseguida con una muerte heróica, único linage de lucha de que eran capaces en una edad en que sus lenguas todavia no sabian pronunciar

el nombre del rey por quien combatian. ¡Prez y honra á la fecunda madre de tan dignos héroes!

No estrañeis, M. A. O., que así espresé los afectos que hace nacer en mi alma la presente festividad. Con casi idénticas palabras daba expansion á su ternura el P. San Agustin, cuando hablando á su pueblo del martirio de los santos niños, cuya memoria solemniza en este dia el catolicismo, creíase trasladado en espíritu á aquellos tiempos primitivos, en que la cuna del divino libertador del hombre se veia rodeada de una cohorte brillante de inocentes y candorosos atletas, que con sus pechos oponian una muralla impenetrable al infando perseguidor del Mesías anunciado en los profetas. ¿Y quién no se llenaria de júbilo al contemplar tan bella escena? Por un lado aquel Herodes, aborrecido de muerte por sus vasallos, buscando á Jesus entre las fajas de la infancia para hacerle victima de sus ambiciosas miras, sin reparar en que con la débil existencia de un niño podrian quizás perecer de un golpe todas las glorias de la nacion hebrea: por otra el tierno y balbuciente hijo de Maria, huyendo en el maternal regazo de las iras del tirano, cuyo cetro, comprado á precio de sangre, veia vacilante y mal seguro en sus manos desde que supiera el nacimiento del nuevo rey de los Judios en Bethleem de Judá; allí una turba de feroces verdugos, inmolando ante las aras de la mas torpe adulacion millares de inocentes parvulitos, con el fin de envolver en el sangriento decreto al que el pérfido monarca juzgaba su competidor, ya que no le era dado designarle con el dedo á su implacable venganza: aquí Jesus, burlando las pesquisas de los herodianos, y salvando incólume los dominios del desacordado príncipe, para trasladarse á tierra estraña, de donde un dia debia tornar victorioso para ser la gloria y la esperanza de Israel; y en todos estos acontecimientos, triunfando la religion de sus primeros perseguidores, iniciando en su cuna las grandes conquistas que la estaban vaticinadas por los Videntes, engalanándose apenas nacida con los laureles de sus héroes, y sirviéndose de unos niños para entonar al Dios de los dioses los primeros cánticos de alabanza, que en su dia repetirian donde quiera millares de millares de voces á través de los siglos venideros. ¡Qué espectáculo tan sublime!

Justo es, pues, que honremos y veneremos la memoria de esas ilustres víctimas, que con su sangre dieron el primer testimonio á la divinidad del Salvador del mundo, habiendo sido escogidas entre los hombres como las primicias preciosísimas del gran sacrificio que el Cordero sin tacha debia consumir mas tarde en un Calvario: *Hi empti sunt ex hominibus primitiæ Deo et Agno*. Así las contempló en el cielo el Apóstol de Pathmos, arrojando sus coronas á los pies del dominador del orbe, despues de atravesar una gran tribulacion, llevando escrito en sus frentes el nombre del Cordero y de su Padre, y rodeando el trono de Dios libres de toda mancha: *Sine macula enim sunt ante thronum Dei*. Bajo este mismo punto de vista cúmplenos hoy considerar el martirio de los santos niños inocentes, «cuyo triunfo es tanto mas glorioso y digno de admiracion, cuanto que muriendo los primeros por causa del naciente cristianismo, inauguraron las conquistas de esa religion reparadora que, cimentada en la sangre heroica de sus hijos, debia perpetuar su imperio en todo el orbe.» Hed aquí la gloria especial de esas tiernas flores del martirio, como los apellida la Iglesia en la presente festividad. Para desenvolver dignamente esta idea, solicitemos antes los auxilios de la gracia, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Algunos génios sobradamente orgullosos y acostumbrados á mirar las cosas segun el prisma de una pasion que los ciega, no han dudado oponer ciertas objeciones mas ó menos especiosas al triunfo de los santos niños inocentes, á quienes hoy consagra la Iglesia los mas tiernos homenajes. Resistense no pocos á decretarles los laureles de una victoria que, segun sus menguadas ideas, no pudieron merecer, careciendo en primer lugar del conocimiento necesario de la causa porque eran perseguidos, y no teniendo ademas libertad bastante para evitar la persecucion ó afrontarla con heroismo. Tampoco pueden explicarse muchos cómo un Dios-Hombre cuya mision en la tierra de-

bia ser la del pastor amante que vela por su grey y espone por ella su vida, pudiese abandonar al furor de un tirano tantas victimas indefensas, y ver impasible correr su sangre por las calles y plazas de Judea; mientras él buscaba en lejanos paises un techo hospitalario que le pusiese á cubierto de las iras de Herodes. Pero ambas dificultades carecen de fundamento, y se destruyen por sí mismas, considerando este misterio segun los principios de la fé, y atendiendo á los altisimos designios que en su realizacion se propusiera la divina Providencia.

Respecto de lo primero, es indudable que existe una bendicion divina vinculada á los que sufren persecuciones y trabajos por la justicia, y que son declarados con derecho al reino celestial todos cuantos en la tierra son afligidos en defensa de la verdad (1). Por eso aun muchos siglos antes que se pronunciase este oráculo, fueron encomiados los héroes del antiguo testamento, que como Abraham, Isaac, Jacob, David y otros muchos fueron victimas de la adversidad, y la toleraron magnánimos á causa de su viva fé en las promesas del Señor. Ciertamente que los santos niños, que en las cercanias de Bethleem sufrieron la persecucion y la muerte bajo la cuchilla de Herodes, carecian en una edad tan tierna de la conciencia de sus acciones, y no podian darse cuenta de sus padecimientos. Empero á esto responde victoriosamente el Padre San Bernardo con las siguientes palabras: «Si buscais en qué se funda el mérito de su martirio, ignorantes como estaban de la causa porque morian, y no pudiendo oponer otra resistencia que sus lágrimas á la violencia de sus desapiadados verdugos, decidme tambien: ¿dónde está el crimen que han cometido para ser tratados con tan bárbara crueldad? Y si ningun motivo racional hay que justifique tan horrenda carnicería; si solamente la suspicacia sombría y el negro despecho de un monarca ambicioso le impulsaron á ensangrentarse en tantas criaturas inofensivas, con el único objeto de envolver en su esterminio al nuevo rey de los judios, ¿qué razon plausible hay para disputarlas la corona de un martirio sufrido por tan digna causa? ¿O acaso, prosigue el santo

(1) Matth. V.

doctor, juzgareis menos fundada la misericordia de un Dios que quiso ceñir las sienes de los santos niños con la aureola inmortal de los héroes, que la inhumanidad herodiana que los sacrificó al deseo de hacer desaparecer de la tierra á su presunto rival, el Mesias libertador de Israel? ¡Oh! ¿Podria la impiedad de un tirano hacer morir por un mero capricho tantos párvulos inocentes, y no podria la bondad divina recompensar sus dolores con la gloria de los que en su nombre luchan contra el error y la mentira?» (1) No digais que carecian de la ablucion de las aguas regeneradoras, puesto que en su misma sangre blanquearon sus estolas esos adoradores del Cordero, y con ella fueron santificados abundantemente, como se espresa San Agustín. No digais que eran incapaces de confesar á Cristo. ¿No hablaron más elocuentemente sus heridas que lo hubieran hecho sus lenguas? Tampoco sabian pelear por su nuevo rey, es cierto; pero supieron padecer, supieron morir, supieron sacrificar las primicias de una existencia cuyas delicias apenas comenzáran á gustar, supieron verter una sangre pura é incontaminada antes que el veneno de las pasiones pudiera inocularles su ponzoña. ¡Y todo ello para hacer de sus tiernecitos cuerpos una especie de muralla con que defender la preciosísima vida de Jesus recién nacido, objeto esclusivo de la bárbara tiranía de Herodes!

Con razon, pues, sobradísima festeja la Iglesia la memoria de esos verdes renuevos del árbol de la religion cristiana, á quienes esta dió á luz para una vida perdurable mucho mejor que el seno maternal para una vida temporal; puesto que antes de que el mundo pudiera adquirir sobre ellos ningun derecho, ya el cielo les habia conferido la mas escelsa dignidad (2). La única diferencia que existe entre el mérito de los demas mártires y el de los santos niños inmolados á la

(1) Si quæris eorum apud Deum merita, ut coronarentur, quære et apud Hærodem crimina, ut trucidarentur. ¿An forte minor Christi pietas, quam Hærodis impietas, ut ille cum potuerit innocios neci dare, Christus non potuerit occisos propter se coronare? (S. Bern. de SS. Innoc.)

(2) Digne natalem illorum colimus, quos betius eternæ vitæ mundus edidit, quam quos maternorum viscerum partus effudit. Siquidem antè vitæ perpetuæ adepti sunt dignitatem, quam usuram præsentis acceperint. (S. Aug. Serm. 40. de Sanctis.)

venganza del tirano de la Judea, es que aquellos conquistaron la aureola del martirio mediante una confesion explicita de sus creencias, en vez de que estos, impotentes para confesar su fé con los lábios, suplieron este defecto consumando gloriosamente una lucha en que salieron triunfadores (1). Ved, pues, concluye el santo doctor ya citado, cuán justamente son llamados flores del martirio esas candorosas existencias que, habiendo brotado en un suelo esterilizado por los hielos de la infidelidad, abrieron su capullo al viento de la persecucion, para ser colocadas como perlas preciosas en la diadema de esa reina del mundo que hoy embellece con ellas sus augustas sienes (2).

No está menos justificada la conducta de Dios que la gloria de sus escogidos en el hecho que motiva nuestras reflexiones. ¿Quién se atreveria á llevar la blasfemia hasta el punto de creer que el Salvador del mundo abandonase al furor de Herodes tantos niños, solamente por salvar su propia vida á precio de una sangre inocente? ¿Faltárale acaso poder bastante para libertarse á sí mismo y á ellos de las garras de aquel tigre feroz, si esto hubiese entrado en los altos designios de su providencia? ¡Oh! ¡Cuán menguadas son las ideas de la ciencia carnal del siglo! ¡Cuán profunda es la ignorancia del hijo del polvo! ¡Qué pensamientos tan mezquinos son los suyos! La religion cristiana, llamada á luchar en la tierra y á coronarse de las mas bellas victorias, debia inaugurarse con un triunfo ostensible, présago de los infinitos que en los siglos posteriores debian completar sus glorias. Allí en la misma Bethleem elegida entre todas las poblaciones de Judá para ser la cuna del nuevo caudillo de Israel, debian comenzar las conquistas de la Iglesia que iba á reemplazar á la vetusta Sinagoga. Era preciso que la sangre pura y sin mancilla de unos inocentes corderos, corriese sobre el altar donde acababa de ofrecerse al Eterno aquel Cordero de Dios que venia á borrar los pecados del mundo, para consumir un dia en la cruz la grande oblacion vaticinada por los profetas. A él se debian aquellas primeras

(1) *Aliorum quidem pretiosa mors martyrum laudem in confessione promeruit: horum in consummatione complacuit.* (Id. ib.)

(2) *Jure dicuntur martyrum flores, quos in medio frigore infidelitatis exortos.... quædam persecutionis pruina decoxit.* (Ib.)

victimias del naciente cristianismo que se iniciaba en un pesebre, para crecer y desarrollarse en un sangriento Calvario (1). ¡Espectáculo cruel! ¡Sublime martirio! Desenváinase la espada, sin que para ello intervenga causa alguna, sino la envidia de un tirano que, receloso del anunciado rey de Israel, ha jurado no cederle un cetro conquistado á costa de insomnios, peligros y fatigas que le han hecho encañecer prematuramente (2). ¿Permitirá que venga otro á engrandecer y labrar la ventura de sus pueblos, para que estos detesten mas y mas su memoria? ¿Dejará que se eclipse su estrella bajo el brillo del recién nacido hijo de David? Nunca. Atalía, hábil princesa, en la matanza de la familia real de Judá olvidára un niño que yacía en la cuna, y este niño la quitó el trono y la vida. No incurrirá Herodes en tamaña omision. ¿Dónde está ese príncipe anunciado por los astros y buscado por los sátrapas venidos de lejanos países? En Bethleem de Judá. Pues bien; de dos años abajo mueran todos los niños nacidos en aquellos contornos, y de esta suerte las glorias del rey Mesías quedarán anegadas en sangre. Así se decreta por el pérfido Herodes; así se ejecuta por sus inhumanos ministros. Raquel desde el fondo de su sepulcro lamenta inconsolable la pérdida de sus caros hijos, y ve desaparecer con ellos las esperanzas de Israel. Una á una ve segadas en flor aquellas plantas recién nacidas, sin que sea posible sustraerlas de las manos del perseguidor que las busca en el fondo de la tierra, y va á arrancarlas del maternal regazo donde en vano procura ocultarlas el amor. ¡Ah! Ellos mismos los inocentes corderillos se denuncian con sus balidos al implacable sacrificador, á despecho de unas madres que procuran acallarlos. No saben enmudecer, porque todavía no han aprendido á temblar en presencia del enemigo (3). Viérais entonces la lucha desgarradora

(1) Deus est, qui natus est. Innocentes illi debentur victimæ, qui venit damnare mundi malitiam. Agnelli debent immolari, quia Agnus futurus est crucifigi qui tollit peccata mundi. (S. Aug. Serm. I. de Innocent.)

(2) ¡Grande martyrium, crudele spectaculum! Eximitur machæra, et nulla intervenit causa: sola stridet invidia cum qui natus est nulli faciat violentiam. (Ib.)

(3) Sed oves cernimus matres, quæ super agnos lugent..... ¡Quantis modis infantem volebat mater abscondere, et ipse se infantulus publicabat! Nesciebat tacere, quia necdum didicerat formidare. (Ib.)

trabada entre la naturaleza y la inhumanidad, entre la ternura de unas madres que disputan la presa al verdugo, y el ciego furor de este que sacrifica la víctima á los mismos ojos de quien la engendró de su propia sustancia. Oyérais á unas apostrofar á los tiranos, diciéndoles: ¿por qué separas de mí al que forma una parte de mi existencia? ¿Para eso le alimenté con la leche de mis pechos? ¿Para eso le llevé en mi seno con tanta cautela? ¿No bien le dieron á luz mis entrañas, y ya tú le arrojas al sepulcro? (1) Oyérais á otras gritar en su justa desesperacion: ¿Por qué me dejas á mí indemne? Si existe alguna culpa, mia es, y no de esta tierna criatura; ensangrienta en mí tu espada y déjala vivir, ó al menos muera yo con ella y librame de la angustia que ha de torturar mi corazon (2). Cuál decia: «A uno solo buscais, y para hallarle sacrificais á muchos, sin que logreis por eso el negro designio que os habeis propuesto (3).» Cuál por el contrario, volviéndose al Salvador, clamaba: «Ven, oh libertador del mundo; manifiéstate, tú que á nadie temes; yéate el sicario, y cese de inmolar á nuestros queridos hijos (4).» Entre tanto, concluye San Agustin autor de esta pintura tan patética, mezclábanse los lamentos de las madres, y subia al cielo la oblacion de aquellas víctimas inocentes (5).

Pero, ¿qué haceis, madres afligidas? ¿Por qué llorar la ausencia de unos hijos cuya dicha no conoceis? ¡Ah! Cese, Raquel, tu llanto,

(1) Pugnabat mater et carnifex: ille trahebat, illa tenebat. Ad carnificem mater clamabat: ¿quid separas à me quem genui ex me?... Cante portavi, quem à te video manu crudeli jactari. Modo eum effuderunt viscera mea, et tu elidis in terram.

(2) Alia acclamabat mater, cum exactor latro non compelleret simul occidi cum parvulo matrem: ¿Ut quid me dimittis inanem? Si culpa est, mea est; si non est crimen, junge mortem, et libera matrem. (Ib.)

(3) Alia dicebat: ¿Quid quæritis? Unum quæritis, et multos occiditis, et ad unum qui natus est attingere non potestis. (Ib.)

(4) Alia contra clamabat: Veni jam, veni Salvador mundi: ¿quandiu quæreris? Nullum times: videat te miles, et nostros non occidat infantes. (Ib.)

(5) Misceretur lamentatio matrum, et ad cœlum transibat oblatio parvulorum. (Ib.)

deja de henchir el aire con tus lastimeros gemidos: porque tu pena ha de recibir un gran galardón, y ellos se levantarán de una tierra enemiga para conquistar otra patria mejor en donde su gozo será perdurable, y su triunfo no tendrá fin. *Quiescat vox tua à ploratu, et oculi tui à lacrymis, quia est merces operi tuo, dicit Dominus, et revertentur de terra inimici* (1). De este modo se espresaba un profeta previendo de antemano el suceso que hoy nos ocupa. ¡Y cuán grande no es el regocijo de la madre universal de los predeterminados, la bella y misteriosa Raquel del catolicismo, al verse rodeada de esos preciosos frutos de su fecundidad, primeras perlas que engastaron su brillante corona! ¿Qué mayor gloria para la religion, que haberse cimentado sobre la sangre de esas inocentes víctimas, que hoy día cantan el himno perpétuo de alabanza en derredor del Cordero? ¿Y qué mayor felicidad para ellas, que haber sido las primicias del gran sacrificio que aquel venia á ofrecer en expiacion de los pecados del mundo? ¡Oh! Si tanto gustó el Señor de que en el antiguo testamento se le consagrasen los primeros frutos de la tierra; ¿con cuánta complacencia no mirará en torno suyo á esos inocentes y candorosos niños arrancados del seno materno por la segur del impío Herodes, para ser trasladados por las manos de los ángeles como hermosos pimpollos al ameno jardín de la gloria? Jamás, dice San Agustin, el mundo enemigo hubiera podido proporcionarles tanta dicha con sus mentidos obsequios, como de hecho la proporcionó con su mortal ódio (2). Este hizo de ellos los primeros mártires de un culto naciente aun; los primeros héroes del Rey Salvador que yacia en la cuna, los primeros testigos de su divinidad, los primeros monumentos de su grandeza, las primeras bases sobre que debía fundarse su futuro imperio, los primeros ecos de sus magnificencias, los primeros predicadores de su doctrina, los primeros defensores de su augusta persona. ¡Privilegio singular, único, sin

(1) Jerem. XXXI. 16.

(2) *Profanus hostis numquam beatis parvulis tantum prodesse potuisset obsequio, quam profuit odio. Nam.... quantum in beatos parvulos iniquitas abundavit, tantum in eis gratia benedictionis refudit.* (Serm. I, de Sanctis.)

semejante! Su sangre fué la primera que regó el árbol del cristianismo cuando acababa de ser plantado en un suelo erial y maldecido; ella produjo frutos delicados que en su día recibieron la competente madurez; ella, en fin, inauguró las conquistas de aquella Iglesia llamada á estender sus límites de un punto á otro del globo y á perpetuarse á través de los siglos; motivos todos que justifican á la vez la conducta de Dios sobre los Santos inocentes, el mérito de un martirio consumado por la mas justa y noble causa, y los obsequios que la piedad cristiana tributa en este día á la memoria de los que, habiendo sido las primicias escogidas de entre los hombres para el Señor y para el Cordero, disfrutan en derredor de su augusto sólida felicidad interminable. *Hi empti sunt ex hominibus primitiæ Deo et Agno..... Sine macula enim sunt ante thronum Dei.*

Recibid, inocentes párvulos, recibid las ovaciones de toda la humanidad en este día aniversario de vuestro triunfo. ¡Salud, oh mártires ilustres de un Hombre-Dios recién nacido! Vuestros nombres ignorados en la tierra, escritos están con caractéres eternos en el gran libro de los predestinados. Perlas de inestimable precio sois, que adornan la corona del Rey de las eternidades. Vuestra inocencia y candor, unidos á una muerte precoz que no permitió fuéseis amancillados con los ponzoñosos hálitos de la corrupcion, os hacen acreedores á nuestra mas tierna piedad, y al culto sublime de una religion de caridad y de amor. ¡Ojalá ya que no nos es dado imitar la angelical pureza de vuestros corazones, pudiésemos al menos merecer un lugar en la mansion dichosa que habitais, mediante nuestra inviolable fidelidad á los juramentos que hicimos á Dios en los primeros dias de nuestra existencia! Sed al efecto nuestros mediadores ante la divinidad á quien tanto complació vuestro sacrificio; y llegue un dia en que, agrupados todos en derredor del trono del Cordero inmaculado, cantemos aquel himno de bendicion, honra, prez y gloria, cuyos ecos deben prolongarse en una interminable eternidad.

OBSERVACIONES ADICIONALES

Á LA SÉRIE DE PANEGÍRICOS DE SANTOS Y FESTIVIDADES QUE SE
CELEBRAN EN LA IGLESIA UNIVERSAL.

En la página primera del tomo VIII de la presente obra, dejamos consignadas en una advertencia interesante, las razones por las cuales no se incluian en esta série los discursos de los Santos españoles, prometiendo hacer algunas citas remitivas á nuestra obra titulada *GLORIAS Y TRIUNFOS DE LA IGLESIA DE ESPAÑA*, destinada á formar una *série complementaria* de la *Novísima Biblioteca de Predicadores*.

Debiéndose, pues, considerar como tal desde ahora, y por consiguiente como parte integrante de la *Novísima biblioteca*, esa produccion acogida con verdadero entusiasmo por el Clero español, importa mucho á los que no la poseen, conocer los discursos que comprende, para que asi se persuadan de la necesidad de adquirirla, á fin de completar con ella una coleccion de Sermones que es indudablemente la mas estensa y metódica que se ha publicado en España. Al efecto hemos considerado oportuno poner un índice de los referidos discursos, no ya por el orden cronológico seguido en la mencionada obra, sino por el que la Iglesia observa en la celebracion de las festividades de los Santos. Héle aquí:

ÍNDICE DE LOS DISCURSOS CONTENIDOS EN LA OBRA TITULADA *GLORIAS Y TRIUNFOS DE LA IGLESIA DE ESPAÑA*,

série complementaria de la Novísima biblioteca de Predicadores.

ENERO.

- San Fulgencio, Obispo de Ecija.
- San Fructuoso, Arzobispo de Tarragona y compañeros mártires.
- San Vicente, Levita y mártir de Huesca.
- San Ildefonso, Arzobispo de Toledo.
- San Raimundo de Peñafort, Confesor.
- Nuestra Señora de la Paz.
- San Julian, Obispo de Cuenca.
- San Valerio, Obispo de Zaragoza y mártir.

RESERVACIONES ADICIONALES
FEBRERO.

- Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir.
- El Beato Juan Bautista de la Concepcion, Confesor.
- San Eladio, Arzobispo de Toledo.
- El Beato Sebastian de Aparicio, Confesor.

MARZO.

- San Rosendo, Obispo de Mondoñedo.
- San Emeterio y San Celedonio, hermanos mártires.
- San Eulogio, Arzobispo electo de Toledo y mártir.
- San Julian, Arzobispo de Toledo.
- San Leandro, Arzobispo de Sevilla.
- Santa Florentina, virgen de Cartagena.
- San Raimundo de Fitero, fundador.
- San Braulio, Arzobispo de Zaragoza.

ABRIL.

- San Isidoro, Arzobispo de Sevilla.
- San Vicente Ferrer, Confesor.
- Santa Casilda, virgen.
- San Hermenegildo, rey, mártir de Sevilla.
- San Pedro Gonzalez Telmo, Confesor.
- Santa Engracia, virgen y mártir.
- Santo Toribio, Obispo de Astorga.
- San Fructuoso, Obispo de Braga.
- La Beata Mariana de Jesus.
- Santo Toribio de Mogrovejo, Confesor.
- San Pedro Armengol, Confesor.
- San Prudencio, Obispo y Confesor.

MAYO.

- Santo Domingo de la Calzada, Confesor.
- San Pedro Regalado, Confesor.
- San Torcuato y compañeros mártires.
- San Isidro Labrador, patron de Madrid.
- San Pascual Bailon, Confesor.
- Santa Maria de Cervellon, virgen.
- Santa Quiteria, virgen y mártir.
- La aparicion de Santiago Apóstol en la batalla de Clavijo.
- San Fernando, rey de España.

JUNIO.

- San Juan de Ortega, Confesor.
- San Juan de Sahagun, Confesor.
- San Pelayo, mártir de Córdoba.
- San Ciriaco y Santa Paula, mártires.
- San Zoilo, mártir.

JULIO.

- El Beato Miguel de los Santos, Confesor.
- San Fermin, Obispo y Confesor.
- Santa Isabel, infanta de España y reina de Portugal.
- El triunfo de la Santa Cruz en las Navas de Tolosa.
- Santa Justa y Santa Rufina, hermanas mártires de Sevilla.
- Santa Librada, virgen y mártir.
- San Francisco Solano, Confesor.
- Venida á España y predicacion de Santiago Apóstol.
- San Cucufate, mártir de Barcelona.
- San Ignacio de Loyola, Confesor.

AGOSTO.

- San Félix, mártir de Gerona.
- San Pedro, Obispo de Osma, Confesor.
- Santo Domingo de Guzman, fundador.
- Los Santos Justo y Pastor, hermanos mártires.
- San Lorenzo, Levita y mártir.
- San José Calasanz, fundador.
- San Ramon Nonnato, Confesor.

SETIEMBRE.

- Santa Maria de la Cabeza.
- San Pedro Arbués, mártir.
- Santo Tomás de Villanueva, Obispo y Confesor.
- Nuestra Señora de las Mercedes.
- El Beato Simon de Rojas, Confesor.
- San Cristóforo, niño mártir de la Guardia.

OCTUBRE.

- San Froilan, Obispo y Confesor.
- San Atilano, Obispo y Confesor.
- San Francisco de Borja, Confesor.

San Luis Beltran, Confesor.
Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.
Santa Teresa de Jesus, fundadora.
San Pedro de Alcántara, fundador.
San Pedro Pascual, Obispo y mártir.
Los Santos Servando y Germano, mártires.
San Frutos, Confesor, patron de Segovia.
Los Santos Vicente, Sabina y Cristeta, mártires de Avila.
San Marcelo Centurion, mártir.
San Narciso, Obispo y Confesor.
El Beato Alfonso Rodriguez, Confesor.

NOVIEMBRE.

Los innumerables mártires de Zaragoza.
San Diego de Alcalá, Confesor.
San Millan, Confesor.
San Eugenio, primer Arzobispo de Toledo.
San Eugenio, tercer Arzobispo de Toledo.
San Acisclo y Santa Victoria, mártires.
San Juan de la Cruz, Confesor.
Nuestra Señora de Covadonga.
Nuestra Señora de la Almudena.

DICIEMBRE.

San Francisco Javier, Confesor.
Santa Leocadia, virgen y mártir.
San Dámaso, Papa y Confesor.
Santa Eulalia de Mérida, virgen y mártir.
Santo Domingo de Silos, Confesor.
El Beato Nicolás Factor, Confesor.

La simple lectura de este índice basta para comprender el grande interés que debe inspirar una obra, en la cual se hallan reunidas como en un misterioso haz todas nuestras glorias religiosas, y consignados los eminentes servicios que prestaron en sus respectivas épocas esos grandes génios que arrojaron en este suelo clásico del catolicismo las preciosas semillas de nuestra positiva civilizacion. Si, pues, bajo este concepto ningun individuo de nuestro respetable Clero debería carecer de una produccion, llamada por su objeto á

figurar como un monumento imperecedero, levantado al heroismo del Sacerdocio español, siendo á la vez la mas cumplida apología de la influencia siempre benefíca que viene ejerciendo en los destinos de nuestra patria, es empero una necesidad el poseerla respecto de los que han adquirido ó en lo sucesivo adquirieran la *Novísima biblioteca*; puesto que con esta obra, y con las *Glorias y triunfos de la Iglesia de España*, su seccion complementaria, podrá lisonjearse cualquiera orador sagrado de poseer en la materia cuanto puede desear para desempeñar dignamente su honrosa y difícil mision.

- I. Sermón predicado por el Sr. Fr. Juan de San Pedro.
 - II. Id. para el día de San Pedro Apóstol.
 - III. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - IV. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - V. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - VI. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - VII. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - VIII. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - IX. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - X. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - XI. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - XII. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - XIII. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - XIV. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - XV. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - XVI. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - XVII. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - XVIII. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - XIX. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - XX. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - XXI. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - XXII. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - XXIII. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - XXIV. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
 - XXV. Id. para el día de San Pedro y San Pablo.
- hermanos carísimos.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO NOVENO.

	<u>Páginas.</u>
I. Sermon panegirico para el dia del Apóstol San Pedro.	5
II. Id. para el dia de San Pablo Apóstol.	20
III. Id. para el dia de San Vicente de Paul.	38
IV. Id. para el dia de Santa María Magdalena, penitente.	57
V. Id. para el dia de Santiago Apóstol.	69
VI. Id. para el dia de San Cristobal mártir.	84
VII. Id. para el dia de Santa Ana Madre de Nuestra Señora.	95
VIII. Id. para el dia de San Cayetano, fundador.	106
IX. Id. para el dia de Santa Filomena, virgen y mártir.	119
X. Id. para el dia de Santa Clara, virgen de Asis.	135
XI. Id. para el dia de San Roque, Confesor.	148
XII. Id. para el dia de San Joaquin, Padre de la Santísima Virgen.	162
XIII. Id. para el dia de San Bernardo, Doctor de la Iglesia.	174
XIV. Id. para el dia de San Bartolomé Apóstol.	189
XV. Id. para el dia de San Luis, rey de Francia.	203
XVI. Id. para el dia de San Agustin, Doctor de la Iglesia.	218
XVII. Id. para el dia de San Gil abad.	232
XVIII. Id. para el dia de San Mateo Apóstol y Evangelista.	243
XIX. Id. para el dia de San Cosme y San Damian, mártires.	255
XX. Id. para el dia del Arcángel San Miguel.	268
XXI. Id. para el dia del máximo Doctor San Gerónimo.	279
XXII. Id. para el dia de los Santos Angeles Custodios.	294
XXIII. Id. para el dia de San Francisco de Asis, fundador.	305
XXIV. Id. para el dia de San Rafael Arcángel.	318
XXV. Id. para el dia de los Santos Crispin y Crispiniano, hermanos mártires.	332

XXVI. Id. para el dia de la festividad de todos los Santos.	343
XXVII. Id. para el dia de la Conmemoracion de los fieles difuntos.	354
XXVIII. Id. para el dia de San Cárlos Borromeo, Arzobispo de Milan.	366
XXIX. Id. para el dia de San Martin, Obispo de Tours.	379
XXX. Id. para el dia de Santa Gertrudis, virgen.	391
XXXI. Id. para el dia de San Félix de Valois, fundador del Orden de la Santisima Trinidad.	404
XXXII. Id. para el dia de Santa Catalina, virgen y mártir.	419
XXXIII. Id. para el dia de San Andrés Apóstol.	430
XXXIV. Id. para el dia de Santa Bárbara, virgen y mártir.	441
XXXV. Id. para el dia de Santa Lucía, virgen y mártir.	452
XXXVI. Id. para el dia de Santo Tomás Apóstol.	464
XXXVII. Id. para el dia de San Esteban proto-mártir.	477
XXXVIII. Id. para el dia de San Juan, Apóstol y Evangelista.	490
XXXIX. Id. para el dia de los Santos Inocentes.	502
VII. Id. para el dia de Santa Ana Madre de Nuestra Señora.	95
VIII. Id. para el dia de San Cayetano, fundador.	106
IX. Id. para el dia de Santa Florencia, virgen y mártir.	119
X. Id. para el dia de Santa Clara, virgen de Asia.	135
XI. Id. para el dia de San Roque, Confesor.	148
XII. Id. para el dia de San Joaquín, Padre de la Santisima Virgen.	163
XIII. Id. para el dia de San Bernardo, Doctor de la Iglesia.	174
XIV. Id. para el dia de San Bartolomé Apóstol.	189
XV. Id. para el dia de San Luis, rey de Francia.	203
XVI. Id. para el dia de San Agustín, Doctor de la Iglesia.	218
XVII. Id. para el dia de San Gil abad.	232
XVIII. Id. para el dia de San Mateo Apóstol y Evangelista.	243
XIX. Id. para el dia de San Cosme y San Damian, mártires.	255
XX. Id. para el dia del Arcángel San Miguel.	268
XXI. Id. para el dia del máximo Doctor San Gerónimo.	279
XXII. Id. para el dia de los Santos Angeles Custodios.	291
XXIII. Id. para el dia de San Francisco de Asia, fundador.	305
XXIV. Id. para el dia de San Rafael Arcángel.	318
XXV. Id. para el dia de los Santos Crispín y Crispiniano, hermanos mártires.	332





TRONCOSO

SERMONES

9

1160

